

Gabinete de Arqueología

Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana

COMPENDIO MONOGRÁFICO
2017-2018



• NÚMERO ESPECIAL DEDICADO
A LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA (2001-2014) •



Este número de la revista *Gabinete de Arqueología* compendia investigaciones anteriormente publicadas en ediciones impresas, las que han sido rigurosamente seleccionadas para integrar el volumen correspondiente a los años 2017 y 2018, cuando dificultades de diversa índole interrumpieron este proyecto editorial de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Fue decisión de Roger Arrazcaeta Delgado que el contenido de esta obra estuviese dedicado íntegramente a la Arqueología Histórica, para que constituya «una muestra de la amplia diversidad temática y pluridisciplinar que caracteriza a este campo de investigación en la Ciencia Arqueológica», según expresa en sus palabras de presentación.

Superadas las difíciles circunstancias generadas por el COVID-19, este monográfico se pone a disposición de los interesados gracias al apoyo de la revista *Opus Habana*, en vísperas de celebrarse el 503 aniversario de la fundación de la villa San Cristóbal de La Habana. Por añadidura, este año 2022 se celebra el 35 aniversario de la creación del Gabinete de Arqueología como institución rectora de la Arqueología Histórica en La Habana. Por tal motivo, en próximas fechas se presentará un dossier dedicado a Eusebio Leal Spengler y sus inicios como arqueólogo empírico, junto al también historiador y arqueólogo Leandro Romero Estévez.

Se cierra una etapa de la revista *Gabinete de Arqueología* con la conformación y entrega de este monográfico, para la cual se ha proyectado una nueva concepción editorial, que redundará en cambios en cuanto a contenido y forma. Se sociabilizarán los resultados obtenidos por investigadores cubanos y extranjeros en amplia variedad de temas, conscientes de que hasta el presente, es la única publicación especializada en Arqueología en el territorio cubano. La renovación e impulso de la revista garantizará el reconocimiento a la labor científica de quienes tengan a bien sumarse al empeño de reconstruir los procesos sociales del pasado, y así construir un futuro mejor.

Lisette Roura Alvarez
Directora del Gabinete de Arqueología

En esta última entrega de la revista *Gabinete de Arqueología* hemos querido presentar un número monográfico que compendia un importante conjunto de artículos dedicados a la Arqueología Histórica, publicados en números anteriores. La selección muestra la amplia diversidad temática y pluridisciplinar que caracteriza a este campo de investigación en la Ciencia Arqueológica, destacando las contribuciones del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de La Habana. En buena medida porque la revista es el órgano oficial de divulgación de esta institución en el centro histórico habanero.

Además de los trabajos especializados que abordan los resultados de la investigación arqueológica en el conglomerado urbano de La Habana Vieja, el lector podrá hacerse una idea más amplia del desarrollo de la Arqueología Histórica, sus diversas definiciones, finalidades y avances en América Latina, a través de los artículos escritos por destacados estudiosos cubanos y extranjeros.

Los distintos criterios que han definido a la Arqueología Histórica, demuestran la complejidad en alcanzar un consenso sobre esta. Ello deja al descubierto la diversidad de opiniones, enfoques y modos de hacer de los profesionales dedicados a este campo, en correspondencia con sus tradiciones académicas, posiciones políticas y área geográfica de donde proceden o ejercen su profesión, entre otros.

Desde hace décadas, y aun en la actualidad, dos definiciones de Arqueología Histórica han navegado con más aceptación y seguidores. Una de estas la considera como el estudio arqueológico de sociedades y períodos con fuentes escritas, lo que significa enmarcar dentro de esto a un largo proceso social, que comenzó aproximadamente en el cuarto milenio antes de nuestra era. La segunda definición cuenta con mayor aprobación en América, aunque también tiene adeptos en Europa, África y Asia. Limita su periodización a la época moderna, a los procesos que conformaron esa etapa a partir de la llegada de los europeos a nuestro continente, y al impacto e interacción con las sociedades aborígenes existentes.

La Arqueología Histórica en América comprende el estudio de distintos aspectos, como la formación de los primeros asentamientos europeos y su desarrollo posterior; la investigación de los distintos grupos sociales y étnicos que conformaron a la sociedad moderna; el aprovechamiento de recursos naturales; los restos de alimentos y la interpretación de los hábitos y tradiciones alimentarias; el estudio especializado de distintos tipos de restos de la cultura material, como por ejemplo cerámica y vidrio; los estudios sobre arqueología industrial, esclavitud, puertos, comercio, y todo lo que los restos materiales y contextos arqueológicos permiten, dentro de un rango cronológico que va desde el final de la Edad Media hasta el presente.

Espero que este nuevo número satisfaga las expectativas que anuncian estas Palabras Editoriales.

Roger Arrazcaeta Delgad
Director editorial desde 2001 hasta 202.

Contenidos

No. 1, Año 1, 2001

Arqueología de una grada de construcción naval en Boca de Jaruco.

Por: Roger Arrazcaeta Delgado, Alessandro López Pérez, Antonio Quevedo Herrero, Ivalú Rodríguez Gil y Gustavo Falcón Mendoza

Institucionalización de la arqueología en la Habana Vieja

Por: Daniel Vasconcellos Portuondo.

Evidencias aborígenes de contacto entre Mesoamérica y La Habana: Cerámica México Pintado de Rojo.

Por: Sonia Menéndez Castro, Karen Mahé Lugo Romera.

La Geofísica en las investigaciones arqueológicas de la Habana Vieja.

Por: Ramón González Caraballo, Orlando Carraz Hernández, Héctor Fernández Núñez

La mujer aborigen al inicio del siglo XVI en el Caribe

Por: Lourdes S. Domínguez

Pintura mural colonial en la Habana Vieja *Por:* María del Carmen Montes Rodríguez

No. 2, Año 2, 2002

Habana Vieja: Arqueología en edificios históricos
Por: Roger Arrazcaeta Delgado

La farmacia habanera. Estudio de los frascos de vidrio encontrados en Obrapía N° 55

Por: Anicia Rodríguez González y Sonia Menéndez Castro

No. 3, Año 3, 2004

Evidencias numismáticas en sitios arqueológicos de La Habana Vieja

Por: Carlos de la Rosa Graell y Roger Arrazcaeta Delgado

La sustitución de las maderas ibéricas por las autóctonas cubanas en la construcción naval.

Por: Alessandro López Pérez

La estratigrafía de las estructuras en pie

Por: Edward Cecil Harris

La Arqueología Histórica en una perspectiva mundial

Por: Pedro Paulo A. Funari

No. 4, año 4, 2005

Investigando la vida del esclavo en el Cafetal del Padre

Por: Theresa Ann Singleton

Consideraciones adicionales a la clasificación de cerámica colonial en antrosolos habaneros

Por: Roger Arrazcaeta Delgado, Carlos A. Hernández Oliva, Román Padilla Álvarez, Ronald L. Bishop, Jim Blackmann, Pierre Van Espen y Olivier Schalm

Intervención arqueológica en la casa de los Marqueses de Arcos

Por: Carlos A Hernández Oliva y Lisette Roura Álvarez

Arqueología Histórica y sociedad moderna en Latinoamérica

Por: María Ximena Senatore y Andrés Zarankin

Patrimonio y Arqueología Histórica. Reflexiones desde una epistemología antropológica

Por: Iosvany Hernández Mora

No. 5, Año 5, 2006

La Arqueología de la Arquitectura en el Centro Histórico de La Habana Vieja: Un estudio de caso

Por: Beatriz Rodríguez Basulto y Iosvany Hernández Mora

La Cerámica de Tradición aborigen: ejemplos habaneros

Por: Lisette Roura Álvarez, Roger Arrazcaeta Delgado y Carlos A. Hernández Oliva

Tras los vestigios comerciales de la calle Muralla

Por: Karen Mahé Lugo, Beatriz Rodríguez Basulto y Sonia Menéndez Castro

Arqueología Histórica en las islas caribeñas con culturas diversas

Por: David R. Watters

No. 6, Año 6, 2007

Una mirada a las pinturas murales y sus diseños

Por: Sandra Páez Rosabal y Yanira Arteaga Romero

Rodolfo Payarés: ensayo biográfico para la arqueología de Cuba

Por: Iosvany Hernández Mora y Roger Arrazcaeta Delgado

La cerámica de aplicación arquitectónica de la época colonial en La Habana

Por: Roger Arrazcaeta y Antonio Quevedo

No. 7, Año 7, 2008

Las aves en la arqueología histórica de La Habana Vieja

Por: Osvaldo Jiménez Vázquez y Roger Arrazcaeta Delgado

No. 8, Año 8, 2010

Evidencias de aborígenes de La Florida en La Habana: siglos XVII y XVIII

Por: Osvaldo Jiménez Vázquez y Roger Arrazcaeta

La Arqueología Histórica en el estudio de la resistencia esclava

Por: Gabino La Rosa Corzo

Arqueología Histórica en Puerto Cabello, Venezuela

Por: Lisette Roura Álvarez

Arqueología Subacuática en Cuba. Reseña histórica

Por: Alessandro López Pérez y Mónica Pavía Pérez

No. 9, Año 9, 2012

Interacción hispano-aborigen en Las Antillas. La perspectiva arqueológica

Por: Roberto Valcárcel Rojas

Lourdes Domínguez y la institución de la arqueología histórica cubana

Por: Odlany Hernández de Lara

No. 10, Año 10, 2014

La Arqueología de la esclavitud en Brasil

Por: Lúcio Menezes Ferreira

Director fundador: **Dr. Eusebio Leal Spengler**
Dirección editorial (2001-2022): **Roger Arrazcaeta Delgado**

Comité Editorial: Beatriz Rodríguez Basulto, Karen Mahé Lugo Romera, Sonia Menéndez Castro

Comité Científico:

Lisette Roura Alvarez. Dra. en Ciencias Históricas

Lourdes Sarah Domínguez González. Dra. en Ciencias Históricas

Argel Calcines Pedreira. Dr. en Lógica y Filosofía de la Ciencia

Ovidio Ortega. Dr. en Ciencias Históricas

Roberto Valcárcel Rojas. Dr. en Arqueología

Agamemnon Gus Pantel. Dr. en Arqueología y Antropología

Alicia Castillo Mena. Dra. en Historia

Marcelo N. Weissel. Dr. en Arqueología

Pedro Paulo Funari. Dr. en Arqueología

Iosvany Hernández Mora. MSc. en Cultura Latinoamericana

Concepción editorial:

Editora General: **Ing. Mileny Zamora Barrabí**

Diseño gráfico: **Lorenzo Santos (Losama)**

Los autores de los artículos asumen la responsabilidad de sus criterios.

Correspondencia y canje

Gabinete de Arqueología

Mercaderes no.15 entre O'Reilly y Empedrado,

La Habana Vieja

Código Postal 10 100, La Habana, Cuba

Teléfonos: 7801 7298

E-mail: mahe@patrimonio.ohc.cu

Esta es una publicación del Gabinete de Arqueología, Dirección de Patrimonio Cultural de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana



GABINETE DE
ARQUEOLOGIA
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD DE LA HABANA



DIRECCION DE
PATRIMONIO
CULTURAL



OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD DE LA HABANA

Imagen de cubierta:

Vestigios arqueológicos en Obrapía 163 (siglos XVI-XVIII), Habana Vieja (Foto de Roger Arrazcaeta)

Imagen en reverso de cubierta:

Vue Générale de La Havane (1865)

Autor: John Bachmann (1814-1896)

Litografía de Asselineau e impresión de Auguste Bry

No. 1, AÑO 1, 2001

Roger Arrazcaeta
Delgado,
Alessandro López
Pérez,
Antonio Quevedo
Herrero,
Ivalú Rodríguez
Gil,
Gustavo Falcón
Mendoza.

BOCA DE JARUCO

Arqueología de una Grada de Construcción Naval.

Resumen

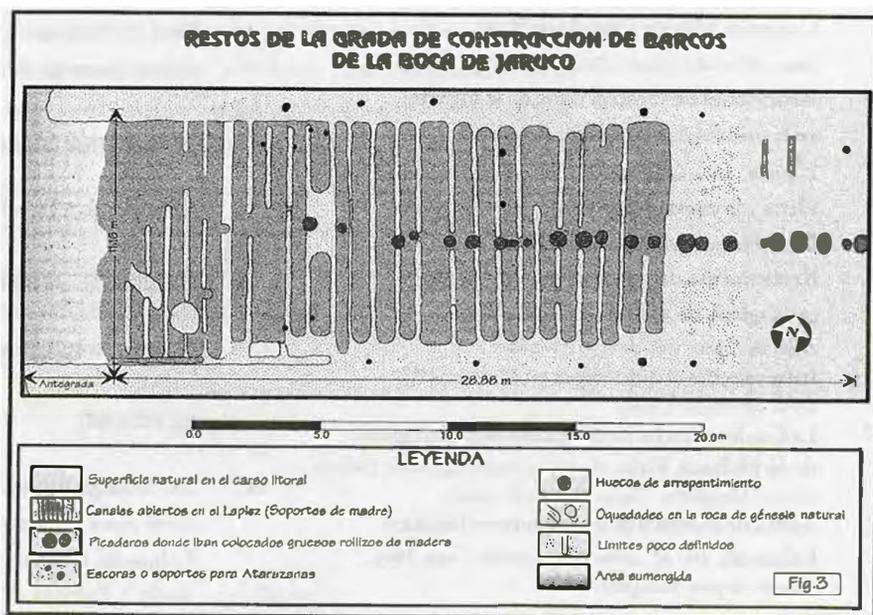
Este reporte preliminar recoge la investigación sobre una grada de construcción naval ubicada en el río Jaruco (Boca de Jaruco), en la provincia de La Habana. La información histórica reunida, el estudio tipológico y caracterización; el intento de interpretar su función y de establecer su cronología, nos permitió adquirir una percepción de aspectos desconocidos de lo que fuera un genuino astillero de los primeros tiempos del período colonial de Cuba.

Abstract

This is a preliminary report on a shipbuilding yard located in the Jaruco River, in Havana Province. The historical documentation gathered, the typological study and characterization; the attempt to interpret its function and to establish its chronology, allowed us to gain an insight into unknown aspects of a genuine shipyard that dates back to the beginnings of the Cuban colonial period.

La perspectiva de estudiar la grada de construcción naval de Boca de Jaruco fue estimulada por el hallazgo de los restos de una estructura similar en la antigua casa de Don Pablo Pedroso, sito en la calle Baratillo N° 101, esquina a Obrapia. Las investigaciones arqueológicas en este significativo inmueble de la Habana Vieja se efectuaron en varias campañas entre los años 1990-1995, permitiendo la localización, entre otras evidencias, de unas

zanjas abiertas en el subsuelo calizo, que por sus rasgos inusuales no fueron identificadas inmediatamente en cuanto a su origen y uso. Después de su estudio y comparación se pudo constatar su similitud tipológica con una estructura que años antes habíamos explorado en el río Jaruco. La tradición oral en el pueblo de Boca de Jaruco marca a este paraje como un antiguo astillero de la época colonial, pero nunca antes se realizaron investigaciones al respecto.



Con todo, y después de consultar bibliografía sobre el tema, no quedó dudas de que se trataba de restos de un astillero del período colonial.

Esta primera aproximación al yacimiento arqueológico indicó lo recomendable de realizar una investigación histórico-arqueológica inmediata, pues además de verificar que la estructura podía ser tan antigua como la localizada en la casa de Pablo Pedroso, presentaba dimensiones mayores y elementos mucho más completos que la primera; propiciando la posibilidad de estudiar un ejemplar excepcional de lo que fue una grada para fabricar barcos en los primeros siglos de la colonia en Cuba; por lo que se hizo patente el interés que podría suscitarse entre los investigadores del campo de la arqueología náutica y de otras ramas afines al tema.

Después de haber sondeado algunas fuentes: documentos primarios, bibliografía especializada, conversación y consulta con algunas autoridades nacionales e internacionales dedicadas a los estudios navales (Dr. José L. Casado Soto, Dr. Roger Smith, Dra. Pilar Luna, Dr. César García del Pino, Dr. Ovidio Ortega); se llegó al consenso de que los restos de la grada de Boca de Jaruco podían ser los más antiguos y completos existentes en el país y, probablemente, en el resto de las Antillas; por lo que su estudio y protección como Patrimonio Cultural de la Nación será ineludible y urgente.

LOCALIZACION

Y

ENTORNO NATURAL

El sitio está ubicado a 19.3 millas al este del faro de la Fortaleza del Morro de La Habana, en la margen oriental de la desembocadura del río Jaruco, cerca del caserío conocido como Boca de Jaruco, provincia La Habana. Se encuentra a 23° 10' 8" de latitud norte y a 82° 00' 5" de longitud oeste, enclavado en una llanura de tipo abrasivo-acumulativa formada por biocalcarenitas de cuarzo semidesnudo. Aflora el lapiez o diente de perro, producido por la erosión eólica y marina. Desde la orilla del mar se puede observar como la llanura va ganando en latitud mediante terrazas escalonadas.

En la actualidad la vegetación predominante es de tipo xeromorfo costero y subcostero con abundancia de suculentas -manigua costera- similar a la que originalmente debió existir. Esta formación vegetal ocupa una franja de 2 km. desde el mar, y de aquí hasta los 4 km. se extienden pastos con focos de cultivo como el henequén, sabanas naturales y vegetación secundaria.

UBICACIÓN DE LA GRADA DE CONSTRUCCIÓN DE BARCOS EN BOCA DE JARUCO



La grada de construcción naval de Boca de Jaruco está ubicada en la margen oriental del río Jaruco, a corta distancia del mar. Un corte rectangular de casi 29 metros de longitud en el curso costero denota su presencia

Bibliografía:

de Arrate, José
Martín Félix: *La clave del
Nuevo Mundo antemural
de las Indias Occidentales.*

*La Habana descripta,
noticias de su fundación,
aumentos y estados. La
Habana, 1964.*

Casado Soto, José L.,
Gerardo García-
Castillo Riesgo y
otros: *Barcos y
Astilleros. La
Construcción Naval
en Cantabria. Puerto de
Santander, 1993.*

Castanedo Galán, Juan
M., Rafael Palacios
Ramos y otros:
*Veleros y Vapores.
Barcos emblemáticos
en el Puerto de
Santander. Siglo
XVI-XIX. Puerto de
Santander, 1995.*

de las Casas, Fray
Bartolomé: *Historia
General y Natural de las
Indias. M. Aguilar, Editor
marqués de Urquijo, 39,
Madrid (Tomo III).*

Díaz del Castillo, Bernal:
*Historia verdadera de la
conquista de la Nueva
España. Ediciones Casa de
las Américas
(Tomos I-II).*

Fernández de Oviedo y
Valdés, Gonzalo: *Historia
General y Natural de las
Indias, Madrid, 1851.
(Tomo I)*

Friedlaender, Heinrich:
*Historia Económica de
Cuba (Tomo I).*

El bioclima es del tipo medianamente seco (3-4 meses de sequía), como en casi todo el archipiélago cubano. Los suelos son de ph básico siempre oxidados.

En las riberas del río se aprecia el manglar y, más al interior, donde éste se encaña entre empinados farallones, surge un bosque de galerías muy impactado por las intervenciones antrópicas. En los valles, hoy desbrozados de su vegetación original, debieron crecer excelentes árboles de maderas apropiadas para todo tipo de construcción, especialmente naviera, prueba de ello son los pedimentos de tierras al Cabildo habanero para aserraderos y fomento de ingenios azucareros desde el siglo XVII.

**RESULTADOS
DEL TRABAJO DE CAMPO**

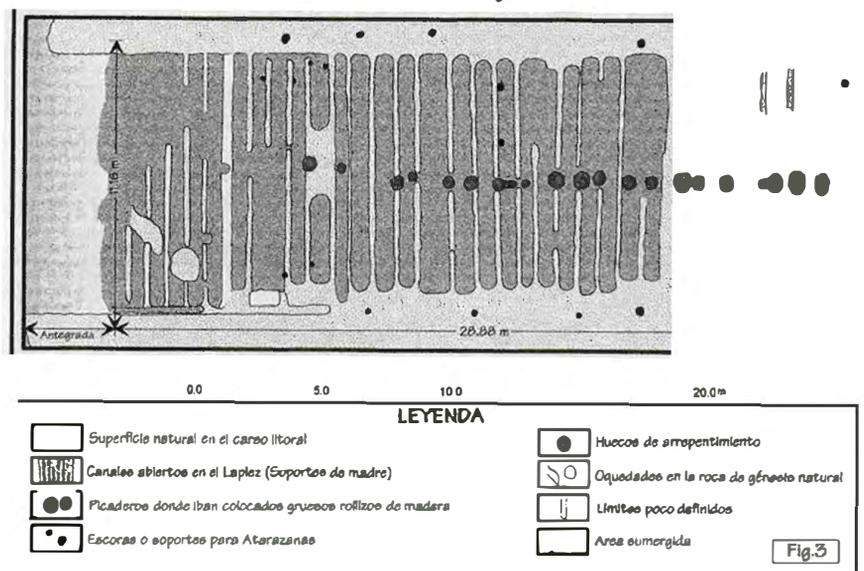
Los trabajos in situ se orientaron hacia el conocimiento inicial del sitio arqueológico, lo que

conllevó a dos exploraciones: la primera en septiembre de 1995 y la segunda en diciembre del mismo año.

La prospección tuvo dos puntos de interés: el sector de la grada propiamente dicho, que ocupa la margen rocosa no sumergida, y la antegrada o área sumergida.

La exploración de la grada incluyó no sólo una determinación visual de todos sus rasgos arqueológicos, sino también una serie de calas para liberar de arena los picaderos abiertos en el carso costero, que se encontraban alineados al centro de la estructura, muchos totalmente cubiertos. Asimismo se hicieron otras búsquedas y limpiezas de yerbas y arena en los canales de la grada, hallándose restos de clavos de hierro forjado y una microcuenta de coral rojo de factura colonial. Se detectaron además una serie de huecos enfilados a ambos lados de los canales, que pudieron haberse cavado para las escoras, o como soporte para los horcones de una atarazana; junto a esta tarea de campo se realizó un plano de la grada y un registro fotográfico detallado.

**RESTOS DE LA GRADA DE CONSTRUCCIÓN DE BARCOS
DE LA BOCA DE JARUCCO**



Plano que muestra los restos de la grada de construcción naval de la Boca de Jarucco

En el sector de la antegrada se llevó a cabo una prospección con equipos de huqueo autónomos, lo que permitió comprobar las excelentes condiciones técnicas de ésta para facilitar la botadura de embarcaciones construidas en el astillero. En los alrededores de la antegrada se recolectaron numerosos guijarras de lastres; se trata de rocas muy duras, probablemente metamórficas, que tienen pirita en su composición, de acuerdo a lo cual es posible atribuirles una procedencia sevillana, pero por supuesto ello es difícil de demostrar aún haciendo estudios de sección delgada.



Cantos rodados usados como lastres en las embarcaciones de la época colonial. Estos ejemplares fueron hallados en la prospección submarina de la antegrada.

Hasta aquí un resumen de las investigaciones preliminares del sitio, aunque es evidente la necesaria consecución de trabajos con miras a descubrir vestigios de otras instalaciones componentes del astillero tales como almacenes, carpinterías, dormitorios y otras; y además, ampliar las exploraciones submarinas en áreas circundantes a la antegrada.

DESCRIPCIÓN Y

PROBABLE FUNCIONAMIENTO DE LA GRADA

El lugar de ubicación del astillero fue seleccionado cuidadosamente por su constructor. escogió una porción firme en la ribera este del río, sobre el plano inclinado de un pequeño saliente arrampado, en donde se practico un corte o abertura de 11 m. de ancho en el carso litoral (diente de perro o lapiez), quedando un zócalo rectangular que entra al mar con pendiente de unos 5° a 10°, siendo su ángulo mayor el más cercano al agua.

Este rectángulo es perpendicular a la orilla y está dividido en dos sectores: la grada propiamente dicha y la antegrada.

La primera es la parte que queda fuera del agua en las mayores mareas, y la segunda es la sección sumergida del plano inclinado que se extiende longitudinalmente con una mayor caída.

Al construirse esta estructura se abrieron en el lapiez del sector de la grada veinticinco canales a lo ancho de ella, separados por unos cangilones paralelos entre sí y divididos en su cruzía por una línea de aberturas cilíndricas de diferentes diámetros y profundidades, también excavadas en el carso, que no alcanzan el tercio del rectángulo formado por la antegrada. Los canales tenían la función de hacer firme a unos gruesos dados de madera llamados *madres*, que eran empotrados en posición horizontal en ellos.

La línea de aberturas cilíndricas corre desde el primer tercio de la grada hasta el extremo opuesto al mar o rumbo este, y en estos huecos iban encastrados unos rollizos de madera nombrados *picaderos* o *muertos*, y a cuyos lados irían las *madres*, quedando dichos *picaderos* en la cruzía de la grada. Ya en el siglo XIX éstos se montaban encima de las *madres*. Sobre los *picaderos* descansaba la quilla de la embarcación que se construía, pero sólo en algunos puntos, porque era necesario que la quilla y los fondos del casco fueran accesibles durante la fábrica. Como la quilla era el eje longitudinal principal de la armazón del barco y a partir de ella se consolidaban las demás estructuras que formaban el vaso, era imprescindible que los *picaderos* fueran de madera dura, macizos y resistentes como para soportar la mayor carga o fuerza normal constituida por el peso completo de la embarcación.

Unos huecos más pequeños, encontrados en el sitio, estaban asociados a las *madres* y parecen haber sido soportes de puntales auxiliares que servían para darle estabilidad a algunas piezas de la estructura del casco en el momento de montarse; también podían servir para las escoras, pero los que más se acercan a esta última categoría son un grupo de huecos que se encuentran alineados a anillos lados de los canales o soportes de *madres*: en la cara norte hay cinco y en la cara sur la misma cantidad, ya que estas escoras o puntales de madera se situaban a longitudes variables a uno y otro lado del casco para mantenerlo en construcción. Otra hipótesis sugiere (Ovidio Ortega Pereyra, comunicación personal, 1996) que servían para las horconaduras de una atarazana o espacio cubierto, que protegía a los constructores y al barco en grada de las inclemencias del tiempo; es de observar, que algunos de estos huecos eran naturales del carso de la ribera.

A medida que la grada avanza hacia tierra (rumbo este), los canales y cangilones van desapareciendo, ya que el perfil de la grada se hace menos profundo y las *madres* eran sustituidas por la basada (tablones en forma de planchas que hacen un



piso de madera). Mientras que en sentido contrario, es decir, hacia el mar, las *madres* se incrementan para soportar toda la estructura del barco.

Asociado al sector sur de esta estructura naval, cerca de la orilla del mar, aparece un corte perpendicular al borde de los canales de las *madres*, practicado posiblemente para desaguar el agua que chocaba con las primeras líneas madres durante



las marejadas, pero la respuesta definitiva al uso de este canal todavía no está esclarecida.

La grada mide en toda su extensión 28.88 m. de longitud y 11.16 m. de ancho, dimensiones calculadas en base al contacto de la grada con la antegrada, al último

de los huecos de picaderos y a los orificios de las escoras. Por otra parte, la antegrada, que como hemos dicho es la que está bajo el mar, se caracteriza por no poseer canales para las *madres* ni orificios para *picaderos*; además, su plano es mucho más inclinado para ayudar a la botadura. Ésta se interna en el mar hasta caer en un talud, donde se imponía que el barco al deslizarse hacia el agua no tocara fondo al pasar este declive. Una vez descrito este astillero con sus partes principales, pasemos a explicar su utilización en la construcción naval, pero antes, recordaremos que esta grada contiene veinticinco zanjas donde estaban insertadas las *madres* o durmientes de madera a todo lo ancho, y que éstas están atravesadas por una hilera de huecos de *picaderos* dispuestos en sentido perpendicular a ellas, dividiéndolas en carrileras.

Sobre las *madres*, es decir, a ambos lados de los dados de madera que formaban el *picadero*, se fijaban unos tabloncillos denominados *basada*, que era una estructura en forma de bastidor. Su función: la de crear un solado para trabajar toda



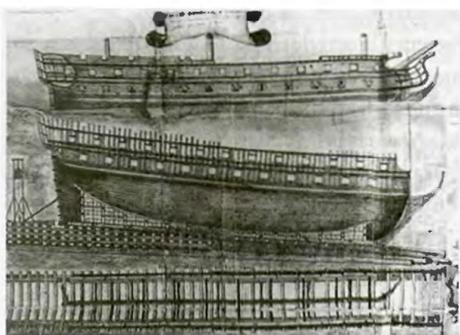
Detalles de los canales cavados en el carso para inserción de las «madres»



la estructura del barco, o sea, por donde se desplazaban los operarios, carpinteros, calafates y otros.

Encima de la *basada* se colocaban dos hileras de madera en forma de carril, a ambos lados de los picaderos, que se llamaban *imadas*, y eran las encargadas de guiar a la cuna hacia el mar a la hora de la botadura. La *cuna*, como su nombre indica, es un soporte que rodaba por encima de las *imadas*, como un carro por los raíles, y se le introducía al barco por la parte de la grada que quedaba opuesta al mar. Una vez colocada debajo del barco, poco a poco se iban sustituyendo los dados de los picaderos y las cuñas que soportaban la quilla por unos poliedros de madera llamados *santos* que se ponían encima de la cuna, y que sujetaban al buque en su pantoque (casco); es decir, que una vez introducida la cuna debajo del barco, la quilla quedaba libre y el casco se apoyaba en los *santos*, sobre la cuna, y ésta a su vez se desplazaba por las *imadas*.

El peso de la embarcación, más el plano inclinado que forman las *imadas* arriba de la *basada*, permitían que la cuna corriera hacia el mar; para posibilitar este desplazamiento se le untaba jabón o pez en las superficies en contacto entre las *imadas* y la *cuna*.



Ahora bien, esta función no era de golpe, el barco caía al agua muy lentamente y por tramos; a la cuna se le hacía firme con retenidas desde tierra, ya sea con anclas o estacones clavados. A estos elementos se le colocaba un aparejo con cabos para que la *cuna* se deslizará hacia el mar lo más lentamente posible.

La *cuna* se iba desplazando por el plano inclinado (*imadas*) con el barco apoyado en los *santos* y caía en la ategrada, y de ahí al talud, quedando la nave a flote; después se cobraba la cuna desde tierra y el barco quedaba libre en el agua. A esta operación se le denominaba botadura, y hasta bien entrado el siglo XVIII los barcos fueron construidos y botados con la proa cara al mar, no obstante de que el bajel calaba más en la popa.

CÁLCULOS DE LAS POSIBLES DIMENSIONES DE LOS BARCOS

Tomando en cuenta las huellas de los *picaderos*, que, como se explicó, es donde descansa el eje longitudinal principal de la embarcación, se calculó aproximadamente la eslora, teniendo a su vez el largo de los canales *madres* como medida de manga aproximada. También se estimó el tonelaje del barco en cuestión.

De acuerdo a la fórmula AS, DOS, TRES, anterior al siglo XVI, pero muy usada en esa centuria y la posterior, se realiza el primer cálculo. Dicha relación es la siguiente :

Manga = $\frac{1}{2}$ quilla
Eslora = 1.5 largo de la quilla
Puntal = $\frac{1}{2}$ manga

Aplicamos

$$\frac{M/2 \times P \times E \times 0,95}{8} = 116,32 \text{ toneladas}$$

Las dimensiones de la embarcación para este tonelaje podrían ser:

Eslora 18.80 m = 32.89 codos de ribera
Quilla 12.5 m = 21.87 codos de ribera
Manga 6.25 m = 10.93 codos de ribera
Puntal 3.12 m = 5.45 codos de ribera

Bibliografía:

Fernández y Rodríguez, Gustavo: Lecciones de construcción naval. Imprenta de T. Fortanet. Madrid, 1877.

García del Pino César y Alicia Melis Cappa: Documentos para la Historia Colonial de Cuba. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1988.

Guerra y Sánchez, Ramiro: Manual de Historia de Cuba. Editorial Ciencias Sociales.

Instituto Cubano de Hidrografía: Derrotero de las costas de Cuba. La Habana, 1976.

Le Riverend, Julio J.: Bibliografía de la Habana. La Habana, 1960.

Le Riverend, Julio J.: Historia económica de Cuba. Editorial Pueblo y Educación, 1974.

Leal Spengler, Eusebio: Detén el paso caminante. Electa, Italia, 1988.

Mártir de Anglería, Pedro: Décadas del Nuevo Mundo. Sociedad Dominicana de Bibliófilos inc., 1989.

Marrero, Levi: Geografía de Cuba. La Habana, 1950.

Marina de Guerra, Oficina Hidrográfica: Derrotero de la Isla de Cuba. La Habana, 1952. Parte III.



También se utilizó la fórmula de Cristóbal de Barros para el año 1590, que plantea:

$$\frac{M/2 \times E \times P - 5\%}{8} \quad (104 \text{ toneladas es el valor final})$$

Por otra regla, la de Rodrigo de Vargas de 1570, la cual expresa la relación

$$\frac{E [M/2 + P]}{2} \quad 8$$

El resultado fue 122,28 toneladas.

La aplicación de estos modelos matemáticos reflejan un promedio de 114.2 toneladas para los barcos construidos en esa grada, pero nos permitimos suponer que algunas de estas naves podían llegar hasta 120 toneladas de arqueon en teoría, según las fórmulas, capacidad que puede comprender tipologías como la de un galconcete, una urca, una falúa y un patache, aunque podían construirse embarcaciones de tonelaje inferior, como botes, chalupas, lanchas y otras.

LA APORTACIÓN DE LOS DATOS HISTÓRICOS POSIBLES INTERPRETACIONES

El primer dato histórico sobre el uso del río de Jaruco como punto de navegación en la época colonial la aporta Bernal Díaz del Castillo, cronista de Indias y expedicionario, en su libro *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Él nos detalla que Francisco Hernández de Córdova, asociado al Gobernador Velázquez, armó tres buques a sus expensas y reunió ciento veinte hombres al mando de los cuales partió desde el puerto Axaruco (Boca de Jaruco) al descubrimiento y conquista de Yucatán, en 8 de febrero de 1517. Otro famoso relator y viajero, el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, describe (1) como Juan de Grijalva, al regreso de la segunda expedición organizada por Velázquez a Yucatán en 1518, llegó al puerto de Jaruco a una estancia, que era propiedad del Adelantado, que incluía también el puerto de Chipiona (2) y que, luego de dar algunas vueltas, volvieron al susodicho Jaruco donde la gente tomó tierra y cada uno se fue por su parte.

Es significativo que la desembocadura del río Jaruco formara parte de las tierras del Adelantado Don Diego Velázquez, porque deja abierta la posibilidad de que éste construyera algún buque aquí para sus propósitos de exploración y conquista en el litoral del Seno mejicano; pero la documentación consultada no permite tener certidumbre de ello hasta ahora. Sin embargo, existen pruebas arqueológicas inequívocas del fomento de la industria naval en la desembocadura de este río y puerto; ejemplo paradigmático son los restos de la antigua grada de construcción naval cuyo reporte estamos realizando aquí. El análisis minucioso de las peculiaridades tipológicas y técnicas (tecnología de fabricación y funcionamiento hipotético) de esta grada, en relación con los vestigios de la descubierta en la casa de Don Pablo Pedroso, prueba la semejanza entre ambas; y el estudio de la documentación primaria del inmueble antes mencionado demuestra que el fechado de su grada puede ser anterior a 1603, ya que para esta fecha el Cabildo de La Habana posee el terreno y proyecta construir una cárcel para la Ciudad (3), fundamentos que sirven de apoyo para estimar que la grada de Jaruco puede corresponder cronológicamente a los siglos XVI y XVII. La información que quizás sea de mayor importancia histórica para nuestras inferencias, por la posible conexión con el sitio de Boca de Jaruco, es el que aparece en un Acta del Cabildo de la Habana del día 17 de junio de 1616, donde «...se presentó las diligencias y autos que el capitán Alonso Ferrera hizo de seis caballerías de tierra que pidió se hiciese merced en la boca del río Jaruco para una estancia de conuco y labranza y aserradero...» (4), la que se otorgó. En relación con Alonso Ferrera y la actividad profesional que desempeñó, encontramos otra cita de unos meses antes, el 12 de marzo de 1616, en que se da cuenta «...del compromiso contraído por el susodicho de fabricar cuatro galeones en el puerto de la Habana para la Armada de la Carrera de Indias» (5). La información antes presentada es de un gran interés, pues pudiera indicar que la adquisición que Ferrera hizo de los terrenos de Boca de Jaruco y su intención de hacer un aserradero dio origen a la construcción de la grada naval en ese paraje, téngase en cuenta además que Alonso Ferrera era en aquella época uno de los principales constructores de bajeles del país. Por otra parte, el sitio reunía las cualidades indispensables para erigir un astillero, es decir: la presencia de bosques con maderas apropiadas para la elaboración de embarcaciones, la posibilidad de hacer el astillero resguardado de los vientos dominantes e instalarlo en un asiento firme y con suficiente pendiente que facilitara las botaduras, y por último

la cercanía de la capital, de donde traer todo lo necesario para armar los buques, como la clavazón, jarcias, estopa, brea y otros.

A pesar de la aportación que tienen estas noticias por la probable relación de Alonso Ferrera con la grada de Jaruco; una posterior, de fecha primero de octubre de 1620, nos parece también de suma importancia; describe la concesión al capitán Diego Díaz Pimienta de unas tierras sobre el río Jaruco linde con el corral del canónigo Juan de Estrada y otro, del río Blanco, que antes se había mercedado al capitán Alonso Ferrera, «... para la fábrica de un ingenio y estancia y otras cosas ...» (6). En el mismo documento el solicitante alega que Ferrera se había eximido de ellos; cuando se le consultó por el cabildo éste hizo dejación de dicha merced.

Sería oportuno aclarar varios puntos de dicha acta: en primer lugar, la renuncia de Ferrera a su propiedad sin pretender compensación pudo deberse a que él y Díaz Pimienta tenían vínculos de parentesco, ya que la esposa de Ferrera llevaba ese apellido, lo que sugiere algún tipo de convenio familiar. En segundo lugar, debemos llamar la atención sobre el punto de que los mencionados Díaz Pimienta no eran otros que la misma familia a la que pertenecía el famoso almirante Francisco Díaz Pimienta, uno de los más notables constructores de barcos de España en la primera mitad del siglo XVII; él y su familia habanera eran los propietarios de un astillero en las riberas de la bahía de La Habana, en el famoso lugar nombrado Boquete de los Pimienta, aproximadamente donde hoy convergen las calles Empedrado y Tacón en la Habana Vieja. En cuanto a Diego Díaz Pimienta no tenemos datos que lo confirmen como constructor de buques, pero es posible que también lo fuera dado a su estirpe. En toda la documentación consultada hasta ahora no hay indicios de la factura de una grada en Boca de Jaruco entre los siglos XVIII y XIX; por otro lado, tanto la tipología como la técnica constructiva expresada en este astillero y la información histórica reunida apuntan su génesis hacia los siglos XVI ó XVII.

OTRAS INFORMACIONES HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

En las referencias de Bernal Díaz del Castillo, como en las del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, se constata la actividad humana en el río Jaruco desde los primeros tiempos de la Colonia; existen documentos que señalan la pertenencia del área de su desembocadura a una estancia de Diego Velázquez por los años 1517-1518. En la segunda mitad del siglo XVI y en el siglo XVII, hay continuas informaciones sobre mercedaciones de tierras en la cuenca del río, como por ejemplo, las del ható y corral Jiquiabo en agosto 25 de 1570 a Pedro López Durán, así como los de Santa Cruz y Jaruco en 1578 y 1635, respectivamente.

Según datos de 1620 (7), el capitán Alonso Ferrera pretendía fabricar un ingenio azucarero en estas tierras, pero no llegó a hacerlo. Otra Acta de Cabildo, de fecha 5 de septiembre de 1633 (8), da noticia de la solicitud de D. Pedro Beltrán de Santa Cruz de doce caballerías de tierra y monte para construir un ingenio debajo de los tumbaderos del Jiquiabo, afluente principal del río Jaruco. Estos dos reportes son las primeras relaciones de la importancia que con el tiempo cobraría la industria azucarera en los predios del Jaruco, donde llegaron a existir en 1847 unos 49 ingenios; y en general, el desarrollo del giro agrícola hacia esa fecha abarcó otras 1411 fincas, divididas en 52 cafetales, 199 potreros, 1160 sitios de labor y estancias, con una fuerza humana total de 11 346 esclavos (9). Estos datos permiten considerar la excelente fertilidad de esas tierras y el desenvolvimiento que logró la industria en toda la Tenencia de Gobierno de Jaruco a mediados del siglo XIX.

Ya en el siglo XVIII, el poderoso terrateniente Gabriel Antonio de Santa Cruz funda la ciudad de San Juan de Jaruco, en sus posesiones

Bibliografía:

Morell de Santa Cruz, Pedro Agustín: Historia de la Isla y Catedral de Cuba. La Habana. Imprenta Cuba Intelectual MCMXXIX

Nieto y Cortadellas, Rafael: Dignidades Nobiliarias en Cuba. Madrid Ediciones Cultura Hispánica, 1954.

Núñez Jiménez, Antonio: Cuba: la naturaleza y el hombre. Ediciones Letras Cubanas, 1984 (Tomo I).

Ortega Pereyra, Ovidio: La construcción naval en La Habana bajo la dominación colonial española. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana, octubre de 1986.

de la Pezuela, Jacobo: Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba. Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, 1863 y 1866. Tomos I-IV.

de la Pezuela, Jacobo: Ensayo Histórico de Cuba. New York. Imprenta española de R. Rafael, 1842.

de la Pezuela, Jacobo: Crónica de las Antillas. Editores Rubio, Grillo y Vitturi Madrid. 1871.

Portuondo del Prado, Fernando: Historia de Cuba La Habana, 1965.

de Rojas, María Teresa: Índice y Extractos del Archivo de Protocolos de La Habana. Imprenta Ucar, García y Cia. La Habana, Cuba.



del corral de Jaruco, adquirido por éste en 1762. Con el tiempo esta ciudad se convertiría en la cabecera de la Jurisdicción del mismo nombre. Durante los siglos XVIII y XIX la urbe se transformará en el centro de una rica zona agroazucarera, que disponía de un excelente cauce fluvial hacia el mar para los puertos de la capital y Matanzas.

Con el reconocimiento de la importancia militar de Boca de Jaruco en 1793, el capitán general Luis de las Casas ordenó edificar un reducto con alguna artillería a la entrada del río, en su margen occidental, reemplazándose en 1827 con una batería a barbata (San Dionisio) de cuatro piezas de diferentes calibres, según lo dispuso el jefe del gobierno de la Isla Don Francisco Dionisio Vives.

El historiador Jacobo de la Pezuela, en su valioso Diccionario, escribe que hacia los primeros años de la década de 1860 el poblado de Boca de Jaruco estaba formado por cinco humildes casas de embarrado y guano, habitadas por 32 personas (10). Según este mismo autor, en 1871 el caserío contaba con 11 casas de pobres materiales, 52 blancos, 23 esclavos, 15 libertos (11); lo que da idea de la poca importancia de la población en esta época. Más notorio fue el caserío de San Matías de Río Blanco, llamado antes de los Almacenes. En 1846 se componía de 27 casas, entre ellas ocho almacenes, dos tiendas mixtas, tres panaderías, una botica y otras instalaciones (12).

Suponemos que el producto final que salía de los numerosos ingenios, cafetales, sitios de labor y estancias de la Jurisdicción, debió depositarse en los varios almacenes de San Matías, para de ahí ser trasladados paulatinamente hacia La Habana y Matanzas. Este poblado se ubicó a pocos kilómetros al sur de Boca de Jaruco, sobre la margen oriental del río.

Desde el punto de vista geográfico, el río nace al noroeste, en las *Escaleras de Jaruco*, cerca de la ciudad del mismo nombre; su afluente principal es el Jiquiabo, aunque tiene otros arroyos secundarios. Corre al norte y desemboca en un puerto natural de tercera clase. Su profundidad es de unos doce pies en su centro.

CONCLUSIONES

Numerosas son las dudas para arribar a un grupo de ideas concluyentes; quedan interrogantes tan cruciales como determinar quiénes fueron los propietarios y fundadores de este establecimiento industrial; cuáles fueron, a ciencia cierta, los procesos técnicos, instrumentos y materiales empleados en la

construcción de bajeles; cómo operó exactamente la grada; qué restos pueden quedar de las instalaciones industriales anexas (aserradero, carpintería, herrería, almacén de maderas); y, por supuesto, la cuestión de establecer su cronología relativa o absoluta está aún en ciernes. Por el momento, podemos avanzar algunas disquisiciones preliminares al respecto. Entendemos que la grada, a juzgar por su tipología y evidente arcaísmo tecnológico y la alusión documental indirecta en las fuentes exploradas, puede estar relacionada con las primeras incursiones coloniales en el campo de la construcción naval entre los siglos XVI y XVII. Quizás el argumento más sólido, en este sentido, es el que señala hacia Alonso Ferrera como su posible propietario y constructor.

No se puede desdeñar la posibilidad de una conexión de su origen con las primigenias empresas de exploración y conquista del Seno mejicano, organizadas por el Adelantado Diego Velázquez y comandadas por Francisco Hernández de Córdova, quien armó tres buques a sus expensas y partió desde la desembocadura del río Jaruco al descubrimiento de Yucatán.

Gracias al análisis comparativo queda demostrado que este astillero es análogo en su tipología y cualidades técnicas a la grada descubierta en la casa de Don Pablo Pedroso, que data de una fecha anterior a 1603, lo que confirma el origen temprano de sus rasgos en el ámbito de la historia de la construcción naval en Cuba y América.

Las fórmulas matemáticas aplicadas para calcular el tonelaje y la eslora de los barcos construidos en la grada, demuestran que éstos podían alcanzar unas 120 toneladas de arqueo y una eslora de 18 a 20 metros, proporciones que incluyen a tipologías como galeoncete o naves de menor porte, como los pataches, botes y otros.

AGRADECIMIENTOS

Las siguientes personas e instituciones contribuyeron con sus comentarios, opiniones y participación en expediciones a la realización de esta investigación, a ellos nuestra gratitud:

Juan Carlos Bermejo Puig, Bárbara Ortiz, Rebeca Ortiz, Arellys Hernández

Manuel Barcia, Carlos Alberto Hernández, Francis Sera, Acelia Rodríguez

Archivo Nacional.

Archivo Histórico del Museo de la Ciudad, Oficina del Historiador.

Biblioteca del Museo de la Ciudad, Oficina del Historiador.

CITAS Y NOTAS.

- 1- *Fernández de Oviedo, Gonzalo: Historia General y Natural de las Indias. Tomo I. Madrid, 1851.*
- 2- *El puerto de Chipiona es una pequeña entrada de mar a pocos kilómetros al Este de Boca de Jaruco.*
- 3- *De la cárcel proyectada por el Cabildo sólo se edificaron algunos cimientos dejándose la obra y el terreno abandonados, y convirtiéndose en muladar de la ciudad, hasta que en 1624, el capitán Don Pablo Pedroso (o Pedrosa) lo adquirió y comenzó a edificar su casa, que estaba terminada antes de 1631.*
- 4- *Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana (trasuntadas), 17 de junio de 1616 (A.M.H.), Libro 7, Folios 14 y v.*
- 5- *Archivo General de Indias. Audiencia de Santo Domingo, legajo 900, Libro H.7; en : García del Pino, César y Alicia Melis Cappa : Documentos para la Historia Colonial de Cuba. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1988, página 126.*
- 6- *Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana (trasuntadas), 1º de octubre de 1620 (A.M.H.), Libro 7, folios 181 y v.*
- 7- *Ibidem.*
- 8- *Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana (trasuntadas), 5 de septiembre de 1633 (A.M.H.), Libro 9, folio 218-223.*
- 9- *Croquis de la Nueva Tenencia de Gobierno de Jaruco. Habana, 9 de junio de 1847, (A.N.C.)*
- 10- *de la Pezuela, Jacobo: Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba. Tomo I. Imprenta del Banco Industrial y Mercantil. La Habana, 1863. Página 188.*
- 11- *de la Pezuela, Jacobo: Crónica de las Antillas. Madrid, Editores Rubio, Grillo y Vitturi, 187, Página 182.*
- 12- *de la Pezuela, Jacobo: Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba. Tomo IV. Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, 1866. Página 482.*

Bibliografía:

Rousset, Ricardo V.
Historial de Cuba. La Habana, 1918.

Roig de Leuchsenring, Emilio: Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana 1937 Tomos I y II

Serrano Mangas, Fernando: Armas y flotas de la Plata (1620-1648). V Centenario del descubrimiento de América. Banco de España, 1989

Torres Ramire, Bibiano: La Armada de Barlovento. Sevilla, 1981.

Tudela, José: El legado de España a América. Editorial Pegaso, 1957.

Varios Autores: Historia de la Nación Cubana. Editorial histórica de la nación cubana, S.A.. La Habana, 1952.

Varios Autores: España y el Mar en el Siglo de Carlos III. Marinvest, S.A. Madrid, 1989.

Wanguemert y Poggio, José: El Almirante D. Francisco Díaz Pimienta y su época. Tipografía de la Revista de Archivos. Madrid, 1905.

Wright, Irene A.: Historia Documentada de San Cristóbal de La Habana en la I era mitad del siglo XVI. La Habana, 1930.

Wright, Irene A.: Historia Documentada de San Cristóbal de La Habana en la I era mitad del siglo XVII. La Habana, 1930.

INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA HABANA.

Daniel
Vasconcellos
Portuondo.

Resumen

El Gabinete de Arqueología.
Su creación, funciones y
resultados.

Abstract

The Archaeological
Department: Its creation,
functions and results.



Fachada principal de Tacón
No. 12.

El 14 de noviembre de 1987, la Oficina del Historiador de la Ciudad dejó inaugurado el Gabinete de Arqueología, con su sede en la calle Tacón N° 12 entre O'Reilly y Empedrado, en la Habana Vieja. Dicho acontecimiento tuvo lugar dentro del marco de las celebraciones del 468 aniversario de la Fundación de la Villa de San Cristóbal de La Habana. La Institución, estratégicamente ubicada frente a la torre del homenaje del Castillo de la Real Fuerza, comenzó con un personal dedicado preferentemente a las labores de investigación e intervenciones arqueológicas, así como a la clasificación, catalogación, restauración, conservación y almacenaje de evidencias materiales, procedentes en su mayoría, de las excavaciones arqueológicas realizadas con anterioridad a la creación de este centro y que fueron dirigidas por la propia Oficina del Historiador, pero ejecutadas por técnicos y obreros de la Empresa Provincial de Restauración de Monumentos, la cual, desde su fundación en 1984 hasta 1987, coadyuvó al rescate del potencial arqueológico de la Habana intramural.

El 2 de febrero de 1989, esta casa, que otrora edificara la parda Juana de Carvajal allá por los albores del siglo XVIII, abrió sus puertas como Museo Arqueológico, mostrando piezas cerámicas procedentes de las más notorias culturas del Perú pre-hispánico. Además, el público asistente pudo observar y disfrutar de dos de las excavaciones realizadas en el inmueble en 1986 y que quedaron como testigos (residuario y pozo), también de la habitación descubierta con extraordinarias pinturas murales, *pequeña Capilla Sixtina* como la denominara el Historiador de la Ciudad Dr. Eusebio Leal, en que se exhiben pinturas, de piso a techo, en sus cuatro muros, con escenas que representan ambientes costumbristas urbanos, donde se identifican recuadros habaneros junto a otros que más bien parecen europeos, pero todos matizados con aires tropicales.



Día de la inauguración del Museo Arqueológico, 2 de febrero de 1989.

Durante los meses siguientes se fueron incorporando nuevas salas expositoras dedicadas a las culturas indocubanas, mesoamericanas y del noreste sudamericano.

Simultáneamente con la apertura del Gabinete, quedó constituida una biblioteca especializada en temas arqueológicos e históricos, que en la actualidad cuenta con un fondo bibliográfico en incremento, pero medianamente acorde a la necesidad y exigencia de los investigadores.

A la llegada de los años '90, numerosas exposiciones transitorias llenaron los espacios reservados a las mismas, mereciendo citarse : *Tesoros de la Arqueología Subacuática*; *El vidrio*



en el comercio cubano; *Primeros hallazgos arqueológicos en el Convento e Iglesia de San Francisco de Asís*, entre los años 1987-90. Muchas de estas piezas elevan, en la actualidad, las muestras expositoras de una de las salas del Museo de Arte Religioso del propio convento, único de su tipo en Cuba.

Además, dos salas de exposición permanente quedaron abiertas, una dedicada a reflejar la faceta poco conocida de José Martí como dibujante, y conocedor de las culturas prehispánicas de América, al dejar esbozadas piezas del arte antiguo latinoamericano, y la otra destinada a testimoniar los resultados del trabajo arqueológico en la Habana Vieja.

Entre las diversas actividades desarrolladas por el Gabinete durante su década de funcionamiento pueden citarse: ciclos de conferencias, muestras del mes, visitas dirigidas, cooperación con piezas y personal calificado en el montaje de exposiciones —dentro y fuera del país— y la atención a los círculos de abuelos, niños y jóvenes aficionados a la arqueología.

En 1995, con los primeros egresados de la Escuela Taller *Gaspar Melchor de Jovellanos*; los investigadores del Gabinete pudieron comenzar una revaloración de la metodología aplicada hasta entonces, al contarse con un personal calificado acorde con las necesidades anteriores. Con esta inyección de nuevos bríos y aires de futuro, las semillas sembradas comenzaron a germinar. Igual sucedió con la pintura mural colonial, dirigidas y ejecutadas sus restauraciones, hasta ese momento, por especialistas del CNCREM y la Empresa Provincial de Restauración de Monumentos; explorados ahora por los primeros graduados en esa especialidad.

En 1997 se constituyó un nuevo almacén-taller (existente desde 1984), para la protección, conservación y restauración del material arqueológico; esta vez, con un personal más estable dedicado a preservar celosamente los bienes culturales que atesora la Institución capitalina.

A continuación relacionamos cronológicamente los yacimientos arqueológicos y con presencia de pintura mural intervenidos por el Gabinete de Arqueología desde su creación.

EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS PERÍODO 1987 - 1998

-1987/94. Iglesia y convento de San Francisco de Asís. Manzana comprendida por las calles: Oficios, Churruca y Ave. del Puerto. Actual: Sala de conciertos y Museo de Arte Religioso. Se incluye la exposición de piezas halladas en el sitio.

-1988. Castillo de los Tres Reyes Magos del Morro. Ribera este del canal de la bahía de La Habana.

-1988. Casa en Obrapía N° 111 e/ Mercaderes y Oficios. Actual: Casa Taller del pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín.

-1989/90. Casa en Mercaderes N° 116-118. Actual: Dirección de Arquitectura Patrimonial.

-1989/91. Fortaleza de San Carlos de la Cabaña. Actual: Parque Histórico-Militar Morro-Cabaña.

-1989/91. Casa de los condes de Santovenia. Baratillo N° 9 e/ Obispo y Narcizo López. Actual: Hotel Santa Isabel.

-1990/91. Terreno situado en Obrapía y Mercaderes. Actual: Parque Simón Bolívar.

-1990/91. Casa en Mercaderes N° 158 e/ Obrapía y Lamparilla. Actual: Casa Museo Simón Bolívar.

-1991. Prospección arqueológica en zonas de la bahía de La Habana.

-1991/95. Casa de Pablo Pedroso. Baratillo N° 101 esq. a Obrapía. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.

-1991/01. Castillo de San Salvador de la Punta. Ave. del Puerto y Prado. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.

-1992. Oficios N° 202 esq. a Teniente Rey. Actual: Bar – Cafetería.

-1993. Casa en Oficios N° 16-18. Actual: Casa Museo de los Árabes.

-1993. Casa en Oficios N° 162. Actual: Galería de Arte de la Sra. Carmen Montilla. Venezuela.

-1994/95. Casa de los marqueses de Arcos. Mercaderes N° 16 e/ Empedrado y O'Reilly. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.

-1995. Casa de Arango y Parreño. Amargura N° 65 e/ Mercaderes y San Ignacio. Actual: Vivienda social.

-1995. Prospección arqueológica en zonas del litoral habanero.

- 1995. Terreno en la calle Muralla y Oficios Actual: Parque Alejandro Humboldt.
- 1995/97. Casa del marqués de Calderón. Oficios Nº 312 esq. a Santa Clara. Actual: Centro Estudiantil José de la Luz y Caballero.
- 1996/97. Casa del conde de Villanueva. Mercaderes Nº 202 esq. a Lamparilla. Actual: Hostal conde de Villanueva.
- 1996/97. Iglesia de San Francisco de Paula. Paula Nº 9 esq. a San Ignacio. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1997. Casa en Habana ° 958. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1997/99. Casa en Obrapía Nº 55. Actual: En proceso de restauración arquitectónica y excavación arqueológica.
- 1997/98. Hotel Saratoga. Prado y Dragones. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1997/00. Casa del marqués de Prado Ameno. O'Reilly Nº 253. Actualmente: Restauración arquitectónica y excavación arqueológica.
- 1998/00. Espacio contiguo al traspatio del Gabinete de Arqueología. Mercaderes Nº 13. Actual: Ampliación del Gabinete de Arqueología en construcción.
1989. Muralla Nº. 101. En Proceso de restauración arquitectónica.
- 1999/00. Muralla Nº. 103-105, en proceso de restauración arquitectónica.
- 2000/01. Iglesia de Paula (área exterior en la parte trasera de la Iglesia).
- 1995. Casa de Arango y Parreño. Amargura Nº 65 e/ Mercaderes y San Ignacio. Actual: Vivienda social.
- 1995/96. Casa de Pablo Pedroso. Baratillo ° 101 esq. a Obrapía. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1995/96. Casa del marqués de Calderón. Oficios Nº 312 esq. a Santa Clara. Actual: Centro Estudiantil José de la Luz y Caballero.
- 1995/97. Casa en Oficios esq. a Lamparilla. Actual: Museo Alejandro Humboldt.
- 1995/98. Iglesia y convento de Nuestra Señora de Belén. Manzana comprendida por las calles: Compostela, Sol y Acosta. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1995/98. Casa de los marqueses de Arcos. Mercaderes ° 16 esq. a Empedrado. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1995/98. Casa en Tacón Nº 4. Actual: Restaurante Don Giovanni. Continuación en algunas áreas, de las labores comenzadas en 1985.
- 1995/98. Casa en Mercaderes Nº 111 e/ Obispo y Obrapía. Actual: Museo de Asia.
- 1995/00. Casa en Tacón Nº 12. Actual: Gabinete de Arqueología. Oficina del Historiador. Continuación de los trabajos comenzados en 1985.
- 1997. Casa en Habana Nº 958. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1997/98. Casa en Obrapía ° 55. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1997/ . Casa del marqués de Prado Ameno. O'Reilly Nº 253. Actual: En proceso de restauración arquitectónica.
- 1999. Casa O'Farrill. Cuba y Chacón, en proceso de restauración arquitectónica.
- 1999. Casa Lombillo. Espada Nº. 5. En proceso de restauración arquitectónica.

INTERVENCIONES EN LA PINTURA MURAL COLOMBIANA. PERÍODO 1995 - 1998 .

En algunos inmuebles las pinturas murales se investigaron preliminarmente para su registro; en otros se incluyeron procesos de intervención más directa.



- 2000. Casa Aguilera. Mercaderes y Amargura. Estudio de decoración ambiental.

- 2000. Hotel Santander. San Pedro y Luz. En proceso de restauración arquitectónica.

- 2000. Registro general de inmuebles con P.M. en el Centro Histórico de La Habana.

Algunos ejemplos de los trabajos arqueológicos realizados son los siguientes:

CONVENTO E IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Ubicado en la manzana comprendida por las calles Oficinas, Churruca y la Avenida del Puerto. Sus primeros cimientos, según corroboraciones arqueológicas junto a trabajos de archivo, datan del último cuarto del siglo XVI, siendo reconstruida su iglesia principal entre 1719-1738. Varias excavaciones se ejecutaron entre 1987 y 1994, sobresaliendo las de la nave lateral izquierda; los claustros norte y sur; aljibes del patio central; letrina de la enfermería de la Orden Tercera; la cabecera de la iglesia; las criptas, tanto dentro de la iglesia como en el área del actual parque (zona que antes ocupaba una parte de la basílica derribada por un ciclón a mediados del siglo XIX); restos humanos que fueron trabajados y conservados adecuadamente; también el coro alto, cuyo relleno servía para aligerar las cargas sobre la bóveda y mejorar la acústica del recinto.

Entre los muchos hallazgos arqueológicos es notable la aparición de una cerámica denominada México Pintado de Rojo, pero con la variedad de que ésta es descubierta con incrustaciones de feldespato, no existiendo reporte alguno de esta variante en la literatura arqueológica conocida entre nosotros.

La variedad de formas, tipos y funciones de las evidencias arqueológicas aparecidas en este inmueble religioso, ha servido en gran medida, para el conocimiento acerca de la vida doméstico-monástica de La Habana Vieja durante esas centurias.

CASA DE LOS CONDES DE SANTOVENIA

Situada en la Plaza de Armas, muy cerca de El Templete, presenta una construcción que data del siglo XVIII; remodelada hacia 1867 para convertir dicho inmueble en Hotel Santa Isabel, considerado entre los mejores del país en aquella época.

Entre 1989 y 1991, se realizaron varias excavaciones arqueológicas, tanto en planta alta (arqueología estructural y arquitectónica en áreas de los muros, puertas y arcos tapiados), como en la planta baja (zonas de letrina, zaguán, habitaciones y otras). En esta construcción doméstica fue donde primero se aplicó, en una casa de la Habana Vieja, un estudio geológico, como resultado de un trabajo conjunto entre el Gabinete de Arqueología y especialistas de la Universidad de La Habana.

Entre los disímiles hallazgos arqueológicos podemos mencionar la presencia de mayólica española de finales del siglo XVIII, definida, por primera vez en este sitio, como un nuevo tipo. Finalmente citaremos que el trabajo arqueológico realizado en esta casa ayudó a los arquitectos proyectistas para poder acercar al inmueble a su época de esplendor como Hotel Santa Isabel, abierto al público desde el pasado año 1997.



Trabajo en uno de los perfiles del zaguán. Palacio de los condes de Santovenia.

CASA DE DON PABLO PEDROSO

«En este vetusto inmueble de la Habana intramural (sito en las intersecciones de las calles Baratillo y Obrapía), edificado entre 1624 y 1631, según se infiere en la documentación primaria, se realizaron varias campañas de excavación arqueológica entre 1991 y 1995; las mismas permitieron excavar de manera extensiva más del 60% de la planta baja de esta casa, siguiéndose la estrategia de excavación de área abierta por estratigrafía natural. También se hicieron exploraciones geofísicas someras, detectándose algunos puntos con anomalías arqueológicas.»

«El contexto histórico trabajado resultó en sumo interesante y complejo. Las pesquisas realizadas conllevaron a la detección y liberación de una estructura formada por varios canales y orificios circulares cavados en la roca de caliza madreporica costera; se trataba de los restos de una grada o astillero, con una probable datación anterior a 1607. Otro ámbito de gran importancia intervenido resultó ser un antiguo basurero o muladar de la ciudad, que según los datos de Actas del Cabildo de 1624 y las cuantiosas evidencias de cerámica colonial, corresponde al primer cuarto del siglo XVII. Relativo al inmueble, en sí mismo, se localizaron restos de un pavimento de hormigón de cal antiguo; huecos de postes; cimientos y dos grandes pailas que servían de abrevaderos para las bestias; un pozo y dos letrinas, una de las cuales fue vaciada y construida en su interior una fosa maura para fines del siglo XIX o principios del XX. La otra, sin embargo, con parte de su contenido original, caracterizado por la presencia de numerosos tiestos de loza fina inglesa y vidrios de la segunda mitad del siglo XIX. Asimismo, se pudo comprobar las excesivas transformaciones que había recibido la casa, desde su techo hasta el subsuelo.»

«Además, se hicieron prospecciones para localizar pinturas murales, comprobándose la existencia de algunas de estimable valor por la gama de motivos neoclásicos que exponían, sobre todo, las descubiertas en las áreas residenciales de la primera planta. Al mismo tiempo se hicieron estudios de los materiales y técnicas de construcción del inmueble.» (Roger Arrazaeta, comunicación personal, 1998).



Escalera principal en la Casa de Pablo Pedroso. Azulejos catalanes o valencianos del siglo XVIII descubiertos en su zócalo.

CASA DEL MARQUÉS DE ARCOS

Marcada con el número 16 de la calle Mercaderes, aunque más conocida por su fondo ya que da a la Plaza de la Catedral, debido a la perfecta armonía que guardan sus columnas al estilo dórico con el inmueble contiguo del conde de Casa Lombillo. Este palacio fue intervenido arqueológicamente entre 1994 y 1995, obteniéndose resultados tan halagüeños como: A) Descubrimiento de la zona que ocupaba el callejón de Teneza, cerrado a inicios de la segunda mitad del siglo XVIII. B) Reutilización de las técnicas de sísmica somera correspondientes a cerca de cuarenta puntos del inmueble, así como pruebas de microgravimetría en nueve perfiles de áreas de la cochera, zaguán, patio, traspatio y caballerizas. C) Presencia de estructuras y rellenos que datan de los siglos XVI y XVII. D) Reconstrucción histórica de diferentes momentos del inmueble como cuando la casa funcionó como tesorería, al descubrirse puertas enchapadas en metal para una mayor seguridad de los bienes. E) Aplicación desde el punto de vista arqueológico de nuevas técnicas de control estratigráfico



para reconstruir la dinámica de formación y transformación de los rellenos, secundado esto por técnicas como el remontado de piezas. Las pinturas murales, que durante años decoraron esta mansión, muestran una gran variedad de estilos, colorido y buen gusto, muchas de ellas fueron prospectadas tanto en los espacios del zócalo de la escalera principal como en los interiores de la planta alta.



Vista general de la excavación No.1. Casa de los marqueses de Arcos.

Evidencias aborígenes de contacto entre
Mesoamérica y San Cristóbal de la Habana:

México Pintado de Rojo.

cerámica



Sonia Menéndez
Castro
Karen Mahe Lugo
Romera



Pieza de cerámica tipo México Pintado de Rojo, fue hallada en un contexto del siglo XVI en el convento de San Francisco de Asís. La imagen a relieve en una de sus caras representa un águila de posible influencia azteca, símbolo de México.

Resumen

La cerámica conocida como México Pintado de Rojo, es una tipología hallada con alta frecuencia en excavaciones arqueológicas realizadas en La Habana Vieja.

A través de un somero análisis se ofrece un acercamiento a este fenómeno, atendiendo a las causas históricas que hicieron posible su presencia en los contextos habaneros y las características tecno-tipológicas, que la cualifican como una alfarería de tradición mesoamericana.

Abstract

The ceramics known as Mexican Red Painted represent a typology found extensively in archaeological excavations at Old Havana sites. Through a brief analysis, we offer an explanation of phenomenon, presenting the historical causes that account for its presence in Havana contexts, as well as the techno-typological features that support its classification as a pottery of mesoamerican tradition.

Nuestro trabajo es un estudio de la cerámica conocida como México Pintado de Rojo, hallada en diferentes excavaciones arqueológicas realizadas en la Habana Vieja por miembros del Gabinete de Arqueología, centro perteneciente a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Este análisis se ha basado en dos aspectos que creemos fundamentales para esclarecer las interrogantes que existen sobre la presencia de esta cerámica en la ciudad: el histórico y el tecno-tipológico. Para ilustrar esta investigación hemos escogido un grupo de piezas exhumadas en el convento de San Francisco de Asís, representativas por la variedad de su morfología, el acabado y el buen grado de conservación.

Teniendo en cuenta la filiación étnica de los primeros grupos aborígenes mesoamericanos asentados en la ciudad, consideramos que esta alfarería pertenece a indios procedentes de Yucatán, México*. La misma abarcó una amplia cronología y, a pesar de su elaborada factura, es posible que sólo haya sido utilizada por el grupo introductor o un similar en cuanto a nivel socio-económico se refiere. No descartamos la posibilidad de que parte de esta cerámica haya sido manufacturada empleándose para ello materia prima original de esta región y, probablemente, estas producciones hayan sufrido variaciones en sus elementos decorativos por razones de índole político-cultural.

*n. del e. El criterio de las autoras sobre este asunto y otros en este artículo, aunque respetado, no necesariamente es compartido por otros investigadores, estudiosos de la cerámica de época colonial.

PRIMERAS NOTICIAS QUE SE TIENEN DE ESTE GRUPO CERAMIO Y REPORTES DE SU HALLAZGO EN LA CIUDAD

En la década del cuarenta en un sitio nombrado Higg, Florida, se realizaron excavaciones arqueológicas dirigidas por Hale Smith. En el trayecto de su trabajo encontró un grupo de tios «continuador de la cerámica prehistórica mexicana en cuanto a pasta y decoración» (1), y lo nombra *Mexican Red Filmed Ware o México Pintado de Rojo*, mencionando que emplea los mismos diseños de la cerámica roja del período tardío azteca (azteca IV) encontrada en el lago Texcoco. Vale señalar que el rango cronológico de esta cerámica se ha estimado desde 1502 a 1521, año en que cae Tenochtitlán y Cauhtemoc es capturado.

Años más tarde, Kathleen Deagan describe el grupo hallado por Smith -que ella define como tipo (2)- y, basándose en el reporte de éste, ofrece un amplio espectro cronológico para el mismo que abarca de 1570 a 1780 y destaca el hecho de que no se le habían realizado análisis espectrográficos que ayudarían a determinar con una mayor precisión su lugar de origen.

En 1969 es reportada, por primera vez, la presencia de esta cerámica en las excavaciones realizadas en el Palacio de los Capitanes Generales (L. Romero, comunicación personal). En lo adelante, su aparición en diferentes contextos arqueológicos en la Habana Intramuros la convierten en la alfarería foránea de tradición prehispánica más importante.



Jarrón con decoración renacentista, pero del período barroco. Cerámica tipo México Pintado de Rojo exhumada en las pechinas de los arcos del coro alto de la iglesia de San Francisco de Asís, contexto de 1719 - 1738.

En las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo a partir de la fecha antes mencionada hasta 1996, se ha reportado este tipo cerámico en los siguientes sitios: Casa Calvo de la Puerta, Hostal Valencia, Casa de Gaspar Rivero Vasconcelos, Tacón #12 (Gabinete de Arqueología), Maestranza de Artillería, Castillo de San Salvador de la Punta, Oficios #16, Convento de San Francisco de Asís, Casa de Pablo Pedroso, Casa Simón Bolívar, Casa del marqués de Casa Calderón y Casa de los marqueses de Arcos.

APUNTES SOBRE EL TRÁFICO DE INDIOS YUCATECOS EN LAS ANTILLAS

Las primeras noticias que se tienen del arribo de los colonizadores a las costas de Yucatán datan del año 1517, fecha en que Francisco Hernández de Córdoba llega a la península, comisionado por Diego Velázquez, quien fuera el primer gobernador de Cuba y organizara bajo su gobierno la conquista de México. Un año más tarde pasa por Yucatán Juan de Grijalba y, posteriormente, Hernán Cortés.

Conociendo que en agosto de 1509 se había emitido una Real Cédula según la cual se autorizaba la importación de indios de las islas comarcanas a La Española (3), podemos pensar que a partir de la llegada a Yucatán de Hernández de Córdoba, se deben haber realizado varias incursiones de españoles a la península con el objetivo de «hacerse de indios» (4).

En 1526 se le otorga a Francisco de Montejo una capitulación donde lo dejaban al frente de la conquista de Yucatán y, con ésta, el derecho a esclavizar a los indios que no estuviesen a favor del Rey y de la Iglesia, permitiéndosele además traficar con indios de rescate, o sea, indios que según sus costumbres eran esclavizados por otros indios (Bojórquez, 1994).

Años después, Montejo se asociaría con un rico comerciante y naviero nombrado Juan de Lerma, quien abastecería de mano de obra a Cuba y a La Española (5), beneficiándose no sólo él y su socio, sino también otros colonizadores a quienes le concede permiso para llevar a cabo un comercio libre de indios de rescate.

Pero al parecer no fue ésta la única vía causante del transiierro de indios yucatecos a las Antillas. Otro factor lo tenemos en un interesante estudio del Dr. Sosa (1990), donde se hace referencia al intercambio de indios por caballos a razón de

cien indios por equino, canje que decreció a medida que se consumaba la conquista de México. Creemos que lo antes señalado motivó, a partir del descubrimiento de la Nueva España, el temprano movimiento étnico a las Antillas, principalmente a Cuba.

Es muy probable que el tráfico de indios yucatecos se acrecentara durante el siglo XVII a través del rapto de piratas y filibusteros (6), quienes le sacarían un buen provecho a este tipo de mercancía. Durante este período el comercio se centraba en la villa de Campeche, siendo su puerto el más favorecido con el trasiego mercantil; auge comercial que provocó el acoso y el saqueo de esta región. Productos como la miel, la cera, la sal, el tan conocido palo de tinte y el robo de indios mayas fueron el preciado botín de los piratas (Ojeda, 1995). Estas oleadas de indios continuarían y ya entrado el siglo XIX tenemos noticias de cómo una vez más el poder gubernamental propicia y estimula el comercio de indígenas.

En el período que abarca desde 1846 hasta 1860, la importación de esclavos a la isla había disminuido debido, por una parte, a las frecuentes sublevaciones de negros esclavos que estaban suscitándose y, por otra, a las presiones que ejercía el gobierno británico contra la trata negrera (7), por lo que los hacendados de la isla se vieron obligados a procurarse otra fuente abastecedora de fuerza de trabajo, y nuevamente sería la península de Yucatán la más idónea para ello.

Por esa época la situación imperante en la región peninsular parecía favorecer el tráfico de indios yucatecos, pues, debido a las diferencias existentes entre éstos y las fuerzas gubernamentales, el gobierno procedió en unas ocasiones a ejecutar a los rebeldes y en otras los apresaba y expulsaba del territorio. Esta situación fue muy bien aprovechada por parte de los hacendados criollos, quienes compraban a muchos indios que «... eran salvados del patíbulo» (8) y los colocaban en sus propiedades en calidad de esclavos, desempeñándose en labores domésticas y agrícolas.

En este comercio ilícito se destaca un notable personaje conocido como Pancho Marty, quien es descubierto al interceptarse una carta donde se pone de manifiesto el arreglo de una transacción clandestina de indios mayas (8). Las fuerzas contrarias a este tipo de actividad obligaron a que se le condenase, pero la condena fue tan irrisoria que ciertamente estimuló la continuidad del tráfico, decretándose incluso en 1854 parámetros oficiales que legalizaban la explotación de chinos y yucatecos y el libre comercio de los mismos.

Sólo en 1861 el gobierno mexicano tomó partido a favor de los perjudicados, prohibiendo la extracción de yucatecos y penando a quien no cumpliera esta disposición, pero «aunque esta medida no significó la paralización total de las migraciones de yucatecos hacia Cuba sí transformó la naturaleza de los mismos» (9).

ESTABLECIMIENTO EN LA VILLA DE SAN CRISTÓBAL DE LA HABANA DE UNA LOCALIDAD CONOCIDA COMO BARRIO DE CAMPECHE

Ya hemos visto, brevemente, cómo a partir del siglo XVI y hasta el XIX han estado llegando a la isla, por distintas vías y de manera continua, remesas de indios procedentes de Yucatán. Este hecho nos induce a creer que se hayan realizado asentamientos de indios yucatecos en diferentes regiones de Cuba.

La investigadora Irene Wright menciona que en 1545 habían indios encomendados en Puerto Príncipe traídos de Yucatán; y en actas del Cabildo consta que en la villa de San Cristóbal de La Habana el 15 de septiembre de 1564 se hace solicitud de un solar «... en Campeche que está en el asiento e sitio donde tenía la estancia Juan Sanchez el mozo difunto.» Esta merced que se solicita presupone el establecimiento de un sitio conocido como Campeche, anterior a la fecha señalada. Su ubicación se ha dado, según Pérez Beato, con limitación varia pero en general se situaba a partir de la calle Muralla, hacia el Sur, hasta llegar al mar.

José María de la Torre apunta que dicho barrio se componía de chozas con miserables conucos y labranzas, que era habitado por indios que venían de Campeche y que fueron reducidos a policía en 1575, dándoseles un protector que fue Diego Díaz. En un registro que realiza Irene Wright sobre un censo llevado a cabo en 1582 para determinar la población apta para el servicio militar, se menciona: «... 25 negros horros y 41 indios», que son «sin dudas los del Barrio de Campeche.» Estas referencias al Barrio de Campeche nos confirman que en el siglo XVI la población mayoritaria asentada en este sitio provenía de Yucatán. Aunque se menciona que eran indios de Campeche, es muy posible que hayan sido

Bibliografía:

Bojórquez, Carlos: El Barrio de Campeche en la Habana, Cuadernos Culturales #5, México, 1994.

Deagan, Kathleen: Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C., 1987.

Torre, José María de la: Lo que fuimos y lo que somos o La Habana Antigua y Moderna, Habana, 1857.

García, Alejandro: Traficantes en el golfo, en Revista Historia Social #17, Valencia, 1993.

Hale Smith, Guilliam: The European and the indian; European indian contact in Georgia and Florida, Florida Anthropological Society Publications 4.

Ortiz, Fernando: Catauro de cubanismos, Ciencias Sociales, 1985.

Perez Beato, Manuel: La Habana Antigua. Imp. Seoane y Fernández, La Habana, 1936.

Rodríguez Sosa, Salvador: Yucatán en el Caribe. Ponencia presentada en el II Festival Internacional del Caribe. Cancún, 1989.

«... designados así más por el origen de su embarque que por la localidad de su captura» (10).

Sabemos por actas capitulares que en el siglo XVI este barrio continuó creciendo, pero las evidencias indican que su poblamiento fue nutriéndose, no sólo de los indios de Campeche agrupados, sino también de vecinos de la villa que pidieron mercedes de solares en nuevos sitios, en algunas ocasiones

para habitarlos y, en otras, para levantar otro tipo de obra civil, como aparece en 1603 en una proposición del Sr. Don Pedro Valdés, gobernador y capitán general de la isla, de fabricar un molino de agua «... para que se continúe la molienda de trigo(...) el cual es a la caída del agua de la zanja del Barrio de Campeche» (11). El Dr. Sosa, en sus investigaciones en los archivos parroquiales, enriquece el tema que nos ocupa al ofrecer datos sobre los matrimonios contraídos entre los yucatecos blancos y cubanos efectuados en el Espíritu Santo, iglesia situada entre los límites del barrio, en un período que abarca desde 1674 hasta 1724. Sobre sus resultados Sosa señala que «... la presencia yucateca ahora de blancos pero con la formulada posibilidad de indios, no cesó a lo largo de estos años» y más adelante continúa «... este tipo de inmigrante yucateco es urbano (...) y desde luego su llegada en nada se parece a la de los indios que hemos visto aparecer en el siglo XVI» (12).

En el año 1770 La Habana es objeto de una nueva división quedando fraccionada en dos cuarteles: el de la Punta y el de Campeche. Es muy probable que esta conversión de barrio a cuartel haya respondido a un crecimiento poblacional, aunque no se ha podido precisar



Ciudad de La Habana, 1829. Se destaca en tono más claro la ubicación del barrio de Campeche.

si dicho incremento se debía en parte a nuevas inserciones de yucatecos. Respecto a este fenómeno etnodemográfico Fernando Ortiz plantea que «... hubo momentos en que la guarnición de la Habana era principalmente de indios de Campeche.»

Teniendo en cuenta el temprano y sostenido poblamiento de esta zona, consideramos que este tema amerita un futuro estudio donde se investigue cabalmente este complejo proceso poblacional.

SITUACIÓN DE LAS PRODUCCIONES CERÁMICAS EN LA ETAPA COLONIAL

Pensamos que esta cerámica, pese al alto nivel tecnológico que presenta, nunca ha dejado de ser una alfarería marginal (o marginada) y su uso reservado, de manera exclusiva, al grupo

introduccion-productor. Razones seculares así lo explican. España, desde los inicios de su empresa comercial en América, impera fomentando un sistema monopolista donde el exclusivismo mercantil beneficiaría a Sevilla en la metrópoli y, por lo general, a un puerto en cada una de las colonias. El de La Habana queda favorecido de un modo especial debido a su posición geográfica, pues desde 1511 «...constituye la avanzada del Virreinato de México que es, en la parte norte del continente, la colonia de más intenso comercio con España ...» (13) y, años más tarde, se convierte en importante centro de reunión de las flotas al iniciarse el sistema que las agrupaba.

Como consecuencia de este exclusivismo mercantil, La Habana quedaría inundada de una cerámica que había llegado desde los mismos inicios de la conquista. De factura hispana, hecha en su mayoría en alfares sevillanos, la mayólica será, por excelencia, la utilizada en la ciudad. Un amplio espectro de tipos se harán populares y una gran variedad de formas cubrirá múltiples necesidades.

Sería el propio sistema de flotas con su estancia en el puerto habanero, así como las relaciones comerciales de Cuba con otras colonias españolas a través de Veracruz y Campeche, lo que posibilitó que, a mediados del siglo XVII, otra cerámica desplazara a la mayólica española. Superior en su acabado y con elementos decorativos más agradables, aparece la mayólica mexicana y así vendría a continuar la tradición alfarera que doce siglos atrás comenzaron los árabes. En México, los alfares se multiplican y surgen importantes centros productores como fue la ciudad Puebla de los Angeles.

Durante la segunda mitad del siglo XVII y buena parte del XVIII, será esta cerámica la que se impondrá en el mercado como resultado del gusto popular y la facilidad de su comercio en tanto su cercanía. Todo este tiempo el monopolio comercial dictado por España tratará de limitar la llegada de otras alfarerías a la ciudad. Sólo después de ser ésta tomada por los ingleses, es que la metrópoli decide liberalizar el comercio de sus colonias y, a partir de entonces llega a La Habana, ya no sólo por vías de contrabando, toda una variedad de piezas de fabricación inglesa, holandesa, francesa y asiática. Sin embargo, existía en la isla una parte bastante numerosa de la población que, debido a sus escasas posibilidades económicas, no tenía acceso a los tipos cerámicos que se iban imponiendo en el mercado, tipos éstos que serían sustituidos por alfarerías propias de los distintos grupos étnicos establecidos en La Habana. Y así sobrevivió al tiempo la cerámica que nos ocupa.

Es muy probable que los indios asentados en el Barrio de Campeche trasladaran a Cuba sus tradiciones alfareras y que, por tanto, parte de las piezas reportadas en excavaciones hayan tenido como lugar de factura nuestro país, aunque no es descartada la posibilidad de que en sus migraciones hacia acá, muchas de estas producciones constituyeran parte de su menaje. Esta cerámica va transformándose en cuanto a decoración y es presumible que ello sea consecuencia del empeño español de *europaizar* a todo indio que se dedicara a labores artesanales.

Existen, sin embargo, dos ideas que pueden resultar contradictorias: suponer que esta alfarería haya sido producida por el grupo que la crea para su uso exclusivo y la pérdida de la decoración tradicional por otra más europeizada. Es entonces cuando pensamos en una posible comercialización de las producciones en la ciudad, para la cual debían suprimirse los elementos decorativos con el objetivo de una mayor demanda. Este comercio pudo haber sido, mayoritariamente, entre habitantes de similar situación económica a la del grupo productor y es posible que consistiera en venta o trueque. Si en algún momento el grupo cerámico fue adquirido por familias adineradas, creemos que sólo haya sido para formar parte de la vajilla *no mostrable*, entendiéndose como tal, aquella reservada para la elaboración y el almacenaje de alimentos. Pero a pesar de la simplificación que sufrieron los motivos decorativos, esta alfarería trasciende barreras temporales, pues fuertes tradiciones culturales la fundan y sostienen.

CARACTERÍSTICAS CERAMOGRAFICAS.

A N O T A C I O N E S

De modo general, y a partir de una observación a nivel macroscópico, podemos plantear que esta cerámica se caracteriza por tener una pasta con una coloración que varía desde el crema al terracota. No presenta vidriado, destacándose la cara externa por la aplicación de un pigmento rojo y una superficie bruñida. Su morfología es diversa y utilitariamente fue creada para la contención de líquidos y sólidos.

Para completar y ampliar esta información enviamos un paquete de muestras al Laboratorio Central de Minerales



(LACEMI) *Isaac del Corral*, con el fin de realizarles análisis petrográficos, térmico diferenciales (A.T.D.), de difracción por rayos X y micropaleontológicos; estos últimos aún no concluidos. Los resultados nos aportaron indicadores tan interesantes como son la identidad de la materia prima utilizada, el nivel de calidad de las arcillas y la temperatura de cocción de las piezas.



Pequeña tinaja o jarra de tipo México Pintado de Rojo. Procede de las pechinas de los arcos del coro alto de la iglesia de San Francisco de Asís. Datación de 1719 - 1738.

La petrografía arrojó la presencia en la arcilla de los siguientes elementos detritoides:

- Plagioclasa
- Hornblendas
- Vidrio Volcánico
- Carbonato de Calcio
- Oxido de Hierro
- Cuarzo
- Magnesita
- Hematita
- Epidota
- Clorita
- Potasio
- Diabasa
- Biotita

Formas: Angulosas, subparalelas y redondeadas.

Tamaños: 0.004-0.27 mm.; 0.004-0.1 mm.; 0.16-0.4 mm. y 0.025-0.73 mm.; 0.13-0.38 mm. y 0.001-0.13 mm.; 0.016-0.1 mm. y 0.02-0.36 mm.

Microorganismos: Foraminíferos planctónicos.

El A.T.D. dio Illita-motmorillonita.

Según estos datos podemos decir que estamos en presencia de una arcilla del grupo de las bentónicas, específicamente facie motmorillonita $(Al_1Mg)_2[Si_4O_{10}](OH)_2 \cdot 4H_2O$, cristalizan tetraédricamente ubicándose los octoedros de Al^{3+} y Mg^{2+} entre rejillas hexagonales de Si y O_2 . Los paquetes se unen por enlaces de tipo Van der Waals, situándose entre ellos las moléculas de agua sorbida. Se forma por la meteorización de rocas efusivas como las tobas y de forma sedimentaria. La Illita aparece interdigitada según A.T.D. como facie secundaria.

Los detritoides muestran gran variabilidad tanto en forma como en tamaño, induciéndonos esto a pensar en una escasa selección de la materia prima. La presencia abundante de material volcánico nos habla de magmatismo notable, lo cual nos puede llevar a la formulación de varias hipótesis. Estas piezas fueron analizadas junto a un grupo de ceramios acordelados, de tradición autóctona, en los cuales no apareció material volcánico. La posible filiación mexicana puede quedar evidenciada por la abundancia de este material, aunque hay que esperar los resultados de las pruebas de micropaleontología y tratar de caracterizar la fuente. Esto es sólo un criterio más, pues en Cuba hubo magmatismo que incluso aparece en secciones delgadas de alfarería aparentemente habanera.

La temperatura de cocción de los tiestos estuvo por debajo de los 750°C, teniendo como patrón la reacción de transformación del Carbonato de Calcio. El agua molecular se pierde, en el caso de las motmorillonitas, por encima de los 400°, aunque en algunas sucede en 550°C.

Aparecen microorganismos, foraminíferos que viajaban en el plancton, sería oportuno identificarlos para situar posibles zonas de abasto.

Teniendo en cuenta los resultados de estas pruebas, y para resumir, se ha podido establecer que la arcilla es del tipo motmorillonita mezclada con illita que, dada la diversidad de tamaño y forma de los detritoides, hubo una escasa selección de la materia prima y que las piezas fueron cocidas en hornos cuya temperatura fluctuó entre los 550 °C y los 750 °C, quizás menor a 600°C por haber cloritas no transformadas.

Aunque hasta la fecha no se cuenta con los resultados de los análisis micropaleontológicos, nos es lícito pensar que esta alfarería es de origen mesoamericano, pues, por fuentes históricas, conocemos del arribo de indios procedentes de esta región desde fechas tempranas hasta bien entrado el siglo XIX.

Por otra parte, el establecimiento de un barrio conocido como *de Campeche*, al sur de la ciudad en una fecha anterior a 1564, según consta en actas del Cabildo, nos anuncia un prematuro asentamiento de pobladores que si bien no eran oriundos de Campeche, sí debieron partir de este importante puerto.

Estos *nuevos vecinos* necesitaron de una suerte de artículos para su faena diaria, algunos de los cuales pudieron traer durante sus migraciones y otros elaborarlos con materia prima autóctona de esta región. Parte de este menaje utilitario, exhumado en las excavaciones arqueológicas

realizadas en la Habana Vieja, responde a contextos muy tempranos, presentando, algunos de estos artefactos, motivos que evidencian su filiación mesoamericana y observándose, en otros, cuya ubicación contextual trasciende el siglo XVII, variaciones decorativas que los acercan al modo de hacer europeo. Sin embargo, y pese a esta diversidad decorativa, se va a mantener, invariablemente, un mismo patrón tecnológico en su factura; lo que asevera una continuidad productiva sustentada por siglos de tradición.

Bibliografía:

Sosa Rodríguez, Enrique: Aproximaciones al estudio de la presencia yucateca en la Habana a partir de algunos libros en archivos parroquiales. Ponencia presentada durante el II Encuentro de Investigadores del Caribe en Yucatán. México, 1990.

Victoria Ojeda, Jorge: Mérida de Yucatán de las Indias. Piratería y estrategia defensiva. Grupo Editorial Ideas S. de R. L. de C. V., México, 1995.

Wright, Irene: Historia documentada de la Villa de San Cristóbal de La Habana en la primera mitad del siglo XVI, Tomo I, Librería Cervantes, La Habana, 1927.

NOTAS

- 1- Hale Smith, Guillian: *The European and the indian; European Indian Contact in Georgia and Florida. Florida Anthropological Society. Publications.*
- 2- Deagan, Kathleen: *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C., 1987.*
- 3- Bojórquez, Carlos: *El Barrio de Campeche en la Habana. Cuadernos Culturales #5. México, 1994.*
- 4- *Ibidem.*
- 5- Rodríguez Sosa, Salvador: *Yucatán en el Caribe. Ponencia presentada en el II Festival Internacional del Caribe. Cancún, 1989.*
- 6- *Ibidem.*
- 7- García, Alejandro: *Traficantes en el Golfo. Revista Historia Social #17. Valencia, 1993. pág. 33.*
- 8- *Ibidem.*
- 9- *Ibidem.*
- 10- *Ibidem.*
- 11- Pérez Beato, Manuel: *La Habana Antigua. Imp. Seoane y Fernández, La Habana, 1936.*
- 12- Sosa Rodríguez, Enrique: *Aproximación al estudio de la presencia yucateca en la Habana a partir de algunos libros en archivos parroquiales. Ponencia presentada durante el II Encuentro de Investigadores del Caribe en Yucatán. México, 1990.*
- 13- Torre, José María de la: *Lo que fuimos o lo que somos o La Habana Antigua. La Habana, 1857.*

Ramón González Caraballo,
Orlando Carráz Hernández,
Hector Fernández Nuñez,

LA GEOFÍSICA

EN LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS DE LA HABANA VIEJA

Resumen

Las investigaciones Arqueológicas en la Habana Vieja se vienen realizando desde hace mucho tiempo y para ello se utilizaron las formas tradicionales de esta disciplina donde el papel fundamental para la elección de los sitios a excavar se hace sobre la base de los elementos aportados por los documentos existentes y por la experiencia acumulada por los especialistas. Desde hace poco más de 10 años se ha incorporado la utilización de métodos geofísicos capaces de aportar elementos físico geológicos que permitan una mejor selección de los puntos de excavación. En el presente trabajo se muestran los resultados alcanzados mediante la utilización de la Microgravimetría en las investigaciones realizadas en iglesias, conventos, fortalezas militares y viviendas, dentro de cuyos patios, habitaciones y jardines existen objetos, restos de estructuras, pozos criollos, letrinas, enterramientos humanos, etc., que constituyen objetivos de interés por el aporte de elementos y conocimientos que los mismos encierran relacionados con la cultura y vida de nuestros antepasados.

Introducción

La aplicación de la Geofísica en las investigaciones Arqueológicas ha estado condicionada por las posibilidades tecnológicas del equipamiento de medición y las características de los sistemas de procesamiento e interpretación, los cuales, deben ser capaces de detectar anomalías muy pequeñas en extensión y amplitud, lo cual explica que el mayor desarrollo se haya logrado a partir de la década de los años 40 cuando comienzan a aparecer en el mercado equipos de alta sensibilidad y se introducen medios de computación que posibilitan la instrumentación de técnicas modernas de procesamiento e interpretación, capaces de responder a los requerimientos exigidos. En Cuba, no es hasta hace aproximadamente unos 15 años que comienza este movimiento, partiendo de los aportes muy modestos logrados a través de levantamientos magnéticos que posibilitaron la ubicación de cañones enterrados en la zona litoral de la Bahía de la Habana en la conocida "Cortina de Valdés". Esta área está caracterizada por presentar condiciones ideales de ciudad para la realización de este tipo de trabajos, lo cual favoreció el resultado positivo de la investigación. A partir de la década de los años 90 se comienza a utilizar con carácter sistemático este tipo de levantamiento de apoyo para el estudio de sitios urbanos, extendiéndose a zonas con condiciones de mayor complejidad que incluyen áreas pavimentadas, con espacios extremadamente limitados y la presencia de ruidos geológicos naturales y antrópicos. También debe tenerse en cuenta que las investigaciones geofísicas en la Arqueología se pueden dividir en dos grandes grupos. Uno relacionado con los trabajos a desarrollar en áreas urbanas y los que se desarrollan en áreas rurales. En este último caso, la ejecución de los trabajos de campo presenta pocas limita-

ciones como la presencia de zonas cenagosas, existencia de irregularidades topográficas y la existencia de bosques tupidos, sin embargo, en el caso de las áreas urbanas pueden existir zonas pavimentadas, muros y obstáculos horizontales, edificaciones, ruidos industriales, movimiento de vehículos que originan pequeños microsismos etc., los cuales hacen que muchos métodos presenten grandes limitaciones para que puedan ser incluidos dentro del complejo a utilizar y en otros casos quede invalidada su utilización.

Es por las razones antes enumeradas que los trabajos geofísicos en La Habana Vieja se han reducido a la utilización de la Microgravimetría, ya que los objetivos planteados en esta etapa han presentado una cantidad suficiente de limitaciones a otros métodos que han imposibilitado la utilización de esas variantes aconsejadas para los estudios mediante formas combinadas.

Desarrollo

La ambigüedad en la solución de las tareas geofísicas aconsejan que cada tarea geológica a estudiar sea abordada por más de un método con el objetivo de llegar a la misma respuesta por diferentes vías, sin embargo, en el caso que nos ocupa, se ha utilizado un solo método, lo cual se justifica por el hecho de que la situación física de los sitios a investigar es tal que no se cuenta con el mínimo de condiciones exigidas por cualquiera de las variantes posibles a utilizar, sobre todo, en lo referente a espacio para el emplazamiento de dispositivos de medición, la existencia de pisos y pavimentos de considerable espesor, gran cantidad de residuos metálicos en superficie, líneas eléctricas de voltajes variados, tuberías enterradas, salideros de agua, etc. Como una salida a esta situación, se estudió el empleo de la Microgravimetría para la solución de la

Abstract

The archaeological works in the Old Havana have been done for many years and for it were used the traditional forms of this modality

Elements as previous documents prepared for this and the experience accumulated by the specialists have been taken into account to choice places to dig and excavations points.

Moreover more than 10 years ago was incorporated the use of geophysical survey like Microgravimetry. They give geological information that allow a better selection of the excavations points.

In this paper are shown some microgravimetry works carried out in churches, convents military fortress, and housing insides where were revealed objects as latrines, human burials, wells, etc. that constitute archeological objectives for it's contribution to the knowledge about the History and Culture of our city.

mayoría de las tareas planteadas. El resultado de ese estudio posibilitó concluir que los contrastes de densidad, profundidades de estudio y dimensiones de los objetos de interés son suficientes para esperar anomalías de campo medibles y utilizables en el proceso de interpretación de las mismas.

Los trabajos microgravimétricos fueron proyectados de acuerdo con los resultados del modelaje realizado, resultando evidente que las mediciones debían realizarse según perfiles paralelos con separación constante entre ellos y distanciamiento entre puntos de medición de 2 metros y 1 metro en las áreas anómalas. Se proyectó el control topográfico planimétrico y altimétrico de todas las observaciones a partir de la ubicación de un punto fijo de referencia.

Los principales objetivos buscados se resumen en:

- Estructuras de edificaciones o inmuebles anteriores enterradas.
- Restos de construcciones secundarias tales como pozos criellos, letrinas, canales de conducción de aguas pluviales, aljibes, etc.
- Localización de enterramientos humanos.
- Localización de objetos variados.

En cada punto se midieron los valores de campo sobre la superficie y los valores de gradiente vertical de torre, los cuales permitieron en la etapa de gabinete calcular los gradientes horizontales en diferentes direcciones y el módulo de la señal analítica que en la etapa posterior sirvieron para la interpretación cualitativa y cuantitativa de las anomalías.

Como resultado de los levantamientos realizados se puede inferir lo siguiente:

- La metodología empleada para las mediciones y procesamiento de los datos permitieron alcanzar un error medio cuadrático de las observaciones aisladas de 0.04 mGal que se considera suficiente para los niveles anómalos existentes.
- Las curvas de D_g , V_{zx} y V_{zz} son suficientemente elocuentes como para considerar su comportamiento como un reflejo fiel de la situación geológica del área y la interpretación

combinada de las mismas, conjuntamente con la señal analítica calculada nos permite llegar a las conclusiones definitivas. Todo esto se comprueba con las excavaciones realizadas que arrojan más de un 90 % de efectividad

ALGUNOS EJEMPLOS DE LOS RESULTADOS ALCANZADOS EN LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS

Estudio de las áreas correspondientes a la Casa del Marqués de Arcos en el Centro Histórico de la Ciudad de la Habana.

Objetivos

La búsqueda de objetos y estructuras enterradas además de los límites de la antigua ciénaga litoral que definía los límites de la ciudad.

Resultados obtenidos

Entre otros se encuentra la ubicación del aljibe principal de la casa, mediante la utilización del gradiente vertical de Torre como variante del método gravimétrico de prospección.

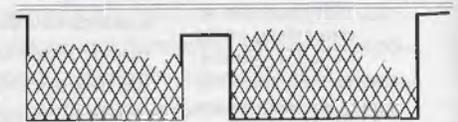
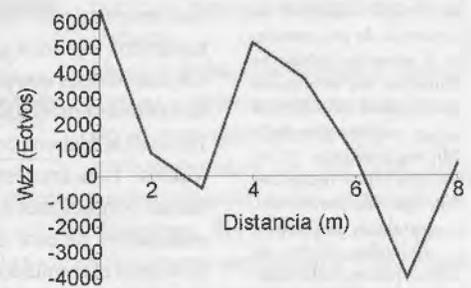


Fig. 1 Perfil de V_{zz} que muestra con sus mínimos pronunciados los espacios vacíos correspondientes al aljibe con un máximo central que es función del efecto del tabique que lo divide.

Estudio de los alrededores del Castillo de los Tres Reyes del Morro.

Objetivos

Ubicar los restos de la antigua pared límite de la edificación destruida durante el ataque de los ingleses en la toma de La Habana y definir la posible existencia de un enterramiento en una de las paredes interiores de la edificación.

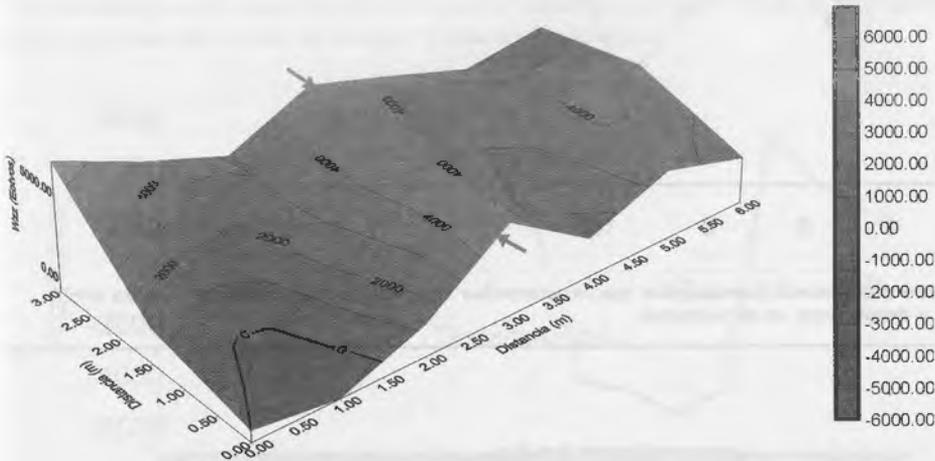


Fig. 2 Representación axonométrica del plano de isótopos de V_{zz} obtenido, donde se aprecia el efecto central del muro y las direcciones de extensión del mismo.

Resultados

Se logran los dos objetivos, en un caso se define la ubicación de la antigua pared de la edificación y se determina los lugares donde hay que excavar para la restauración dirigida (figura 2). Y en el otro se logra determinar que la pared estudiada con dimensiones anormales se encuentra parcialmente rellena y constituye una posibilidad de escondite de objetos.

CASA DE CALDERÓN

Objetivos

La localización de todo tipo de restos de edificaciones y construcciones secundarias presumiblemente enterradas y ubicadas en las actuales habitaciones de la casa en restauración.

Resultados alcanzados

Se lograron ubicar varios objetos de obra tales como una fosa de desperdicios superpuesta a un pozo criollo y un tercero en posición cercana. Una letrina rellena de material arqueológico propio del período de tiempo en que fue habitada la casa, un aljibe, y una obra hidráulica representada por un sistema de canales.

Bibliografía:

Arzi, A. A: Microgravity for engineering applications. *Geophysical Prospecting*, 23 (3), 408-425, 1975.

Blizkovsky, M: Processing and applications in Microgravity surveys. *Geophysical Prospecting*, 27, 848-861, 1979.

Butler, D. K: Interval Gravity Gradient Determination Concepts. *Geophysics*, 49 (6), 828-832, 1984a.

Butler, D. K: Microgravimetric and gravity - gradient techniques for detection of subsurface cavities. *Geophysics*, 49 (7), 1084-1096, 1984b.

Fajkiewicz, Z. J: Gravity vertical gradient measurement for detection of small geologic and anthropomorphic forms. *Geophysics*, 41 (5), 1016-1030, 1976.

González Caraballo, R: La microgravimetría aplicada a la solución de algunas tareas geológicas. *Revista Minería y Geología* 3 (12). 23-31, 1995.

González Caraballo, R: Utilización de la microgravimetría en la solución de problemas geológicos someros. Tesis presentada en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Técnicas. Departamento de Geofísica. ISPJAE, 1997.

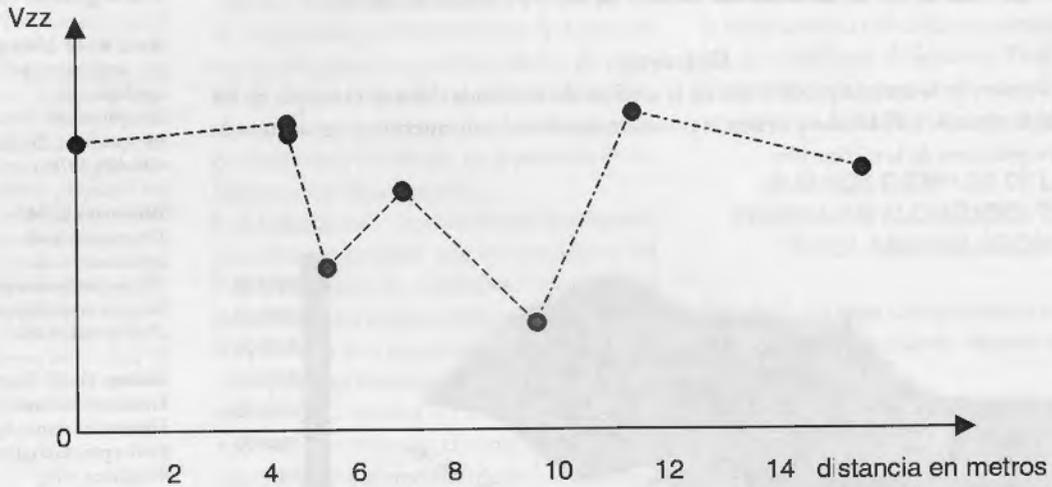


Fig. 3 Gráfico de Vzz que muestra dos mínimos pronunciados que resultaron ser una fosa de desperdicios y un pozo criollo, uno superpuesto sobre el otro y desplazados en la horizontal.

CONVENTO DE BELÉN

Objetivos

Ubicar aquellos sitios donde pudieran encontrarse restos de enterramientos humanos.

Resultados logrados

Se ubicaron varios enterramientos humanos donde se logró definir la presencia de clérigos, zapateros y otros enterrados según un orden que no se corresponde con el orden jerárquico establecido en la época para los enterramientos.

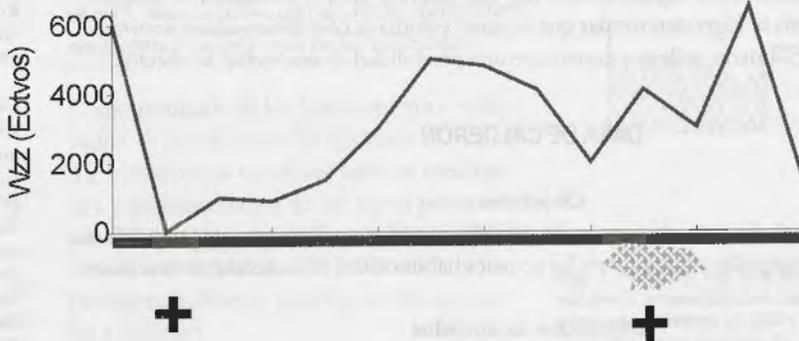


Fig. 4 Gráfico de un perfil de Vzz que muestra con sus mínimos relativos los lugares donde se realizaron las excavaciones que resultaron positivas. Nótase que en el mínimo de la derecha hay un máximo relativo interior, que corresponde a un objeto de alta densidad dentro del relleno utilizado.

IGLESIA DE PAULA

Objetivos

Se planteó la necesidad de ubicación de lugares en donde hubiera posibles enterramientos humanos.

Resultados alcanzados

Se definieron 3 lugares perspectivas de los cuales 2 resultaron enterramientos con alrededor de 35 personas con diferentes grados de conservación de sus restos en un caso y un enterramiento desordenado con pocas posibilidades de recuperar esqueletos completos. El tercer sitio resultó un enorme nudo de tuberías de desagüe y conducción de aguas.

Hammer, S: Relative precision of vertical and horizontal gravity gradients measures by gravimeters. *Geophysics* 44 (1). 99-101, 1974.

Nabighian, N. M: The analytic signal of two dimensional bodies with polygonal cross-section. Its properties and use for automatic interpretation. *Geophysics*, 37 (4). 507-517, 1972.

Nabighian, N. M: Additional comments on the analytic signal of two dimensional magnetic bodies with polygonal cross-section. *Geophysics*, 39 (1). 85-92, 1974.

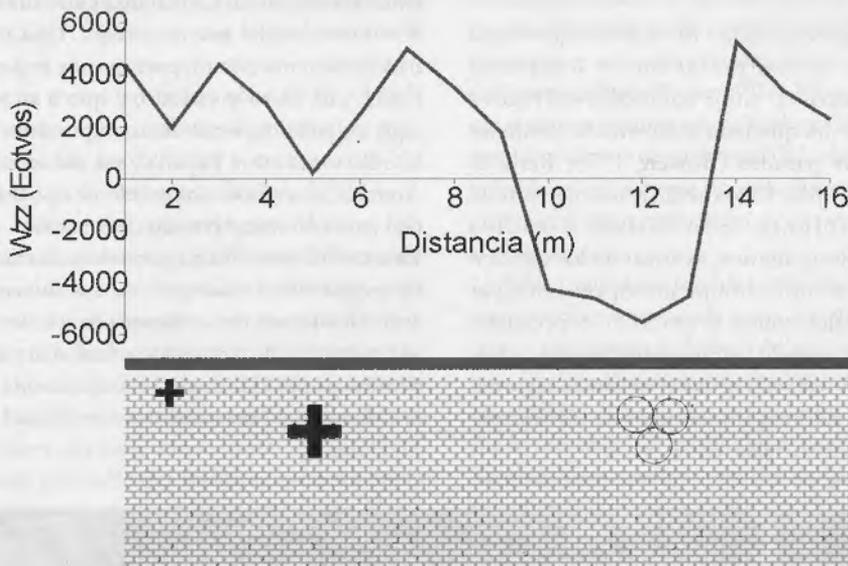


Fig.5 El gráfico de Wzz evidencia la presencia de dos mínimos iniciales que resultaron ser enterramientos humanos y el tercero un nudo de tuberías

Conclusiones

·En las condiciones de ciudad, la Microgravimetría como método Geofísico constituye una herramienta poderosa para el apoyo a las investigaciones arqueológicas.

·Con la aplicación del método descrito se logra una mayor rapidez en las labores, así como una mayor efectividad de los trabajos al lograr descartar los lugares donde no se debe esperar la existencia de objetos de valor.

La generalización de este tipo de trabajos puede contribuir a que en un período de tiempo relativamente corto se logre incrementar considerablemente la información derivada de la arqueología relacionada con la historia de la ciudad y del país en general.



LA MUJER ABORIGEN AL INICIO DEL SIGLO XVI EN EL CARIBE

Lourdes S. Domínguez

Resumen

Qué papel jugó la mujer aborigen en el proceso de la conquista y colonización entre los años 1492 al 1542 en los territorios caribeños, es un tema poco abordado en la historiografía americana. Da fe de su predominio en el núcleo familiar de estos tiempos el mestizaje inicial que da paso al primer criollo. Este momento de beligerancia permitió una asimilación técnica y de costumbres que propiciaron la supervivencia tanto del conquistador como de un reducido grupo de aborígenes, generándose un proceso de transculturación inevitable.

Abstract

The part played by the Indian woman in the process of Caribbean conquest and colonisation between 1492 and 1542 is a subject seldom addressed by American historiography. The early racial combination which gradually synthesised into the Creole identity is a testimony to the presence of the Indian woman in the contemporary family nucleus. The period of conquest initiated an assimilation of techniques and customs which supported the survival not only of the invaders but also of a reduced group of Indians, a situation which inevitably resulted in a process of transculturation.

El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón, fue en los finales del siglo XV y los inicios del siglo XVI, el acontecimiento más extraordinario que pudiera ocurrir en aquella incipiente Europa que salía del medioevo atada de pies y manos; en cambio para esa nueva tierra que se llamaría América, sería una hecatombe predestinada que los llevaría al casi exterminio cultural, y a un genocidio sin precedentes. (Bagú, 1987).

Lo que pudo ocurrir entre 1492 y 1542 en que se promulgan las Leyes Nuevas (Morales Padrón, 1979:42) en nuestros territorios caribeños, fue un verdadero ensayo de la vida que continuaría en lo sucesivo, ya que ni en América se vivió como en Europa, ni en Europa se quiso saber como se vivía en América. En los cincuenta años que median, entre estas fechas, prácticamente una generación, se conformó un "modus vivendi" o "modo de vida" totalmente nuevo, con sus lógicas variantes en cuanto a idiosincrasia y espacio, y fue casi exactamente lo que se desarrolló en el siglo posterior.

Qué papel jugó la mujer en este momento tan crucial es uno de los puntos menos tratados en la historiografía, ya que sólo encontramos reseñas de otras épocas en las que predominan algunos estudios de género, pero de una manera literaria (Castañeda, 1993-94); podemos ver que la información que se recibe de los Cronistas de Indias sobre la mujer aborigen es casual, no se adentran en la verdadera realidad que se descubre, por una razón muy clara, su concepto de género era muy limitado, lo usual en ese momento, es hablar de algunas mujeres principales, siempre al lado de hombres de renombre y de todas formas, muy poco de sus actividades personales, de su vida cotidiana y mucho menos de su ubicación en la sociedad.

Todo lo contrario ocurría en la organización social del espacio aruaco o taíno, la posición de la mujer aborigen era muy distinta, no se le consideraba objeto sino parte de la comunidad, cualquiera que fuera su posición o su status. De todas formas se han podido entresacar algunos elementos a partir del estudio del mundo de sus creencias y de su mitología, lo cual ha sido muy bien reflejado por el primer etnólogo de América, el padre Ramón Pané y también en las Crónicas, donde sobre todo, el Padre Las Casas le dedica bastante espacio a la mujer en sus obras, no sólo se nombran a las cacicas o jefas, o a las mujeres que tuvieron que ver con la vida de los principales conquistadores de mayor monta; sino que se habló de lo cotidiano, de su actuación en algunos casos, pero hay que tener bien claro que lo que verdaderamente representó la mujer aborigen en la conquista, para aquel solitario hombre de guerra que vino de España, no se ha tratado o se ha hecho muy escuetamente.

No hay lugar a dudas que en la comunidad aruaca o taína, como toda sociedad agrícola, la mujer por su capacidad reproductora ha estado asociada simbólicamente a la tierra y a todo el proceso de producción, sobre todo en la reproducción humana, la más importante y necesaria. La arqueología nos ha proporcionado infinidad de representaciones en donde la efigie femenina recreada, a todo lo largo del territorio caribeño (Domínguez, 1986:134) nos da un indicio fehaciente de la posición prominente de la mujer en el discurso mítico antillano, (Pastor, 1983:25), y que no es otra cosa que el reflejo de su propia sociedad. (López-Baralt, 1985:36).

Podemos tomar como ejemplo el cemí divino de **Atabeira**, representación de la madre del Dios principal, **Yocahú** y del cual Pané dice "... tiene madre, más no tiene principio y a este llaman **Yocahú, Bagua, Maorocoti** y

a su madre llaman **Atabey-Yermao-Guácar-Apito y Zuimaco**, que son cinco nombres”, la cantidad de nombres responde a un mecanismo de diferenciación social, la madre tiene cinco nombres y el hijo, a pesar de ser tan principal, sólo tiene tres. (Stevens-Arroyo, 1988:120).

Otros dioses o cemíes femeninos juegan papeles de gran relevancia en la vida cotidiana de estos hombres taínos, si tomamos la mítica aruaca, **Guabonito** es una deidad favorable que cura los males del cuerpo, en cambio **Guabancex** es la dueña de los vientos y las aguas y representa los males que podían traer grandes catástrofes: los huracanes; también tenemos al cemí **Itiba-Cahubaba**, la madre del bien y a **Caguana** la madre procreadora por excelencia. (Guarch, Querejeta, 1993:37).

Para la comuna aruaca, la mujer representó en la parte política, una posición significativa, era ella con su línea materna, quien determinaba la descendencia en la heredad, se decía que su prole era “nacida de sangre” y

en las consultas realizadas en las Crónicas del siglo XVI, se pueden observar situaciones muy especiales en las decisiones tomadas a favor de las Cacicas en Santo Domingo que denotan la gran envergadura y relevancia, que ellas poseían en su mundo. (Cassá, 1992: 110). En la vida económica fue predominante su actividad ya que tuvo a su cargo tareas imprescindibles en la producción, sobre todo en las faenas agrícolas, indicadas por sus creencias y no trasladables a nadie más, sobre todo la

siembra de los esquejes de yuca, su principal cultígeno, así como también en la preparación de alimentos y en la confección de artesanías, especialmente la producción alfarera, todo lo que trajo por consecuencia, que la mujer aruaca fuera considerada como un segmento del poder tribal (Sued Badillo, 1975).

Algunos Cronistas tuvieron críticas acérrimas a la mujer, como por ejemplo Fernández de Oviedo que decía de ellas “...son las mayores bellacas e más deshonestas y libidinosas” (Fernández de Oviedo, 1959:118) pero no creemos que esto con-

cordara con la realidad, en verdad, todo parece indicar que es sólo un mal entendimiento de las costumbres y de las formas de la vida cotidiana de los taínos, o en su defecto, un problema personal de Oviedo.

De lo que aconteció después de la llegada de los conquistadores da fe el hecho del mestizaje inicial, un rasgo que caracterizó a la población de estos 50 años americanos; este mestizo o primer criollo, hijo de español e india, indicaba la unión, la valoración de la mujer

como hembra, como madre, y no hay dudas que como maestra y conservadora del caudal adquirido, es el momento de beligerancia que no recogen los documentos, eso no se podía saber en España, pero representó la única forma de adueñarse de lo poco que le quedaba a los indios y también la única forma de sobrevivir.

El contacto entre aborígenes y europeos en el Caribe provocó la rápida desarticulación de las comunidades primitivas que existían en estos



Idolillo femenino muy pequeño realizado en cerámica, el cual representa una figura femenina estilizada. (Tamaño: 2.5 cm de largo x 1 de ancho)

Bibliografía

Bagú, S: La conquista de América un cataclismo social. Casa de las Américas (165):3-10. La Habana, 1987.

Cassá, R: Los indios de las Antillas. Edit. Mapfre. Madrid, 1992.

Domínguez, L: Algunos aspectos del arte de los grupos aborígenes agricultores ceramistas de Cuba. Arqueología de Cuba. Edit. Nauka. Novosibirsk, 1986.

Domínguez, L. et al: Las comunidades aborígenes de Cuba. Historia de Cuba. La Colonia Cap. 1 p. 5-57. Edit. Política. La Habana, 1994.

Domínguez L., A. Rives: Arqueología, parentesco y transculturación en el aporte aborígen a la cultura cubana. (Inédito), 1993.

Fariñas, D: Religión en las Antillas. Edit. Academia. La Habana, 1995.

Fernández Oviedo, G: Historia General y Natural de las Indias. Autores Españoles. Madrid, 1959.

Guanche, J: Procesos etnoculturales de Cuba. Edic. Letras Cubanas. La Habana, 1983.

Guanche, J: Componentes étnicos de la nación cubana. Edit. Unión. La Habana, 1996.



Guarch, J. M. y A. Querejeta: Los Cemíes olvidados. Publigráf. La Habana, 1993.

López Baralt, M: El mito taíno, Levi-Straust en las Antillas. Edic. Huracán. Puerto Rico, 1985.

Marrero, L: Cuba: Economía y Sociedad. Edit. San Juan. P. Rico, 1972.

Morales Padrón, F: Teoría y Leyes de la Conquista. Edic. Cultura Hispánica. Madrid, 1979.

Pané, R: Relación acerca de las antigüedades de los indios. Edit. Ciencias Sociales. La Habana, 1990.

Pastor, B: Discurso narrativo de la conquista de América. Casa. La Habana, 1983.

Pérez de la Riva, F: Origen y régimen de la propiedad territorial en Cuba. Academia de la Historia. La Habana, 1946.

Pichardo Moya, F: Los indios de Cuba en sus tiempos históricos. Academia de la Historia. La Habana, 1945.

territorios, estos hechos según algunos estudiosos representaron la posibilidad de una total extinción de los indoantillanos, otros plantean que no necesariamente se perdieron los elementos culturales sino que los mismos se enmascararon dentro de un contexto nuevo, (Guanche, 1983:113), de esta forma se habla de procesos tempranos de asimilación o de una transculturación, su sobrevivencia posterior, queda plasmada en documentos que fehacientemente plantean la existencia de descendientes amerindios hasta entrado el siglo XIX.

De acuerdo a la circunstan-
cias que dieron motivo a la ruptura de la continuidad étnica del aborigen en el Caribe, otros aspectos como son las relaciones de parentesco y familia permiten que se mantuvieran estas ideas, así como una toma de conciencia de la ascendencia india, la que es claramente explicada en la documentación generada protocolarmente en estos inicios del siglo XVI, y simultáneamente debió desarrollarse una tendencia resultante de la asimilación de técnicas y costumbres de una parte y de otra, en todas ellas la

mujer indígena jugó su más importante papel en esta historia y en ese su momento histórico. Hay evidencias arqueológicas de objetos materiales de la cultura aborigen que sensiblemente transformadas se incorporan al proceso de transculturación, como por ejemplo en el consumo de alimentos lo especial que resultó el pan de casabe, en la toponimia

que ha llegado aún hoy, en las creencias y en los lazos familiares, todo lo que argumenta la persistencia de elementos muy concretos de su organización gentilicia.

Los españoles en esta temprana época, pocas veces repudiaron su unión con las mujeres aborígenes y en más de una Real Cédula se

autorizó y propició el matrimonio entre las dos partes (Pichardo Moya, 1945:27). En el Caribe el favorecimiento de estos enlaces estuvo relacionado con la imposición legal de la herencia a la forma española, incluida la supresión de las obligaciones de tipo avuncular (Potrony, 1985:12-13), resultando de esta forma muchas uniones entre conquistadores y mujeres indias, de lo cual el ejemplo más característico pudo ser el caso de Vasco Porcallo de Figueroa en Cuba, el cual fundó una extensa familia mestiza, al mismo tiempo que adquirió grandes riquezas en tierras, a partir de las uniones matrimoniales porque las mismas favorecieron el engrandecimiento del patrimonio a partir de estos caudales, y debido a que el entronque de linajes, de la mal llamada " nobleza abori-

gen" así lo permitió. (Rojas, 1989:23-24). Los enlaces, matrimonios o amancebamientos, se hacían a la manera europea, por lo menos en los centros poblacionales fundados en la colonización y en sus cercanías, es decir mediante la transmisión de los apellidos y la herencia de bienes generalmente por vía paterna, lo que se recoge en la docu-



Pequeña figura en cerámica que asemeja a un majadero colgante, el cual presenta características femeninas (Tamaño: 6 cm de largo x 2.5cm de largo)

mentación protocolar de este momento, pero también hay rasgos de supervivencia de sucesión matrilineal como lo expresa S. Culfín en 1902, al estudiar en los poblados de Yara, Yateras y Caridad de los Indios, en Cuba, en donde se observa esta supervivencia de formas jurídicas matrilineales, las cuales estaban vivas aún. (Rives, Domínguez, 1993).

Vale plantear, por lógica, que en los inicios del siglo XVI y tal vez un poco más tardíamente la herencia de bienes por vías maternas no sólo se asociaba a las sociedades gentilicias, en muchos casos este tipo de sucesión era de usanza también de los colonizadores y en algunos casos, perduró estrechamente vinculada a la propiedad territorial, dados los índices de emigración masculina durante los inicios del siglo XVI, y a la necesidad de mantener la célula familiar intacta. (Pérez de la Riva, 1946:106).

Para ilustrar este caso, se puede tomar un estudio realizado en los documentos del Archivo de Protocolos de la Habana, en que se ve reflejada esta problemática, y como se ve numéricamente representada la transmisión de bienes por vía materna. (Domínguez, Rives, 1993).

Otro de los casos que se presenta es la trasmisión del apellido por vía materna, lo que nos hace pensar que en esta época tan temprana del XVI, en los apellidos en cuestión, hayan sido de mujeres indias españolizadas, de las cuales hay un por ciento elevado y que no eran otras que las esposas de los conquistadores o encomenderos.

El reconocimiento del pasado más antiguo, en donde la mujer aborígen se hizo valer a partir de su papel fundamental nos permite llegar a la convicción de que se poseía una autoconciencia étnica (Guanche, 1996), y por ende se dio paso y ubicación al proceso de transculturación en este momento inicial de nuestra historia, aunque algunos digan que es fallido, (Domínguez, Rives, 1991: 27).

Potrony, J: La familia humana. Edic. Ciencias Sociales. La Habana, 1985.

Rives, A. L. Domínguez y M. Pérez: Los documentos históricos sobre las Encomiendas y las Experiencias Indias de Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico. Estudios arqueológicos 1989, Edit. Academia. La Habana p. 26-35, 1991.

Rojas, M.T: Índice y extractos del Archivo de Protocolos de la Habana. Imp. Ucar y García. La Habana, 1947.

Sorhegui, A: El surgimiento de una autocracia colonial en el occidente de Cuba. Revista Santiago. Santiago de Cuba.(37):147-209, marzo 1980.

Stevens-Arroyo, A: Cave of Jagua. University of New México Press. Alburquerque, 1988.

Sued Badillo, J: La mujer indígena y su sociedad. Univ. de P. Rico CEREP, 1975.

Sued Badillo, J: Las cacicas indoantillanas. Inst. de Cultura Puertorriqueña (87):15-26, San Juan, 1985.



Pintura mural COLONIAL en la Habana Vieja

María
del Carmen
Montes
Rodríguez

Resumen

Este trabajo destaca la presencia de la pintura mural en la arquitectura cubana y en especial en la Habana Vieja, dando un grupo de directrices metodológicas y clasificatorias para su análisis según el criterio de la autora.

Abstract

The purpose of this work is to highlight the presence of mural painting in Cuban architecture, especially in the buildings of Old Havana, as well as to provide several methodological and classificatory guide lines based on the author's criteria.

Las pinturas murales aportaron un elemento singular y sobresaliente a la decoración interior y exterior de la casa cubana en la época colonial, especialmente en el Centro Histórico de la Habana Vieja. El objetivo de su presencia en los edificios domésticos y civiles fue el de embellecer y hacer agradable el entorno arquitectónico. En las iglesias y conventos respondió a un sentido litúrgico y también puede aparecer como parte de la ornamentación.

En algunas regiones de Cuba donde aún se conserva parte del patrimonio histórico edificado existen disímiles y notables ejemplos de la impronta de esta modalidad artística.

Una gran gama de pigmentos minerales y algunos de origen vegetal fueron importados en el siglo XVIII desde Europa y México. Posteriormente se emplearon también colorantes de poca calidad; esto se comprueba porque se desmerecen al tacto. Los colores en general son muy apropiados para nuestro clima: vivos y alegres, dejándonos ver la blancura del fondo, lo que les da un aspecto traslúcido.

En la pintura mural predominan las cenefas en las partes bajas de los muros, pero su altura y posición puede variar. Así, se encuentran decoraciones bordeando techos, a modo de jamba o cubriendo toda la superficie de las paredes, como es el caso de una habitación en la casa de la calle Tacón N° 12, actual sede del Gabinete de Arqueología.

También se aprecian diferencias en el modo de ejecución y los motivos ornamentales. Estos aparecen entrelazados, dibujados con ritmo, líneas rectas, curvas, quebradas, ondulantes o de movimiento prolongado, entre otras. Los elementos decorativos por lo regular son florales, con reiteración de la rosa roja, colocada en recipientes de variadas formas y colorido. Se hallan además, aves, dragones, columnas, figuras humanas, instrumentos musicales y muchos otros. Son frecuentes los dibujos con apariencia naturalista, aunque algunos de ellos son estilizados. Se nota la existencia de una simetría en las decoraciones, pero a veces son algo irregulares por el grado de improvisación del diseño sobre el muro.

El motivo principal suele estar en el centro del dibujo y reunir en torno a él los distintos fragmentos que hacen el conjunto, aspectos que se observan con mucha frecuencia. Las decoraciones que se encuentran en el salón o en la escalera principal, generalmente, son más bellas o mejor dispuestas; mientras que en otras habitaciones son a veces más sencillas.

El trabajo bien pudo ser hecho por pintores extranjeros que se encontraban de visita en el país o residían en él, como ocurrió en algunos sitios de Trinidad, confirmados por la documentación histórica; además de varios ayudantes para su ejecución, porque este tipo de decoración es una labor de equipo. También es probable que pintores cubanos académicos, diseñaran las decoracio-

nes y las llevaran a cabo, pero el carácter anónimo de estas pinturas impide una certeza al respecto.

La información que se obtenga al estudiar estas casas coloniales llenas de historia, de pasado, debe ser amplia y que abarque todo lo que pueda ser de importancia para un buen resultado final.

Si además de todo esto, nos detenemos a observar cuidadosamente las pinturas murales, veremos que a veces no son simples decoraciones, sino que ilustran o informan aspectos de la vida cotidiana y social de sus antiguos moradores.

CLASIFICACIÓN

El problema de una posible autoría se puede establecer por los elementos ornamentales, colorido, pigmentos o colorantes utilizados, trazos o modos de ejecución, dimensiones y otros fenómenos característicos de cada decoración.

Por medio de un sistema de análisis para describirlas, podemos verificar las semejanzas o diferencias que presentan, las peculiaridades y la variación dentro del conjunto.

Combinando las distintas características de cada decoración pueden ponerse en práctica seis reglas o principios basados en el modo de ejecución de cada una de ellas y en los elementos ornamentales que presentan. Estas reglas o principios de análisis permiten establecer una posible autoría en el estudio concreto de una decoración mural.

A continuación se describe el método para clasificar estas decoraciones:

(A) Modo de Ejecución

- 1- Mano Alzada
- 2- Líneas y Plantilla (Dibujo Calado)
- 3- Líneas y Mano Alzada
- 4- Líneas, Mano Alzada y Retoques
- 5- Líneas, Plantilla y Mano Alzada
- 6- Líneas, Plantilla, Mano Alzada y Retoques.

(B) Elementos Ornamentales

- 1- Decorativos
- 2- Significativos
- 3- Simbólicos
- 4- Asociativos

Asimismo, las pinturas murales se pueden clasificar según el

lugar donde se encuentren.

Ejemplos: Construcciones domésticas (casas particulares)
Construcciones de carácter religioso (iglesias y conventos).

TÉCNICAS DE PINTURA EN LOS MUROS

El diseño cambia o puede cambiar, si se encuentra en una casa particular o en una edificación de carácter religioso.

La técnica varía y depende del autor y el momento histórico en que realizó su obra, es decir, si pintó sobre un muro nuevo o ya decorado anteriormente. Esto da lugar a un cambio en el modo de ejecución, y los resultados son tres formas diferentes de hacer:

FRESCO- No parece ser el caso de nuestras decoraciones, pero debe tenerse en cuenta. La superficie lisa de los muros decorados que se han descubierto, no dejan lugar a dudas, ya que la técnica del fresco es un trabajo que se realiza por jornadas y esto da como resultado divisiones y huellas muy visibles que no se aprecian en las pinturas murales coloniales.

MEDIO FRESCO – Es posible que los colores de fondo fueran aplicados sobre el muro recién terminado, lo que

recibe el nombre de Medio Fresco. Este si puede ser el caso de muchas de las decoraciones primeras en antigüedad que aparecen debajo de numerosas capas superpuestas de cal o de otras decoraciones más recientes, lo que da lugar al tercer ejemplo de modo de ejecución, que llamaremos:

SOBRE CAPAS SUPERPUESTAS. Este caso es mucho más frecuente.

LOS MATERIALES

Según investigaciones realizadas por algunos especialistas, se ha podido determinar que son de origen vegetal o mineral, pigmentos o colorantes.

Entre una capa decorativa y la otra existe un *estrato de tiempo*, pero no se puede determinar el número exacto de años entre ellas. Los sucesivos cambios de dueño, las distintas





generaciones de una familia o varias familias (que son estratos en el tiempo), pueden hacer que un espacio sea utilizado para diversas funciones, y aparezcan, durante el proceso de investigación, pinturas muy diferentes entre sí o con elementos ornamentales de doble significado, dibujados algunos de ellos de forma estilizada, que parecen simplemente decorativos, cuando pueden ser clasificados como decorativos o simbólicos.

Estas pinturas murales con doble o triple significado se deben, posiblemente, a la intención del autor que, de una forma velada, plasma su modo de sentir o su manera de pensar.

CRONOLOGÍA RELATIVA

El análisis de los *estratos en el tiempo* hace que las pinturas murales coloniales sean de distintos tipos. «Lo más importante de una secuencia no consiste en saber qué tipos están antes o después de otros; lo más importante es advertir cómo cambian los tipos en el tiempo y cómo estos cambios de los tipos están revelando cambios internos en el proceso social. Una secuencia debe



revelar un proceso; la cronología relativa es la expresión gráfica de ese proceso en sus segmentos de cambios más visibles. Una etapa se diferencia de otra por lo nuevo que se le agrega cada vez» (Lumbreras, 1984:47).

Para establecer una tipología de la pintura mural, las decoraciones deben ser tan semejantes que revelen:

- 1-Una misma función: decorar, significar, simbolizar, asociar.
- 2-Un mismo régimen de formas: modo de ejecución.
- 3-Un mismo tratamiento decorativo ornamental: frecuencia o repetición de los elementos ornamentales, dibujados de una misma forma o muy semejantes.
- 4-Una misma técnica: fresco, medio fresco, sobre capas superpuestas.

Es curioso constatar como en las decoraciones más recientes hay una marcada tendencia a la simplificación (líneas y plantillas), mientras que las decoraciones más antiguas suelen ser casi siempre bellas y complicadas.

La forma más elemental de realizar una pintura mural es dibujar a mano alzada; sin embargo, es la que mayor precisión y dominio requiere en el trazo. Se observa con más frecuencia en las pinturas de carácter religioso (*simbólicas o asociativas*), mientras que en las pinturas decorativas este modo de ejecución viene a ser uno más de los pasos que se dan al pintarlas, utilizados en la improvisación de un diseño y en los toques finales a modo de luz o sombra, lo que recibe el nombre de retoque.

Los elementos ornamentales pueden dividirse en tres grandes grupos y aún así, algunos de ellos pueden tener varios significados.

Esta clasificación se verá a continuación:

DECORATIVOS

- Flores
- Hojas
- Acanto (Cáliz, Zarcillos)
- Frescos
- Greca
- Guirnalda
- Rocalla
- Roleo
- Roseta
- Cinta ondeante
- Cortina o Dosel

ASOCIATIVOS

- Paisaje- evocación a lugares conocidos o propios.
- Embarcaciones – transporte.
- Figuras humanas – Adultos (posible retrato de familia). Niños (imagen de la inocencia).
- Agua – vida.
- Fuente de agua – jardín, plaza, avenida, surtidor.
- Sombrilla – sol, vida.
- Zoófito – animal con aspecto de planta.
- Armas – guerra, ataque, defensa, caza, muerte.
- Letras – nombre, pertenencia.
- Números – fecha, numeración.
- Estrellas – firmamento.
- Máscaras – rostro bello, ideal.
- Mascarón – caricatura.

- Recipiente – muy variados (se debe tener en cuenta tipo y contenido).
- Cuentas – adorno femenino.
- Haz – manojo, atado.
- Ancla – mar, barco.

SIGNIFICATIVOS Y SIMBÓLICOS

- Ave (paloma)- paz, amor, para los griegos buen presagio.
- Cruz -carácter religioso- de túmulo, fúnebre.
- León (delfín)- blasón o emblema heráldico.
- Lira- alegoría al canto.
- Coronas primitivas (de rosa, de laurel) - premio. De follaje espinoso- duelo, jerarquía.
- Alianza- matrimonio.
- Cuerno de la Abundancia- ornamento mitológico- riqueza.
- Vid – En la Edad Media, en el arte religioso significaba Cristo. Hoy en día es el símbolo de Baco, dios del vino.
- Antorcha- luz, guía.
- Dragón- animal mítico de origen oriental.
- Columna- pilar, sostén, árbol (en su expresión más primitiva).
- Pez- Para los cristianos significaba Jesucristo, Hijo de Dios Salvador (Acróstico en Latín).
- Pan- alimento básico.

De ahora en adelante el trabajo que realicen los jóvenes restauradores podrá reafirmar o negar estas palabras. Como hemos visto, el estudio de las pinturas murales ofrece un horizonte de conclusiones útiles para la investigación histórica, arqueológica y, por ende, cultural de nuestro pasado.

La autora espera contribuir con esta breve comunicación a llamar la atención sobre la experiencia acumulada durante años en la salvaguarda de uno de los aspectos más originales de nuestro patrimonio nacional.

Bibliografía:

Delormé, José M. Ing.:
Moderna Enciclopedia Industrial, Ed. Antonio Roch. Aragón, España, Tomos I y II.

Lumbreras, Luis G.: La Arqueología como Ciencia Social. Ediciones Casa de las Américas. Habana. 1984.

Meyer, F. S.: Manual de Ornamentación, Ed. Gustavo Gili. Barcelona, España, 1984.

Notas de clase: distintos cursos de restauración y conservación de pinturas murales.



No. 2, AÑO 2, 2002

Habana Vieja: Arqueología en edificios históricos

Por: Roger Arrazcaeta Delgado

Resumen

Desde 1987, el Gabinete de Arqueología realiza estudios para documentar las diacronías del patrimonio construido, y brindar información para su restauración. La situación interrogativa en tales contextos arqueológicos necesita una metodología basada en el enfoque interdisciplinario.

En la Habana Vieja, se ha avanzado desde una perspectiva incipiente y discreta a una integración disciplinar que comprende estudios histórico-documentales, análisis de pintura mural, evaluación morfo-constructiva, prospección geofísica, técnicas arqueométricas, excavación estratigráfica y aplicación modesta de calas parietales para investigar transformaciones del edificio.

Actualmente se introduce la Arqueología de la Arquitectura, siguiendo los principios de la estratigrafía arqueológica y la Matrix Harris para el análisis de las diacronías del edificio histórico.

Abstract

From 1987 onwards the Department of Archaeology of the Office of the City Historian of Havana has been carrying out research to document the diachrony of the built heritage and to provide supporting information for its restoration. Informational requirements in this archaeological context require a methodology based in an interdisciplinary approach.

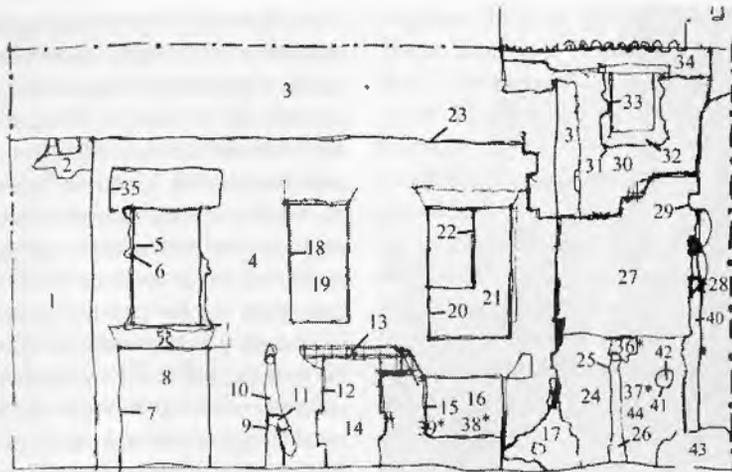
In Old Havana, advances have been made from modest beginnings to a disciplinary integration which includes historical-documentary studies, analysis of mural paintings, morfo-constructive evaluation, geophysical surveys, archaeometric techniques, stratigraphic excavation and a limited application of wall testing to investigate transformations in buildings. Now the Archaeology of Architecture is being introduced, following the principles of archaeological stratigraphy and the Harris Matrix for the analysis of diachronies of historical buildings.

Es interés de este escrito exponer algunas experiencias que permiten confrontar problemas de la práctica arqueológica en edificios de valor patrimonial, así como replantear la potencialidad disciplinar en relación con los estudios histórico-arquitectónicos y la preservación monumental en la Habana Vieja. Igualmente, se presenta el enfoque asumido en la documentación de esos contextos arqueológicos. Cabe señalar que estos se consideran contenedor del edificio y los estratos enterrados asociados, dentro de un marco unitario de complejas conexiones expresadas en un ámbito espacial y temporal diverso. Identificados por sus unidades estratigráficas (u.e.) creadas por procesos de construcción, transformación, usos múltiples, cambios de funciones y demolición, y otras especiales –no arquitectónicas– producidas por la actividad humana doméstica, por ejemplo el vertimiento de basuras en una letrina o en un hueco abierto para ello, u otras de tipo sanitario o culinario.

Como bien han señalado Latorre González-Moro y Caballero Zoreda (1995:11). “Edificio y subsuelo forman un solo yacimiento con una historia común”. De este modo, el inmueble en sí mismo, a más de ser arquitectura es un documento histórico capaz de suministrar –sometido a un cuidadoso análisis arqueológico– información de primer orden, inédita y revelado-

ra de sus vicisitudes sincrónicas y diacrónicas.

Para encausar estas consideraciones me referiré a edificaciones ubicadas en la Habana Vieja excavadas por el Gabinete de Arqueología, localizadas en zonas o manzanas con evidencias de arquitecturas más tempranas y estratigrafías fertilizadas por procesos urbanos de acumulación, expansión y degradación. Una gran parte de esos yacimientos se estudiaron siguiendo los principios de la investigación arqueológica tradicional en edificios históricos, manteniéndonos fieles a la excavación estratigráfica y con la aportación de haber incorporado las prospecciones geofísicas y el análisis de pintura mural integralmente a la estrategia arqueológica. También abordaré en síntesis preliminar, el nuevo modelo de trabajo que comenzamos a emplear como sistema en la investigación edilicia desde el año 2000, es decir, la aplicación del análisis estratigráfico o lectura de inmuebles patrimoniales, empleando los principios de la estratigrafía arqueológica puestos al día por el arqueólogo Edward C. Harris, y el uso de la matriz creada por este autor para la descripción y organización de la secuencia estratigráfica. Debo especificar que tomamos como guía básica su libro *Principios de estratigrafía arqueológica* (1991), conferencias y asesoría personal, materializada en sus dos viajes a Cuba.



Fachada lateral, Catedral Metropolitana de La Habana. Identificación de u.e.m. del siglo xviii al xx. Cortesía del doctor Roberto Parenti

El modo en que se está introduciendo esta herramienta metodológica compete directamente al Área de Arqueología de la Universidad del País Vasco, bajo la dirección del doctor Agustín Azkárate, quien nos brindó gran colaboración y entrenamiento básico, al igual que su equipo de arqueólogos durante los trabajos en la Catedral de Santa María de Vitoria. Las fuentes bibliográficas principales para estos estudios parten de la propia experiencia española, basadas en trabajos de investigadores como L. Caballero Zoreda, A. Azkárate Garai-Olaun, P. Latorre González-Moro, Juan A. Quirós Castillo, Leandro Cámara Muñoz, Santiago Feijó Martínez y otros, y de la reconocida escuela italiana, con una larga trayectoria teórica y práctica, convertida en un genuino campo de investigación que suele llamarse ahora Arqueología de la Arquitectura. Hay que mencionar entre los autores italianos los importantes trabajos de A. Carandini, R. Parenti, G. P. Brogiolo, R. Francovich, T. Mannoni, F. Doglioni y D. Manacorda, entre otros.

La argumentación de las metodologías usadas antes y después del

2000, y los resultados obtenidos con estas serán expuestos de manera breve con ejemplos que consideré oportunos, y son los siguientes: palacio del Conde de Santovenia, casa de Pablo Pedroso en Baratillo 101, Casa Museo Simón Bolívar en Mercaderes 156-160, casa en San Ignacio 314 y Castillo de los Tres Reyes Magos del Morro.

Documentación del contexto

Resulta de mucho provecho aplicar un modelo explicativo lo más integral posible para lograr el máximo de cognoscibilidad al abordar el objeto de estudio. Por tal motivo la documentación del contexto debe entenderse en su acepción más amplia, no solamente limitada a la excavación arqueológica bajo la cota cero y a alguna cala parietal puntual para responder solicitudes del arquitecto restaurador, a veces concernientes a solucionar problemas muy específicos de orden técnico, sin que esto quiera decir que no deben conciliarse intereses que finalmente redunden

en un expediente exhaustivo del inmueble.

Con la búsqueda de información en documentos archivísticos, gráficos y bibliográficos, que aporta datos de primera mano sobre los moradores, tasaciones y procesos constructivos que ocurrieron en un edificio; el análisis físico-morfológico, y el empleo de métodos arqueométricos; hay que recurrir al estudio de las técnicas y materiales de construcción, aspectos todos que se mantienen dentro de los parámetros tradicionales de la investigación arqueológica aplicada a la arquitectura. Pero cada vez se pone más de manifiesto que para lograr un conocimiento profundo de las diacronías, esos instrumentos no son suficientes y se hace imprescindible aplicar una metodología más eficiente y objetiva, dirigida a obtener un volumen y calidad mayor de la información histórica en un inmueble o a escala urbana —el centro histórico por ejemplo—. Nos referimos al análisis de paramentos mediante el método estratigráfico y la Matrix Harris, extendida a todo cuanto es aprovechable para caracterizar procesos y componentes de la identidad histórica y cultural de un arqueosistema constructivo (léase casa, fortaleza, iglesia, fábrica y otros).

La situación interrogativa particular en que se presenta la realidad arqueológica en tales tipos de edificios con funciones específicas condiciona, por tanto, una metodología basada en lo antes dicho, pero orientada a alcanzar un enfoque orgánico interdisciplinario y la unicidad temática. De este modo el contexto arquitectural, es decir, el edificio en sí y los antrosos subyacentes, constituyen el más valioso documento.



Contexto pluriestratigráfico del siglo XVI al actual, excavado en el patio de la casa de Pablo Pedroso, Baratillo esquina Obrapia

Cuando la estructura material —el edificio— es investigada comienza entonces un proceso de interrogación íntima, de hermenéutica y reconstrucción de todas las partes y contenidos relacionales como sistema codificado. En el caso que nos ocupa, la tradición ha establecido la potenciación de la información primaria a través de la búsqueda histórico-documental, principalmente a partir de las fuentes archivísticas escritas y gráficas. También es productivo recurrir a las fuentes orales, por la importancia que tienen para el registro de eventos relativos a la contemporaneidad. De hecho y como principio metódico, esta primera operación de registro es muy útil en la Arqueología de la Arquitectura, pero sólo cubre una parte de la investigación, no tiene conexión directa con el trabajo arqueológico ni es insoluble de este.

La práctica demuestra que los documentos pueden dar lugar a interpretaciones equívocas, a omisiones intencionales, o no contemplar todos los pormenores del fenómeno evolutivo constructivo de un edificio, e incluso existen inmuebles

centenarios carentes de memoria histórica, ya sea porque los documentos escritos relativos a su historia desaparecieron, o porque el edificio permaneció como propiedad de una misma familia durante muchos años, sin dejar datos en las escribanías.

Como parte de la prospección, se realiza el registro arquitectónico con el que se recogen todos los testimonios que ofrece el propio monumento, especialmente los visualizables (como materiales datables, atributos morfo-tipológicos, cambios de identidad, agregados, ornamentaciones aplicadas y otros). Creímos que así lográbamos una taxonomía detallada del edificio que exteriorizaba los valores de referencia para una lectura diacrónica viable, se trataba así de evaluar la riqueza arqueológica del sitio y ganar comprensión a la hora de correlacionar datos históricos con descripciones físicas. Para superar un posible descriptivismo, este registro se sustenta en el manejo previo de los documentos.

Por lo demás, el contexto no estará debidamente documentado sin el registro arqueológico. Este es la expresión más acabada en la búsqueda, identificación, datación e interpretación de los datos obtenidos *in situ* mediante prospecciones y excavaciones sistemáticas. En un contexto típico de vivienda en la Habana Vieja la información contenida es variada y comprende: estructuras arquitectónicas, infraestructuras, rellenos, espacios, trazados de inmuebles precedentes o embebidos en una obra ulterior, dimensiones diversas, artefactos, ecofactos, etc., pero todos unificados por un denominador común llamado estratificación; descodificar esa estratificación compleja identificando las u.e. y sus relaciones conjuntas es una operación fundamental para comprender los procesos evolutivos del edificio y su uso, ello nos permitirá llegar, incluso, a entender el pensamiento constructivo de los arquitectos y maestros de obras del pasado.

Para justipreciar al inmueble histórico y su substrato interrelacionado, se hace ineludible realizar una lectura concienzuda de las unidades estratigráficas murarias (u.e.m.); y si es posible extender este análisis a un nivel de profundización mayor, buscando correlaciones y secuencias en revocos y películas pictóricas. Este tipo de estudio suele ampliar la historia constructiva de un edificio (Parenti, 2002: comunicación personal).

En el caso particular de la Habana Vieja, donde predominan en las construcciones coloniales pinturas decorativas, es imprescindible documentarlas como elemento que brinda información histórica de suma importancia. Siempre que es posible se respetan por los restau-

radores, se consolidan y restauran para su recuperación. Por otro lado, antes de tumbar los revocos o enlucidos deben registrarse las diferentes capas y colores de las pinturas planas y precisar cómo se relacionan con las decoraciones murales antes aludidas. Esta acción investigativa la vislumbramos en el Gabinete de Arqueología como parte del estudio arqueológico del inmueble y no sólo como un área de interés de los restauradores de pintura mural. La información aportada por esas decoraciones parietales es sustanciosa, pues a veces documentan transformaciones constructivas, cambios de altura en los pavimentos y pisos, sustituciones por otras pinturas a causa de deterioros, envejecimientos, nueva moda o nuevos inquilinos. Su registro también es importante para conocer aspectos sociales de las familias, y como expresión artística de un momento histórico concreto.

Finalmente, la excavación ha dejado de ser el único instrumento empleado por el arqueólogo, y la férrea subdivisión de edificio-arquitecto, subsuelo-arqueólogo comienza a desaparecer paulatinamente, no obstante, sigue siendo un auxiliar indispensable para escudriñar la historia contenida en el depósito arqueológico enterrado y la vía para explicar las interrelaciones complejas entre construcción y suelo antrópico. Por otra parte, la excavación sistemática obedece a la necesidad de ampliar el horizonte cognoscitivo en concordancia con las hipótesis y objetivos programados y dará respuestas lógicas a las interrogantes y problemas surgidos en el desarrollo de la investigación. Con esta se logra, en definitiva, interiorizar en la

identidad física, intrínseca, del yacimiento estudiado, lo cual presupone un conocimiento objetivo cuyo resultado analítico – por la confluencia contrastable de datos, relecturas y generalizaciones– es una síntesis estructural. Para alcanzar este cometido es preferible la excavación extensiva, abierta, acumulativa, con grandes áreas continuadas (Beltrán Lloris y otros, 1985), no en áreas segmentadas, con pozos reducidos que aportan una información incompleta y fragmentaria.

El contexto arqueológico como problema

El problema contextual es el hecho arqueológico en sí, con las variables de hipótesis y respuestas originadas por la gran acumulación del tiempo sobre el espacio. La Habana, refundada hacia 1519 - 1521 al norte de la provincia de igual nombre, junto al puerto de Carenas, manifiesta problemas específicos observados con frecuencia en las excavaciones. Es indudable que en la formación y transformación de los yacimientos arqueológicos han actuado por más de cuatro siglos procesos reestructuradores inherentes a la evolución urbana, como pueden ser el crecimiento del espacio habitacional, agresividad climática, incendios, depredación humana y muchos otros.

Es necesario reconocer que en los contextos múltiples –como podríamos clasificar los casos habaneros– hay una interesante perspectiva de indagación macroespacial: ¿cómo conocer las disímiles ocupaciones en espacios primitivos y los trazados de los so-

lares más antiguos de la ciudad? ¿cómo recuperar la fisonomía prístina de construcciones ruinosas, olvidadas y absorbidas por siglos de reocupación y estratificación? Estos hechos arqueológicos a menudo no presentan alusiones escritas. La Habana de los siglos XVI y XVII suele revelarnos esa dimensión desconocida en la presencia de testimonios estructurales y muebles no registrados en la literatura histórica. Son cuestiones fundamentales que se reiteran en las experiencias excavatorias.

En general, el contexto problemático aparece en forma implícita o explícita en la estratigrafía volumétrica de las edificaciones, así como en las plantas y elementos enterrados pertenecientes a entidades urbanas desaparecidas. Puede englobar los siguientes aspectos: una topografía irregular incidente en la densidad y variedad de los estratos; presencia creciente de rellenos, frecuentemente superpuestos, es lo que más tipifica el contexto arqueológico urbano por ser un reflejo directo del proceso constructivo y reproductivo de la ciudad. Estos rellenos denotan diferentes procedencias extractivas, como basurales, restos de construcciones y suelos naturales no contaminados culturalmente. Es común observar estratigrafías con yuxtaposiciones de rellenos procedentes de parcelas contiguas y deposiciones sin correspondencia temporal. Se puede dar el caso de una estratigrafía mezclada o revuelta donde aparecen artefactos tempranos vinculados a rellenos tardíos. Para los efectos de la investigación, las consecuencias de rellenos y pisos se consideran como depósitos estratificados.

La forma en que se presenta la evidencia en los rellenos es como nivelaciones de terrenos, matrices de pavimentos y solados, rellenos en infraestructuras como letrinas, alcantarillados y drenajes; cegamiento de zonas húmedas planificadas para nuevos ensanches urbanos, etc. En el caso de rellenos primarios los contenidos artefactuales permiten establecer determinaciones crono-diagnósticas, pero cuando se trata de depósitos secundarios –los más comunes en los monumentos arquitectónicos– la datación es siempre delicada y debe plantearse con toda reserva. Este aspecto de las redeposiciones merece especial atención porque puede dar lugar a interpretaciones desacertadas. A no ser que haya el aprovechamiento de un contexto original de basura como relleno, lo más usual es preparar rellenos constructivos provenientes de sitios ajenos. Por esta razón, en las casas excavadas tuvo una significación relativa el establecimiento de asociaciones espacio-temporales a partir de objetos recobrados en las excavaciones. En la casa de Pablo Pedroso, por ejemplo, sito en calle Baratillo 101, se halló un nivel estratigráfico generado *in situ* como basurero comunal o “muladar” –según la documentación escrita– resultó ser de mucha utilidad para analizar la secuencia ocupacional del espacio construido. También los materiales aparecidos en letrinas, vinculados a contextos primarios, son fuentes confiables para determinar el uso en el tiempo de esos depósitos sanitarios y nos suministran información acerca del estatus social de las familias que habitaron el inmueble durante un momento específico.



Pozo gemelo separado por un muro de mampostería ordinaria que dividía los patios de dos casas habaneras del siglo xvii, Mercaderes 156-160

Otras cuestiones que intervienen en la morfología y complejidad estratigráfica son: los pisos de ocupación de varios niveles; la inclusión de elementos actuales; las urdumbres de sistemas hidráulicos correspondientes a distintas épocas y facturas, formando redes múltiples e imbricadas en un mismo nivel topográfico; los replanteamientos de esquemas espaciales, como las fusiones de parcelas o cambios distributivos debido a remodelaciones; los contextos perturbados por los nuevos desarrollos urbanos manifiestos en demoliciones, nuevas inserciones, etc.; y la incidencia de la humedad y pluviosidad erosiva.

En otro caso como el inmueble de Mercaderes 156-160 –actualmente Museo Simón Bolívar– las excavaciones arqueológicas revelaron espacios que sobrevivieron de tipologías originarias, como la cimentación y el pozo gemelo de dos parcelas precedentes. Se descubren muros primitivos reaprovechados y empalmados a muros tardíos adicionados en las reformas constructivas. En el registro arqueológico se presentan los pro-

blemas derivados de contextos superpuestos: cambios en los techos y muros, sistema constructivo reformado, presencia de varias letrinas con desechos incompletos de distintos periodos, canalizaciones reutilizadas y redelineadas, cavidades excavadas en la roca virgen como posibles protoformas de estructuras no identificadas, cimentaciones en contextos tempranos relacionados con la formación de la ciudad. Aquí la comprensión del dilema contextual depende de la posibilidad de realizar cortes estratigráficos extensivos que permitan apreciar secuencias completas y entrelazadas. Con todo, esta estrategia que debe ser axiomática en la arqueología urbana, choca con el contrasentido de una restauración inmobiliaria que limita la profundización investigativa. Al primar la ejecución de obra sobre los intereses de la ciencia aplicada, el resultado no redundará en una verdadera restauración fundamentada científicamente, y en el enriquecimiento cultural para el monumento recuperado.

En la casa de Pablo Pedroso, la complejidad del contexto está representada por los siguientes hallazgos: rellenos con características usuales de basural comunal; zanjas excavadas en la roca, correspondientes a una antigua grada de construcción naval que refleja un asentamiento industrial anterior al inmueble; distribución espacial original alterada por la compartimentación del área habitable; presencia de letrinas y pozo; huecos excavados para extracción de materiales de construcción; cimentación primitiva probablemente vinculada con la antigua cárcel no construida de la ciudad, y huellas de postes abiertas en el carso costero, testimonios estas de primitivas casas de madera, quizás correlativas a la época fundacional de San Cristóbal de La Habana.

Según los documentos de archivos, esta casa se construyó entre 1624 y 1631, y el plano de Cristóbal de Roda de 1603 refiere una cárcel en el lugar, pero la evidencia arqueológica y los documentos ulteriores a esta fecha demuestran que la misma comenzó a edificarse y se abandonó. La excavación arqueológica extensiva en la planta baja y el análisis arquitectónico permiten reconstruir la evolución de este yacimiento hasta el siglo XIX tardío. El enrevesado contexto encontrado denota la complejidad que ofrece la interpretación de los subsuelos urbanos, aún más cuando pertenecen a áreas allegadas al mar en ciudades donde la actividad portuaria y la propia marítima fueron intensivas en las zonas colindantes a la costa.

En el palacio del Conde de Santovenia, hoy Hotel Santa Isabel, frente a la Plaza de Armas, los rellenos

antrópicos que ocuparon el espacio de irregularidades topográficas y antiguos huecos para sacar materiales de construcción, alcanzaron cotas máximas de profundidad entre tres y siete metros y constituyen una amplia nivelación del declive extendido hasta la ribera portuaria. La edificación del solar desde el siglo XVI, con datos documentales comprobados desde 1606 y la ubicación del sitio en la zona matriz de la ciudad revelan una secuencia estratigráfica conformada por depósitos primarios y secundarios de los siglos XVI al XVIII: huellas de postes, despojos de habitación; pisos sobrepuestos —entre ellos un enladrillado del siglo XVII—, varios estratos de escombros para nivelaciones, una letrina con cerámica, vidrio, restos de alimentos óseos y vegetales del siglo XVIII, conservados en condiciones anaeróbicas; sedimentos e infiltraciones de agua de mar. La recomposición de las plantas arquitectónicas anteriores a 1824 y la clarificación de problemas puntuales debido a los vacíos en la sucesión estratigráfica, con una pobre cobertura documental, constituyen el foco de atención primordial para completar la reconstrucción del complejo palimpsesto aquí presentado.

Es muy probable que las densidades antropogénicas en el palacio del Conde de Santovenia tengan una presencia más complicada en el espacio ocupado por la Plaza de Armas y su entorno edilicio. De hecho, constituye un contexto fundacional varias veces modificado, donde es lógico suponer una rica estratigrafía arqueológica conformada por redepósitos, inclusiones, asentamientos y otros elementos estructurales de acumulación urbana, quizás reconoci-

bles en sutiles estratificaciones lenticulares de carbón vegetal, apisonados de habitación, huellas de postes, vestigios de incendios, materiales transculturados, entre otros.

Otro inmueble estudiado es San Ignacio 314, datado entre 1733 y 1736. El recobro de su identidad constructiva fue posible gracias a la información escrita correlacionada con estructuras excavadas. Esta casa presentaba una significativa superposición de solados, debido a mejoras técnicas para compensar el desnivel provocado por la repavimentación en la calle frontera a la misma, así se evitó la penetración de inundaciones pluviales. El estudio arqueológico de las supraestructuras viabilizó construir una hipótesis sobre el trazado primario de la vivienda, llegada a nuestros días con numerosas transformaciones y destrucciones parciales en interiores y fachada, y revalorizar inexactitudes de la información histórica.

En el caso de las excavaciones practicadas en la batería de Santo Tomás, en un sector temprano modificado del Castillo de los Tres Reyes Magos del Morro, la dilucidación contextual consistió en periodizar los cambios en los niveles de ocupación, identificar y datar las estructuras de la primitiva batería cuyos restos se encontraron embebidos en un contexto espacial posterior. Las evidencias observadas forman un conjunto multicomponente y problemático: una antigua contramuralla enterrada en rellenos de variadas cronologías, canalizaciones, negativos de zanjas de construcción, sistema de bóvedas de descarga, pavimentos superpuestos, cortes de zanjas

en el pavimento antiguo para localizar cimentaciones de nuevas estructuras abovedadas, múltiples rellenos y contextos primarios. El espacio fortificado fue edificado en 1595 por el ingeniero militar Bautista Antonelli, pero las actuaciones constructivas que configuraron la batería que llegó a la actualidad datan de 1767. El Morro representa la problemática específica de la arquitectura militar.

Un nuevo método para el estudio de edificios históricos

El modo en que se construía durante la época colonial, técnicas empleadas, originalidades conservadas, transformaciones, destrucciones y adiciones del edificio, asimismo, la complicada urdimbre de actividades familiares y uso del espacio arquitectónico y otros aspectos, son cuestiones que los arqueólogos urbanos enfrentan cada día.

Hasta hace muy poco tiempo no contábamos con un instrumento eficaz para abordar con objetividad el entramado estratificado de estructuras monumentales. Este método recibió al inicio diferentes denominaciones y ahora existe consenso para un nombre en particular: Arqueología de la Arquitectura. Antes le llamaron lectura de paramentos, análisis estratigráfico o arqueológico, estudio arquitectónico, relieve crítico, etc. Su proyección y finalidad es eminentemente histórica; parte de la identificación, diferenciación y periodización para distintas fases constructivas o destructivas de un inmueble. Casi todas las acciones humanas dejan huellas tangibles en los muros y depósitos enterrados, observables por la existencia de unidades es-

tratigráficas homogéneas, distintas entre sí. Es evidente que cualquier construcción está sometida a efectos antrópicos y naturales con sus consiguientes alteraciones post-deposicionales; lo mismo sucede con el subsuelo interrelacionado, produciéndose una estratificación arqueológica.

La manera para documentar contextos arqueológicos bajo la cota cero, tradicionalmente conocidos como horizontales, y sobre esta, llamados verticales, tiene una particularidad esencial. Mientras los primeros suelen ser extraídos, destruidos y observados en toda su volumetría y detalles, los segundos o unidades estratigráficas murarias, sólo son factibles de estudiar exhaustivamente en sus dos dimensiones, acceder a la tercera dimensión conlleva la destrucción arquitectónica. Esto último es una limitación sin remedio hasta el momento, que implica pérdida de información, pero no cabe dudas que es un método mejor que los tradicionales, pues complementa la investigación archivística, estilístico-arquitectónica y técnico-constructiva, que no podían aprehender por sí mismas la identidad histórica de un arqueo-sistema edilicio.

El arqueólogo Edward C. Harris, con su libro *Principios...* publicado en España, fue el especialista que más incisivamente llamó la atención sobre la absoluta necesidad de la estratigrafía arqueológica, y además nos suministró un método eficiente para describir y ordenar esquemática y comprensivamente la información estratigráfica y conformar su secuencia, "...diagramáticamente expresada en términos muy simples". (Harris, 1991:58.) Este se conoce como Matrix Harris.

Esos estudios en la Habana Vieja son de muy reciente introducción. Se iniciaron a nivel teórico en 1992 con la lectura del libro del doctor Harris, y en conferencias impartidas por él al personal técnico del Gabinete de Arqueología y con su asesoría en excavaciones durante 1999 y 2000, aunque desde hacía algunos años se venían realizando cortes con el método estratigráfico y calas parietales para clasificar técnicas y materiales de construcción, así como divergencias temporales de muros y solados, pero a una escala muy general, carente de una metodología organizada.

En los años 1999 y 2000, el encuentro aquí en La Habana con el doctor Agustín Azkárate, catedrático de Arqueología Medieval de la Universidad del País Vasco, y el entrenamiento recibido bajo la dirección suya y su grupo de arqueólogos estratígrafos en la Catedral de Santa María de Vitoria, permitió a nuestra institución obtener una metodología sistemática para el análisis del edificio histórico y su contexto enterrado interconectado como un único yacimiento. Los lineamientos seguidos son los principios de la estratigrafía geológica adaptados e innovados por el propio Harris para la arqueología. Según este autor, los mismos constituyen axiomas o regularidades básicas y son: las leyes de superposición, horizontalidad original, continuidad original y sucesión estratigráfica.

La puesta en marcha del sistema contiene dos niveles diferenciados: el Registro y la Interpretación. Estos se llevan a la excavación arqueológica y a la estructura muraria. El primer nivel o fase es desarrollado con una parafernalia de documentación,

consistente en fichas o planillas de contexto, y de elemento arquitectónico, lista de unidades estratigráficas, croquis y planimetrías, levantamientos fotogramétricos o relieves gráficos, fotografía digital y otros.

Las fichas tienen una información básica: número de unidad estratigráfica, descripción, relaciones físicas con otras u.e., y la construcción de un diagrama que define el orden de deposición.

En el nivel de Interpretación se realiza la reconstrucción de etapas o segmentos temporales del yacimiento-edificio. Aquí deben establecerse los hitos que marcan el desarrollo constructivo del monumento arquitectónico, la caracterización de las técnicas de construcción —albañilería y carpintería— que permiten conocer las normas y tradiciones empleadas por los artesanos en distintos momentos históricos concretos.

El método Harris contribuye como ninguno a descodificar la vasta estratigrafía formada por los complejos arquitectónicos. Su aplicación debe efectuarse bajo el concepto de obtener distintos grados de registro. Por ejemplo, Parenti (1995:21) propone tres niveles: determinación del contorno de las grandes masas de obra, los entramados constructivos y los diferentes materiales, registrados todos por planimetrías; un segundo nivel para reflejar en un fotoplano o un relieve gráfico cambios de cota del suelo y el contorno de las u.e.m. El tercero es más detallado, haciéndose el registro analítico de las u.e.m. que se individualizaron, atendiendo a los componentes más singulares —diferencias de aparejos, dimensiones de los materiales, variaciones de



Traspatio de la Casa Museo Simón Bolívar, Mercaderes no. 156-160. La excavación arqueológica expuso un complejo sistema hidráulico de varias etapas constructivas en esa finca urbana

elementos decorativos, dimensiones de vanos, acabados, tipos de aglomerantes, juntas y otros—. Se recomienda para esta fase de trabajo una documentación gráfica exhaustiva basada en fotografía convencional y digital, así como dibujos a escala de la técnica constructiva en un espacio de 1,00 x 1,50 m (Parenti, 1995:21).

Por su parte Brogiolo (1995:32), considera con toda razón que la complejidad y la riqueza de la información inscrita en la estratigrafía de un edificio no se pueden abarcar sólo con la arqueología estratigráfica. No obstante, este tipo de análisis es la mejor traducción legible sobre la estructura material (Parenti, 2002: comunicación personal). Brogiolo distingue cinco niveles para los Complejos Arquitectónicos: Cuerpos de Fábrica, Alzados Generales, Alzados de Detalles, Unidades Funcionales o Ambientes, etc., y Unidades Estratigráficas Murarias (Parenti, 1995:21).

En la Habana Vieja, el Gabinete de Arqueología realiza el análisis en los yacimientos edificados con el concurso de diferentes disciplinas convergentes en la arqueología. Participan en ello arqueólogos, his-

toriadores, geofísicos, museólogos, conservadores y restauradores de material arqueológico, restauradores de pintura mural y bioarqueólogos. En ocasiones también recibimos la asistencia de otras ramas del saber como la numismática, arquitectura, botánica (anatomía de la madera), antropología, física nuclear, etnología y geología.

Cada monumento seleccionado se investiga en documentos de archivos y bibliográficos, recopilando información sobre sus vicisitudes constructivas, acontecimientos sociales e historia familiar. Al unísono el grupo de arqueólogos realiza una primera aproximación al inmueble desde un punto de vista arquitectónico e histórico, es decir, el análisis morfotipológico del edificio, establecimiento del estilo artístico, caracterizaciones, datación constructiva y funciones de cada estancia a través del tiempo. En esta observación preliminar se verifica si el edificio —acorde a su distribución espacial—

responde a patrones funcionales y compositivos preestablecidos, por ejemplo, es común en casas del siglo XVIII dos vertientes distributivas de la portada y el zaguán (vestíbulo): a/ portada y zaguán lateral con galería y escaleras alineadas con este; b/ portada y zaguán al centro de la fachada, perpendiculares a la galería y centrado con el patio.

Otro elemento significativo en las casas del siglo XVIII son las vigas de madera. En este caso, aparecen fundamentalmente de sección cuadrada, lisas o de doble estriado, predominando el cedro y más tarde las de madera de ácana; sólo a fines de esa centuria o principios del XIX es que aparece el pino de tea importado desde Norteamérica.

Estos son algunos ejemplos que ilustran la importancia del estudio cronotipológico. Igualmente, la mensiocronología o el establecimiento de dataciones a partir de estándares en las medidas de los materiales constructivos es un auxiliar fundamental, que estamos comenzando a utilizar en el estudio de ladrillos y vigas.

La contrastación del edificio —lo que ha llegado de este desde el pasado a la actualidad— con los documentos de archivo por el arqueólogo, el historiador y en ocasiones el historiador de arte es una operación seguida por nuestras investigaciones en la Habana Vieja. Sobre todo cuando se dispone de una tasación o inventario colonial de albañilería, carpintería de lo blanco y mobiliario es posible avanzar en el análisis funcional y constructivo, ya que se puede determinar el uso de cada una de las estancias del inmueble, los componentes y técnicas constructivas que conforman la estructura arquitectónica.

Un pequeño grupo de restauradores en pintura mural del Gabinete de Arqueología realiza la documentación de las pinturas planas y decorativas (cenefas y otras al estilo pompeyano) de los diferentes espacios que forman la vivienda. Esta labor permite conocer las tendencias decorativas, la costumbre muy arraigada en la sociedad colonial —preferentemente en los siglos XVIII y XIX— de embellecer los inmuebles con pinturas de vivos colores. Asimismo, hemos comprobado que cada espacio era engalanado con cenefas sobre un fondo blanco, distintas en cada uno de ellos, y que con cierta frecuencia se sustituían. Se encuentran casas con doce, veinte y hasta veintisiete capas de pintura ornamental en una sola estancia; como norma general puedo afirmar que es muy raro hallar inmuebles urbanos con un solo revestimiento pictórico. Este trabajo también involucra a la carpintería (vigas y hojas de puertas y ventanas), y tiene un enorme interés histórico y de aplicación directa en la restauración. Un resultado digno de mención es el conseguido en 1998-1999 en la casa del Marqués de Prado Ameno, donde los restauradores de pintura mural llevaron a cabo el registro pictórico en fachada, espacios interiores y la carpintería, lográndose una idea bastante completa de la decoración muraria en distintas épocas.

La lectura de paramentos o análisis estratigráfico sistemático del edificio, visto este como una prolongación vertical sobre la cota cero del yacimiento arqueológico enterrado, es muy reciente aquí en La Habana y desafortunadamente todavía no se ha extendido

a otras localidades del país. Hasta el momento tenemos muy poca experiencia en su dominio y aplicación, y a ello se suma la problemática que tienen las edificaciones coloniales cubanas de estar casi todas cubiertas por revocos. Por eso tendremos que desarrollar en próximos años una metodología adecuada a ese tipo de construcción, muchas veces con una rica estratificación de revestimientos de pintura plana y figurativa. Con todo, en la excavación arqueológica damos pasos más sólidos siguiendo el concepto esencial de registro por contexto simple, y adaptando a nuestras condiciones específicas el sistema de trabajo del Área de Arqueología de la Universidad del País Vasco. Desde septiembre del año 2000 se comenzó a utilizar esa sistemática con resultados muy positivos y superiores a la metodología que antes usábamos aquí en el Centro Histórico habanero.

Como última reflexión, deseo dejar constancia que la tarea de documentación en la arquitectura patrimonial —todo tipo de construcción histórica— no sólo tiene la finalidad del conocimiento histórico, sino que debe ocupar un lugar prioritario en la restauración y rehabilitación del edificio. Los profesionales dedicados a este quehacer tienen la alta responsabilidad de conocer y respetar la copiosa información y elementos materiales contenidos en un arqueosistema constructivo "... mixtificado por el tiempo". (Azkárate, Fernández de Jáuregui y Núñez, 1995:74.)

BIBLIOGRAFÍA

- Arrazcaeta, R., A. Ramos Zúñiga y R. Roselló (1992):** "La Habana Vieja: el contexto arqueológico urbano como problema", Inédito, Ponencia Simposio de la Cultura, Ciudad de La Habana.
- Azkárate, A., A. Fernández de Jáuregui y M. Núñez (1995):** "Documentación y análisis arquitectónico en el País Vasco. Algunas experiencias llevadas a cabo en Álava-España", en *Informes de la Construcción*, vol. 46, no. 435, enero-febrero, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Beltrán-Lloris, M. y otros (1985):** "La arqueología urbana en Zaragoza", en *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid.
- Boüard, M. de y M. Riu (1977):** *Manual de arqueología medieval*, Editoriales Teide y Base, Barcelona.
- Brogio, G. P. (1995):** "Arqueología estratigráfica y restauración", en *Informes de la Construcción*, vol. 46, no. 435, enero-febrero, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Caballero Zoreda, L. (1995):** "Método para el análisis estratigráfico de construcciones históricas o lectura de paramentos", en *Informes de la Construcción*, vol. 46, no. 435, enero-febrero, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Carandini, A. (1997):** *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*, Editorial Crítica, Barcelona, Traducción castellana y prólogo de Xavier Dupré Raventós.
- Domínguez, L. (1984):** *Arqueología colonial cubana: dos estudios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Harris, E. C. (1991):** *Principios de estratigrafía arqueológica*, Editorial Crítica, Barcelona, Traducción castellana de I. García Trócoli.
- Hernández, C. A. y L. Roura Álvarez (1997):** "Apuntes en torno a la naturaleza de los contextos arqueológicos en la Habana Intramuros", en *El Caribe Arqueológico*, Anuario publicado por la Casa del Caribe, no. 2, Santiago de Cuba.
- Latorre González-Moro, P. y L. Caballero Zoreda (1995):** "La importancia del análisis estratigráfico de las construcciones históricas en el debate sobre la restauración monumental", en *Informes de la Construcción*, vol. 46, no. 435, enero-febrero, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Maldonado Ramos, L. y F. Vela Cossio (1998):** *De arquitectura y arqueología*, Editorial Munilla-Lerúa, Madrid.
- Parenti, R. (1995):** "Historia, importancia y aplicaciones del método de lectura de paramentos", en *Informes de la Construcción*, vol. 46, no. 435, enero-febrero, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Prado Flores, A., J. Rossi Álvarez y R. Arrazcaeta (2001):** "Rescate arqueológico en Mercaderes no. 15", en *Actas del Primer Seminario Internacional de Arqueología de La Habana* (publicado en soporte magnético), Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad La Habana, La Habana.
- Quirós Castillo, J. A. (1996):** "Indicadores cronológicos de ámbito local: cronotipología y mensiocronología", en *Arqueología de la Arquitectura*, Consejería de Educación y Cultura, Burgos, Junta de Castilla y León.
- _____ (1997): "Análisis de las técnicas constructivas medievales de la Valdinievole (Toscana): desde la madera al ladrillo", en *Arqueología y Territorio Medieval* (separata), Universidad de Jaén.
- Ramos Zúñiga, A. (1988):** "La investigación arqueológica en los inmuebles coloniales", en *Documentos. Arqueología*, no. 1, Ministerio de Cultura, CENCREM, La Habana.
- _____ (1989): "La casa de San Ignacio 314, Habana Vieja: investigación y revalorización histórico-constructiva", Ponencia VI Jornada de Arqueología, Banes-Holguín, Cuba.
- _____ (1991): "Investigaciones arqueológicas en fortificaciones coloniales cubanas", en *Segundo Simposio Internacional sobre Preservación Histórica en Puerto Rico y el Caribe*, Conferencias, Editado por Milagros Flores, Servicios de Parques Nacionales, San Juan, Puerto Rico.
- _____ y **R. Arrazcaeta (1988):** "Investigaciones arqueológicas en el Castillo del Morro de La Habana", Informe depositado en el Gabinete de Arqueología y CENCREM, La Habana.
- Romero Estébanez, L. S. (1988):** "La Habana arqueológica", en *Documentos. Arqueología*, no. 1, Ministerio de Cultura, CENCREM, La Habana.
- _____ (1995): *La Habana arqueológica y otros ensayos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- South, Stanley (1977):** *Method and theory in historical archaeology*, Academic Press, New York.
- Weiss, J. E. (1985):** *La arquitectura colonial cubana*, Editorial Pueblo y Educación, ts. I y II, La Habana.

La farmacia habanera. Estudio de los frascos de vidrio encontrados en Obrapía no. 55

Por: Anicia Rodríguez González
Sonia Menéndez Castro

Resumen

El desarrollo de la ciencia farmacéutica ha sido un tema tratado, por lo general, a partir de fuentes bibliográficas. En este trabajo abordamos el asunto basándonos en evidencias halladas en excavaciones arqueológicas y así aproximarnos a la procedencia de algunos frascos y su presencia en La Habana del siglo XIX.

Abstract

Development in pharmaceutical science is usually a subject dealt with from bibliographical sources. In this paper the subject is examined on the basis of evidence found in archaeological excavations, from which it has been possible to gain an approximate idea of the provenance of a number of containers and the reasons for their use in nineteenth century Havana.



Introducción

Con este estudio pretendemos aproximarnos al desarrollo de la ciencia farmacéutica en la ciudad, sus orígenes, características generales, primeros establecimientos, así como las figuras más relevantes, tanto en el campo científico como en la rama comercial.

Para llevarlo a cabo, nos apoyamos no sólo en el material bibliográfico sino también en los artefactos de farmacia, de vidrio, extraídos en las excavaciones arqueológicas efectuadas en el inmueble conocido como Hostal El Comendador. Se realizó un somero análisis de cada uno de los frascos, apuntándose los rasgos tecnológicos, el origen de su factura y en el caso que era posible, el contenido de los mismos.

Bosquejo histórico

Como ya es sabido, el arte de curar es muy antiguo, al punto de fundirse sus orígenes con la sabiduría de tal o más cual deidad; por lo general su génesis y toda acción que implicara mejoramiento físico estaba marcada por una fuerte naturaleza mística y su ejecución, de carácter ritual, podía o no sanar al enfermo.

A decir de Mircea Eliade, "el valor mágico y farmacéutico de ciertas hierbas se debe también a un prototipo celeste de la planta o al hecho de que ésta fue cogida por primera vez por un dios", y continúa: "para los cristianos, las hierbas medicinales debían su eficiencia al hecho de haber sido halladas por primera vez en el monte Calvario. Para los antiguos, las hierbas debían su virtud a que habían sido descubiertas por los dioses 'Betónica, tú fuiste descubierta por Esculapio, o por el centauro Quirón.'" ¹

La historia de la farmacia y la medicina está colmada desde sus inicios por rituales e invocaciones que variaban según el grupo cultural, pero por lo general se mantenía el mismo patrón causante de las enfermedades: "algo maligno que penetraba en el cuerpo" y casi siempre era provocado por la ira de los dioses.

En Cuba, los primitivos pobladores también respondían a este comportamiento arquetípico; curaban los males con ceremonias y plantas medicinales. Los españoles con su arribo, no sólo introdujeron nuevos hábitos y costumbres, algunas no muy higiénicas, sino que también fueron portadores de nuevas enfermedades y a la vez re-

¹ Mircea Eliade: *Lo culto y lo profano* [copia s.d.e.]

ceptores de otras. Al igual que en el viejo continente, se desató una ola de superstición y curanderismo. Como se carecía de personal iniciado en los estudios de medicina, el medio era propicio para que se propagaran la charlatanería y el oscurantismo.

Ya en la segunda mitad del siglo XVI se conoce por las Actas del Cabildo la necesidad que tenía la villa de médicos y boticarios y se menciona al licenciado Gamarra como el único que podía ejercer como boticario, médico y cirujano.²

En dicha época fue muy escaso el desarrollo de esta ciencia y aunque existían algunas boticas, se conoce por la documentación que los productos comercializados eran de muy mala calidad, en algunos casos caducos pues venían de Castilla y sólo se volvían a solicitar cuando se habían agotado.

Es a partir de la instauración del Real Protomedicato de Cuba en 1634 que se empieza a llevar un control de todo el personal médico, incluyendo a los barberos y parteras, en la villa de San Cristóbal de La Habana.

Ya bien entrado el siglo XVII, la ciudad contaba con cuatro hospitales: Hospital de San Francisco de Paula, Hospital San Juan de Dios, albergue para enfermos de lepra situado en el Pontón, luego se le denominaría Hospital de San Lázaro, y unas barracas improvisadas en la Caleta de Guillén; que aunque no eran suficientes y se mantenían con unos tristes ingre-

tos, su apertura dejaba entrever la preocupación por parte de las autoridades por el bienestar de la población, además de mantenerse las peticiones para que se visitaran las boticas y se chequeara la calidad de los productos farmacéuticos que estaban en venta. Sin embargo las pésimas condiciones sanitarias de la ciudad se mantenían, y con ellas las epidemias con-

turales que se hicieron en las casas de la zona, pero luego de haber sido exhumado, se estropeó por la falta de sensibilidad de algunos trabajadores que han intervenido en la obra restauradora de este emblemático inmueble del siglo XVIII.

El 12 de febrero de 1708, el doctor Teneza fue nombrado Protomédico con Honores de Cámara y su labor, además de diagnosticar enfermedades como la lepra, la tuberculosis y tratar enfermos, estuvo vinculada con la inspección a boticas y el reconocimiento legal de los títulos de cirujanos.³

Justamente este control que efectuaba en los establecimientos farmacéuticos lo llevó a conocer los desacuerdos que existían entre médicos y boticarios, el mal procesamiento de los medicamentos y su anárquico sistema de precios.

Por esta razón, el doctor Teneza junto con los tres boticarios que tenían

farmacias establecidas en la ciudad, confeccionaron una tarifa de precios en 1723 que pone coto a los excesos que existían; el texto es conocido como el primer incunable impreso por Carlos Habre.

Cinco años después, el 5 de enero de 1728, se funda la Real y Pontificia Universidad de La Habana, y con ella la cátedra de Medicina; todo criollo que quisiera cursar estos estudios no estaba obligado a viajar a México o España, como se hacía hasta la fecha. No obstan-



Fascos que anuncian establecimientos habaneros del siglo XVIII exhumados en Obrapia no. 55

tinuaban devastando a los pobladores. A principios del siglo XVIII se destaca el doctor Francisco de Teneza, quien tuvo su residencia en la parcela que más tarde y luego de varias transformaciones ocuparía el Marqués de Arcos en la plazuela de la Ciénaga, rescatándose por medio de labores arqueológicas, el callejón que llevaría su nombre, único paso directo que existía hacia esta plaza desde la calle de los Mercaderes, el pasaje quedó engullido por los cambios estruc-

² Actas del Cabildo, Biblioteca del Museo de la Ciudad de La Habana, Libro 1, folio 409 v - 412.

³ José López Sánchez (1997): *Cuba: Medicina y Civilización. Siglos XVI y XVII*, Editorial Científico Técnica, La Habana.



Frascos de productos farmacéuticos de origen francés, siglo XIX, exhumados en Obrapia no.55

te, se conoce por las Actas Capitulares que a mediados del XVIII eran muy pocos los habaneros que ejercían como boticarios. La mayoría eran españoles, y sus estudios estaban relacionados con la fortuna que se debía tener para poner una botica.

La época de resplandor para la medicina y la farmacia llegaría con el siglo XIX. Es en las primeras décadas cuando florecen las publicaciones especializadas como *La Cantera Científica* y *El Plantel*, y se destacan doctores y boticarios como Tomás Romay, quien introduce en 1804 la vacuna contra la viruela; Juan Pisanodal, que tenía una farmacia en la calle Apodaca y Pedro San Feliú, cuyo establecimiento se encontraba en la calle de los Mercaderes, entre otros.

Luego de un siglo bajo el Real Protomedicato, el 9 de enero de 1830, se crea la Junta Superior Gubernativa de Farmacia por real disposición, y se instala en La Habana el 24 de diciembre de 1833. Hecho muy relevante, pues de este modo la farmacia en Cuba era reconocida por

la metrópoli y se separaba de la rama de la medicina y la cirugía. A través de esta junta se otorgaban grados de Bachiller, Licenciado y Doctor. Los cursos contaban con un programa de clases teóricas y prácticas, impartándose según los textos *La Farmacia de Carbonel*, *Curso de Botánica de Cabanillas* y *Química demostrada en veintiséis lecciones*. También entre las actividades de la junta se encontraban las inspecciones a las farmacias y el control de los medicamentos y precios. De hallar irregularidades, tenían la potestad de poner multas a los infractores.

Los establecimientos también fueron reformados, mejorados sus mobiliarios y los recipientes donde se almacenaban los remedios. El doctor Guillermo Lobé fue una figura de gran influencia en estos cambios, introdujo en su botica nuevos productos farmacéuticos provenientes de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

Ya para 1841 se hace mención de lo bien dispuestas y decoradas que se encontraban las farmacias en la Habana. En 1844 se conoce de la existencia de cincuenta de estas entre las que se destacan la de J. Sibón en Aguiar y Chacón, la de Lobé en Obrapia no. 15, la de Le Riverend y Bacet en Aguiar y Lamparilla.⁴

La segunda mitad del siglo XIX fue igualmente un período prolífero para la farmacia, no sólo por el número de establecimientos que se había incrementado, mucho de ellos muy prestigiosos, sino también por el desarrollo que se alcanzaba en los estudios de esta ciencia. En 1861 es creada la Real Academia de Ciencias Físicas y Natura-

les de La Habana y en su seno se funda la Sección de Farmacia. Dos años más tarde se independizaría la Facultad de Farmacia de la de Medicina y Cirugía. Se crea un laboratorio de Química y el programa comprendía las asignaturas de Reconocimiento de drogas, Materia farmacéutica y Práctica de operaciones farmacéuticas.

Asimismo ven la luz periódicos como *La Emulación* y *El Genio Científico*. En enero de 1880 se funda la revista *El Repertorio de Farmacia* y se crea el Colegio Farmacéutico cuyo primer presidente sería el doctor José Sarrá, propietario de uno de los establecimientos más importantes de la época, donde también se despachaban medicamentos elaborados en su propio laboratorio, para distribuir al por mayor en farmacias, hospitales, etc. Lamentablemente este colegio tuvo una corta vida, extinguiéndose en 1885.

En este año se implanta oficialmente la farmacopea española, a pesar de los esfuerzos que se venían realizando para la instauración de una propia, pero la situación de colonia frena estos intentos.

Ya para el ocaso del XIX, en las farmacias se hizo frecuente la venta de medicinas de todo tipo, con patentes nacionales o extranjeras, instrumental para curaciones, sustancias químicas, plantas medicinales, artículos de perfumería y productos para la higiene. Estos modernos establecimientos estaban decorados a gusto del propietario y en muchos de ellos podía verse tanto lujo como en las farmacias francesas o americanas. También se alcanzó un buen grado de desarrollo en la ciencia y en la obra escrita.

⁴ Manuel García Hernández y Susana Martínez-Fortún y Foyo (1955): *Apuntes históricos relativos a la farmacia en Cuba*, Imprenta Pérez Sierra y Hno., La Habana.

Un ejemplo lo es la figura del doctor Antonio González Curquejo, quién se destacó por su contribución en este campo a través de sus publicaciones, y fue un celoso guardián del buen funcionamiento de las boticas y la ética de sus dueños.

En 1889 se funda la Asociación Médico Farmacéutica que contaba con una publicación homónima. Se intenta redactar una vez más, una farmacopea que corre igual suerte que la anterior al adoptarse la de los Estados Unidos dada la nueva situación político administrativa del país.

Descripción tecno - tipológica de las evidencias

En esta investigación se trabajó con el material exhumado en las excavaciones efectuadas en el inmueble situado en la calle Obrapia no. 55, específicamente con los frascos de vidrio de farmacia y perfumería extraídos en el área intervenida. Este espacio, contiguo al patio del inmueble, fue objeto de transformaciones a causa del reiterado uso, ya sea como colector sanitario, o bien, luego de su clausura, como almacén.

Estos cambios por supuesto han quedado reflejados en el antrosol que va variando su fisonomía según los movimientos de rellenado que se hayan realizado. Y en esta dinámica se insertan, formando parte de estas capas, materiales artefactuales portadores de una muy útil información.

Teniendo en cuenta esto, decidimos agrupar los ítems según el estrato en el que aparecieron. Observándose de este modo los rasgos que los asemejan aún cuando

difieran en la naturaleza del depósito del que fueron extraídos.

Estrato no. 5: Conformado por una tierra de color negro

- Frasco de vidrio transparente, de cuerpo liso con cuatro caras, aunque sus lados son redondeados. Elaborado en molde de dos piezas, labio aplicado, en el fondo tiene inscripto a relieve el número: 1095, base rectangular con esquinas redondeadas. Exhumado en la unidad C-5.



Frascos de medicamentos importados de Norteamérica, siglo XIX, exhumados en Obrapia no. 55

- Frasco de vidrio transparente, cuerpo liso redondeado, elaborado en molde de dos piezas, base circular, labio aplicado, posible procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad C-5.

- Frasco de vidrio transparente, cuerpo redondeado, elaborado en molde de dos piezas, con labio aplicado, base circular. Procedencia francesa, a juzgar por la inscripción que tiene en el cuerpo, que reza: SOCIÉTÉ HYGIENIQUE / RUE DE RIVOLI PARIS. Exhumado en la unidad D-9.

Estrato no. 6: Conformado por una tierra de color gris

- Frasco de vidrio transparente, elaborado en un molde de dos piezas, cuerpo liso, redondeado con labio aplicado, base circular. Presenta una inscripción a relieve en el hombro: ORIZA OIL / L. LEGRAND. Posible procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad D-9.

- Frasco de vidrio transparente de cuerpo liso, redondeado, elaborado en molde de dos piezas con labio aplicado, con la inscripción en el fondo: A C / 60 / 40 77. Base circular, posible procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad D-9.

Estrato no. 8: Conformado por relleno constructivo

- Dos frascos de vidrio transparente de cuerpo liso, redondeado, elaborado en molde de dos piezas con labio aplicado, base circular. Presentan en el fondo la inscripción a relieve: T / 30 / E. Y A C / 30. Posible procedencia norteamericana. Exhumados en las unidades C-7 y D-5 respectivamente.

- Frasco de vidrio transparente, elaborado en molde de tres piezas, cuerpo redondeado con labio aplicado, base circular. Posible procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad B-2.

- Frasco de vidrio transparente, elaborado en molde de dos piezas, cuerpo redondeado con labio aplicado, base circular. Presenta en el cuerpo la inscripción: FARMACIA S^{ta} RITA / HABANA / MERCADERES 18. Al respecto de esta rúbrica podemos decir que en la revista *La Enciclopedia* de abril de 1886, aparece un anuncio de jarabe preparado por el doctor León y comercializado en la farmacia y dro-

guería Santa Rita que aparece situada en Mercaderes no. 19, pero en el *Directorio Crítico de la Habana*, de 1883, se ubica en el número anterior. Esta farmacia estaba catalogada según las clasificaciones llevadas a cabo por el Gremio de Farmacéuticos en la reunión que tuvo lugar el 30 de abril de 1885, como de Segunda Clase.

· Frasco de vidrio transparente de tonos verdosos, elaborado en molde de dos piezas con cuerpo de cuatro caras, labio aplicado, base rectangular, con la inscripción a relieve: BARRY'S/TRICOPHEROUS/FOR THE SKIN AND HAIR/NEW YORK. Al respecto señalaremos que Alexander C. Barry patentiza esta fórmula a partir de 1851, procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad C-9.

· Frasco de vidrio transparente, elaborado en molde de dos piezas con labio aplicado, cuerpo de cuatro caras, base rectangular con las esquinas chanfleadas. En el cuerpo las caras laterales presentan la inscripción: FARMACIA DE SANTA ANA// RICLA NÚMEROS 66 Y 68 HABANA, las principales se mantienen lisas, creemos que en ellas se colocaban las etiquetas que anunciaban el producto. En el *Directorio Hispanoamericano de Cuba, Puerto Rico y Saint Thomas*, en 1875, aparece esta farmacia cuyo dueño se nombraba Martin Arnautó, y era catalogada como de Primera Clase. Exhumado en la unidad D-5.

· Frasco de vidrio transparente, elaborado en molde de dos piezas, labio aplicado, cuerpo redondeado, base anular. Presenta un ornamento en el cuerpo a relieve que consiste en una cesta de flores con la firma: ED. PINAUD. Mas abajo una zona circular enmarcada nos indica donde se co-



Anuncio de la Farmacia Santa Rita publicado en 1883 en la revista *La Enciclopedia*

locaba la etiqueta del producto y debajo de esta, a relieve también, la inscripción: PARIS. De esta firma se conoce que comercializaba agua de colonia, procedencia francesa. Exhumado en la unidad D-9.

Estrato no. 21: Conformado por la capa blanca II

· Frasco de vidrio transparente elaborado en molde de dos piezas con borde aplicado, cuerpo redondeado, liso, con base circular. Posible procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad A-3.

Estrato no. 25: Conformado por la capa negra del interior de la canal no. 3. Conceptualizada como basura primaria

· Frasco de vidrio transparente de cuerpo liso, redondeado, elaborado en molde de dos piezas con labio aplicado, base circular. Con la inscripción en el fondo: 30. Exhumado en la unidad E-25.

· Dos frascos de vidrio transparente de cuerpo redondeado, elaborado en molde de dos piezas con labio aplicado, base circular. Presentan en el cuerpo la inscripción: ELIXIR DENTÍFRICO DEL DR. TABOADELA DE LA HABANA. El más pequeño presenta una numeración en el fondo que no se aprecia con claridad. Con res-

pecto a la inscripción podemos decir que en *La Enciclopedia*, en el número de julio de 1885 aparece en el directorio de clínicas, el nombre del doctor José A. Taboada quien ejercía como cirujano dentista en Zulueta y Virtudes. Exhumados en la unidad B-1.

· Dos frasquitos de vidrio transparente, elaborados en molde de dos partes, cuello y labio forman una sola pieza, presentan cuatro lados, base rectangular. Posible procedencia norteamericana. Exhumados en la unidad B-2.

· Tres frascos de vidrio transparente, elaborados en molde de dos piezas, labio aplicado, presentan la parte interna de los bordes esmerilados, observándose en los dos tapones que se conservan el mismo tratamiento, esto le daba más hermeticidad al recipiente. Uno de los frascos se mantiene cerrado, apreciándose en su interior restos del contenido cuya apariencia es pastosa. El cuerpo es redondeado y abombado, presenta la inscripción: LUBIN /PARFUMEUR 55 RUE S^{TE} ANNE PARIS. De base anular y procedencia francesa. Exhumados en la unidad B-1.

· Frasco de vidrio transparente, elaborado en molde de dos piezas, presenta el borde fileteado para la rosca, sobre esto conocemos que la primera tapa roscada eficiente fue patentada en 1858 (Shavelzon, 1991). La base es cuadrada y consideramos, por la forma, se trate de un tintero. Posible procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad B-1.

Estrato no. 26: Capa carmelita I por debajo de la blanca II

· Frasco de vidrio transparente, presenta el cuerpo octogonal con



Anuncio de la casa Lanman y Kemp donde se publicitan varios productos, algunos de ellos encontrados en diferentes excavaciones arqueológicas

labio aplicado, elaborado en molde de dos piezas. Con la inscripción en el fondo: W. T & C^o, rúbrica de Whitall-Tatum Milville —compañía que se mantuvo de 1857 a 1935—, base rectangular con las esquinas chanfleadas. Procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad A-3.

· Frasco de vidrio transparente de cuerpo liso redondeado, elaborado en molde de dos piezas, labio aplicado, base circular con la inscripción: 60/2⁰². Exhumado en la unidad D-9.

· Frasco de vidrio transparente de cuerpo liso, redondeado, elaborado en molde de dos piezas, con labio aplicado. Exhumado en la unidad B-2.

· Fragmento de frasco de vidrio transparente facetado, posible elaboración en molde, se aprecia parte de una inscripción en el cuerpo que reza: DE MIDY, la base es figurativa, posible procedencia francesa. Exhumado en la unidad B-2.

· Frasco de vidrio transparente elaborado en molde de dos piezas, labio aplicado, cuerpo liso, redondeado, presenta dos caras, base ovalada con la inscripción: T 125. Exhumado en la unidad B-2.

· Frasco de vidrio transparente con tonalidades verdosas, elaborado en molde de dos piezas, cuerpo de cuatro caras, labio aplicado, presenta en el cuello un anillo aplicado, base rectangular. En el cuerpo se aprecia la inscripción: TONICO/ORIENTAL/PARA/EL/CABELLO//LANMAN Y KEMP//NEW YORK. Se conoce que productos con esta marca fueron comercializados a partir de 1861. Y en *La Enciclopedia*, en julio de 1885, aparece un anuncio de esta sociedad. Exhumado en la unidad B-2.

Estrato no.31. Conformado por una capa fangosa, conceptualizada como basura primaria

· Frasco de vidrio transparente de tonos verdosos, elaborado en molde de dos piezas con cuerpo de cuatro caras, labio aplicado, base rectangular, con la inscripción a relieve: BARRY'S/TRICOPHEROUS/FOR THE SKIN AND HAIR/NEW YORK. Como ya apuntamos Alexander C. Barry patentiza esta fórmula a partir de 1851, de procedencia norteamericana. Exhumado en la unidad B-2.

Tierra de relleno de los pisos superiores

· Frasco de vidrio azul, elaborado en molde de dos piezas, cuerpo redondeado con dos caras, labio aplicado, base ovalada. Se observa en el cuerpo la inscripción: FARMACIA/LA BENEFICA/DEL/CENTRO/GALLEGO/HABANA. Y en el fondo la numeración 125. Los frascos de vidrio colo-

reado se usaban por lo general para proteger el producto de la luz, evitando que esta alterara su composición química.

Comentarios finales

En los comercios farmacéuticos fueron usados una amplia gama de utensilios y contenedores de variada factura. Dentro de estos, el frasco de vidrio será el elemento que va a aparecer con mayor frecuencia en las excavaciones, debido a la función que desempeñará —muy vinculada al trasiego cotidiano— como envase de los medicamentos prescritos por el médico.

Muchos de estos frascos van a estar marcados por alguna rúbrica, ya sea con etiquetas —que algunos han conservado hasta nuestros días— o con inscripciones a relieve, donde se identifica el producto, el doctor que lo receta, la farmacia que lo expide y en algunos casos el fabricante que lo comercializa y la ciudad de origen. De tal modo tenemos, refiriéndonos al inmueble estudiado, recipientes con la firma de Lanman y Kemp, anunciando un tónico para combatir la caspa y la caída del cabello, frascos de las farmacias habaneras Santa Rita y Santa Ana, situadas en Mercaderes no. 19 y Riela nos. 66 y 68 respectivamente, así como perfumería francesa de las firmas Lubin y Pinaud por sólo citar algunos.

El hallazgo de frascos similares en otras excavaciones, como las realizadas en los inmuebles ubicados en Habana no. 958 y Muralla no. 103, va a ser un indicador de la demanda de estos contenedores y el gusto que prevalecía en el consumo de determinados productos,



ya sea por la efectividad de las curaciones, por lo aromático de sus componentes o por la audacia del comerciante a la hora de lanzarlo al mercado. Lo cierto es que en cada casa colonial decimonónica existía un mueble botiquín con algunos de estos remedios para alivio de sus habitantes. Asimismo,

su aparición nos aproxima al intercambio mercantil que primaba en el siglo XIX, siendo Estados Unidos, Inglaterra y Francia los principales proveedores de los establecimientos farmacéuticos.

BIBLIOGRAFÍA

Benito del Caño, Ciro y Rafael Roldán y Herrero (1928): *Cerámica farmacéutica: apuntes para su estudio*, Imprenta Jesús López, Madrid.

Capote Díaz, José (1943): "Legislación y deontología farmacéutica e Historia de la Farmacia", Inédito, Museo C. J. Finlay, La Habana.

Cook, Levallen, Martin, Van Meter, Osol y Tice (1972): *Farmacia práctica de Remington*, Edición Revolucionaria, Instituto Cubano del Libro, t. I, La Habana.

Directorio de artes, comercio e industrias de la Habana 1859 (1860), Imprenta de Graupera, Obispo 113, La Habana.

Directorio general y comercial de la Habana e Isla de Cuba, 1874 (1943) [A partir de 1875: *Directorio hispanoamericano de Cuba, Puerto Rico y Saint-Thomas*], La Habana [s. d. e.].

Directorio mercantil de la Isla de Cuba desde 1889 a 1890, Editores propietarios Zayas y Quintero, Establecimiento tipográfico O'Reilly 9, La Habana [s.f.].

Eliade, Mircea: *Lo culto y lo profano* [copia s. d. e.].

Fike, Richard E. (1987): *The Bottle book: A comprehensive guide, to historic, embossed medicine bottle*, Gibbs M. Smith, inc., Peregrine Smith Books, Salt Lake City.

Folch Jou, Guillermo (1951): *Historia de la Farmacia*, Madrid [s.d.e.].

García Hernández, Manuel y Susana Martínez-Fortún y Foyo (1955): *Apuntes históricos relativos a la farmacia en Cuba*, Imprenta Pérez Sierra y Hno., La Habana.

González Curquejo, Antonio (1911): *La prensa médica en relación con los farmacéuticos*, Trabajo leído en el Primer Congreso de la Prensa Médica, celebrado en La Habana en los días 22 y 23 de febrero de 1911, Imp. Avisador Comercial, La Habana.

Jones Olive, Catherine Sullivan y otros (1985): *Glosario del vidrio* (traducción), Parques de Canadá, Canadá [s.d.e.].

La Enciclopedia. Revista mensual de Medicina, Farmacia, Agricultura y Ciencias Físico-Químicas y Naturales (1885), año I, nos. 1, 2, 5, 7, 12, Imprenta Mercantil de los Herederos de S.S. Spencer, La Habana.

López Sánchez, José (1997): *Cuba: Medicina y Civilización. Siglos XVII y XVIII*, Editorial Científico Técnica, La Habana.

Moliner, Israel M. (1946): *Museo Farmacéutico de Matanzas; índice histórico*, La Habana [s.d.e.].

Mullale Gandur, Ada y Graziela Lara González (1985): *Historia de la introducción y el uso de la Farmacopea en Cuba*, MINSAP, La Habana.

Palau Vivanco, Cayetano (1883): *Directorio crítico de la Habana. Descripción de cosas notables que encierra esta capital: caracteres, instituciones, establecimientos, etc.*, Imp. de Montill, La Habana.

Pruna Goodgall, Pedro M (1994): *Cronología: Hechos históricos relacionados con la ciencia y la tecnología acaecidos en la Habana, 1531- 1988*, Editorial Academia, La Habana.

Rangel Rivero, Armando (1989): "Esquicio sobre la farmacia cubana", Inédito, Semana de la Cultura de Trinidad, Museo Carlos J. Finlay, La Habana.

Roig de Leuchsenring, Emilio (1959): *Los Monumentos Nacionales de la República de Cuba*, Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, vol. II, La Habana.

Shavelzon, Daniel (1991): *Arqueología de Buenos Aires*, Editorial Corregidor, Argentina.

Torre, José María de la (1857): *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*, Imprenta de Spencer y Co., La Habana.

Valero González, Mercedes (1994): *Catálogo. Instituciones científicas cubanas del siglo XX*, Editorial Academia, La Habana.

Fuentes primarias

Actas del Cabildo, Biblioteca del Museo de la Ciudad de La Habana:

Libro 1, 26/2/ 1569, pp. 409v- 412.

Libro 6, 8/ 10/ 1610, pp. 99- 100.

Libro 9, 9/9/ 1634, pp. 277- 284.

Libro 10, 20/ 9/ 1642, pp. 225- 232.

Libro 13, 12/ 6/ 1665, pp. 297- 298 v.

Libro 14, 27/9/ 1669, pp. 601v- 605 v.

Libro 15, 16/ 9/ 1674, pp. 86- 88.

Libro 18, 9/ 1/ 1693, pp. 41- 43.

No. 3, AÑO 3, 2004

Evidencias numismáticas en sitios arqueológicos de La Habana Vieja

Por: Carlos de la Rosa Graell y Roger Arrazcaeta Delgado

Resumen

Esta investigación, acerca de algunas monedas coloniales halladas en sitios históricos de La Habana Vieja, aborda su descripción numismática, filiación cronológica y distintos aspectos relacionados con su asociación a contextos estratificados. Por otra parte, analiza los factores que incurren en la presencia de este circulante. En las conclusiones se encuentran reflexiones que explican la variedad en los tipos monetarios y su poca frecuencia en sitios arqueológicos.

Abstract

A numismatic and chronological examination of the colonial coinage found at various sites in Old Havana, including a discussion of various aspects of the subject within an archaeological context. The article presents the results of an examination of the occurrence of coinage in the sites and draws conclusions about the variety of coins found and their general scarcity on archaeological sites.

El surgimiento de las monedas constituyó un gran progreso humano y sirvió como vínculo para el intercambio cultural entre los pueblos, al ser portadoras del desarrollo alcanzado por la región emisora. Con el paso del tiempo, el arte numismático reflejó también los avances artísticos y tecnológicos que marcan etapas en la evolución social.

En las excavaciones arqueológicas urbanas son halladas piezas numismáticas como parte de la evidencia material producida por la sociedad habanera, por ello resultan un complemento importante para establecer períodos de ocupación, cuando se supeditan al análisis estratigráfico.

Durante el dominio español en la Isla, al comenzar una obra, fuera una estatua o la construcción de un edificio significativo, se acostumbra colocar en un lugar del basamento la "Primera Piedra", generalmente una caja de plomo o sillar pétreo ahuecado que contenía documentos, publicaciones, monedas y medallas del momento

o algo anteriores, con interés para los estudios numismáticos y arqueológicos del período.¹

La circulación monetaria en época colonial

En América, durante el descubrimiento y conquista, era desconocida la moneda tal y como se usaba en otras regiones, y las transacciones comerciales entre culturas avanzadas se desarrollaban por medio del trueque o el uso de la llamada "moneda de la tierra", es decir, artículos cuya demanda o escasez le conferían un valor reconocido, que podían ser cacao, plumas rellenas con polvo de oro, porciones textiles y conchas.

El advenimiento hispano a América introdujo las primeras monedas europeas. Al extenderse la conquista se crearon nuevos asentamientos colonos y hubo necesidad entonces de contar con un circulante que facilitara las operaciones comerciales, y evitara el fraude generado por su carencia.

¹ Recientemente se descubrió por investigadores del Gabinete de Arqueología, encabezados por Luis A. Francés y Mónica Pavía, la "Primera Piedra" del Oratorio San Felipe Neri. Esta apareció próxima a los cimientos donde estaba la cabecera del Oratorio primitivo, correspondiente a fines del siglo XVII, y consiste en un sillar cuadrado con un orificio central, en cuyo interior se depositaron treinta y tres monedas, dos escudos de oro y el resto reales en plata. En opinión del conservador Antonio Quevedo, este número puede relacionarse a la edad que tenía Jesucristo cuando fue crucificado por los romanos. Uno de los escudos fue identificado, por la especialista numismática Rebecca O. Linsuain, como acuñado en 1634 por el Nuevo Reino (Santa Fe de Bogotá).

En 1505 el rey Fernando el Católico ordenó a la ceca de Sevilla la acuñación de circulante en metales como plata y vellón para su uso exclusivo en América. Tendrían igual diseño que en la Metrópoli, más una letra F coronada en el reverso, flanqueada por el yugo y las flechas, emblemas de Fernando e Isabel. Esta medida resultó insuficiente para resolver la carestía en el circulante, pues pasado algún tiempo se renovaron las peticiones.

En 1535 el rey español Carlos I firma la Real Cédula donde autoriza fundar en México, territorio con abundantes metales preciosos, la primera Casa de Moneda del Nuevo Mundo. En 1542 fue establecida la ceca de Santo Domingo, y las de Lima y Potosí en 1565 y 1573 respectivamente.

Inicialmente sólo se batieron monedas en plata, y desde 1620 se permitió la acuñación de oro en Santa Fe de Bogotá, donde ese metal era muy común. La amonedación colonial hispanoamericana en cuanto al aspecto tecnológico tuvo dos fases: la acuñación a martillo y la acuñación a volante, y aunque hubo distintas variantes tipológicas en los diseños, podemos resumirlos como sigue:

Acuñación a martillo:

a) Circular sin cordoncillo

b) Macuquinas del tipo escudo coronado

c) Macuquinas del tipo cruz cuartelada de castillos, leones y columnas sobre ondas del mar

Acuñación a volante:

a) Tipo mares y mundos

b) Tipo busto

Entre estas acuñaciones hubo sus particularidades en la ejecución de los diseños, pues debían atenerse, en líneas generales, a un patrón.

La riqueza extraída en las colonias españolas permanecía temporalmente en el puerto habanero, y las flotas aguardaban a su abrigo la llegada de los diversos convoyes que debían integrarla; la marinería estante en la ciudad introdujo circulante relacionado con la procedencia de las naves.

Cuba, por no poseer metales preciosos, jamás contó con ceca propia, excepto las obsidionales de Santiago de Cuba en 1741. La circulación monetaria se mantuvo por las arcas virreinales mexicanas, que enviaban a La Habana remesas conocidas como "situados", para aportar numerario al comercio insular y a obras defensivas.

En la etapa colonial, las acuñaciones del tipo macuquino cubrieron un período más amplio, con una duración de dos siglos, pues aún cuando había cesado su fabricación hacia 1772 en Potosí, última ceca que las produjo, permanecieron en la circulación hasta algún tiempo después; en los años ochenta del siglo XVIII se decretó su extinción y recogida basándose en el valor facial y no por su contenido metálico. Estas monedas fueron sustituidas entonces por otras con una nueva estampa (busto) acuñadas a volante, remitidas desde México. Por esta razón desde finales del siglo XVIII el mayor volumen en circulación estaba integrado por piezas a volante, relativas a los reinados de Carlos III, Carlos IV y finalmente Fernando VII.

La legislación monetaria del momento restringía la circulación en América a la Moneda Nacional, nombre que distinguía a las monedas batidas en nuestro continente, con mayor valor intrínseco, prohibiéndose el uso de la llamada

Moneda Provincial, producida en cecas peninsulares; estas tenían menor contenido en metal fino y por tanto diferente cotización respecto al peso fuerte; baste señalar que cuatro pesetas del cuño nacional equivalían al peso, mientras se necesitaban cinco del tipo provincial para establecer igual valor.

Junto a estas diferencias, existían variantes en cuanto a diseño y leyendas, donde el detalle básico era las Columnas de Hércules con el mote *Plus Ultra* sobre cintas liadas al fuste, quizás para denotar que el imperio español se encontraba "más allá" del mítico símbolo de los montes Calpe y Abila. En lo referente a las leyendas, la Moneda Nacional decía *Hispaniarum et Indiarum Rex*, mientras la provincial sólo presenta la inscripción *Hispaniarum Rex*.

Desde la llegada española, Cuba adquirió un valor estratégico significativo por su privilegiada ubicación geográfica y las singulares características del puerto habanero. Esta envidiable posición sería una de las causas para denominar a La Habana "Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias".

La importancia alcanzada por la rada habanera y su villa fue lográndose poco a poco, y en 1560 se afianzó como punto de reunión obligado para las flotas que transportaban las riquezas del Nuevo Mundo hacia España. A ello se unió un auge constructivo de defensas militares en la bahía para proteger los caudales que cada año llegaban y a la población contra el ataque corsario y la piratería, y como medida preventiva en relación con otras potencias beligerantes con la Metrópoli. Una consecuencia que esto trajo a La Habana fue la pre-

sencia en ella de monedas acuñadas en América transportadas por las tripulaciones, es así como toda la evolución del circulante hispanoamericano, desde sus albores, tuvo influencia en el país. A partir de las primeras piezas del tipo circular sin cordoncillo, hasta las últimas en acuñarse bajo el dominio colonial, la denominada Moneda Nacional o del tipo busto, quedaron sus muestras en la estratigrafía arqueológica de La Habana intramural.

Testimonio recuperado

En las excavaciones arqueológicas se hallan piezas numismáticas enmarcadas cronológicamente desde el siglo XVI hasta el presente. Casi siempre estas evidencias aparecen asociadas a unidades estratigráficas ricas en restos basurales producidos por la actividad humana en el pasado. Los depósitos más comunes donde suelen encontrarse esos restos son las letrinas y rellenos con escombros de origen constructivo o doméstico, estos últimos vertidos en huecos abiertos para extraer materiales de construcción, usados como estratos para nivelación en nuevos edificios. En otros rasgos arqueológicos como las estructuras de albañilería conformadas por canales hidráulicos, aljibes y pozos, obstruidos con rellenos y sedimentos, también se reportan artefactos.

Sin embargo, las monedas en sitios arqueológicos terrestres cubanos no son numerosas, más bien ocasionales pero de frecuencia estable. Su estudio reviste el mayor interés dado su valor cronodiagnóstico preferente en contextos primarios,

máxime cuando esta utilidad es contrastada con evidencias de artífice empleo operacional (artefactos tipos, depósitos e interfaces estratigráficas en relación).² Múltiples causas pueden explicar la deposición de monedas en estratos arqueológicos urbanos, pero a un nivel interpretativo general puede afirmarse que su origen más común es el accidental. Esta causa explica cómo en las letrinas o necesarias, presentes casi sistemáticamente en inmuebles coloniales, puede encontrarse con regularidad monedas que probablemente caían desde los bolsillos cuando usaban el servicio sanitario, o llegaban allí como basura doméstica. Otros aspectos complejos relacionados con las monedas son los procesos postdeposicionales, donde acciones culturales y naturales —deposición y erosión por la lluvia—, conllevan movimientos de pequeños artefactos; así como los traslados y disturbios provocados por ratas y ratones al abrir sus madrigueras en el suelo, trasladando además cosas que les resultan curiosas; o los daños físico-químicos y biológicos ocurridos en el medio térreo que ocasionan verdaderas alteraciones en la posición primaria deposicional de las monedas y otros artefactos.

La Plaza de Armas

Según cuenta la tradición, bajo una frondosa ceiba cercana a la bahía se efectuó la primera misa fundacional de la villa habanera, posterior a su traslado definitivo a la costa norte hacia 1519. En esa zona

litoral comenzó el poblamiento primigenio.

Circundante a la Plaza de Armas, se realizaron excavaciones arqueológicas en la mansión construida por los condes de Santovenia, hoy Hotel Santa Isabel, así como en el Palacio de los Capitanes Generales. Del primer sitio, en Baratillo no. 9, entre Narciso López y Obispo, proviene la moneda más antigua encontrada en el Centro Histórico. Es un ejemplar de cuatro maravedíes acuñado en la ceca de Santo Domingo, corresponde al último diseño creado para estas piezas, y pertenece al reinado de Carlos y Juana en España (fig. 1).



Fig. 1. Cuatro maravedíes, cobre, ceca de Santo Domingo, reinado de Carlos y Juana en España, fechada entre 1544 y 1555. Es la más antigua hallada en la ciudad

La ceca dominicana tuvo corta duración (1542-1564), hubo un primer diseño (1542-1543) que reproducía los mismos tipos castellanos, con un castillo en el anverso, y en el reverso una K, cuya parte superior está unida simulando una R, y timbrada con una corona. El segundo diseño fue acuñado con algunas variantes hasta el cierre de

² Este concepto incluye a los suelos antrópicos y naturales, a las estructuras edificadas y sus hiatos o vacíos, identificados estos últimos por cortes, vaciados y demoliciones.

la ceca, y es el que aquí nos interesa. A este tipo corresponde la mayor parte de las monedas hechas entre 1542 y 1564. Su uso comenzó hacia 1544 y terminó posiblemente alrededor de 1563. La moneda encontrada en la casa Santovenia debe de estar fechada entre 1544 y 1555 porque en ella aparecen inscritos los monarcas Carlos y Juana. Al morir doña Juana en 1555, su hijo Carlos I ordenó a la ceca sustituir la leyenda que contenía ambos nombres y dejar sólo el suyo.

El lugar donde se exhumó dicha moneda estaba ubicado en la primera crujía del inmueble, su hallazgo también reafirma las noticias sobre la antigüedad del emplazamiento, habitado sucesivamente desde el siglo XVI. Según los documentos históricos en 1606 existía en el sitio una casa de buena fábrica, y el estudio riguroso de los artefactos cerámicos demuestra la pertenencia del contexto a un período no posterior al siglo XVII temprano.

Las excavaciones en este inmueble, llevadas a cabo por Ricardo Roselló, Daniel Vasconcellos y un equipo de la Empresa de Restauración, revelaron una secuencia estratigráfica compleja, constituida por muros y cimentaciones, huecos de postes, pavimentos contruidos con ladrillos, canalizaciones, letrinas, rellenos de tierra y basura doméstica con distintos materiales cerámicos, fragmentos óseos pertenecientes a animales usados en la alimentación y otros restos, todos vinculados a diferentes momentos ocupacionales del solar urbano entre los siglos XVI y XVIII. En algunos sectores se registró una potencia estratigráfica entre seis y siete metros, lo que revela los abru-

madores cambios en la topografía original del sitio.

En el lado opuesto a dicha mansión se alza el edificio más sobresaliente de la arquitectura civil a finales del siglo XVIII, el Palacio de los Capitanes Generales, actualmente Museo de la Ciudad. Este ocupa los terrenos donde en el siglo XVI se erigió la Parroquial Mayor, demolida en 1773 y trasladado el culto al templo confiscado a los jesuitas, convertida unos años después, en el propio siglo XVIII, en Catedral Metropolitana.

La costumbre antigua de sepultar los cadáveres en las iglesias permitió que en 1967, al iniciarse una nueva restauración del Palacio dirigida por Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad de La Habana y director de esa institución, se encontraran enterramientos humanos y diversos restos arqueológicos coloniales. Entre ellos apareció una moneda mexicana de $\frac{1}{4}$ real, fechada en 1774 y perforada para ser usada como colgante. Esta pieza que lleva en el anverso el busto del rey Carlos III (1759-1789) y fue recobrada de un estrato superficial, podría estar relacionada con la época en que se construyó el Palacio, culminado en 1792.

Convento San Francisco de Asís

Esta representativa edificación religiosa, sita en la calle Oficios, fue estudiada arqueológicamente en varias campañas desarrolladas entre los años 1980 y 1990, algunas de ellas conducidas por Ricardo Rodríguez, Jorge Brito y Roger Arrazcaeta, bajo la asesoría de Leandro Romero. Los trabajos en el área conventual resultaron muy sugestivos por los contextos del XVI

y XVII presentes en el sitio. Entre las muchas piezas halladas se encuentra una moneda de cobre muy antigua, cuyo valor nominal es cuatro maravedíes, del reinado de Carlos y Juana, acuñada en Santo Domingo hacia 1544-1555, un ejemplar similar al recuperado en la casa condes de Santovenia (fig.1).

Merece señalarse con respecto a la letra F, ubicada en el anverso de esta pieza, que existen diferentes criterios; algunos autores la identifican como inicial del rey don Fernando el Católico, y otros señalan su correspondencia al primer ensayador de la ceca dominicana, llamado Francisco Rodríguez. La opinión más generalizada y verosímil adjudica esta rúbrica a los Reyes Católicos (YF), estampada aún fallecidos estos.

Palacio del Marqués de Arcos

Situado en la Plaza de la Catedral, fue objeto hace algunos años de excavaciones arqueológicas dirigidas por Carlos A. Hernández. El objetivo era estudiar la estratigrafía precedente en el lugar, definir áreas fronterizas entre tierra firme y ciénaga, la evolución histórica del inmueble y evidencias vinculadas a actividades humanas en este. Junto a cimientos, viejos drenajes, cerámica y vidrio, se encontraron algunas monedas coloniales asociadas a contextos primarios.

Específicamente, entre los estratos antrópicos depositados en una antigua letrina, se recolectaron diez monedas con las denominaciones de medio y un real, cuyas fechas abarcan desde 1772 hasta 1814. Las monedas, desafortunadamente,

tunadamente muy desgastadas y dañadas, reafirman las referencias de diversas fuentes documentales sobre la circulación monetaria en Cuba y en particular La Habana. Las piezas en cuestión fueron acuñadas en México, Guatemala y Lima (fig. 2, a, b, c, d, e, f). A la ceca mexicana corresponden seis, una a Guatemala y otra a Lima, el resto no pudo clasificarse por su mal estado. Este promedio a favor de la ceca mexicana corrobora las informaciones sobre el abastecimiento monetario a la Isla por el Virreinato de la Nueva España, y la presencia de otros circulantes que traían en los galeones los tripulantes y comerciantes en su paso por la ciudad hacia la Metrópoli. Por otra parte las fechas en estas monedas ayudaron a precisar la época de uso del depósito letrinoso.

Otro interesante descubrimiento fue hecho en los estratos basurales exhumados en un pozo artesanal al exterior del inmueble, en un recodo que forma su fachada hacia el lado izquierdo, frente a la calle Mercaderes. El pozo estaba virtualmente relleno con botellas, cerámica y tierra, y junto a estos elementos dos monedas españolas de oro. El análisis e interpretación estratigráfica y la posición de las monedas y otros artefactos en el contexto arqueológico determinó el reuso del pozo como basurero hacia 1880 en adelante, sin haber llegado al siglo xx.

Ambas monedas tienen una conservación *extra fine* y son del período Alfonso XII, de veinticinco pesetas cada una, acuñadas en Madrid. La más antigua está datada en 1879 y su ensayador la marcó con sus iniciales EM; la otra

es de 1880 (fig. 2, g, h) y lleva las iniciales MS.

Casa de la Obrapía

Notable casa colonial, antigua propiedad del escribano y mercader Martín Calvo de la Puerta (Domínguez, 1984:4), estuvo entre las primeras de la ciudad intramural en ser intervenida por una restauración arquitectónica entre los años 1968-1970. Durante este proceso se efectuaron excavaciones dirigidas por los arqueólogos Rodolfo Payarés y Lourdes S. Domínguez. En una letrina estudiada por el primero se recolectó cerámica ordinaria, loza fina, vidrio y otros restos coloniales. Junto a ellos apareció una moneda con significativo valor entre el circulante español, una onza de oro (ocho escudos) acuñada en Madrid durante el reinado de Carlos III.

Esta tipología monetaria se considera, entre los numismáticos, la reina del circulante cubano desde el último cuarto del siglo xviii hasta la primera mitad del xix. Oficialmente su valor estaba estipulado en dieciséis pesos fuertes, pero la demanda la sobrevaloró con una prima, que en La Habana era de diecisiete pesos por onza, pues los comerciantes dedicados a la trata negrera y el contrabando la utilizaban para pagar este lucrativo negocio, por constituir la mayor denominación en el menor volumen.

Hostal El Comendador

Esta casa del siglo xviii fue posesión de la ilustre familia de los Pedroso. Aquí se realizaron diferentes trabajos arqueológicos diri-

gidos por Lisette Roura Álvarez, y en una estancia interior, contigua al patio, las excavaciones detectaron restos constructivos y rellenos con una cronología entre los siglos xviii y xix. Asimismo ocurrió un inusual descubrimiento, el hallazgo de entierros humanos. En los estratos antrópicos superiores, del siglo xix, los arqueólogos encontraron cinco monedas de diferentes países y fechas, todas decimonónicas. Al circulante español pertenecen tres monedas, una al mexicano y la otra al estadounidense (fig. 3). Su descripción es la siguiente:

España:

- cincuenta céntimos, 1892, Madrid, plata (fig. 3 a).
- cinco céntimos de peseta, 1870, Barcelona, bronce.
- cinco céntimos de peseta, 1879, Barcelona, bronce (fig. 3 b).

México:

- ocho reales, 1886, Zacatecas, plata (fig. 3 c).

Estados Unidos de América:

- *one dime*, 1854, Filadelfia, plata (fig. 3 d).

Dentro del grupo llama la atención la moneda de plata fechada en 1892, se destaca en ella una contramarca con la letra D y un entramado interior parecido a las celdillas de un panal de abejas (fig. 3 a). Al respecto la literatura especializada no argumenta absolutamente nada, y otros especialistas consultados como Alfredo Díaz Gámez y Rebecca O. Linsuain consideran su probable pertenencia a una entidad privada o persona.

Otra moneda muy interesante lleva la fecha 1886, ocho reales, acuñada en Zacatecas, México. El análisis hecho por nosotros y expertos numismáticos como Inés Morales y los antes citados (comu-



2a



2b



2c



2d



2e



2f



2g



2h

Fig.2. Monedas de plata, anverso y reverso, período de Carlos IV y Fernando VII en España. Las dos últimas son de oro y corresponden al reinado de Alfonso XII. La 2 a, b, d, e, f son de México y la 2 c es de Guatemala



3a



3b



3c



3d

nicación personal, 2001), nos permite considerarla no auténtica, un falso de época. Los rasgos evaluados en la pieza fueron los siguientes: una fineza muy baja, cuando debería ser 0,903 milésimas de plata, apreciable en el matiz plateado muy amarillento, resaltando más cobre en la aleación; las letras de la leyenda en anverso y reverso son más delgadas y menos tupidas que en monedas similares; el canto estriado es irregular y no está bien definido. En lo referente al peso no cumple con los requerimientos establecidos, pues su peso real es 24,00 g, cuando la norma era 27,07 g, e incluso podía admitirse hasta 26,00 g (fig. 3 c).

Las monedas extranjeras, mayoritariamente españolas, indican la crisis en el circulante a fines del siglo XIX en Cuba, cuando al escasear este se admitían monedas de metales preciosos correspondientes a otras naciones, sobre todo norteamericanas, francesas y británicas, con las que existían grandes vínculos comerciales.

Castillo de San Salvador de La Punta

Esta fortificación es un importante símbolo habanero e integra el blasón de nuestra capital. Comenzó a construirse en 1589 y se terminó, después de muchos percances, en 1609, teniendo en los siglos XVII y XVIII una importante posición estratégica, junto a la fortaleza del Morro, para salvaguardar la entrada a la bahía y porque defendía el camino que iba a la Chorrera por la ribera del mar.

Durante su reciente restauración arquitectónica, iniciada en 1998 y finalizada en 2002, se llevaron a cabo investigaciones históricas y distintas excavaciones por un grupo de trabajo del Gabinete de Arqueología, encabezado por Luis A. Francés. Se realizaron descubrimientos significativos para la historia del fuerte, como una cantera, pavimentaciones, posibles restos de la contraescarpa, evidencias parietales relacionadas con la evolución constructiva del baluarte Quintanilla desde su origen hasta nuestros días, diversos caños exteriores e interiores, piezas artilleras y muchos otros. Junto a estos se recuperaron dos monedas españolas y una norteamericana.

La moneda española más antigua fue exhumada en los rellenos del foso, tiene la denominación cuatro maravedíes de cobre y está acuñada en Segovia hacia 1658 o 1659, reinando Felipe IV, entre 1621 y 1665. Posee una marca que parecía ser un resello, pero

Fig. 3. Monedas de distintos países indican la crisis del circulante en la Isla a fines del siglo XIX. Una problemática referenciada por los documentos históricos y las evidencias arqueológicas

recientes estudios no lo consideran así, por cubrirse en su totalidad el cospel con el nuevo cuño. Se halla en buen estado y puede considerarse como un ejemplar raro entre los especímenes numismáticos cubanos (fig. 4). Las otras dos monedas son: una hispana del reinado de Alfonso XII, fechada en 1876, y una norteamericana, *one dime* de 1857, acuñada en Filadelfia.

La moneda española tuvo vigencia en la circulación cubana hasta 1915 cuando fue desmonetizada, no así la norteamericana, que desde la etapa colonial se encontraba presente en el numerario cubano y al crearse la moneda nacional en 1915 mantuvo su curso legal.

Hotel Saratoga

Fue edificado entre 1879 y 1881 (Carmen Lezcano, 2000: 3 y 4), ocupando una zona convertida en muladar extramuros a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Durante la actual reconstrucción se demolieron sus paredes interiores y se abrió una enorme excavación para nuevas cimentaciones, esto permitió realizar labores de rescate arqueológico. En las paredes verticales de este corte se aprecian diferentes unidades estratigráficas, las superiores con restos del XIX y XX, y aquí se colectaron dos monedas españolas. El contexto más rico en evidencias fue una gruesa capa oscura conformada por basuras coloniales que constituye la posición estratigráfica más temprana del depósito, hacia fines del XVIII; con enorme cantidad y amplia gama de restos domésticos, cerámica común, loza fina, porcelana, huesos de res, cerdo, pescado y aves, vidrio, madera y semillas. Allí se encontró una mone-

da francesa fechada en 1722, hecha en cobre y muy deteriorada (fig. 5), posiblemente por su enterramiento en un ambiente húmedo inestable, y con presencia de distintas sustancias químicas.

Por otra parte, las dos monedas hispanas mencionadas son piezas de cinco céntimos, bronce, acuñadas en Barcelona en 1870. Tenían escaso poder adquisitivo y fueron muy abundantes en el circulante cubano en la segunda mitad del siglo XIX.

Casa del Marqués de Prado Ameno (O'Reilly 253)

También investigada por su relevancia histórico-arqueológica. Aquí, bajo la dirección de Roger Arrazcaeta y Rolando Crespo, se abrieron distintos cortes estratigráficos y el de mayor interés para este estudio fue la excavación de una letrina que aportó abundante material con restos culinarios: loza fina (*creamware* y *pearlware*), vidrio, mayólica mexicana y española y cerámica ordinaria. Condiciones anaerobias del depósito sanitario en sus capas más pro-

fundas conservaron evidencias orgánicas como semillas, madera y cuero. La cronología en este rasgo arqueológico puede estimarse hacia fines del XVIII y principios del XIX.

Una moneda de plata en mal estado fue recobrada del estrato letrinoso más prolífero en restos arqueológicos, la u. e. 48, a 1,50 m del nivel 00. Es una pieza de medio real, año ilegible, ceca México, ensayadores Francisco Arance Cobos y Mariano Rodríguez (FM). Estas dos personas trabajaron en los periodos de Carlos III y Carlos IV, especialmente entre los años 1783-1807 (fig. 6).

En otro corte, el no. 5, ubicado en una estancia contigua al traspatio, al excavar un grueso relleno en un aljibe, se encontraron dos piezas españolas; la primera corresponde a cinco céntimos, cobre, año 1877, ceca Barcelona, reinado de Alfonso XII; la segunda es también del mismo período, denominación dos pesetas, acuñada en plata, año 1883, fabricada en Madrid, ensayador MS. La estratigrafía y las evidencias arqueológicas vin-



Fig. 4. Cuatro maravedies, cobre, ceca de Segovia, datación 1658 - 1659. Exhumada en los rellenos del foso, Castillo de La Punta



Fig. 5. Moneda de Francia, acuñada para sus colonias en 1722. Pieza atípica en el circulante cubano

culadas a estos dos artefactos, revelaron un contexto formado por rellenos basurales, datados en la segunda mitad del siglo XIX.

Muralla no. 103-105

Los trabajos en este sitio se efectuaron por Anicia Rodríguez, Sonia Menéndez, Karen Mahé Lugo y Lisette Roura. Entre los rellenos, estratos primarios y restos arqueológicos encontrados en una letrina de esta morada habanera, la mayor parte fechados en la segunda mitad del siglo XIX, se recuperaron siete piezas numismáticas: una moneda acuñada en plata está muy deteriorada y no conserva ninguna inscripción, su tamaño es 2,3 cm, y podría ser una peseta del período Alfonso XIII. La única excepción a esta unidad cronológica es un medio real de plata, acuñado en Guatemala, inscripción NG, Nueva Guatemala, la cual aparece a partir de 1780. El nombre del ensayador es casi ilegible, pero pudiera ser M o P; el primero corresponde a Manuel Eusebio Sánchez, quien figura



Fig. 6. Medio real, ceca de México, fecha ilegible, acuñada posiblemente entre 1783 y 1807. En esta ceca se fabricaron las monedas autorizadas oficialmente a circular en la Isla durante el período colonial

como ensayador supernumerario en esta ceca hacia 1793, 1795, 1796 y 1799. La P es la inicial de Pedro Sánchez Guzmán, ensayador mayor en 1767. Este continúa con el mismo cargo por 1793, 1795 y 1796. Aunque el año en esta pieza no se aprecia, puede asignarse a los reinados de Carlos III y Carlos IV.

Las restantes monedas encontradas en esta letrina son las siguientes:

- cinco céntimos, "perra gorda", cobre.

Año: 1870.

Ceca: Barcelona.

Ensayador: OM (Oeschger Mesdach y Cia.)

Gobierno Provisional: (1868-1871).

Estado de conservación: Mutilada.

Ubicación estratigráfica: N-7.

- veinticinco pesetas, oro (fig. 7 a).

Año: 1877.

Ceca: Madrid.

Ensayador: DEM (Eduardo Díaz Pimienta, Julio de la Escosura Tablares y Ángel Mendoza Ordóñez).

Reinado: Alfonso XII (1874-1885).

Estado de conservación: xf (*extra fine*).

Ubicación estratigráfica: N-18.

- diez céntimos, bronce.

Año: Ilegible, entre 1877 y 1879.

Ceca: Barcelona.

Ensayador: OM (Oeschger Mesdach y Cia.).

Reinado: Alfonso XII (1874-1885).

Estado de conservación: Mutilada.

Ubicación estratigráfica: N-18.

- cincuenta céntimos, plata (fig. 7 b).

Año: 1885.

Ceca: Madrid.

Ensayador: MS-M. (Mauricio Morejón Bueno, Pablo de Sala

Gabarre II y Ángel Mendoza Ordóñez).

Reinado: Alfonso XII (1874-1885).

Estado de conservación: vf (*very fine*).

Ubicación estratigráfica: N-16.

- una peseta, plata (fig. 7 c).

Año: 1893.

Ceca: Madrid.

Ensayador: PG-L. (Félix Miguel Peiró y Rodrigo, Antonio García González y Domingo Lizaranzu Astarlos).

Reinado: Alfonso XIII (1886-1931).

Estado de conservación: xf (*extra fine*).

Ubicación estratigráfica: N-2.

Habana 958

Esta interesante casa, prototipo de vivienda modesta, pequeña joya arquitectónica hoy casi totalmente destruida, fue construida posiblemente en el primer cuarto del siglo XVIII. Las excavaciones al fondo del inmueble localizaron una antigua letrina, pudiéndose identificar cuatro capas arqueológicas. El equipo de arqueólogos, dirigidos por Sonia Menéndez, pudo establecer el uso sanitario para esta estructura entre finales del siglo XVIII y el siglo XIX.

En la unidad estratigráfica no. 4, compuesta por artefactos y detritus vertidos por las familias que habitaron el inmueble, se halló una moneda española de cinco céntimos. En el anverso tiene la leyenda ALFONSO XII POR LA GRACIA DE DIOS y el rostro del monarca en perfil; en el reverso aparece el escudo español y la leyenda REY CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA. Fue fabricada por la ceca de Barcelona en 1879 (ídem. a fig. 3 b), ensayador OM (Oeschger Mesdach y Cia.); su ubicación en el contacto



7 a



7 b



7 c

Fig. 7. Las monedas recuperadas en la letrina de Muralla 103-105 ofrecieron una cronología confiable para datar el contexto estratigráfico y artefactual en las últimas décadas del siglo XIX

entre los estratos nos. 3 y 4, particularmente en el área desde donde se hizo una remoción, u. e. 4, y el hecho de pertenecer a la segunda mitad del siglo XIX, hacen pensar en una pieza abandonada en este estrato en una época posterior a la deposición del mismo, cuando se movió este nivel y se adicionó el relleno que conforma la capa no. 3.

Iglesia San Francisco de Paula

En este templo religioso, convertido en sala para conciertos corales

gracias a su restauración, se realizaron excavaciones arqueológicas bajo la dirección de Karen Mahé Lugo en 1996 y 1997 para investigar sobre costumbres funerarias, patrones de enterramientos, antropología física, enfermedades y otros. Los trabajos tuvieron lugar mayormente bajo el coro, hallándose en el cementerio distintas sepulturas cavadas en piedra caliza con entierros y restos humanos desplazados de lugar, con probable datación, difícil para precisar, entre los siglos XVII, XVIII y primeros años del XIX.

Los arqueólogos pudieron determinar cierta saturación del área sepulcral y la remoción de unos entierros por otros, lo que implicó la destrucción de sepulturas y la dispersión de muchos restos óseos que originalmente estaban en posición anatómica. Los investigadores comprobaron que en ese templo no se siguieron las disposiciones dictadas por el obispo Diego Evelino de Compostela en 1695 para la iglesia de Santiago de las Vegas, donde establecía diez tramos sepulcrales diferenciados por precios, distinción racial y social. Junto a muchos restos humanos y distintos estratos téreos se encontraron algunos objetos personales religiosos y una moneda hispanoamericana.

La pieza está acuñada en México y es de un cuarto de real, año 1784; apareció en los rellenos que cubrían un área sepulcral, pero no estaba asociada a ningún enterramiento. En su anverso puede verse con dificultad el busto del Rey Carlos III y en el reverso el escudo español. El nombre del ensayador no pudo identificarse porque el ejemplar está muy desgastado; sin embargo, en esa fecha operaban dos ensayadores en la ceca mexicana, Francisco Antonio de la Peña y Francisco Arance y Cobos.

Inmueble del Marqués de Casa Calderón

Está ubicado en la esquina interceptada por las calles Oficios y Santa Clara; fue edificado antes de 1772, pues en esta fecha residían allí Juan Bautista Lonz y su esposa, propietarios y constructores de la fábrica. Recibió transformaciones durante el siglo XIX, cuando pasó por diferentes dueños. Entre otros, radicó en este,

desde 1834 hasta su muerte en 1884, Francisco Álvarez Calderón y Kessel, marqués Casa Calderón.

El estudio arqueológico, con prospecciones microgravimétricas encargadas al ingeniero doctor Ramón Caraballo y su equipo de geofísicos, permitió ubicar dos pozos, caños, un aljibe y una letrina. En un corte estratigráfico ubicado en la última habitación al fondo del inmueble, con frente a la calle Santa Clara, se encontraron cerámicas y vidrios del siglo XIX (Brito Niz, comunicación personal: 2001). Entre ellas estaba una moneda de cuatro reales datada en 1811. El ejemplar es de la época en que ocurrió la invasión napoleónica a España (1808-1813), cuando José I Bonaparte, hermano mayor de Napoleón, ocupaba el trono impuesto a esa nación.

La moneda había sido acuñada en Madrid y lleva la firma de los ensayadores Antonio Rafael Narváez e Isidoro Ramos Manzano, el escusón del escudo ostenta el águila del imperio napoleónico. Monedas de este período entraron profusamente en Cuba posterior a 1821, durante la independencia mexicana, acuñadas en la Península y después legalizadas para su circulación con la contramarca de la rejilla.

Con la abdicación de José I en 1813, las monedas con su efigie continuaron circulando, parejamente a otras españolas, durante todo el siglo XIX debido a su valor metálico.

Conclusiones

La escasa frecuencia de monedas en los sitios arqueológicos coloniales demuestra su presencia casual o accidental en los contextos estratigráficos, y sólo excepcionalmente aparecen enterradas con un

objetivo concreto. Además, desmiente la extendida creencia de que muchas personas escondían el dinero bajo tierra en su propiedad, sobre todo en momentos de crisis económicas o guerras. No obstante, en los sitios rurales o haciendas, el patrón hallado en los yacimientos urbanos no parece comportarse igual.

Durante la etapa colonial, Cuba padeció la falta de moneda fraccionaria por no poseer metales preciosos y no poder establecer su propia ceca. Por ello estuvo sujeta a los "situados" procedentes de México, que nunca fueron suficientes para una población en continuo crecimiento. Esta condición permitió la preponderancia del circulante mexicano en la Isla hasta fines del siglo XVIII.

El lugar privilegiado del puerto habanero como punto de concentración para las flotas que regresaban a la Metrópoli cargando los tesoros y mercancías sustraídas a las colonias americanas, contribuyó significativamente al movimiento de las monedas hispanoamericanas autorizadas a circular en la Isla, en buena medida por la presencia de una población flotante numerosa durante varios meses del año.

A comienzos del siglo XIX, con las guerras independentistas de las colonias españolas contra su Metrópoli, se desestabilizó la acuñación monetaria, España pierde sus posesiones en el continente americano y con ello la producción del circulante; en consecuencia se acrecienta la crisis del circulante en las pocas colonias existentes aún.

Con la independencia hispanoamericana comenzó el retorno de muchas personas adineradas hacia la antigua Metrópoli, llevando consigo todo cuanto podían salvar, incluido el oro amonedado que en

su paso por Cuba era cambiado por plata, pues una sobrevaloración lo favorecía: la onza de oro se cambiaba por diecisiete monedas de plata, aumentando así sus caudales y al mismo tiempo dejando sin plata al país. Esta situación particular trajo como resultado, posterior a los cuatro primeros lustros del siglo XIX, una considerable escasez en monedas hispanoamericanas, facilitando la entrada clandestina de las pesetas provinciales, denominadas corrientemente "pesetas sevillanas".

En la segunda mitad del siglo XIX se aprecia en Cuba una mayor incorporación de circulante extranjero junto al español, sobre todo monedas norteamericanas, una circunstancia evidentemente relacionada con los cambios políticos internacionales, que se tradujo en una mayor expansión económica y militar de EE.UU. hacia América —especialmente la penetración del capital norteamericano en Cuba—, la guerra hispano-cubano-norteamericana, la deprimente economía española, y finalmente la tradicional escasez de circulante en la Isla.

Agradecimientos

Los autores desean expresar su gratitud al especialista Antonio Quevedo Herrero por la excelente conservación y restauración realizada a distintas piezas numismáticas, y por el apoyo a este estudio. También a Rebecca O. Linsuaín, quien revisó la clasificación de algunas monedas presentadas en esta investigación, e hizo importantes comentarios y sugerencias a los autores. Asimismo, agradecemos el aporte de los peritos numismáticos Alfredo Díaz Gámez e Inés Morales; ellos brindaron su asesoría para identificar y

documentar algunas monedas problemáticas. Especial reconocimiento al fotógrafo Fidel Navarrete Quiñonez por sus diapositivas y fotografías digitales, empleadas para ilustrar este artículo. Igualmente extendemos nuestra gratitud al informático Omar Dieppa Castella-

nos, quien nos ayudó en la composición fotográfica computarizada.

A los investigadores del Gabinete de Arqueología, que con su trabajo acucioso en las diferentes excavaciones, contribuyeron a este reporte: Carlos A. Hernández, Aneli Prado, Lisette Roura, Luis A.

Francés, Sonia Menéndez, Karen M. Lugo, José M. Torres Pico, Luigi Hernández, Elizabeth Romillo, Yamilé Luguera, Escael Marrero, Alán Luis Gómez, Anicia Rodríguez González, Mónica Pavía Pérez, Adrián Labrada y Alejandro Nolasco.

BIBLIOGRAFÍA

Calicó, F., X. Calicó, y J. Trigo (1998): *Numismática española. Catálogo de todas las monedas emitidas desde los Reyes Católicos a Juan Carlos I, 1474 a 1998*, 9ª Edición, Editado por Xavier Calicó Estivill, Plaza del Ángel, Barcelona.

Carandini, Andrea (1997): *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*, traducción de Xavier Dupré Raventos, Editorial Crítica, Barcelona.

Cayón, Juan R. y Carlos Castán (1983): *Las monedas españolas desde los reyes visigodos, año 406 a Juan Carlos I*, Editado por Carlos Castán y Juan R. Cayón, Impreso por Artegraf S.A., Madrid.

Díaz Gámez, Alfredo (1987): *El resello de las pesetas sevillanas*, Museo Numismático, Banco Nacional de Cuba, La Habana.

Domínguez González, Lourdes S. (1984): *Arqueología colonial cubana: dos estudios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Estrella Gómez, Miguel (1979): *Monedas dominicanas 1492-1979*, 1ª Edición, Editora Amigos del Hogar, República Dominicana.

Gaceta Numismática (1988): Asociación Numismática Española, no. 89, II-88, 3ª época, junio, Barcelona.

————— (1988): Asociación Numismática Española, no. 91, III-88, 3ª época, septiembre, Barcelona.

————— (1995): Asociación Numismática Española, no. 116, I-95, 4ª época, marzo, Barcelona.

González Echegaray, Joaquín (Coord.) y otros (2000): *El colegio de la compañía de Jesús en Salamanca. Arqueología e historia*,

Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca.

Harris, Edward C. (1991): *Principios de Estratigrafía Arqueológica*, traducción de Isabel García Trócoli, 1ª Edición en español, Editorial Crítica, Barcelona.

Krause, Chester L. y Clifford Mishler (1999): *Standard Catalog of World Coins. 19th Century (1801-1900)*, Second edition, Published in the United States by Krause publications INC, Estados Unidos.

Lezcano Montes, Carmen (2000): "Informe de Investigación: Hotel Saratoga", Inédito, depositado en Gabinete de Arqueología, La Habana.

Lugo, Karen M. (2002): "Iglesia de San Francisco de Paula", en *Gabinete de Arqueología*, Boletín no. 2, año 2, La Habana.

Moradiellos, Enrique (1999): *El oficio de historiador*, Siglo Veintiuno de España Editores, 3ª Edición, Madrid.

Numismática cubana siglo XVI - siglo XX: Exposición permanente, Museo Numismático, Banco Nacional de Cuba, La Habana.

Numismática hispanoamericana, La Habana (1978): Colección del Banco Nacional de Cuba, La Habana.

Pellicer I. Bru, Joseph (1997): *Glosario de maestros de ceca y ensayadores, siglos XIII-XX*, 2ª edición corregida y aumentada, Museo Casa de la Moneda, Madrid.

Pérez Beato, Manuel (1936): *Habana antigua. Apuntes históricos*, Seoane, Fernández y Ca. Impresores, t. I, Habana.

Pulido Ledesma, José A. (1985): *Monedas de Santiago de Cuba en la época colonial*, Museo Numismático, Banco Nacional de Cuba, La Habana.

Roig de Leuchsenring, Emilio (1963): *La Habana. Apuntes históricos*, Editora del Consejo Nacional de Cultura, 2ª edición notablemente aumentada, ts. I, II y III, La Habana.

Weiss, Joaquín E. (1985): *La arquitectura colonial cubana*, Editorial Pueblo y Educación, t. II, La Habana.

La sustitución de las maderas ibéricas por las autóctonas cubanas en la construcción naval

Por: Alessandro López Pérez

Resumen

Entre los años 1994 y 1995 se realiza un estudio de las tradiciones que conservan, en la región occidental de Cuba, los carpinteros de ribera en cuanto a las técnicas utilizadas en la construcción naval, en particular en los poblados de Puerto Esperanza (Pinar del Río) y Jacksonville (Isla de la Juventud). Se parte de estudios preliminares de restos de estructuras navales excavadas por la entidad Carisub y de investigaciones bibliográficas y documentales. La elaboración de algunas consideraciones al respecto constituye un aporte de carácter etnográfico y de interés para la historia de la tecnología.

Abstract

From 1994-95 an investigation was undertaken into traditional shipbuilding techniques still employed by shipwrights in Western Cuba, particularly in Puerto Esperanza (Pinar del Río) and Jacksonville (Isla of Youth). This article combines textual research with the results of preliminary studies of ship remains excavated by Carisub and includes reflections on ethnographical aspects of the subject and upon the history of technology.

Durante la etapa colonial se desarrolló una importante industria naval vinculada al tráfico comercial derivado de la Carrera de Indias y de la propia insularidad de Cuba. La Habana contó con numerosos astilleros y careneros hasta que se establecieron las Reales Fábricas de Navíos y por último el Real Arsenal, que compitió, en número de construcciones, con los principales arsenales españoles de Guarnizo, Cartagena y El Ferrol.

Paralela a esta arquitectura oficial, impuesta por las necesidades de la Corona, y durante algunos

años de la Real Compañía de Comercio de La Habana, se mantuvo otra construcción que no partía de atarazanas, ni planos-libretas o de la elaboración científica de planos ajustados a curvas de circunferencias. Fueron los carpinteros de ribera los portadores de las tradiciones más arcaizantes, herencia de familias durante generaciones replegadas a los pequeños puertos, y destinada a la fabricación de reducidas embarcaciones para la pesca y el cabotaje.

Esta tradición parte en lo general de los modos que se empleaban en los siglos XVI y XVII, cuando



Orcas, sección de las amuras. Construidas con maderas autóctonas de Cuba

los barcos se hacían de acuerdo con la habilidad práctica de sus constructores. Las dimensiones no se podían determinar de antemano y resultaban enteramente fortuitas una vez que se colocaba la quilla y las cuadernas maestras que establecían las proporciones de la curvatura y el tamaño real.

Al margen de los conocimientos prácticos de los constructores, ocurre un fenómeno de transculturación técnica cuando comienzan a ser sustituidas las maderas procedentes de los bosques de la Península Ibérica por las pertenecientes a especies autóctonas del archipiélago cubano por sus características particulares. En el siglo XVIII el portugués Antonio Parra, vecindado en La Habana, escribe y publica su relación de árboles de Cuba y sus posibles usos, incluidos los referidos a la construcción naval y las numerosas expediciones de los oficiales de marina e ingenieros del arsenal habanero en busca de especies y troncos aptos para los diferentes fines y formas (Ortega, 1998).

La arqueología en el contexto subacuático ha permitido realizar el estudio de estructuras navales pertenecientes a esta etapa y la aparición, en ellas, de maderas de la península y de las Antillas simultáneamente.

Estudio etnoarqueológico sobre la sustitución de las maderas ibéricas por las autóctonas cubanas

Existen cédulas y documentación sobre la utilización de las maderas autóctonas en la construcción naval en Cuba en la etapa colonial. Aunque debe tenerse en cuenta que esta breve información ha llegado a nosotros en

los escasos documentos y protocolos habaneros de la época, por ello nos decidimos a realizar estos estudios etnoarqueológicos. Pero la realidad exacta de cómo se construía un barco y sobre todo en épocas tan re-

motas como los siglos XVI y XVII, nos la ha dado el trabajo arqueológico en sitios donde han sobrevivido algunas de las estructuras que conformaban el bajel y las investigaciones que desarrollamos en



Bosque tropical húmedo, donde se observan las maderas utilizadas en la construcción naval



Orcas 17 y 22 en el pecio de Fuxa vistas de popa a proa, nao de finales del siglo XVI. La madera utilizada es el Roble Europeo (*Quercus pubescens*), localizado en el norte español

las provincias occidentales, donde dedicamos nuestro esfuerzo a aprender *in situ* cómo se mantenían las tradiciones constructivas de la etapa colonial hasta nuestros días. Laboramos en los astilleros, en los

aporte de maderas americanas y principalmente las cubanas, a partir y durante el largo periodo de la dominación española en nuestro continente, es reflejada en las innumerables cédulas, me-

Sin embargo, si nos remitimos a acontecimientos anteriores, es importante reflejar las cédulas reales expedidas a los jerónimos el 29 de diciembre de 1516 "...e bien de los dichos vecinos pudiesen armar algunos navios e carabelas o bergantines para ir a descubrir..." y "...que la dicha ysla e vecinos e tratantes en ella tiene mucha necesidad de tener e hazer navios para contratar...".³ Estas licencias inician las construcciones de barcos en el Cauto y Santiago para comerciar con La Española, Jamaica y Puerto Rico, y emprender expediciones por cuenta de los colonos. (Ortega, 1986.)

Algunas de estas primeras embarcaciones no lograron alcanzar un aforo superior a las 100 toneladas, pues existían cédulas que interferían su ejecución, como la del 12 de diciembre de 1518 "...por ende yo vos mando que dexey e consyntyays a las personas que pareciere que en esa ysla son abonadas y de quie tales personas hazer hasta en cantidad de dies navios y con tanto que no suban ni sean de 100 toneladas de porte arriba cada uno...";⁴ se apreciaba el interés de los habitantes y gobernadores de la Isla por impulsar la construcción de bajeles para llevar a efecto sus propósitos mercantilistas y expansionistas por las recién descubiertas e inexploradas tierras del Nuevo Mundo, aprovechando al mismo tiempo las bondades y ventajas de las maderas que propiciaban una mayor fortaleza y durabilidad a todas



Sustitución de tracas por el sistema de frasquia, técnica de gran antigüedad. La traca fue confeccionada con un tablón de pino del país

cortes y manufacturas de las maderas, en las carenas de reparaciones y construcciones de barcos de madera que todavía se utilizan en la pesca de plataforma y el cabotaje.¹

Esta gran sabiduría que nos transmitieran los maestros de ribera heredada por la tradición nos ha ayudado a interpretar mejor las incógnitas de la construcción naval antigua.

La importancia que tuvo para la construcción de embarcaciones

moriales y contratos que sobre esta temática se conservan.

Ejemplo de lo antes dicho fue lo expresado por el contador Pedro de Arana en su Memorial a S. M. al reiterar que "...en esta ysla ay grandes comodidades de maderas para introducir en ella su Mag. una gruesa u hordinaria fabrica de galeones y fragatas pues no la escusa por la grande necesidad de ellos tiene y por la bondad y ventajas de las maderas que son la mexores del mundo...".²

1 Bilongo, 72 años: Trabajador del varadero e hijo de un carpintero de ribera de Puerto Esperanza, Pinar del Río, recuerda que cuando niño se escoraban los barcos hasta que saliera la quilla con la "marea llena", para dar mantenimiento y después, por la otra banda, se ponía un aparejo en la cruceta del palo y se hacía firme en tierra con el ancla del barco (en la mayoría de los casos) o se clavaban estacones.

2 Archivo Nacional de Cuba (A.N.C.): Fondo Academia de la Historia: Memorial del contador Pedro de Arana a S. M. pidiendo que se construyan navios en Cuba, Leg. 85, no. 215.

3 A.N.C.: Fondo Academia de la Historia: Real Cédula a los Jerónimos sobre las licencias que pedían los vecinos para hacer navios, Leg. 29, no. 215.

4 A.N.C.: Fondo Academia de la Historia: Real Cédula concediendo licencia a los vecinos de Cuba para hacer navios, Leg. 30, no. 247.

las embarcaciones que se construían en ella. Esta Real Cédula de confirmación permitía a los vecinos y moradores de Cuba construir hasta diez navíos que no excediesen de 100 toneles de porte, pero lo más posible es que dichas limitaciones fuesen poco o nada respetadas, como solía ocurrir con la mayoría de las regias disposiciones en Cuba; mas lo cierto es que estas dos pragmáticas fueron la génesis de la más tarde pujante industria naval cubana, a cuya sombra se desarrollaron manufacturas tales como la confección de cables de majagua,⁵ y la elaboración de alquitrán y brea obtenida de la resina de los pinos que poblaban el occidente y la Isla de Pinos (esto lo pudimos comprobar en el trabajo de campo realizado donde dichas técnicas se mantienen hoy en día).⁶

A lo anterior contribuiría otro factor natural, las características de las maderas cubanas, que imprimían a estos buques una calidad muy superior a los de otra fabricación. De estas maderas se aseguraría "son las mexores del mundo" por ser más resistentes a la broma (*teredo navalis*), además de otras cualidades que harían decir a Ustáriz,⁷ dos siglos después, acerca de estas naves:

"...Si las fabricadas en Europa duran de dos quince años se conserva mas de treinta las que se

hacen allá con el cedro, roble mas duro y otras maderas de superior firmeza y resistencia, lo que es causa también de que necesiten de menos carenas y otros reparos; fuera de que en un combate tienen también el cedro la ventaja de que embebe en sí las balas sin que experimenten los efectos de los astillazos, que los navíos fabricados en Europa, y que suelen maltratar, y aun matar mucha gente."

La certeza de tales aseveraciones lo demostraría un moderno autor anglosajón, quien afirmó que los barcos de construcción cubana hechos de "madera de cedro y caoba probaron ser más fuertes y duraderos".

Partiendo de estos criterios, y otros elementos como la posición, condiciones naturales y existencia de una rica zona en sus alrededores que lo abastecían de las necesarias maderas, es que se comienzan a producir en el puerto de La Habana, a mediados del siglo XVI, diferentes clases de embarcaciones típicas de la época como fragatas, galeonzotes, etc. El *San Andrés*, buque de 350 toneladas, es el primero que aparece en el libro de registro de la Casa de Contratación de Sevilla. Fue botado en 1551 y a su propietario se le conoce con el nombre de Juan Burgos. (Ortega, 1986.)

Hacia finales de la próxima década se produciría uno de los acon-



El carpintero de ribera José Antonio Hernández señala una futura varenga

5 Cabos de majagua; se golpea el palo por la punta y se desprende la cáscara por la exposición al sol. La fibra que está dentro de la corteza es la que se utiliza en la elaboración del cabo. Entrevista a Juan González, *Monguito*, 71 años, Pinar del Río.

6 Los maderos se deben cortar en los manguantes a partir del quinto día, hasta que desaparezca la luna, son los días mejores, no son atacados por los insectos después de cortados y utilizados. En las lunas crecientes el palo contiene mucha agua. Esto se comprobó en un encino cortado en la Sierra de los Órganos y se pudo probar el agua fresca y abundante que manaba de su tronco. Entrevista a Eduardo Torres, *El Prieto*, 64 años, carpintero, Puerto Esperanza, Pinar del Río.

7 Jerónimo de Ustáriz (1670-1732), economista y político español nacido en Navarra y fallecido en Madrid. Fue miembro del Consejo de Su Majestad, de la Real Junta de Comercio y Moneda, y del Consejo de Indias. Su pensamiento ejerció fuerte influencia sobre la política económica durante el reinado de Felipe V. Preocupado por la decadencia que sufrió el reino a lo largo del siglo XVII y por las consecuencias de la Guerra de Sucesión española, retomó las inquietudes económicas de los arbitristas del siglo anterior. Su principal obra, *Teórica y práctica de comercio y marina* (1724), pese a que se basa en conceptos del mercantilismo, importó ideas procedentes de otros países (establecimiento de manufacturas reales, promoción de la marina).

tecimientos más importantes en el desarrollo naval del puerto habanero: se trata del aporte de Menéndez de Avilés, uno de los marinos que le imprimió gran actividad al astillero, quien tras concebir la idea de modificar las proporciones de las embarcaciones (relación eslora-manga), dio vida a once galeonzotes agalerados, que como dice Veitia Linaje "...es aquella armada de veinte galeones agalerados con remos, con que, desde el año 1568 dio principio a navegar el general Pedro Menéndez de Avilés, de que fabrico los ocho de Vizcaya y los doce en Cuba de la Florida...". (Veitia Linaje, 1672.)

La innovación le permitió a estas naves adquirir velocidad y ser de más fácil manejo, siendo precursoras de las fragatas de la segunda mitad del siglo XVIII y cliper norteamericanos del siglo XIX. (Pérez de la Riva, 1974)

El siglo XVII se presenta como un periodo de relativa prosperidad si bien hacia sus finales se observa una disminución en la botadura de cascos. Uno de los artífices que más se destacó fue Francisco Díaz Pimienta, además de hacerse sentir la presencia de los hermanos Veas y Alonso Ferrera.⁸

El primero se inicia en 1614. El volumen de las operaciones debió de ser considerable porque la familia de Díaz poseía un astillero e importantes propiedades en la Isla. Fabricó para la Corona dos galeones durante el bienio 1627-1628 que oscilaban entre las 500-600 toneladas y alrededor de una docena de galeones aptos para escolta y plata, que fueron de los mejores que

se emplearon en estos menesteres. (Serrano Mangas, 1989.)

Las naves construidas en La Habana por los hermanos Veas añadieron un nuevo éxito a sus astilleros, y fueron los primeros en imprimirle uniformidad a las construcciones navales fabricadas en serie. Se debió a ellos también la introducción de astilla muerta, facilitando, a la vez, la similitud de las varengas y cuadernas de los navíos, medidas universalmente empleadas con posterioridad. (Pérez de la Riva, 1974.)

El reconocimiento de las maderas cubanas para darles forma a los vasos que con el transcurso del tiempo se iban materializando en los astilleros, y a partir del siglo XVIII en el Arsenal de La Habana, partía del criterio de que estas reunían condiciones excepcionales que las hacían más resistentes a factores externos si se les comparaba con las utilizadas en la Península. Un factor muy importante que se tenía en consideración, dado su alto grado de peligrosidad, era la acción de la broma sobre la obra viva del buque, que con su constante y debilitador trabajo podía llevar al fondo a cualquiera de sus víctimas.

Maderas como el roble, jobo, ocuje, caoba, cedro, pino y otras, sustituían a las empleadas por los artífices hispanos en las distintas secciones del buque. El roble, jobo, sabcú, ocuje, etc., formaban las secciones más importantes que incluían la quilla, varengas, ligazones y macizos de proa y popa. Las maderas ligeras: cedro, pino, y en algunos casos caoba, se usaban en la obra muerta como tabazón para cu-

biertas, costados y otros elementos afines con la arboladura. Como dijera Arana en su Memorial:

"...que la tabazón toda an de llevar desde la quilla hasta primª. Çinta de roble y donde hubiere cabina o capa esta bien buena y las de popa lo mesmo, y desde la prima Çinta para arriba de Çedro toda la neçessª. Por ser madera liviana y la mejor de todas para los altos, y losa piques planes, y ligaçon a de ser toda de madera de roble, caoba y ocux, pues su grande fortaleza y bondad y ser para esto la mejory mas a propósito de todo...".⁹

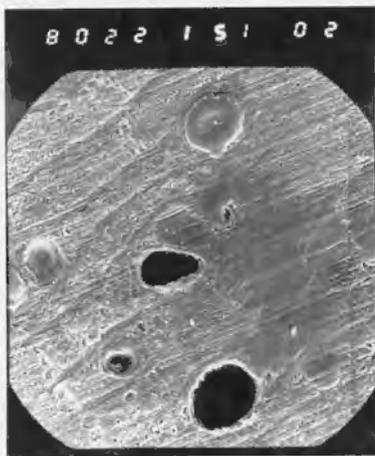
Pérez de la Riva señalaba que, aunque los árboles de Cuba no resultaban idóneos para arboladura, por ser demasiado pesados y poco flexibles, no sucedió lo mismo con la madera empleada para tablazones, cascos, cubiertas, cuadernas y ligazones, que sí dieron los resultados esperados. Algunos por su dureza ofrecían buena resistencia al impacto del tiempo, el agua y las batallas, astillando poco. (Pérez de la Riva, 1974.) El roble, el cedro y la caoba eran muy superiores a muchas maderas europeas, y sobre las bondades de la última escribía Valdés "...es buena no solo por su duración, sino por las ventajas que resulta; en los combates navales, de verse libre de los astillazos que dañan a la tripulación, aun mas que la misma balas que los ocasiona...". (Valdés, 1866.)

Sobre el empleo de otras especies de la Isla, no comunes, pero que iban a integrarse al conjunto, principalmente en lo que respecta a la ornamentación, tenemos el granadillo (*Brya ebenus*). Sus caracte-

⁸ Alonso Ferrera fabricó el *Nuestra Señora de Atocha* utilizando como maderas roble, caoba, cedro, pino y otros. (Eugene Lyon, Comunicación personal, enero de 1990, San Agustín, Florida, EUA.)

⁹ Memorial del contador Pedro de Arana: *Loc. cit.* (2).

terísticas de ser dura, poseer un grano fino, poros muy pequeños y permitir alto pulimento, lo hacían ideal para piezas destinadas a este uso. Ejemplo de ello lo podemos apreciar en los balaustres extraídos del pecio de Fuxa, Pinar del Río.



La foto muestra características anatómicas que fue necesario estudiar para identificar las especies (ver tabla Maderas autóctonas cubanas utilizadas en construcción naval como sustitutas de las ibéricas)

El dagame y el arabo formaban parte de esta amplia gama de maderas con destino a la construcción naval y en alguna medida como sustitutas de las utilizadas en Europa con el fin que se les proponía. La primera, en la artillería, y la segunda, en algunos elementos que pudieran estar vinculados con la arboladura del buque. (Pecio de Fuxa, costa norte de Pinar del Río.)

Al respecto Veitia decía que en la Junta de Guerra de Indias celebrada el 24 de septiembre de 1613 se planteaba:

"...después de las maderas de la Habana era la mas a propósito

para los encavalmentos o cureñas de la artillería el freno y el álamo negro o blanco; porque el roble sobre ser muy pesado le pudren fácilmente el agua y el sol, y que los ejes eran los mejores los que se traen de canarias y después de estos los de la Habana...". (Veitia Linaje, 1672.)

La procedencia de los troncos que abastecían la marina era diversa, abarcaba un área extensa que se extendía a La Habana, Isla de Pinos y hasta aquellas que aportaban materia prima a los astilleros del extremo oriental ubicados en Santiago de Cuba y Bayamo.

En La Habana, las zonas más explotadas fueron, entre otras, las de Aguacate, Alquizar, Bacunayagua, Batabanó, Canasí, Ceiba del Agua, Melena y Puerto Escondido. De ellas se extrajeron, por ejemplo, caoba, cedro, roble.

El pino, destinado a la arboladura, procedía de la Isla de Pinos¹⁰ y la región occidental de Cuba. Sobre los que eran naturales de la primera zona se hace referencia en carta del Gobernador de La Habana Gabriel de Montalvo a S. M.

"... en 8 de junio escribí a V. M. duplicado de otra que yo en la flota de don diego maldonado escribí y con ella una información sobre lo que toca a lo que V. M. me mandava se hiziese por una real cedula sobre el cortarse de la ysla de pinos para arboles de navios...".¹¹

La capacidad de esta especie para el uso que se le pretendía dar parece que arrojó resultados inesperados. Aunque los expertos dieron los mástiles de Isla de Pinos

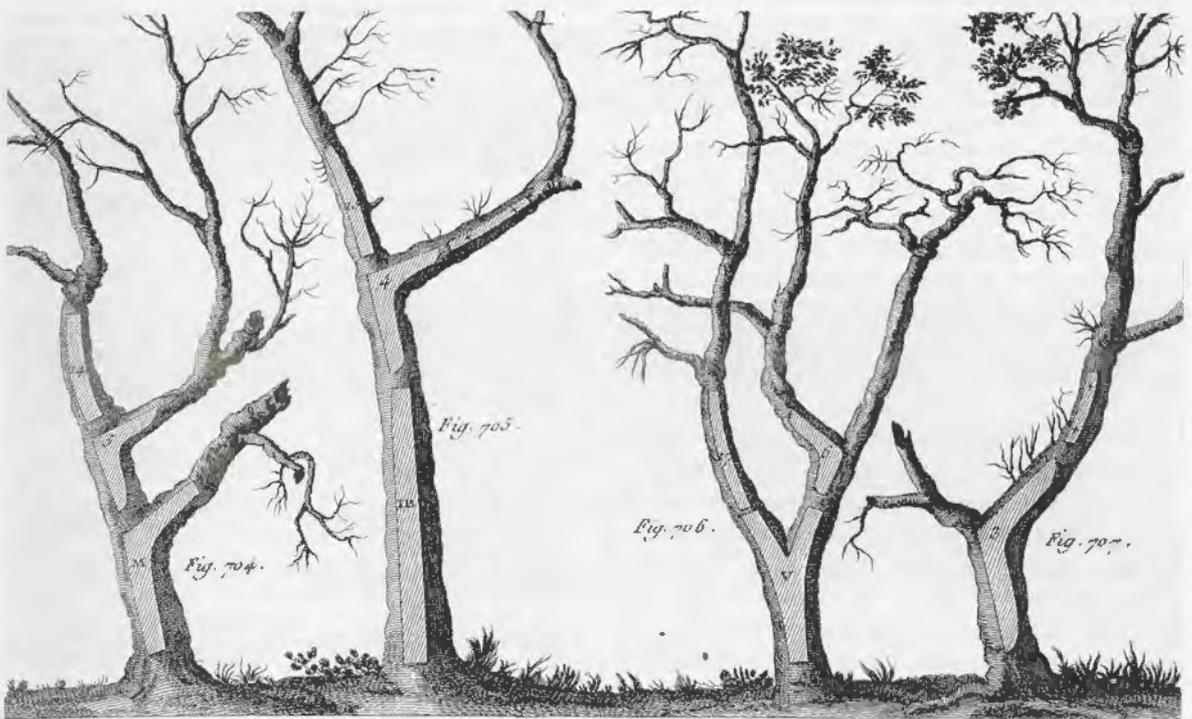
como "de asegurada esplendidez", en la práctica no cumplían con los requisitos que se exigía de ellos. Se optó entonces por probar otros cortes en Cuba, abriéndose uno en Santa Isabel, Pinar del Río, cuyos palos demostraron su poca duración como mástiles y masteleros al emplearse en los primeros navíos botados por la Real Compañía. Algunos de ellos tuvieron que arbolarse nuevamente una vez que arribaron a España. (Pérez de la Riva, 1974.) La crisis que para la terminación y calidad de los bajeles implicaba la inaptitud de los pinos cubanos obliga a las autoridades de la Isla a utilizar los de México y la Luisiana.

Es importante, además, señalar que desde los primeros momentos de la presencia española en Cuba, y debido a las grandes extensiones de los bosques, y por la calidad y variedad de las maderas cubanas, estas enriquecieron los suntuosos edificios y propiedades particulares de las clases más acomodadas del imperio español. Palacios como El Escorial, muebles de uso personal y todo aquello que reclamara o necesitara de ellas recurrían a las remesas que se exportaban de la Isla y que abarcaron prácticamente todo el periodo colonial.

El proceso de deforestación que se venía realizando y que influyó negativamente en la industria naval cubana hacia el siglo XIX, conjuntamente con otros factores, conllevó al empleo de otras maderas alternativas que supliesen la escasez de las tradicionales que, por sus caracterís-

¹⁰ La familia Jackson, emigrantes caimaneros de mediados del siglo XIX hacia el sur de Isla de Pinos —Isla de la Juventud—, reparaba sus embarcaciones con maderas autóctonas, como son: el pino en el forro y los palos, la yaba y el sabcicú en la quilla y la caoba, cedro y el roble en las cuadernas. (Henry Jackson, 65 años, descendiente de William Jackson, fundador de Jacksonville, Isla de la Juventud.)

¹¹ A.N.C.: Fondo Academia de la Historia: Carta al gobernador de La Habana D. Gabriel de Montalvo a S. M. sobre maderas de la Isla de Pinos, Leg. 81, no. 54.



Utilización de las formas naturales del árbol para las diferentes piezas constructivas (tomado de la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert)

ticas (resistencia, dureza, etc.) se comenzaron a utilizar para sustituir aquellas en piezas que requirieran de estas propiedades.

Entre las maderas cubanas que resisten bien bajo el agua sin pudrirse ni ser atacadas por la broma están: el ácana, carbonero, cerillo, guamá de costa, guayraje, yaquilla, júcaro negro o bravo, maboa blanca, majagua, mamey, manajú, mangle negro o prieto, marianita, pejojó lechoso, quiebra hacha, o caguairan, rana macho, sabina, yana y yayatí.

Otras maderas endémicas utilizadas en industrias relacionadas con la construcción naval fueron: el cuero duro para ruedas hidráulicas, chicharrón en molinos y engranajes, dagame en ejes y prensa, también el espine blanco se utilizó para ejes, el guayacán o palo santo en dientes de ruedas, ejes, tornillos, poleas y

clavijas de unión. Para ejes de máquina y carros, lengua de vaca y la levisa, y para la construcción de carros y ruedas hidráulicas, el mamey, abundante en Cuba.

Los carpinteros de ribera, por su parte, se interesaron de manera especial en las maderas aptas para construir los cascos de los navíos y arbolar los palos y mástiles. La baría blanca, la caoba, la capa rota, el dagame, el laurel prieto y la yana son algunas de ellas. Para la quilla de los barcos se empleaba la madera de yana pero no para el resto del navío, ya que la ataca el comején.

Los mástiles que no eran demasiado largos se hacían con maderas de jaquillas, reservándose para las grandes embarcaciones y las plumas

de las grúas para arbolar los navíos, un árbol de la familia de las gutíferas (árbol de Cuba, el ocuje).

La elección de la madera no sólo se realizaba de acuerdo con sus propiedades mecánicas y su resistencia al medio marino, sino que se aprovechaba la forma natural del árbol para construir las distintas piezas que conformaban el vaso.

Los maderos como la majagua y el cedro poseen mejores cualidades cuando se encuentran en la sierra, alejados del mar; la madera es más dura y posee como una arenisca que la hace más resistente porque nace en la piedra. A la hora de cortarlos es más difícil pasarlos por el cerrote.¹²

12 José Antonio Hernández, carpintero de ribera, Puerto Esperanza, Pinar del Río.

Es de esta forma que la carpintería de ribera, que nació, se desarrolló y perduró hasta nuestros días, está representada en los fieles herederos de los maestros que en un pasado les dieron forma y vida a muchos de los bajeles que surcaron los mares del mundo; son en estos momentos, artífices de un arte que permanece mediante el uso de métodos similares a aquellos y que debemos preservar para generaciones venideras, pues al igual que otros acontecimientos, forjaron y enriquecieron la historia de nuestra nación.

Agradecimientos

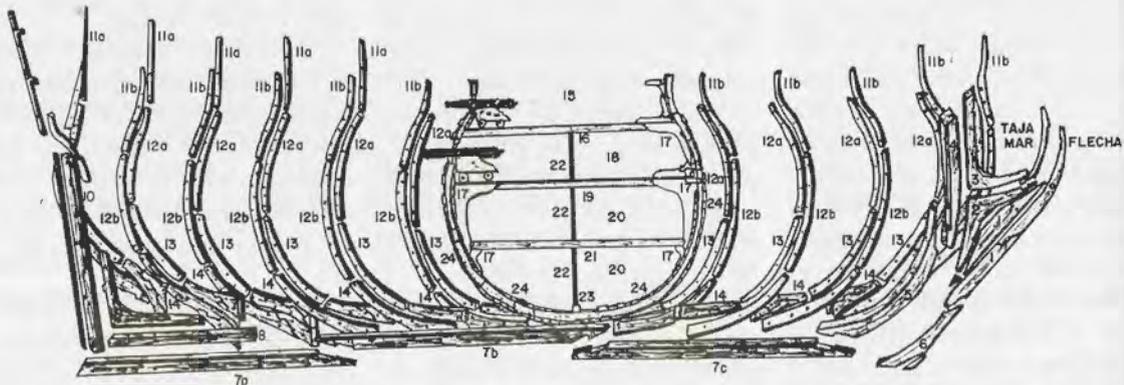
Doctora Raquel Carrera, Gabinete de Arqueología; doctor Ovidio Ortega y colegas del Departamento de Arqueología de Carisub; arqueóloga Mónica Pavia Pérez, Gabinete de Arqueología; Roger Arrazcaeta, director del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador; Personal de Mar de Carisub, Tropas Guardafronteras y Combinado Pesquero de Puerto Esperanza; Empresa Gaviota, Isla de la Juventud, y pueblos de Puerto Esperanza (Pinar del Río) y Jacksonville (Isla de la Juventud).

Maderas autóctonas cubanas utilizadas en la construcción naval como sustitutas de las ibéricas, y que han sido halladas en naufragios ocurridos en nuestras costas

Maderas	Nombre científico	Pecío
Arabo	<i>Erythroxylon</i> sp.	Fuxa, Pinar del Río
Dagame	<i>Calycophyllum</i> sp.	Fuxa, Pinar del Río
Granadillo	<i>Brya microphylla</i>	Fuxa, Pinar del Río
Jocuma Amarilla	<i>Sideroxylum</i> sp.	Lingote no. 1, Pinar del Río
Majagua	<i>Hibiscus tiliaceus</i>	Lingote no. 1, Pinar del Río
Pino	<i>Pinus tropicalis</i>	Cayo Levisa, Pinar del Río
Ocuje	<i>Calophyllum antillanum</i>	Lingote no. 1, Pinar del Río
Yana	<i>Conocarpus erecta</i>	Fuxa y Lingote no. 1, Pinar del Río

Fuente: Elaboración autor

DESPIEZO DE UN NAVIO EN SUS PARTES PRINCIPALES (QUILLA, CUADERNAS, PROA, POPA, ETC.) Manuscrito del Marqués de la Victoria.



- 1- Piezas que componen la pala del Tajamar
- 2- Madre del Tajamar
- 3- Curva capuchino
- 4- Roda de Proa
- 5- Roda
- 6- Primera pieza del Tajamar
- 7- Piezas de la Quilla
- 8- Dormido de Popa

- 9- Curva coral
- 10- Codaste
- 11- Primeros y segundos barraganetes
- 12- " " aposturas
- 13- Estamanaras
- 14- Varengas (Plan)
- 15- Segundo batería
- 16- Bao de idem

- 17- Curvatores
- 18- Primera cubierta
- 19- Bao de idem
- 20- Bodegas
- 21- Bao
- 22- Puntales
- 23- Sobrequilla
- 24- Forros

Especies de árboles maderables utilizados en la construcción naval por carpinteros de ribera de Pinar del Río, Cuba

Piezas estructurales	Especies maderables
<p>Palmejares, sobrequilla, baos, trancaniles, tapa regala, dormidos, caireles, sotacaireles, contracodaste, codaste.</p>	<p>Ocuje (<i>Calophyllum antillanum</i>): Árbol mediano o grande, abundante en toda la Isla, puede alcanzar entre 100 y 40 pulgadas de diámetro. La madera es de corazón rosado o rojo con rayas más oscuras. Es lustrosa, fina y durable, se emplea en carpintería de ribera, tirantes, traviesas, decorado y otros.</p>
<p>Rodas, forros, gambotas, varengas, genoles, ligazones, botalón, bauprés.</p>	<p>Majagua (<i>Hibiscus tiliaceus</i>): Habita en terrenos costeros húmedos, puede producir bolos de 15 a 20 pulgadas. La madera es de corazón de colores variados entre púrpura, aceituna y azul, es ligera, medianamente dura y fácil de trabajar, durable. Se emplea en muebles, decoración, carpintería de ribera y en la construcción de remos.</p> <p>Roble (<i>Tabebuia angustata</i>): Árbol pequeño a mediano de 20 a 40 pulgadas de diámetro que crece en todo terreno rápidamente. La madera es de corazón pardo pálido a gris parduzco, finamente veteada, fácil de trabajar, medianamente dura y pesada. Se emplea en muebles, decorados, puertas, marcos y en carpintería de ribera. Crece en los montes cercanos a la costa, en los aliviaderos de agua dulce, ríos y arroyos que desembocan al mar. Por ejemplo en zonas de Puerto Esperanza y El Roblar, ambos situados en la provincia de Pinar del Río.</p>
<p>Palos, vergas, pico botavara.</p>	<p>Ciprés de Pensacola (<i>Cupressus</i> sp.) Pino (<i>Pinus Tropicalis</i>): Se encuentra en Pinar del Río e Isla de Pinos, en los terrenos estériles y degradados. Madera resinosa y pesada de corazón, poco distinguible de la albura pero más resinosa y pesado que ella y más durable. Se emplea en toda clase de construcciones; tratada con creosota y otro preservativo dura muchos años en la humedad.</p>
<p>Vigotas, motones.</p>	<p>Dagame (<i>Calycophyllum candidissimum</i>): Árbol de tamaño mediano, de 40 a 50 pies de altura, de 8 a 16 pulgadas de diámetro, generalmente se encuentra en terrenos montañosos en toda la Isla. Madera de color uniforme amarillo parduzco. Se emplea en poleas, arcos de flecha, hormas, eje de carretas. Ejemplo el pecio de Fuxa donde se encontró el eje de la cureña de un cañón.</p> <p>Teca (<i>Tectona Grandis</i>): Árbol grande que a los 20 años puede tener 24 metros de altura y 29 pulgadas de diámetro. Crece en diversas clases de suelo, con buen drenaje, madera preciosa; se emplea en toda clase de construcciones navales y rurales. Aunque el corazón no es inmune al <i>Teredo navalis</i>, no altera el hierro de los clavos y tornillos por su aceite, es elástica, resistente y fácil de trabajar.</p>
<p>Varengas, genoles, ligazones.</p>	<p>Chicharrón (<i>Terminalia intermedia</i>): Madera de color pardo oscuro, muy dura, resistente y durable. Se encuentra en toda la Isla en suelo de costas rocosas y húmedas, pero no en ciénagas. Se emplea en traviesas, postes, puentes y otros.</p>
<p>Curvacoral, quilla, barraganete.</p>	<p>Yaba (<i>Andira inermis</i>): Árbol mediano a grande, tronco recto, pasa los 100 pies de altura y el diámetro entre 30 y 40 pulgadas. Crece en toda la Isla, en suelos semihúmedos y saneados. Madera de corazón pardo rojizo, fácil de trabajar, dura, pesada y resistente, con buena durabilidad natural. Se emplea en postes, traviesas y construcciones pesadas.</p> <p>Sabicú (<i>Lysiloma latisiliqua</i>): Árbol grande, no muy alto, que puede producir un tronco de 30 pulgadas o más de diámetro. Se encuentra en toda la Isla en terrenos pedregosos de costa, montañosos y en valles bien saneados. Es un árbol maderable de primera clase, exclusivamente cubano; existe en Haití y Bahamas pero no se desarrolla. Corazón lustroso, medianamente dura y pesada, resistente y durable. Se emplea entre otros en marcos, vagones, carpintería naval, construcciones y traviesas.</p>

Fuente: Elaboración autorial

Maderas utilizadas por los carpinteros de ribera entrevistados

Maderas	Nombre científico	Pieza del barco
Caoba	<i>Swietenia mahagoni</i>	Genoles y ligazones
Cedro	<i>Cedrela</i> sp.	Genoles, ligazones y tracas
Chicharrón	<i>Terminalia</i> sp.	Sobrequilla, genoles y ligazones
Dagame	<i>Calycophyllum</i> sp.	Vigotas
Jocuma	<i>Sideroxylum</i> sp.	Quilla y codaste
Júcaro	<i>Bucida buceras</i>	Quilla, curvacoral, varengas, carlingas y palmejares
Majagua	<i>Hibiscus tiliaceus</i>	Varengas, curvacoral, rodas, tracas y gambotas
Ocuje	<i>Calophyllum antillanum</i>	Quilla, sobrequilla, carlingas, codaste, curvacoral, roda, palmejares, baos, trancaniles, dormidos, cairel, sotacairel, puntales y tapas de regala
Pino	<i>Pinus tropicalis</i>	Arboladura, tracas y zapata
Roble Blanco	<i>Tabebuia</i> sp.	Varengas, genoles, ligazones, curvacoral, roda y tracas
Sabicú	<i>Lysiloma latisiliqua</i>	Quilla, codaste, contracodaste, curvacoral y palmejares
Teca	<i>Tectona grandis</i>	Motones
Yaba	<i>Andira inermis</i>	Quilla, sobrequilla, varengas, carlinga, codaste, contracodaste, curvacoral, roda y palmejares
Guayacán	<i>Guaiacum officinale</i>	Pernos y clavijas

Fuente: Elaboración autoral

BIBLIOGRAFÍA

García del Pino, César: "La construcción naval en Cuba en el siglo xvi", Informe depositado en el Departamento de Arqueología de Carisub, La Habana.

Ortega Pereira, Ovidio (1986): "La construcción naval de La Habana bajo la dominación colonial española", en *Conferencias y estudios de historia y organización de la ciencia*, Academia de Ciencias, La Habana.

——— (1998): *El Real Arsenal de La Habana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

Pérez de la Riva, Francisco (1974): "La construcción naval en Cuba, el extraordinario aporte habanero en el siglo xvi", en *Revista Mar y Pesca*, La Habana [s.o.d.].

Serrano Mangas, Fernando (1989): *Armadas y Flotas de la Plata 1620-1648*, Bancos de España, Serie del 5to. Centenario del Descubrimiento de América, Imprenta Banco de España, Madrid.

Valdés, Nicolás (1866): *Tratado sobre maderas Antillanas* [s.n.], Madrid. [En esta obra se describen 225 maderas, de ellas 123 son de Cuba.]

Veitia Linaje, Joseph de (1672): *Norte de contratación de las Indias Occidentales* [s. n.], Sevilla.

Fuentes primarias

Archivo Nacional de Cuba: Fondo Academia de la Historia.

Archivo Fotográfico de Carisub y del autor.

Estratigrafía de estructuras en pie

Por: Edward Cecil Harris

Traducción: Dania Hernández Perdices, Revisión técnica: Roger Arrazcaeta Delgado

Resumen

El examen arqueológico de las estructuras en pie, ya estén bajo el suelo o expuestas a la intemperie, se apoya en los principios de la Arqueología Estratigráfica. Como muchas estructuras en pie no pueden ser desenterradas y destruidas en el proceso excavatorio, su interpretación debe estar centrada en el estudio de la evidencia estratigráfica en su superficie. Este artículo constituye una argumentación ampliada de los métodos estratigráficos para registrar las superficies, o interfaces, por la relación de tales métodos con la estratificación horizontal y vertical. Aunque las interfaces regularmente representan más del cincuenta por ciento de la evidencia en la mayoría de los sitios antrópicos, estos elementos han sido ampliamente ignorados en la teoría estratigráfica; en las estructuras en pie, ellos representarán normalmente mucho más del cincuenta por ciento; y por tanto, la evidencia de las interfaces en esos contextos es de primera importancia.

Abstract

The archaeological study of standing structures, whether buried or exposed to the air, relies upon the principles of archaeological stratigraphy. Since many standing structures cannot be removed and would be destroyed by the process of excavation, the interpretation of such monuments relies upon the study of stratigraphic evidence on their surfaces. This paper discusses stratigraphic methods of recording surfaces, or interfaces, as related to horizontal and vertical stratification. Whilst interfaces normally represent over 50% of the evidence on those sites where human intervention is evident, such features have been largely ignored by stratigraphic theory. Amongst standing structures, they normally represent well over 50%; thus the evidence of interfaces is of first importance in those contexts.

La investigación arqueológica se basa en la ciencia de la Estratigrafía, por la cual las complejas relaciones entre los depósitos y las interfaces de estratificación son examinadas y comprendidas. Tomados fielmente de la Geología en los inicios del siglo XIX, los principios estratigráficos fueron sólo aplicables de una manera más general en la arqueología a mediados del siglo XX. El desarrollo de la excavación y el registro estratigráfico en el segundo cuarto de ese siglo llevó a la invención de la *Matrix Harris* y sus métodos asociados en 1973. Estos conceptos revolucionaron el pensamiento arqueológico y el desarrollo de la Estratigrafía Arqueológica, por lo que como una ciencia en sí misma, comenzó a partir de ese momento. Parte de esa revolución incluyó un nuevo examen de los métodos para el análisis de las estructuras en pie. (Harris, 1999.)

La Estratigrafía Arqueológica ha evolucionado a través de diversas etapas, aunque algunos arqueólogos permanecen aferrados a los métodos más tempranos y menos estratigráficos. En los siglos XVIII y XIX, los arqueólogos se entregaron por completo a la adquisición y estudio de los artefactos portátiles. Los depósitos estratigráficos más las interfaces, y las secuencias que

conformaron los patrones de cata de los sitios arqueológicos fueron considerablemente destruidos sin un registro adecuado. Con el decursar del siglo XIX, el interés se concentró en la información arquitectónica en el suelo, pero la estratificación circundante fue destruida en tanto se delinearon los muros y otros elementos estructurales. Alrededor de la década de 1960, se orientó la atención hacia las unidades comunes de la estratificación, los estratos o depósitos. A esto siguió el examen de las superficies y las interfaces dispuestas de manera horizontal, y sólo a finales del siglo XX la investigación acometida sobre la estratificación en pie pasó a un primer plano.

Cerca de la década de 1930 surgió un interés por la estratificación de los edificios en las excavaciones y en fábricas en pie sobre la superficie, pues hasta entonces sólo se tenía en cuenta una parte de la secuencia estratigráfica de un sitio o lugar. El descubrimiento de "las trincheras de robo" por Mortimer Wheeler, en la década de 1930, fue una apreciación de la forma significativa en que las edificaciones podían alterar la estratificación. Esto constituyó un reconocimiento muy temprano de la importancia de "la interfaz" en los estudios es-

tratigráficos. Durante varias décadas, el dibujo de sección de la trinchera de robo fue uno de los diagramas más reproducidos, utilizado para ilustrar los principios estratigráficos en la Arqueología; aún así, el valor de la interfaz demostrado en este no fue acatado teóricamente hasta la década de 1970. (Harris, 1989.)

Los edificios fueron entonces identificados como una de las grandes problemáticas en la Arqueología Estratigráfica por varias razones. La secuencia estratigráfica se hizo más compleja, en primer lugar, porque las trincheras de cimentación destruían con frecuencia una gran parte de la estratificación preexistente; en segundo lugar, dificultándola aún más, los muros de las edificaciones separaron la estratificación dispuesta horizontalmente en áreas discretas. En tercer lugar, los muros presentaban una dimensión vertical en la estratificación, lo cual trastocaba las nociones prevaletes y simplistas de la superposición, en la que los depósitos se suponía descansaban uno directamente encima del otro como un grupo de naipes, con los inferiores siempre como los más antiguos.

Los problemas estratigráficos de las edificaciones son inseparables del concepto de la interfaz descubierto en la geología en 1795 por James Hutton, y en la arqueología en el segundo cuarto del siglo XX por Wheeler, Kathleen Kenyon y otros. Como cuestión estratigráfica, la interfaz no se aceptó hasta que fue enérgicamente presentada en *Beginning in Archaeology* de Kenyon, en 1952. Para todas las publicaciones de la *Nueva Arqueología* de la década de 1970 y 1980, la contribución al avance del desarrollo de una

ciencia de la estratigrafía arqueológica fue menor, los modelos se convirtieron en montañas magníficas de jerga arqueológica que descansaban sobre un atolladero de evidencias mal colectadas. Esta tradición de la teoría sobre los restos sólidos parece continuar en el nuevo milenio, pues algunos arqueólogos exigen todavía la adopción de enfoques teóricos de alto nivel sin tener muy en cuenta los fundamentos estratigráficos. Estas nuevas direcciones serían plausibles si se sustentaran en las exigencias de la evidencia estratigráfica contundente que proviene de las excavaciones. En estas circunstancias, tales bloques de ideas permanecerán como montañas invertidas de teoría en precario balanceo sobre amasijos de información inadecuada, a menos que todos los arqueólogos adopten métodos estratigráficos rígidos de excavación y registro.

Cuando se estudian las estructuras sobre la superficie, es necesario retornar a los fundamentos de la estratigrafía arqueológica, ya que la estratificación en pie es uno de los dilemas principales que se confrontan. En las últimas décadas, la Arqueología ha llegado a reunir tanto los atributos bajo suelo como las estructuras sobre este que no pueden excavar a no ser sobre el papel. Existen muchos ejemplos donde sólo las partes expuestas y en pie de los edificios quedan disponibles para el estudio y no tendrá lugar excavación alguna, pese a la abundancia de información estratigráfica asequible para el registro y análisis. El estudio de la evidencia en la estratificación en pie ha sido asistido durante los últimos años por los métodos de la *Matrix Harris*. Este concepto se dis-

cute ahora al igual que las leyes de la estratigrafía arqueológica. Por sobre todas las cosas, el análisis de la estratificación en pie gira en torno al concepto de la interfaz, la cual se enuncia a través de esta discusión como un tema primordial.

La Matrix Harris y la estratificación de estructuras en pie

La *Matrix Harris* fue inventada en 1973 y en el curso de cinco años sus más importantes principios fueron perfeccionados y evaluados, el último de ellos fundamentalmente en excavaciones en Londres. El primer libro de texto dedicado a la ciencia de la estratigrafía arqueológica fue publicado en 1979, con una edición hispana en 1991. De aplicación universal, la *Matrix* y sus métodos son todavía ignorados por muchos arqueólogos, con la resultante destrucción de los datos estratigráficos sin un registro apropiado. Esto se cumple de manera particular en sitios estadounidenses y otros donde los arqueólogos, en año tan reciente como 1999, excavaban los depósitos estratificados por niveles arbitrarios, destruyendo de esta manera los elementos de la interfaz, esenciales para la comprensión estratigráfica. Algunos arqueólogos, autotitulados campeones, quienes regresarían la Arqueología a los métodos de la estratigrafía geológica, han acusado a la *Matrix* de conducir a la Arqueología por caminos errados. Sin embargo, la *Matrix* evoluciona en presencia de la ineficacia de los conceptos geológicos para contextos arqueológicos.

La *Matrix*, además, le proporcionó a la Arqueología una herramienta vital que no se encontró en la Geología porque permitió a los ar-

queólogos "ver" por vez primera las secuencias estratigráficas de sitios complejos, con muchas unidades estratigráficas discernibles. La *Matrix* cambió el paradigma de la Arqueología, de un concepto unidimensional comprendido en el dibujo wheeleriano de la sección A, a un modelo cuatridimensional que combina las tres dimensiones físicas con la del tiempo: la cuarta dimensión. En este sentido, es como "la cara de un reloj" de doce horas y el almanaque gregoriano de doce meses al año, que constituyen formas diagramáticas en las que el tiempo, que no existe en ninguna forma material, puede ser "visto". Más que ninguna otra ciencia, la Arqueología es una disciplina cronológica y la *Matrix Harris* le ha otorgado a ese carácter una fuerza revolucionaria en su habilidad para traducir la evidencia física de la estratificación en calendarios de tiempo relativo, únicos para cada sitio, pero comparables universalmente mediante los diagramas de la *Matrix*.

Un rasgo fundamental del sistema de la *Matrix* lo representa el otro gran aspecto inadvertido de la estratificación arqueológica, la interfaz entre las unidades estratigráficas físicas. El concepto de la interfaz rondó el desarrollo de la Geología hasta que Hutton lo descubrió para finales del siglo XVIII. A pesar de haber sido identificado en la Arqueología en el siglo XX, la ausencia de apreciación de su significado entorpeció la evolución de la Estratigrafía Arqueológica en la década de 1970. No hay otro concepto tan necesario para el análisis estratigráfico, en especial para las estructuras en pie; no obstante, ninguno ha sido

tan poco examinado por los filósofos de la ciencia. Esto puede atribuirse en parte al hecho de que las interfaces, o superficies, como el tiempo, no existen en forma material alguna, y pueden "observarse" únicamente cuando se registran en un diagrama, sobre todo, un dibujo de planta. Entonces las interfaces y las secuencias estratigráficas, como se ilustran en los mapas con las líneas de contorno y los diagramas de la *Matrix Harris*, comparten el mismo rasgo común de ser imperceptibles hasta que son iluminadas por los métodos arqueológicos.

Puesto que las interfaces carecen de una presencia física y no pueden ser excavadas, han sido ignoradas quizás a causa de la preferencia histórica de los arqueólogos por los objetos materiales. La obsesión por los artefactos portátiles y luego por las estructuras arquitectónicas significó que los arqueólogos se concentraran en la mitad menor de la información estratigráfica. Al restar importancia a los aspectos de la interfaz, más de la mitad de la evidencia estratigráfica ha sido relegada al olvido puesto que existen más unidades interfaciales en un sitio que materiales. Esto es notable en la periodización de los sitios, en publicaciones donde los períodos identificados son usualmente los que se relacionan con los depósitos (desuso) antes que con los períodos de la interfaz (uso), o constituyen una combinación de ambos tipos diferentes de períodos estratigráficos.

Si las interfaces no son registradas en diagramas como los dibujos de sección, no existen del todo y con su pérdida, la posibilidad de

descifrar la secuencia estratigráfica de un sitio desaparece. Esta era la verdadera esencia de la controversia que siguió a la publicación de *Archaeology from the Earth* de Wheeler en 1954, en la que el autor defendía la ejecución de unos dibujos de sección con todas las interfaces representadas. En contraposición a este se encontraban aquellos arqueólogos que no interpretaban la interfaz registrándola con líneas gruesas. Sus ilustraciones impresionistas de la estratificación imposibilitaron, luego del hecho, añadir las interfaces y por tanto compilar la secuencia estratigráfica.

El registro esencial de una interfaz es la planta topográfica, en la cual esta es mostrada por curvas de nivel. Con el paradigma sostenido en la década de 1970 en la sección arqueológica, se otorgó poco énfasis a esta área, o vista en planta de la interfaz y, por consiguiente, muchos de los datos estratigráficos en varios sitios del mundo se perdieron.

Ahora se comprende que algunas unidades estratigráficas sólo existen como interfaces y no poseen depósitos físicos, de los cuales ellas constituyen la superficie. Tales atributos se definen como únicos porque en su creación destruyeron la estratificación preexistente. Antes que adicionársele, su "superposición" es abstracta y agregan un evento puramente temporal a la secuencia estratigráfica, en contraposición con la masa física que añade el depósito del estrato o el muro. Las líneas en los dibujos de sección o las curvas de nivel en las plantas son la vía única para definir las interfaces del elemento,¹ tales como ocurre en los fosos o las trin-

1 Elemento interfacial: Unidad de estratificación resultante de la destrucción de la estratificación preexistente y no de la deposición de material. Hay dos tipos de elementos interfaciales, los verticales, definidos normalmente como una unidad estratigráfica por derecho propio, que señalan accio-

cheras de cimentación de una tapia. Sin estos registros las interfaces no existen luego del acto de excavar.

Los depósitos se han percibido de una manera combinada en el registro estratigráfico, donde a la unidad de masa y su superficie les fue otorgado el mismo número para la unidad y fueron tratados como uno y el mismo. Esta práctica es contraria a los principios estratigráficos pues asocia las unidades de desuso de la Estratigrafía con las de uso. Las de masa son unidades de desuso, mientras que las interfaces son unidades de uso. El agrupamiento de la unidad de masa y la unidad de la interfaz se ha venido realizando dentro de la periodización, donde las fases y períodos de deposición física son combinados con los períodos interfaciales del uso de un sitio. La mayor parte de los informes reflejan el fracaso de los arqueólogos en distinguir y separar estratigráficamente los dos tipos de períodos o fases encontradas en cada sitio arqueológico individual.

Pudiera argüirse que ciertos tipos de depósitos son unidades de uso, como por ejemplo una zona de arado en un terreno, o el estrato de estiércol de un terreno de labranza. Aunque es cierto que un suelo como ese puede estar en uso durante un período anterior a su formación (es decir, a su forma estratigráfica preservada) esa actividad tiene que cesar para que este se convierta en un depósito estratigráfico. Un depósito es algo creado por el desuso de material sobre el cual se forma entonces una superficie. Sin una superficie, el depósito no tiene

definición y no se encuentra estratificado y por esto carece de valor en los estudios estratigráficos. La esencia de la estratificación es que un depósito se ha estratificado dentro del desuso y una superficie que lo "cubre" (y lo define estratigráficamente) es por tanto conformada.

Ese evento deposicional y su superficie de uso se encuentran estratificados de forma absoluta cuando un nuevo "depósito" en la evolución de un sitio descansa sobre estos. Sólo cuando los materiales dejan de ser utilizados y se incorporan a la masa estratificada, se convierten en unidades de depósito en términos estratigráficos. El uso activo de un estrato puede inferirse de la evidencia material, pero el uso de la mayor parte de los depósitos es proporcionar, al estar bajo el suelo, los cimientos para una superficie que será utilizada por las personas en actividades cotidianas. Esto es una realidad de los "depósitos" para estructuras en pie que brindan el material para la superficie, el cual puede resistir durante cientos e incluso miles de años.

La interfaz, considerada como la superficie de un depósito de masa, debe separarse del depósito en los métodos de registro. Esto pudiera ser clasificado como un subconjunto del depósito, de tal forma que el aspecto de la superficie del depósito "Unidad 1" se convierta en la interfaz "Unidad 1.1". Como una unidad de interfaz suele representar un período mucho más extenso que el tiempo que tomó hacer del depósito la superficie del cual este define, la unidad interfacial puede reutilizarse en períodos más tardíos.

Por lo tanto, en la medida en que el depósito es cubierto sucesivamente por otros posteriores, las áreas restantes de la superficie deben ser enumeradas como subconjuntos de la unidad original de la superficie.

Si la unidad de la superficie/interfaz 1.1. fue en parte cubierta por tres unidades de depósito tardías, su área en lo sucesivo más pequeña puede recibir números como "Unidad 1.1.1", "Unidad 1.1.2", "Unidad 1.1.3", y así en lo adelante. La Unidad 1.1 pudo haber estado en uso durante cientos de años, y su área sobrante, la Unidad 1.1.3, durante otros más, ya que es reutilizada como superficie en períodos tardíos. En otras palabras, una parte de la superficie original, la interfaz Unidad 1.1, estuvo en uso durante seis períodos más tardíos en el sitio (tres períodos de depósito y tres períodos interfaciales).

En situaciones excavatorias, por supuesto, esta numeración se invertiría, de tal forma que el primer aspecto de una superficie sería 1.1, su extensión, 1.2 y el área total 1.3. El depósito sería la Unidad 1. Por consiguiente, cualquier número que apareciera en los registros como subconjuntos; o sea, 1.3 sería comprendido de manera automática como unidad de superficie/interfaz. Cualquier número completo, la Unidad 5, por ejemplo, sería de inmediato entendido como una unidad de depósito.

Esta numeración se correspondería más con la realidad de la estratificación. Ello sucede particularmente con las estructuras en pie, puesto que sus superficies o unidades interfaciales no sólo presentan una

nes particulares como la excavación de una fosa, y conllevan la destrucción de parte de la estratificación preexistente. Los horizontales, asociados a estratos verticales, indican el nivel en que estos muestran signos de destrucción. Edward C. Harris (1991): *Principios de Estratigrafía Arqueológica*, Editorial Crítica, S. A., Barcelona, pp. 92 y 209.

expansión horizontal en área, sino también una extensión vertical importante. Alzándonos a través de la estratificación que se acumula alrededor de estas, las superficies de las paredes son compartidas por muchos períodos sucesivos en un sitio. Tan es así que aquellas partes de una superficie original que sobreviven hasta épocas más tardías, no estarán en superposición con los depósitos que definen esas partes disminuidas de dicha superficie, sino que los limitarán. Estos deben, por tanto, ser numerados como subconjuntos de ella, con las que se encuentran en superposición abstracta. Como formas tardías de la superficie original, estas interfaces deben ser colocadas en columnas estratigráficas de una *Matrix Harris*, o una secuencia estratigráfica: diagrama, como es propio del método usual.

Un sistema como este para numerar y registrar depósitos se aplicaría, por igual, a todas las interfaces, incluyendo aquellas del elemento, como fosos que no tengan un depósito originario. La estratificación en pie contiene muchas interfaces, tanto de depósitos como de tales elementos. Otros "depósitos", como capas de pintura, son de tan poco grosor que califican como interfaces más que los depósitos de algún espesor.

La separación de las interfaces de algunos depósitos que estos definen como superficies no es una propuesta tan radical como podría interpretarse. Desde que comenzó la excavación estratigráfica y fueron identificados y catalogados los depósitos individuales con números únicos, los arqueólogos han separado superficies de depósitos de la manera en que respecti-

vamente se encuentran registrados y almacenados como información. El acto de registro es cuestión de traducir los datos de forma que un archivo del sitio pueda ser compilado y se preserve la evidencia que destruye la excavación.

Cuando la traducción de las interfaces es adecuada, son registradas parcialmente en los dibujos de sección que documentan su disposición, pero sólo en una longitudinal que atraviesa un sitio. Estas son registradas por completo al definir su área de superficie y tomar las elevaciones del sitio dentro de este, reflejadas por último en una planta de nivel. Las interfaces de estructuras en pie pueden con frecuencia estar registradas únicamente en plantas, como que las "secciones" a través del espesor de los muros pudieran no encontrarse disponibles. Las interfaces como la pintura, pueden ser tan delgadas que una sección transversal no es posible observarla a simple vista. En una situación como esta, la estratificación puede definirse bajo el microscopio y por supuesto cada unidad debe entonces ser registrada como una entidad estratigráfica.

Los depósitos, por el contrario, pueden ser alguna vez registrados en parte y esto se logra mejor en los dibujos de sección, los que a diferencia de las plantas, muestran la profundidad o el grosor del depósito. Dada su naturaleza como unidades de masa, ya sean consolidadas como las tapias, o suelos compactos que pueden excavar, los depósitos no logran nunca ser registrados en su totalidad, o encontrarse preservados por estar compuestos de cientos o miles de objetos como sucede con los componentes del suelo.

A diferencia de las interfaces, sólo los depósitos pueden ser examinados. Algunos objetos contenidos en la masa física son recuperados en su totalidad, entre estos están los tiestos de cerámica o los huesos de restos alimenticios. Del suelo pueden tomarse muestras, y una o dos bolsas guardarse para un análisis posterior. Por lo general el depósito no se pesa y por esta razón no se obtiene una medida de su masa. En consecuencia, por su naturaleza, una gran parte del depósito no se registra o traduce en datos almacenados para su posterior uso en la reconstrucción de un sitio pues esto sería, en la práctica, una tarea imposible.

En el registro, el depósito se reduce a un archivo que tiene poca relación con el aspecto original del contexto excavado. Las muestras de material, ya sean del suelo o de artefactos individuales, son colocadas en recipientes como bolsas o cajas, que no pretenden de ninguna manera reflejar la forma, masa o superficie original del depósito del cual fueron recuperadas. Tal es como los arqueólogos han separado siempre los depósitos de las interfaces en la excavación y el proceso de almacenaje de datos, aún cuando desechen la evidencia de la interfaz en ausencia de un registro adecuado.

El depósito en almacenaje simbólicamente se convierte en un contenedor que constituyó su realidad en su existencia estratigráfica. La interfaz es separada del contenedor y registrada de forma individual como una superficie, siendo esta su realidad estratigráfica. La importancia estratigráfica de esta transferencia de la información arqueológica, desde que fue inven-

tada la excavación estratigráfica ha sido desatendida. En lo que concierne a la estratigrafía en pie, los depósitos en general permanecen en almacén tal y como fueron contruidos haciendo de esta estratificación, una vez más, una categoría aparte de los estratos de suelo no consolidado.

Al dibujar las plantas de las interfaces y colocar las muestras de los depósitos dentro de los contenedores, los arqueólogos siempre han reconocido tácitamente que las interfaces eran entidades separadas de los depósitos. Los depósitos son las latas de desperdicios de la estratigrafía y todo lo que estas contenían ha sido desechado o ubicado en una condición de desuso. Las superficies en las cuales los restos que contenían el depósito estuvieron una vez en uso se encontrarán fuera de este espacio y son por definición más tempranas que la fecha del depósito en sí. La interfaz o la superficie constituida por el nuevo depósito toma vida propia y se distingue de inmediato del mismo como una entidad cronológica. Las interfaces pueden ser registradas e interpretadas como un todo en las plantas atendiendo a su límite en el área y sus contornos en cuanto a elevación. Los depósitos son destruidos y sólo registrados parcialmente en los dibujos de sección, ninguna traducción puede reflejar en su totalidad su masa física original.

Los depósitos definen las interfaces de un sitio, pero luego de la labor de excavación, son los datos de la interfaz los que definen el volumen y forma de los depósitos. Esto es así, al asumirse que las interfaces fueron registradas apropiadamente en plantas de es-

trato simple y su posición en la secuencia estratigráfica estar definida en un diagrama de la *Matrix* harrisiana. Sin estos registros de las interfaces, la secuencia estratigráfica de un sitio no puede ser compilada como han descubierto los arqueólogos que intentan reproducir los archivos de antiguas excavaciones.

Algunos arqueólogos pueden confundir una carencia de estratificación discernible con una convicción de que el método estratigráfico no es práctico ni efectivo en un sitio particular. Esto quiere decir trastrocar métodos de excavación con métodos de registro y la naturaleza de la estratificación misma. Los depósitos de algún grosor que no exhiben ninguna estratificación distinguible, o sea, una uniformidad de la superficie, se cree refuten los métodos estratigráficos y son excavados en unidades arbitrarias. Por otros métodos diversos, como la localización gráfica de la disposición de artefactos identificables, los arqueólogos procuran identificar las superficies en estos depósitos amorfos. Esto es casi una tarea irrealizable, puesto que es improbable que se encuentre alguna vez la suficiente evidencia de esta superficie como para discutir la subdivisión del depósito amorfo en unidades estratigráficas separadas.

La identificación de las unidades estratigráficas depende de la inspección visual y el aislamiento geográfico de los depósitos y las interfaces. Cuando menos, un sitio tendrá dos unidades, un depósito y una interfaz. Habiéndose identificado y registrado la superficie de un gran depósito amorfo, puede importar poco si se excava por bloques arbitrarios de un grosor dado o por un trabajo continuo con la cuchareta, quizás

en sí misma una excavación arbitraria. Es probable que dentro de un depósito se excave sólo por algún método arbitrario u otro, dependiendo de las dimensiones de la hoja de la cuchareta o de algunos otros factores.

La esencia de la excavación estratigráfica consiste en que cualquier remoción de un depósito se detiene cuando los cambios de suelo discernibles indican una nueva superficie. Si el lecho rocoso prueba ser esa diferencia, entonces el sitio puede demostrar que posee no más que tres fases: la superficie del suelo estéril, el propio depósito arqueológico y la superficie de ese depósito. Ningún volumen de estudio del interior de un depósito cambiará la secuencia estratigráfica, aunque pueda sugerirse sobre una base artefactual que el depósito se acumuló por espacio de muchos años. La estratificación se tiene en cuenta durante una excavación, no como pudiera sugerirse que sucede, luego de la labor excavatoria; efectuar esto último significa inventar una secuencia estratigráfica que asimile la evidencia que no aparece en el terreno. Hacerlo implica destruir el patrón íntegro de comprobación constituido por la secuencia estratigráfica del sitio, como se muestra en el diagrama de la *Matrix Harris*.

Esto se debe al hecho fundamental de que la secuencia estratigráfica de un sitio no refleja los cambios dentro de un depósito, sino más bien el registro de las superficies de la estratificación que pudiera estar de manera visual determinado en el momento de la excavación. La compilación de la secuencia se basa en la identificación de las interfaces, al haber muchas de ellas

que representen unidades independientes de algún depósito. Fundamentado en el análisis parcializado de ciertas tipologías artefactuales, el arqueólogo puede sólo sugerir que un depósito amorfo pudo haberse erigido durante un período de tiempo y que poseía superficies que eran observables en el suelo.

Sin embargo, no es posible obtener suficiente información para crear argumentos convincentes para estas superficies porque al concluir el día, estas no fueron observadas y registradas como interfaces en el terreno, por no existir depósitos distinguibles. Aun cuando hubieran sido identificadas más tarde, el único resultado sería la producción de superficies con las mismas características de área (o menos) que el depósito identificado dentro del cual fueron "halladas" en análisis postexcavatorios. El valor de la secuencia estratigráfica estriba en que constituye un registro imparcial del pasado: nadie se dispuso a crear la estratificación. La reorganización de superficies que encierran un sentido basado en la disposición de los artefactos es una operación artificial y parcial de poco valor para los estudios estratigráficos.

Tales superficies reconstituidas, si logran ser identificadas, no pueden alterar la secuencia estratigráfica determinada durante la excavación, porque esta práctica socavaría los cimientos estratigráficos del método arqueológico. La estratificación es, en primer lugar y ante todo, un estudio de las interfaces definidas por depósitos diferenciables y debe interpretarse sin una referencia a los artefactos en un principio. Las interfaces, no los artefactos, son los determinantes de las secuencias estratigráficas. Que esto se cum-

ple muy bien para las estructuras en pie debe ser evidente, pues se encuentran pocos artefactos en la estratificación en pie, en cambio sí aparece una gran cantidad de superficies.

La estratificación en pie constituye un problema analítico de primer orden a propósito de las interfaces, que es el motivo por el cual estos elementos han sido tan abordados. Sin la aplicación de los métodos interfaciales establecidos de la *Matrix Harris* y el uso del registro de la planta de estrato simple, la estratificación en pie sería difícil de interpretar. Como esta estratificación es tanto horizontal como vertical en extensión, no se ajusta bien a las aplicaciones estándares de las leyes de la estratigrafía arqueológica de la década de 1960 y se requirieron axiomas adicionales.

Las leyes estratigráficas y la estratificación

Los arqueólogos fundamentaron su trabajo estratigráfico iniciado en la Ley de Superposición, un teorema que se tomó de la Geología sin revisión. La esencia de esta ley es la presunción de que si un depósito descansa por debajo de otro, el depósito inferior es más temprano. Con el interés primero en los aspectos materiales de la estratificación tanto en la Geología como en la Arqueología, esta ley esencial se refirió casi siempre sólo a los depósitos. La misma supone que las interfaces eran parte y porción de los depósitos bajo ellas. Así que las características del depósito [as conservaban las interfaces de la superficie. La ley parece cumplirse en situaciones donde la deposición tiene lugar directamente

desde arriba. No es acertada en el caso de los depósitos intrusivos o interfaces que pueden encontrarse posicionadas bajo estratos que son más antiguos o más recientes. Esto es frecuente que ocurra con la estratificación en pie.

La Ley de Superposición se refiere a la disposición de la masa física de los depósitos. Por lo general sólo se aplica en circunstancias en que los mismos se apoyan uno encima del otro, sin alteración posterior alguna. Se silencia en el tema de la interfaz, en el caso de las interfaces que no tienen ningún depósito asociado, y pueden ser más tardías (no más tempranas) que los sedimentos que se encuentran por encima de estas. En esencia, la Ley de Superposición no es absoluta en sí misma pues la disposición en capas físicas superpuestas de la estratificación no es necesariamente la propia secuencia estratigráfica, sobre todo cuando aparecen las interfaces del elemento. Es por eso que las secciones que reflejan una secuencia física no constituyen siempre reflejos directos de una secuencia estratigráfica.

En la estratificación de estructuras en pie esta situación es a menudo aplicable, pues los "depósitos" más tardíos, tales como el cierre de un vano de puerta, son encontrados bajo "depósitos" más tempranos de un muro, creando confusión con el axioma sobre superposición. Debido a la necesidad de ampliar la Ley de Superposición, de manera que la secuencia estratigráfica pudiera determinarse, la Ley de la Sucesión Estratigráfica sería propuesta en 1979. (Harris, 1979.) La Ley de la Consolidación Original propuesta por Harvey sucedió a esta en 1997 y específicamente trata los proble-

mas interpretativos de la estratificación en pie. (Harvey, 1997: 11.) Su propuesta expresa que "los elementos arquitectónicos se forman con un aspecto o forma deliberada sin prestar atención a una cuenca de deposición preexistente". Según la observación de Harvey, esta ley asume que "no son los contornos de los estratos circundantes los que conforman la estructura [estratigráfica] arquitectónica, como es el caso de la estratigrafía del suelo, sino más bien las intenciones de la persona o las personas responsables de la creación de la estructura". (Harvey, 1997: 11.)

Esta ley propuesta se relaciona con la "cuenca de deposición" preexistente que un muro y otras unidades en pie adoptan estructural y geográficamente. Es en la estratigrafía antrópica en pie, el corolario de la geológica Ley de Continuidad Original, donde se hace referencia a los depósitos rocosos desprendidos que reposan en el suelo por la acción de las fuerzas de la naturaleza, especialmente la gravedad. La estratificación en pie en contextos arqueológicos, como las tapias, desafía la gravedad por la solidificación (y formación) de las unidades estratigráficas durante la construcción.

La estratificación en pie, más que cualquier otro tipo de estratificación arqueológica, demanda que las interpretaciones se apoyen en el análisis de la interfaz. La Ley de la Sucesión Estratigráfica, a diferencia de la Ley de Superposición, se establece en la observación de elementos interfaciales en la estratificación. Esta enuncia que "una unidad de estratificación arqueológica ocupa su lugar exacto en la secuencia estratigráfica de un sitio

desde su posición entre la más profunda (o más temprana) de las unidades que la cubren y la más alta (o más tardía) de todas las unidades que yacen por debajo de esta, teniendo contacto físico con ambas, y siendo redundante cualquier otra relación de superposición".

La posición en la secuencia estratigráfica es determinada entonces con la indagación de la extensión total de la interfaz, asociada con un depósito o de un depósito menos la interfaz del elemento. Este método se fundamenta en el estudio de las interfaces, que reciben un peso total como unidades estratigráficas, y si pese a esto ellas tuvieran una masa de estrechez infinitesimal. Utilizada con la Ley de Superposición y la Ley de Consolidación Original, la Ley de Sucesión Estratigráfica permite construir una *Matrix Harris* para cualquier situación estratigráfica, especialmente aquellas que se relacionan con las estructuras en pie.

Estructuras en pie y su estratificación

Una unidad estratigráfica en pie, como lo es un muro, tiene una superficie diferente de la del depósito normal del suelo. Su interfaz es más complicada y debe ser estudiada con mayor atención que la conferida a las superficies de depósitos ordinarios. Este último sólo tiene una superficie la cual define sus límites superiores. Un muro, por el contrario, puede tener una superficie que es multifacetada, con una interfaz conectada que se encuentra tanto en el interior como en el exterior de la pared y puede además atravesar el grosor de la misma en los vanos de ventanas y puertas. Una interfaz como esta puede correr en sus inicios a todo

lo largo de la casa si fue construida al mismo tiempo.

La atención a conceder a las superficies de los muros desde una perspectiva estratigráfica, más que arquitectónica, ha estado ausente durante los últimos tiempos. En muchas excavaciones los interiores de la construcción de una tapia, vistos desde arriba y expuestos a la destrucción de la parte superior de la pared, fueron registrados usualmente como la propia pared. Sin embargo, una planta como esta debe registrar sólo la unidad interfacial de destrucción, en la cual los componentes constructivos del muro son por completo irrelevantes. Las interfaces verdaderas de la pared con frecuencia quedaron sin registrar, o en el caso de que hayan sido dibujadas, la ejecución fue realizada con un énfasis arquitectónico más que estratigráfico. En dibujos arquitectónicos las interfaces y unidades estratigráficas no se identifican con regularidad.

Por lo general la interfaz original de una pared se tornará algo complicada mientras más sobreviva como un elemento en pie. A esta la cubrirán quizás muchos estratos de pintura que pueden estar sólo en superposición con una parte de la superficie original, y puede alterarse irrevocablemente con el curso del tiempo. Nuevos vanos de puertas, ventanas y fognaduras, entre otros, son adicionados como unidades estratigráficas por la destrucción de una parte de su superficie original. Esta actividad puede continuar durante cientos de años, aunque con frecuencia es ignorada como parte de la secuencia estratigráfica.

Luego del advenimiento de la *Matrix Harris*, algunos arqueólogos comenzaron a observar y registrar

las estructuras en pie como fenómenos estratigráficos. Martin Davies propuso varios métodos de análisis para estas estructuras y Simmons publicó un artículo sobre el desmembramiento estratigráfico de una casa completa, su remoción y la excavación del subsuelo, lo cual produjo en consecuencia una "matrix total del sitio". (Harris, Brown y Brown, 1993.)

Un análisis estratigráfico bien detallado de una edificación en pie fue acometido en 1995-1997 por Heather Harvey (1997). En este importante trabajo, Harvey "excavó" la estratificación en pie de King's Castle (Castillo del Rey) en Bermuda. Todas las elevaciones de la estructura edificada fueron representadas como plantas compuestas (o sea, interfaces del periodo más tardío del sitio, como aparece en 1995), que fueron divididas luego en el artículo en depósitos e interfaces. Estas unidades estratigráficas fueron numeradas y luego del análisis se las colocó en un diagrama de secuencia estratigráfica. Acerca del anterior debate, las superficies de los muros fueron consideradas como una y la misma, así que la tapia y su superficie tienen el mismo número.

Remontándonos en el tiempo, tal práctica combina las unidades estratigráficas de uso y desuso, que ahora recibirían numeración individual. Los muros tienen también superficies adicionales tardías, como la pintura, las que deben también numerarse por separado. Por ende, las secuencias de Harvey serían más complejas y elaboradas, pero en esa circunstancia es muy improbable que la secuencia estratigráfica principal se modifique, sino que más bien se incrementará con unidades adicionales por encima de las unidades primarias de la superficie.

Conclusión

El valor del estudio de Harvey es que este fue abordado desde el enfoque de la interfaz, el cual da importancia plena a las interfaces del elemento donde el muro fue cercenado parcialmente antes de ser reconstruido, o cuando se adicionan puertas y ventanas. Por último, la "secuencia de la edificación" estará vinculada al "terreno" o la "secuencia excavada", dada una secuencia estratigráfica completa para el sitio en su totalidad.

El análisis de la estratificación en pie en el contexto arqueológico es

diferente a cualquier tipo de estratificación producida por factores naturales. Es sólo por esa razón, independientemente de la extraordinaria complejidad que tiene lugar en la estratificación en pie, que los arqueólogos tienen que formular nuevos procedimientos y métodos para registrar e interpretar estos fenómenos arqueológicos. El trabajo de Davies, Simmons, Harvey y otros, que han surgido de la metodología de la *Matrix Harris*, indican el sendero futuro en los estudios estratigráficos de las estructuras en pie en contextos arqueológicos.

BIBLIOGRAFÍA

Harris, Edward C. (1979): "The Laws of Archaeological Stratigraphy", en *World Archaeology* (11) [s. n.], Inglaterra.

————— (1989): *Principles of Archaeological Stratigraphy*, Academic Press, Londres.

————— (1991): *Principios de Estratigrafía Arqueológica*, Editorial Crítica S. A., Barcelona, pp. 92 y 209.

————— (1999): "Stratygrafia struktur stojacych", en *Zbigniewa Kobylinskiego*, edit. por *Metodyka badan archeologiczno - architektonicznych*, Varsovia.

—————, M. Brown y G. Brown (1993): *Practices of Archaeological Stratigraphy*, Academic Press, Londres.

Harvey, Heather. (1997): "Structures as Stratified Remains. An 'Excavation' of the Structures of the King's Castle, Bermuda", en *Bermuda Journal of Archaeology and Maritime History* (9) [s. n.], Bermudas.

Wheeler, R. E. M. (1954): *Archaeology from the Earth*, Oxford University Press, Oxford.

La Arqueología Histórica en una perspectiva mundial

Por: Pedro Paulo A. Funari

Traducción: Lourdes S. Domínguez González

Resumen

El artículo trata sobre la Arqueología Histórica como disciplina de carácter mundial. Después de estudiar la definición del término son abordados sus principales valores, en particular aquellos que han suscitado discusiones en los últimos años. El autor resalta asimismo el carácter político y académico de la Arqueología Histórica.

Abstract

An examination of historical archaeology as an international discipline. After a detailed definition of the term, the study concentrates upon its central issues, particularly those which have arisen during recent years, and the political and historical functions of historical archaeology.

Con gran satisfacción participé en el seminario sobre la Arqueología de sitios históricos, "Reflexiones teóricas y prácticas arqueológicas en sitios históricos: tópicos para una relectura", dentro del contexto de una reunión de la Sociedad Arqueológica Brasileña (SAB), y con mayor alegría me dirijo al público cubano que lee el presente texto en español. En esta ocasión, nuestra relectura partirá de reflexiones expresadas hace algún tiempo en foros, tanto en Brasil como en el exterior, y aparecieron en el volumen coeditado por Martín Hall y Sian Jones, *Historical Archaeology, Back from the Edge*. En parte, nuestras consideraciones retoman cuestiones discutidas en el capítulo "Introducción: Arqueología dentro de la historia", escrito hace seis años por Jones y Hall, pero también incorpora aspectos que he tratado en otras publicaciones, reseñadas al final de este trabajo. Este reencuentro con parte de mi obra es portador de la experiencia compartida, no sólo con colegas, sino además de una gran cantidad de estudiosos que se hacen preguntas acerca de la Arqueología Histórica.

La arqueología de las sociedades con escritura tiene una gran tradición como disciplina, en particular en el estudio de las grandes

civilizaciones fundadas en el así llamado Occidente y que se conocen como Arqueología Clásica, Bíblica, Egipcia y Medio Oriental. Con todo, el término Arqueología Histórica de igual manera ha sido usado, en particular en América del Norte, para referirse al estudio del período histórico específico, o moderno en general en las Américas (en el sentido anglosajón, del siglo xv en adelante). Este concepto, como tal en su definición, no es usado en Europa ni en Asia, ya que se entienden por históricas diversas denominaciones arqueológicas como la Clásica y la Egipcia, para mencionar apenas dos de ellas.

La Arqueología Histórica, como un estudio de sociedades con escritura incorpora, asimismo, tanto la disciplina homónima norteamericana, como otras que tratan de las sociedades con documentos escritos. Se ha querido demostrar con esta expresión que la Arqueología es una simple servidora o auxiliar de la documentación escrita o de la Ciencia Histórica, pues la cultura material no podría complementar los informes textuales, como formadora de información o de otra forma menos disponible, y así mismo se confronta con distintas fuentes escritas. En las últimas décadas, preocupados con el análisis de las sociedades, los arqueólogos his-

tóricos tienen cada vez más focalizada su atención en los mecanismos de dominación y resistencia, en particular, en las características del capitalismo.

La Arqueología Histórica se liga de forma umbilical con las nociones de identidad, tratándose de sociedades, de una manera u otra, relacionadas con el arqueólogo. En Europa, la Arqueología está enfocada como un estudio de nuestra propia civilización, entendiéndose las grandes civilizaciones que formarían el legado occidental, que van desde las anteriores a la escritura, pero asumidas estas como históricas por ser portadoras de una narrativa de fuentes escritas, como es el caso, por ejemplo, de la Arqueología de los Celtas (Hallstadt o La Tene). En Estados Unidos, la disyuntiva de la prehistoria es una manera de estar ligada la Ar-

queología a la Historia como sociedad americana a expensas de los indígenas, tomados como "lo otro o el salvaje" contrapuesto a "la civilización", como resaltaba Thomas Patterson.

La disyuntiva entre los términos letrado e iletrado, mito e historia, primitivo y civilizado, han sido criticados de forma creciente por separar elementos discursivos interligados, como forma de evitar, por ejemplo, que sitios indígenas no sean objeto de la Arqueología Histórica aunque sean contemporáneos a aquellos europeos. Otra dicotomía criticada ha sido la que divide el mundo moderno, domina-

do por el capitalismo, de los períodos anteriores. En primer lugar porque gran parte de las estructuras mentales y materiales modernas se derivan o se mantienen, aunque de forma alterada, con caracteres de otras épocas o civilizaciones. El capitalismo moderno se fundamenta en el feudalismo, asimismo es el término contrastante de las estructuras sociales modernas que se constru-



Excavaciones arqueológicas en la Iglesia de San Francisco de Paula, La Habana Vieja, Cuba

yen a partir de contextos medievales o antiguos, tanto derivados del llamado Occidente como del Oriente. En segundo lugar, hay ligamentos genéticos entre realidades modernas y otras, sobre todo en comparaciones entre situaciones donde pueden formarse elementos posteriores para el conocimiento, tanto de la cultura material antigua, como moderna, en Oriente o en Occidente, de cualquier manera creaciones discursivas, no realidades efectivamente opuestas, como alertó Said.

En este contexto, se propugna que la Arqueología Histórica abarca el estudio del mundo moderno

dentro de todas las sociedades con escritura; sería el caso de mantenerla como una rama definida, identificando sus particularidades ante la Arqueología prehistórica y separada de esta. Aunque la Arqueología como disciplina sea la misma para períodos con o sin escritura, hay algunas especificidades de la Arqueología Histórica, en la medida que trata de sociedades que

producen documentos escritos, donde su presencia determina, en muchos aspectos, las características propias de las sociedades y la Arqueología Histórica refleja estas peculiaridades. En términos del estudio de la cultura material y su contexto, en sus aspectos más amplios se deben reconocer las diferencias metodológicas del análisis de las sociedades con escritura y con documentos, examinando los papeles históricos y

singulares que los escritos aportan a la comunicación, representando así la propia construcción discursiva de la disciplina arqueológica. La presencia de documentos caracteriza y define las sociedades en las que se utilizan diferentes sistemas de escritura.

Ahora y tal vez como lo más importante, tenemos que la Historia como narrativa escrita sobre el pasado, la *Historie* de los alemanes, o género literario histórico, así como las corrientes historiográficas, forman cuadros discursivos sobre el pasado y conforman de una u otra manera la propia definición del contexto histórico usado por el ar-

queólogo en el estudio de las sociedades. Con elementos como la Arqueología romana o colonial se asumen periodizaciones y definiciones derivadas de la tradición historiográfica y sólo en ese contexto adquieren sentido. Mas la Arqueología puede trascender los cuadros estrictos de la historiografía asentada en las fuentes escritas, cuya perspectiva de clase constituye su particular esencia, y la cultura material puede tratar de temas simplemente ausentes o ignorados por la documentación, como en el caso de las grandes mayorías, en la vida rural y en lo cotidiano.

El discurso verbal y el artefactual se entrecruzan de diferentes modos, en las sociedades históricas y por el desenvolvimiento de técnicas para tratar de tener interrelaciones permanentes, lo que es una cuestión fundamental de la disciplina arqueológica.

Entre las cuestiones contemporáneas más recurrentes en esta disciplina deben mencionarse los estudios sobre relaciones de poder, expresiones de la comunicación y la resistencia; y sobre las desigualdades de los colonizadores y colonizados, temas todos abordados en la última década. El estudio de la cultura material histórica permite, de igual modo, conocer las tensiones y las variadas situaciones sociales vivenciadas. De forma creciente, se constata una insatisfacción en los modelos normativos de cultu-

ra, cuyos presupuestos de homogeneidad social no parecen encontrar respaldo en los mismos estudios de cultura material ni en la teoría social contemporánea. Este contexto del capitalismo no consigue uniformar la cultura material y las men-

de "aculturación", pues no hay modos de vida superiores a otros, los romanos dominaban el mundo, pero no por eso los pueblos adoptaban pasivamente la cultura material romana (como tampoco todos adoptamos la cultura material de EUA).

De forma cada vez más acentuada, por tanto, ese término estudia lo propio del alegato de la disciplina y de la formación de conceptos modernos que se moldean de manera invisible, de las reflexiones posibles se multiplican los estudios sobre la invención de cuadros interpretativos con énfasis en la historia de la Arqueología, como procedimiento heurístico indispensable para la crítica



Ciudad colonial de Ouro Preto, Brasil

tes, más ciertos derivados de la noción de "aculturación" que han sido puestos en duda por la homogeneidad que esto implica. La europeización primero y más tarde la americanización del mundo, formas también de globalización, exponen un concierto normativo y homogenizador y por eso pasarán a ser vistas únicamente como un lado de la medalla, pues la diversidad social no se conforma con sus dictámenes. Por fortuna pasan a ser cuestionadas como conceptos modernos, derivados del imperialismo, aplicados a las sociedades del pasado asimiladas discursivamente del Occidente, como es el caso de la "romanización" o de la "helenización". La crítica del concepto "globalización" permite increpar los conceptos arqueológicos análogos

de las prácticas discursivas dentro del interior de la disciplina. Un ejemplo merecería ser citado, por paradigmático: la Arqueología de Mesopotamia, también conocida como Asirología, o el Oriente surgido como invención contrapuesta del Occidente, funda una Arqueología en busca de una "civilización" pasada como una cosa para griegos, romanos o al final, para modernos imperialistas. El carácter imperialista, militar, de esa Arqueología le imprime fisuras que para ser restauradas exigen una exégesis de la propia ciencia. De esa forma y por idénticos motivos las arqueologías históricas sólo adquieren pleno sentido a partir de esa línea histórica como método.

Al inicio de esta presentación, resaltaba que se trataba de colo-

car a la Arqueología Histórica en un contexto mundial y este es el último y esencial aspecto a descubrir. Por mucho tiempo, las tradiciones disciplinarias llevan al aumento de las arqueologías históricas y ese ensimismamiento en mucho contribuyó a las dificultades enfrentadas por los estudiosos, en particular en los contextos periféricos como en América Latina, pero ahora no es así. La Arqueología Bíblica, por ejemplo, un proyecto tan claramente ideológico, tan comprometido con el ideario conservador religioso, se mantiene como un campo científico, en gran parte, debido a su aislamiento del resto de la Ar-

queología. En los últimos años, casi todos los contactos entre los estudiosos de diferentes países y horizontes culturales mostraron la importancia del diálogo como una ciencia mundial, con otros puntos de vista y diversidades. Una Arqueología mundial significa una variedad de especificidades sujetas a confrontación. La introducción de agentes sociales, como las mujeres o los grupos étnicos y sociales de diferentes ideologías, lleva a la heterogeneidad que está bien presente y conduce a buscar a esa misma diversidad del pasado. En última instancia, el mayor y mejor mensaje de las investigaciones en

término mundial, sea tal vez que la Arqueología Histórica es pues pluralidad y consecuente convivencia de variedades, por eso la diversidad constituirá un aspecto central de la disciplina, en un mundo también caracterizado por las diferencias.

Agradecimientos

A Lourdes Domínguez por la traducción del texto y por la cooperación científica durante su estancia en Brasil, como investigadora invitada por la Fundación de Amparo a Pesquisas del Estado de São Paulo (FAPESP), en los meses de agosto y septiembre de 2002.

BIBLIOGRAFÍA

Funari, Pedro Paulo (1993): "Memoria Histórica e Cultura material", en *Revista Brasileira de Historia*, nos. 13, 25, 26, sep. 92 / ago. 93, Brasil.

——— (1994): "La cultura material y la Arqueología en el estudio de la cultura africana en las Américas", en revista *América Negra*, no. 8, Bogotá.

——— (1994): "South American Historical Archaeology", en revista *Historical Archaeology in Latin America*, no. 3, South Carolina, EUA.

——— (1996): "A cultura material de Palmares: o estudo das relações sociais de um quilombo pela Arqueologia", en revista *Ideas*, no. 27, Fundação para o Desenvolvimento da Educação (FDE), São Paulo, Brasil.

——— (1996): "Historical Archaeology in Brazil, Uruguay and Argentina", en *World Archaeological Bulletin*, no. 7, Londres.

——— (1997): "El mito bandeirante: élite brasileña, cultura material e identidad", en *Boletín de Antropología Americana*, no. 24, México.

——— (1998): *Cultura Material e Arqueología Histórica*, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Coleção Ideias, no. 1, Campinas, Brasil.

——— (1999): *Historical Archaeology, Back from the Edge*, Martin Hall y Sian Jones editores, Routledge, Londres.

——— (2000): "Archaeology, Education and Brazilian identity", en revista *Antiquity*, no. 74, Londres.

No. 4, AÑO 4, 2005

Investigando la vida del esclavo en el Cafetal del Padre

Por: Theresa Ann Singleton

Traducción: Lisette Roura Álvarez

Corrección técnica: Roger Arrazcaeta Delgado y Raúl Mesa Morales

Resumen

Este artículo se propone exponer los resultados de cinco campañas arqueológicas en el Cafetal del Padre, cuyo nombre original fue Santa Ana de Viajacas, ubicado en el municipio habanero de Madruga.

Mediante el estudio de los documentos y las evidencias arqueológicas, establezco un acercamiento, fundamentalmente, a la vida de los esclavos de esta plantación cafetalera, quienes encontraron las vías para suplir las exiguas raciones alimenticias. También a través de las actividades recreativas y religiosas crearon un mundo que les permitía alejarse de la opresión diaria de la esclavitud, al participar en la economía interna como productores y consumidores de acuerdo con sus posibilidades.

Treinta bohíos de guano y cortados contenidos dentro un cuadro de mampostería como tres o mas varas de alto.

(Inventario del cafetal Santa Ana de Viajacas, 1838, Archivo Nacional de Cuba)

Introducción

En el año 1999 se iniciaron las investigaciones arqueológicas en el Cafetal del Padre, como parte de un proyecto de colaboración entre el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y Theresa Ann Singleton, profesora de la Universidad de Siracusa, New York. Este cafetal fue escogido para su estudio arqueológico, fundamentalmente, por existir la presencia de un muro de mampostería de 3.35m de alto que rodea al pequeño poblado donde residían los esclavos. Cercar las viviendas de los esclavos de esta forma es sin dudas inusual. Además, en la literatura secundaria cubana sobre la esclavitud o en otras sociedades esclavistas americanas no se encuentran referencias a muros semejantes con esa utilización. Este muro cerca saca a la luz interrogantes relacionadas con el carácter de la esclavitud cubana, particularmente sobre los métodos usados en el manejo y vigilancia de los esclavos. Sin embargo, el objetivo primario de este estudio hace menos énfasis en los motivos por los cuales los propietarios de esclavos adoptaron este tipo de modelo, similar a una prisión, y sí destaca cómo respondieron los esclavos ante estas condiciones. A pesar del poder que los propietarios de esclavos ejercían sobre los negros, éstos lucharon por controlar al menos una parte de sus propias vidas. La Arqueología está particularmente equipada para revelar los aspectos materiales de la cotidianidad esclava y nos permite penetrar en la vida diaria de estos hombres y mujeres, incluyendo la manera de adecuar sus espacios domésticos, los alimentos y productos que elaboraban para el consumo y para la venta, además de sus prácticas religiosas y recreativas. Este breve artículo es un extracto del trabajo que se realiza en estos momentos en el Cafetal del Padre.

Abstract

The purpose of this paper is to put forward the results of five archaeological campaigns undertaken at Cafetal del Padre, originally named Santa Ana de Viajacas, located in the municipality of Madruga, Havana province. Through the study of documentary sources and archaeological evidences I particularly approach the lives of slaves in this coffee plantation. These slave men and women found ways to supplement their meager food rations and by means of recreational activities and religious practices they created a world removed from the daily oppression of enslavement; participating in the internal economy as both, producers and consumers according to their possibilities.

Reseña histórica

El Cafetal del Padre (o El Padre) se localiza actualmente en la provincia La Habana, aproximadamente a 75 km al sudeste de la Ciudad de La Habana, a unos 11 km del pueblo de Madruga. Cuando este cafetal se encontraba funcionando como plantación cafetalera, se le conocía como Santa Ana de Viajacas. Hasta el momento, no está aún definido quién fue el primero que estableció esta plantación pero durante el proceso de investigación histórica llevado a cabo surgieron dos versiones diferentes sobre el tema. La tradición local sugiere que los primeros dueños fueron franceses expatriados, quienes establecieron la granja de café en el siglo XVIII (Álvarez Estévez 2001: 59-60; Carlos Suárez Sardiñas 2000, com. pers.). A los refugiados franceses que huyeron de la revolución haitiana se les considera como la fuerza motriz del desarrollo de la economía cafetalera cubana (Pérez de la Riva 1944: 27-28). Antes de la llegada de los franceses a Cuba, el cultivo del café era fundamentalmente experimental. Los defensores de la hipótesis de que la propiedad del cafetal estaba en manos francesas esgrimen el argumento de la planta en forma de H de la casa grande, una característica de las casas coloniales cubanas inspiradas en los modelos franceses, explicación adicional usada para sostener la referida hipótesis (Álvarez Estévez 2001: 60). Sin embargo, estos inmigrantes no fueron los únicos hacendados del café, durante el período formativo de la economía cafetalera en Cuba, pues también los criollos, entusiasmados con la idea de tomar ventaja con el nuevo producto dedicado a la exportación, establecieron este tipo de plantación. El hecho de que los primeros dueños del cafetal fueron cubanos se sugiere en un mapa trazado en 1866, basado en uno anterior en el que se indicaban las propiedades existentes en 1796, fecha en que se creó el partido de Madruga. Se puede observar en este plano que el Cafetal del Padre no existía aún en 1796: en su lugar el terreno aparece con el nombre de Potrero las Sierras de O' Farrill (ANC 1866). La fecha exacta en que se establece definitivamente el cafetal es todavía incierta, aunque otros documentos indican que el tamaño de la parcela de tierra era aproximadamente de 30 caballerías. Dieciséis de ellas continuaron usándose como potreros, por lo que se refieren al lugar como cafetal-potrero o potrero Viajacas, y el terreno restante devino cafetal Santa Ana de Viajacas (ANC 1829).

En la década de 1820, este cafetal ya se encontraba bien establecido. En 1822, Ignacio O' Farrill y Herrera, sacerdote católico y séptimo hijo de Juan José O' Farrill y Luisa Herrera, era el legítimo dueño de la plantación (ANC 1822). En esa época, la propiedad tenía una dotación de 102 esclavos y estaban cultivadas 6 caballerías de tierra. Desafortunadamente, muy poco sabemos sobre las operaciones diarias del cafetal, pues no han aparecido ninguno de los registros personales llevados por Ignacio O' Farrill. La mayoría de los datos obtenidos provienen de expedientes notariales y testamentarios de cuando ya la plantación estaba en irremediable decadencia.

En 1829, Ignacio O' Farrill comenzó a hipotecar algunas de sus propiedades con la finalidad de abonar una deuda de 60 000 pesos, contraída tras usar ese dinero en el desarrollo de dos plantaciones azucareras: La Concordia, localizada en el vecino partido de Tapaste, y San Juan de Nepomuceno, ubicada en el partido de Madruga, como su cafetal (ANC 1829). Sin dudas, tuvo bastantes dificultades para devolver este préstamo, y tras su muerte, en 1838, había acumulado una considerable deuda. Como resultado de las indagaciones sobre su estado financiero, se realizaron dos inventarios a sus propiedades, uno en 1838, después de su muerte, y el otro en 1841. Éstos nos



Copia de un plano de la región de Madruga (original de 1789), donde se sitúan los terrenos que ocuparía el Cafetal del Padre

ARQUEOLOGÍA

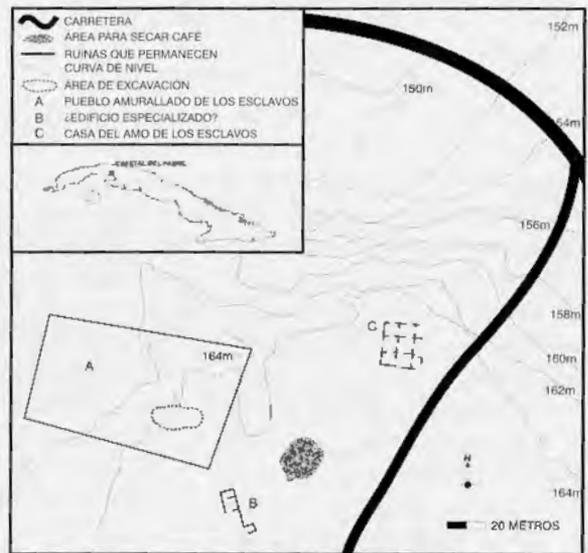
brindan la mayor cantidad de datos hallados sobre las operaciones del cafetal, que incluyen descripciones de la dotación de esclavos, cantidad y tipo de edificaciones, cantidad de plantas de café, otros cultivos, árboles frutales y animales, descripción de los muebles y de otros objetos domésticos dejados en la casa vivienda.

Después de la muerte del sacerdote, la plantación cafetalera continuó su producción pero a escala reducida y con un cuarto de la cantidad de esclavos utilizados antes de la muerte de Ignacio O'Farrill. En 1844, un huracán destruyó el sembrado de café existente y la comunidad esclava, que permanecía aún en el sitio, fue reubicada en el ingenio San Juan de Nepomuceno, adonde se habían trasladado anteriormente 40 esclavos del cafetal (ANC 1838). Desde 1844 hasta 1853, la Real Hacienda de Cuba tomó las riendas de la administración del cafetal, hasta que las deudas y los impuestos fueran resarcidos. Posteriormente, las plantaciones azucareras fueron vendidas y el sembrado de cafetos nunca fue restablecido en Santa Ana de Viajacas, por lo que dejó de existir con el paso del tiempo y se dividieron y subdividieron sus tierras para ser convertidas en *sitios* (ANC 1862).

Investigaciones arqueológicas

Las ruinas de tres estructuras construidas de mampostería han podido ser localizadas hoy en día dentro del sitio en estudio. Éstas incluyen la casa grande, un muro cerca de planta trapezoidal (el lado más largo es de 104 m y el más ancho de 71,5 m), el cual tiene 3,35 m de alto y rodea el sitio donde se encontraba la aldea de los esclavos; además, un edificio para labores especializadas cuya función es hasta el momento desconocida, designada por nosotros como almacén, tentativamente. Distintos cortes arqueológicos de prueba fueron llevados a cabo alrededor de estas ruinas, pero hasta ahora las excavaciones más sistemáticas realizadas dentro de la aldea de esclavos constituyen el foco primario de nuestra investigación. El inventario de esta plantación (ANC 1838; ANC 1841) confirma que el área ubicada dentro del muro cerca corresponde con la localización de la aldea l de esclavos, la cual contenía de unos 30 a

45 bohíos¹. Estos constituían las viviendas de los esclavos y estaban construidos de guano y embarrado, mientras que los materiales usados para las otras construcciones, como son la cocina del capataz y la jaula de los pollos, fueron hechos con madera para las paredes y guano de palma para los techos (ANC 1841). Independientemente de que en las excavaciones no se halló ningún resto arqueológico probatorio de la utilización de barro o embarrado, como ha sido el caso de otras excavaciones en sitios donde los esclavos moraban en viviendas levantadas con muros de arcilla (Armstrong 1999 y Wheaton y Garrow 1985), la poca cantidad de clavos recuperados sugiere que la madera no fue el material usado por excelencia para construir las paredes de los bohíos en el sitio.



Levantamiento topográfico actual del Cafetal del Padre

Las excavaciones en la aldea de los esclavos del Padre fueron conducidas inicialmente para examinar las condiciones de vida de éstos en sus habitaciones, y cómo trasformaron los espacios para satisfacer sus necesidades. Un segundo objetivo fue evaluar el nivel de participación de la comunidad de esclavos del Padre en actividades económicas independientes de su

¹ Los inventarios realizados en 1838 y 1841 apuntan que la villa de los esclavos estaba constituida por bohíos dentro de un recinto de mampostería. La cantidad total de bohíos varía en estos documentos de 45 a 28. La inconsistencia en el número existente de casas de esclavos puede ser el resultado de que muchas de éstas pudieron no estar ocupadas; específicamente después de 1839 había solamente 20 esclavos viviendo en la plantación.

propio interés. ¿Produjeron alimentos o artículos artesanales para su consumo o para el intercambio? ¿Qué tipo de objetos adquirirían? ¿Con quiénes realizaban los intercambios? Estudiosos en el tema de la esclavitud se refieren a estas actividades económicas como internas, informales, o economía esclava (en este punto, uso el término economía esclava informal). El objetivo final de esta investigación es analizar el significado simbólico del uso de objetos siempre que sea posible. Por ejemplo, algunos objetos, además de sus propósitos funcionales, también pudieron usarse en actividades religiosas.

Antes de empezar las excavaciones a gran escala, fue necesario un estudio minucioso con el propósito de comprobar la integridad del sitio. Donde estaba la aldea de los esclavos, obviamente se estuvo cultivando por mucho tiempo después de su abandono; por lo tanto, necesitábamos saber si existía o no alguna evidencia no alterada de las casas de los esclavos u otras estructuras y depósitos que pudiéramos localizar e identificar. Mientras el sitio se limpiaba de su densa vegetación para pruebas bajo la superficie, el equipo de arqueólogos identificó una pequeña huella de poste abierta en la roca caliza que aflora en el sitio. Este elemento era un fuerte indicador de que los vestigios arqueológicos de los bohíos de los esclavos aún se preservaban en el Cafetal del Padre. Más tarde, en la primera campaña de campo, encontramos 18 de estas huellas, las que variaban de diámetro en relación con el poste colocado inicialmente, formando entre ellas un rectángulo de aproximadamente 5 x 7 m. En temporadas arqueológicas posteriores, se descubrieron numerosas huellas de postes, 93 hasta la fecha, pero ha sido extremadamente difícil determinar el tamaño, forma y orientación de cada una de las estructuras, o definir cuándo empieza y termina cada una de ellas. A pesar de este problema, hemos logrado identificar, al menos, tres o cuatro estructuras, de acuerdo con la disposición de algunos de los hoyos identificados hasta ahora.

En concordancia con nuestros intereses, es primordial recuperar los artefactos en el estudio de la aldea de los esclavos, pues indicarán la clase de objetos que el pueblo esclavo produjo, adquirió y usó. Este tema se torna a veces difícil de indagar en las fuentes escritas, pues a menudo los artefactos se adquirirían a través de redes de intercambio informal. Hasta ahora, los hallazgos arqueológicos nos permiten ver a los esclavos como productores y consumidores

dentro de la economía esclava informal del siglo XIX en Cuba. Los artefactos también constituyen indicadores temporales sobre la fecha de ocupación del sitio; la mayoría de las piezas datan del período de 1800 a 1860, rango de tiempo dentro del cual se sitúa la época de producción del cafetal.

La interpretación de la esclavitud en el Cafetal del Padre

Un inventario hecho tras la muerte de Ignacio O' Farrill indica la existencia de un total de 77 esclavos viviendo en la plantación, en el que se incluyen mujeres y niños. De acuerdo con la información ofrecida por el administrador del cafetal, la dotación, antes de realizar el inventario, era de 81 esclavos, pero 4 de estos huyeron después de muerto el dueño de la plantación (ANC 1838); 53 del total eran hombres y 24 mujeres. La proporción sexo en esta población (2:1), dos hombres por cada mujer, es comparable con la encontrada en otras plantaciones cafetaleras estudiadas en la provincia de Matanzas (González Fernández 1991:171). Este desbalance entre los sexos favorece la parte masculina sobre la femenina y puede ser aún más evidente en plantaciones azucareras, conociéndose dotaciones en las que aparecen solamente hombres (Moreno Fraguas 1978: 39 y Parquette 1988: 60). Sólo 5 niños aparecen en los listados (dos niños y tres niñas), todos menores de cinco años de edad. El pequeño número de niños es consistente con los índices analizados, lo cual demuestra que la población esclava cubana no se incrementaba mediante la reproducción natural y, por consiguiente, se llevaba a cabo la importación de africanos para sustentar las poblaciones de esclavos (Bergad *et. al.* 1995: 36).

El término nación nos define la afiliación étnica o cultural de los esclavos, ya sean hombres o mujeres nacidos en África. Estos calificativos étnicos fueron el resultado de la trata de esclavos que apenas se corresponde con los grupos etnolingüísticos de África. Los comerciantes de esclavos a menudo creaban estas denominaciones de procedencia, basándose en los nombres de los puntos donde las víctimas eran embarcadas hacia su viaje trasatlántico. Por ejemplo, «Minas» se refiere a Elmina, puesto de comercio, propiedad, primeramente de los portugueses y luego de los holandeses, situado en la Costa de Oro y hoy día perteneciente al territorio de Ghana. De manera

similar, «Ararás» se refiere a los africanos tomados del reino de Andrah o Allada, en la Costa de los Esclavos, actualmente República de Benin. Aunque muchas de estas designaciones, a menudo tienen muy poco o ningún significado histórico en África, se convirtieron en la forma en que muchos africanos se definieron en las Américas y cómo los europeos los diferenciaban. Los africanos se agruparon entonces en organizaciones de ayuda mutua y religiosa, basadas en estas similitudes étnicas, a lo largo de toda la América Latina (Singleton 2001a: 184, n.3). En Cuba, estas organizaciones fueron conocidas como cabildos de nación, y en el siglo XIX se reconocieron un centenar de ellos y más de veinte conservaban su identidad cultural en el siglo XX (Ortiz 1921). Los cabildos fueron, primeramente, instituciones afrocubanas de base urbana; sus influencias sobre los esclavos cubanos que vivían en las plantaciones aún están por definir. No obstante, estas naciones o cabildos desempeñaron un papel significativo dentro de las prácticas rituales y otras actividades religiosas en las plantaciones, como es el caso de los funerales (Barcia Paz 1998: 26-28).

La comunidad de esclavos del Cafetal del Padre estaba integrada por hombres y mujeres de las siguientes naciones: 16 Carabalís (Igbo e Itibo-parlantes del sudeste de Nigeria), 17 Congos (Kí Kongo-parlantes procedentes de Angola y la República Democrática del Congo), 12 Gangás (pueblo Mande-parlante del Alto de Senegal), 12 Lucumíes (Yoruba-parlantes provenientes del sudoeste de Nigeria), 5 Maenas (posiblemente Mande-parlantes del área de Senegambia), 4 Minas (pueblos Akan-Ewe del sur de Ghana y Togo), y 11 *criollos* (nacidos en Cuba)². La distribución de estas *naciones* indica que ninguna de ellas se encontraba en ventaja numérica en relación con la otra, situación resultante, quizás, del deliberado esfuerzo de evitar que uno de los grupos se impusiera a otro y organizara insurrecciones de bases étnicas.

Economía esclava informal

Las excavaciones en la aldea de esclavos en el Cafetal del Padre nos ilustran las vías utilizadas por

los esclavos para participar en actividades económicas independientes. Éstas incluían, tanto la producción de comidas para su consumo como para la venta; cría de animales u otras producciones de artículos más finos (por ejemplo, cestería, mueblería rústica o cerámica); comercialización de sus productos, consumo y ahorro de lo obtenido mediante dichas actividades (Berlin y Morgan 1991:1). En muchas de las islas británicas, los esclavos negociaban sus productos los domingos a través de mercados institucionalizados. Sin embargo, las facilidades para vender y comprar mercancías estaban muy restringidas para los esclavos cubanos, en comparación con otras islas caribeñas. Los productos agrícolas tenían un mercado limitado y con frecuencia eran vendidos en la misma plantación (Scott 1985: 149-150). De igual manera, la fuente de adquisición de muchos de los artículos utilizados por los trabajadores podían ser tiendas establecidas dentro de la misma plantación, las que tenían el propósito de abastecer de bienes a la comunidad de esclavos. Estas tiendas están documentadas en los grandes ingenios de la segunda mitad del siglo XIX (Scott 1985: 194). La existencia de establecimientos similares en las plantaciones cafetaleras de la primera mitad del siglo XIX no se conoce, y ninguno de ellos ha sido mencionado en los inventarios pertenecientes al Cafetal del Padre. El Reverendo Abiel Abbot describe uno similar en el Cafetal Angerona, en 1828:

Él [el dueño del cafetal] aprovisiona una tienda en el apartamento situado en el edificio que está cerca del molino, con todo lo que ellos deseen comprar y les sea conveniente; ropa barata y llamativa, vestuarios festivos y cálidos, loza; cuentas, cruces, guano, o Palma Americana con la que ellos se hacen buenos sombreros, pequeños pots para cocinar, etc. Le pone a todo precios bajos, y a ningún vendedor le está permitido enseñar sus mercancías en su finca (Abbott 1829:141).

Aunque esta tienda de plantación puede haber sido exclusiva de Angerona, la descripción de Abbott nos ofrece indicios valiosísimos para la comprensión de

² Para determinar la correspondencia de los grupos etno-lingüísticos con estas naciones, he consultado a Ortiz (1988 [1916]) y Gómez (1998). La nación Maena no pudo ser encontrada en ésta u otras fuentes, y es posible que pueda ser una variación lingüística de Maní, nación frecuentemente encontrada en las listas de los esclavos cubanos.

la economía informal del esclavo de Cuba en muchas maneras: primero, se describe qué clase de objetos pudieron comprar los esclavos cubanos en las plantaciones; segundo, nos indica que los vendedores ambulantes fueron otra fuente, quizás la primaria, mediante la cual los esclavos podían acceder a diversos bienes; tercero, denota la influencia de los dueños de las plantaciones sobre los artículos que éstos ponían a disposición de los esclavos. Por lo tanto, las posibilidades de compra ofrecidas a los esclavos cubanos fueron, probablemente, más limitadas en las plantaciones cubanas que en otras sociedades esclavistas.

Independientemente de la utilidad de la descripción de Abbott sobre los objetos que podían adquirir los esclavos, ésta sólo nos detalla un tipo de economía de intercambio: la tienda de plantación en la economía esclava informal cubana. Presumiblemente, hubo una gama de intercambios económicos que incluían la compra a los vendedores ambulantes en las tiendas rurales, en las tabernas, y el intercambio con otros esclavos. Los objetos disponibles en la tienda de una plantación debían ser aprobados por el dueño. No obstante, en la investigación arqueológica en la aldea de esclavos del Cafetal del Padre aparecieron restos de productos no autorizados por el propietario para comerciar, como por ejemplo, bebidas alcohólicas. De acuerdo con Laird Bergad, las autoridades de la provincia de Matanzas se quejaban constantemente de la compra ilegal de licor por parte de los esclavos (1990: 238).

Las pipas para tabaco también aparecen con gran frecuencia en El Padre, y al igual que las bebidas alcohólicas, éstas probablemente no se suministraban a los esclavos. Todas las cazoletas de pipas fueron hechas en moldes y presumiblemente se confeccionaron grandes cantidades de ellas con destino al comercio ultramarino. Muchas de las encontradas son muy similares a las fabricadas en la actual comunidad autónoma de Cataluña, España (Arrazaeta Delgado 1987). En sitios de cimarronaje han aparecido pipas fabricadas localmente e importadas. Se cree que

las últimas fueron compradas en las tiendas rurales cuando éstos aún eran esclavos (La Rosa y Pérez Padrón 1994: 128).

Muchos de los objetos rescatados dentro del recinto amurallado donde habitaron los esclavos son notoriamente similares, y en muchos casos idénticos a los artefactos encontrados en los sitios de esclavos en los Estados Unidos y el Caribe, como es el caso de las vajillas inglesas y cuentas azules de cristal de Bohemia (actualmente República Checa). Las diferencias más significativas se aprecian en las colecciones de cerámica. Todas las cerámicas ordinarias son de origen español o hispanoamericano. Éstas incluyen a mayólicas como la Triana Azul sobre Blanco y la Triana Polícroma, procedentes de España, y la Aucilla Polícroma de México; las cerámicas ordinarias como El Morro fueron probablemente importadas o confeccionadas en Cuba, y finalmente la alfarería con engobe rojo fue hecha en México y América Central.

Se identificaron dos fragmentos de una cerámica hecha a mano, comparables a la *colonoware* (Ferguson 1992) o a la afrocaribeña (Armstrong 1999 y Peterson *et al.* 1999). Esta cerámica de transculturación o de tradición aborígen en Cuba, ha sido hallada en numerosos sitios del período colonial con una cronología que va desde el



Pipa confeccionada en cerámica ordinaria, de factura local



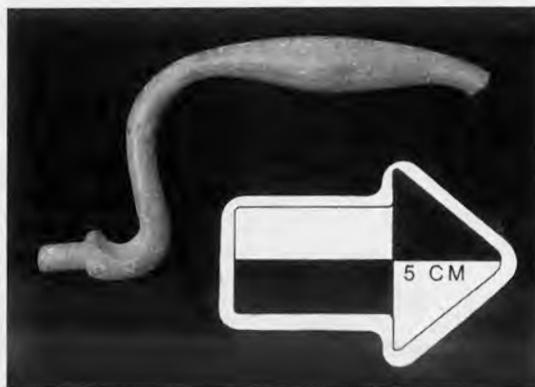
Cuentas de vidrio



Fragmento de contenedor de Loza Fina inglesa, decorada en estilo Moca lineal



Botón de bronce



Tirador estilo Chipendale

siglo XVI hasta el XIX. Sin embargo, esta cerámica se ha asociado fundamentalmente con los pueblos amerindios o con los descendientes de la mezcla entre las culturas indias y negras. En una fecha tan tardía como la década de 1830, un español que visitaba la isla señaló que una familia de alfareros vivía en Guanabacoa—municipio de Ciudad de La Habana— y a sí mismos se identificaban como indios que producían cazuelas para cocinar, jarras y cuencos de cerámica ordinaria (Andueza 1841: 159). Los dos fragmentos recuperados en el Cafetal del Padre pertenecen a una vasija larga y globular conocida como pote, usada para preparar comidas de cocción lenta (Domínguez 2002, com. pers.), muy similar a la *colonoware* utilizada con el mismo fin en el sur de los Estados Unidos. Los fragmentos se encontraban muy calcinados, indicándonos que esta vasija fue bastante usada.

No es posible tener certeza acerca de la producción de cerámica por parte de los esclavos, pues solamente se encontraron dos fragmentos. Es más sensato pensar que los esclavos que utilizaron esta vasija la adquirieron mediante el cambio. Hacer cerámica fue, quizás, innecesario para los esclavos de este cafetal o de otras plantaciones cubanas porque tenían a su disposición una cantidad apreciable de cerámicas utilitarias y vasijas de hierro para cocinar. Sin embargo, la ausencia de fabricación de alfarería también puede hablar sobre la demografía de los esclavos en Cuba y las diferencias numéricas entre los sexos en esta plantación. La producción de las cerámicas afrocaribeñas generalmente se ha atribuido a las mujeres. Como ya mencionamos, el comercio de esclavos en

Cuba se inclinaba considerablemente hacia la importación de hombres (Bergad *et. al.* 1995: 27). En el cafetal, la proporción de hombres en relación con las mujeres era de 2 a 1.

Los objetos domésticos y personales, incluyendo cerámicas, calderos de hierro, cuentas, pipas para tabaco, contenedores de cerveza y algunos artefactos decorativos, como pueden ser fragmentos metálicos de parasoles, dan fe de que las comunidades de esclavos participaron como consumidores en la economía interna. Aún no está claro cómo pudieron ellos acceder al dinero para comprar o producir artículos destinados al trueque. En las Américas, la horticultura parece haber sido la forma principal de producción de bienes por parte de los esclavos, cuyo resultado destinaban al comercio. La ubicación de la comunidad de esclavos en bohíos y no en barracones—estructuras de mampostería con celdas similares a las de las prisiones para la habitación de los esclavos—les facilitaba la utilización de las tierras adyacentes para la producción de pequeñas cosechas de huertos y la crianza de animales, como cerdos y pollos.

Sin embargo, aparentemente la producción de carnes era escasa para los ocupantes de la aldea de esclavos en el Cafetal del Padre. Las fuentes documentales enfatizan los tipos de plantas comestibles usadas por los esclavos de Cuba para su consumo, como la yuca, malanga, boniato o el plátano (González Fernández 1991: 173). Todas estas viandas se cultivaban en una pequeña parcela de tierra destinada para esos efectos en muchas de las plantaciones. Estas cosechas se cultivaban en el cafetal, además del maíz

(ANC 1841). Los restos de alimentos de origen animal, por lo general, son un indicador confiable de la cantidad de carne consumida, pero en el caso del sitio en estudio, se han hallado menos de cien fragmentos de huesos de animales en la aldea de los esclavos. Desafortunadamente, esta muestra es muy pequeña para ser válida estadísticamente en la aplicación de cálculos zooarqueológicos que permitan estimar el consumo de carne, o la contribución de la misma a la dieta. La poca cantidad de huesos encontrada es sorprendente, teniendo en cuenta la cría de ganado existente en una granja ganadera adyacente al Cafetal, y también perteneciente a Ignacio O' Farrill. Es posible que esta situación fuera consecuencia del poco o ningún acceso por parte de los esclavos a los animales del potrero, pero la carne y el pescado salado pueden no contener huesos o ser pequeños. Es imposible determinar los tipos de comidas distribuidas dentro de la comunidad de esclavos sin los registros del propietario u otros documentos que reflejan lo que se compraba para aquellos. La mayoría de los restos identificados son de cerdo (*Sus scrofa*), animal que es común criar en los patios de las casas o corrales, no en rebaños como el ganado vacuno (*Bos taurus*), carnero (*Ovis aries*), o los chivos (*Capra hircus*) (Reitz y Wing 1999: 285-286). Por consiguiente, los restos de dieta encontrados corresponden más a los animales criados por los propios esclavos que al ganado perteneciente a la granja. Los depósitos de basura son contentivos de grandes concentraciones de desperdicios orgánicos, sin embargo, no se ha encontrado ninguno dentro del recinto amurallado; por lo tanto, cualquier conclusión sobre la alimentación de los esclavos en esta plantación debe esperar por futuras excavaciones.

La producción artesanal ofreció a los esclavos otra posibilidad de confeccionar artículos para su propio consumo o para el comercio. Abiel Abbott observó a esclavos cubanos haciendo sombreros con fibras de hojas de palma, y es probable que tejieran otros objetos con este mismo material. No obstante, es extremadamente difícil documentar la confección de la cestería y otros tejidos a partir de las fuentes arqueológicas.

Aunque las evidencias arqueológicas de artesanía en la aldea de los esclavos en El Padre son pocas, en comparación con sitios afroamericanos, se tienen pruebas sobre la fabricación de cerámica, carpintería, confección de botones y herrería. También se recuperaron raspadores de vidrio hechos de botellas rotas. Estas piezas son similares a otras encontradas en algunos sitios habitados por descendientes de africanos (Wilkie 1996). Estos raspadores pudieron emplearse en múltiples propósitos, pero a menudo se asocian con los trabajos en madera. Otra posibilidad de producción manual es el reuso de las cazoletas de las pipas para alisar y pulir. Las superficies interiores de varias de estas cazoletas exhiben un considerable desgaste, similar al observado en objetos encontrados que servían para alisar y pulir materiales como la madera, hueso, piel, o posiblemente cerámica. Esta apariencia de desgaste probablemente apareció después que estas cazoletas se rompían y, por lo tanto, no servían para fumar.

Cultura expresiva

Los artefactos más curiosos recuperados en la aldea de esclavos del Cafetal del Padre son los discos de cerámica. Estos tienen un diámetro de 8 a 15 mm, y parecen haber sido confeccionados por el alisamiento de los bordes de fragmentos de cerámicas rotas, dándoles de esta manera formas redondeadas. Es posible que las cazoletas de pipas se hayan utilizado para hacer estos artefactos. Se han hallado discos similares en distintos lugares en otras partes del mundo, por ejemplo, en sitios afri-



Hornillo de pipa catalana



Fichas de juego confeccionadas aprovechando fragmentos de lozas inglesas

canos de contacto posteuropeo (Gerard Chouin 2001, com. pers.) y en las misiones españolas de California (Domínguez 2002, com. pers.). Se encontraron también en varios sitios de régimen esclavista en las Américas, como Tennessee, EUA (Russell 1997:75), Jamaica (Armstrong 1990: 137-38), y Montserrat (Pulsipher y Goodwin 1999: 17,30 n. 57). Estos artefactos han sido interpretados como piezas de juegos, y en el Caribe son asociados con juegos de la suerte. Lydia Pulsipher y Conrad Goodwin describen un juego moderno de la isla de Montserrat, en el que se utiliza dinero y al cual llaman «Chiney Money», donde tres discos de cerámica son arrojados sobre el tablero y en dependencia de la posición en que caigan es la puntuación alcanzada por el jugador de turno.

Estos discos de cerámica, las pipas para tabaco y las botellas de cerámica vidriada (*stoneware*) que una vez contuvieron bebidas alcohólicas, están sugiriéndonos las actividades recreativas de los esclavos, y probablemente también las religiosas. José Antonio Yarini, hacendado criollo, observó a esclavos cubanos en su plantación de caña de azúcar usando «una botella de Brandy, una pipa con tabaco, una porra de un antiguo capataz y una pluma de gallo» en una ofrenda funeral ofrecida al morir un esclavo (Barcia Paz 1998: 27). Para corroborar la utilización de estos artículos en prácticas religiosas, se necesita realizar el hallazgo de los mismos en contextos que sugieran una ofrenda de esta naturaleza. La descripción de Yarini hace recordar a los arqueólogos que muchos de los objetos recuperados en los sitios de esclavitud tuvieron otros usos, además de los obvios. Artefactos como discos de cerámica, pipas, e inclusive botellas de vidrio, son ejemplos de objetos que tuvieron múltiples significados y propósitos (Perry y Paynter 1999: 330-304).

Conclusiones

La investigación arqueológica de la aldea de los esclavos del Cafetal del Padre aún se está llevando a cabo pero ya ha producido un acercamiento preliminar a la forma de vida de la comunidad de esclavos dentro de este espacio amurallado. Ellos participaban en muchas de las mismas actividades realizadas por las comunidades esclavizadas a lo largo de todo el Caribe y de las Américas, y encontraron las vías para suplir las exiguas raciones alimenticias de la plantación. A través de las actividades recreativas y religiosas, crea-

ron un mundo que los alejara de la opresión diaria de la esclavitud; participaron en la economía interna como productores y consumidores, aunque las posibilidades para ello eran mucho más limitadas en Cuba y no se institucionalizaron como en otras islas caribeñas. Hemos podido ampliar nuestros conocimientos sobre la esclavitud en Cuba, gracias a las investigaciones arqueológicas, lo cual no habría sido posible sólo con el estudio de fuentes documentales escritas.

Agradecimientos

Deseo agradecer a las siguientes personas, por haber hecho posible esta investigación: Dr. Eusebio Leal Spengler, Roger Arrazcaeta Delgado, Dra. Lourdes S. Domínguez, Lisette Roura Álvarez, Karen Mahé Lugo Romera, Sonia Menéndez Castro, Anicia Rodríguez González, Dania Hernández Perdices, Beatriz Rodríguez Basulto, Leida Fernández Prieto, Antonio Quedo Herrero, Fidel Navarrete Quiñones, Aíclo Primiano Rodríguez, Néstor Martí Delgado, Juan Carlos Méndez Hernández, Adrián Labrada Milán, Alejandro Ramírez Anderson, Jorge Luis García Báez, Jorge Ponce Aguilar, Mark Hauser, Stephen Lenik, Acelia Rodríguez Bécquer, Claudia Croessger, Babette Forster, Amilkar Feria Flores, Jorge Garcell Domínguez, Alejandro Torres Collazo, Ernesto Fong Arévalo, Francisco Simanca Vidal, Rolando Barroso Gutiérrez, Germán Barroso Gutiérrez, Melanie Pilecki Estrada, Ismael Pérez Pérez, y Consuelo Bueno Pérez.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes manuscritas

Archivo Nacional de Cuba (ANC)

1829 Protocolo de Salinas, pp. 1262-63, 1671.

1838 Fondo: Escribanía Archivo de Galletti, legajo: 245, No. 1. Inventario del cafetal Santa Ana de Viajacas.

1841 Fondo: Escribanía Archivo de Galletti, legajo 934. Expediente 6. Inventario del cafetal Santa Ana de Viajacas.

1862 Fondo: Gobierno General, legajo: 652. Expediente 27528. Padrón de fincas rústicas de la jurisdicción y parroquia de Madruga.

1866 Fondo: Gobierno Superior Civil, legajo: 1124. Expediente 41730. La Creación del partido de Madruga en 1796.

Fuentes impresas

Abbott, Abiel (1829): *Letters Written in the Interior of Cuba*. Bowles & Dearborn, Boston.

Álvarez Estévez, R. (2001): *Huellas francesas en el occidente de Cuba (siglos XVI-XIX)*. Editorial José Martí, La Habana.

Andueza, J. (1841): *Isla de Cuba, pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial. Recuerdos. Apuntes de dos épocas*. Ed. Boix, Madrid.

Arrazcaeta Delgado, R. (1987): «Las pipas: un antiguo útil de fumar». Inédito, Biblioteca del Gabinete de Arqueología, La Habana.

Armstrong, D. V. (1990): *The Old Village and the Great House: An Archaeological and Historical Examination of Drax Hall Plantation, St. Ann's Bay, Jamaica*. University of Illinois Press.

_____ (1999): «Archaeology and Ethnohistory of the Caribbean Plantation», en *I, too, Am America: Archaeological Studies of African-American Life*, edited by T. A. Singleton, University Press of Virginia, Charlottesville, pp. 173-192.

Barcia Paz, M. (1998): *La resistencia esclava en las plantaciones cubanas (1790-1870)*. Ediciones Vitral, Pinar del Río.

Bergad, L. W. (1990): *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey.

Bergad, L.W., F. I. García y M. Barcia (1995): *The Cuban Slave Market*. Cambridge University Press, New York.

Berlin, I. y P. Morgan (editores), (1991): *The Slaves' Economy: Independent Production by Slaves in the America*. Frank Cass, London.

Ferguson, L.G. (1992): *Uncommon Ground: Archaeology and Early African America, 1650-1800*. Smithsonian Institution Press, Washington DC.

Franco Ferrán, J.L. (1986): «Esquema histórico sobre la trata negrera y la esclavitud», en *La esclavitud en Cuba*, Editorial Academia, La Habana, pp. 1-10.

Gómez, M. (1998): *Exchanging Our Country Marks: The Transformation of African Identities in the Colonial and Antebellum South*. University of North Carolina Press, Chapel Hill.

González Fernández, D. (1991): «La economía cafetalera cubana: 1790-1860», en *Arbor*, julio-agosto (546-547), 161-79, Madrid.

La Rosa Corzo, G., y J. Pérez Padrón (1994): «La resistencia esclava en La Sierra del Grillo: estudio arqueológico», en *Estudios arqueológicos. Compilación de temas, 1990*, Editorial Academia, La Habana. pp. 101-128.

Moreno Fraginals, M. (1978): *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*, 3 vols., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Ortiz, F. (1921): *Los cabildos africanos*, La Universal, La Habana.

_____ (1988) [1916]: *Los negros esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Paquette, R. L. (1988): *Sugar Is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut.

Perry, W. and R. Paynter (1999): «Artifacts, Ethnicity and the Archaeology of African Americans», en *I, too, am America: Archaeological Studies of African-American Life*, edited by T. A. Singleton, University Press of Virginia, Charlottesville, pp. 299-310.

Petersen, J. B., D. R. Watters, and D. V. Nicholson (1999): «Continuity and syncretism in Afro-Caribbean ceramics from the Northern Lesser Antilles», en *African Sites Archaeology in the Caribbean*, edited by J. Havisser, Markus Wiener, Princeton, New Jersey, pp. 157-195.

Pulsipher, L., y C. Goodwin (1999): «Here where the old time people be: Reconstructing landscapes of slavery and post-slavery era in Montserrat, West Indies», en *African Sites Archaeology in the Caribbean*, edited by Jay Havisser, Markus Wiener, Princeton, New Jersey, pp. 9-33.

Reitz, E. J. and E. J. Wing (1999): *Zooarchaeology*, Cambridge Manuals in Archaeology, Cambridge University Press, New York.

Russell, Aaron E. (1997): «Material Culture and African-American Spirituality at the Hermitage», en *Historical Archaeology* 31(2): 63-80.

Scott, R. (1985): *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*, NJ, Princeton University Press.

Singleton, T. A. (2001a): «An Americanist Perspective on African Archaeology: Toward an Archaeology of the Black Atlantic», en *West Africa during the Atlantic Slave Trade*, Christopher R. DeCorse, ed., Leicester University Press, London, pp. 179-184.

_____ (2001b): «Slavery and Spatial Dialectics on Cuban Coffee Plantations», en *World Archaeology* 33(1): 98-114.

Wheaton, T. and P. Garrow (1985): «Acculturation and the Archaeological Record in the Carolina Lowcountry», en *The Archaeology of Slavery and Plantation Life*, edited by T. A. Singleton, Academic Press, Orlando, Florida, pp. 239-259.

Wilkie, L. A. (1996): «Glass-Knapping at a Louisiana Plantation. African-American Tools?», en *Historical Archaeology*, 30(4): 37-49.

Consideraciones adicionales a la clasificación de cerámica colonial en antrosoles habaneros¹

Por: Roger Arrazcaeta Delgado, Carlos A. Hernández Oliva, Román Padilla Álvarez, Ronald L. Bishop, Jim Blackmann, Pierre Van Espen y Olivier Schalm

Resumen

Se mencionan los principales tipos de cerámica colonial reportados en contextos cubanos. Varias clasificaciones de mayólica española, mexicana e italiana, hechas con anterioridad, se complementan y refinan con los resultados alcanzados por la aplicación de la estadística multivariada en la interpretación arqueológica de los valores de concentración química, obtenidos mediante el Análisis por Activación Neutrónica Instrumental (AANI) y el análisis de la composición de los vidriados por micro-fluorescencia de rayos X (mFRX). En particular se caracteriza de forma integral el tipo de mayólica denominado Santovenia Azul sobre Blanco y Santovenia Policromo. Se analizaron también fragmentos de cerámica ordinaria encontrados en iglesias y conventos habaneros del período colonial.

Abstract

The most significant types of colonial ceramics found in Cuban sites are mentioned. Several classifications of Spanish, Mexican and Italian majolicas manufactured before are complemented and ascertained, based on the results obtained through the application of multivariate statistics in the archaeological interpretation of chemical concentration values. These values were obtained through the Analysis of Instrumental Neutronic Activation and the analysis of composition of tin glazing by microfluorescence of X rays (mFRX). Particularly, an integral characterization of the majolica known as Santovenia Blue on White and Santovenia Polychrome is given. Shards of earthenware found in Havana's colonial churches and convents are also analyzed.

Cerámica aborígen y colonial

La presencia de la cerámica en Cuba data de la época precolombina. Las primeras evidencias se reportan dentro de los grupos protoagrícolas,² los cuales pudieran derivar de un desarrollo local alcanzado por los preagroalfareros,³ conocidos como Ciboney, aspecto Cayo Redondo⁴ o preagroalfarero, fase tardía.⁵ No obstante, la huella más consistente y abundante de la alfarería aborígen está en las comunidades neolíticas agroalfareras, cuyas oleadas migratorias comenzaron a arribar a la Isla hacia el siglo IX de nuestra era. Estos grupos sobrevivieron hasta poco después de la llegada de los colonizadores hispanos, pero algunas de las características de su cerámica persistieron durante los tres siglos posteriores a su desaparición como cultura.

Se ha estimado que cerca de cinco mil aborígenes pudieron sobrevivir la conquista hacia 1555, y es posible que en los años posteriores su número disminuyera lentamente.⁶ En el caso de La Habana, se dispuso por el gobernador Angulo concentrar a los aborígenes dispersos por el territorio en el pueblo de Guanabacoa, donde éstos, además de dedicarse a labores agrícolas y ganaderas para la subsistencia, confeccionaban ceramios para su consumo y probable venta a la población habanera.⁷

1 Los trabajos de análisis por activación neutrónica fueron realizados como parte del Contrato CUB 9397/RB («Introduction of Nuclear Analytic Techniques in Archaeological Investigations in Cuba»), ejecutado por el CEADEN dentro de las actividades del Programa Coordinado de Investigaciones del Organismo Internacional de Energía Atómica «Nuclear Analytic Techniques in Archaeological Researches». Los trabajos de análisis por microscopía electrónica y microsonda de rayos X, así como el análisis por micro-FRX fueron posibles gracias a un acuerdo específico de colaboración científica entre el CEADEN y el MITAC.

2 E. Tabío: «Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba», en *Islas*, Universidad Central de las Villas, may.-ago., 1984, 78: 35-52.

3 R. Dacal y M. Rivero de la Calle: *Arqueología aborígen de Cuba*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1986. Un enfoque más reciente puede consultarse en P. P. Godo: «El problema del protoagrícola de Cuba: discusión y perspectivas», en *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, no. 2, 1997, pp. 19-30.

4 E. Tabío y E. Rey: *Prehistoria de Cuba*, Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, 1966.

5 *Ibidem*, pp. 35-52.

6 R. Guerra Sánchez: *Historia de Cuba*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1925, t. 2, p. 95.

7 E. de la Guardia: *Historia de Guanabacoa*, Imprenta Noticias, Guanabacoa, 1946, pp. 65-70.

Las excavaciones arqueológicas en el centro histórico de La Habana Vieja descubren continuamente fragmentos de cerámica manufacturada por el método acordelado o de rollos, de tradición aborigen, y quizás en algunos casos de origen africano,⁸ hecha fundamentalmente para uso culinario, en contextos datables de los siglos XVI al XVIII, con modificaciones en su patrón tipológico: disminución en la variedad de formas y decoraciones, simplificación y pobreza en los diseños, aumento en el grosor de las paredes de las vasijas y un marcado bruñido por espatulado de las superficies.⁹

Junto a esta tipología acordelada, llegó por importación la cerámica de la Edad Moderna desde el inicio de la colonización, procedente del sur de España. La elaboración de su tecnología era mucho más sofisticada, al revelar el empleo del torno alfarero, la presencia de vidriados estano-plumbífero o solamente de plomo, una cochura superior en hornos cerrados de origen morisco y decoraciones variadas hechas con pigmentos minerales, entre otros progresos.¹⁰

El comercio de la Isla en los primeros años del siglo XVI era pobre, principalmente porque su población hispana era escasa. Había pocas riquezas en las Antillas, fundamentalmente porque la ruta marítima en las dos primeras décadas de ese siglo favorecía a Santo Domingo. Esta situación dio un giro rotundo al quedar establecidos los virreinos de México y Perú, razón por la cual se inauguraron nuevas rutas que convergían en La Habana por hallarse ésta mejor situada en el Canal de la Florida, vía seguida por la mayoría de los galeones que hacían el torna viaje desde el Nuevo Mundo a España. En consecuencia, la población y el comercio de la villa habanera iniciaron un crecimiento acelerado.

La villa y puerto de San Cristóbal de La Habana, en virtud de una real cédula expedida el 16 de julio de 1561, en la que se instauraba el régimen de flotas, se convirtió en el punto de reunión oficial de las dos flotas dirigidas a España —la de Tierra Firme, la de Nueva España y una Armada Real— con las valiosas cargas de sus colonias de ultramar.¹¹ Así fue transformándose

la villa en un centro de redistribución e intercambio de artículos con la metrópoli, y sus colonias caribeñas y continentales. Con todo, la política centralizada y restrictiva de España, al imponer el puerto de Sevilla (a través de la Casa de Contratación de Sevilla hasta 1720) y luego el de Cádiz (desde 1720 hasta 1765) como únicos autorizados en la península para comerciar con las colonias, limitó la disponibilidad de bienes procedentes de otras regiones europeas. En correspondencia, en los contextos excavados en La Habana Vieja, relacionados entre sí con diferentes etapas de ese período, se observan varios tipos cerámicos hispanos y novo hispanos: Jarra de Aceite, Bizcocho, El Morro, Bacín Verde/Lebrillo Verde, Isabela Polícromo, Yayal Azul sobre Blanco, Columbia Liso, Sevilla Blanca, Sevilla Azul sobre Azul, Santo Domingo Azul sobre Blanco, México Pintado de Rojo, Yucatán Colonial, San Juan Polícromo, Ciudad de México Blanco, San Luis Azul sobre Blanco, Puebla Polícromo y Abó Polícromo, entre otras.

La codicia de algunas potencias europeas por las riquezas de las colonias españolas fomentó contiendas bélicas con España y el surgimiento de las prácticas de contrabando, corso y piratería. El contrabando fue paulatinamente aceptado por la población de la Isla como la vía alternativa para la adquisición de artículos corrientes y suntuarios, algunos de los cuales no se encuentran en los sitios arqueológicos históricos por su condición biodegradable, además de otras causas. Sólo algunos materiales menos perecederos y comunes como la cerámica, suelen aparecer con mayor frecuencia. En la Habana de los siglos XVI, XVII y XVIII se hallan, en menores proporciones que la alfarería hispana, cerámicas de procedencia holandesa, inglesa, francesa, alemana, china, japonesa e italiana, tales como azulejos y mayólicas de Delft; pipas de caolín holandesas e inglesas para fumar tabaco; faenzas de Rouen y Nevers; loza pedernal alemana del distrito de Renania; mayólicas de Liguria y Montelupo; cerámica de engobe y loza pedernal blanca con vidriado de sal, ambas británicas; porcelanas chinas de las

8 G. La Rosa Corzo: «La huella africana en el ajuar del cimarrón: una contribución arqueológica», en *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, no. 3, 1999, pp. 109-115.

9 L. S. Domínguez: «La transculturación en Cuba, siglos XVI-XVIII», en *Cuba Arqueológica I*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1978, pp. 33-50; L. Roura, R. Arrazcaeta y C. A. Hernández: «Tipología de la llamada cerámica de transculturación: ejemplos habaneros» (inédito, 2002), manuscrito depositado en la Biblioteca del Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

10 R. Padilla, P. Van Espen, F-Z Wei, K. Janssens, O. Schalm, R. Arrazcaeta y A. Quevedo: «mXRF Analysis of Decoration Motifs on Majolica Pottery», *Proceedings of the III International Symposium NURT 2001*, Havana, October 22-26, 2001 (available in CD), ISBN 959-7136-12-0, pp. 11.

11 R. Guerra Sánchez: *Historia de Cuba*, t. 2, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1925, pp. 32-41.

dinastías Ming y Ching (Kraak, «Imari China», Monocroma Carmelita, porcelana Azul con esmalte sobre el vidriado, Cantón y otras); del Japón se encuentran en una frecuencia mínima porcelanas «Imari Vieja», y un tipo muy singular con decoración en azul desvanecido. Además del comercio oficial con Sevilla y Cádiz, los artículos hechos en estas pastas pudieran haber arribado por vía ilícita. Recordemos que en el siglo XVIII los comerciantes sevillanos, con altas ganancias en este tráfico monopolista, estaban asociados a traficantes franceses, ingleses y holandeses.¹²

En 1765, aún bajo el influjo del auge comercial provocado por la ocupación británica de la Isla durante once meses, en 1762, y el impulso capitalista en España, se eliminan gravámenes e impuestos que afectan al comercio en las Antillas y se autoriza a otros puertos españoles a comerciar con las colonias.¹³ Como resultado, afluyeron bienes de otras regiones de España al Caribe, como alguna cerámica vidriada y no vidriada barcelonesa; y estos territorios de la península se beneficiaron directamente en la explotación colonial. En particular la importación de cerámica se favoreció, porque otros centros manufactureros comienzan a participar en este comercio con mayor libertad. Las condiciones mejoraron más con el reglamento de comercio libre del 12 de octubre de 1778, que extendió a otros puertos coloniales el tráfico con España, y por primera vez se admitió el comercio con extranjeros, aunque éstos tenían que pagar altísimos impuestos.¹⁴ Este desarrollo también se benefició con la guerra independentista de las trece colonias inglesas, a merced de la cual España abre sus puertos coloniales a los territorios sublevados. Así, los barcos norteamericanos entran libremente a La Habana con harina de trigo, esclavos y artículos, como la cerámica inglesa, la cual, por sus cualidades técnicas, baratura y producciones masivas pronto se impondría en relación con otros productos cerámicos europeos, incluidos los españoles y novohispanos. Desde entonces, y mucho más con la liberalización comercial del 10 de febrero de 1818, aunque con un férreo proteccionismo por parte de las autoridades españolas, se abrieron los puertos cubanos al comercio con todo el mundo.¹⁵

Los resultados en esa política de apertura con Europa y los Estados Unidos, en la segunda mitad del siglo XVIII, se aprecian en la cultura material presente en los contextos arqueológicos, a lo largo y ancho de toda la Isla. En primera instancia hay una preponderancia de la loza fina británica, que se observa ampliamente desde fines del XVIII y sobre todo en los primeros sesenta años del XIX, llegada a la Isla por vía directa desde Liverpool y Londres,¹⁶ o desde España y los Estados Unidos mediante la reimportación. Esta loza inglesa continúa apareciendo posteriormente, pero también se importan lozas finas fabricadas en Francia, Holanda, España y Bélgica, y más tardíamente de los Estados Unidos. Entre la cerámica más frecuente de esa etapa, está la loza fina inglesa con los grupos Creamware, Pearlware, Whiteware y Ironstoneware, siendo este último el más común en las importaciones que llegaron de los otros países mencionados.

La cerámica utilitaria en los antrosoles

Un conjunto muy numeroso en los antrosoles urbanos de la época colonial lo constituye la cerámica ordinaria, conocida también como burda, común o utilitaria, y cuya producción se orientó no sólo a artefactos para actividades culinarias, sino también a piezas para almacenaje, higiene-sanidad y servicio de mesa. Esta es una alfarería no refinada, como su nombre indica, generalmente porosa y cocida a una temperatura que no excedía los 1 100 grados centígrados. Su elaboración puede ser manual por enrollado y modelado, o por medio del torno de alfarero.

Una muestra de varias tipologías ordinarias con diferentes características en su acabado (Ver fig. 1), procedente de la Basilica Menor de San Francisco de Asís, en La Habana Vieja, fue seleccionada por nosotros para su estudio por Análisis por Activación Neutrónica (AAN), debido al probable origen local de muchas de ellas. Este supuesto se infirió por determinados rasgos tipológicos de los especímenes, y sobre todo por usarse piezas sin huellas de un empleo anterior, como relleno acústico en las pechinas de los

12 J. Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, p. 175.

13 *Ibidem*, p. 176.

14 *Ibidem*, pp. 176 y 177.

15 *Ibidem*, pp. 177 y 178.

16 R. Arrazcaeta, A. Quevedo, I. Rodríguez y T. Cueto: «Cerámica inglesa en la Habana colonial», en *Opus Habana*, v. III, n. 3-4, 1999, pp. 45-49.



Figura 1. Cerámicas utilitarias, algunas de probable manufactura local, siglos XVII y XVIII

arcos del coro alto en dicho recinto religioso, que al parecer se desecharon por defectos de cocción como rajaduras y grietas.

La presencia de mayólicas en La Habana

El rescate de restos históricos en el subsuelo de la Plaza de Armas desde 1963, y las excavaciones arqueológicas comenzadas en 1968 en el Palacio de los Capitanes Generales y la Casa de la Obrapia, respectivamente, obras de restauración arquitectónica en La Habana Vieja, revelan una rica presencia de mayólicas en los antrosos habaneros, aportando materiales con procedencias distintas como España, Italia, Francia, Holanda, Inglaterra, México, República Dominicana y Panamá, aunque los mayores volúmenes y continuidad temporal en la importación de mayólicas a Cuba corresponden a España y México, a través del comercio establecido por la corona.

Desde la segunda mitad del siglo XVI, La Habana se convierte en el centro portuario más importante de las Indias, recalando en él las flotas que regresaban a España desde diferentes «[...]latitudes americanas: la villa rica de la Veracruz, en México; Portobelo, Nombre de Dios, Bocas del Chagre, enclaves del istmo centroamericano; Cartagena de Indias, en el Virreinato de Nueva Granada».¹⁷ A los grandes caudales en oro y plata, piedras preciosas, maderas finas, palo de tinte de Campeche y Honduras, la lana de Alpaca, los ricos tejidos policromos andinos, se sumaron después de 1565 las exóticas mercaderías del oriente traídas desde Manila a Acapulco, de ahí llevadas a Veracruz, y luego reembarcadas a La Habana para su destino final a España. Entre estas últimas se cuentan las codiciadas porcelanas de pasta dura bellamente pintadas en azul, las sedas para mantones y distintos vestuarios refinados, perlas, marfiles, joyas, lacas, perfumes, resinas aromáticas y especias variadas.¹⁸

Todo ello, así como el contrabando, la existencia de una población en continuo aumento y demanda, la presencia de miles de marineros y tripulantes cada año durante varios meses por la recalada de la Flota, conllevaron a una amplia presencia de mayólicas para el consumo por distintos sectores poblacionales, aunque las clases más ricas ostentaron las porcelanas orientales y las mayólicas finas profusamente decoradas.

La mayólica es una categoría de cerámica elaborada por medio del torno alfarero, distinguible por su pasta blanda cubierta con un vidriado de esmalte opaco estano-plumbífero, casi siempre de tono claro. La adición de óxido de estaño al vidriado, transmitida a los maestros españoles por los alfareros moros,¹⁹ produce una opacidad que se encuentra también en otras cerámicas de similar tecnología, como la faenza italiana, francesa y la delft holandesa e inglesa.²⁰

La mayólica se revela en hallazgos que cubren prácticamente todo el período de ocupación española de Cuba.²¹ Se encuentra en sitios correspondientes a la etapa de contacto y transculturación indohispano,²²

17 E. Leal Spengler: *Detén el paso caminante*. Fantonigrafica-Venecia, Electa, 1988, pp. 10 y 13.

18 *Ibidem*, p. 13.

19 G. López Cervantes: *Cerámica colonial en la Ciudad de México*. INAH, Colección Científica Arqueológica 38, 1976. Ver también a J. M. Goggin: *Spanish Majolica in the New World. Types of the Sixteenth to Eighteenth Centuries*, no. 62. Yale University, 1968.

20 K. Deagan: *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800*. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C., London, 1987, p. 53.

21 Leandro S. Romero Estébanez y L. S. Domínguez, com. pers., 1990

22 F. Prat Puig: *Significado de un conjunto cerámico hispano del siglo XVI de Santiago de Cuba*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1980; L. S.

Romero Estébanez: *La Habana arqueológica y otros ensayos*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1995, pp. 133-185; L. S. Domínguez, ob. cit., pp. 33-50.

tales como El Yayal, El Porvenir, El Chorro de Maíta, El Pesquero, Potrero del Mango, La Güira de Barajagua, Barajagua II, El Catuco y Alcalá, en Holguín, en un temprano siglo XVI. En dichos sitios se reúnen los tipos de mayólicas Yayal Azul sobre Blanco, Columbia Liso, Caparra Azul y La Vega, junto a monedas españolas, cascabeles, herraduras, clavos y arreos. Asimismo, también se halla en común asociación a cerámica agroalfarera, algunas mayólicas imitando formas españolas, y a restos óseos de animales introducidos como el cerdo, los bóvidos y el caballo, además de otros.²³

Esta mayólica constituye una evidencia arqueológica frecuente en los sitios coloniales de todo el país, principalmente en contextos datados entre el siglo XVI al XVIII; y en particular es muy abundante en La Habana Vieja, donde se estableció el núcleo fundacional de la actual capital de Cuba desde 1519. Se reporta también en otras islas caribeñas, en Centroamérica y en América del Sur.²⁴ Excavaciones arqueológicas en La Habana Vieja, con más de setenta lugares estudiados desde 1963 en casas, iglesias, conventos y fortificaciones, confirman que la mayólica tiene una presencia sostenida en todas estas edificaciones, empleada especialmente para el servicio de la mesa, aunque algunas formas responden a actividades culinarias, higiénico-sanitarias y decorativas. También hemos podido corroborar la preponderancia de la mayólica española durante todo el siglo XVI y primera mitad del XVII, y dentro de ésta los tipos conocidos como Columbia Liso, Isabela Polícromo, Yayal Azul sobre Blanco, Santo Domingo Azul sobre Blanco, Sevilla Blanca, Sevilla Azul sobre Azul, Sevilla Azul sobre Blanco y en una mínima proporción Caparra Azul. De igual manera aparecen mayólicas fabricadas en Talavera de la Reina, como las conocidas Talavera Azul sobre Blanco, Talavera Polícromo e Ichtucknee Azul sobre Blanco.

En estratificaciones habaneras, prolíferas en deposiciones primarias y rellenos constructivos de finales del

siglo XVI, comienzan a encontrarse mayólicas mexicanas como San Juan Polícromo, San Luis Azul sobre Blanco y Ciudad de México Blanco. No obstante, estas mayólicas son más recurrentes que las españolas en sitios del siglo XVII y XVIII, donde su variedad y abundancia es más significativa, y donde se constata un predominio de los tipos Abó Polícromo, Puebla Polícromo, Puebla Azul sobre Blanco, Aucilla Polícromo, San Luis Polícromo, San Agustín Azul sobre Blanco, Huejotzingo Azul sobre Blanco, Aranama Polícromo.

Mayólica tipo Santovenia Polícromo y Santovenia Azul sobre Blanco

Fragmentos de una mayólica no descrita con anterioridad como un nuevo tipo arqueológico en los contextos coloniales en América, fueron hallados en La Habana Vieja por el arqueólogo Leandro Romero en un conjunto de rellenos constructivos en el Palacio de los Capitanes Generales, entre los años 1970 y 1974. Sucesivamente fueron encontrados en la tercera etapa de excavaciones de la Maestranza de Artillería (1984), y en otros trabajos arqueológicos en la Casa de México (1986); aunque en ninguna de esas ocasiones se clasificaron como un nuevo tipo.

Entre 1989 y 1991 se analizó la cerámica de una letrina en el palacio de los Condes de Santovenia. Luego de haberse revisado su similitud con los restos de los sitios antes mencionados, se propuso el nombre de Santovenia para el nuevo tipo de mayólica, y se referenció el mismo, someramente, en una ponencia presentada en el VI Simposium de Cultura de La Habana.²⁵ En virtud de las evidencias recuperadas, entre 1990 y 1991, en dos letrinas coloniales (casa de Mercaderes nos. 156-160), y del muy significativo contexto excavado por R. Rodríguez, I. Torre y J. Brito en la letrina ubicada en un solar (Oficios no. 202, esq. a Teniente Rey, La Habana Vieja) con varios ejemplares completos de Santovenia Azul sobre Blanco y Santovenia Polícromo (figuras 2 A y B), se propició un

23 R. Valcárcel Rojas: «Introducción a la arqueología del contacto indohispánico en la provincia de Holguín, Cuba», en *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, no. 2, 1997, pp. 64-77.

24 K. Deagan: ob. cit.; J. M. Goggin: ob. cit.; L. S. Romero Estébanez: ob. cit.; F. Prat Puig: ob. cit.; G. López Cervantes: ob. cit.; L. S. Domínguez: *Arqueología colonial cubana: dos estudios*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984 y D. Schávelzon: *Arqueología histórica en Buenos Aires*. Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1991.

25 R. Arrazcaeta Delgado: «Estudio de la cerámica de una letrina de la casa de los condes de Santovenia». Ponencia presentada en el VI Simposium de la Cultura de La Habana, noviembre de 1990. Manuscrito archivado en la biblioteca del Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, gabinete@arqueologia.ohch.cu.

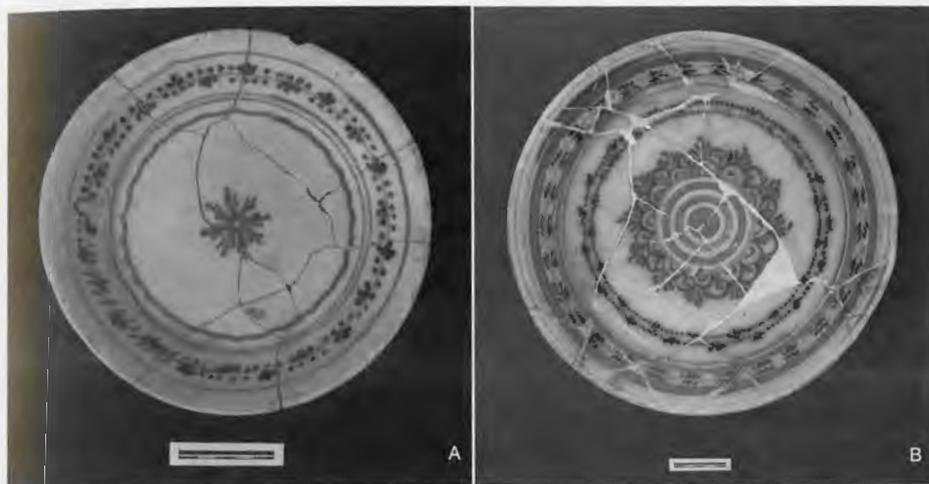


Figura 2 A y B.
Mayólica Santovenia Azul
sobre Blanco (A)
y Santovenia Policromo (B),
fines del siglo XVIII
a primer cuarto del XIX

estudio más exhaustivo y amplio en aras de caracterizar mejor este nuevo tipo cerámico.²⁶ Como estas dos investigaciones no han sido publicadas, se brinda aquí una descripción sintética de los rasgos tipológicos y la ubicación cronológica de esta mayólica, así como de la caracterización composicional por (AAN), resultante del estudio de diferentes muestras provenientes de sitios de La Habana Vieja.

Santovenia Policromo y Santovenia Azul sobre Blanco son nombrados así por el sitio Casa de los Condes de Santovenia, lugar donde se describió por primera vez como un nuevo tipo de mayólica, en 1989. Esta cerámica fue fabricada a torno, dejando líneas circulares muy distintivas en la superficie exterior de las vasijas. Su pasta presenta un color claro parejo que varía entre el blanco (Munsell: 5Y 8/2 y 2,5Y 8/2) y amarillo pálido (Munsell: 5Y 8/4 y 2,5Y 8/4); dureza suave (2,5 Mohs); tacto suave, untuoso; textura fina; tamaño de las inclusiones Muy Fino (menor de 0,1 mm), encontrándose pocos granos que entran en categoría de Fino (de 0,1 a 0,25 mm). La pasta muestra una cocción en atmósfera oxidante, similar a la encontrada en toda la mayólica española; porosidad entre 4 y 7 %; carbonato de calcio entre 4,5 y 16 %. La pasta tiene un vidriado estano-plumbífero de tono blanco (Munsell: 5Y 8/1 y 5Y 8/2) que cubre toda la superficie con un acabado poco brillante, casi mate, aunque aparecen ejemplares con más brillantez. Se aprecian con frecuencia defectos en el vidriado como

pequeños huecos producidos por burbujas de aire, más visibles en la superficie exterior de platos; son menos comunes goteos y lagunas del vidriado y se encuentran desconchamientos en algunas áreas, mayormente en las orillas de los bordes de aquellos.

La forma más común identificada es la de plato hondo, semi-hondo (diámetro: 22 a 23 cm y altura: 3 a 4 cm) y plato pequeño hondo (diámetro: 19 a 19,5 cm y altura: 2,5 a 3,5 cm); menos frecuente es la de platón o fuente honda (diámetro: 28 a 35,5 cm y altura: 5 a 6,5 cm). También se encuentran las formas de taza y bacinilla. Los colores usados en la decoración son cuatro: azul, naranja, morado y amarillo. Los diseños en azul son los más usuales, y producen la variedad Santovenia Azul sobre Blanco (ver figura 2 A), o pueden aparecer como en la Santovenia Policromo, en combinaciones de azul y naranja, aunque los ejemplares de esta última variedad, con mayor colorido y riqueza decorativa, llevan los cuatro colores mencionados (figura 2 B).

Santovenia en sus dos variantes, Azul sobre Blanco y Policromo, tiene una decoración algo burda y descuidada en las pinceladas de los dibujos, lo que le confiere, posiblemente, cierta categorización como loza popular. Los diseños están trazados a pincel y estructurados, y combinan en ellos, de manera reiterada, motivos tanto fitomorfos abstractos como geométricos: líneas simples circulares; líneas sinuosas; bandas o líneas gruesas; cadenas de ramas con

26 C. A. Hernández Oliva y R. Arrascaeta: «Reporte de un nuevo tipo de mayólica del período colonial de Cuba». Ponencia presentada en el VIII Simposium de la Cultura de La Habana, noviembre de 1992. Manuscrito archivado en la biblioteca del Gabinete de Arqueología.

hojas estilizadas, parecidas a helechos; motivos florales; círculos concéntricos y espirales, plasmados como motivo central de platos; guirnaldas y semi-círculos; cenefas con orlas de bolas continuas en color morado, elaboradas por esponjeado, y aparecen también otros motivos simples. Una cadeneta típica, encontrada lo mismo alrededor del marli como en el centro de platos a manera de círculo, está conformada por una figura fitomorfa estilizada, en forma de W gruesa, seguida de varios puntos que alternan repetidamente arriba y abajo de una línea central.

El tipo Santovenia no aparece en grandes cantidades en los yacimientos arqueológicos cubanos, pero en sitios de La Habana Vieja se halla con mayor reiteración. Probablemente con el incremento de trabajos arqueológicos en contextos del siglo XVIII e inicios del XIX su reporte será más común. Tampoco son frecuentes hasta ahora los contextos primarios para establecer todos sus pormenores asociativos y cronológicos; sí hemos comprobado una clara contemporaneidad con las lozas finas inglesas conocidas como Crema y Perla, y con otros tipos de distintas procedencias, como El Morro, Rey, Triana Azul/Blanco, Triana Polícromo, Puebla Azul/Blanco, Catalana Azul/Blanco y otras cerámicas descritas para sitios datados entre la segunda mitad del siglo XVIII y primer cuarto del XIX. Las características decorativas y formales sugieren su origen español, probablemente de los talleres de Sevilla o Cataluña.

En La Habana Vieja varios tiestos proceden de rellenos excavados arqueológicamente en el Palacio de los Capitanes Generales. También fueron hallados fragmentos en la Maestranza de Artillería, en la Casa de México y en el Convento de Santa Clara. Varias piezas casi completas pudieron ser reconstruidas sobre la base de los restos recuperados de una letrina del siglo XVIII en la casa de los Condes de Santovenia. La mayor cantidad de este tipo cerámico proviene de una letrina ubicada en un solar (calle Teniente Rey, esquina Oficios), donde numerosos ejemplares pudieron ser armados y restaurados totalmente, produciendo una magnífica colección de referencia. Esta letrina mostró un contexto arqueológico cerrado, entre fines del siglo XVIII y primer cuarto del siglo XIX, con una rica presencia de loza Crema inglesa.

Se reportan también numerosos fragmentos en otras letrinas del inmueble de la calle Mercaderes no. 156-160, actual Casa Museo Simón Bolívar, donde

apareció asociada a lozas inglesas como la Crema y la Perla. También se halló la Santovenia de manera escasa en una letrina de la casa del siglo XVIII, ubicada en la calle Oficios, esquina Obrapia, actual Hostal Valencia, donde sí fue abundante la loza Crema y Perla. Podríamos suponer hipotéticamente que su ausencia pudo deberse a un gusto más refinado de los inquilinos del inmueble, o a la no disponibilidad de este producto comercial en el establecimiento donde acostumbraban a adquirir sus vajillas, pero científicamente es imposible tener una respuesta segura.

Esta mayólica tampoco está presente en contextos cerrados posteriores al primer cuarto del siglo XIX, como los excavados en letrinas de Obrapia 158, antigua morada del mercader Martín Calvo de la Puerta y Arrieta, en el siglo XVII, y en la casa construida por don Pablo Pedroso, en la primera mitad del mismo siglo XVII, en Baratillo, esquina a Obrapia y San Pedro, La Habana Vieja, donde el componente cerámico exhumado, básicamente loza Perla y loza Blanca inglesas, puede estar entre los años 1830-1840. Recientemente (2003), un grupo de arqueólogos de la Empresa de Restauración de Monumentos de la Oficina del Historiador de la Ciudad encontró restos de esta mayólica, pudiendo conformarse incluso algunas piezas completas, en un pozo de agua de época colonial hallado en las excavaciones arqueológicas que se llevan a cabo en áreas del cementerio, en los terrenos de la antigua iglesia del convento de San Agustín, ubicado entre las calles Amargura, Teniente Rey, Cuba y Aguiar. También diferentes tiestos provienen de un aljibe derrumbado, usado como letrina en el siglo XVIII, y principios del XIX en la casa de Teniente Rey 159. En este sitio se realizaron investigaciones por un equipo conjunto del Gabinete de Arqueología y de la Empresa de Restauración de Monumentos, en los años 2002 y 2003.

Fuera de La Habana Vieja se ha reportado la Santovenia por el Grupo Batabanó en recolectas de superficie en un basurero comunal del siglo XIX, en Marianao, y en cafetales e ingenios azucareros de la provincia de La Habana, con cronologías del siglo XVIII y XIX. Hace poco tiempo algunos fragmentos de esta mayólica han sido encontrados en las excavaciones arqueológicas de un barracón de esclavos en el Cafetal del Padre, Madruga, dirigidas por la doctora Teresa Singleton, de la Universidad de Siracusa, EE.UU.

y realizadas por un grupo de especialistas del Gabinete de Arqueología de La Habana. En la ciudad de Trinidad, provincia de Sancti Spíritus, al centro-sur de la Isla, el arqueólogo Alfredo Rankin Santander recuperó restos de Santovenia en letrinas de sitios urbanos del siglo XVIII y XIX. También hemos encontrado algunos tiosos de Santovenia en los fosos de la batería Ángel San Rafael, edificada en 1762 en la isla de Tierrabomba, Cartagena de Indias, Colombia.

El investigador argentino Daniel Schávelzon también hace varias clasificaciones posteriores de esta mayólica.²⁷ Este autor, basado en la hipótesis de que esta cerámica fue hecha en Andalucía, posiblemente en hornos de Triana, y en el análisis tipológico con énfasis en los motivos decorativos, decidió denominar estos tipos de cerámica como Triana de Ramazón, Triana Floreal, Triana Anular, Triana Esponjeado Polícromo y Triana Polícromo sobre Amarillo, dándolos para Buenos Aires entre los años 1750 a 1830. Schávelzon refiere que el tipo Triana de Ramazón fue definido por Solís Magaña y Rivera Calderón, y por él mismo en 1991, así como posteriormente por Solís Magaña, en 1995. No obstante, hemos creído oportuno mantener los nombres de Santovenia Azul sobre Blanco y Santovenia Polícromo, por considerar que nuestra caracterización no sólo fue anterior a estos trabajos, sino que se basa en características más generales y comunes que permiten englobarla en un solo tipo con dos variantes.

La composición química en el estudio de caracterización de la mayólica

La caracterización de la composición química de diferentes objetos es una herramienta que, sin llegar a ser una panacea o un método que arroje resultados por sí solo, aporta una información de suma utilidad para la solución de diversos problemas de estudio,²⁸ tales como:

- la fuente u origen de las materias primas con que fue confeccionada,
- la identificación o establecimiento de posibles centros de producción de alfarería,



Figura 3. Imagen obtenida por microscopía óptica de la sección transversal de un fragmento de mayólica

- la pertenencia de una muestra en cuestión relacionada con una cultura, época o comunidad en específico,
- el establecimiento de rutas o vías de intercambio de bienes,
- el resultado de procesos de transferencia de conocimientos.

En el caso particular de la mayólica, la composición química de dos de sus componentes estructurales puede constituir una fuente de información valiosa: la pasta de la pieza y el vidriado estano-plumbífero con sus decoraciones (figura 3).

La pasta de la cerámica es un sistema de dos componentes a su vez: minerales arcillosos e inclusiones no plásticas (temperante). Estas inclusiones pueden estar presentes en la composición original de la arcilla, o pueden ser adicionadas durante el proceso de manufactura para mejorar las propiedades de moldeado y consistencia de la pasta. Es por ello que la interpretación de los resultados químicos obtenidos no es una tarea trivial, pues las relaciones originales de concentración entre varios elementos en la arcilla pueden ser alteradas por la adición del temperante. De vital importancia resulta el conocer la composición

27 Daniel Schávelzon: *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires. Siglos XVI-XX*. Edición conjunta de la Fundación para la Investigación del Arte Argentino, la Universidad de Buenos Aires y el Centro de Arqueología Urbana del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, Buenos Aires, 2001, pp. 57-64.

28 G. Harbottle: «Chemical Characterization in Archaeology», in *Contexts for Prehistoric Exchange*; T.K. Earle, J.E. Erickson, Eds., Academic Press Inc., New York, 1982, pp. 13-51.

mineralógica para poder interpretar correctamente las diferencias observadas entre la composición de los diferentes grupos clasificados.

La composición química de las rocas y sedimentos puede ser utilizada como base para un análisis numérico multivariado, ya que los cambios geológicos ocurridos durante su formación conllevan a diferencias en las relaciones de abundancia de los elementos minoritarios y de los elementos traza.²⁹ Para los sedimentos, incluyendo aquellos que pueden ser utilizados en la producción de cerámicas, su composición química está determinada en primer término por las rocas, a partir de las cuales éstos se originaron, ya que la mayoría de los microelementos y elementos traza se concentran en las estructuras cristalinas. La redistribución de estos elementos ocurre como producto de la acción de diferentes procesos químicos y mecánicos durante la erosión, transporte y deposición. La mezcla de los sedimentos con los medios en los que se depositan, así como los diferentes procesos de meteorización, también contribuyen a la composición final de los mismos. La clasificación de las muestras de cerámicas, a partir de las relaciones de abundancia observadas entre los elementos minoritarios y los elementos traza en las mismas, en grupos estadísticamente diferentes entre sí (Unidades de Referencia de Composición Química de la Pasta, URCQP) parte de la premisa de que la composición química de la pasta de los tiestos está determinada en primer lugar por las características de las arcillas empleadas para su elaboración.

Aunque varias técnicas analíticas se usan para el estudio de la composición química de cerámicas,³⁰ el empleo del Análisis por Activación Neutrónica

Instrumental (AANI) se ha generalizado por una serie de ventajas:

· Poder determinar de forma simultánea un gran número de elementos con alta precisión y exactitud, a concentraciones que van del orden de los mg/g hasta concentración mayoritaria, utilizando procedimientos bien establecidos.³¹ Analizar lotes grandes de muestras, necesarios para poder conformar bases extensas de datos que permitan una interpretación estadística ulterior robusta en estudios comparativos.

· El AANI permite analizar un grupo de elementos cuya abundancia varía para diferentes tipos de sedimentos y rocas primarias, y que por ende son los que mayor variabilidad tienen en la composición química de cerámicos.

La caracterización por AANI permitió recopilar información adicional para complementar varias clasificaciones de mayólica española, mexicana e italiana hechas con anterioridad. En el presente estudio se exponen los resultados del análisis de muestras, no sólo de origen español sino también mexicano e italiano, así como su comparación con otros obtenidos por otros grupos de investigadores, anteriormente.³² Detalles sobre la implementación de esta técnica y los métodos de interpretación estadística de los datos logrados, así como un análisis pormenorizado de la información resultante pueden consultarse en determinada bibliografía,³³ mientras que en otra³⁴ se describen los resultados alcanzados al combinar el AANI con el empleo de la microscopía electrónica de barrido con microsonda de rayos X.

A pesar de las numerosas bondades del AANI antes mencionadas, su empleo en ocasiones se ve limitado por varias características del método. En primer lugar,

29 R. L. Bishop: «Aspects of Ceramic Compositional Modelling», in *Models and Methods in Regional Exchange*, R.E. Fry, Ed., SAA papers No. 1, Society for American Archaeology, Washington D.C., 1980, pp. 47-65.

30 I. Brissaud, et al.: «Pottery Analysis Using PIXE, Neutron Activation, Scanning Electron Microscopy and X-Ray Fluorescence Techniques». *Journal of Radioanalytical and Nuclear Chemistry Articles*, v. 89, no.2, apr. 1985, pp. 473-486; O. Birgul, et al.: «A Comparison of the Statistical Treatment of Results Using Concentrations of Elements Determined by Neutron Activation and X-Ray Fluorescence Analysis Methods». *Journal of Radioanalytical Chemistry Hungary*, v. 55, no. 1, 1980, pp. 101-109.

31 *Practical Aspects of Operating a Neutron Activation Analysis Laboratory*, IAEA TECDOC-564, International Atomic Energy Agency, Vienna, 1990.

32 J. S. Olin, G. Harbottle y E. V. Sayre: «Elemental composition of Spanish and Spanish-Colonial Majolica Ceramics in the Identification of Provenience», Carter G. F. Ed. *Archaeological Chemistry II*, pp. 200-229, *Advances in Chemistry Series 171*, American Chemical Society, Washington D.C., 1978; J. S. Olin y M. J. Blackman: «Compositional Classification of Mexican Majolica Ceramics of the Spanish Colonial Period», *Archaeological Chemistry IV*, American Chemical Society, Washington D.C., 1989, pp. 87-112; J. S. Olin y J. E. Myers: «Old and New World Spanish Majolica», *Technology*, MRS Bulletin, vol. XVII, no.1, January 1992, pp. 32-38.

33 Román Padilla y Roger Arrazcaeta: «Classification of Majolica Pottery from Colonial Havana Based on NAA». En *Nuclear Analytical Techniques in Archaeological Investigations*. IAEA STI/DOC/010/416, Technical Reports Series, 416. Scientific Secretary: Roszbach, mar. 2003, pp. 135-146.

34 R. P. Álvarez, P. J. M. Van Espen, R. R. Pla, E. M. Rossi, R. A. Delgado, P. P. Godo Torres, and M. C. González: «Compositional Classification of Archaeological Pottery Based on Naa and SEM-EDX». *Journal of Trace and Microprobe Techniques*, v. 21, no. 4, 2003, pp. 677-695.

se necesita poder tener acceso a las facilidades de irradiación en un reactor nuclear de investigaciones y a los laboratorios de medición asociados a éstos. Por otra parte, los tiempos requeridos para el decaimiento de parte de los radioisótopos activados en la muestra (de vida «corta» y «media») y para poder medir otros que también son de interés hacen que la obtención de los resultados no sea posible con inmediatez, sino sólo después de transcurridas entre cuatro y seis semanas desde el momento en que fueron irradiadas las muestras. Finalmente, aunque la cantidad de exponentes a analizar es muy pequeña (de 200 a 300 mg), se precisa realizar una invasión mínima de la muestra para obtenerla, lo que no siempre es permitido o deseado por los propietarios o conservadores del objeto. Para la mayoría de los curadores, arqueólogos o historiadores, la opción ideal la constituye un método de análisis que al mismo tiempo reúna las bondades de no alterar la muestra y que brinde los resultados con la mayor premura.

Los vidriados de la mayólica, al encontrarse en la superficie de las piezas, pueden ser inspeccionados con facilidad mediante la utilización de una técnica no destructiva, como es el análisis por Fluorescencia de Rayos X (FRX). Numerosos trabajos han sido realizados a través de espectrómetros portátiles para la identificación cualitativa de pigmentos en pinturas de caballete o mural y policromías, entre otras obras. Como la penetración de los Rayos X en la materia depende de su energía y de la composición del objeto en estudio, con frecuencia la radiación utilizada para excitar la muestra puede alcanzar capas subyacentes a la capa exterior que se pretende analizar, y la radiación característica medida puede incluir información sobre éstas. Las principales limitantes para alcanzar resultados cuantitativos son la falta de modelos teóricos que permitan separar estas señales, o la ausencia de información a priori sobre la composición química y estructura de las capas de interés en el objeto a analizar.

En un artículo anterior al presente estudio³⁵ se reportan en detalle los resultados de un estudio de caracterización de los vidriados de mayólicas de diferentes tipos y procedencia. En esta investigación se analizaron mapas elementales obtenidos por barrido de áreas decoradas en las superficies de los

vidriados, al utilizarse un espectrómetro de micro Fluorescencia de Rayos X (micro-FRX) que permite irradiar un foco tan pequeño, como de aproximadamente 60 micrones de diámetro. Estos mapas se usaron para la identificación de los compuestos empleados en la decoración. Se obtuvieron resultados cuantitativos por micro-FRX de la composición de los vidriados de base, para lo cual se implementó un método de calibración de la sensibilidad instrumental del espectrómetro³⁶ que permite realizar el análisis cuantitativo de la composición de los vidriados, sin utilizar materiales certificados de referencia. La adecuación de las simplificaciones asumidas para el análisis cuantitativo de los vidriados fue verificada con la inspección por microscopía electrónica de secciones transversales de fragmentos decorados. La veracidad de los resultados cuantitativos alcanzados por micro-FRX fue validada por el análisis realizado con la microsonda de Rayos X del microscopio electrónico.

Análisis de la pasta de la cerámica

Los resultados obtenidos por AANI de 107 muestras de cerámica colonial, así como los resultados reportados para otras 114 muestras por otros autores, se integraron para conformar una matriz inicial de datos (ver relación de tipos de muestras en la tabla 1). Se realizó el análisis de componentes principales para reducir la dimensionalidad de la matriz de datos y posteriormente se aplicó el método de rotación Varimax para facilitar la interpretación de la variabilidad en los mismos. Como la matriz de datos analizada incluye muestras de varios centros de producción en México y España, hay una buena diferenciación entre las unidades de referencia de composición química a identificar.

La inspección de la ubicación de las muestras de mayólica en el espacio tridimensional, formado por los componentes principales extraídos, evidencia una buena concordancia entre los resultados obtenidos para las clasificaciones realizadas y los resultados reportados por Olin y Blackman (ver proyecciones en la figura 4). Solamente algunas muestras que fueron clasificadas como Sevilla Azul sobre Azul difieren

35 R. Padilla, O. Schalm, P. Van Espen, K. Janssens y R. Arrazcaeta: «Micro Analytical Characterization of Surface Decoration in Majolica Pottery». Enviado a publicar en marzo de 2004 a la revista *Analytica Chim Acta*.

36 R. Padilla, P. Van Espen, A. Abrahantes y K. Janssens: «Semiempirical Approach for Standardless Calibration in M-XRF Spectrometry Using Capillary Lenses». Aceptado para publicar en *X-Ray Spectrometry* (XRS 03-033).

Tabla 1. Relación de muestras comparadas por AANI

Mayólicas: 82 muestras		
Tipología	Procedencia	Cant. de fragmentos
Santovenia Azul sobre Blanco	Supuestamente española	17
Santovenia Policromo		7
Puebla Azul sobre Blanco	Puebla, México	7
Puebla Policromo	Puebla, México	18
Sevilla Azul sobre Azul	España	20
Catalana Azul sobre Blanco	España	5
Columbia Simple	España	8
Cerámica ordinaria: 25 muestras		
Vidriado Azul sobre Blanco	Supuestamente cubanas	1
Vidriado Verde		3
Superficie alisada, grosor fino		12
Superficie con poco acabado, grosor medio o grueso		4
Acordelada, acabado medio		5
Resultados anteriores (114) de estudios de mayólica utilizados en la comparación		
Mexico City White	Valle de México	21
Columbia plain (versión mexicana)	Valle de México	2
San Juan Polychrome	Valle de México	5
San Juan Polychrome	Puebla, México	17
San Luis Blue on White	Puebla, México	17
Aucilla Polychrome	Puebla, México	14
Mt. Royal Polychrome	Puebla, México	4
Puebla Polychrome	Puebla, México	2
Puebla Blue on White	Puebla, México	1
Sevilla White	España	4
Columbia Gun metal	España	5
San Luis Blue on White (versión española)	España	3
Columbia plain	España	14
Yayal Blue on Blue	España	5

significativamente por su composición. Este grupo de muestras (símbolos cuadrados no rellenos en la parte superior derecha de los recuadros en la figura 4) tiene no sólo concentraciones más altas de Cr, Sc y Fe, sino también de Na. Estas características sugieren un origen probablemente de Italia, y su pertenencia a la tipología Liguria, también con decoración Azul sobre Azul.

La mayor variabilidad en los datos se observó por las diferencias de las relaciones entre las concen-

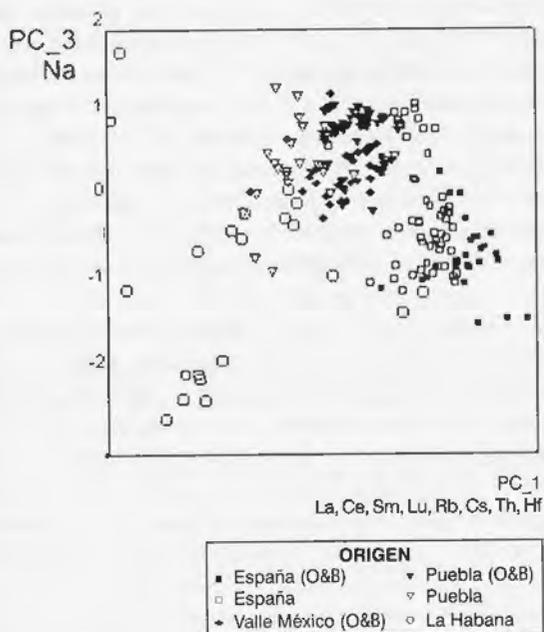
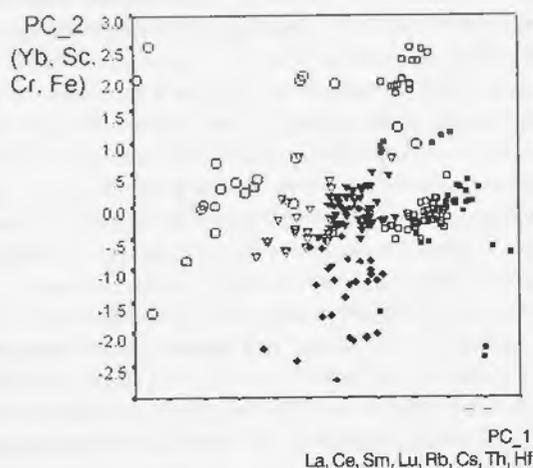


Figura 4. Ubicación de las muestras en las proyecciones del espacio tridimensional de los componentes principales extraídos

traciones de los elementos ligeros y pesados de las tierras raras (ETR), los cuales se retienen en los sedimentos hidrolizados, y por tanto, son indicadores de diferencias en la composición de las arcillas utilizadas. Las arcillas empleadas en los talleres de Puebla, del valle de México, de España y de Italia son fácilmente distinguibles entre sí.

Por otra parte, la presencia de cuarzo, clinopiroxeno, biotita y moscovita en el material temperante usado en la producción de mayólicas en España,³⁷ así como de materiales volcánicos en la producción mexicana,³⁸ es la fuente de las variaciones observadas en las concentraciones de Cr y Fe y de Th y Hf, respectivamente. Estas diferencias fueron corroboradas por el análisis por microsonda de rayos X acoplada al microscopio electrónico.

El método propuesto por Olin³⁹ para la identificación de la procedencia de las mayólicas mexicanas de los centros de producción de Puebla y del Valle de México, basado en las diferencias en las concentraciones de Cr y Fe, se corroboró en nuestros resultados.

La presencia de diferencias apreciables en la concentración de Na indicó la existencia de una posible disparidad en la proporción de minerales de plagioclasa en los materiales utilizados para la confección de algunos grupos de tiestos. Estas desigualdades fueron constatadas también por el análisis por microscopía electrónica.

Un estudio a escala regional (por ejemplo, la diferenciación de tiestos de Cataluña de los de Sevilla) podría ser también posible, al analizarse un conjunto significativo de muestras de estos tipos. Condición imprescindible para la interpretación de los resultados constituye el contar con información detallada que permita revelar las diversidades geológicas entre estas regiones.

El análisis de los fragmentos de cerámica ordinaria mostró que la composición de las mismas no permite adjudicarlas a ninguno de los tipos o centros de producción estudiados en España y México. Al parecer, la actividad de manufactura de cerámica para uso corriente existió en La Habana o en sus inmediaciones, y en ella se emplearon materias primas de distinto origen y naturaleza (ver símbolos en forma de círculos

no rellenos en la figura 4). Sólo en el caso de pocos fragmentos, se constataron similitudes en la concentración con las de algunas de las muestras estudiadas de Puebla. No obstante, la poca cantidad de fragmentos analizados no permite arribar a una conclusión definitiva.

Análisis de los vidriados

La creación de mapas elementales, que partieron de mediciones consecutivas al realizarse el barrido de áreas con decoraciones en la superficie de los vidriados, permitió identificar los principales compuestos utilizados para la realización de los elementos decorativos, debido a la concurrencia de varios elementos en decoraciones de un color en particular (ver figura 5). Varios óxidos metálicos fueron empleados para la preparación de diferentes tonos y colores: el azul con óxido de cobalto, el verde con óxido de cobre, así como el negro con mezclas de óxidos de hierro y manganeso. Óxidos de manganeso parecen haber sido también utilizados en la preparación de tonalidades violetas, y óxido de hierro en tonalidades rojizas. La obtención de tonalidades naranjas fue consecuencia de la mezcla de antimonato de plomo con óxido de hierro, mientras que la de decoraciones amarillas fue el resultado solamente del primer compuesto.

Varios elementos fueron identificados, además del cobalto, en los espectros resultantes de la medición de decoraciones azules. Algunos de éstos pueden ser indicadores de diferencias en la composición entre los óxidos de cobalto utilizados en las distintas regiones. Para explorar esta hipótesis, se compararon las proporciones entre las áreas de los picos de estos elementos y la de cobalto en los espectros de FRX para muestras de distinto origen. Estas relaciones permiten compensar las diferencias que pudieran ser el resultado de variaciones en el espesor de la capa de la decoración, o en la cantidad de óxido de cobalto presente en la misma. Se pudieron constatar diferencias en la proporción de hierro y potasio para las muestras de los talleres de Puebla (ver figura 6), lo que sugiere el uso de materias primas distintas, como los óxidos de cobalto provenientes de minas cercanas.

37 Ver nota 32.

38 Ídem.

39 Ídem.

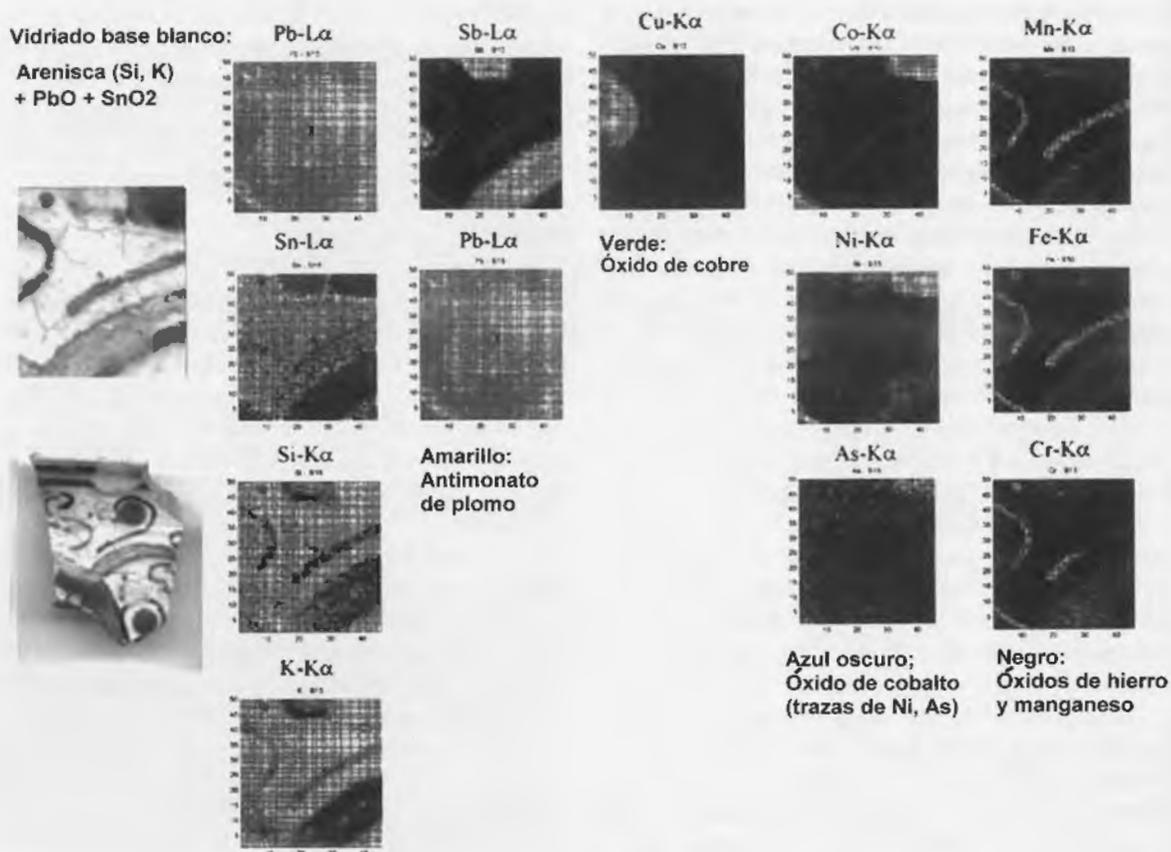


Figura 5. Ejemplo que ilustra la identificación de las sustancias empleadas en la preparación de los decorados a color de los vidriados

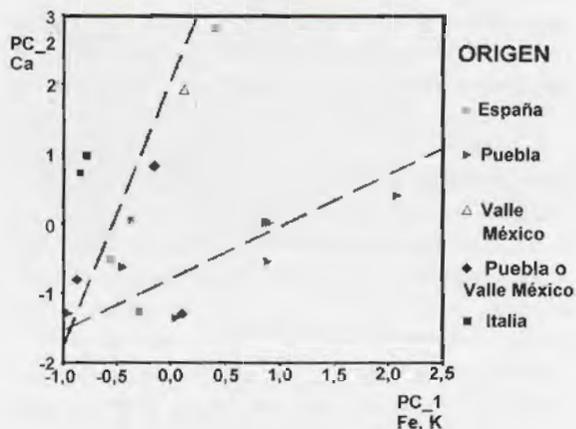


Figura 6. Diferenciación de los óxidos de cobalto empleados en las decoraciones azules, a partir de los elementos acompañantes

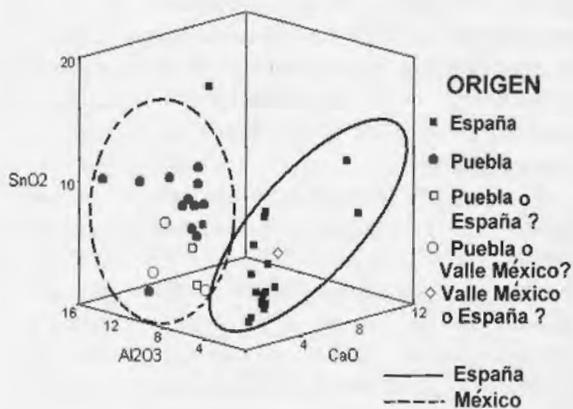


Figura 7. Diferenciación de las muestras, a partir de la composición de los vidriados blancos

La explotación de estaño y plata en Taxco ya era común a la llegada de los españoles, por lo que la disponibilidad de óxido de cobalto resultante de la producción de plata en ésta u otras regiones es quizás una alternativa menos costosa a la importación de este preciado material.

La factibilidad de la realización de análisis cuantitativo de los vidriados blancos de base, empleando la micro fluorescencia de rayos X, se demuestra en otro texto en fase de publicación.⁴⁰ La comparación de los resultados obtenidos permitió establecer desigualdades en la composición de los vidriados de México y España por medio de este método no destructivo y expreso.

Concentraciones más altas de aluminio son características de las mayólicas mexicanas, lo que pudiera ser consecuencia del uso de areniscas en lugar de arenas más finas como fuente de cuarzo en la receta de preparación. Este criterio resulta de gran utilidad para la identificación del origen de algunos tipos de mayólica que se han reportado como elaborados, tanto en España como en México. Por ejemplo, las dos muestras analizadas del tipo San Luis Polícromo (cuadrados no rellenos en la figura 7) parecen ser elaboradas en Puebla, mientras que la muestra de Santo Domingo Azul sobre blanco (rombo no relleno en la misma figura) más bien parece ser de origen español.

Una característica peculiar fue encontrada a través del análisis por microscopía electrónica. La presencia de frecuentes burbujas cercanas a la superficie, y en la que en su interior se observan conglomerados de partículas de estaño, hace que la señal medida por las líneas L de este elemento resulte mayor que si el estaño estuviera homogéneamente distribuido en el vidriado (ver figura 8). En el caso de los vidriados mexicanos, la concentración del estaño fue sistemáticamente encontrada en mayor proporción, lo que constituye un criterio concurrente al anterior para la identificación del origen.

Tabla 2. Carga de cada variable en los componentes principales extraídos (todas las muestras analizadas)

	Componentes principales		
	1	2	3
LG_LA	.963	-.069	.081
LG_TH	.939	-.004	-.017
LG_CE	.874	.129	-.278
LG_RB	.810	-.054	-.099
LG_HF	.801	-.025	.016
LG_SM	.791	.073	.127
LG_CS	.777	.035	-.011
LG_EU	.569	.222	.016
LG_LU	.557	.488	-.111
LG_FE	-.058	.769	-.067
LG_CR	.296	.750	.464
LG_SC	-.234	.750	-.102
LG_YB	.353	.621	-.366
LG_NA	-.034	-.142	.956

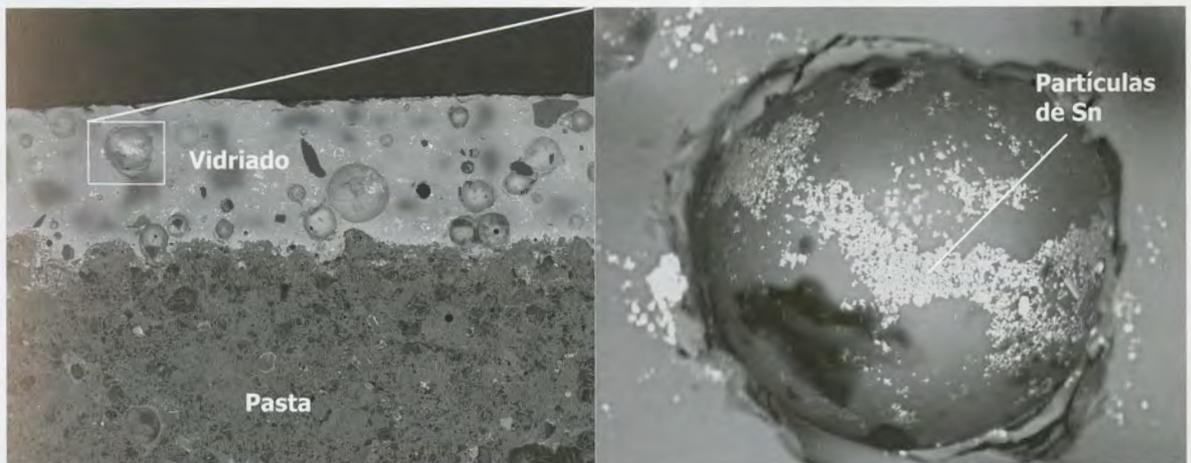


Figura 8. Presencia de burbujas en los vidriados mexicanos

40 Ver nota 36.

En las mayólicas de origen español la concentración de calcio resulta, a su vez, comparativamente mayor. La abundancia de este elemento debe estar condicionada por el uso frecuente de lías de vino como aditivo en la preparación del *masicote* de los vidriados.

Todas las diferencias observadas en nuestro trabajo concuerdan con las inferencias que pueden hacerse del resumen de las características de preparación de los vidriados dado por F. Lister y R. Lister.⁴¹ Otros criterios de diferenciación, aún no verificados, podrían ser los siguientes: Las muestras de Sevilla podrían ser diferenciadas de otras españolas por una mayor abundancia de potasio, como resultado de la sustitución de las lías de vino por cenizas de arbustos de los pantanos. Las muestras italianas deben mostrar una mayor abundancia de potasio, como resultado del uso de potasa como aditivo en la *coperta*. Aunque la abundancia de sodio pudiera ser también utilizada para diferenciar las muestras, este elemento no puede ser determinado por micro FRX.

En la tabla 2 se da un resumen de las proporciones de abundancia entre los diferentes elementos para los distintos tipos de mayólica estudiados. Las dos últimas líneas, aunque no comprobadas en nuestro trabajo, constituyen una inferencia lógica de las recetas descritas por los autores mencionados en líneas anteriores.

Conclusiones

·La clasificación tipológica de la mayoría de los fragmentos estudiados fue corroborada en lo concerniente a su procedencia, y sólo se encontró un grupo de muestras de origen italiano que habían sido erróneamente clasificadas como españolas.

·El estudio de la pasta de los fragmentos de mayólica de Santovenia evidencia su origen español, con características de elaboración de la pasta similares a los de los tipos Sevilla Blanca y Catalana Azul sobre Blanco.

·La mayoría de los fragmentos de cerámica ordinaria de La Habana no corresponden a ninguna de las tipologías de cerámica colonial estudiadas, por lo que puede suponerse que tal vez fueron producidas en Cuba, y la variedad en su composición sugiere la

probable existencia de diferentes talleres o recetas de preparación.

·Se identificaron los principales compuestos utilizados en la preparación de las decoraciones a color en los vidriados. Se constataron diferencias en la composición de las decoraciones azules de las muestras mexicanas en relación con las españolas y se propone un criterio para su diferenciación cualitativa.

·Las mayólicas de España y México pueden ser fácilmente diferenciadas por medio del análisis por micro Fluorescencia de Rayos X, lo que constituye una herramienta sumamente ventajosa por su carácter no destructivo y expedito. Este criterio resulta de gran utilidad para la identificación del origen de algunos tipos de mayólica que se han reportado como elaborados, tanto en España como en México.

Agradecimientos

Agradecemos al especialista Antonio Quevedo Herrero por su inapreciable ayuda en la selección y preparación de las muestras a analizar.

El colectivo de operadores del reactor Triga Mark, del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares de México, brindó un apoyo notable para la realización de este trabajo, que no hubiera sido posible sin la ayuda prestada por otros colegas de dicha institución, y en particular:

El M.Sc. Gustavo Molina y la M.Sc. María del Carmen López, por su ayuda al permitir el acceso a sus laboratorios de espectrometría gamma para la realización de mediciones.

El Dr. Luis Carlos Longoria (ININ) y el Ing. L. Mazón, por el acceso a las facilidades del Reactor Nuclear.

Por último, y no por ello menos importante, expresamos nuestro sincero agradecimiento al colega M. James Blackman, del NIST.

41 Florence C. Lister y Robert H. Lister: *Sixteenth Century Majolica Pottery in the Valley of Mexico*. Anthropological Papers of the University of Arizona, Number 39, The University of Arizona Press Tucson, Arizona, 1982.

Intervención arqueológica en la casa de los Marqueses de Arcos

Por: Carlos A. Hernández Oliva y Lisette Roura Álvarez

Resumen

Esta investigación es el resultado de una serie de excavaciones realizadas en una de las casas más importantes de la Plaza de la Catedral, en La Habana Vieja, antigua morada de personajes ilustres de la ciudad, desde bien temprano el siglo XVIII.

La búsqueda de información documental, las pruebas geofísicas practicadas en el inmueble, y la implementación de una estrategia de excavación horizontal, que abarcara la mayor porción de terreno disponible, se complementaron para dar como resultado una visión mucho más amplia de los procesos de transformación a que estuvo sujeto el lugar.

Introducción

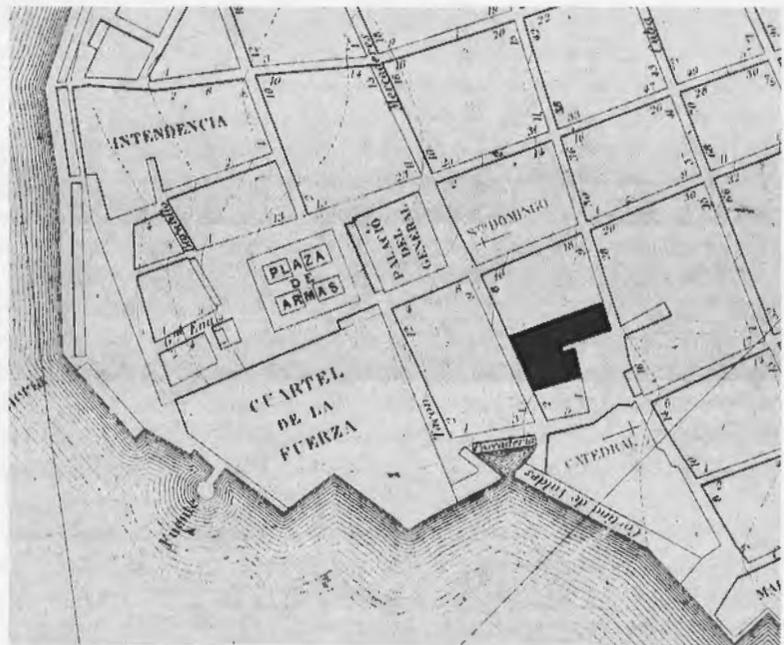
La casa, antigua morada de los Marqueses de Arcos, constituye uno de los exponentes principales en la arquitectura barroca del siglo XVIII. Se le considera no sólo como monumento insertado dentro del esplendor de La Habana, sino también en el período colonial en Cuba.

Todo en ella emana solidez, la belleza está lograda a base de equilibrio, asimetría bien pensada, decoración mural, carpintería, etc. Esto se remata con una monumentalidad trascendente, como es el caso de la escalera, que se agazapa detrás de un abocinado inicial, sorprendiendo con el espacio suficiente para lograr una impresión espacial fuera de las dimensiones humanas.

Abstract

This research is the result of a series of excavations undertaken in one of the most important houses located in the area of Cathedral Square, Old Havana. This house was the former dwelling of illustrious figures of the city right from early 18c.

The search for documentary information, the geophysical tests undertaken in the house and the implementation of a strategy for horizontal excavation that covers most of the plot of land available, were complemented so as to have a wider approach of the transformations that took place there.



Mapa correspondiente al siglo XIX, donde se muestra la ubicación del palacio de los Marqueses de Arcos



Pintura mural ubicada en la escalera principal. Corresponde al siglo xviii, la más antigua encontrada en el inmueble



Fachada del Palacio de los Marqueses de Arcos por la calle Mercaderes

El inmueble. Síntesis histórica

Esta casa está ubicada en el contexto urbano de la Plaza de la Catedral, entre las calles Empedrado y O'Reilly. Su fachada principal mira hacia la calle Mercaderes y está marcada con el número 16, aunque la más popular es la que da hacia dicha plaza con su amplio portal de cinco arcos de medio punto al frente, y uno en cada lateral.

Según actas del Cabildo, las primeras mercedaciones otorgadas en las inmediaciones de esta zona, datan del año 1550, tal y como puede verse a continuación:

Cabildo 29 de agosto de 1550

Diego de Córdoba presentó petición de un solar que lindaba con el solar de Alonso Hernández y Catalina la horra.

Mediante documentos se ha comprobado que el auge urbano en la llamada Plazuela de la Ciénaga no disminuyó en el siglo xvii, por el contrario, se consolida con el paso del tiempo. Se sabe que ya en 1707, el Dr. Teneza, primero en inaugurar los Protomedicatos de Cuba (Arrate 1964), era el dueño de parte del solar donde se ubica hoy la casona en estudio, así como las señoras Melchora y Josefa Avilés.

Algunos historiadores dan como fecha de inicio de fabricación de la actual construcción al año 1741, pues cuando el 15 de marzo de 1742 muere el Doctor Francisco Teneza, la casa ya es propiedad de Don Diego de Peñalver y Angulo, Tesorero de la Real Hacienda, quien la había comprado al doctor.

El 29 de julio de 1746, dicho tesorero solicita que se autorice cerrar, con las construcciones que se están haciendo en su vivienda, un callejón que comunicaba la Calle de los Mercaderes con la Plazuela de la Ciénaga y obtiene el permiso ese mismo año. En 1751, el inmueble estaba aún en construcción, observándose ya en un plano de Jorge Abarca, fechado hacia 1757, el callejón cerrado.

El 31 de julio de 1771 muere en La Habana el poderoso Diego de Peñalver, dejando a su primogénito Ignacio Peñalver y Cárdenas como heredero de la casa, al que se le concede el título de Marqués de Arcos por Real Despacho del 15 de noviembre de 1792, quien funge además como Tesorero General del Ejército, Real Hacienda y Marina de La Habana, Intendente Honorario de Provincia y Comisario Ordenador de los Reales Ejércitos. Éste efectúa reformas constructivas en su casa, habilitándola como tesorería.

A principios del siglo XIX, específicamente el 14 de septiembre de 1804, muere el primer Marqués de Arcos, dejando como heredero a su hijo José María Peñalver y Navarrete. Ese mismo año, pero el 23 de noviembre, muere el segundo marqués y los bienes los hereda Ignacio Peñalver y Peñalver, tercer Marqués de Arcos y Gran Cruz de la Orden Isabel la Católica. Pocos años después, los marqueses se mudan hacia una casa sita en Acosta e Inquisidor, y con posterioridad pasan a residir en el extranjero.

En 1828 la casa es alquilada por la Administración de Correos, la cual permanece allí hasta 1842. Dos años después, La Sociedad del Liceo Artístico y Literario de La Habana empieza a radicar en la casona, funcionando dentro del mismo una escuela de pintores muralistas. En esta fecha se realizan modificaciones notables al inmueble, readecuándolo a sus nuevas funciones. Muchos de estos cambios han permanecido hasta nuestros días, como, por ejemplo, el piso de mármol blanco que cubría completamente la planta alta.

En 1869 se disuelve dicha sociedad, tras la muerte de su fundador, el patriota Ramón Pintó. Luego, la casa tuvo varios usos como oficinas de distintos negocios, almacenes, etc., hasta que el 23 de octubre de 1934, a través del Decreto Ley n° 693, es declarada la Catedral de La Habana y los edificios que la rodean Monumento Nacional.

Actualmente, el edificio se encuentra siendo objeto de una larga y complicada restauración por parte de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, donde se intenta devolverle la magnificencia de antaño.

Paleogeografía

Las construcciones en la ciudad se estudian, por lo general, haciendo caso omiso de las características naturales del entorno en las cuales están emplazadas. De este modo, la necesaria relación hombre-naturaleza es obviada, pese a que en muchas oportunidades las condiciones geomorfológicas del terreno llegan a condicionar el ritmo, la forma y la calidad de la obra constructiva.

Uno de los objetivos de nuestra intervención arqueológica, era demostrar que el inmueble en estudio se encontraba encima de la frontera de la inicialmente llamada Plazuela de la Ciénaga, paraje hacia el cual se establecieron las primeras mercedes

de tierras en función de poblar la villa, tal y como puede verse en las Actas Capitulares, no descartando la posibilidad de que algunos vecinos habitaran la zona desde antes, pues las referidas actas sólo se conservan a partir de 1550.

Con certeza, no parecía ésta un paisaje agradable, pues todos conocemos las peculiaridades de un terreno pantanoso. Aparentemente, el hecho de que hacia el lugar se produjera una pendiente de vasculación geomorfológica negativa (tomando como puntos de referencia la Loma del Ángel y trazando una línea en el mismo sentido de la muralla hasta la actual estación de ferrocarriles) provocaba que parte de las aguas fluviales corrieran hacia el lugar, y éste por ser tan bajo y cercano al mar las mantuviera y evacuara lentamente.

Según estudios topográficos, realizados por C. A. Hernández Oliva en algunos puntos del área y apoyado además en la cartografía antigua y actual pudimos reconstruir tentativamente el perfil de la zona: hacia el norte, la Catedral parece haber sido edificada sobre la propia ciénaga, pues las excavaciones realizadas en la Capilla de Loreto (Hernández 1989) confirmaron la existencia de rellenos antrópicos hasta los 2,40 m de profundidad, entrando en contacto con el manto freático. Hacia el sur, la casa de los Condes de Bayona está asentada sobre la roca caliza estructural, en todo su frente; los portales de Marqueses de Arcos marcan el centrado hacia esa zona, retrocediendo algo en la medida que nos adentramos en la vivienda contigua, antiguo domicilio de los Pedroso. Hacia el oeste, la galería frontal que da paso a los portales de la casa del Marqués de Aguas Claras en línea con la calle San Ignacio, parece marcar otro perfil. Si esto es cierto, la ciénaga tendría una forma elipsoidal alargada, en dirección a la Catedral y su desagüe en sentido a la calle Empedrado, pudiendo recibir el aporte desde todos los puntos ubicados al oeste y noroeste.

Es obvio que, cuando se comenzó a poblar, hubo de ir rellenándose, lo que a juzgar por las excavaciones arqueológicas de la Catedral, ubica su antiguo nivel a casi 1,50 m por debajo de la actual plaza; téngase en cuenta que la iglesia se levanta a casi 1,00 m por encima del nivel referido. Esta actividad parece haber concluido hacia 1603, pues en el plano de Cristóbal de Roda no aparece referencia alguna a ciénaga en forma de topónimo. En cualquier caso, la traza urbana de finales de los siglos XVI y XVII, debió cambiar definitivamente su conformación primaria.

Arqueología

Una serie de trincheras y calas exploratorias fueron implementadas con el objetivo de ampliar el rango de perspectiva dado por las pruebas geofísicas, y puntualizar con mayor exactitud las áreas potenciales. Estas fueron tres, la primera se ubicó en el área contigua al zaguán de la casa, encontrándose solamente un canal construido de ladrillos, que pudo haber estado en contacto con el aljibe. Todo parece indicar que, con el objetivo de servir como aliviadero, éste fue habitado en el siglo XIX.

La unidad exploratoria nº 2 se colocó en la zona del patio central, lo que dio como resultado la localización del aljibe principal de la casa. Éste se halló con parte del techo obliterado y se pudo comprobar que fue excavado en la roca caliza natural del terreno.

La tercera y última exploración se practicó en el local por el que se accede al traspatio, y se halló una gran cantidad de tuberías de aguas albañales, correspondientes a la segunda mitad del siglo XIX, y la roca estructural, a pocos centímetros de la superficie.

Cuatro áreas de trabajo fueron intervenidas desde el punto de vista arqueológico, dentro del inmueble en estudio. La primera de ellas fue colocada en una de las galerías que rodea el patio central, y las restantes se ubicaron en tres de las habitaciones contiguas al traspatio.

Excavación 1

La galería norte del patio central fue la escogida para realizar una trinchera de 2 m de ancho, 6 de largo y 1,90 de profundidad máxima. El piso de losa isleña se encontraba fracturado y hundido, por lo que pudimos deducir momentos de reacomodo de sedimentos antrópicos a lo largo de la existencia de esta edificación.

La estratificación resultó ser bastante variada y representativa de los momentos de transformaciones acaecidos. El tercer nivel estaba conformado por un piso compuesto de ladrillos. Este pavimento parece corresponder a un momento habitacional anterior a la conformación de esta casa en el siglo XVIII, fecha en la que Diego Peñalver reconstruye y amplía el inmueble. Por lo tanto, todo parece indicar que en esta área podemos ubicar el foco evolutivo de lo que sería después la morada de los Marqueses de Arcos, aunque



Vista parcial de la excavación # 1, área donde se exhumaron varios artefactos de factura aborígen

desde el punto de vista dimensional es imposible definir, a nivel del uso de los espacios domésticos, las diferentes áreas de ocupación, tomando como base el resultado de esta excavación.

Así mismo, la presencia de horconaduras en esta zona nos está definiendo la existencia de, por lo menos, una estancia construida de madera u otros elementos de naturaleza orgánica, en tanto no se encontraron restos de muros de cantería o sus negativos.

Los estratos cuatro, cinco y seis denotan un movimiento térreo antrópico, quizás con el objetivo de elevar el nivel del terreno en relación con la ciénaga, y así pavimentar y situar las horconaduras sin correr el riesgo del hundimiento de las fábricas. Todo parece indicar que esto ocurrió en algún momento anterior al siglo XVIII, pues salvo excepciones intrusivas, las tipologías de artefactos hallados en estos sedimentos secundarios no sobrepasan el año 1650, como por ejemplo fragmentos de vidrio soplado y una amplia variedad de mayólicas entre las que se encuentran la Columbia Plain, Santo Domingo Azul sobre Blanco, Sevilla Azul sobre Azul, Ichtucknee Azul sobre Blanco, Morro, etc.

El séptimo y último estrato natural excavado, contenía solamente una pequeña área de fogón con

abundantes cenizas. En esta zona se localizaron fragmentos de una cazuela de hierro en avanzado estado de oxidación, resultado evidente de la acción del agua en el tiempo; se trata de un típico trípode, muy común en las cocinas habaneras hasta bien entrado el siglo XIX. En este mismo nivel se colectaron bastantes restos dietarios de cerdos, aves y pescados, entre otros. Además, un fragmento de burén, un raspador de *Codakia orbicularis*, una gubia, un pico y un martillo, elaborados en *Strombus* sp; evidencias de indudable filiación aborigen. Por sus características, no dudamos en clasificar esta basura como primaria (Schiffer 1976), testimonio de un antiquísimo momento, ubicable quizás, como parte de los primeros intentos de poblar el inhóspito paraje de la ciénaga por parte de los grupos remanentes de los aborígenes que convivían en la villa junto a los vecinos europeos.

Excavación 2

El área intervenida está ubicada entre la zona central de la casa y las habitaciones contiguas al traspatio. Alcanzó unas dimensiones de 14 m de largo, 5 m de ancho y 2,40 m de profundidad. En sentido general se hallaron abundantes y variadas evidencias, pero sin dudas las más relevantes fueron tres: una canal, un orificio excavado en la roca y un antiguo callejón, poniéndonos de manifiesto diferentes momentos de acción antrópica en esta área.

Cronológicamente hablando, el callejón llamado de Teneza, por ser éste el dueño de las casas colindantes al mismo, es la estructura más antigua e importante de esta zona intervenida. Este callejón comunicaba la calle de los Mercaderes con la Plazuela de la Ciénaga, dividiendo la casa en la actualidad existente. Cuando Diego Peñalver compra las propiedades y comienza la reconstrucción y ampliación de su vivienda, en 1746, este paso queda sepultado, pues las propiedades se convierten en una sola, muy parecida a la que tenemos hoy en día. Es quizás en ese mismo momento, en que se abre la cavidad rectangular encontrada, probablemente con la finalidad de aprovechar la piedra natural para facilitar y abaratar las obras constructivas.

Este hoyo se encontró repleto de sedimentos antrópicos secundarios, hasta una profundidad de 2,40 m. Durante todo el trabajo excavatorio se pudieron observar las huellas de corte hechas en la piedra y es por ello que tomamos en cuenta la posibilidad de aprovechamiento de la roca caliza como materia prima, procedimiento muy usual en las fábricas de entonces.

El canal encontrado, probablemente formaba parte del drenaje de la caballeriza. Fue construido a base de ladrillos fraccionados y enteros, y a través de él los líquidos eran conducidos a la base de lo que parece ser un depósito que posiblemente contuviera el agua dentro de la caballeriza, lo mismo con la función de asear el piso, dar de beber a las bestias o para limpiar



En primer plano, restos del Callejón de Teneza



Trabajos en la excavación # 2,

el área. Este canal parece tener relación directa con la segunda mitad del siglo XVIII, cuando dicho espacio se encontraba en función de los caballos. Experimentos realizados para determinar la inclinación de la pendiente, arrojaron que el agua corre hacia el pequeño depósito, sin olvidar que dicho canal está roto en uno de sus extremos. Al correlacionar, salta a la vista que esta modificación coincide con el cese de la función original de esta estructura, suceso que bien pudo ocurrir a finales del siglo XVIII o principios del XIX, pues la presencia de loza Crema y Perla dentro de este elemento así lo atestigua. Posteriormente, cuando el inmueble pasa a ser correo o liceo, ante un nuevo cambio, pierde sus funciones y fue levantado el nivel y ubicado el piso de losa isleña hasta nuestros días.

Excavación 3

Por el lado sur de la casa, esta nueva área a trabajar marca el límite de las parcelas añadidas a los dominios de Diego de Peñalver en el siglo XVIII. Se levantó toda la habitación contigua al traspatio, para ir descubriendo un total de 20 m², hasta una profundidad de 1,80 m.

Al comenzar los trabajos de excavación en dicha parte de la casa, todo el equipo estaba de acuerdo en que el lugar ideal para colocar una letrina era éste. Varias razones nos inducían a pensar en ello: su ubicación en el sitio más discreto y apartado de la casa, las dimensiones de la habitación y la cercanía a las zonas donde, supuestamente, se efectuaban las actividades domésticas, es decir, área de cocina y caballeriza.

Apenas retirado el piso de losa isleña y una delgada capa de relleno, aparecieron las estructuras de piedras que conformaban el espacio subterráneo perfectamente definido. Un razonamiento elemental nos condujo a pensar que este espacio perdió la capacidad funcional para el que fue concebido, y por lo tanto no podía permanecer abierto, so pena de inutilizar un área de la casa y poner en peligro la integridad física de uno de sus moradores.

Inicialmente, aceptamos sin discusión que se trataba de una letrina, que fue vaciada en función de mejorar las condiciones sanitarias del inmueble. Una casa con tales magnitudes, debía tener una servidumbre numerosa y generar, por consiguiente, un volumen de basura considerable, para lo cual necesitaban un espacio sanitario de grandes proporciones, algo muy común en La Habana de entonces.

Este núcleo excavatorio se caracterizó por la escasez de otro material que no fuera el vidrio; aparecieron solamente algunos restos de mayólica española y loza inglesa. Es de destacar la gran cantidad de botellas de ginebra y cerveza marca La Campana, algunas tan bien conservadas que aún podían leerse las inscripciones de las etiquetas. Esta marca tenía sus oficinas comerciales en la Calle de los Oficios (Roselló, comunicación personal) y era conocida solamente como importadora de ginebra, por lo que el hallazgo de botellas de cerveza en esta excavación constituyó un nuevo reporte para la ciudad. Este tipo de recipiente se comercializó en La Habana durante el último cuarto del siglo XIX (Quevedo, com. pers.).

Evidentemente, varios fardos de este material fueron vertidos para rellenar el espacio, pues sabemos que los materiales térreos eran escasos y caros, supliéndolos, en muchos casos por grandes concentraciones de basuras, como por ejemplo vidrios.

Tampoco es descartable que, tomando en cuenta las modificaciones morfológicas del espacio, estemos en presencia de un colector sanitario fabricado en el siglo XVIII, quizás como parte de la vivienda contigua, quedando posteriormente incorporado a las propiedades que Peñalver comprara a Teneza.



Fragments de botellas de cerveza La Campana, encontrados en la excavación # 3

Excavación 4

Finalmente, se decidió intervenir la habitación intermedia entre las excavaciones 2 y 3, colindante también con el traspatio de la casa, obteniendo así un seguimiento espacial de toda esta zona para un mejor entendimiento de la dinámica del inmueble. El área arqueológica alcanzó unas dimensiones de 24 m² y una profundidad de 2,00 m. Alrededor de los 0,60 m fueron descubiertos varios muros que, sin dudas, pertenecieron a otro colector sanitario.

El funcionamiento de esta estructura va a estar caracterizado por dos conexiones o tiros de desperdicios hallados en una de sus esquinas. El primero vinculado con la cochera y cocina, el segundo con una posible entrada desde los pisos superiores, donde se vertían las excretas humanas y otros desperdicios de origen antrópico que se generaban como producto de disímiles actividades domésticas. Los dos conductos, junto al habitual agujero encima de la estructura por donde también se votaban los desechos, que se usaba además como baño, tenían una frecuencia absolutamente anárquica, que debía estar supeditada a la irregularidad propia de la actividad humana, por lo tanto las modificaciones del contexto deposicional van a estar signadas por esta realidad.

Como consecuencia de la gran cantidad de desechos líquidos dentro del común, todos los demás van a sufrir un proceso de acomodamiento mucho más complejo desde el punto de vista deposicional, de lo que tradicionalmente estamos acostumbrados a reconocer. Todo parece indicar que el tranquilo y equilibrado cono de deyección, tantas veces descrito, no pasa de ser, al menos en este caso, una ilusión.



Vista de los artefactos hallados en la excavación # 4

Este común estaba constituido por dos estratos: el primero se conformaba por un gran *mélange*, donde la diversidad y fragmentación de ceramios evidencia un basural secundario dislocado (South 1976), por lo que extraer conclusiones cronoestratigráficas no resulta sensato. Las evidencias extraídas de la parte no perturbada, parecen haber sido arrojadas como resultado de la pérdida de sus atributos. Ello puede haber sido ocasionado por un cambio en las vajillas, como el que sucede en el último cuarto del siglo XVIII, cuando Wedwood (Hume 1992) le añade azul de cobalto a la loza Crema y populariza la loza Perla que desplaza rápidamente del mercado a su predecesora. Ante el influjo de lo nuevo, quedaron arrinconadas, ocupando espacio inútilmente, las otroras cotizadas fuentes, tazas y bacinillas de Queen Ware. Al mismo período corresponden los materiales recuperados, tal como la misma loza Crema, Bischoch, Cerámica Ordinaria y una gran cantidad de restos de dieta, tales como: escamas de pescado en cantidades considerables, espinas, huesos de *Sus scrofa*, de *Bos taurus* y de diversas aves, y fragmentos de cáscaras de huevo. Estas evidencias pudieran correlacionarse con el momento histórico ahora tratado.

La numismática constituyó un elemento cronodiagnóstico insuperable que corroboró los fechados relativos proporcionados por la cerámica. Vemos entonces cómo la moneda de mayor antigüedad, encontrada hacia la profundidad del colector, dentro del estrato primario, fue emitida en el año 1786, y la más tardía en 1814. Esta última suprayase a los desperdicios del colector, o lo que es lo mismo, formando parte del relleno secundario dislocado, lo que confirma que la letrina estuvo en uso, al menos desde 1786, y fue vaciada en algún momento posterior a 1814, probablemente como parte de las transformaciones acaecidas en el inmueble, durante la primera mitad del siglo XIX.

Reflexiones finales

Encarar la comprensión sobre la dinámica de un inmueble con tan larga vida como el estudiado, nos conduce, incuestionablemente, a postular hipótesis y formular criterios no siempre exitosos y permanentes. En sentido general, podemos establecer la evolución cronoespacial del sitio, combinando la información documental, cartográfica y arqueológica. Tratando de ganar en organización de la información, hemos dividido la historia de la vivienda en cuatro etapas:

Primera etapa

Comprende los siglos XVI y XVII, cuando las autoridades capitulares conceden mercedes de tierra hacia la zona. Esta información resulta de difícil microemplazamiento, pues las referencias comprenden a la Plazuela de la Ciénaga en sentido general, sin precisar dónde ubicar una casa u otra. Sin embargo, el nivel de piso y las huellas de horcones encontrados en la excavación no. 1 son testimonios inequívocos de habitación, como parte del proceso expansivo en el aspecto urbano que sufría la villa.

La convivencia de componentes de factura aborígen e hispana, corroboran lo temprano de los restos, y que los primeros no fueron exterminados absolutamente. Tal convivencia denuncia, más que cualquier otra cosa, una relación intercultural, donde los estratos sociales están perfectamente definidos, pero cuando dichas evidencias se incorporan al registro, pierden los atributos que factibilizan hacer la distinción.

Segunda etapa

Se relaciona con la conceptualización del inmueble antes de su estructura básica actual. Esto ocurrió, aproximadamente, en la primera mitad del siglo XVIII, cuando el protomédico real Dr. Teneza, personaje principalísimo de la ciudad, adquiere los dominios de las casas existentes en dicho paraje.

Poco ha quedado impreso en el registro arqueológico que nos dilucide aspectos sobre morfología, usos y readecuaciones de los espacios por esa fecha. Esta realidad es la que nos lleva a apoyar la idea de que, a nivel horizontal, la casa no sufrió grandes movimientos desde el punto de vista de traza general. Si despojáramos al edificio de la planta alta, los portales que dan hacia la Plaza de la Catedral, la portada barroca y del traspatio, tendríamos una imagen muy similar a la de los tiempos en los que el Dr. Teneza era el propietario de la zona.

Tercera etapa

Corresponde al momento en que Diego Peñalver compra las casas del protomédico, a uno y otro lado del callejón, para levantar uno de los inmuebles más representativos de la arquitectura colonial cubana. De esta época es la reconstrucción que proponemos, si

atendemos al registro, las decoraciones, observación de los elementos arquitectónicos, información histórica y particular.

Las funciones domésticas se realizaban, preferentemente, en la planta baja y el entresuelo. La preparación de los alimentos, almacenaje de bienes de rango económico (como azúcar y tabaco), servicios sanitarios, custodia y aseo de carruajes y bestias de tiro, disponían de su espacio específico. El movimiento del personal doméstico en servicio hacia las habitaciones se lograba a través de una escalera ubicada en la habitación inmediata anterior a los portales, de la que solamente queda una huella similar a la existente en la oficina de la tesorería. Todo parece indicar que Peñalver tenía acceso directo desde su oficina, ubicada en el entresuelo, hacia la planta alta, sin tener necesidad de acudir a la vía de acceso principal de la casa.

Finalmente, en la planta alta se ubicaban los espacios absolutamente reservados para los dueños de la vivienda. El comedor parece estar situado hacia la Plaza de la Catedral, mientras que un salón de idénticas proporciones hacia la calle Mercaderes pudo ser empleado como lugar de reuniones sociales. Los dormitorios se encontraban al sur, donde la privacidad y el silencio debieron garantizar el descanso, amén de estar conectados, como suponemos, con la oficina de la tesorería.

Las pinturas murales de galerías y habitaciones jerarquizan estos espacios. Grandes medallones, contentivos de escenas urbanas, y cenefas lujosamente decoradas, debieron contribuir a embellecer y propiciar una atmósfera agradable para la estancia.

Cuarta etapa

Comprende el siglo XIX, cuando el inmueble pierde su condición doméstica y pasa sucesivamente de Administración de Correos a Liceo Artístico y Literario. En esta etapa se hicieron amplias transformaciones espaciales, con el objetivo de reacondicionar zonas de la casa que perderían sus funciones primarias, en tanto el carácter eminentemente familiar se perdería irremediamente. Por ejemplo, desaparece la o las cocinas de la vivienda; ambos colectores sanitarios entran en desuso, y en la planta alta los accesos de las galerías este y oeste, y sus respectivos salones, sufrieron transformaciones notables. Además, la puerta del salón que mira hacia la calle Mercaderes

fue ampliada, para lo que se aumentaron los puntos de apoyo con columnas de hierro e interiormente se dividió el espacio con un tabique de ladrillos; las puertas y ventanas hacia la Plaza de la Catedral también se modificaron, aspecto éste solucionado por el restaurador Bay Sevilla, cuando acometió los trabajos de restauración en la década de los treinta del siglo xx.

Este esbozo de reconstrucción constituye, más que cualquier otra cosa, un empeño por movilizar y combinar la información proveniente del registro arqueológico. Visualizar un inmueble, más allá de su especificidad arqui-

tectónica e histórica, implica el riesgo de la subjetividad y el error, al intentar mostrar algo que está distanciado por la aparente insuperable barrera del tiempo. El eufemismo que se desprende de lo anterior, nos permite creer que podemos romper esa barrera, y lo hacemos en la medida que nos acerquemos a la verdad como concepto, no totalitaria, pues se trata de nuestra verdad, atada a una coordenada temporo-espacial concreta, dependiente, en última instancia, de nuestra capacidad interpretativa, no en función de imaginar –privilegio de todos– sino de explicar, interpretar, deducir, inferir.

BIBLIOGRAFÍA

Binford, Lewis (1988): *En busca del pasado*. Editorial Crítica, Barcelona.

Dacal Moure, Ramón (1975): *Artefactos de concha en las comunidades aborígenes cubanas*. Universidad de La Habana, La Habana.

Deagan, Kathleen (1987): *Artifacts of the Spanish Colonies of the Florida and the Caribbean 1500-1800*. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.

Fournier, Patricia (1990): *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México, con base a los materiales del ex convento de San Jerónimo*. INAH, México D.F.

Goggin, John (1968): *Spanish Majolica in the New World*. Publications in Anthropology, no. 62, Yale University Press, New Haven.

Hernández Oliva, Carlos Alberto (1998): «Intervención arqueológica en la casa de los Marqueses de Arcos». Informe de campo inédito. Biblioteca del Gabinete de Arqueología, La Habana.

Hume, Ivor Noel (1977): *A Guide of Artefacts of Colonial America*. Alfred Knoph, New York.

Pérez de Arrate, M. F. (1964): *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias occidentales*. Comisión Cubana de la UNESCO, La Habana.

Rodríguez González, Anicia (1997): «Investigación histórica de la casa de los Marqueses de Arcos». Inédito. Biblioteca del Gabinete de Arqueología, La Habana.

Roig de Leuchsenring, Emilio (1960): *Monumentos de la República de Cuba. La Plaza de la Catedral*. Publicación de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.

Schiffer, Michael (1976): *Behavioral Archaeology*. Academic Press, New York.

South, Stanley (1977): *Method and Theory in Historical Archaeology*. Academic Press, New York.

Weiss, Joaquín (1996): *Arquitectura colonial cubana*. Instituto Cubano del Libro, Agencia Española de Cooperación Internacional y Junta de Sevilla, La Habana.

Wright, Irene (1927): *Historia documentada de San Cristóbal de La Habana, siglo xvii*. T. I y II. Editorial El Siglo XXI, La Habana.

Arqueología Histórica y sociedad moderna en Latinoamérica

Por: María Ximena Senatore y Andrés Zarankin

Resumen

En un contexto latinoamericano de discontinuidades sociales, a partir de la instrumentación de los diferentes ejes que significan la modernidad, se proponen alternativas críticas de indagación de la realidad en la disciplina, en confrontación con los esquemas de pensamiento producidos por los centros de poder para legitimar los discursos académicos.

Abstract

Within the Latin-American context of social discontinuity derived from the praxis of lines which entail modernity, alternatives are proposed to question on the reality of Historical Archaeology versus thought produced in the centers of power, aimed at legitimization of an academic speech.

Desde su incorporación formal al ámbito académico, en la década 1950, la Arqueología Histórica en América ha venido buscando una identidad que la aglutine e identifique. Este objetivo se ha visto reflejado en innumerables definiciones (Cf. Orser 1996), que a través de los años, con mayor o menor aceptación, intentaron normalizar y homogenizar este campo. Actualmente, entre las definiciones más difundidas dentro de la Arqueología Histórica americana, podemos mencionar dos grandes grupos, aquel en el que se le define como «la arqueología de la sociedad moderna» y el que se le reconoce como «la arqueología de las sociedades con escritura». Ambos grupos de definiciones, aunque de naturaleza diferente, no son mutuamente excluyentes y han coexistido en la práctica académica.

Por otra parte, y a pesar de la cantidad de definiciones propuestas a través del tiempo, existe un punto en común que debe ser mencionado: Casi todas ellas fueron generadas por investigadores anglosajones; cuyo objeto de estudio eran sus propias sociedades. Esta situación no es de poca importancia, ya que –como esperamos discutir en el presente trabajo–, al tomar como caso de análisis Latinoamérica, la utilización de dichas definiciones fuera de los contextos en los que fueron generados termina produciendo conflictos que afectan el trabajo interpretativo del arqueólogo.

Arqueología Histórica: definiciones y alcances

El origen de la Arqueología Histórica americana como campo de estudio particular, a mediados del siglo xx y principalmente en los Estados Unidos, se vincula a la búsqueda de una Arqueología para estudiar la propia sociedad blanca. Desde entonces quedan definidos dos campos claros, una Arqueología prehistórica, asociada a la Antropología para estudiar al otro cultural (los indios) y otra histórica, cuyo objeto de estudio eran los europeos. En sus comienzos, algunos la definían como el estudio «de los restos materiales de cualquier período histórico» (Schuyler 1970: 84) o «del material histórico perteneciente al pasado reciente y remoto en relación con la historia documental y la estratigrafía en las que se encuentra» (Noel Hume 1969: 12) o como «aquellos estudios en los que se usa data arqueológica e histórica» (South 1977: 1). De esta forma, la

delimitación del campo se apoyaba en las particularidades metodológicas relacionadas con la presencia de evidencia histórica que podía ser integrada a los estudios arqueológicos; en palabras de Deagan (1988: 7) un «acceso simultáneo a múltiples categorías de evidencia que dan cuenta de los mismos procesos y eventos del comportamiento pasado de grupos humanos».

Paralelamente, otras posiciones entendían que el campo de la Arqueología Histórica se delimitaba a partir de una problemática de estudio o de un rango temporal. En este caso, el énfasis se pone en la expansión europea y en la conformación de la Sociedad Moderna.¹ En consecuencia, los límites temporales para América comienzan con la llegada de Colón y se extienden hasta nuestros días (Orser 1996). Así, la Arqueología Histórica es definida como «la arqueología de la dispersión de las sociedades europeas en el mundo, que comienza en el siglo xv, y los subsiguientes desarrollos e impactos en las poblaciones nativas de todas partes del mundo» (Deetz 1991: 1).

Tal como fue mencionado anteriormente, el perfil general de la especialidad está dado por el mundo anglosajón, ya sea por el caudal de investigaciones y publicaciones², por la gran difusión y circulación de ideas, así como por la organización asimétrica de la estructura de producción del conocimiento en el mundo capitalista –ligada al manejo de poder– (Bourdieu 1988). En este trabajo discutimos acerca de las definiciones que son utilizadas para la Arqueología Histórica americana, como punto de partida para reflexionar luego acerca de sus implicaciones en los contextos de producción académica en este campo, en Latinoamérica.

Arqueología del mundo moderno

Gran parte de los investigadores que trabajan en Arqueología Histórica entienden como foco de estudio

a la conformación del mundo moderno (Orser y Fagan 1995), que comienza con la expansión europea (Falk 1991) y coincide con la consolidación del sistema capitalista y de un nuevo orden social (Johnson 1996) global (Deetz 1991: 2). Actualmente hay un cierto consenso y aceptación sobre las formas de aproximación a la sociedad moderna, al colonialismo, al igual que a la expansión del capitalismo.

En Arqueología Histórica se entiende que este proceso de cambio involucró diferentes aspectos de la vida cotidiana, de ahí se infiere que la sociedad moderna se relaciona con el desarrollo de las relaciones capitalistas y el nuevo orden consiste en el surgimiento, dispersión y mantenimiento de nuevas prácticas sociales (Johnson 1996). Esto implica un cambio en las relaciones no sólo entre los individuos, sino también entre las personas y las cosas (Amussen 1988), y por lo tanto la Arqueología –como estudio de la cultura material– tiene mucho que decir para la comprensión de este proceso. En la Arqueología Histórica, las ideas acerca de un nuevo orden social fueron propuestas y formalizadas como un modelo teórico, a partir del estudio de casos de las colonias inglesas en Norteamérica, en el siglo xviii (ver Glassie 1975, Leone y Potter 1988, Little y Shackel 1989) y fueron completadas a partir de genealogías del llamado *Georgian Order* en Inglaterra (Johnson 1990, 1991, 1993), extendiendo los límites temporales y espaciales para comprender sus orígenes. Dentro de este esquema explicativo, se han propuesto como conceptos claves para analizar las transformaciones en las prácticas sociales al *individualismo*, *segmentación*, *estandarización* y *consumismo* (Johnson 1996). De acuerdo con este marco, el nuevo orden implicó nuevos patrones de disciplina individual que tienen sus orígenes en la Ilustración y que van de la mano con la base ideológica del capitalismo (ver Foucault, Donzelot, Grignon, Gaudemar, Muel y Castel 1981). El capitalismo enfatiza la estandarización como parte de la producción industrial, al ubicar a lo individual en el centro de su

1 Para Orser (2002), la Arqueología Histórica como estudio del mundo moderno es una definición que tiende a ser usada por arqueólogos que viven y trabajan en las partes del mundo que fueron colonizadas por europeos después de 1500. Estos arqueólogos, quienes también están profundamente interesados en la unión de materiales excavados y textos escritos, tienden a enfocar varios temas que fueron importantes durante los últimos 500 años. Éstos incluyen los aspectos materiales del capitalismo, la creación de roles de género, el uso de teorías racistas, la interacción de indígenas con colonizadores, el surgimiento y crecimiento del capitalismo, entre otros muchos tópicos.

2 Cabe mencionar que en 1967 se fundaron la Society for Historical Archaeology en los Estados Unidos, y la Society for Post-Medieval Archaeology en el Reino Unido. Actualmente, hay numerosos proyectos en funcionamiento en todo el mundo y se publican revistas especializadas, por ejemplo, en Europa, *Post-medieval Archaeology* (desde 1967), *Ramage / Revue d'Archéologie Moderne et Général* (desde 1981), *Archeologia Postmedievale*

base ideológica, relacionado con los patrones del consumo en masa (Johnson 1996: 203). Por otra parte, la idea de consumismo (Schakel y Little 1991) se apoya en que la mayor disponibilidad de bienes materiales, resultado de las nuevas formas de producción y circulación de las mercancías, implicó cambios en las formas de relación entre las personas y las cosas, a través de nuevos patrones de consumo (Shammas 1990), aunque los objetos materiales en sí mismos, y el deseo social de su adquisición, actuaron también como una fuerza social para la transformación de la producción y de los sistemas distributivos de mercancías (Mukerji 1983). Esto se relaciona con el concepto de estandarización que ya no se refiere sólo a la producción en serie, sino a una cierta homogeneización en el acceso a determinados bienes por las clases de élite y la popular (Johnson 1996).

En el campo de la Arqueología Histórica, este modelo teórico es dominante en el mundo académico anglosajón, y sus variantes son utilizadas habitualmente para explicar la conformación de la sociedad moderna, aceptándose su aplicabilidad en diferentes contextos geográficos (Blades 1986, Delle 1998 y 1999 y Hall 1992 y 2000). De esta manera, el mundo moderno es caracterizado por una economía única que es colonial, internacional y en expansión (Orser 1996).

Posiciones alternativas: Arqueología de las sociedades con escritura

Actualmente, muchos investigadores rechazan asumir como único foco de estudio de la Arqueología Histórica al colonialismo europeo y el surgimiento del capitalismo, y adoptan una «definición más flexible», a partir de la presencia de documentos escritos.³ En este marco, diversas culturas con escritura pueden

caer dentro del campo de la Arqueología Histórica, no importa cuáles sean las características de los textos disponibles mientras éstos puedan complementarse con la información que se produce desde la Arqueología.

Los que usan esta definición tienden a interesarse tanto por las culturas que investigan, como por resolver cómo los datos arqueológicos y la información escrita pueden ser unidos en el estudio y la comprensión del pasado. La posibilidad de esta integración ha generado uno de los principales espacios de debate teórico-metodológico de la especialidad, discusión que comienza en las primeras investigaciones en la década de los setenta (Binford 1977) y continúa siendo explorada en nuestros días (Deagan 1982, Little 1992, Dyson 1995, Kepecs y Kolb 1997, entre otros).

Se dice que la disponibilidad de distintas fuentes de evidencia, como las escritas y las arqueológicas, es una particularidad metodológica que requiere técnicas analíticas específicas, porque los arqueólogos se enfrentan a los documentos con nuevas nociones que surgen de una perspectiva materialista dictada por la naturaleza de la evidencia arqueológica (Beaudry 1988: 1). El resultado de esta exploración metodológica es de lo más variado. Complementación, confrontación, integración, tratamiento independiente y búsqueda de contradicciones son parte de esta amplia gama de propuestas. Así, algunos conciben ambas evidencias como *corpus* de datos epistemológicamente independientes, que por su distinta naturaleza deben ser tratados de forma separada. Tales posiciones sostienen que la única forma de combinar ambos *corpus* es generando ciertas hipótesis a partir de un tipo de evidencia y, contrastarlas a partir de la otra. Algunos investigadores afirman que evidencia histórica y evidencia arqueológica son producidas por

(desde 1997). En América, en los Estados Unidos, *Historical Archaeology* (desde 1967), *International Journal of Historical Archaeology* (desde 1997), además de las revistas regionales (por ejemplo *Massachusetts Historical Archaeology*). En Australia, *Australasian Society for Historical Archaeology* (desde 1971). La revista *Arqueología Histórica en Latinoamérica* (*Historical Archaeology in Latin America*) fue publicada por la Universidad de South Carolina, los Estados Unidos, entre 1994 y 1998, en inglés, español y portugués. Recientemente se ha publicado la primera *Enciclopedia de Arqueología Histórica* en inglés, en el Reino Unido y editada por Charles Orser (2002).

³ Una publicación muy importante por su difusión y su contenido como síntesis y planteo de nuevas direcciones, fue el libro editado por Pedro Funari, Sian Jones y Martin Hall: *Historical Archaeology from the Edge*, Routledge, Londres, 1999, como resultado de un simposio en un congreso mundial de Arqueología. El título se traduce como *Arqueología Histórica desde los extremos*, y como su nombre lo indica, es una respuesta a las definiciones de este campo que tienden a homogeneizar el problema tratado. En sus propuestas se rechaza asumir como único foco de estudio de la Arqueología Histórica el colonialismo europeo y el surgimiento del capitalismo. Se alienta allí a la construcción de teoría interdisciplinaria para explicar y entender determinados problemas sociales a partir de la cultura material. Más allá de la presencia de fuentes escritas, la propuesta se dirige a hacer Arqueología que se centre en problemas tales como dominación y resistencia, lo global y lo local, colonialismo e imperialismo, poder e identidad, desde el análisis de la cultura material.

procesos independientes (Leone y Potter 1988: 22). Sin embargo, otros sostienen que son generadas por un proceso único y que por lo tanto deben ser tratadas de forma integrada (Morris 1997). Dentro de estas perspectivas interpretativas, se entiende que la cultura material puede ser tratada como un texto, y los textos como cultura material, por tanto y pueden textos y materiales ser considerados como una unidad (Yentsch 1988: 142).

De estas múltiples aproximaciones a la combinación de ambas evidencias han surgido propuestas novedosas para estudiar a la sociedad. Así, buscando «el espacio entre las palabras y las cosas» (Hall 1999), se han abordado los discursos materiales y verbales observándose cómo se intersectan para comprender los niveles de conformación de la sociedad. Como resultado de este proceso de investigación metodológica, se ha comenzado a discutir un nuevo papel para la Arqueología Histórica. Si la Arqueología y la prehistoria permiten escribir la historia de «la gente sin historia» (Wolf 1982), es decir de los pueblos sin escritura, la Arqueología Histórica puede contar las historias de «la gente con historia», es decir, dentro de las sociedades con escritura, los que no se encuentran representados en las fuentes escritas (Little 1994). De tal manera surge la idea de la Arqueología de la «pluralidad», que incluye a las minorías, a los marginales, a los esclavos, en suma, a los que no registraron su propia historia. Pero en este camino se ha ido un poco más allá, proponiendo que se pueden escribir también historias alternativas a las versiones «oficiales», para cuestionar las llamadas «Master Narratives» (Johnson 1999) sobre determinados procesos o hechos del pasado (Senatore y Zarankin 1999).

Estas mismas ideas son las que terminan cuestionando la primera definición del campo de la Arqueología Histórica como estudio del capitalismo y colonialismo europeo, al afirmar que «la historia del capitalismo mundial es la historia del orden del mundo dominante dentro del cual viven diversas sociedades, pero hay también historias de diversas tradiciones y prácticas de gentes que no pueden ser reducidas a formas de generar excedentes económicos o conquistas o dominación de otros» (Asad 1987 en Funari *et al.* 1999). Estas posiciones son parte de una respuesta a las propuestas que tienden a entender a la Arqueología Histórica a partir de «homogeneizar» el problema tratado.

En síntesis, consideramos que la idea de una Arqueología Histórica, como estudio del proceso global de formación de «una» sociedad moderna, enmascara una heterogeneidad que niega las particularidades de este proceso en nuestras sociedades. Por el contrario, consideramos que es necesario trabajar con múltiples trayectorias que generan diferentes «sociedades modernas», cada una con su propia dinámica e historia. Para ejemplificar esta posición utilizamos como caso de discusión a Latinoamérica.

Arqueología Histórica y sociedad moderna en Latinoamérica

Si aceptamos que la Arqueología Histórica estudia a la sociedad moderna, y que ésta se define a partir de cambios en las prácticas sociales, también debemos reconocer que los significados de las prácticas sociales y sus cambios difieren de contexto en contexto, por lo tanto debemos explicar los cambios, mediante el énfasis en la particularidad de los distintos ámbitos locales. Por otra parte, si la sociedad moderna se identifica como nuevo orden, lo que consiste en nuevas prácticas, se hace necesario analizar los fundamentos teóricos que consideran el espacio de las prácticas como escenario del cambio social.

Desde este punto de vista, la comprensión de las nuevas prácticas sólo es posible si se atiende a la particularidad de los contextos en los que éstas se manifiestan. Es decir, al considerarlas a la luz de su historia y evaluarlas de acuerdo con sus múltiples significaciones, teniendo en cuenta la pluralidad de grupos dentro del escenario social. En un marco de discusión más amplio, Funari, Hall y Jones señalan: «es necesario mantener una perspectiva crítica ante cualquier tendencia aparente hacia la homogeneización cultural» (Funari *et al.* 1999: 15). El resultado de estas ideas es una fragmentación de lo que parecía ser un todo, y en este caso permite una aproximación a múltiples «sociedades modernas».

Por consiguiente, cabe mencionar que en Latinoamérica se han iniciado algunas investigaciones en el campo de la Arqueología Histórica, con un punto de mira hacia el conocer la diversidad de dinámicas implicadas en la conformación del mundo moderno, en distintos contextos regionales y locales (Funari 1995 y 1997, Fournier García 1993 y 1998, Symanski 1998 y

2001 y Andrade Lima 1997 y 1999, Curbelo 1999, Gassiot Balbé y Palomar Puebla 2000, Torres de Souza 2002, Senatore 2002 y 2003, Bianchi Vilelli 2002 y Zarankin 2003, entre otros). Ahora se demuestra una especial preocupación por entender la importancia de los discursos coloniales en la construcción de identidades, los ejes de diferenciación sobre los que se apoyan las sociedades actuales, a través del estudio de la cultura material. Frente a la globalización cultural están tomando cierta importancia las posiciones que se orientan a defender la diversidad cultural, a partir del estudio de historias locales (Andrade Lima 2002). Merece la pena destacar que se han generado muchos espacios de discusión, encuentros, jornadas y congresos para intercambiar ideas y establecer líneas de trabajo para entender un pasado común y comprender a la sociedad moderna en Latinoamérica, en el marco de sus procesos históricos peculiares.

En este sentido es interesante mencionar las reflexiones acerca del impacto del colonialismo en la construcción de las identidades, en las sociedades modernas. Funari señala que la imagen que la gente elabora sobre su propia identidad se compone principalmente de ideas sobre su origen y cómo se diferencian de los demás. Para ellos, el colonialismo causó cambios masivos en los pensamientos sobre identidad, tanto en lo que respecta a los orígenes como sobre la constitución de la idea de «otro».

Consideramos que una línea hacia la comprensión de la «sociedad moderna latinoamericana», consiste en desarrollar una Arqueología Histórica dirigida a deconstruir las macro identidades generadas desde los discursos hegemónicos (mundo blanco occidental), y a rescatar las múltiples identidades sobre las que se construyó y aún funcionan nuestras sociedades modernas. Este acercamiento crítico hacia las narrativas históricas implica trabajar con categorías tales como «fragmentación e integración». Esto significa que el interjuego de escalas de análisis es una vía adecuada para vincular contextos locales y procesos globales, entendiendo la dinámica de su articulación.

Siguiendo esta línea, creemos que es necesario profundizar en la «genealogía» de la sociedad moderna en Latinoamérica, es decir, buscar las conexiones históricas que nos brinden el contexto dentro del cual interpretar los cambios en las prácticas sociales a través del estudio de la cultura material. Para esto se hace necesario construir los modelos explicativos, y

tener en cuenta los contextos de significación de la cultura material, así como los procesos particulares de construcción de identidades sociales y relaciones de poder. En principio, una primera línea es someter a análisis los discursos hegemónicos que contribuyeron a la estructuración de las sociedades latinoamericanas, y que, como ya ha sido expresado en numerosos trabajos de investigación, terminan por distorsionar nuestras realidades.

No discutimos la utilidad de la aplicación de los modelos y definiciones utilizados en Arqueología Histórica para dar cuenta de ciertos procesos en escalas globales, pero bien vale reflexionar acerca de sus alcances para la comprensión de nuestros contextos locales. ¿Qué es lo que define a la sociedad moderna en nuestros contextos particulares, lejanos a los centros de expansión política, económica, ideológica? En este sentido, si se habla de cambios en las prácticas, no puede afirmarse que en Latinoamérica la sociedad moderna se define a partir de tendencias hacia individualización, estandarización, consumismo y segmentación. Tal vez deberíamos preguntarnos qué grupos construyen su identidad a partir de estas nuevas prácticas, y cuáles la construyen o negocian desde la oposición o contraste con estos cambios. También debe relacionarse ello con la circulación de nuevos discursos acerca de un «nuevo» orden social, y evaluar si nuestras sociedades modernas se definen a partir de un proceso de internacionalización de nuevas estructuras de poder, o de nuevas formas de representación de ese poder, o nuevas articulaciones (discordancias) entre discursos del poder y prácticas sociales. Así pues, nos preguntamos si es efectivo el procedimiento analítico utilizado; aquel en el que generalmente se define «lo moderno», a partir de lo que está sucediendo en los centros de expansión, y se buscan semejanzas, y ante la ausencia de éstas interpretar, en distintas escalas, prácticas de «resistencia», «atraso», o «falta de desarrollo».

Palabras finales

Es necesario asumir la idea de que existen múltiples formas de conformación de la modernidad en distintos tiempos y espacios. Por ello nuestra vía de introducción al problema es conocer la diversidad de dinámicas de esos procesos en sus múltiples

versiones, que tienen su génesis en la multiplicidad de discursos, representaciones y prácticas. Estamos convencidos que en Latinoamérica el desafío no está en homogeneizar y construir explicaciones globalizantes, sino en explorar las diferencias y entender las singularidades de los pasados regionales y locales.

De esta manera, nos cuestionamos como arqueólogos cuáles son las limitaciones de adoptar esquemas de pensamiento producidos en los centros de poder para legitimar nuestros discursos académicos. Reflexionamos acerca de cómo escapar a las interpretaciones simplistas de que la falta de homogeneidad con los grandes centros académicos de dispersión de

ideas, y formas de hacer Arqueología, son prácticas de resistencia, o atraso, o falta de desarrollo. En otras palabras, nos preguntamos cómo construimos nuestra propia identidad y desde donde construimos nuestro pasado, presente y futuro. Son todas preguntas que quedan abiertas.

Agradecimientos

Agradecemos a Lourdes Domínguez por su gentil invitación a publicar en esta revista y a Pedro P. Funari por sus valiosos comentarios.

BIBLIOGRAFÍA

Amussen, Susan (1988): *An Ordered Society: Gender and Class in Early Modern England*. Columbia University Press, Nueva York.

Andrade Lima, Tania (1997): «Arqueología Histórica en América del Sur. Un desafío para la próxima década», en Conferencia brindada en el IX Congreso Nacional de Arqueología, Uruguay.

————— (1999): «El huevo de la serpiente: una arqueología del capitalismo embrionario en el Río de Janeiro del siglo XIX», en *Sed Non Satiata. Teoría social en la Arqueología latinoamericana contemporánea*, Andrés Zarankin y Félix Acuto (eds.). Ediciones del Tridente, Buenos Aires, pp. 189-238.

————— (2002): «O papel da Arqueologia historica do mundo globalizado», en *Arqueologia da Sociedade Moderna. Cultura Material. Discursos e Práticas*, A. Zarankin y M.X. Senatore (eds). Ediciones del Tridente, Buenos Aires, pp. 117-127.

Asad, T. (1987): «Are There Histories of Peoples without Europe? A Review Article», en *Comparatives Studies in Society and History*, 29, pp. 594-607.

Beaudry, Mary (ed) (1988): *Documentary Archaeology in the New World*. Cambridge University Press, Cambridge.

Bianchi Villelli, Marcia (2002): «Prácticas de consumo en la colonia de Floridablanca». Tesis de Licenciatura, FFyL, UBA.

Binford, Lewis (1977): «Historical Archaeology- Is It Historical or Archaeological?», en *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*. L. Ferguson (ed.), The Society for Historical Archaeology Special Publication, pp. 13-22.

Blades, Brooke (1986): «English Villages in Londonderry Plantation», en *Post-Medieval Archaeology*, vol. 20, pp. 257-269.

Bourdieu, Pierre (1988): *Homo Academicus*. Polity, Cambridge.

Curbelo, Carmen (1999): «Análisis de uso del espacio y San Francisco de Borja Yi (Uruguay)», en *Sed Non Satiata. Teoría social en la Arqueología latinoamericana contemporánea*, Andrés Zarankin y Félix Acuto (eds.). Eds. del Tridente, Buenos Aires, pp. 97-116.

Deagan, Kathleen (1988): «Neither History Nor Prehistory: The Question the Count in Historical Archaeology», en *Historical Archaeology* (Tucson), 22, pp. 7-12.

————— (1982): «Avenues of Inquiry in Historical Archaeology», en *Advances In Archaeological Method and Theory*, vol. 2, pp. 151-173.

Deetz, James (1991): «Archaeological Evidence of Sixteenth and Seventeenth-Century Encounters», en *Historical Archaeology in Global Perspective*, L. Falk (ed). Smithsonian Institution Press, Washington D.C., pp. 1-10.

Delle, James (1998): *An Archaeology of Social Space. Analyzing Coffee Plantations in Jamaica's Blue Mountains*. Plenum Press, Nueva York.

————— (1999): «Extending Europe's Grasp: An Archaeological Comparison of Colonial Spatial Process in Ireland and Jamaica», en *Old and New Worlds*. G. Egan y L. Michael (eds), Oxbow Books, Exeter, pp. 106-116.

Dyson, S. (1995): «Is There a Tex in This Site?», en *Historical & Archaeological Views on Text & Archaeology*. David Small (ed.), E.J. Brill, Leiden, pp. 25-44.

Falk, Lisa (ed.) (1991): *Historical Archaeology in Global Perspective*, Smithsonian Institution Press, Washington D.C.

Foucault, Michel, C. Donzelot, J. Grignon, F. Gaudemar, R. Muel y R. Castel (1981): *Espacios de poder*. La Piqueta, Madrid.

Fournier García, Patricia (1993): «Arqueología del colonialismo de España y Portugal: Imperios contrastantes en el nuevo mundo». Trabajo presentado en la Primera Conferencia de Arqueología Histórica, Colonia del Sacramento, Uruguay.

————— (1998): «Arqueología Histórica americana, la perspectiva de Patricia Fournier», *Cuadernos del INAPL*, Buenos Aires, vol. 17, pp. 307-312.

Funari, Pedro P. (1995): «Cultura material de Palmares: O Estudo das Relações sociais de um Quilombo Pela Arqueologia», *Idéias*, 27, pp. 37-42.

————— (1997): «Archaeology, History and Historical Archaeology in South America», en *International Journal of Historical Archaeology*, vol 1, 3, pp. 189-206.

Funari, Pedro, Sian Jones y Martin Hall (eds.) (1999): *Back from the Edge, Archaeology into History*. Routledge, Londres.

Gassiot Balbé, Armengol y Beatriz Palomar Puebla (2000): «Arqueología de la Praxis: Información Histórica de la Acción Social. EL caso de la unión de cooperativas agropecuarias de Mirafior, Nicaragua», *Complutum*, (Madrid), vol.11, pp. 87-99.

Glassie, Henry (1975): *Folk Housing in Middle Virginia*, University of Tennessee Press, Knoxville.

Hall, Martin (1992): «Small Things and the Mobil, Conflictual Fusion and Power Fear and Desire», en *The Art and Mystery of Historical Archaeology: Essays in Honour of James Deetz*, A. Yentsch y M. Beaudry (eds), CRC, Londres, pp. 373-397.

————— (1999): «Subaltern Voices? Finding the Spaces between Things and Words», en *Back From the Edge*, P. Funari, S. Jones y M. Hall (eds). Routledge, Londres, pp. 193-202.

————— (2000): *Archaeology of the Modern World. Colonial Transcripts in South Africa and The Chesapeake*. Routledge, Londres.

Johnson, Matthew (1990): «The Englishman's Home and its Study», en *The Social Archaeology of Houses*. Edimburgh University Press, pp. 245-257.

————— (1991): «Meaning of Polite Architecture in 16th Century England», en *Historical Archaeology* (Tucson), 26, pp. 45-56.

————— (1993): «Rethinking the Great Rebuilding», en *Oxford Journal of Archaeology*, 12, vol.1, pp. 117-125.

————— (1996): *An Archaeology of Capitalism*. Blakwell, Oxford.

————— (1999): «Rethinking Historical Archaeology», en *Back from the Edge*, P. Funari, M. Hall y S. Jones (eds). Routledge, Londres, pp. 23-36.

Kepecs, S. y M. Kolb (eds.) (1997): «New Approaches to Combining the Archaeological and Historical Records», en *Journal of Archaeological Method and Theory* Special Issue, vol. 4, no. 3 / 4.

Leone, Mark y Parker Potter (1988): «Introduction: Issues in Historical Archaeology», en *The Recovery of Meaning. Historical Archaeology in the Eastern United States*. Smithsonian Institution Press, Washington D.C., pp. 1-22.

Little, Barbara (1992): *Text-Aided Archaeology*. CRC Press, Boca Raton.

————— (1994): «People with History: An Update on Historical Archaeology in United States», *Journal of Archaeological Method and Theory*, vol. 1, pp. 5-40.

————— y **Paul Shackel (1989):** «Scales of Historical Anthropology: An Archaeology of Colonial Anglo-America», en *Antiquity*, 63, pp. 495-509.

Morris, Ian (1997): «Archaeology as Cultural History», en *Archaeological Review of Cambridge* 14, vol.1, pp. 3-16.

Mukerji, Chandra (1983): *From Graven Images*. Columbia University Press, Nueva York.

Noel Hume, Ivor (1969): *Historical Archaeology*. Knopf, Nueva York.

Orser, Charles (1996): *A Historical Archaeology of the Modern World*. Plenum, Nueva York.

————— (2002): *Encyclopedia of Historical Archaeology*. Routledge, Londres.

————— y **Brian Fagan (1995):** *Historical Archaeology*. Harper Collins College Publishers.

Schuyler, Robert (1970): «Historical and Historic Sites Archaeology as Anthropology: Basic Definitions and Relationships», en *Historical Archaeology* (Tucson), 4, pp. 83-89.

Senatore, María Ximena (2002): «Discursos Iluministas e Ordem Social representaciones materiales na colonia espanhola de Floridablanca em San Julian (Patagonia, seculo xviii)», en *Arqueologia da Sociedade Moderna. Cultura Material. Discursos e Praticas*. Ediciones del Tridante, Buenos Aires, pp. 87-106.

————— (2003): «Poblamiento de la costa patagónica en el siglo xviii. La colonia de San Julián». Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid, España.

————— y **Andrés Zarankin (1999):** «Arqueología Histórica y expansión capitalista. Prácticas cotidianas y Grupos operarios en Península Byers, Isla Livingston, Shetland del Sur», en *Sed Non Satiata*, A. Zarankin y F. Acuto (eds.). Ed. del Tridante, Buenos Aires, pp. 171-188.

Shackel, Paul y Bárbara Little (1991): «Post-Processual Approaches to Meaning and Uses of Material Culture in Historical Archaeology», en *Historical Archaeology*, 26, pp. 5-11.

Shammas, Carole (1990): *The Pre-industrial Consumer in England and America*. Clarendon Press, Oxford.

South, Stanley (1977): *Method and Theory in Historical Archaeology*. Nueva York, Academic Press.

Symanski, Luis (1998): *Espaço privado e vida material em Porto Alegre no século XX*. Pontifícia Universidad Católica do Rio Grande do Sul, Porto Alegre.

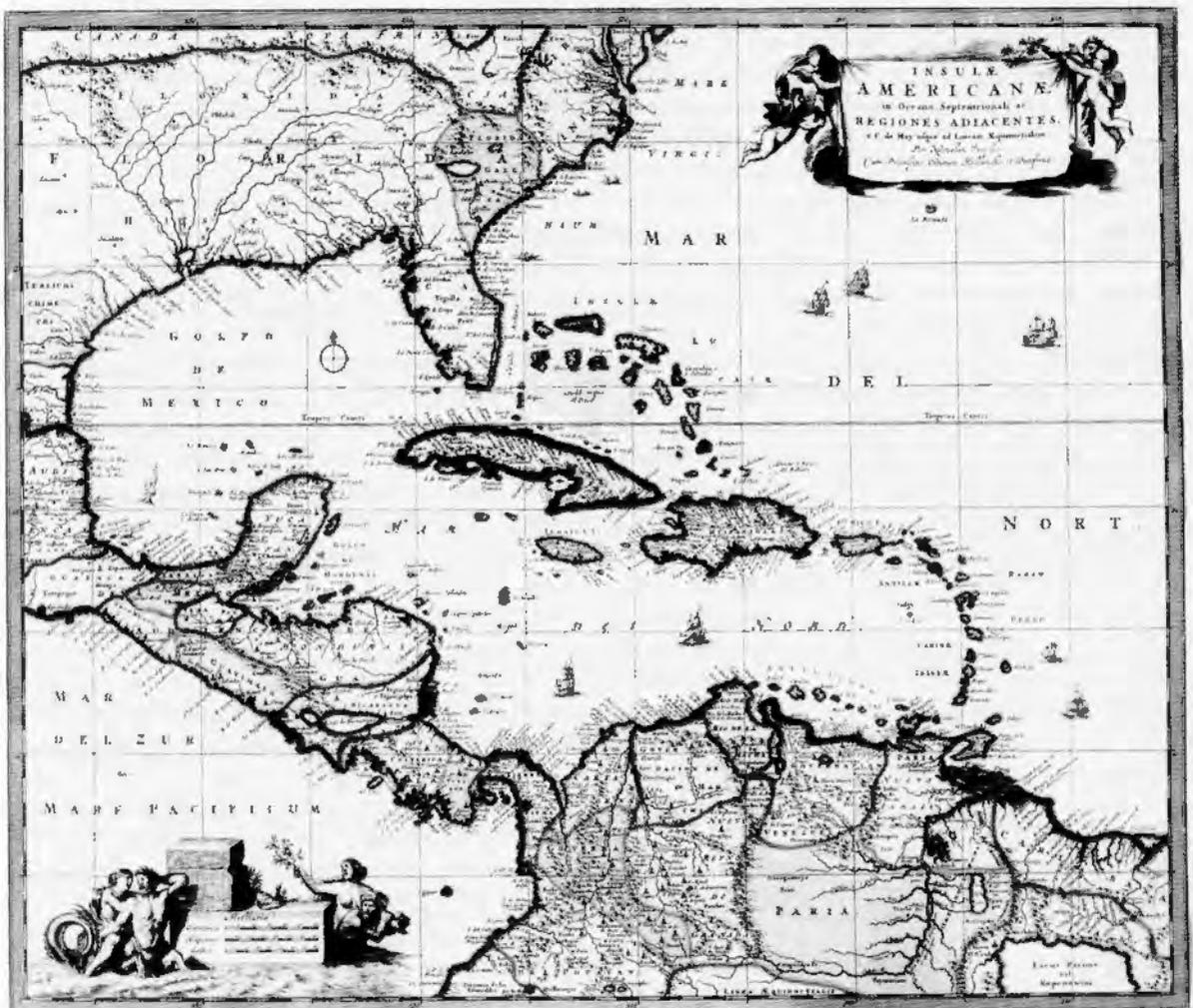
————— (2001): «Exposição e isolamento: Práticas de refugio e de mudanças de visao de mundo em um ambiente rural – sitio fazenda

Camurugi (BA)», en *Revista do IGPA*, (Universidad Católica de Goiás), vol. 4, pp. 113-138.

Wolf, Eric (1982): *Europe and the People without History*. University of California Press, California.

Yentsch, Anne (1988): «Legends, Houses, Families, and Myths: Relationships between Material Culture and American Ideology», en *Documentary Archaeology in the New World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 5-19.

Zarankin, Andrés (2002): *Paredes que domesticam. Arqueologia da Arquitectura Escolar Capitalista; O caso do Buenos Aires*. Ed. del Tridente, Buenos Aires.



Patrimonio y Arqueología Histórica.

Reflexiones desde una epistemología antropológica

Por: Iosvany Hernández Mora

Resumen

En la actualidad, la labor de conservación del patrimonio, edificado bajo una novedosa noción de mínima intervención, muestra un conjunto de actividades y representaciones teóricas que emergen de disciplinas tales como: Restauración, Arquitectura y Arqueología. La representación de las diferentes praxis disciplinares, contenidas en las propias proyecciones particulares, tanto desde una perspectiva interna como externa, comporta un espacio poco coherente de aplicabilidad en función de los objetivos que se plantean para el logro de una autenticidad en la restauración.

Abstract

Currently, conservation work of buildings, based on the new approach of minimum interference shows a group of actions and theoretical views which derive from disciplines such as Restoration, Architecture and Archaeology. Representation of different discipline praxis, contained in specific designs, whether from an internal or external approach, leaves a somewhat incoherent space for application serving the objectives laid down for the accomplishment of an authentic restoration.

En este trabajo se tratará la relación que en la actualidad ha devenido necesidad socio-histórica, entre patrimonio, mínima intervención y Arqueología Histórica como ciencia socio-cultural que estudia el pasado humano, a través de restos materiales.

Resolutivamente nos proponemos el fenómeno, desde la óptica de que la relación objeto de estudio, lejos de mantenerse unida mediante la causalidad tradicional, desborda un comportamiento complejo. Sobre esta premisa se ha considerado que las condiciones sociales objetivas, las subjetividades en juego y las particularidades paradigmáticas de las disciplinas, marcan una realidad integral de interrelaciones funcionales en términos de valores, concepciones, posiciones, finalidades políticas y estrategias sociales (Trigger 1993: 369-370).

Pero sin obviar estas observaciones, se orientará el análisis hacia la relación de los rasgos metodológicos distintivos de la Arqueología, las finalidades de las prácticas consecuentes de aplicación, y las nuevas concepciones o principios de mínima intervención, con vistas a lo que debe ser la correspondencia de acciones que se plantean para el cumplimiento de la conservación, restauración y rehabilitación del patrimonio edificado. Este aspecto, a pesar de su evolución, sigue con la misma vieja interrogante: ¿Cómo rescatar y preservar los sitios y objetos arqueológicos (patrimonio cultural) de manera adecuada y congruente con su valor social, protegiendo la información que contienen? (Crejo 1976: 74)

La existencia metodológica de un fenómeno complejo conviene en la situación que se propone, a través de tres supuestos de partida, evidentes para el abordaje, y que hay que tener en cuenta en un esfuerzo por mantener una postura relativamente abierta e independiente de ciertos prejuicios referentes a la organicidad en la salvaguarda del patrimonio en una localidad específica.

En principio, aun cuando se considera que en las relaciones sujeto-sujeto la actividad cognoscitivo-valorativa deviene medida normativa y reguladora de las propias relaciones, y de su asimilación crítica sobre patrones sociales compartidos, se debe reconocer la heterogeneidad y multiplicidad de las representaciones y concepciones particulares en relación. Para ello debe obviarse lo que se presupone como criterios compartidos en una sociedad. También deben reconocerse la peculiaridad

de las prácticas investigativas, desde diferentes disposiciones disciplinares, y las acciones finales para la restauración de inmuebles, dado por el objeto y el método, sellada consecuentemente por una ficticia homogeneidad de objetivos a cumplir, a partir de diferentes actitudes y, por último, la plurifocalidad interna de la problemática, recurrente en el conjunto que determina el cumplimiento de una relación dialógica (opuesta y complementaria), en los márgenes de la unidad de discurso transdisciplinar e interdisciplinar, entendiéndose en la más amplia dimensión. De esta manera, se aspira a mantener una orientación que conceptualice de forma operativa la doble dimensión social del sujeto (investigador), pero como entidad activa y no pasiva en la sociedad de la cual es parte.¹

Más allá de una reflexibilidad epistémica en su enfoque externo, se intentará provocar la reflexión teórica en las contrastaciones y los vínculos que se mueven en este fenómeno de manera interna (Bunge 1972: 50), con la noción de una singular lección sistémica, traducible en la retroacción del todo con las partes (Morin 1996: 11, Bunge 1999: 29-30 y Harris 2000: 49-56).

La reciente Carta de Cracovia (2000: 6), desde una perspectiva holística, estableció la definición de patrimonio como: «conjunto de obras del hombre en las que la comunidad reconoce sus valores específicos y particulares y con los cuales se identifica». En correlación con declaraciones internacionales anteriores –la Carta de Venecia, en 1965 y la Carta del Restauro, de 1972– este enunciado en esencia se encuentra reflejado en disposiciones contextuales más concretas. Por ejemplo, en el caso de Cuba en el decreto no. 118 (1998: 7-8) se establece en el inciso K como patrimonio cultural de la nación «todo centro histórico urbano, construcción o sitio que merezca ser conservado por su significación cultural, histórica o social...»

Asimismo, pero desde una perspectiva antropológica sociocultural, se ha entendido como patrimonio «los modelos normativos y valóricos que orientan

acciones y experiencias, mediante los cuales hombres, mujeres y grupos, en una localización societal e histórica definible, reaccionan ante sus entornos y reducen su complejidad» (Arnold 1991: 81).

De esta manera, la materialidad de la vida humana, antes señalada por la Carta de Cracovia, el producto de la actividad cotidiana adecuada a fines y objetivada en artefactos y estructuras perceptibles de varios niveles, cumple un papel activo en la sociedad donde se pauta la tradición en todos los sentidos.

Los actores individuales y colectivos están sujetos a estas exigencias, en una interrelación dinámica activa en la que estos factores traducen y propician el cambio constantemente. De ahí que las concepciones referidas a qué es el patrimonio, cómo restaurarlo y conservarlo, están de forma significativa emparentadas con la producción habitual. De igual forma lo están los discursos disciplinares formativos y orientativos, y toda suerte de acciones consecuentes que a su vez, y en la medida en que se hacen repetitivas, crean el hábito.

Por patrimonio se entendería una dualidad filtrante entre dos espacios imposibles de separar, tanto material como ideacional, uno y lo otro se encuentran de forma indisoluble como totalidad orgánica en la actividad práctica, cognoscitiva y valorativa, entendiéndose la actividad como síntesis de lo objetivo y subjetivo (Pupo 1990: 107). El estudio, restauración y rehabilitación del patrimonio debe tener en cuenta esta realidad bifronte que debe tener su reconversión para el presente y el futuro, y que depende pragmáticamente del cómo y no del por qué² se restituye el pasado para las actuales sociedades. La primera interrogante, referente al cómo se realizan esencialmente estas restauraciones, es un elemento vital que presupone y admite una actitud en términos de significados, que afecta desde lo tangible e intangible tanto las intervenciones como los métodos hermenéuticos que se utilizan para darle sentido al pasado.

Se entiende que la Arqueología Histórica posee un papel fundamental en los estudios básicos aplicados

1 Desde la cuestión clásica del filosofema epistemológico cognitivo: relación sujeto-objeto, se tiende a una conceptualización práctica metodológica bipolar sin rupturas relacionales o «circularidad objetividad-subjetividad», que complementa las praxis fundamentales de tratamiento de la mencionada relación (enfoques gnoseológico o fenomenológico), ya desde el deseo explicativo nomológico, como hermenéutico, de la realidad social (Sotolongo 1998: 144-155).

2 El «por qué» y el «cómo» están estrechamente relacionados, de manera que estas instancias son mutuamente relevantes. Pero si vamos a la significación habitual del «por qué» es mucho más urgente atender al «cómo», puesto que toda respuesta en este sentido se orienta a la trascendencia patrimonial.

a la restauración del patrimonio edificado, en virtud de los planes de intervención. Aunque no existen criterios unificados de definición, esta disciplina se comporta, en su especificidad metodológica para la aprehensión de las realidades históricas, como la conjunción de procesos explícitamente arqueológicos, donde el registro estratigráfico constituye un centro para método de intervención, y la búsqueda exhaustiva de lo que se conoce como fuentes históricas, ya sean orales o escritas.³ En este sentido, para poder expresar las similitudes y diferencias observadas en el registro arqueológico, y explicitar los procesos de cambios y diversificaciones de los modos de vida, el arqueólogo dispone de una pluralidad de fuentes de información, que varían desde artefactos y estructuras hasta la arquitectura y el registro pictórico (Fournier 1990: 15).

Esta particularidad está lejos de manifestarse como una facilidad para la investigación, más bien complica el asunto, pues se puntualiza que la variedad de fuentes de información es en sí una pluralidad de contextos, donde deben distinguirse semejanzas y diferencias relevantes para los estratos arqueológicos dentro del contexto metodológico que se plantea el arqueólogo (Hodder 1994: 156-157).

Una parte de la Arqueología Histórica ha sido denominada Arqueología de sitios históricos, Schuyler (1978: 20) la define como: «El estudio de manifestaciones materiales de expansión de la cultura europea en el nuevo mundo no europeo, que se inicia en el siglo XVI y finaliza con la industrialización o el presente, dependiendo de las condiciones locales». Para descodificar y operacionalizar tal definición, se podría convenir que esta Arqueología se ocupa de aquellos espacios temporales y simbólicos, donde se concretaron las producciones resultantes de procesos de transculturación, debido a la expansión colonialista de la cultura europea. Dentro de éstos, conviene destacar aquellos que muestran valores urbanísticos y de concentración poblacional, estimados como centros históricos donde confluyeron, a merced de las relaciones sociopolíticas, lógicas constructivas (métodos, técnicas y materiales) y estilos (componente estético) que abarcan desde el trazado de los poblados y ciudades hasta de edificios y artefactos.

La restauración y rehabilitación del patrimonio edificado en centros históricos debe correr con dos dimensiones equitativamente valoradas y comprendidas: Una referida al análisis de la materialidad de los espacios y estructuras, la cual brinda una información decisiva para la explicación de las formas constructivas y técnicas del pasado, la arquitectura, el arte, historia de las colectividades, sus sistemas productivos, hábitos y lógicas sociales. Y otra, significativa e inscrita al ámbito del manejo desde el presente de la representatividad del pasado, en arreglo a que cada restauración prefigura intereses del presente que le subyacen (Azkárte 2002: 57).

El procedimiento restaurativo se estima en una comprensión de la identidad en relación con lo otro en el tiempo; el objeto (sitio o ciudad) debe ser comprendido simultáneamente en expresiones de su propio contexto y en términos del presente.

El elemento que hace posible esta perspectiva es el conocimiento del pasado como producto del cual ambos contextos u horizontes se están moviendo interminablemente, puesto que cada respuesta acerca de lo otro (el pasado) conduce a una nueva autoconciencia y nuevas preguntas en el presente (Gadamer 1975: 271).

De esta manera, la restauración se presenta como una operación que tiene como finalidad la conservación, pero también como una ocasión irrepetible y única de conocimiento. Estas premisas son consubstanciales e insolubles (Azkárte 2002: 58). La actividad de restauración no puede concebirse sin el conocimiento, lo más completo posible, de lo que se desea restaurar. La insolubilidad de estos componentes procede de la historicidad del objeto, y en consecuencia de su carácter interpretativo en lo cognitivo y la restauración.

Existen diferentes documentos internacionales que han pretendido el consenso o el establecimiento de pautas a seguir en lo que se considera procedente en la noción de restauración. La Carta de Venecia en su artículo noveno (1964: 2) plantea que ésta: «Tiene como fin conservar y revelar los valores estéticos e históricos del monumento y se fundamenta en el respeto a la esencia antigua y a los documentos auténticos». En la Carta del Restauo (1972: 3, 11) se

³ Sin embargo, un concepto amplio demuestra que lo que se considera como fuente histórica va más allá. No sólo se atiende el resultado del proceso histórico directo, sino todo aquello que pueda ayudar a definir y explicar el curso histórico en sus múltiples variedades (Schmidt 1975: 144).



Excavación considerada de rescate, localizada en una sección de la planta. Área del pozo al comienzo de la intervención en la casa no. 74 de la calle Amargura, La Habana Vieja, Cuba



Imagen que muestra la relación de diferentes momentos constructivos. Establecidos gracias al descarnado total del revoque original que llegó hasta nuestros días en una pared de la casa no. 356 de la calle San Ignacio, La Habana Vieja, Cuba

entiende por restauración: «...cualquier intervención encaminada a mantener vigente, a facilitar la lectura y transmitir íntegramente al futuro las obras de arte...», y ésta, en las instrucciones para la ejecución de las restauraciones arquitectónicas, puntualiza: «Constituye una exigencia fundamental de la restauración el respetar y salvaguardar la autenticidad de los elementos constructivos. Este principio debe siempre guiar y condicionar la elección de las operaciones».

La Carta de Cracovia (2000: 5) en su anexo define restauración como: «una intervención dirigida sobre un bien patrimonial, cuyo objetivo es la conservación de su autenticidad y su apropiación por la comunidad», donde autenticidad significa la suma de «[...] características sustanciales, históricamente determinadas del original hasta el estado actual, como resultado de las varias transformaciones que han ocurrido en el tiempo».

Diacrónicamente se puede constatar que lo permanente en el desenvolvimiento de la idea de restauración es conservar la autenticidad del objeto en consideración con las añadiduras temporales. Se plantea, en este sentido, que todo estudio debe prestar atención total a todos los períodos históricos presentes. Pero de manera (*in*) consciente esta atención se ve limitada por el hecho vigente, de una intencionalidad contextual; de resaltar un período histórico determinado, según las potencialidades que brindan los inmuebles por su *status* evolutivo particular. Es por ello, que los estudios arqueológicos deben realizarse con proyectos

mediatos, que ofrezcan como resultado el conocimiento lo más completo posible de los procesos histórico-sociales que no desean ser representados.

Estas consideraciones, en principio, son contraproducentes, con la emergencia del trabajo en los centros históricos, donde la Arqueología Histórica usualmente se concentra en el rescate y salvamento, en comedimiento a los límites temporales establecidos por factores de deterioro e intervención urgente, que condicionan algunos estudios a un carácter parcializado y particularizado. En este último sentido algunos creen que la Arqueología Histórica de restauración es un avión que nunca llega a despegar.⁴

La naturaleza metodológica destructiva de la Arqueología es otro elemento que se enfrenta, en aparente contradicción, a la utilidad de ejecutar estudios integrales. Con razón, en esta disciplina metafóricamente se establece una analogía entre investigación y lectura de un libro que se destruye, por lo que el lector es ante todo un agudo transcriptor del yacimiento que excava (Almagro 1963: 79).

La lectura estratigráfica como eje central del análisis arqueológico en todas sus variantes (Quirós-Castillo 2002: 28), demanda un análisis minucioso y sistemático, con métodos de calado, excavación y registro, que en su aplicación planimétrica, y en alzados, atenta contra el mantenimiento de componentes originales que deben ser usados para el logro de la autenticidad,⁵ al socavar el principio de mínima intervención, que requiere la reducción, tanto como sea posible de los aspectos destructivos de las investigaciones.

No obstante, la inteligibilidad de la secuencia estratigráfica por sí sola no garantiza la conclusión de un proceso lógico de estudio. El análisis artefactual y de la información sedimentaria en el subsuelo, como de los materiales y técnicas constructivas empleadas y descodificadas por la lectura de paramentos, es una continuidad procesual investigativa imprescindible en el seguimiento de una unidad que no se puede fragmentar (Francovich y Bianchi 2002: 105), si se desea

un estudio coherente de una realidad que funcionó como totalidad concreta.

Asimismo, las tecnologías empleadas bajo el principio de mínima intervención, como la fotogrametría, topografía, técnicas planimétricas y geotécnicas, evaluadas en semidestructivas o no destructivas, no resuelven los datos requeridos para un conocimiento sociocultural del pasado a través del discernimiento de las lógicas constructivas, y de ordenamiento espacial.

Las características ontológicas y metodológicas de la Arqueología Histórica como disciplina, ocasionan contradicciones con otras disciplinas, confluyentes en la conservación del patrimonio edificado, y no com-



Cala vertical que cortó el enlucido original para identificar relaciones de paramentos en un área de la casa no. 356 de la calle San Ignacio, La Habana Vieja, Cuba

⁴ Hay un aspecto que comprende la apreciación social valorativa de la razón de ser de los estudios arqueológicos, en su condición de aplicabilidad e instrumentación de conocimientos en los procesos restaurativos, en y desde una organización real de proyección y ejecución. En este ámbito, los típicos estudios recurrentes que se plantean son internos de un imaginario contemplativo-justificativo, que nada o poco tienen que ver con el alcance teórico-metodológico de las investigaciones.

⁵ Uno de los problemas que impide el análisis estratigráfico en su integralidad, está dado por la restricción que conlleva la presencia del enlucido que cubre los edificios. Más esta cuestión se analiza como inherente a las consecuencias de un posicionamiento conceptual y técnico, adjunto a las disciplinas en relación con el estudio de ellos, y que tiene su fundamento cosmovisivo inmediato en la comprensión de la obra como un fenómeno histórico o arquitectónico (Zoreda 1996: 56). La posición varía entre la admisión del enlucido como un elemento independiente a la estratigrafía o

partidoras de estos fundamentos, y que en la práctica suscriben aún en la actualidad levantamientos desde estilos artísticos o tipológicos comparativos en función de la historiografía de la Arquitectura o del Arte. Pero, inevitablemente, por la complejidad y responsabilidad de la intervención del patrimonio, esta actividad no puede ser campo de una sola disciplina (Quirós-Castillo 2002: 34).

Pero más allá de una incompatibilidad en cuanto a problemas y procedimientos, admitiéndose que métodos y normas son internos de posiciones teóricas (Hughes y Sharrock 1999: 194), es precisamente la diversidad de posturas disciplinares lo que constituye el motor de resultados críticos e interdisciplinares vigorosos. Las disciplinas científicas son un fenómeno cultural, y por lo tanto parciales, locales, y de perspectivas susceptibles de consenso.

La aplicación más consecuente del conocimiento interdisciplinar y transdisciplinar en la restauración (lograr la autenticidad de espacios e inmuebles), se localiza en la confluencia de criterios; colegiaturas dentro de las cuales prejuicios y tendencias deben cancelarse mutuamente. Por lo que la contradicción podría ser ficticia, no existente sino para la dimensión significativa de los propios actores y su interrelación e interacción con el pasado.⁶

En la búsqueda de lo correcto para la conservación no existen, por tanto, posiciones arquimedianas (objetivamente hablando) en la realidad social, pues el arqueólogo, el arquitecto y el arquitecto restaurador pertenecen a un grupo societal que le ha conformado recursos particulares para comprender lo que significa lo correcto, pero a la vez éstos pueden dar como resultado, a través de relaciones de acciones disciplinares consensuadas, cambios en las regularidades que se estiman normativas y que encasillan de forma engañosa una manera de hacer por motivos presupuestos y razones compartidas.

La labor consiste en la superación de las barreras disciplinares, mediante el entendimiento de la realidad

como una totalidad diversa y compleja,⁷ que supere a la vez el reduccionismo como instrumento metodológico privilegiado, en la consecución de un resultado (Delgado 2002: 124). Las discusiones actuales de alto horizonte se centran en cómo los arquitectos pueden emplear los instrumentos estratigráficos, y cómo además los arqueólogos adaptan los recursos instrumentales a necesidades impuestas por la práctica de restauración (Quirós-Castillo 2002: 33).

Esta relación debe fructificar en un mayor acercamiento cognoscitivo al contexto social que produjo lo que consideramos hoy patrimonio edificado. La restauración debe hacerse eco de lógicas espaciales, técnicas constructivas y materiales que durante siglos han demostrado su eficacia; de lo contrario, la autenticidad perseguida está en juego.

El carácter únicamente reflexivo de la presente comunicación, concerniente a un problema palpable en la restauración del patrimonio edificado en cualquier parte del mundo, produce una insatisfacción imponderable. La utilidad real que se persigue es estimular investigaciones críticas, desde diferentes perspectivas disciplinares, que den cuenta del por qué algunas posiciones teóricas y procedimientos, a pesar de que han demostrado virtualmente resultados coherentes (o pueden propiciarlos), no acaban de ajustarse tanto para la Arqueología como para la restauración, y se abandonan las viejas maneras de hacer y pensar en este sentido.

Una aproximación de esta índole, plantearía particularidades culturales resolutorias para planes de manejo, convenientemente organizados. Los centros históricos son patrimonio colectivo, definidos por idiosincrasias locales multivariadas. No obstante, a la vez lo son para la humanidad, como el producto del hombre que debe trascender auténticamente para las futuras generaciones.

parte de la consecución estratigráfica del inmueble. O sea, asumir el enlucido como parte de una totalidad constitutiva de elementos diferentes, donde cada uno se realiza en correspondencia con la acción conceptual conjugada que conforma el todo. La noción del enlucido como un elemento independiente de la estructura de fábrica, cobra sentido dentro de un pensamiento tradicional de individualización funcional, que desvaloriza la relación de los elementos no centrales para la realización de un conjunto.

⁶ No parece existir una incompatibilidad principal, sino circunstancial, en la medida que cada actor y disciplina han formado criterios de lo (in) trascendental dentro de los propósitos prácticos concomitantes a ella.

⁷ En términos esenciales, es un fenómeno no allende a una transformación en la concepción del puesto del hombre en el entorno natural y social (figura del mundo), y que se respira en una modernidad en cuestión por la mutación de las nociones de sentido y por lo tanto de valor, argumentados en integración a una totalidad compleja y diversa (Villoro 2001: 113-119).

BIBLIOGRAFÍA

- Almagro, M. (1963):** *Introducción al estudio de la prehistoria y de la Arqueología de campo*. Ediciones Guadarrama, Madrid.
- Arnold, M. (1991):** «Antropología social aplicada en organizaciones económicas y participacionales». *Revista Chilena de Antropología*, no. 10: 81-95, Santiago de Chile.
- Azkárate, A. (2002):** «Intereses cognoscitivos y praxis social en Arqueología de la Arquitectura». *Arqueología de la Arquitectura*, no. 1: 55-71, Universidad del País Vasco-CSIC y Vitoria-Gasteiz.
- Brandi, C. y De Angelis D' Ossat (1972):** *Carta del restaura*. Tomado de Internet: http://www.mec.gub.uy/com_patri/download/cartasinternacionales.
- Bunge, M. (1972):** *La investigación científica*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- (1999): *Sistemas sociales y filosofía*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Col. Aut. (1964):** *Carta de Venecia. Carta internacional sobre la conservación y la restauración de monumentos y de conjuntos históricos-artísticos*. II Congreso Internacional de Arquitectos y técnicos de Monumentos Históricos. Aprobada en 1965 por ICOMOS. Venecia. Tomado de Internet: http://www.icomos.org/docs/venice_es.html.
- (2000): *Carta de Cracovia. Principios para la conservación y restauración del patrimonio construido*. Cracovia. Tomado de Internet: http://www.mec.gub.uy/com_patri/download/cartasinternacionales.
- Consejo de Ministros (1998):** «Capítulo I. Del patrimonio cultural. Reglamento para la ejecución de la Ley de protección al patrimonio», Decreto no. 118: 7-21. *Protección del patrimonio cultural. Compilación de textos legislativos*. Consejo Nacional de Patrimonio Cultural, La Habana.
- Crejo, T. (1976):** *Conservación y restauración de los bienes culturales*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana.
- Delgado, D. (2002):** *Hacia un nuevo saber. Problemas del enriquecimiento moral del conocimiento humano*. La Habana. (Inédito.)
- Fournier, G. (1990):** *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México, con base en los materiales del exconvento de San Jerónimo*. Serie Arqueología. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, D. F.
- Francovich, R. y L. Bianchi (2002):** «L' archeologia dell' elevato come archeologia». *Arqueología de la Arquitectura*, no. 1: 101-111. Universidad del País Vasco-CSIC y Vitoria-Gasteiz.
- Gadamer, H. (1975):** *Truth and Method*. Seabury Press, New York.
- Harris, M. (2000):** *Teorías sobre la cultura en la era postmoderna*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Hodder, I. (1994):** *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica. Grupo Grijalbo-Mondadori, Barcelona.
- Hughes, J. y W. Sharrock (1999):** *La filosofía de la investigación social*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Morin, E. (1996):** «Por una reforma del pensamiento». *El Correo de la UNESCO*. Febrero, año XLIX: 10 - 14. Organización de las Naciones Unidas, París.
- Pupo, P. (1990):** *La actividad como categoría filosófica*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Quirós-Castillo, J. (2002):** «Arqueología de la Arquitectura en España». *Arqueología de la Arquitectura*, no. 1: 28 - 29. Universidad del País Vasco-CSIC y Vitoria-Gasteiz.
- Schuyler, R. (1978):** «Historical and Historic Sites Archaeology: Basic Definitions and Relationships». *Archaeology: Guide to Substantive and Theoretical Contributions*. Bay Wood Publishing Company. Farmingdale, New York, pp. 27-32.
- Sotolongo, C. (1998):** «Matematización, hermenéutica y postmodernismo». *Modernidad. Post-modernidad. Pensar en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 132-164.
- Schmidt, S. (1975):** «Problemas actuales del estudio de las fuentes históricas», en *Lecturas escogidas de metodología*, Adelaida Plasencia, comp. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 125-173.
- Trigger, B. (1993):** *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Villoro, L. (2001):** *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. El Colegio Nacional. Fondo de Cultura Económica. México, D. F.
- Zoreda, C. (1996):** «El análisis estratigráfico de construcciones históricas». *Arqueología de la Arquitectura*, CSIC, Madrid, pp. 55-74.

No. 5, AÑO 5, 2006

La Arqueología de la Arquitectura en el centro histórico de La Habana Vieja: Un estudio de caso

Por: Beatriz Rodríguez Basulto y Iosvany Hernández Mora

Resumen

La labor arqueológica en centros urbanos ha venido enriqueciéndose a partir de la introducción de los métodos que la Arqueología de la Arquitectura emplea para el estudio de alzados. Esto ha traído consigo una gradual transformación en la conceptualización de estos contextos, que aún se abre paso entre los investigadores, para la comprensión de las construcciones como totalidades de varios niveles de materialización cultural. En este caso, se presenta un abordaje particular que ha hecho germinar un abanico de posibilidades en cuanto a los resultados. Se trata del estudio, con métodos estratigráficos, de la fachada de un inmueble habitado en la calle San Ignacio en el centro histórico de La Habana Vieja.

Abstract

Archaeological work in urban centers has been on the rise after the introduction of methods from the archaeology of architecture, used by the latter for the study of walls. This has brought about a gradual change in the conception of these contexts, still developing among researchers, to understand constructions as a sum of different levels of culture, evidenced in actual existence. Particularly, the case involved herein deals with a particular approach that leads to a wide span of possibilities concerned with the results associated. Stratigraphic methods, used for the study of the façade of a house at San Ignacio Street in the historic center of the city, are covered.

Introducción

Ante las diversas dudas generadas por la «clásica clasificación europea», que acostumbra a tipologizar los edificios dentro de uno u otro estilo, surge la necesidad de estudiar, por parte de los investigadores vinculados a la restauración, las distintas variaciones diacrónicas que presentan los edificios históricos. Estas «añadiduras» cambian la fisonomía de los inmuebles y otros contextos urbanos, de tal manera, que en ocasiones podrían engañar al historiador más experto, sino se realizan las indagaciones físicas correspondientes para superar los ensimismamientos por la apariencia.

Lo que se conoce hoy como Arqueología de la Arquitectura, comienza con la aplicación explícita del método estratigráfico al estudio de alzados constructivos en Europa (Azkarate 2002: 7), a partir de la gradual revolución estratigráfica que se produce en Arqueología. La introducción de nuevas técnicas de excavación y registro, fue una motivación decisiva fundamentalmente en Inglaterra, donde a finales de la década del setenta Edward C. Harris publica su tesis de doctorado «Principles of Archaeological Stratigraphy» (Junyent 1991: VIII).

Ya para la década del ochenta del pasado siglo, el método se había extendido a otros países europeos, específicamente en Italia, al estudio de la Arquitectura, enriqueciéndose las investigaciones estilístico-comparativas tradicionales en la disciplina; lo que propició una nueva visión crítica, una rigurosa transformación metodológica y la ampliación de su objeto de estudio (Azkarate 2002: 8), entendido en sus dos dimensiones, como objeto en sí y propósitos investigativos (Abbagnano 1972: 86 - 988).

Actualmente en Cuba se introduce la lectura estratigráfica de los paramentos, como método de investigación, a partir de contactos que se han realizado con especialistas españoles e italianos.¹ Recientemente el arqueólogo Roberto Parenti impartió cursos de postgrado que sirvieron

¹ En el Gabinete de Arqueología se tuvo conocimiento del método harrisiano desde 1996, aproximadamente, en que llega a nosotros un primer ejemplar de su obra; en 1999 el Dr. Harris visita por primera vez nuestro país e imparte conferencias magistrales donde explica los presupuestos del método y su aplicación práctica. A partir del 2000 se comienza su introducción como metodología de trabajo (Arrazcaeta 2002:14).

de entrenamiento fáctico, así como de preparación teórico-metodológica, en el entendimiento de la importancia que tiene el método estratigráfico de alzados para la investigación histórica en el logro de estudios más integrales.

Arqueología de la Arquitectura

La disciplina surge con el fin de agrupar las experiencias de los años setenta y ochenta, como resultado de la aplicación de los instrumentos, conceptos y problemáticas de la Arqueología al estudio de la Arquitectura (Quirós 2002: 27). Aunque no hay consenso en la conceptualización del método estratigráfico como eje central dentro de la Arqueología de la Arquitectura, Roberto Parenti lo denomina «Estratigrafía» (com. pers., 2004), mas algunos prefieren llamarlo «Análisis Arquitectónico», mientras que otros plantean que al denominarlo así se está subyugando la concepción arqueológica que encierra tal perspectiva investigativa (Zoreda 1995: 38).

No obstante, la investigación estratigráfica de un edificio histórico tiene carácter cronológico diacrónico, en virtud de determinar las secuencias de los estratos que lo conforman. El método se aplica, sobre la base de los principios estratigráficos propuestos por Harris (1991: 51-64, 2004: 85-87), en la diferenciación, datación de las fases y secuencia de los elementos estratigráficos que componen un sistema constructivo, desde su estado primigenio hasta el actual, y que no es más que el resultado histórico de añadiduras y subtracciones en diferentes niveles, representados en elementos superpuestos e interfaces.

La finalidad explícita del método es la interpretación histórica, para la que brinda una información básica que debe conjugarse con otras fuentes, como son los estudios tipológicos y documentales (Zoreda 1996: 57-61); (Quirós 2002: 32).

Para los estudios tipológicos resultan imprescindibles los de materiales, técnicas constructivas y formas arquitectónicas (Arrazcaeta 2002: 15). Estos se entienden como la manifestación de la lógica cultural de una época determinada y portadores de información histórica específica. Es imprescindible por lo tanto conocer las técnicas constructivas del pasado, y comprender los mecanismos presentes en las estructuras productivas del artesanado involucrado en la Arquitectura. Azkarate (2002: 9) refiere que solo

de esta manera se pasa de hacer Estratigrafía a hacer Arqueología, en la exploración de las múltiples posibilidades que posee la Arquitectura, más allá de su consideración tradicional como soporte de estilos y contenedora de objetos.

Se admite que estos estudios pueden servir de forma eficaz para los intereses restaurativos, tanto por el diagnóstico que establecen del estado general de un edificio, como por toda la información del pasado que se obtiene. Es por ello que la investigación debe realizarse previamente a la restauración y presidirla en cuanto a orden de intervención: estudio estratigráfico o arqueológico - proyecto de intervención - e intervención restauradora; aspecto que señala el carácter instrumental del método, que tiene su finalidad en los objetivos que se formulan para la investigación. Debe diseñarse la construcción de conocimiento histórico y técnico en el marco de un compromiso social (Hernández 2005: 140), con las necesidades que se plantean para el estudio, protección y gestión del patrimonio edificado.

En este sentido, Quirós (2002: 28), como criterio definitorio de la Arqueología de la Arquitectura, señala no sólo la investigación básica sino la aplicada que responde a la pregunta: ¿para qué? Puesto que la investigación histórica y arqueológica constituye la fuente y el instrumento capaz de dotar de significado y valores a una arquitectura, permitiéndose su socialización y preservación para las futuras generaciones.

Trabajos pioneros

Al tener en cuenta lo antes expuesto, en el devenir de la Arqueología Histórica en Cuba, a partir de la bibliografía publicada, se pueden considerar dos ejemplos como antecedentes de esta perspectiva en el país. El primer caso corresponde al trabajo realizado por el arquitecto Aquiles Maza y Santos, en los años cuarenta del siglo XX, en la iglesia Parroquial Mayor de San Juan Bautista de Remedios, al norte de la actual provincia de Villa Clara. Sin tener en cuenta las discutibles motivaciones y por tanto, el inevitable carácter socio-clasista de los resultados de su investigación (Venegas y Raola 1986: 90), los procedimientos utilizados por este arquitecto, unidos a un fin restaurativo, se pueden estimar como novedosos para la época. Estos se perfilaron en ...*métodos*

de investigación directa en el objeto en sí, en el edificio, para salvar las lagunas o las deficiencias de interpretación escrita... (Maza 1944: 289). De esta manera, con el objetivo de recoger el mayor porcentaje de información de las distintas etapas de evolución del inmueble, tanto de su época como de los cambios en su estructura, ...se le despojó totalmente de la capa de repello que lo cubría, se hicieron exploraciones en sus techos y también en el piso, dentro del perímetro cerrado de sus paredes se hicieron distintas calas de la profundidad necesaria... (ibidem : 299).

Mediante estos procedimientos «poco usuales» para la época, el estudio de la naturaleza de los materiales constructivos y la contrastación de las transformaciones con un enfoque arqueológico, el arquitecto pudo acercarse a la lógica constructiva de las modificaciones temporales, en cuanto a propósitos o fines perseguidos, en la tentativa por interpretar formas de pensar y concebir a través de la disposición especial de los elementos.

El segundo es explícito de un estudio arqueológico en dos etapas (1974 y 1983) que subordinó todos sus procedimientos a un objetivo central, la restauración de la casa natal de Calixto García en Holguín. Las prácticas arqueo-restaurativas marcharon paralelas con el fin de rescatar los valores originales de la casa de la segunda mitad del siglo XIX. Para ello se realizaron calas en muros y pisos del inmueble, y se le despojó del repello, respetándose no obstante, aquellos elementos arquitectónicos identificados como originales según el horizonte cronológico planteado (Peña 1987: 60). La relación de las diferencias de las obras de fábrica y de los componentes arquitectónicos, en el subsuelo y en alzados, permitieron en este caso reproducir una fisonomía ya perdida parcialmente por el edificio.

Desarrollo

La aproximación al inmueble número 602, de la calle San Ignacio esquina Acosta, comprende la lectura de las relaciones estratigráficas de su fachada (Fig. 1), por lo que se trata de una investigación particular y focalizada, que pretende únicamente sistematizar la evolución de esta parte de la casa, con el propósito de proyectar futuras investigaciones. Desde el punto de vista metodológico, este se presenta como una instrumentación tentativa al método propuesto por la Arqueología de la Arquitectura para el análisis de

paramentos. Hasta el momento no se ha considerado, como una perspectiva para realizar estudios arqueológicos integrales, introduciéndose en la actualidad para este fin, y su aplicación futura a la restauración como especialidad.



Fig. 1. Fachada de la casa de San Ignacio no. 602

Enclavada en el municipio La Habana Vieja, la calle San Ignacio es una de las arterias más importantes que cruza por la antigua ciudad. En ella se encuentran ubicados una serie de inmuebles valiosos, no solo por la perseverancia de sus muros, sino porque estos atesoran, a pesar del paso del tiempo, una gran cantidad de pinturas murales, que hoy son testigos de la diversidad que caracterizaba las tipologías constructivas que reinaban en los siglos XVIII y XIX en La Habana de entonces. Intenciones futuras de restauración de estos inmuebles, motivaron el interés por realizar con anticipación un registro de todas aquellas edificaciones que aún conservan vestigios de pinturas murales, tanto en sus fachadas como en el interior.

Muchos de estos inmuebles en la actualidad son viviendas habitadas, por lo que los estudios iniciales, al tropezar con los inconvenientes propios que se derivan de este fenómeno, se han visto limitados solamente al registro fotográfico y la investigación documental del sitio, o como en este caso, al estudio estratigráfico de la fachada. La problemática condiciona la imposibilidad de realizar calas exploratorias en los muros enlucidos, así como precisar detalles que forman parte del interior del inmueble. No

obstante, el estudio de la fachada principal y lateral de la casa nos pareció pertinente para comenzar.

La fachada principal de San Ignacio 602 mide en la actualidad 14,88 m de largo y 6,36 m de alto, y es portadora en toda su extensión de una serie de pinturas murales realizadas al fresco, pues las huellas del trazado de las marcas por donde debía ir la pintura aún están en los muros (Méndez com. pers., 2005).² Por la calle Acosta mide de largo 21,19 m y 6,36 m de altura, y las pinturas murales están localizadas parcialmente en lo más alto de la fachada.

Ambas fachadas presentan una serie de transformaciones que, a primera vista, advierten un movimiento interno de los espacios que modificaron la distribución original, así como otras que fueron el resultado de las reconstrucciones que experimentó el inmueble, debido a los deterioros naturales producidos por el paso del tiempo.

La primera parte del trabajo se realizó *in situ*, fundamentalmente lo que se refiere al análisis arqueológico total de las fachadas por las dos calles, tanto San Ignacio como Acosta, identificándose cada uno de los estratos que las componen y que constituyen las huellas del proceso de evolución histórica que ha experimentado el inmueble.³ Se definieron fundamentalmente atendiendo a las interfaces, las capas de enlucido que tienen las fachadas, así como cada una de las transformaciones arquitectónicas que se localizaron y señalaron por etapas, ubicándolas cronológicamente en el diagrama conocido como Matriz-Harris, luego de haber sido numeradas pertinentemente (Harris 2004: 81).

Para el tratamiento de la información se trabajó con imágenes en formatos PSD y JPG de más de 30 MB, y programas conocidos como Adobe Photoshop 8.0.1 y Flowcharter Profesional 2000, trabajándose las imágenes que muestran la distribución espacial y diferenciada de los estratos, así como el diagrama, resultado final, de las relaciones estratigráficas utilizadas para la interpretación paramental.

Se utilizó información documental histórica primaria, extraída de los fondos del Registro de la Propiedad Territorial y Archivo Nacional. Además del análisis directo de la pintura mural de la fachada, se determinaron en el dintel de la puerta principal

dieciséis capas de pintura plana observadas en un microscopio estereoscópico.

Los fundamentos teóricos que orientaron la investigación desde sus inicios, se refieren a que la fachada de la casa, enmarcable de forma constructiva entre finales del siglo XVII y todo el XVIII, sufrió cambios que muestran una consecución de hechos observables en las transformaciones que dieron lugar a las superposiciones estratigráficas, y que delimitan diferentes etapas de intervención, correspondientes a momentos históricos específicos, con sus propias lógicas culturales, que conviven en una misma totalidad.

Descripción reconstructiva

Físicamente (Fig. 3), la fábrica de la fachada era y es de rafas, argamasa de barro, cal y piedras. Presenta cinco vanos originales por la calle San Ignacio, de los cuales tres corresponden a ventanas y dos a puertas, siendo uno de ellos la entrada principal de la casa, que aún conserva el marco y la puerta de clavazón, además de sus goznes.

Por la calle Acosta, se presentan tres vanos originales y tres modernos, sumándose uno embebido. De ellos, cuatro corresponden a ventanas y uno a puerta.

El muro de la calle San Ignacio conserva gran parte de la capa de pintura mural, que para el siglo XVIII decoraba la fachada en su totalidad. En la esquina donde se levanta el cuarto se mantiene una capa de pintura plana color rosado que cubre la fachada por Acosta. Otros elementos originales son la cornisa que bordea los dos muros, los pies de ventana del cuarto esquinero, la pilastra que refuerza la esquina, y algunas partes de la composición de la techumbre, así como el tejeroz y la torrecilla de ladrillos adosada al muro en el límite de la casa por la calle Acosta.

En toda la fachada se observan transformaciones que no corresponden a la fábrica original del edificio. Entre ellas se destacan el cerramiento de los vanos de acceso al cuarto esquinero, que debió corresponder a una fecha posterior a 1959, puesto que antes de esta fecha existía una cafetería a la que se tenía acceso por ambas calles. Después del 1960, el espacio

² Juan Méndez es especialista en Pintura Mural en el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador.

³ En correspondencia al método harrisiano, se prestó especial atención a las interfaces, separándose estas de los demás estratos en el registro arqueológico (Harris 2004: 82).

funcionó como dependencia de los Comités de Defensa de la Revolución, para posteriormente convertirse en sector de la Policía Nacional Revolucionaria (Oliva 2004: 19-20). La puerta que se abrió sobre el cierre del vano por la calle San Ignacio debió pertenecer a uno de estos dos momentos. En la actualidad este acceso está clausurado, manteniéndose la entrada por la única puerta que se conserva en la calle Acosta.

Por San Ignacio permanece inalterado el letrero de Accesoría A, que antaño distinguía al cuarto esquinero. El resto de los elementos en este entorno son modernos. La parte de la fachada que da a la calle San Ignacio sufrió menos transformaciones comparativamente con la de la calle Acosta, al menos por causas antrópicas, por esta razón se conservaron hasta nuestros días un mayor número de originalidades. Sin embargo, en la parte baja del muro hay múltiples descorchados por causalidad natural, algunos de ellos fueron cubiertos por diferentes capas de revoque de cemento Portland, mostrando diferencias evidentes según la variabilidad en las proporciones para las mezclas que se utilizaron, manifestándose una descontemporaneidad en las intervenciones.

Las ventanas que se encuentran en los vanos E-247 y 246 por esta calle, fueron objeto de variadas transformaciones, dada la relación existente entre las diferentes acciones representadas. Estas perdieron sus marcos originales y los guardapolvos que menciona Oliva (2004: 40) en la documentación histórica. De las rejas que fueron incorporadas en el siglo XIX solo llegó a nuestros días la del vano E-247, la cual fue cortada con la intencionalidad de crear una entrada adicional. En ese espacio funcionó una barbería después del año 1960.⁴

El muro de la calle Acosta presenta la mayor cantidad de mutaciones fisonómicas, puesto que está cubierto en su mayoría por varios estratos de cemento, correlacionados con épocas disímiles. Para el siglo XX se ejecutaron revoques que cubrieron prácticamente toda la fachada, excepto una franja aproximadamente de 1 m localizada en la parte superior del muro por debajo de la cornisa, dejándose ver en esta parte la pintura mural. Las alteraciones

más modernas se sitúan en esta parte de la fachada, donde recientemente se redujo la proporción del vano E-79 con un muro de cierre al que se le dejó una puerta.

Posteriormente, en el mismo sitio donde aparece el vano embebido (E-99) se colocó una ventana contemporánea, perdiéndose casi en su totalidad las huellas que enmarcan su antigua presencia. La ventana que se encuentra por encima de este vano, se realizó con anterioridad a esta última porque la capa de pintura plana E-1 la cubre.

Congruencia analítica

El sitio se encuentra reportado como habitado desde 1680, según documentos de archivo. En los libros de la Antigua Anotaduría de Hipotecas de 1690, se menciona que el Sr. don Diego de la Cruz hereda de su padre una casa ubicada en este sitio, que pertenece al viejo barrio de Jesús María, señalada con los vetustos números 55 y 122,⁵ la que lindaba con un cobertizo que también les pertenecía. Para esta fecha se describe como una casa de rafas, tapias y tejas en su techumbre (Oliva 2004: 4, 28), tipología constructiva muy habitual en La Habana del siglo XVII.⁶

La familia Tagle, en el año 1799 realiza una tasación de la casa, en la que se menciona un inmueble portador de innumerables materiales constructivos, entre los que podían encontrar: ladrillos, rafas antiguas, tapia y mampuesto. Asimismo señala que los pisos eran de losas San Miguel y de Hamburgo, materiales estos cuya existencia aún constatamos en el inmueble. La casa al parecer estaba distribuida en aquella época en: sala, gabinete, comedor, más de tres habitaciones, un baño, cocina, patio y traspatio. También la presencia de un pozo y su brocal, y un fogón de reverbero de hierro con cinco hornillas en la cocina (Ibíd. 40-42).

En la tasación no aparece ninguna referencia a la presencia de pinturas murales en la fachada (ausencia que era muy común en las tasaciones de la época), sin embargo, se mencionan algunos detalles que coinciden con los que actualmente sobreviven, como la cornisa toscana en todo el frente de la casa, pies de

⁴ Oliva (2004: 20) refiere que mucho después del triunfo revolucionario de 1959 este espacio estuvo funcionando como tal.

⁵ Correspondientes a la primera y segunda numeración oficial.

⁶ En Fondos de Registro de la Propiedad, No. 5 del Municipio La Habana Vieja, Tomo 60, sección 2da, Folio 241 v, aparece registrada una inscripción de los fondos de la Antigua Anotaduría de Hipotecas en el Archivo Nacional, donde se reporta que en 1698 el señor Domingo Pérez, en ese momento propietario de la casa, impone una capellanía sobre su morada, descrita todavía como una casa de rafas, tapias y tejas (Oliva, 2004: 28).

ventanas y cerramientos de concha, adintelados en la puerta principal y en las ventanas que dan a la calle San Ignacio, los cuales presentan restos de pintura mural. La tasación destaca asimismo que los techos eran de canes, tabiques, tirantes pareados y cintas, con sus respectivas soleras, estos tirantes eran de madera dura y cedro⁷. Sobre la cocina se encontraba una barbacoa de madera, con su escalera de madera de pinotea de 15 escalones (Oliva 2004: 43).⁸

El trabajo de campo dio la posibilidad de comprobar la presencia, en fragmentos, de la fachada que no poseían enlucido, de rafas (sillares) unidas con argamasa; no se pudo determinar la existencia de tapias o mampostería en el resto de esta pero sí en el interior de la casa.

Las características de la casa pueden contrastarse a la tipología que propone Prat Puig (1947: 295-299) para el siglo XVII habanero. El autor describe un inmueble similar de una sola planta, con un cuarto esquinero de bajo puntal, dos puertas de entrada (una por cada esquina), donde se ubicaba una tienda, con una escalera de acceso a la habitación en altos, la cual abarcaba todo el costado por la calle Empedrado (Fig. 2). Independiente de esta tienda y de su cuarto alto, hay en la planta baja otras dependencias como accesorias para viviendas de otras familias.

Estas dependencias formaban por el costado de Empedrado una sala con una puerta calle a la que le sigue una recámara, que probablemente se extendería hasta la calle Compostela tocando la tienda esquinera. Luego viene el espacio abierto atrás, que parece un corral, con uno o dos colgadizos y puerta directa a la calle por el costado de Compostela, (*Ibidem*: 296).

De esta misma manera puntualiza, basándose fundamentalmente en documentación primaria, que esta tipología probablemente del siglo XVI, fue bastante frecuente en el XVII y que luego se extendió, en menos proporción hasta el XVIII (*Ibidem* 437).

Al tener en cuenta la información histórica de la casa de San Ignacio 602, el conocimiento de la tipología descrita por Prat y los datos del análisis estratigráfico, se puede argüir que el inmueble en estudio tiene sus inicios constructivos en el siglo XVII. Aunque con el paso del tiempo sufrió mutaciones-interiores im-



Fig. 2. Fachada de la casa de Empedrado. Tomado del libro de Francisco Pratt Puig

portantes en cuanto a su distribución espacial y funcionalidad.

No obstante, la datación muy probable de los muros en los siglos XVII-XVIII y el análisis arqueológico de la fachada, arrojó que algunos elementos destacan su apariencia neoclásica, característica que los puede situar tipológicamente dentro del siglo XIX, como son: la cornisa toscana, los pies de ventana y la pintura mural. Sin embargo, estos elementos aparecen citados, como ya mencionamos, en la tasación realizada a fines del siglo XVIII.

La circunstancia de no haberse comprobado hasta el momento en el proceso investigativo, la existencia de elementos que objetan los datos históricos en que se apoya tal criterio, los cuales describen en este sitio para el siglo XVII, una casa con elementos muy similares a los que posee la que ha llegado a nuestros días, hace que se identifiquen estos como originales.

Por tanto en una primera etapa de fábrica, ubicada cronológicamente en el diagrama estratigráfico entre los años 1680 y 1798 se levantaron (Fig. 3, 4, y 5): los muros de la fachada (E-114 y 112), con sus ocho vanos identificados correspondientes a: E-247, 246, 120, 13, 3, 57, 38, 79 y uno probable por su dudosa determinación

⁷ En el cuarto esquinero se identificaron restos del trabajo de carpintería del techo antiguo.

⁸ Se ha observado que esta barbacoa aún se mantiene. Pero su construcción actual es reciente al igual que la escalera que da acceso a ella.

ARQUEOLOGÍA

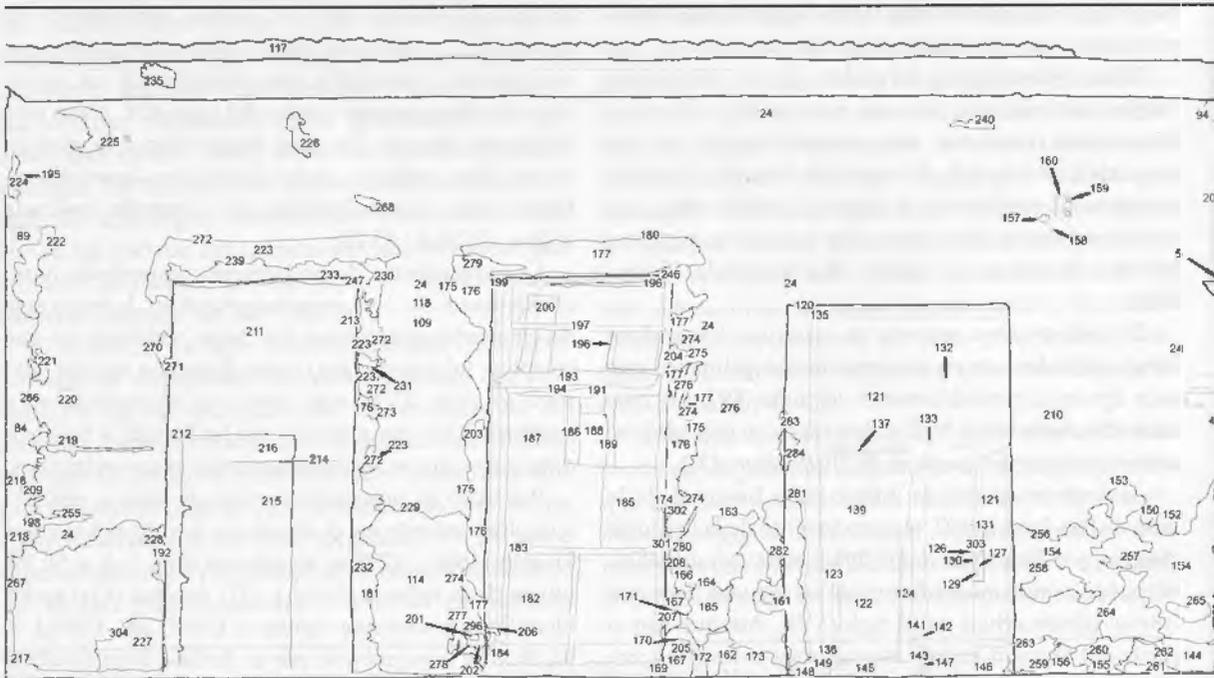




Fig.3. Foto de fachada con numeración de estratos encontrados

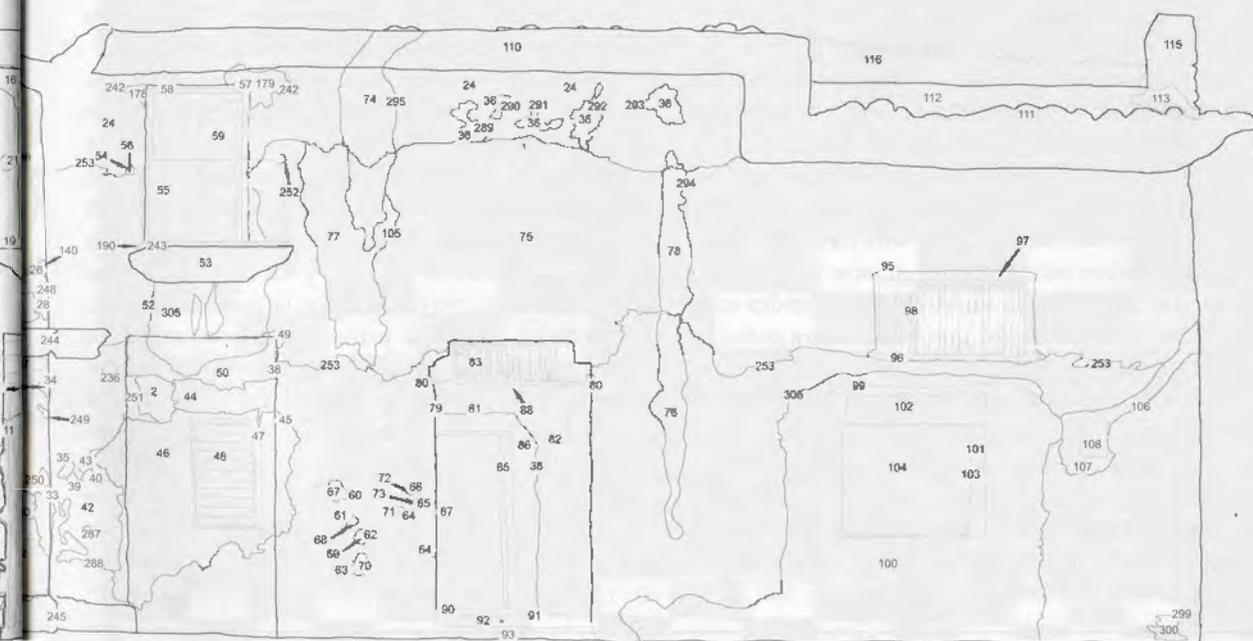
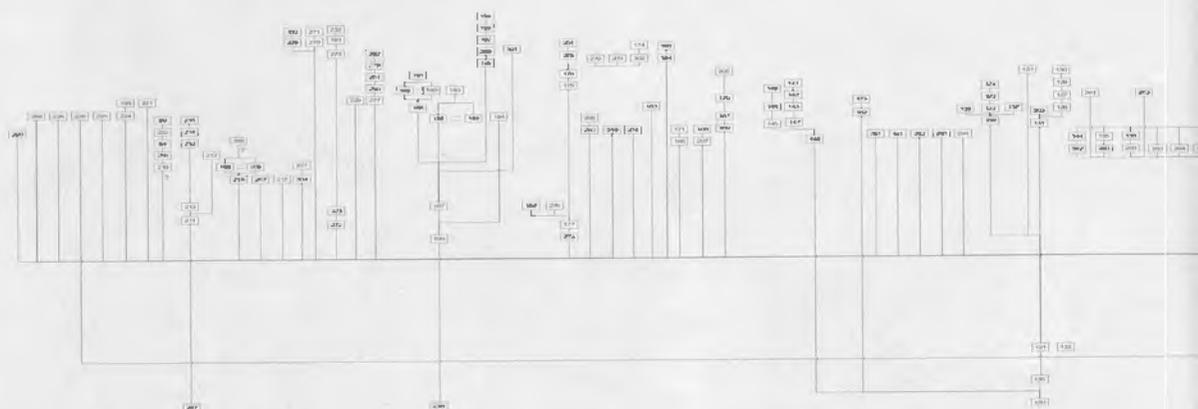


Fig. 4. Dibujo de fachada con numeración de estratos encontrados



física (E-99), así como la pilastra adosada a las rafas de sillares que sostiene la estructura (E- 244 y 245),⁹ la cornisa (E-110) y los pies de ventana (E-18 y 53).

La pintura mural (E-24) que cubre los estratos 118 (revoque de barro) y 109 (enlucido de cal), fue realizada al fresco y se conserva la huella del trazo guía. Esta técnica pictórica necesita para su preservación adherirse al muro directamente. Dadas estas particularidades, no se pudo saber si hubo una pintura anterior, porque de haber existido debió quitarse para ejecutar la que ha llegado hasta nuestros días (Méndez com. pers., 2005). Se comprobó que esta pintura rodea de forma coherente la cornisa y los pies de ventana, lo que corrobora una contemporaneidad de hechos.

Las tejas (E-117 y 111) se han considerado originales teniendo en cuenta la difícil datación de este tipo de material y la documentación de archivo, que reporta una techumbre de estas particularidades. Aunque en el conjunto que compone la techumbre y el tejeroz se han encontrado tejas del siglo XIX, iden-

tificadas a partir de las marcas de algunas de ellas (Elsó 1976: 5-13) (Fig.6).¹⁰ Otro elemento producido en esta primera etapa es la puerta de clavazón (E-121).

En una segunda etapa constructiva (siglo XIX) se instalaron las rejas (E-211) en los vanos (E-246, 247) de las ventanas de la calle San Ignacio y el letrero de Accesorio A (E-238). Es muy probable que los guardapolvos de estas ventanas desaparecieran en este momento cronológico, a juzgar por la presencia de una argamasa rica en barro y cal (E-177, 223) que cubre la interfaz producida por la acción negativa. Teniendo en cuenta la primera capa estratigráfica de revoque (semejante a E-177, 223), y la nivelación de estos dos marcos con respecto a la dualidad puerta principal-muro, los marcos originales fueron sustituidos en esta etapa por los actuales (E-199, 213).

La tercera y cuarta etapa transcurrieron durante los siglos XX y XXI, y en ellas se ejecutaron las transformaciones más trascendentales, en el orden de las distribuciones espaciales, que acusan un

⁹ En los límites opuestos colindantes con la otra casa de la calle San Ignacio, se imitó a través de la pintura mural, una pilastra similar con un falso despiece encima de su capitel.

¹⁰ Eladio Elso puntualiza que estas marcas se establecieron en Cuba a partir de la Revolución Industrial, a principios del siglo XIX, con la finalidad de diferenciar los tejares y controlar la producción, sobre la cual gravitaban los impuestos (Elsó, 1976: 2).

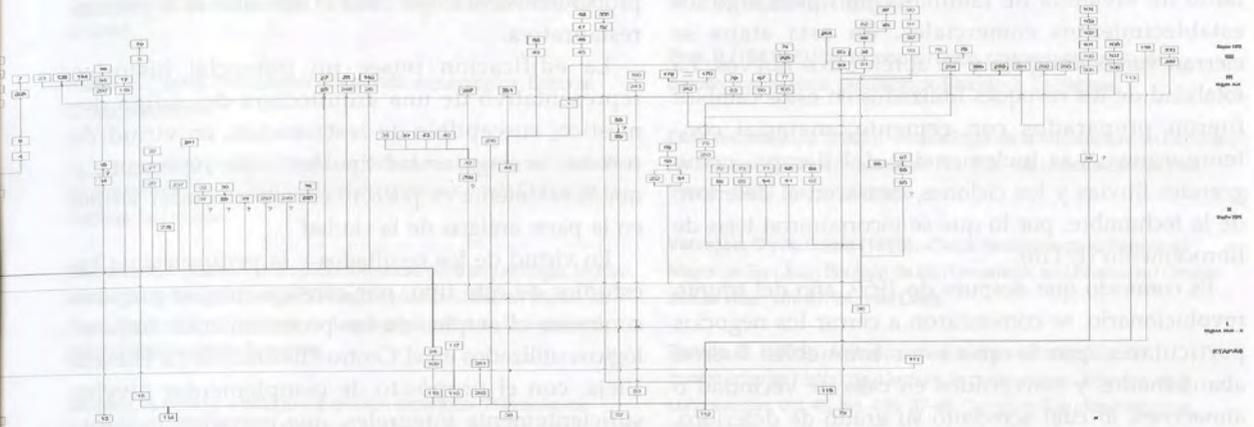


Fig. 5. Matriz Harris, donde se representan las relaciones estratigráficas en orden cronológico



Fig. 6. Marcas de tejas del siglo XIX encontradas en resto de techumbre

continuo reordenamiento funcional proyectado en la fachada y que obedecen a cambios producidos en la estructura social. En este tiempo el inmueble deja de ser casa de familia con cierto nivel económico (siglos XVII-XIX), convirtiéndose en un lugar de alquiler, tanto de vivienda de familias como para algunos establecimientos comerciales. En esta etapa se cierran vanos antiguos y se abren otros nuevos. La totalidad de los revoques utilizados en estos cambios fueron preparados con cemento, material contemporáneo. Las inclemencias del tiempo, como grandes lluvias y los ciclones, causaron el deterioro de la techumbre, por lo que se incorporaron tejas de fibrocemento (E-116).

Es conocido que después de 1959, año del triunfo revolucionario, se comenzaron a cerrar los negocios particulares; por lo que estos inmuebles fueron abandonados y convertidos en casa de vecindad o almacenes, lo cual acrecentó su grado de deterioro. La mayoría de los habitantes actuales de estas viviendas no tienen los fondos necesarios para asumir los gastos que conlleva una reparación de gran envergadura, y tratan de solucionar los graves problemas de deterioro que se les van presentando con los materiales a su alcance.

Estos materiales en su generalidad son recuperados de un uso anterior y puestos en un nuevo sitio para solucionar problemas de forma transitoria. Los descorchados acontecidos en la fachada como resultado de la acción de la humedad sobre los muros de mampostería, han sido solucionados con morteros confeccionados a base de cemento, que acrecientan los problemas de deterioro por los cuales han sido utilizados.

Consideraciones finales

Este primer acercamiento permite apreciar que la casa es portadora de elementos originales de los siglos XVII y XVIII, y en menor proporción del XIX, acentuándose vertiginosamente los cambios a partir de los primeros años del XX. Hasta el momento no se han observado en la fachada elementos que apunten a que la casa haya sido demolida parcialmente o en su totalidad en los siglos XVIII o XIX con el objeto de reconstruir otra nueva.

El conocimiento lo más completo posible de las obras de fábrica que manifiestan el uso de materiales

tradicionales, debe salvar la incongruencia entre pasado y presente en cuanto a técnicas y materiales a utilizar para un manejo concientemente crítico de su conservación, por lo que cualquier acción en este sentido, debe partir del reconocimiento de que es el propio inmueble el que traza el itinerario de la práctica restaurativa.

La edificación posee un potencial histórico representativo de una arquitectura de código doméstico, susceptible de restauración, en virtud de rescatar la singularidad tipológica que representa, y que actualmente es poco frecuente encontrar en pie en la parte antigua de la ciudad.

En virtud de los resultados y la pertinencia de los estudios de este tipo, por consiguiente, se propone continuar el empleo de los procedimientos arqueológicos utilizados en el Centro Histórico de La Habana Vieja, con el propósito de complementar niveles suficientemente integrales, que permitan la información básica equivalente para proyectos de restauración, que salven la autenticidad de cualquier inmueble de interés patrimonial, en cumplimiento de los documentos rectores para la conservación y restauración del patrimonio edificado (Col. Aut., 1964; Brandi y D'Ossat, 1972; Col. Aut., 2000).

BIBLIOGRAFÍA

Abbagnano, N. (1972): *Diccionario de Filosofía*, Edición Revolucionaria, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

Arrazcaeta, D. (2002): «Habana Vieja: Arqueología en edificios históricos», en *Gabinete de Arqueología*, Boletín No. 2: 14-23, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.

Azkarate, A. (2002): «Arqueología de la Arquitectura: definición disciplinar y nuevas perspectivas», en *Arqueología de la Arquitectura*. No. 1: 7-10. Universidad del País Vasco - CSIC. Vitoria - Gasteiz.

Brandi, C; De Angelis D' Ossat (1972): *Carta del restaura*. Tomado de Internet: www.mec.gub.uy/com_patri/download/cartasInternacionales.

Colectivo de autores (1964): *Carta de Venecia. Carta internacional sobre la conservación y la restauración de monumentos y de conjuntos históricos - artísticos*, II Congreso Internacional de Arquitectos y técnicos de Monumentos Históricos, Aprobada en 1965 por ICOMOS, Venecia, Tomado de Internet: www.icomos.org/docs/venice_es.html.

- _____ (2000): *Carta de Cracovia. Principios para la conservación y restauración del patrimonio construido*, Cracovia, Tomado de Internet:
http://www.mec.gub.uy/com_patri/download/cartasInternacionales.
- Eiso, E. (1976):** Marcas de tejas de la época colonial de Cuba, Departamento de Arqueología, Instituto de Ciencias Históricas, ACC. (Inédito).
- Harris, E. (1991):** *Principios de estratigrafía arqueológica*, Editorial Crítica, Barcelona.
- _____ (2004): «Estratigrafía de estructuras en pie», en *Gabinete de Arqueología*. No. 3: 79-87, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.
- Hernández, I. (2005):** «Una aplicación social de la arqueología. Museo Municipal de Songo La Maya. Santiago de Cuba, Cuba, en *Mundo de Antes*, No. 4: 139-157, Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Junyent, E. (1991):** «Prólogo a la edición española». *Principios de estratigrafía arqueológica*. VII-XV, Edward C. Harris, Editorial Crítica, Barcelona.
- Maza, A. (1952):** «La Iglesia Parroquial Mayor de San Juan Bautista de Remedios. Indicaciones sobre su valor artístico e histórico y la necesidad de su conservación», en *Revista de Arqueología y Etnología*, Época II, Año VII, No. 13-14: 287-331, La Habana.
- Oliva, S. (2004):** Investigación histórica de la casa San Ignacio No. 602. Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador, Ciudad de La Habana. (Inédito).
- Peña, A. (1987):** «La investigación arqueológica en la restauración de la Casa Natal de Calixto García», en *Revista de Historia*, Año II, No. 3: 59-64, Julio-Septiembre, Holguín.
- Prat, P. (1947):** *El Pre Barroco en Cuba. Una escuela criolla de arquitectura morisca*, Diputació de Barcelona, La Habana.
- Quirós-Castillo, J. (2002):** «Arqueología de la Arquitectura en España», en *Arqueología de la Arquitectura*. No. 1: 27-38, Universidad del País Vasco – CSIC. Vitoria – Gasteiz.
- Venegas, C y N, Raola (1986):** «Datos históricos de la Parroquial Mayor de San Juan Bautista de los Remedios», en *Universidad Central de Las Villas*, s/n: 87-94, Villa Clara.
- Zoreda, C. (1995):** «Método para el análisis estratigráfico de construcciones históricas o lectura de paramentos». *Informes de la construcción*, Vol. 46. No. 435: 37-46, Centro de Estudios históricos, CSIC, Madrid.
- _____ (1996): «El análisis estratigráfico de construcciones históricas», en *Arqueología de la Arquitectura*: 55-74, Centro de Estudios históricos, CSIC. Madrid.

La Cerámica de Tradición Aborigen: ejemplos habaneros

Por: Lisette Roura Álvarez, Roger Arrazcaeta Delgado y Carlos Alberto Hernández Oliva

Resumen

En este artículo polemizamos con el concepto de Cerámica de Transculturación y se argumenta sobre la tipología, la cronología y el registro arqueológico de esta burda y quemada alfarería, a la cual denominamos Cerámica de Tradición Aborigen, profusamente hallada en sitios de los siglos XVI, XVII y XVIII de La Habana Vieja.

Abstract

This paper covers a discussion on the concept of transcultural earthenware and it is argued on the typology, chronology and archaeological record of this coarse earthenware with evidences of use under fire conditions. The name of pottery with an aboriginal origin, widely found in sites from the 16c., 17c. and 18 c. in Havana's historic center, is given to this pottery.

Introducción

Es común en sitios de La Habana Vieja la presencia de una cerámica de cocina, burda y quemada, la cual suele encontrarse en contextos arqueológicos fechados entre los siglos XVI y XVIII, constatándose su consistente frecuencia, tanto en casas de las clases pobres como de la aristocracia y burguesía, así como en otras instituciones. Consideramos que su amplia profusión es resultado de aspectos como la manufacturación local, su bajo precio, adecuada oferta y demanda, tradición de uso, e idoneidad en los menesteres de la cocina, entre otros.

La abundancia de restos de esta alfarería en las colecciones del Gabinete de Arqueología y los escasos estudios nacionales al respecto (Domínguez 1978, 1980; La Rosa Corzo 1999), nos motivaron a realizar esta investigación preliminar, pretendiendo ahondar en los eventos históricos que coadyuvaron a la creación de esta tipología cerámica, así como el análisis de sus características formales y físicas.

La producción cerámica en La Habana

La fabricación de cerámica en la villa de San Cristóbal de La Habana data de los años posteriores a su asentamiento en 1519; la información sobre tejares en las Actas Capitulares del Cabildo y otros documentos de archivo lo confirman fehacientemente. Además, junto a los restos de tejas, ladrillos y cerámica de importación, se encuentra la alfarería rústica y quemada antes mencionada, elaborada por acordelado o rollos, de baja temperatura de cocción y color oscuro, excepcionalmente decorada y con formas muy simples, la cual suponemos fuera hecha por los aborígenes asentados en la villa de La Habana y por los de Guanabacoa, este último un pueblo de indios fundado por los españoles en 1554, a una legua de San Cristóbal de La Habana (Acta Capitular del 12 de junio de 1554) Fig.1.

Algunos documentos hacen alusión a la producción de ollas y cántaros de barro por los indios de Guanabacoa, *...que es su ejercicio ordinario, con que se están sosteniendo por no tener caudal...* (Real Cédula, Madrid, 27 de enero de 1632). La cerámica debió cubrir las necesidades de estos aborígenes, convirtiéndose también en un recurso socializado, que unido a los productos

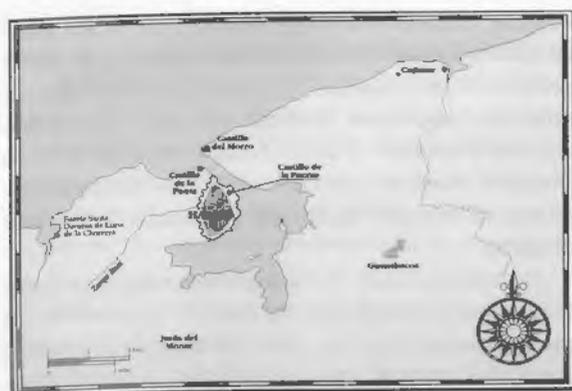


Fig. 1. Plano donde se aprecia las dimensiones y ubicación del poblado

de la ganadería y agricultura debían vender a la población habanera (Acta Capitular de 1^o de abril de 1567).

Al producirse el choque entre amerindios y españoles, algunos grupos aborígenes del archipiélago cubano tenían un nivel neolítico, eran sociedades tribales aruacas con agricultura y alfarería de estilo mellacoide y chicoide. La relación aborígen-colonizador fue devastadora para casi toda la cultura «nativa» y no fue solo la cerámica la que desapareció como resultado de las imposiciones imperiales españolas, sin embargo, esta relación no impidió que miembros de la comunidad sobrevivieran y se interdigitaran de forma alternativa o remanente en la vida ciudadana, a costa de su propia identidad étnica.

La cerámica aborígen que logró sobrevivir durante la época postcolombina permite inferir, sobre todo, información tecnológica y de uso, pues los patrones decorativos, sintomáticos a su vez de aspectos de la superestructura social, casi desaparecieron de la superficie de las vasijas. No obstante, quedó la forma circular del recipiente, el fondo convexo, algún tipo de asa, y la ocasional presencia de decoración incisa en el borde para indicar su tipología indígena. El universo cosmogónico y teogónico de los indios, fue proscrito y reemplazado a la fuerza por la cultura cristiana.

La alfarería aborígen se insertó en el modo de vida hegemónico europeo, dictado por los patrones culturales de la clase dominante, y es de suponer que el español haya aprovechado la experiencia del aborígen en virtud de localizar fuentes de arcilla para fabricar cerámicos, y en segundo nivel, la utilización de estos artefactos en el menaje doméstico culinario,

como sería en la cocción de alimentos y el almacenamiento de sólidos y líquidos. Por supuesto, no descartamos la habilidad del colonizador para localizar yacimientos de materia prima, de amplio empleo en el proceso de asentamiento.

No es hasta el 25 de mayo de 1586 cuando aparece en una Acta Capitular la noticia de una manufactura cerámica específica; se trata de un tejar propiedad de Vilches, aunque pudo existir una producción colonial anterior no mencionada en documentos oficiales. También debemos tener en cuenta la desaparición de las Actas del Cabildo del periodo de 1519-1550, destruidas por el ataque de Jaques de Sores a la villa de La Habana en 1555.

Se han podido encontrar otros datos de interés, como la estancia concedida a Nicolás Acosta, según el Acta Capitular del 6 de diciembre de 1596 ... *entre el camino del tejar que va a Guanabacoa...* No hay dudas, de que ya para esta última fecha parte de las necesidades de materiales de construcción de cerámica, como las tejas, estaban cubiertas por las producciones de artesanos locales. Estas no alcanzaron ni mucho menos niveles industriales, pues entre otras cosas la Casa de Contratación de Sevilla debió poner restricciones, o el desarrollo de las industrias hispano-americanas no permitiría su evolución monetaria.

Procesos similares en América

Este fenómeno no se comportó igual en todos los territorios americanos. Por ejemplo, algunas de las alfarerías mesoamericanas mantuvieron, incluso con patrones decorativos mezclados, una importante parte de su componente étnico, como sucede con los tipos Azteca IV y Tonalá (Guadalajara Polícromo), esta última contrahecha en Jalisco; o la creada por los aborígenes peruanos en la actualidad, solo discernible de la antigua por el ojo del especialista avezado.

Por otra parte, procesos similares a los de Cuba tuvieron lugar en gran parte de América del Norte y Latinoamérica, donde el europeo encontró pueblos agricultores portadores de alfarería. En excavaciones arqueológicas de numerosos sitios de la región del Caribe y el resto de América, se han encontrado distintos tipos de estas cerámicas, en algunas de las cuales el proceso de transculturación actuó de manera fuerte y definitiva, dando como resultado «tipologías» con características de las culturas implicadas.

ARQUEOLOGÍA

Pese a la diferencia –a veces muy notable– entre ellas, algunos autores las recogen bajo una misma clasificación, y otros ni siquiera conocen de bibliografía donde se referencia su caso específico. La prestigiosa arqueóloga norteamericana Kathleen Deagan, considerando los estudios de Hume (1962 y 1978); Fairbanks (1962) y Ferguson (1978), las clasifica como Loza Colono (Colono Ware), con la siguiente descripción:

Es el término usado para referirse a cerámicas construidas a mano localmente, de origen no europeo, que se usó en el Nuevo Mundo. Tales alfarerías frecuentemente reproducen formas españolas, pero en algunos casos mantienen formas locales, técnicas y materiales que aparecen virtualmente en toda el área del Caribe. Se cree que fueron hechas por aborígenes y en algunos casos por esclavos africanos y son distintas entre localidades, reflejando diversidad de tradiciones no europeas. Ciertas lozas colonos han sido estudiadas extensamente principalmente la de Concepción de la Vega. Esta es una loza modelada a mano, pintada, exhibiendo elementos de dibujo indo caribeños en formas europeas. Se han reportado formas hechas a mano y en torno de alfarería (Deagan 1987: 103 y 104).

Como se puede apreciar, el concepto de Loza Colono es de tan amplio espectro que nos parece inadecuado para una clasificación tipológica, pues necesitaría precisiones de rangos más cerrados tanto de orden cultural como cronológico, y no se aviene a una uniformidad tipológica, siempre que entendamos por tipo a *...una población homogénea de artefactos que comparten una gama sistemáticamente recurrente de estados en una serie politética dada* (Clarke 1984:185). Sin embargo, esta investigadora popularizó en su libro «Artifacts of the Spanish Colonies of the Florida and the Caribbean. 1500-1800», la existencia de esta cerámica en el área del Caribe. A partir de entonces (1987), muchos arqueólogos latinoamericanos han tratado el fenómeno de una manera mucho más específica, detallando cómo se manifestaron las producciones alfareras locales y reflejando el resultado de acuerdo a la etnia predominante. Respecto a la presencia de esta cerámica, a continuación exponemos un resumen de la situación de sus estudios en América:

Venezuela

En 1987 se descubrieron los restos de una edificación donde aparecieron drenajes, niveles de ocupación y

basuras coloniales debajo del Palacio de las Academias. Al frente de este proyecto se encontraba el profesor Mario Sanoja. Del basurero se exhumó una alfarería autóctona, la cual apareció solo en los estratos anteriores al último cuarto del siglo XIX; se presentó asociada con otros desechos, como restos dietarios, botones de hueso y abundante materia orgánica.

Se analizaron 2 358 fragmentos de esta loza, denominada por ellos Loza Común, que ha sido la menos estudiada en su país. Muchas de las piezas contienen rasgos reveladores de la técnica de fabricación, tales como rolletes sin alisar y a veces huellas dactilares o de instrumentos. El material evidencia una mezcla de elementos y posiblemente de simplificación de rasgos decorativos como las patas bulbosas. La aparición de esta cerámica en la ciudad de Caraca, le permitió afirmar a la profesora Iraida Vargas Arenas, que pudo existir un antecedente de la influencia del cacicazgo de Valencia sobre el de Valle, donde se encuentra la ciudad, y denota su posible continuidad en los pobladores indígenas y mestizos de esta urbe. Es esta una pequeña, pero consistente evidencia de la industria alfarera local durante la colonia.

Por otra parte, Carlos Duarte refiere la existencia de locerías en Caracas desde 1597, muchas de ellas con mano de obra indígena. Se supone que las vasijas de gran tamaño y las no decoradas pudieron ser producidas localmente con fines estrictamente utilitarios (Bencomo 1993).

República Dominicana

Se estudiaron extensamente las lozas de producción local extraídas en las excavaciones del sitio Concepción de la Vega. Las mismas son modeladas a mano, exhiben varios diseños de dibujos indo caribeños, y reproducen muchas veces formas europeas (Deagan 1987).

Argentina

En Argentina, Daniel Schávelzon denomina «cerámicas indígenas» y «cerámicas mestizas» a una serie de artefactos encontrados en los contextos coloniales de la ciudad de Buenos Aires. En el primer grupo se identifica la cerámica correspondiente a la

tradición prehispánica. Su pasta es roja, gris o negra, hecha sin torno y sin vidriados o cubiertas cristalinas. Es una alfarería cercana a la tupí-guaraní, característica de la región litoral, y por su cronología se extiende desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII.

Según este investigador no hay bibliografía al respecto, y es posible que los indios traídos por la fuerza de sus regiones originarias a la ciudad de Buenos Aires, hayan hecho esta alfarería para consumir sus alimentos, pues las lozas españolas eran inaccesibles para ellos.

Se hallaron numerosos restos de esta alfarería en antiguas zanjas para levantar cimientos donde los indígenas servían de mano de obra. Esto hizo suponer a Schávelzon que los aborígenes comían a pie de obra, quedando en este mismo lugar sus utensilios mezclados con otros españoles e incluso regionales.

El grupo de la «cerámica mestiza» lo integran un conjunto de artefactos que presentan en su manufactura o en su forma las características tanto de tradición indígena como española. Es decir, objetos típicamente indígenas, pero hechos en un torno, o cerámica sin tecnología foránea pero para usos de tradiciones europeas como los candelabros, las pipas y tinajas para vino, la cerámica monocroma y la policromada. Es muy curioso cómo se pone de manifiesto este fenómeno en Argentina, pues al parecer, solamente una parte de la población autóctona adoptó los avances tecnológicos introducidos al país por los españoles, como por ejemplo el torno (Schávelzon 1991).

Estados Unidos

Los primeros africanos que llegaron a Carolina del Sur continuaron haciendo sus producciones alfareras en hornos a fuego abierto, independientemente de trabajar en las plantaciones como esclavos. Muchos de los habitantes de este territorio descienden de aquellos primeros africanos, los cuales arribaron a las tierras ocupadas por los indios y en su mayoría formaron matrimonios interculturales. Testimonios sobre este fenómeno fueron recogidos por el investigador Leland Ferguson en la década del ochenta del siglo XX, con la intención de estudiar la cerámica resultante del cruce entre las dos etnias.

Por supuesto, la cantidad y supervivencia de los esclavos se impuso para imprimirle a esta alfarería

un sello negroide indiscutible. Estas lozas también copiaron las formas de la vajilla europea llegada al país, pero la mayoría eran simples recipientes con un fondo plano y un borde ligeramente evertido. A esta cerámica se le llamó Colono Ware.

Un grupo de arqueólogos de los Estados Unidos confrontó sus resultados y propuestas en cuanto a su denominación y origen. Por ejemplo, en 1962 el destacado científico Ivor Noël Hume escribió un ensayo en una revista sobre la arqueología de los indios norteamericanos, bajo el título «Una vajilla india del período colonial», donde lanzaba la hipótesis de que los indios pudieron haber encontrado un mercado dentro de los esclavos y además haber adaptado sus recipientes a estilos aceptables para sus comunidades. Poco a poco se empezó a ver la importancia de la participación de los esclavos negros, pues dicha alfarería comenzó a encontrarse con mucha frecuencia en sus barracones.

En 1977 Polhemus compara esta cerámica con la que se producía por aquellos años en Ghana, obteniendo resultados sorprendentes. Esta presentaba fondo plano, mezcla fina, bruñido liso o común y una X grabada en la base, justo igual a la americana, además de no poderse diferenciar la composición de las pastas entre una y otra. Por otra parte, en 1974, Stanley South y Leland Ferguson plantearon la hipótesis de que esta alfarería podía ser el resultado de la integración de las culturas indio-africano-europeas, considerando lo siguiente:

1- Los esclavos trajeron los conocimientos sobre alfarería y agricultura, esenciales para la vida cotidiana.

2- Los primeros esclavos llevados a Carolina del Sur llegaban de plantaciones en las Indias Occidentales, donde establecieron una tradición alfarera.

3- Que los africanos se mezclaron con los indios capturados en las invasiones a los dominios españoles del sudeste (los indios constituían un tercio de la población en 1708) y pudieron compartir elementos de sus culturas materiales.

Además, el doctor Hume opina que este tipo de alfarería se extendió desde Delaware hasta Carolina del Sur con variaciones del ornamento en el borde y mezcla en las formas. No tiene dudas sobre la manufactura de esta por los indo-americanos, pero los descubrimientos arqueológicos demuestran también su hechura por los afro-americanos, produ-

ciendo una loza de barro de baja temperatura de cocción. Como los indios convivieron con los negros en las plantaciones y estos últimos convivieron con los indios en sus villas, era imposible adscribir esta cerámica a un grupo en específico. Surge entonces el término Loza Colono como denominación neutral a dicha producción en un artículo publicado por el propio Hume en 1978, titulado «Mirada a lo afro en la loza Colono-India». Este término fue retomado en 1987 por Kathleen Deagan para denominar a la cerámica elaborada en situaciones semejantes, pero en el área del Caribe.

Desde el punto de vista de Leland Ferguson (1992), la Loza Colono nació tan pronto como el pueblo no europeo de América fue afectado de alguna manera por la colonización europea.

Puerto Rico

En las investigaciones en el sitio Ballajá, al inicio de la década del noventa del siglo XX, dirigidas por el arqueólogo Carlos Solís, se descubrió una cerámica burda muy similar a la de los contextos habaneros. Toda esa alfarería fue estudiada por la arqueóloga cubana Dra. Lourdes S. Domínguez, quien la clasificó como «Cerámica de Transculturación», igual que a piezas similares halladas en los sitios coloniales de La Habana Vieja.

Por su parte, la arqueóloga puertorriqueña Virginia Rivera Calderón, la cual tuvo a su cargo los análisis de laboratorio, la denomina «Criollo Ware», argumentando su hallazgo en contextos del siglo XVIII y que en ella no se ponía de manifiesto los elementos de transculturación. También afirmó que esta alfarería es un producto nacional con características criollas (Domínguez, Com. Per., 2004). Aún cuando dicha cerámica posee ciertos atributos concordantes con los descritos por Deagan, no acepta el término propuesto por ella, ni el de Leland Ferguson, aunque reconoce algún rasgo negroide.

Como se aprecia, no existe un consenso entre arqueólogos con respecto a las disparejas manifestaciones de esta cerámica, como cabría esperarse ante un fenómeno tan complejo y apenas analizado en su conjunto y profundidad científica. Queda clara la necesidad de análisis locales más profusos (integrales) en los diferentes países de América, y el establecimiento de niveles comparativos nacionales

y regionales que tomen en cuenta las tradiciones culturales y las magnitudes diacrónicas de esta alfarería.

Hallazgos arqueológicos en La Habana

La problemática de Cuba, aunque presenta alguna similitud con los fenómenos anteriores, especialmente con Puerto Rico y Argentina, es diferente. En muchos de los casos, las comunidades agroalfareras aruacas asentadas mayormente en el oriente del país, durante el contacto y convivencia con los primeros colonizadores españoles a principios del siglo XVI, copiaron algunas formas de cerámicos europeos y crearon con su tecnología (método de acordelado) una serie de artefactos sustitutivos de las escasas vajillas que solo podían ser traídas a bordo de las naves españolas. Un ejemplo de esto lo encontramos en el Museo de La Máquina, Maisí, Guantánamo, donde se exhibe una jarra de tipología europea confeccionada en barro por el método de acordelado o rolletes. A este tipo de cerámica se le ha llamado de transculturación (Domínguez 1980), y su utilización en la Isla se extendió hasta el siglo XVIII (Deagan 1987).

Sin embargo, es a partir de 1968 cuando comienza a hallarse esta cerámica *...oscura, burda, sin trabajo a torno* (Domínguez 1980:18). La doctora Lourdes Domínguez la denominó como «Cerámica de Transculturación», después de haber encontrado numerosos restos de esta en las excavaciones dirigidas por Rodolfo Payarés en la Casa de la Obrapia en 1970. En ese entonces, la caracteriza de la siguiente manera:

- a- La casi totalidad de los fragmentos no presentan huellas de torno;
- b- todos los fragmentos presentan características de haber sido expuestos a una cocción mayor que la normal recibida por la cerámica aborígen, o sea, a una temperatura más alta;
- c- el barro empleado es el utilizado por la cerámica indígena, aunque parece distinto, pues es la variante del horno la que lo hace diferente por el grado de cocción;
- ch- las formas de los recipientes son mayores que las de los aborígenes, ya que el tamaño de los fragmentos nos permite apreciar este incremento en él;
- d- la cerámica presenta un acabado o pulimento muy interesante y distinto a la aborígen;
- e- un elemento de transculturación indiscutible es el tratamiento de las asas, las cuales son netamente indígenas

en algunos casos y, en otros, tienen similitud con las vasijas españolas, por ejemplo; asas de barbotina, de lazo, etc. (Domínguez 1980:19) Fig. 2.



Fig. 2. Cerámica de Tradición Aborígen encontrada en sitios arqueológicos de La Habana Vieja

Rives, Domínguez y Pérez, en su artículo de 1991 titulado «Los documentos históricos sobre las Encomiendas y las Experiencias indias en Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico» explican que esta alfarería *...representa una verdadera incógnita en este momento y se inclinan a pensar que [...] además de su utilización múltiple, estuviese relacionada con la contención de líquidos espirituosos obtenidos por la compra de destilados también artificialmente por los propios indios, tal vez por eso, fragmentos de dichos cerámicos aparecen abundantemente en los residuarios. El uso de ellos para el trasiego de bebidas, cuya demanda puede considerarse alta, justificaría esa presencia cuantiosa en los yacimientos* (1991:33).

Por su parte, el arqueólogo Leandro Romero (1995) sostuvo que los criterios en torno a este fenómeno deben ser ampliados, teniendo en cuenta *...los asentamientos hispánicos de las villas y ciudades que presentan evidencias de materiales aborígenes con huellas de transculturación o sin ellas, resultado de un proceso en el cual el indígena convive directamente con el español, del que toma o transforma sus artefactos según sus necesidades dentro de la*

comunidad y las manufacturaba para sí o para el intercambio, utilizando su técnica, con muestras de transculturación, para elaborar utensilios, instrumentos, etc.

Igualmente se han obtenido vasijas hechas de barro acordelado alisado, con alteraciones en su grosor, que generalmente no llevan decoración, y cuando la tienen es incisa o modelada, como corresponde a la tradición agroalfarera subtaína.

Estas evidencias, específicamente las encontradas en las excavaciones realizadas en el Palacio de los Capitanes Generales (1970-1974), fueron analizadas interiormente por el doctor Henrik Tomec, químico-conservador de la Galería Nacional de Praga, quien halló evidencias de restos de alimentos que contienen albúminas y ácidos grasos.

El arqueólogo dominicano Manuel García Arévalo, al ver estos materiales en 1979, expresó:

...en un reciente viaje a Cuba examinando la colección cerámica que posee el Museo de Historia de la Ciudad de La Habana, constatamos la presencia de material cerámico indígena subtaíno con acentuadas huellas de hollín y alteraciones en el grosor y alisado de la pasta..., demostrando que en Cuba la cerámica revela el mismo tratamiento de transculturación durante el período indohispánico caribeño.

Hasta aquí un resumen de la información sobre estos hallazgos en La Habana Vieja. Es necesario mencionar también otros descubrimientos de esta cerámica por un equipo de arqueólogos del Centro de Antropología del CITMA, encabezado por la doctora Domínguez en 1987, quienes excavaron en una casa del poblado de Guanabacoa, en una zona donde el arrastre de materiales era bastante fuerte. Casi un 20% del total de las piezas extraídas correspondían a la alfarería acordelada, similar a la encontrada en los contextos de La Habana intramural, presentando un alto grado de fragmentación y en muy mal estado de conservación (Domínguez, Com. Pers. 1998).

Es curioso el fenómeno que ocurre cuando al referirse a artefactos realizados por nuestros indígenas en los años de dominación española, automáticamente se les llama «elementos de transculturación». En esta categoría se incluyen numerosos objetos encontrados en sitios coloniales como son los majaderos o morteros de piedra, los moluscos usados en la dieta o para materia prima en la confección de herramientas que pudieron ser picos, martillos y raspadores, entre otros; vértebras de pescados perforadas para la confección de cuentas y fragmentos de burenes de cerámica. Todos estos, clasificados de transcul-

turación, aunque muchos especialistas los consideran dentro de la tradición agroalfarera subtaína. Nosotros, particularmente, no identificamos en ellos ningún elemento hispano, son evidencias que bien pudieran aparecer en un sitio prehispánico de cualquier zona del país (Fig. 3).

Respecto a la supervivencia de la tradición ceramista de los aborígenes cubanos, varios autores se refirieron a ello. Por ejemplo, el historiador Gerardo Castellanos dice: *...los indios ejercieron con buen éxito la fabricación del casabe y utensilios de barro, [...] esta industria era la más próspera y que más tarde dio origen a infinidad de tejares...* (en Vera Estrada, 1997). José María de la Torre (1857: 21) abunda sobre la barriada de Guanabacoa y plantea que *...los utensilios de cocina son generalmente de fierro, aunque los indígenas fabrican cacharros de barro que prefieren para condimentar sus alimentos particulares.* Fue allí también donde, en 1841, José María Andueza reportaba la existencia aún de *...una reducida familia descendiente de aquella raza, cuyos individuos se dedicaban a la alfarería; decía también que las cazuelas, búcaros y jarras que fabrican tienen un cierto aspecto de antigüedad...* (Andueza 1841:159).

Así como los españoles adoptaron las comidas y sabores oriundos del país, también lo hicieron con la alfarería confeccionada por los aborígenes aruacos, de manera que llegó a suplir la carencia de cerámicas importadas desde España, pues estas demoraban grandes intervalos de tiempo a bordo de las naves de la Flota. La confeccionada en la ciudad resultaba mucho más barata y se podía sustituir muy fácilmente, pues las labores domésticas diarias en las áreas de cocina incluían la sustitución de las vasijas cada cierto tiempo, debido a su fractura frecuente.

De esta manera, la confección de vasijas de barro se convirtió en un negocio regular y próspero, que al parecer perduró desde el siglo XVI hasta el XVIII en La Habana, conservando rasgos autóctonos como la hechura por acordelado, el acabado de la superficie, algún tipo de decoración incisa y de incisión en el borde, forma globular, fondo convexo, y ocasional aparición de asas, quizás *...porque no se sepa algo diferente, en otras palabras, ciertas partes de dos culturas en contacto pueden no estar en contacto total* (Melville J. Herskovitz 1987: 578).

Materiales y métodos

Seleccionamos un conjunto de tientos cerámicos de tradición aborígena, exhumados en excavaciones arqueológicas en sitios de La Habana Vieja, estos son los siguientes:

Convento de San Francisco de Asís (Oficios e/ Lamparilla y Churruca), Maestranza de Artillería, casa de los marqueses de Arcos (Mercaderes # 16), casa del conde de Villanueva (Mercaderes # 202), casa del conde de Casa Calderón (Oficios # 312), Casa del Comendador (Obrapia # 55), (Muralla # 60), casa del marqués de Prado Ameno (O'Reilly # 253), Tacón # 12 (Museo de Arqueología), Casa de la Obrapia (Obrapia, esq. a Mercaderes), Mercaderes # 15, Palacio de los Capitanes Generales (Museo de la Ciudad, Tacón # 1) y casa de los condes de Santovenia (Baratillo # 9).



Fig. 3. Gubia, fragmento de burén y raspador, encontrados en la casa de los marqueses de Arcos

Para estudiar toda la muestra confeccionamos un ceramógrafo tradicional, además de escogerse 20 tientos de diferentes contextos y excavaciones arqueológicas para análisis petrográficos y micropaleontológicos.

Ceramógrafo

Pastas

Método de manufactura: A mano, método de acordelado o por rolletes. Presencia de huellas de espatulado y alisado; muestra cierta calidad en el acabado.

Composición de las arcillas: Se emplearon en la confección de estas cerámicas, arcillas bentónicas, expandibles o motmorrillonitas.

Contenido de CaCO_3 : Oscila entre un 7 y un 21 %.

Nivel de selección de las arcillas: Es variable, aunque predomina la buena selección, toda vez que no se ha observado el predominio de granos arenosos de fracción gruesa de más de 2 mm.

Grado de porosidad: Fluctúa entre un 4 y un 7 %, mejorándose la impermeabilidad de las piezas por el buen trabajo de alisado que presentan, sobre todo en la superficie externa.

Cocción: Su cochura fue hecha, según las características observadas por los autores, en hornos abiertos, en una atmósfera reductora, a una temperatura baja. No obstante, la Dra. Lourdes S. Domínguez considera que esta cerámica fue cocida en hornos cerrados.

Color: La Muestra analizada indica un uso mayoritario de los ceramios en la cocción de alimentos, por lo cual el predominio del color negro en todos los fragmentos estudiados, tanto en la pasta como en la superficie, debe ser el resultado de dos aspectos combinados, su hechura en horno abierto y el empleo de esta cerámica para la cocción de alimentos. Algunos ejemplares tienen manchas más claras, debido a la cocción irregular.

Fractura: Irregular, se desprenden partículas en los bordes de la ruptura.

Dureza: De hasta 2 en la escala de Mohs.

Tratamiento de la superficie

Color: Negro, producido por la cocción y la exposición constante al fuego.

Tratamiento: Algunos ejemplares presentan evidentes huellas de alisado y espatulado por la cara exterior. En la cara interior pueden observarse aún las uniones entre los rolletes.

Desgrasante: El antiplástico encontrado en las muestras fue arena, con granos de hasta 2 mm. Según la escala para la clasificación del mismo de Hargrave y Smith, el desgrasante hallado se puede catalogar como muy burdo, pues sobrepasa los 0.8 mm (Cruxent 1980:55).

Formas

Bordes: Se identificaron de tipo evertido, invertido y en menor proporción acintado. Los labios, en todos los casos, son redondeados.

Espesor de las paredes: Los espesores varían entre 3 y 8 mm. Las paredes son irregulares, debido muchas veces, a las huellas dejadas por los rolletes imperfectamente alisados o espatulados.

Base: Predominan las bases convexas redondeadas, ocasionalmente aparece algún fondo plano.

Principales formas: Los cuencos y las ollas (grandes y medianas), que representan el mayor número de estos cacharros (Fig. 4).

Decoración

Motivos y técnicas: Solamente cuatro tientos tienen decoración, de tipo muy sencillo. Tres de ellos poseen pequeñas incisiones paralelas sobre el borde, y el otro una serie en forma de zigzag. Dichos artefactos se hallaron en contextos arqueológicos de los siglos XVI y XVII, (Fig. 4).

Asas: En general no son frecuentes. Se identificaron los tipos asa de lazo, de barbotina y de cornamusa.



Fig.4. Vasija exhumada en las excavaciones arqueológicas en el Convento de San Francisco de Asís, La Habana Vieja

ARQUEOLOGÍA

Posición Cronológica

Aparece en contextos arqueológicos que abarcan desde el siglo XVI hasta el XIX, aunque en este último su presencia decrece considerablemente.

Análisis tipológico

Hemos podido apreciar cómo los arqueólogos de diferentes regiones americanas, sin conocer en mucho de los casos los datos de Kathleen Deagan sobre estas cerámicas llamadas por ella Colono Ware, han optado por acuñar algunas denominaciones para identificar tipos similares de sus respectivos países. Consideramos que, en buena parte de las ocasiones, estos ítems fueron clasificados acertadamente dentro de sus regiones, tomando en cuenta las peculiaridades culturales de sus tradiciones cerámicas. Así tenemos, por ejemplo, Loza Común en Venezuela, Cerámica Mestiza en Argentina, Loza Colono en Estados Unidos, Loza Criollo en Puerto Rico, y Cerámica de Transculturación en Cuba.

No obstante, y ello es nuestra particular percepción del problema, todas estas tipologías carecen aún de un estudio más exhaustivo y detallado que caracterice el fenómeno sociocultural complejo que las engendró, de manera tal que los investigadores den a conocer sus resultados y tomen conciencia sobre las implicaciones concretas de estas en sus respectivos contextos arqueológicos-culturales.

Como bien expresan Rives, Domínguez y Pérez (1991), este tipo de alfarería representa en Cuba una verdadera incógnita, aunque hace algunos años los investigadores del Gabinete de Arqueología vienen haciendo hincapié en la recurrencia de la aparición de esta cerámica en La Habana Vieja.

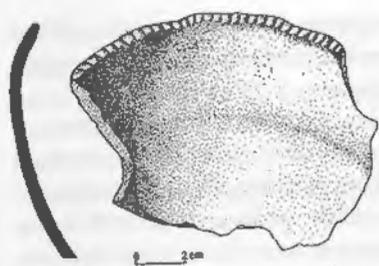
Todo parece indicar, que estos ceramios han estado expuestos a una simplificación en todos los órdenes, tanto en las formas, como en la decoración —ausente completamente con el paso del tiempo—, y en la aplicación de las asas. Estas últimas se registran por primera vez en sitios del período colonial de Cuba, en algunos tiestos hallados en la Casa de la Obrapia, clasificadas como elementos de transculturación por la Dra. Lourdes Domínguez, aunque estas tipologías de asas se encuentran en los ajuares de las culturas aruacas agroalfareras, reportadas por el Dr. José M. Guarch, en su libro *El Taíno de Cuba*.

El registro arqueológico resulta esclarecedor. Esta alfarería de tradición aborigen, perfectamente diferenciada por sus características facturales de la hispana, aparece asociada a esta última, e incluso en algunos sitios del siglo XVI y XVII tiene predominio cuantitativo sobre los ceramios europeos.

Las excavaciones arqueológicas en la Habana Intramural están reafirmando la presencia del aborigen ceramista en la zona, cuestión referenciada reiteradamente en fuentes históricas como las Actas del Cabildo de La Habana y otros documentos. Por ejemplo, distintos tiestos de burenes asociados con otros artefactos aborígenes se encontraron en la Casa del Comendador (Obrapia #55), junto a un perforador de sílex y una punta de concha; en la casa de los marqueses de Arcos (Mercaderes #16), junto a una gubia y un martillo de concha; algunos en la casa de la Obrapia, en Baratillo #111, en Teniente Rey #159, y otros 49 fragmentos en el sitio de Mercaderes #15 (sede actual del Gabinete de Arqueología).

Es harto conocido, gracias a la información escrita en el siglo XVI, el uso extendido del pan de casabe por la población española en toda la Isla, en particular en La Habana, con el cual, además, se abastecían las flotas que retornaban a España desde el puerto habanero, pues era un alimento resistente a largas travesías sin descomponerse. Este pan de yuca agria, producido principalmente por los aborígenes en la propia villa y en el poblado aldeaño de indios de Guanabacoa, fue consumido por la población durante más de tres siglos, de lo cual podemos deducir la gran manufacturación de burenes que debió existir paralelamente a la confección del pan, para su cocción.

El arqueólogo Leandro Romero, al referirse a la cerámica acordelada habanera, afirma que esta, con sus decoraciones, formas y dimensiones, corresponde a la herencia subtaína, y está probado, como se ha visto antes, que en 1631 los naturales de Guanabacoa hacían ollas y cántaros, según consta en carta del 18 de enero del mismo año, enviada al rey por el Gobernador don Juan Bitrián de Viamontes (Villamil 1995). Para continuar explicando nuestra tesis, a continuación realizamos una comparación entre ejemplares de la cerámica hallada en La Habana Vieja y otras encontradas en sitios aborígenes subtaíno (El Masío) y agroalfarero de Cuba (Sardinero y El Convento), estas últimas clasificadas como de estilo mellacoide.



Convento de San Francisco, La Habana Vieja



Vasija procedente del Convento de San Francisco de Asís, La Habana Vieja

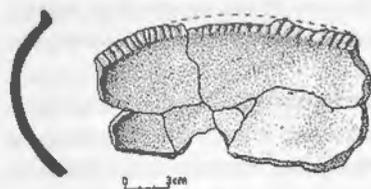
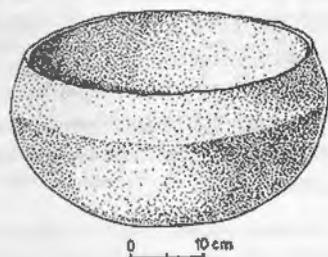


Fig. 5. Sitio Sardinero, Santiago de Cuba



Fig. 6. Vasija procedente del sitio subtaíno El Masío, Trinidad, Sancti Spiritus



Convento de San Francisco, La Habana Vieja

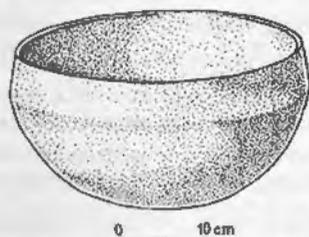


Fig. 7. Sitio Sardinero, Santiago de Cuba

También encontramos algunas similitudes en las formas de los bordes, con artefactos reportados en distintas fuentes bibliográficas, referidos a sitios subtaínos (denominación empleada por los autores consultados), y en general, a grupos del tronco aruaco, Figs. 8 y 9.

Es significativa la pervivencia de estas características, aun cuando, parte de estos tiosos fueron encontrados en contextos del siglo XVIII, momento en que se daba por exterminada totalmente la presencia física aborigen en nuestra ciudad.

Tipológicamente, se puede clasificar esta cerámica como muy burda, hecha exclusivamente para ser utilizada en la cocción de los alimentos, de ahí el gran tamaño de la mayoría de las piezas encontradas. Presenta una buena selección de la materia prima empleada, de la arena como desgrasante, elemento usado dentro de la alfarería indígena cubana. No tiene una buena terminación, y en algunos casos se aprecian las huellas del alisado o espatulado hacia el exterior de las vasijas. En el interior, pueden observarse las ondulaciones dejadas por los rolletes o cordeles.

Su fractura es irregular y posee poca dureza; por lo que se puede considerar como una cerámica de baja calidad, al parecer, cocida en hornos abiertos a baja temperatura. Una de las características distintivas de esta alfarería, y que nos hace afirmar que fue cocida en hornos abiertos, es su color negro, el cual abarca toda la superficie de las piezas. Este es el resultado del contacto directo con el fuego, y del ambiente reductor imperante en su cocción, sin regulación del calor en el momento de la cochura.

Tomando en cuenta el concepto de transculturación que esboza Fernando Ortiz en *El contrapunteo cubano...*, y que acuña Bronislaw Malinowski en el prólogo de dicho libro, como *un proceso en el cual casi*

Obsérvese en los dos primeros casos, las semejanzas en las decoraciones incisas en el borde (Ver Figs. 5 y 6), y en el tercero, su parecido en cuanto a la forma, (Fig. 7).



Sitio El Convento, Cienfuegos

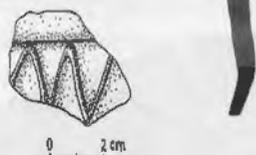
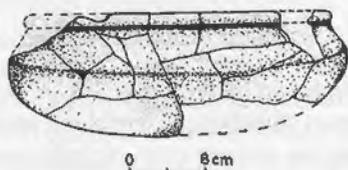


Fig. 8. Casa de los marqueses de Arcos, La Habana Vieja



Sitio El Convento, Cienfuegos

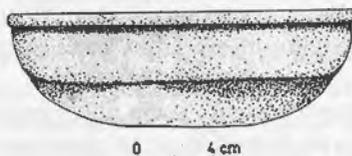


Fig. 9. Garita de la Maestranza de Artillería, La Habana Vieja

siempre se da algo a cambio de lo que se recibe; es un «toma y daca», como dicen los castellanos. Es un proceso en el cual ambas partes de la ecuación resultan modificadas. Un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente (1940); estimamos que la cerámica acordeada de los sitios arqueológicos de La Habana Vieja, como puede verse en sus rasgos tipológicos, y

quizás de otros lugares del país, comprendida entre los siglos XVI y XVIII, no representa un nuevo tipo de producto cultural, fruto del complejo proceso de transculturación entre españoles y aborígenes.

Opinamos, ciertamente, que hubo una simplificación en las formas y decoraciones de las vasijas aborígenes a partir del inicio del período hispano en Cuba, probablemente por prohibiciones impuestas por el elemento conquistador, o quizás por conveniencia subsistencial de los «naturales». Sin embargo, no implementaron el torno alfarero como adelanto técnico, tampoco los vidriados, ni los hornos cerrados, ni la decoración, y solo excepcionalmente algún cerámico de factura aborígen reprodujo alguna forma española. No es realmente ...un producto nuevo de la creación de ambos grupos y [no] son verdaderas piezas transculturales... (Dominguez 1978:37)

Por todas estas razones, consideramos oportuno llamar a esta tipología como «De Tradición Aborígen», y no como de Transculturación, pues son las tradiciones alfareras aruacas, de los aborígenes de La Habana reubicados posteriormente en la villa de San Cristóbal de La Habana y Guanabacoa, las que perviven en esta producción alfarera de la etapa colonial, comercializada como un producto de subsistencia de estas minorías étnicas desde el siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XIX.

Tenemos también presente la posibilidad de la interculturalidad entre nuestros indios y los negros africanos que habitaban la ciudad, y específicamente en Guanabacoa. Pero, al parecer, si estos últimos tomaron la iniciativa de realizar este tipo de cacharrería, conservaron todos los patrones estilísticos, hasta esos momentos mantenidos por los alfareros indígenas o descendientes de ellos.

Conclusiones

1- La cerámica de factura aborígen, en este caso perteneciente a la etnia aruaca, sobrevivió al proceso acultural impuesto por la sociedad española dominante, interdigitándose de forma residual y alternativa dentro del programa utilitario doméstico.

La casi insignificante presencia de patrones decorativos de la alfarería aborígen postcolonial, se debe a un proceso paulatino pero indetenible de pérdida de valores étnicos-culturales del residual aborígen sobreviviente a la conquista. Esta alfarería no se transformó en una nueva tipología, si bien se convirtió en mercancía desvinculada de su significación cultural originaria.

2- El menaje cultural aborígen, expresado a través de los patrones tecnológicos, así como en la forma de las piezas, logra prevalecer independientemente a otras posibilidades como son la implementación del torno y las formas de la cerámica, respectivamente.

3- Esta cerámica pudo ser asumida por la fuerza de trabajo esclavizada de África, manteniendo sus características tecno-tipológicas, o es muy posible que distintos componentes étnicos africanos mantuvieran continuaran fabricando alguna de esta alfarería, en consonancia con sus particulares tradiciones ceramistas; tal puede ser el caso de los yoruba

(La Rosa Corzo 1999: 113); es importante subrayar el estadio tribal diferenciado de algunos esclavos trasladados a Cuba. El arqueólogo Gabino La Rosa demuestra la confección de una cerámica acordelada, hecha en horno abierto, de diferente tipología a la llamada de transculturación, y distinta a la encontrada en La Habana Vieja, en el sitio de esclavos prófugos denominado Cimarrón 5, una pequeña espelunca ubicada en las Alturas Habana-Matanzas, donde los cimarrones, hacia finales del siglo XVIII o principios del XIX, hicieron ceramios para su subsistencia.

4- Proponemos denominar a esta tipología de artefactos como «Cerámica de Tradición Aborigen», de acuerdo con su origen y evolución tecnológica, independientemente de conocer que estos tuestos sufrieron una serie de cambios por parte de los

aborígenes de La Habana o Guanabacoa, donde todavía aplicaron decoraciones y asas a los mismos, además de las posibles producciones paralelas hechas por los africanos que convivían en estos territorios, adoptando su manera de hacer como medio de abastecimiento y subsistencia.

5- El rango cronológico de la Cerámica de Tradición Aborigen es bastante amplio, según los datos aportados por el registro arqueológico y en menor medida por la información histórica. Su producción continúa las tradiciones aruacas desde el mismo momento de la conquista y asentamiento de San Cristóbal de La Habana en la costa norte, y se adentra, excepcionalmente, en la primera mitad del siglo XIX. Por lo tanto, el fechamiento propuesto es desde 1519 hasta 1850.

BIBLIOGRAFÍA

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana (trasuntadas). Tomos I, II y III, Archivo del Museo de la Ciudad.

Andueza, J. M. (1841): *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial*, Boix Editores, Madrid.

Bencomo, C. (1993): Clases sociales en la colonia, Trabajo final de grado, inédito, Escuela de Antropología, UCV, Caracas.

Clarke, D. L. (1984): *Arqueología Analítica*, Ediciones Bellaterra, S.A., Barcelona.

Cruxent, J. M. (1980): *Notas Ceramológicas*, Ediciones UNEFM, Caracas.

De la Torre, J. M. (1857): *Lo que fuimos y lo que somos o la Habana Antigua y Moderna*, Imprenta de Spencer y Compañía, La Habana.

Deagan, K. A. (1987): *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800*, Smithsonian Institution Press, Washington D.C.

Domínguez, L. S. (1978): «La transculturación en Cuba (siglos XVI-XVII)», en *Cuba Arqueológica I*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

_____ (1980): «Cerámica de transculturación en el sitio colonial Casa de la

Obrapia», en *Cuba Arqueológica II*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

_____ (2004): «Guanabacoa: «una experiencia india» en nuestra colonización», en *Gabinete de Arqueología*, Boletín no. 3, año 3, publicación del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de La Ciudad de La Habana.

Ferguson, L. (1992): *Uncommon ground. Archaeology and early African American 1650-1800*, Smithsonian Institution Press, Washington D.C.

Guarch Delmonte, J. M. (1978): *El taíno de Cuba*, Dirección de Publicaciones, La Habana.

Herkovitz, M. (1987): *El hombre y sus obras*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

La Rosa Corzo, G. (1999): «La huella africana en el ajuar del cimarrón: una contribución arqueológica», en *El Caribe Arqueológico*, no. 3, El Caribe, Casa del Caribe, Taraxacum S.A., Santiago de Cuba.

Martínez Arango, F. (1968): *Superposición cultural en Damajayabo*, ICL, La Habana.

Ortiz, F. (1991): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Rives, A., L. S. Domínguez y M. Pérez (1991): «Los documentos históricos sobre las Encomiendas y las Experiencias indias de Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico», en, *Estudios Arqueológicos 1989*, Editorial Academia, La Habana.

Rodríguez Villamil, M. A. (2002): *Indios al Este de La Habana*, Ediciones Extramuros, La Habana.

Romero Estévez, L. (1995): *La Habana arqueológica y otros ensayos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

Schávelzon, D. (1991): *Arqueología Histórica de Buenos Aires*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires.

Torres la Rosa, M. (1998): Resultado de los análisis de muestras de cerámica ordinaria (inédito), Laboratorio Central de Minerales «Isaac del Corral», Ciudad de La Habana.

Trincado Fontán, M. N., N. Castellanos y G. Sosa Montaño (1973): *Arqueología de Sardinero*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

Zamora Fernández, R. S. y G. M., Geronés Mederos (1997): «Guanabacoa: población y cultura regional», en *Cuba Cuaderno sobre la familia (época colonial)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Tras los vestigios comerciales de la calle Muralla

Por: Karen Mahé Lugo, Beatriz A. Rodríguez y Sonia Menéndez

Resumen

A partir de la información obtenida por diversas fuentes –arqueológicas, documentales, arquitectónicas y orales–, el siguiente trabajo es una propuesta que articula los nexos que existían entre la casa signada con los no. 103 – 105 de la calle Muralla y las actividades comerciales que en esta vía transcurrieron, al comportarse como uno de los ejes intramurales de mayor trasiego durante el siglo XIX y primeras décadas del XX.

Abstract

Based on information from different sources – archaeological, documentary, architectonic and oral sources –, this paper is a proposal that articulates the links that existed between the house numbered 103 – 105 at Muralla street and commercial hustle and bustle in that street, formerly a cardinal axis with a great deal of rush in the walled city during the 19c. and even in the 20c.

Si emprendiéramos una mirada retrospectiva hacia la anatomía de la ciudad, resultaría notable ir observando como su traza urbana ha conservado, en esencia, los rasgos que se esbozaron desde un temprano siglo XVI y configuraran el entramado policéntrico con el que definitivamente se distinguiera La Habana antigua o de intramuros.¹ Toda una urdimbre trascendente de plazas, conventos, palacios, barrios, fortalezas... fue deslizándose entre las calles, nombradas y des-nombradas al capricho o por la imposición de sus vecinos, tras las más sugerentes circunstancias.

Era aún San Cristóbal un villorrio reducido y apenas habitado cuando ya se jactaba de sus cuatro calles reales, denominadas entonces de las Redes, de la Concepción, del Sumidero y calle Real, hoy conocidas



Fachadas de las tres casas de la calle Muralla con portales hacia a la Plaza Vieja. Al centro, la que ha quedado marcada con los no. 103-105

¹ Refiriéndose al patrón urbano policéntrico que tipificara La Habana, el historiador Carlos Venegas Fornias, en su obra *Plazas de Intramuros*, plantea la idea de que las «manifestaciones más altas de las relaciones urbanas de una sociedad históricamente determinada se dan en los centros. No es posible, por tanto, atribuir a la centralidad un contenido fijo: su forma y ubicación, sus funciones y significados varían de acuerdo con el papel que desempeña la ciudad en el sistema socioeconómico imperante». Y continúa proponiendo «seguir el curso de estos sitios focales con sus consecuentes transformaciones, rastrear las historias parciales de cada uno de ellos, y comprobar hasta qué punto y por cuáles razones dominaron el escenario urbano de una ciudad como La Habana.» (Carlos Venegas, *Plazas de Intramuros*, pág. 6, Consejo Nacional de Patrimonio Cultural, La Habana, 2003).

respectivamente, como Inquisidor, Oficios, O'Reilly y Muralla.² Tendría esta última, desde aquellos tiempos iniciales, singular y animada historia. Según refiere el historiador Manuel Pérez Beato³ en documentos capitulares de 1598 y 1602 era conocida esa vía como calle de Antonio Pérez. Sin embargo, otros autores⁴ consideran que fue Real su denominación primitiva, permaneciendo con este nombre hasta 1721, año en que quedara abierta –en la Muralla que circundara la ciudad– la Puerta de Tierra, ubicada al final de esta vía.⁵ A partir de entonces, se conocería como calle Muralla, pese a más de un intento por cambiar su nomenclatura. En 1763, rindiendo honor al Capitán General Ambrosio Funes de Villalpando, conde de Ricla, la calle recibiría este último nombre; y en ocasiones se le conoció como de la Constitución, acaso por el sistema constitucional imperante en Cuba de 1808 a 1813 y entre 1821 y 1823.⁶

Convertida en uno de los principales accesos a la ciudad, paso de carruajes y fundamental eje comercial, por ella fluiría un constante movimiento poblacional que frecuentara los numerosos y *...hermosos establecimientos de toda clase, de joyería, lencería y lindos objetos de fantasía...*⁷ dispuestos a ambos lados, a expensa de la próspera actividad mercantil que en ella transcurría. En una de las cuadras de esta calle –llamada definitivamente Muralla– entre las de Inquisidor y San Ignacio, se ubica la casa signada con los no. 103-105 cuyo pórtico, en arcada, se abre hacia la Plaza Vieja.

Ocupado desde el siglo XVI, en este sitio tendrían lugar, a partir de noviembre de 1999 los trabajos arqueológicos que debieron preceder la obra de restauración que entonces se ejecutaba. El avanzado estado de estas, al momento de nuestra intervención, impidió que el lugar fuera excavado de manera extensiva. La búsqueda, por tanto, se orientó a localizar el área donde debió emplazarse el colector de desperdicios o letrina, con el propósito de hacer una interpretación que permitiera imbricar el significado

de los códigos que en estos receptáculos han quedado contenidos, con la sucesión de eventos históricos y transformaciones estructurales que en el sitio, objeto de nuestra investigación, han acontecido.

Los trabajos arqueológicos, unidos a una extensa búsqueda de información –documental, bibliográfica y arquitectónica– nos han conducido desde el inmueble actual hasta los tiempos en que la plaza y sus intermediaciones eran una zona anegada, difícil de transitar, incluso, a caballo;⁸ y expondremos las interrelaciones estratigráficas y artefactuales presentes en los contextos arqueológicos excavados.

Si al final del empeño, la labor de todos los que en ello participamos consiguiera desempolvar este pasaje de vida habanera, no habremos hecho más que enriquecer la historia que, oculta, anda aún entre nosotros. Si así ocurriera, entonces quedaremos satisfechos.

Excavación # 1

Los primeros trabajos arqueológicos que en el inmueble realizamos se ubicaron en una habitación que flanqueara el lado oeste del patio central. Seleccionada entre otros espacios, su proximidad a la última crujía nos hizo orientar hacia ella la localización del área de servicios domésticos –en particular de la letrina– en tanto esta relación de cercanía se ha evidenciado como patrón de comportamiento en la mayoría de las edificaciones del centro histórico.

En el último momento de su ocupación, previo a la restauración, la antigua planta del inmueble había sido objeto de numerosas modificaciones que resultaron de la funciones que aquel tuviera durante el siglo XX como ciudadela o solar. Habitados entonces por una gran cantidad de familias, los espacios fueron divididos una y otra vez, coincidiendo en cada uno de ellos las primarias actividades de sus ocupantes. Fue precisamente en uno de estos «nuevos» espacios, cuyas dimensiones abarcaban un área de 5,07m x 2,90 m,

² Emilio Roig, La Habana, Apuntes Históricos, Pág. 63, t-II, Editora del Consejo Nacional de Cultura, 1963.

³ Manuel Pérez Beato, Habana Antigua, Pág. 298, Habana, 1936.

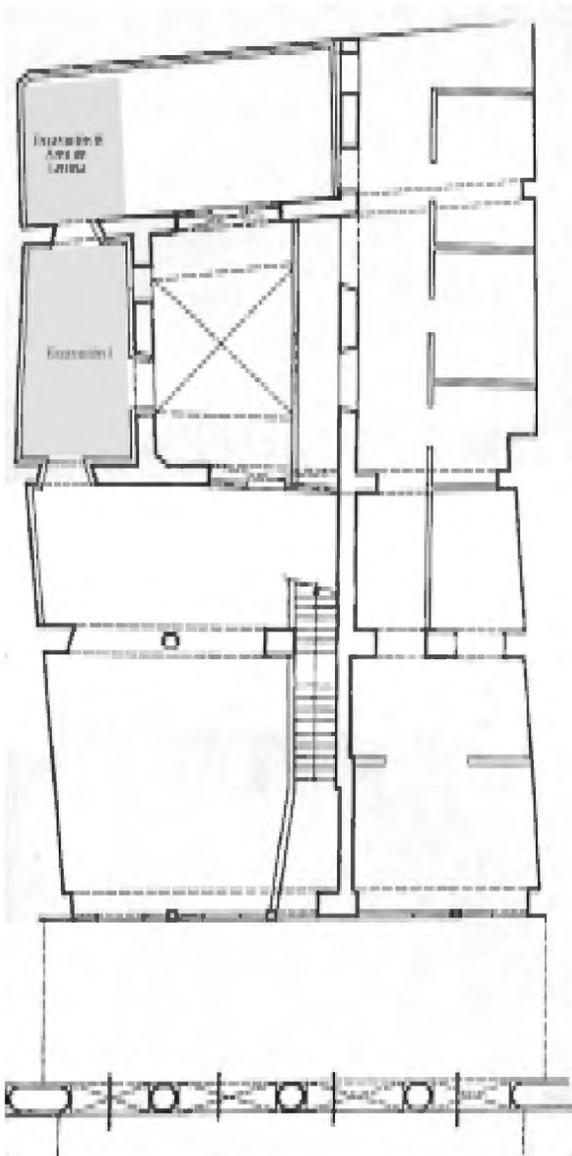
⁴ E. Roig, ob.cit., Pág.45, Habana.

⁵ El investigador Manuel Fernández Santalices señala que el trazado temprano de esta calle responde a las Ordenanzas de la Corona para las colonias americanas, que estipulaban llevar caminos principales y las calles a las puertas de las ciudades (Manuel Fernández Santalices), Las calles de La Habana Intramuros. Arte, historia y tradiciones en las calles y plazas de La Habana Vieja, Ediciones Saeta, 1989.

⁶ Cirilo Villaverde, Cecilia Valdés o la Loma del Ángel, pág. 99, Editorial Letras Cubanas, 2001.

⁷ Samuel Hazard: Cuba a Pluma y lápiz, T-I, Pág.60, Habana, 1928.

⁸ María Teresa Cornide: De La Havana, de siglos y de familias, pág. 327, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2003.



Plano de la planta baja de la casa, tal y como se encontraba cuando fuera intervenida arqueológicamente. En las últimas crujeas pueden observarse, sombreadas, las áreas excavadas

donde se centró la primera de nuestras excavaciones. Antecediendo a las labores de campo, una red de coordenadas fue extendida por el sitio, conformándose un cuadrículado que ocupó 10 m² en la habitación mencionada, y un escalón que daba acceso a la aldeaña fue tomado como nivel 0, al cual quedaron referenciadas todas las profundidades de los dos espacios intervenidos en la casa.



Diferentes niveles estratigráficos registrados en la primera habitación excavada

De manera general, la superposición estratigráfica fue bien sencilla y extremadamente escaso el material asociado a ella. Referiremos de inmediato la sucesión y el vínculo que entre ambos aspectos del trabajo de campo se produjo, no obstante la simplicidad de su evolución dentro del desarrollo arquitectónico del inmueble.

El primero de los estratos estaba constituido por un pavimento de losas republicanas, desniveladamente dispuestas entre los 0,16 cm y 0,28 cm. Bajo el nivel 0, a esta misma profundidad, algunos «parches» de cemento sustituirían a las losas rellenando los espacios dejados por estas, probablemente retiradas por su deterioro. Por entre ambos estratos, aún afloraban los arranques de las estructuras de ladrillo que hasta hacía poco habían conformado las instalaciones sanitarias y/o de cocina de los últimos moradores, para entonces demolidas con vistas a las obras de restauración.

Todo lo anterior descansaba sobre un relleno que se extendía aproximadamente hasta los 0,42 cm bajo el nivel 0. El hallazgo de algunos fragmentos de piezas de factura reciente permitió confirmar que este fue depositado en el siglo XX, pues junto a los fragmentos de vidrio, restos de animales y clavos, también fueron hallados restos de azulejos blancos contemporáneos. Bajo el estrato anterior un pavimento de losas isleñas ocupaba aún parte de la habitación, para colocarlas, un apisonado de cal hallado a 0,50 cm de profundidad, fue previamente extendido con la intención de conseguir una adecuada nivelación del terreno. Entre ambos, con un espesor de apenas 0,10 cm se en-

contraba un relleno contenedor de una reducida cantidad de piezas. Los más significativos al ser de las más tardías, serían los fragmentos de loza fina inglesa que permitirían ubicar cronológicamente el momento de la pavimentación durante el siglo XIX.

Finalmente por debajo del apisonado de cal corría una estrecha franja de tierra con gran contenido arcilloso, desprovista por completo de piezas bajo la que subyacía la roca estructural, cuya irregular superficie se localizó hacia los 0,53 cm de profundidad. De lo anterior concluimos que en esta habitación han quedado de manifiesto tres momentos de transformaciones arquitectónicas en la evolución del inmueble:

- Uno más temprano, perteneciente al siglo XIX, al ser pavimentado el local con las losas isleñas.
- El segundo, llevado a cabo en alguna ocasión durante el siglo XX, cuando fueron colocadas las losas hidráulicas republicanas.
- El tercer momento, al levantar las estructuras de ladrillo, tuvo lugar con posterioridad a 1960, fecha en que la casa deja de ser propiedad de Manuel Gutiérrez y Rodríguez y se convierte en ciudadela.

No obstante, y a pesar de ser estos los tres momentos constructivos que consiguieron distinguirse tras las labores arqueológicas, otras transformaciones de menor impacto se pudieron producir en este pequeño espacio como resultado de las sucesivas ocupaciones que en el sitio han acontecido a través de su historia.

Excavación # 2

El siguiente espacio que en la casa fuera excavado se encontraba colindando con la habitación anterior.



Fig.1

Su ubicación ocupaba el extremo izquierdo de la última crujía y, como ya se ha mencionado, perseguía el objetivo de ubicar el emplazamiento de la letrina. Incluida también dentro de la red de cuadrículas extendida, esta área comprendía una extensión de 6 m² y sus límites coincidieron, casi absolutamente, con los del receptáculo que conformaba el colector de desperdicio; hallado poco más abajo de la superficie.

La sucesión de las unidades estratigráficas que se fueron depositando en el yacimiento y el vínculo entre estas y las evidencias materiales, serán descritas de manera detallada a continuación:

U.E # 1- Piso de pasta de cemento, que cubre a la unidad 3.

U.E # 2- Muro de hormigón que divide a las unidades 4 y 5.

U.E # 3- Relleno arcilloso rosáceo, 7.5YR 7/4 pink (Escala Munsell), que cubría las unidades 4, 5 y 6.

Contenido: fragmentos de cerámica ordinaria; azulejos; vidrio; dos residuos de tubería, una de barro y otra de metal y una moneda de plata que tiene en el anverso la efigie infantil de Alfonso XIII con la leyenda **POR LA GRACIA DE DIOS/ 1893** y por el reverso se lee **REY CONST. DE ESPAÑA/ UNA PESETA**, con la representación de un escudo coronado entre columnas, **ceca: Madrid, ensayador: PG-L (Félix Miguel**



Fig.2

Contenedores de farmacia y perfumería hallados en el yacimiento: Fig.1, fragmento de frasco con la inscripción H. Leuchsenring, probablemente comercializado por la botica Santa Catalina, ubicada en Obispo # 39, propiedad de Enrique Herman de Leuchsenring. Fig.2, frasco de farmacia con la inscripción Dr. Garrido. Y, frasco de perfume que anunciaba el establecimiento de Prudencio Bidegaín, ubicado en Muralla 27, dedicado al comercio de sedería, quincallería y perfumería

Peiró y Rodrigo, Antonio García González y Domingo Lizarazu Astarlos).⁹

U.E # 4- Relleno arcilloso carmelita, 10 YR 3/3 dark brown que cubre las unidades 7, 8, 9 y 11.

Contenido: fragmentos de Loza blanca inglesa, posteriores a 1820, según fechados de Fournier; losas de piso de cerámica vidriada y de cerámica ordinaria con la inscripción, inconclusa, **DUP**, vidrio; una moneda de plata, de medio real, acuñada en Guatemala, el nombre del ensayador es casi ilegible, ubicada en la última década del siglo XVIII; huesos de animales y un fragmento de carbón.

U.E # 5-

Contenido: abundante material constructivo, como son, residuos de losa hidráulica, de piso con la marca de la fábrica en la parte posterior conformada por un sol en el centro, con la inscripción ARPI y CANTI/ Tejas /Ladrillos; triana policromo (s. XVIII); sevilla azul (1550-1630); una tapa de bizcocho (2^{da} mitad del XVI-XIX) probablemente de origen malagueño; Loza Perla y Blanca posterior a 1820 (Fournier, 1990); Ironstone; porcelana europea; vinagrera de Stoneware; vidrio de mesa y de farmacia; un vaso facetado de origen norteamericano; un frasco de farmacia hecho en molde de dos piezas; cuatro fragmentos de hueso, dos usados probablemente para enmangar objetos y los otros dos, uno torneado y otro circular, ambos con rosca; fragmento de nácar torneado; trece botones –cuatro de nácar, cuatro de hueso, cuatro de pasta de vidrio y uno de metal–, dos hormillas una de hueso y otra de metal; tuberías de plástico y cobre y ocho fracciones de vigas de madera, empleadas como soporte del colector, cuando este se encontraba en uso. Todo ello, perteneciente al siglo XIX.

U.E # 6- Muro de ladrillo.

U. E # 7- Tubería de cerámica.

U.E # 8- Relleno arcilloso pardo, 7.5 YR 4/3 dark brown (Munsell).

Contenido: restos de cerámica ordinaria; de azulejo; de losas de barro; vidrio de mesa y de farmacia; una moneda de cinco céntimos, «perra gorda», de cobre, Año: 1870, Ceca: Barcelona, Ensayador: OM Oeschger Mesdach y Cía.), Gobierno Provisional (1868-1871), (de la Rosa; Arrazcaeta, 2004) y un botón de nácar.

U.E # 9- Canal de ladrillos (probablemente uno de los conductos de la letrina).

U.E # 10- Relleno arcilloso rojizo, 5YR 4/6 yellowish red (Munsell).

Contenido: restos de vidrio, un frasco de farmacia con vertedera, de probable origen norteamericano perteneciente a la segunda mitad del siglo XIX (Antonio Quevedo, com. personal); un fragmento de lápiz y grafito grueso; seis botones, –cuatro de nácar, uno de hueso y el otro de pasta de vidrio– y restos de metal, dentro de este estrato se encuentra la unidad 11.

U.E # 11- Canal de desagüe.

U.E # 12- Canal de ladrillos, posterior al uso del colector.

U.E # 13- Piso de losa isleña.

U.E # 14- Vigas de madera, correspondientes a la cubierta de la letrina.¹⁰

U.E # 15- Muros de la letrina.

U.E # 16- Relleno arcilloso carmelita, 7.5 YR 5/6 strong brown (Munsell).

Contenido: restos de vigas apoyadas en los muros de la letrina, cerámica ordinaria, vidriada y con engobe; mayólica mexicana: Puebla Policromo (1650-1725); mayólica española, probablemente catalana; Triana Policromo del siglo XVIII; Loza Blanca lisa e impresa por transferencia; fragmentos de vidrio y de cadena de baquelita; un pequeño frasco de perfume, todo del siglo XIX. Una pequeña porción de bulbo de medicina; cepillo de hueso, ocho botones –cinco de nácar, uno de losa y metal, uno de hueso y uno de pasta de vidrio–, una esfera de vidrio azul; un pitoque de lavativa de baquelita; un yugo de metal y dos tiradores de metal y losa; una moneda de plata de cincuenta céntimos, Año:1885, Ceca: Madrid, ensayador: MS-M (Mauricio Morejón Bueno, Pablo de Sala Gabarre II y Ángel Mendoza Ordoñez), de la época de la regencia de Alfonso XII (1874-1885), (de la Rosa; Arrazcaeta, 2004) y restos de animales.

U.E # 17- Relleno arcilloso pardo, 2.5YR 5/2, very dusky red (Munsell).

Contenido: restos de bizcocho (2^{da} mitad del XVI - XIX), fragmento de Loza Blanca fina, vidrio de frascos farmacéuticos; dos envases hechos en molde de dos piezas, uno perteneciente a alguna farmacia ha-

⁹ La identificación de las monedas fue posible gracias al artículo *Evidencias numismáticas en sitios arqueológicos de La Habana Vieja*, publicado en el tercer número del Boletín Gabinete de Arqueología por los autores Roger Arrazcaeta y Carlos de la Rosa.

¹⁰ El estudio que permitió la identificación de las especies maderables de las vigas que cubrían la letrina debemos agradecerlo a la Dra. Raquel Carrera. Puede ser consultado en los fondos de la biblioteca del Gabinete de Arqueología.

banera, con la inscripción: Dr. Garrido, el otro de perfume francés, ubicado en el siglo XIX tardío (Antonio Quevedo, com. personal); un bulbo de medicina, una botella de vino de probable origen español, con marca en el fondo push up, ubicada en la segunda mitad del XIX (Antonio Quevedo, com. personal); dos cucharas; cuatro botones de nácar y uno de hueso.

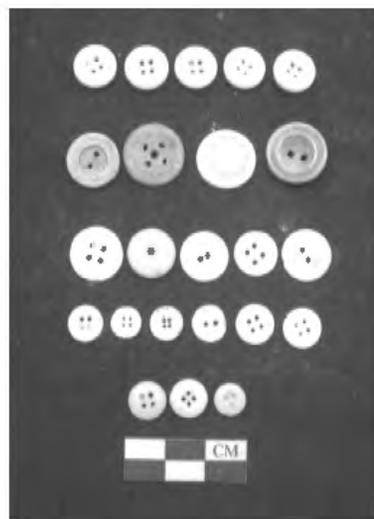
U.E # 18- Relleno arcilloso pardo, 7.5 YR 6/2, pinkish gray (Munsell).

Contenido: fragmentos de Triana Policromo (s. XVIII); de azulejos con decoración de cornucopia en azul, blanco y amarillo estilo barroco de finales del siglo XVII, principios del XVIII,¹¹ fragmentos de Loza Blanca con borde de plumilla verde, posterior al año 1820, dos potes de farmacia, uno de Loza Blanca y el segundo de Ironstone con un 15 inscripto en el fondo, de color azul, perteneciente al sello Sarreguemines, datado entre 1880 y 1890 (esta fábrica comenzó a producir en 1778 y continúa vigente en la actualidad); restos de vidrio, dos frascos de perfume, uno de ellos facetado, un frasco de farmacia, dos tapas, una de ellas de vidrio azul; dos monedas, una de oro que presenta por el anverso la efigie de Alfonso XII y la leyenda: POR LA G. DE DIOS/ 1877 y por el reverso: REY CONST. DE ESPAÑA/ 25 PESETAS, Ceca: Madrid, Ensayador: DEM (Eduardo Díaz Pimienta, Julio de la Escosura Tablares y Ángel Mendoza Ordoñez), (de la Rosa y Arrazcaeta 2004) y la otra de diez céntimos, de bronce, el año no se percibe claramente pero se estima entre 1877 y 1879, Ceca: Barcelona, Ensayador: O M (Oescher Medash y Cia.); treinta botones de pasta de vidrio, uno de nácar y otro de hueso; un tirador de loza y metal; un mango de hueso perteneciente a un cubierto de mesa, el mismo presenta una oquedad a todo lo largo para llevar un contrapeso en su interior; fragmento de lápiz con grafito grueso y restos de animales. Casi todos estos elementos han sido datados del siglo XIX.

U.E # 19- Relleno arcilloso, pardo-oscuro, 5 YR 3/2, dark reddish brown (Munsell).

Contenido: residuos de cerámica ordinaria; un gollete del mismo material; cerámica El Morro(1550-1770), aunque su aparición en contextos que sobrepasan esta fecha nos hace pensar en un rango cronológico más amplio. Fragmento de cerámica Rey (1725-1825), esta pieza parece corresponder a un cuenco donde se preparaba una bebida caliente originaria de Galicia, conocida como queimada,¹² un pote de farmacia de faenza francesa, con la cara externa esmaltada en verde; restos de diferentes tipos de loza: Crema (1763-1815), Perla (1779-1850?), Perla impresa por transferencia con borde de plumilla azul, Blanca pintada a mano bajo el vidriado, inglesa, posterior a 1820, Ironstone, Stoneware, fragmentos de platos, uno de stoneware rosado impreso por transferencia con las efigies de los reyes católicos de España, Isabel y Fernando, uno de los motivos pertenecientes al modelo Habana, ubicado en una fecha posterior a 1842 (Antonio Quevedo, com. personal), el otro, de Ironstone

con un sello en el fondo que representa un águila imperial con la inscripción: French Porcelain/ thos. Hughes, de Staffordshire, Inglaterra, ubicada en la segunda mitad del XIX; caneca de grés con la marca: WYNAND FOCK (parte truncada/Amsterdascle (terminación indefinida), a juzgar por la inscripción y tipología es holandesa, una manito de biscuit; cuatro frascos de vidrio, uno de farmacia hecho en molde de dos piezas con la inscripción: SOCIETE HIGIENIQUE; el otro, incompleto, con la marca H. Leuchsering, al parecer perteneciente a la botica de Santa Catalina, ubicada en la calle Obispo 39, propiedad de Enrique Herman de Leuschering; el tercero, de perfume con la inscripción P. Bidegain/ Muralla 27/ Habana, comercio que estuvo



Muestra de los botones que aparecieron en los últimos niveles del yacimiento, facturados en hueso y pasta de vidrio durante la segunda mitad del siglo XIX

¹¹La tipología de este azulejo corresponde con la descrita en la literatura, que a continuación citamos: «cuatro azulejos de cuarto ornato con diseño barroco de molduras contracurvadas convergentes, hojas diagonales y palmeta esquinal... pudieran ser catalanes. ... Este también aparece en Buenos Aires y es descrito por Artucio Urioste como azulejo catalán «cornucopia», quien lo fecha en el siglo XVII tardío hasta los años 1725 ó 1730 (Arrazcaeta; Quevedo, 2003).

¹²Queimada: Bebida caliente originaria de Galicia, que se prepara quemando aguardiente de orujo con limón y azúcar (Información brindada por cortesía de Antonio Quevedo 2005).

ubicado también bajo el nombre de Ricla #27, se trataba de unos almacenes de sedería, quincalla y perfumería, su propietario era Prudencio Bidegain (Directorio Mercantil de la Isla de Cuba, 1892-1893); el cuarto, de agua de colonia francesa, ubicado en la segunda mitad del siglo XIX, (Antonio Quevedo, com. personal); un peine de baquelita con la marca GOOD YEAR, patentada en 1851 (Antonio Quevedo, com. personal); tres mangos, dos de metal y el otro de metal y hueso; una pieza que servía de contrapeso en el interior del mango de cubiertos de mesa hechos en hueso; una cuenta negra de vidrio, facetada; veintiocho botones –uno de metal, tres de hueso, nueve de pasta de vidrio, catorce de nácar y uno de nácar y



Botellas de vino elaboradas en Gijón, fueron halladas en los niveles más profundos del colector. Su factura data de la segunda mitad del siglo XIX, para la que fuera empleada una tecnología conocida como Ricketts utilizando un molde de tres piezas. En sus fondos pueden encontrarse, indistintamente, las inscripciones Sarracina, Reynosa y Gijón

metal–, este estrato es rico también en restos de carbón, huesos de animales con huellas de serviciado, espinas de pescado y conchas.

U.E # 20- Estrato arcilloso gris oscuro, 5 YR 3/1, very dark gray (Munsell).

Contenido: cerámica Rey (1725-1825); Lozas Perla pintada a mano bajo el vidriado y Blanca, impresa por transferencia; borde de plato del mismo material, restos de Ironstone, pote de farmacia de Loza Blanca; ocho botones de nácar y una boquilla de tabaco de resina plástica, probablemente de finales del XIX (Antonio Quevedo com. personal), además de concentraciones de cáscaras de huevos y restos de animales.

U.E # 21- Relleno arcilloso rojizo, 5 YR 3/4, dark reddish brown (Munsell).

Contenido: un plato y una botella de cerveza o ginebra, ambos de gres o Stoneware (1850-1920); un fragmento de caneca con la inscripción: PATENTEES DENBY TTERY / NEAR DERBY / P & ARNOLD / LONDON, dos de muñecos de biscuit, probablemente de origen francés; un pote de Loza Blanca; vidrio, tres frascos, uno de farmacia hecho en molde de dos piezas, dos de perfumería francesa con la inscripción: E. COUDRAY / A / PARIS; residuo de tubo de ensayo y de cuchara de metal, posiblemente alpaca; siete botones –cuatro de pasta de vidrio, dos de hueso, y uno de nácar–.

U.E # 22/26- Relleno arcilloso carmelita oscuro, 10 YR 2/2 very dark brown.

Contenido: una caneca (1850-1920) y fragmentos de vasija, ambos de gres (Stoneware); vidrio; trece frascos de diferentes formas, uno de farmacia con la inscripción: SOCIETE HIGIENIQUE / RUE DE RIVOLI / PARIS, fechado en la segunda mitad del siglo XIX, otro con la inscripción INJECTION / GRIMAULT & C / MATICO, fechado en igual período; ocho confeccionados con molde de dos piezas; uno facetado, con la inscripción: PARIS / INJECTION BROU / 158. BOULEVART MAGENTA, y siete de farmacia o perfumería, fechados también en la segunda mitad del XIX, uno con la inscripción: L. LEGRAND / PARIS, y otro muy pequeño con marca de pontil de vidrio, el número 125 al fondo, ubicado a finales del siglo XVIII, una ampolleta francesa, al término del XVIII o primera mitad del XIX; cuatro botellas, una de vino, hecho en molde de tres piezas, con la inscripción en el fondo de GIJON-T-ZARRACINA, datado en la segunda mitad del XIX, dos con la marca GIJON, y una con la marca REINOSA de igual fechado; una cuenta de vidrio azul facetada; un mango de metal en mal estado de conservación y seis botones –tres de pasta de vidrio y tres de nácar–. Este relleno también contiene restos de animales.

U.E # 23- Relleno arcilloso pardo, 2.5 Y 5/2 grayish brown (Munsell).

Contenido: fragmento de Stoneware; vidrio; un frasco de farmacia o perfumería con marca de pontil de vidrio; dos botellas de vino hechas en molde de tres piezas, datadas entre 1806 y 1889; fondo de botella de vino con la marca REINOSA; una cuenta de vidrio azul facetada; un mango de hueso labrado; diez botones –cuatro de nácar, cuatro de pasta de vidrio y dos de hueso–. En este relleno se aprecia poca densidad de restos de animales y los elementos encontrados, todos pertenecen al siglo XIX.

U.E # 24/25- Relleno arcilloso pardo-oscuro, 10 YR 6/4 dark yellowish brown (Munsell).

Contenido: fragmentos de cerámica El Morro (1550-1770); de Stoneware; vidrio; un frasco de farmacia o perfumería, hecho en molde

de dos piezas; pedacitos de ampollita sellada con tapón de vidrio; dos botellas de vino con las marcas ZARRACINA y GIJÓN, respectivamente; una cuenta de vidrio; parte de una cuchara y un botón de hueso. Contiene poca densidad de restos de animales y los encontrados aquí, pertenecen al siglo XIX en su mayoría.

U.E # 27- Relleno arcilloso, muy húmedo, 10 YR 4/3 dark brown (Munsell).

Contenido: fragmentos de cerámica ordinaria Rey (1725-1825) y cerámica Gris (1750-1850); de Lozas Perla y Blanca, ubicada después de 1820 (Fournier); y de Stoneware, fragmentos de cuello con labio aplicado; vidrio; azulejo de diseño barroco con cornucopia, datado en los siglos XVII y XVIII; pote de farmacia faenza francesa; un frasco de farmacia o perfumería; una botella de vino con marca de pontil de vidrio, datada entre 1720 hasta la segunda mitad del XIX; una botella de vino con marca ZARRACINA; diecisiete botones -tres de hueso, tres de pasta de vidrio y once de nácar -, un broche de metal y una cuenta de vidrio azul. Se aprecia poca densidad de restos de origen animal.

U.E # 28- Relleno arcilloso pardo-oscuro, 10 YR 10/3 dark, en el que se hallara poca densidad de materiales: fragmentos de vidrio; un frasco de farmacia, una ampollita, dos cuellos de botellas de vino y un botón de nácar.

U.E # 29- Relleno arcilloso pardo claro, 10 YR 5/4 yellowish brown, con pocos materiales, solo algunos fragmentos de vidrio y dos de cerámica ordinaria.

U.E # 30- Relleno arcilloso pardo-oscuro, 10 YR 3/2 very dark grayish brown (Munsell).

Contenido: fragmentos de cerámica ordinaria, simple y con engobe; de bizcocho (2da mitad XV - XIX), El Morro (1550-1770); cerámica Rey (1725-1825); Lozas Crema (1763-1815, Fournier); y Perla con decoración moca ubicada a partir de 1779 hasta finales del siglo XIX; residuos de Ironstone, introducida en Europa en 1813, uno con borde de plumilla en carmelita; porcelana europea; vidrio; botella de vino con la marca GIJÓN; fondos de botellas de vino; restos de ampollitas con pontil de vidrio de origen francés, ubicadas a finales del XVIII y primera mitad del XIX; dos frascos pequeños de farmacia o perfumería; dos lágrimas de vidrio; dos mangos de hueso; un mango de hueso de cubierto de mesa; una liendrera fragmentada; un botón de nácar y varias

hormillas de hueso y de metal. Aparecen abundantes restos de origen animal, entre ellos conchas de ostión.

U.E # 31- Superficie de la roca natural, una marga calcárea erosionada por la acción de los desperdicios.

El inmueble y su relación con el entorno comercial que lo circunda

Vista desde sus relaciones comerciales, la historia económica de Cuba en tiempos de la colonia, ofrece innumerables matices y particularidades, como franca expresión de su carácter nacional. Marcado entonces el intercambio por un *real* monopolio de apariencia infinita –que se abrogaba destinos, rutas, aranceles, estancos–, el contrabando se convertiría no solo en alternativa que permitiera suplir las carestías provocadas por la deficiente e inoperante política comercial metropolitana para proveer a sus colonias en el Nuevo Mundo; sino también en un modo de vivir y lucrar.

Llegado el siglo XVIII, el arribo al trono español de un príncipe francés perteneciente a la dinastía de los Borbones, trajo consigo el dictado de tímidas reformas que estimularon, en alguna medida, los contactos comerciales entre la isla y el continente europeo. Sin embargo, no sería hasta el último cuarto de esta centuria que las regulaciones establecidas al respecto propiciarán mayores beneficios: el 12 de octubre de 1778 se dispone la apertura de nuevos puertos cubanos al comercio con España, privilegio del que antes solo disfrutaba La Habana; y fue aprobado el intercambio con el extranjero, en particular con los Estados Unidos de Norteamérica –a propósito de sus luchas por la independencia– permitiendo la entrada de buques norteamericanos a la isla.¹³ La libertad de comercio que finalmente se estipuló en 1818 propició, amén de la nuevas condiciones de monopolio a las que Cuba permanecía sujeta, un creciente vínculo mercantil entre la isla y los países capitalistas más avanzados, estrechándose los intereses que asociaron a banqueros, hacendados, grupos importadores y exportadores y comerciantes. Va a producirse entonces, desde el siglo XIX, cierto fenómeno económico con marcadas diferencias entre ciudades y zonas rurales. En las primeras, el comercio interior irá floreciendo sobre las bases de pequeños negocios, con tendencia

¹³ Julio le Riverend: Historia Económica de Cuba, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

a la especialización, ligados a las compañías importadoras; en su lugar, aparecerán en los pueblos de campo modestos establecimientos caracterizados por la diversidad de la oferta, popularmente conocidos como tiendas mixtas.

A la altura de estos tiempos La Habana había alcanzado tal progreso comercial que hubo quienes le atribuyeron un segundo lugar, detrás de New York, en el nuevo continente.¹⁴ Para constatar semejante esplendor solo era preciso transitar la ciudad donde fuera *...corriente, aun en las casas de la nobleza, que la planta baja se alquile a los comercios, o por lo menos, se habiliten las esquinas de la casa con ese propósito.*¹⁵

Dentro de todo este entramado de abundantes y vistosos establecimientos que animaran la ciudad, resultaba pintoresco observar *...como subían y bajaban muchos carruajes, carretones y carretas, [por] la angosta calle de la Muralla, tal vez la de más tráfico en la ciudad, por ser la más central y estar toda poblada de tiendas de varias clases.*¹⁶ Bien avanzado aún el siglo XX, esta populosa arteria comercial era frecuentada y preferida por la población habanera para efectuar sus compras. *Cuando por los años 30 y 40 [...] La Habana recibió un contingente de judíos inmigrantes que procedían en su mayoría del centro de Europa –los llamados polacos– muchos establecieron sus comercios en la calle Muralla, desplazando al tradicional comercio español, ya en decadencia.*¹⁷

Según ya hemos referido, en este entorno de exaltado tráfico comercial quedó emplazado el inmueble marcado actualmente con los números 103-105 (dualidad que resultara de la división posterior de la propiedad). La búsqueda de información histórica que para esta investigación se realizara, nos ha revelado la posibilidad de estar en presencia de un sitio habitado desde finales del siglo XVI y transformado desde entonces hasta la actualidad por los numerosos propietarios a quienes perteneció la

parcela, cuya evolución podríamos periodizar, inicialmente, en tres fases constructivas de ocupación:

1- Durante el siglo XVI estos parajes estuvieron poblados por bohíos y casas de guano y tejas. Es probable que en el sitio que nos ocupa algunas viviendas de este tipo se hubiesen levantado, si tomamos en cuenta la cantidad de mercedaciones de solares otorgadas por el Cabildo en esta centuria en las inmediaciones de lo que luego sería Plaza Nueva, hoy Vieja.

2- En el siglo XVII, junto a los intereses del gobierno habanero por promover la urbanización de esta zona, comenzaron a aparecer solicitudes para fabricar casas nuevas. Cuando Pedro Alegre (vecino que habitaba la esquina que hoy ocupa Muralla 101) compra en 1675 a Magdalena Guzmán la casa inmediata a la suya (hoy Muralla 103-105), esta ya era de altos y bajos y es muy probable que sea la misma que en 1797 se describe como de rafas y tapia, a la que Pedro Alegre adicionara portales una vez propietario de ella, según solicitud que le concede el Cabildo el mismo año de la compra.

3- De fecha exacta desconocida, durante el siglo XIX fue levantada una nueva casa o modificada la que existía. En 1862 el documento que atestigua la adjudicación testamentaria del inmueble a Leocadia Zamora y Quesada da fe de una casa de mampostería y azotea, sin que hubiésemos encontrado documento probatorio alguno que indique el o los años en que estas transformaciones arquitectónicas tuvieron efecto.

Es esa misma casa la que ha llegado a nuestros días y en ella pudiéramos distinguir, a su vez, otros tres momentos de ocupación, con las respectivas transformaciones que ello implicara:

a- Durante el siglo XIX y hasta 1960 la casa con sus accesorias fue comprada y arrendada por sus propietarios con propósitos domésticos, o sea, como

14 Piron, Hippolyte: *L'île de Cuba*, citado por Gustavo Eguren, *La Fidelísima Habana*, pág. 376, Editorial Letras Cubanas, Cuba, 1986.

15 Jameson, Francis R.: *Cartas Habaneras*, Revista de la Biblioteca Nacional, julio-sept., 1966, citado por Gustavo Eguren, *Ob. cit.*, pág. 216.

16 Cirilo Villaverde. Cecilia Valdés o la Loma del Ángel. Pág. 125. Editorial Letras Cubanas, 2001.

17 Fernandez Santalices, Manuel: *Ob. cit.*, pág. 101.

Con relación a la presencia y el papel que jugaron los extranjeros en la economía cubana, disertaría el Dr. Raúl Maestri en conferencia radial difundida en el curso 1949-1950 de la Universidad del Aire. Al respecto plantea: «Baluarte tradicional de la presencia extranjera en Cuba ha sido y es el comercio, así doméstico, mayorista y minorista, como importador y exportador. El almacenista de la calle de la Muralla era español, como «gallego» era y es todavía, salvo las excepciones que se van acumulando, el «bodeguero». Hoy la calle de la Muralla no es lo que era, entre otras causas porque la estructura económica colonial a que estaba adscrita ha dejado virtualmente de existir. Los tiempos han liquidado al tendero de antaño y en su lugar ha surgido un imprevisto sucesor, el comerciante judío arrojado a estas playas por el oleaje de dos guerras mundiales.» (Raúl Maestri, *¿Qué papel desempeña el extranjero en nuestra economía?*, Cuadernos de la Universidad del Aire, No. 13, Tercer curso, octubre 1949-junio 1950, pág. 38, Editorial Lex, La Habana, 1950)

casa de vivienda; pero también, y sobre todo, sus locales se utilizaron con fines mercantiles. En ella quedaron establecidos, aún en áreas de la planta alta, numerosos comercios –almacenes y tiendas de ropa, sastrerías, camiserías, sombrererías, quincallas y baratillos, etc.– cuyos dueños se agrupaban, por lo general, en varias compañías y sociedades. La siguiente relación de comercios y sus propietarios hacen del inmueble que nos ocupa un típico exponente de las actividades de esta calle y expresa el modo en el que se comportó –durante el siglo XIX– la tendencia a la especialización mercantil.

1859. Directorio de Artes, Comercios e Industrias (La Habana, 1859)

Ricla 7, Masa y CA., Almacenes y tienda de ropa.

Ricla 71/2, Joaquín Molino, Almacenes y tienda de ropa.

1860. Directorio de artes, Comercios e Industrias (La Habana, 1860)

Ricla 7, J. de la Maza y CA., «Flor de la Maravilla», tienda de ropa.

Ricla 7, J. de la Maza y CA., negocio de maderas.

Ricla 7, Joaquín Molino, «Molino», tienda de ropa.

Ricla 7, Manuel García y Hmnos., baratillos.

1878. Almanaque Mercantil de la Habana para el año 1878.

Ricla 9,¹⁸ Rosendo Fernández, Comerciante y comisionista.

Ricla 9, Ferrer y CA., Comerciante y Comisionista

Ricla 9, Ricardo Mier y Hno., «La Andalza»

Ricla 9, Juan de la Maza Muñoz, «Flor de la maravilla» (ambas eran tiendas de esquifaciones, sastrerías camiserías y ropa hecha).

Ricla 9(alto), R. Menéndez y CA., importadores de sombrererías.

Ricla 9, acc., Cia. Catalana de seguros marítimos de Barcelona.

1892-93. Directorio Mercantil de la Isla de Cuba (La Habana, 1892-93)

Ricla 9, Antonio Argüelles (portales), Quincalla.

Ricla 9, Mariano Bello (portales), Quincalla.

Ricla 9 acc., Antonio García, camisería.

Ricla 9, Antonio García, tienda de ropa.

Ricla 9, Juan de la Maza Muñoz, tienda de ropa.

Ricla 9 acc., Antonio García, sastrería.

Ricla 9 (altos), Menéndez y Hno., sombreros y efectos de sombrerería.

1900. Directorio mercantil de la Isla de Cuba (La Habana, 1900).

Ricla 9, Antonio Argüelles, Quincalla.

Ricla 9, Antonio Argüelles, libros.

Ricla 9, Ángel Mier y CA., peletería.

Ricla 9 A, Ángel Mier y CA., camisería.

b- Esta misma edificación decimonónica, luego del proceso de nacionalización de bienes iniciado en 1960, quedó como ciudadela, lo que significó la presencia de una gran cantidad de núcleos familiares conviviendo en ella y reacomodando los espacios a sus necesidades.

c- Finalmente, la restauración a que fuera sometida la edificación -como parte de las labores de rescate del patrimonio arquitectónico que lleva a cabo la Oficina del Historiador- ha conseguido salvarla del deterioro y devolverla al entorno de la Plaza, adaptada a los nuevos tiempos, justamente como la historia de esta calle lo recuerda: familias viviendo en la planta alta y una pequeña tienda en los bajos.

Retrocediendo a aquella Habana de agitados trajines de compra y venta, habría que imaginarla, para bien aprehenderla, desde la pluma y la mirada de Villaverde, quien nos contara de aquellas casas de la Plaza Vieja *...pertenecientes a familias nobles o ricas de La Habana, con anchos balcones, apoyados en altos arcos de piedra, cortinas de cañamazo, a manera de velas mayores de barcos. El piso superior de esas casas lo ocupan los dueños o inquilinos, que viven de sus rentas; pero en los bajos, solares en general oscuros y poco ventilados, tienen sus tiendas unos mercaderes al por menor, que llaman baratilleros, quincalleros propiamente dichos, [...]. Dentro guardan el acopio de género y baratijas, y al frente, bajo los arcos de piedra, exponen lo que se extiende por quincalla en unas vidrieras o muestrarios portátiles, que descansan sobre una especie de tijeras. Por la mañana temprano los exponen y por la noche los guardan.*¹⁹

¿Pero acaso de aquella pasada prosperidad, esta casa no guardaría algo más que sus propias piedras? En busca de esas otras historias sin contar fueron

¹⁸ Los números con que se indica la casa corresponden a las diferentes numeraciones que existieron en la ciudad. Vigente la primera de ellas hasta 1862 aproximadamente, desde entonces el inmueble deja de ser Ricla 7 para convertirse en Ricla 9; hasta el año de 1937, en que se le adjudica el número actual.

¹⁹ Cirilo Villaverde, *Ob. cit.*, págs. 74 y 75.

emprendidas las labores arqueológicas. Sujetas al ritmo de las obras de restauración, como ya hemos mencionado, la localización y excavación de la letrina fue el único objetivo posible de llevar a término. Ubicada en la última crujía de la casa,²⁰ sus paredes fueron labradas en la roca estructural, ocupando un espacio aproximado de 6 m² y una profundidad que oscilaba en los 3.64 m aproximadamente.

Luego de analizar las evidencias materiales y la sucesión de unidades estratigráficas que conformaban este depósito, y de cotejarlas con las fuentes históricas consultadas, consideramos factible la siguiente propuesta de interpretación.

La estratigrafía del yacimiento al cual nos referimos estuvo conformada en sus niveles superiores por algunas unidades depositadas con posterioridad a la función generatriz del colector. Una vez graficada esta sucesión, pudo notarse cómo se relacionaban el piso de cemento (U.E. 1) que halláramos en la habitación y el muro de hormigón (U.E. 2) que de aquel afloraba. Un relleno con gran contenido arcilloso (U.E. 3) había servido de asiento a la colocación del pavimento antes mencionado y junto a las evidencias de fecha reciente halladas en su interior, otros materiales más



Vista superior de una parte de la letrina cuando comenzaban a hallarse las vigas del techo que la cubría, elaboradas en caguairán, ácana y ocuje, según la identificación de especies maderables que realizara la Dr. Raquel Carreras. Nótese hacia un extremo como asoman las losas isleñas que pavimentaron el local durante el XIX, localizadas a la misma profundidad que en la habitación contigua. Atravesando diagonalmente el espacio puede verse la canal colocada con posterioridad al uso del colector

tempranos se mezclaron, incluyendo el hallazgo de una peseta española de plata, acuñada en 1893. Sin dudas, en presencia de un estrato de carácter secundario, la coexistencia en su interior de materiales de diversa temporalidad pudo haberse producido en el sitio desde el cual fue transportado o como consecuencia de la mezcla con la tierra sobre la que fue depositado. También han quedado insertados dentro de esta fase constructiva, posterior al uso de la letrina, la base de un muro de ladrillos (U.E. 6) que corría perpendicular al de hormigón y una tubería sanitaria de barro (U.E. 7).

Hasta aquí, estas cinco unidades estratigráficas se corresponden con la época, posterior a 1960, en que el inmueble quedó convertido en casa de vecindad y sus espacios se subdividieron, conformándose pequeñas viviendas para cada familia.

Una de las canales de ladrillos (U.E. 12) encontradas durante las excavaciones también hubo de ser colocada luego de caer en desuso la letrina, apoyada sobre las vigas de esta y bajo las unidades 3 y 6. Luego de pandearse su estructura quedó incluida en la U.E. 5. Atravesaba diagonalmente el espacio que ocupaba el colector y, presuntamente, pudo estar destinada a conducir las aguas pluviales pues uno de los extremos de su extensión se dirigía a un conducto que nacía en la azotea desde donde bajaba ininterrumpidamente. El otro extremo se adentraba en una de las paredes de la excavación, y por su inclinación podría suponerse que corría hacia el patio de la casa, donde actualmente hay un depósito subterráneo de agua.

Para colocar esta canal un pavimento de losas isleñas (U.E. 13) debió ser previamente retirado, quedando solo algunas de éstas en las áreas donde no se produjo ninguna de las transformaciones mencionadas. El uso de aquella podría enmarcarse en los primeros 60 años del siglo XX si consideramos su ubicación bajo las unidades 3 y 6 y sobre las vigas de madera; así como lo inconsistente de su presencia dentro de este espacio habitacional durante el tiempo en que el inmueble fungió como vivienda y comercios.

Las unidades estratigráficas mencionadas en lo adelante serán las que, según nuestra propuesta interpretativa, guardan relación con el colector mientras este fuera utilizado como tal.

²⁰ La descripción que de una vivienda hace Cirilo Villaverde en su obra Cecilia Valdés, ilustra el modo en el que quedaron separadas dentro de estas los diferentes espacios según sus funciones, y narra como una «tapia de dos varas de elevación, con un arco hacia el extremo de la derecha, separaba el patio de la cocina, caballeriza, letrina, cuarto de los caleseros y demás dependencias de la casa. *Ob. cit.* pág.63.

A una profundidad aproximada de 0.20 m bajo el piso de cemento (0.50 bajo el nivel 0), fueron halladas las losas isleñas arriba referidas. Estas debieron conformar el pavimento que cubría la letrina, sobresaliendo únicamente algunas de sus piezas en dos de los perfiles de la excavación. Bajo estas aún se conservaba el relleno sobre el que fueran colocadas (U.E. 10), depositado a su vez encima de los muros que constituían las paredes de la letrina (U.E. 15). Ubicados ya dentro de los marcos de aquella, por debajo de las unidades 3 y 6, dos nuevos estratos fueron identificados. Marcados inicialmente con los números 4 y 5 y divididos por el muro de hormigón, más tarde ambos quedaron homogeneizados en una misma unidad. Dentro de esta había caído la canal que, diagonalmente, atravesara la superficie del colector y en su interior también quedaron insertadas las vigas de madera (U.E. 14) que soportaban el techo de la letrina, desplazadas poco más abajo de su inicial emplazamiento.

La potencia de este estrato dentro del yacimiento, los artefactos que contenía y el buen estado de conservación de los mismos nos hicieron considerar la posibilidad de que esta fuera la última capa de desperdicios depositada y que la dispersión que hacia la superficie presentaba (llegando al punto de cubrir ligeramente algunas de las áreas de los muros del colector), así como las vigas que dentro de ella se encontraran, corresponden al momento en que el depósito se dejara de utilizar. Pese a que desconocemos la fecha en que este fue construido, pudiera ser válido que ello sucediera al erigirse la casa de mampostería en el siglo XIX,²¹ período al que, precisamente, pertenecen la mayoría de las evidencias artefactuales, exceptuando tres pequeños fragmentos de mayólicas al centro de los niveles más tardíos. Dando esto por cierto es que proponemos que el resto de los rellenos contenidos en la letrina (U.E. 8,16 - 30) corresponden a los desperdicios vertidos por los ocupantes de la casa; en particular, los remanentes que provenían de los varios establecimientos comer-

ciales que en ella se situaron. Súmese además, el excelente estado en que se conservaban los numerosos frascos de vidrio que aparecen en la mayoría de los rellenos y el tipo de evidencia que abunda, en muchos casos coincidente con las funciones a la que estos comercios se dedicaron. Tal es el caso de las decenas de botones y hormillas elaborados en nácar, hueso, metal y pasta de vidrio; de los frascos de perfumería; de los fragmentos de lápices y grafitos y de toda suerte de mercaderías que bien pudieron ser la oferta –o parte de los útiles empleados– de las tiendas de ropa, las sastrerías, las camiserías o los puestos de quincallas y baratijas instalados en el interior del inmueble y sus portales.

Otras evidencias en el colector fueron las botellas españolas de vino –íntegras en muchas ocasiones–, que junto a los restos óseos de algunos mamíferos,²² espinas de pescado, conchas de moluscos y cáscaras de huevo, pudieran formar parte del menú no sólo de los moradores de la casa, sino también de comerciantes y empleados, para quienes entonces era costumbre el hábito de compartir la mesa.

Antes de explicar el modo en que las evidencias materiales pudieron acceder al interior del receptáculo, será preciso intentar esclarecer cierto aspecto de esta sucesión estratigráfica. Que a simple vista estos rellenos, mientras se excavaban, fueran siendo diferenciados a partir de sus coloraciones, bastante similares según indica la escala de colores Munsell para suelos, no se contradice con el supuesto de que esta pudo ser una deposición continua, acaecida a lo largo del siglo XIX. La diferencia puede estar dada por la propia naturaleza del colector, en el que pudieron tener lugar diversos procesos de descomposición provocados por el origen de los desechos vertidos.

Transportados o depositados a través de varios conductos, los residuos que fueron a la letrina tuvieron cinco posibles vías de acceso. Sobre uno de los muros de esta, dos canales de ladrillos (U.E. 9 y 11) descansaban. Por su horizontalidad debieron conducir desechos líquidos, quizás como resultado de las

²¹ Pudo suceder que este colector fuera construido por algunos de los propietarios para compartir sus funciones entre quienes habitaron la casa y los arrendatarios de los establecimientos; pero también es posible que solo para estos últimos se haya concebido. De así haber sido, debe existir en otro espacio dentro del inmueble un depósito que sirviera para coleccionar los desechos de los moradores que ocuparan la edificación durante el siglo XIX; sin descartar la posibilidad de que otros, anteriores a este período, aún permanezcan bajo el pavimento (Roger Arrazcaeta, com. personal).

²² Entre los documentos en biblioteca anexados a esta investigación se encuentra la identificación osteológica de los restos de las especies animales que se encontraron en el colector, realizada por los especialistas del laboratorio de Zooarqueología del Gabinete de Arqueología. Lic. José M. Torres Pico y Luigi Hdez. Marrero.

actividades de limpieza en esta parte de la casa. La roca que conformaba las paredes del colector mostraba, en una de sus esquinas, la impronta de haber sido sometida a un proceso continuo de erosión. Por encima de esta huella, sobre los muros limítrofes, se notaba un agrupamiento de ladrillos junto a una piedra de forma aplanada que, a pesar de no poseer una disposición ordenada, pudiera formar parte de la canal que condujera los desechos sólidos.

El bajante que, partiendo desde la azotea, penetraba a través de las unidades # 1 y 3 debió tener entre sus probables funciones recoger las aguas pluviales, servir de respiradero o trasportar los desperdicios generados de la planta alta. Fue este mismo conducto el que, posteriormente, pudo estar conectado con la canal colocada luego de clausurada la letrina. Por último, es presumible que algún espacio sobre ella fuese acondicionado a fin de procurar a los ocupantes del inmueble un lugar por donde evacuar los desechos de origen humano.

Con todo lo anterior como referencia acerca de las correlaciones que se produjeron entre las evidencias contenidas en la letrina y la dinámica con la que debieron circular hasta depositarse en su interior, podríamos concluir que el material vertido en este

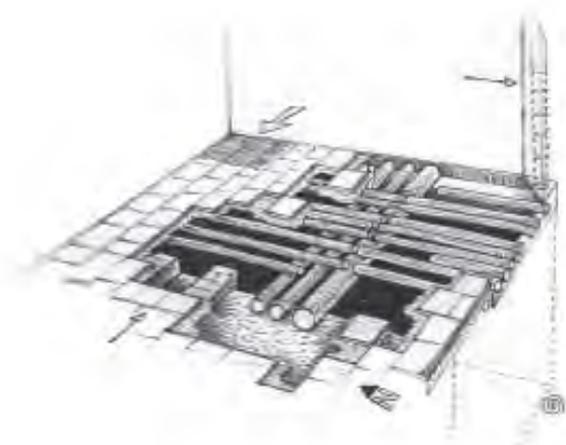
sitio fue desechado durante todo el siglo XIX, aunque cabría tomarse en consideración la posibilidad de que las funciones del colector hubiesen alcanzado los albores del siglo XX, pese a las regulaciones estipuladas por el gobierno interventor norteamericano contra el uso de estos en el interior de los inmuebles.²³

Sobre este momento de la historia nacional que marca el tránsito hacia la neocolonia, el testimonio fascinante de un anciano, nacido en La Habana el 19 de septiembre de 1899, cochero en su juventud, narra como aún en la primera década de la pasada centuria existían negociantes que poseían trenes de coches dedicados a la limpieza de letrinas:

Eran unos carretones –cuenta Macho– halados por mulos, que tenían encima como un embudo de hierro y dos barras; y con eso sacaban el excremento de las fosas.

En el gobierno de José Miguel Gómez, se ajustó el negocio del alcantarillado [...] La tubería maestra era tan ancha, que le cabía dentro un hombre parado. Por esos grandes tubos viajaba la mierda, las aguas de letrinas, los baños, todo el desecho de las casas ricas y pobres.²⁴

Consultando para esta investigación los Directorios Comerciales y Mercantiles del siglo XIX, aquellos que anunciaban los negocios establecidos en la ciudad durante los años 1878, 1892-93 y 1900, incluían la relación de propietarios de trenes de limpieza de pozos, letrinas y sumideros. La existencia de aquellos, unida al testimonio anterior, nos descubre otra arista relacionada con el nocivo hábito colonial de arrojar los desperdicios en el interior de las edificaciones, que contradice la idea extendida de que el aseo de estos receptáculos fue tarea exclusiva de la mano de obra esclava. Establecidos en la ciudad estos servicios de limpieza –aún previo a la definitiva abolición de la esclavitud en 1886– es probable, no obstante, que luego de desaparecer la trata, muchos de los antiguos esclavos urbanos o rurales –estos últimos en éxodo masivo hacia las ciudades– fuesen contratados para desempeñar tales actividades junto a otros trabajadores de condición humilde, formando parte de la incipiente clase obrera que entonces se gestaba.



Reconstrucción hipotética del colector donde se señalan las probables vías de acceso de los desperdicios (Dibujo realizado por Amilkar Fera Flores)

²³ Marial Iglesias, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba, 1898- 1902*, Pág., 42.

Haciendo referencia a una investigación del historiador Carlos Venegas, la Dra. Marial Iglesias, en la obra citada, comenta como para el año «1899, solo el 10 % de las casas de Habana y Matanzas tenía servicios sanitarios. Para contrarrestar esta situación el mayor Davis, máximo oficial de sanidad del ejército de ocupación yankee, al frente de un equipo de 120 médicos visitó las casas de la capital e impartió instrucciones sobre el uso de desagües, vertido de desperdicios y otras medidas higiénicas.»

²⁴ Luis Adrián Betancourt, *Cochero*, pág. 158, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

Con la «norteamericanización» de la sociedad cubana en los inicios del pasado siglo y sus pregonadas intenciones «civilizadoras», llegó a su fin la antigua e insana costumbre de depositar desechos de todo género en el interior de los inmuebles. El impacto de esta transformación significaría, en su tiempo, el reajuste de arraigadas prácticas domésticas y laborales. Para nosotros, la imposibilidad de continuar hurgando en las intimidades de la historia de años posteriores desde estos yacimientos.

Panorama de un extenso horizonte que abarca varios siglos, todo lo aquí expuesto contiene la implícita intención de aproximarnos, mediante el uso de múltiples fuentes históricas, al desarrollo de esta casa

y sus estrechos lazos con el carácter comercial de la calle Muralla, donde predominaron establecimientos dedicados a la confección y venta de prendas de vestir -telas, camisas, sombreros, calzado- y a la oferta de los más variados artículos de uso cotidiano, en contraste con otras calles de la ciudad, distinguidas por las variadas especialidades de los negocios que en ellas fueron ubicados.

Desde una perspectiva integradora al afrontar los estudios de caso, el intento por descifrar los vínculos entre esta casa y las actividades mercantiles que en la calle Muralla acontecieran, hará que cobren voz estas otras memorias habaneras, a veces silenciadas y escurridas entre historias mayores.

BIBLIOGRAFÍA

Arrazcaeta, R y A, Quevedo (2003): «El Azulejo de importación en la Habana: época colonial», en *Cuadernos del Museo del Azulejo /4*, Montevideo.

Betancourt, L. A. (1998): *Cochero*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana

Cornide, M. T. (2003): *De La Havana, de siglos y de familias*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

Deagan, K. (1987): *Artifacts of Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*, Smithsonian Institution Press, Washington DC.

Eguren, G. (1986): *La Fidelísima Habana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

Fernández, M. (1989): *Las calles de La Habana Intramuros. Arte, historia y tradiciones en las calles y plazas de La Habana Vieja*, Ediciones Saeta.

Fournier, P. (1990): *Evidencias Arqueológicas de la importación de cerámica en México, con la base en los materiales del ex-convento de san Jerónimo*, INAH, México.

Hazard, S. (1928): *Cuba a Pluma y lápiz*, T-I, Cultural, S.A., Habana.

Iglesias, M. (2002): *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba, 1898- 1902*, Ediciones Unión, La Habana.

Jones, O. y C. Sullivan (1989): *Glass Glosary*, The Park of Canada.

Le Riverend, J. (1967): *Historia Económica de Cuba*, Instituto del Libro, La Habana.

Pérez Beato, M. (1936): *Habana Antigua*, Habana.

Quevedo, A., T. Cueto, I. Rodríguez (1999): *Restauración de Evidencias. La Loza del siglo XIX*, Inédito, Gabinete de Arqueología.

Roig de Leuchsenring, E. (1963): *La Habana. Apuntes Históricos*, T-II, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana.

Rosa, C. de la y R. Arrazcaeta (2004): «Evidencias Numismáticas en sitios arqueológicos de La Habana», en *Gabinete de Arqueología, Boletín #3*, Año 3.

Villaverde, C. (2001): *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

Arqueología Histórica en las islas caribeñas con culturas diversas*

Por: David R. Watters

Resumen

En este trabajo se hace un análisis sobre la diversidad que caracteriza la Arqueología Histórica en las islas del Caribe. Es ilógico hablar de un solo método de estudio arqueológico, pues no existe un enfoque propio para cada una de las zonas del archipiélago caribeño. Asimismo se comenta lo erróneo de analizar, tanto la historia como la arqueología de esta región, desde una visión eurocentrica, soslayando los componentes étnicos amerindios y africanos. Por otra parte se incluyen informaciones sobre legislaciones particulares de cada nación caribeña en función de la protección del patrimonio.

Abstract

This paper deals with a discussion on the diversity that features Historical Archaeology in islands of the Caribbean. Talking about just one method for the archaeological study is not logical because there is not an approach proper of every zone of the Caribbean archipelago. Likewise, it is also discussed on how misleading it is to analyze history and archaeology of the region from an Eurocentric point of the point, disregarding such important ethnical constituents, such as the local Indians and the Africans. On the other hand, information on specific legislations of every Caribbean nation, serving the interests of heritage protection is also dealt with.

Introducción

El tema que abarca esta ponencia y su principio central se refleja en la siguiente cita:

El Caribe, las Indias Occidentales, las Antillas. Nombres diferentes para una misma región, que reflejan diferentes percepciones y mitos. ¿Dónde más en el mundo moderno se conoce todavía con varios nombres totalmente diferentes a un área geográficamente definida como el Caribe? ¿Y qué nos dicen estos nombres acerca de la manera en que ha sido vista y representada a través de la historia, y continúa siendo vista hoy? (James Ferguson, *The Story of the Caribbean People*, 1999, prefacio, p. vii).

De manera similar a Ferguson, quien escoge enfatizar en su cita las diferencias en nomenclatura geográfica, yo he seleccionado para esta ponencia comentar sobre la diversidad que caracteriza a la Arqueología Histórica en las islas del Caribe.

Este trabajo se guía por la premisa de que es ilógico hablar acerca de una Arqueología en el Caribe. Esto se debe a que no hay un solo enfoque, orientación o metodología propios del estudio arqueológico del período histórico a través del archipiélago caribeño. En su lugar, es más apropiado hablar acerca de arqueologías históricas, significando con esto que hay una diversidad de enfoques, orientaciones y metodologías, argumento también expuesto por Farnsworth (2001) en el subtítulo del volumen que editó.

Aquí quiero volver por un momento al asunto de las diferencias en nomenclatura al que se refiere Ferguson. La frase en inglés «*historical archaeology*» (arqueología histórica), que se basa en el concepto norteamericano de periodización, no es aceptada o aplicada uniformemente en el Caribe. Las contrapartes de estas frases en otros idiomas no son traducciones directas. En las islas francesas, «*archéologie coloniale*» sigue siendo la frase predominante. En las islas españolas, la frase «arqueología colonial» predominó en el pasado, aunque ahora también se está usando «arqueología histórica.» Ocasionalmente también se ve la frase «*Post-Medieval archaeology*» (arqueología post-medieval), un término temporal derivado del Reino Unido, aplicado a los sitios históricos

* Conferencia dictada en el Seminario Internacional de Arqueología Histórica de América Latina y el Caribe, Panamá, 24 de enero 2002, traducida por María Auxiliadora Cordero.

de las islas británicas. Más allá de estas amplias categorizaciones, uno encuentra frases étnico-específicas como «arqueología afro-caribeña» y frases restringidas en cuanto a lo temporal como «arqueología del período de contacto».

Para cerrar esta parte introductoria del artículo, quiero reiterar que intencionalmente he enfatizado la diversidad, no la uniformidad, en relación a la Arqueología Histórica y temas similares como preservación histórica, turismo de patrimonio y patrimonio cultural. Estos tópicos no se prestan para ser tratados de una manera unificada y global en cuanto al archipiélago caribeño como una entidad integral. La Arqueología Histórica en el Caribe no es uniforme debido a que los componentes individuales del archipiélago, sean estos una sola isla o grupos de islas relacionadas (e.g., las islas de herencia española), son históricamente particulares.

Orientación geográfica, histórica y política

Existen tres grupos principales de islas dentro del mar Caribe: Las Antillas Mayores, las Antillas Menores y las Bahamas. Un cuarto grupo, algunas veces llamado las Islas del Caribe del Sur, se localizan fuera de la costa norte del continente sudamericano (fig. 1). Las islas dentro del archipiélago varían grandemente en tamaño; Cuba por sí sola da cuenta de al menos el 50% del total de la extensión de tierra de todas las islas del Caribe (Tabla 1). Los amerindios empezaron a colonizar el archipiélago por lo menos alrededor de 3500 a.C. Vale la pena recordar que los amerindios ocuparon estas islas por lo menos unos 5000 años en



Fig. 1. El Mar Caribe, sus archipiélagos e islas, y las masas continentales que lo rodean (Tomado de Watters 1998:10)

el período «prehistórico,» un lapso que es diez veces mayor que los 500 años aproximadamente de ocupación en el período histórico por parte de europeos y africanos (Watts 1987).

En el 1492 de nuestra era, Colón se tropezó con las islas del Caribe en su camino a Asia, y puso en marcha las masivas alteraciones que han caracterizado al archipiélago desde ese momento. En 200 años, las poblaciones amerindias fueron diezgadas y los poderes europeos tomaron posesión de todas las islas caribeñas, comenzando con la ocupación de las Antillas Mayores por parte de los españoles, seguida por la ocupación de las Antillas Menores, Bahamas e islas del Caribe del sur por parte de los holandeses, franceses e ingleses. La esclavitud se extendió por todo el Caribe junto con la ocupación europea. Millones de africanos esclavizados fueron transportados a estas islas, especialmente a medida que la industria azucarera dominaba la región. Este breve repaso histórico de la región va más allá, hacia la explicación de la complejidad cultural y diversidad arqueológica manifiesta en el Caribe hoy en día.

Desde la perspectiva de gobierno, las islas del Caribe varían, de naciones soberanas independientes como Cuba, Haití y República Dominicana, hasta las actuales colonias de Gran Bretaña como Montserrat y las Islas Caimanes (aunque a veces se refieren a ellas como territorios de ultramar, no como colonias). Antiguas colonias como las Indias Occidentales Británicas son ahora naciones independientes dentro de la Comunidad Británica como Barbados, Jamaica, Trinidad, Antigua y las Bahamas. Las Antillas Francesas, compuestas por las islas de Martinica y Guadalupe (y sus dependencias), son *Départements Outre-Mer* (Departamentos de Ultramar) que son parte integral de Francia. Hay seis islas holandesas en el Caribe, cinco de las cuales (Curaçao, Bonaire, St. Maarten, St. Eustatius y Saba) constituyen las Antillas Holandesas, parte autónoma del Reino de los Países Bajos. La sexta isla, Aruba, se separó de las Antillas Holandesas en 1986 y se asoció directamente con el Reino. Puerto Rico, «estado libre asociado» está ligado a los Estados Unidos. Las Islas Vírgenes de los Estados Unidos, compuestas por St. Thomas, St. Croix y St. John, son territorio de los Estados Unidos y por lo tanto tienen un status diferente al de Puerto Rico. Finalmente, Margarita y otras islas fuera de la costa norte de Sudamérica son partes insulares de Venezuela.

PENSAMIENTO arqueológico

Lingüísticamente, los idiomas principales son el francés, español, holandés y papiamentu (este último en Curaçao, Bonaire y Aruba). Hay numerosos dialectos y *patois* hablados por poblaciones afro-caribeñas en las islas francesas y británicas. Los africanos, nativos americanos, españoles y otros europeos han contribuido a la gran mezcla genética entre las poblaciones de las islas españolas. Las personas de ascendencia africana constituyen las poblaciones dominantes de las islas británicas y francesas. Los asiáticos (indios orientales) comprenden una porción significativa de la población de Trinidad. Los pocos nativos americanos que quedan en las islas del Caribe viven en pequeños enclaves en Dominica y St. Vincent.

Pero ¿por qué he gastado todo este tiempo refiriéndome a la diversidad que existió históricamente y continúa existiendo dentro del Caribe moderno? Lo he hecho intencionalmente porque quiero enfatizar que: (1) estos factores se relacionan directamente con aspectos de la Arqueología Histórica y sus intereses aliados, y (2) es imposible, para toda intención y propósito, hablar acerca de una Arqueología Histórica pan-caribeña que se aplique uniformemente a toda la región.

Permítanme presentar un ejemplo de esta diversidad –la protección del patrimonio arqueológico–. Los recursos arqueológicos de las islas francesas, por ser parte integral de Francia, gozan de toda la gama de protección legal prevista por la ley francesa. Por lo tanto, hay arqueólogos presentes en el *Service Régional de l'Archéologie de la Direction Régionale des Affaires Culturelles* (DRAC) en Guadalupe y Martinica. Cada uno produce un reporte anual, el *Bilan Scientifique*, que resume el trabajo arqueológico patrocinado por el gobierno. *Le Patrimoine des Communes de la Guadeloupe*, otro volumen muy valioso, discute e ilustra extensamente las estructuras históricas y los artefactos de Guadalupe y sus dependencias. Las regulaciones federales del gobierno de Estados Unidos conciernen a la Arqueología de Puerto Rico, pero Puerto Rico también ha promulgado su propia legislación para aumentar esa protección. Las naciones soberanas como Cuba, han promulgado leyes para proteger el patrimonio cultural. Por otra parte, los recursos arqueológicos de las islas británicas y holandesas generalmente no están protegidos por la legislación existente en Gran Bretaña o los Países Bajos. La

Tabla 1. Grupos de islas y superficies (Tomado de Watters 1998:12)

Grupo de islas	Isla	Superficie (Km ²)
Grandes Antillas	Cuba	110,922
	Española	76,484
	Jamaica	11,424
	Puerto Rico	8,897
	Islas Vírgenes	518
	Islas Caimán	241
(89% de superficie terrestre)	Total	208,486
Bahamas	Bahamas	11,404
	Turks y Caicos	430
(5% de superficie terrestre)	Total	11,834
Antillas Menores ¹	Anguilla	88
	St. Martin / St. Maarten	95
	St. Barthélemy	25
	Saba	13
	St. Eustatius	21
	St. Kitts	176
	Nevis	130
	Barbuda	161
	Antigua	280
	Montserrat	101
	Guadalupe	1433
	Marie-Galant	152
	La Désirade	22
	Dominica	790
	Martinica	1090
	Sta. Lucía	603
	St. Vincent	344
Grenada	310	
Carriacou	33	
Barbados	440	

¹ Las islas más pequeñas (<20 Km²) no están incluidas, a excepción de Saba. Esta tabla se basa en la tabla 1.1 de Watts (1987) con información adicional y reorganizada

Cont. tabla 1. Grupos de islas y superficies (Tomado de Watters 1998:12)

Grupo de islas	Isla	Superficie (Km ²)
(3% de superficie terrestre)	Total	6,307
Sur del Caribe	Trinidad	4,828
	Tobago	300
	Margarita	1,150
	Bonaire	288
	Curaçao	443
	Aruba	190
(3% de superficie terrestre)	Total	7,199

protección legal que existe en las islas británicas y holandesas, cuando existe, es legislación promulgada localmente. Algunas islas han promulgado leyes dando cierto nivel de protección a los recursos arqueológicos; otras islas no tienen absolutamente ninguna base legal para proteger el patrimonio cultural. Por lo tanto, no tiene sentido tratar de hablar de una protección legal «común» o «uniforme» de alcance pan-caribeño. Esta misma falta de uniformidad se aplica a casi todos los aspectos de la Arqueología Histórica.

Arquitectura Monumental y Arqueología Histórica

A todo lo largo y ancho del Caribe se observa la evidencia tangible de los poderes coloniales y los esfuerzos que han invertido en las expansiones imperialistas y las rivalidades. Esto se observa enseguida en la recurrente arquitectura monumental, incluyendo el «patrimonio construido» de sitios militares, de plantaciones, urbanos, industriales y religiosos. Tomados en conjunto, estos monumentos enfatizan el componente europeo de la sociedad caribeña colonial. A pesar de que sus rasgos arquitectónicos específicos reflejan las respectivas influencias de Gran Bretaña, Holanda, Francia, España o Dinamarca (figs. 2 y 3), estos monumentos, como un grupo, se consideran «europeos» y así promueven una visión eurocéntrica de los eventos históricos del Caribe. La visión eurocéntrica de estos monumentos es irónica ya que las estructuras fueron construidas, especialmente en las islas británicas y francesas, por

mano de obra africana esclavizada, un hecho que raramente es reconocido.

Estos monumentos del imperialismo dominaron el paisaje histórico de las islas, en un sentido muy real, y continúan dominando el paisaje hoy en día. El turismo de patrimonio en el Caribe tiende a enfocarse sobre, o por lo menos enfatizar, estos monumentos debido a su «alta visibilidad» en el paisaje. Hace más de una década, Rex Nettleford (1990), que ha estado asociado por mucho tiempo con la Universidad de las Indias Occidentales y es consultor sobre asuntos culturales para muchos gobiernos caribeños, aludía a la tendencia a promocionar estos monumentos. Escribió acerca de los países que estaban *...enamorado de los prospectos de atraer visitantes a estos monumentos, sitios y ruinas o cualquier otra cosa que fuese vendible...* (Nettleford,



Fig. 2. La arquitectura de la Gran Casa en la plantación de la Abadía de San Nicolás atrae a numerosos turistas que visitan Barbados



Fig. 3. Rasgos arquitectónicos holandeses típicos de la Gran Casa («Landhuis») observados en Curaçao, Antillas Holandesas

1990:8). En otra parte de ese artículo, él presenta su opinión de una manera maravillosamente poética, con una afirmación como: *Fuertes, mansiones gubernamentales, fuertes navales, instalaciones militares y casas de la clase gobernante [que] permanecen en desafiante esplendor* (1990:8) o cuando se refiere a que *Grandes casas se levantaban firmes sobre montecillos [y] tenían vista sobre las tierras donde [había] aldeas de esclavos con casas hechas de materiales perecederos...* (1990:9).

En marcado contraste con la alta visibilidad de los monumentos del colonialismo europeo, está la naturaleza mayormente «invisible» de los sitios de herencia africana en el paisaje caribeño (y yo argumentaría que esta misma «invisibilidad» caracteriza a la mayoría de los sitios amerindios también). Los sitios de herencia africana son casi exclusivamente sitios bajo superficie debido a la naturaleza perecedera de los materiales de construcción utilizados (fig.4). Richard Price (1985) capturó la esencia de esta situación en el título de su artículo «¿Ausencia de ruinas?». Debido a esta «invisibilidad», las excavaciones conducidas por arqueólogos históricos son críticas para documentar el componente africano de la sociedad colonial.

Las agencias de turismo cultural o de patrimonio, ya sean oficinas del gobierno u operadores independientes, se enfrentan a dilemas en sus esfuerzos para interpretar el patrimonio de sus islas. Al publicitar los monumentos del imperialismo a los turistas, tales agencias traen hacia el frente un período de la historia que, o es ofensivo, o de poco interés para la mayoría de la población actual, en vista de que las estructuras monumentales son un recordatorio de la esclavitud.



Fig. 4. La naturaleza perecedera de los materiales constructivos disponibles para los africanos esclavizados es evidente en los alojamientos de esclavos reconstruidos en Marie-Galante, Guadeloupe

Por otra parte, usando las palabras de Price, la «ausencia de ruinas» relacionadas con la herencia africana puede ser equivocadamente interpretada por los turistas como una indicación de falta de historia o una historia que es de alguna manera inconsecuente. En los museos caribeños existe un problema relacionado con esto. Cummins ha notado en relación con las Indias Occidentales británicas que *Durante los últimos 450 años, la historia caribeña ha sido, en efecto una historia europea, y esto se ha visto reflejado en las exhibiciones de los museos* (1996:92) y añade que *Tanto las colecciones como los edificios que las albergan, eran implacablemente eurocéntricos en enfoque...* (1996:95). Sin embargo, Cummins (1994) también señala que los museos han venido ahora a jugar un papel importante en el desarrollo de la identidad nacional, en las naciones recientemente independizadas dentro de la Comunidad Británica, porque los museos están haciendo un esfuerzo coordinado para incorporar en sus exhibiciones todos los elementos de la sociedad pasada y presente. Y es importante para los arqueólogos históricos el recordar que el museo caribeño se ha convertido en el principal depósito para artefactos, y que las colecciones arqueológicas, sean estas prehistóricas, históricas o submarinas, son el componente que está creciendo más rápidamente entre las colecciones de los museos de la región (Cummins 1993).

La investigación en la Arqueología Histórica

En esta sección trataré de resaltar algunas de las tendencias más importantes en la Arqueología Histórica en las islas del Caribe, advirtiendo que ellas difieren según los casos. De hecho, trataré de distinguir entre esas tendencias indicando dónde pertenecen y dónde no. Por ejemplo, en el seminario de Panamá, quedé intrigado por el número de ponencias de países de herencia española acerca de proyectos arqueológicos que estaban siendo llevados a cabo en estructuras religiosas, especialmente catedrales. En el Caribe británico se ha realizado poca investigación en iglesias u otros edificios religiosos.

La Arqueología Histórica del Caribe ha estado dominada por la investigación en plantaciones, especialmente en haciendas azucareras. Los proyectos arqueológicos en las plantaciones son usualmente interdisciplinarios e involucran alguna combinación de Arqueología, Historia, Geografía,

Antropología o Etnohistoria. Tales proyectos han involucrado tanto el estudio de plantaciones individuales como prospecciones arqueológicas de sitios de plantaciones en toda una isla. Los proyectos frecuentemente incluyen diferentes sectores del sitio, incluyendo las instalaciones industriales de procesamiento de azúcar, la casa principal y especialmente la aldea de esclavos. La investigación de plantaciones ha sido característica de la isla británica de Jamaica (fig. 5), pero también ha ocurrido en otras islas británicas tales como la propiedad Betty's Hope en Antigua (fig. 6), la plantación de Galway en Montserrat, y la plantación Clifton en las Bahamas, así como también en Whim Estate, la plantación danesa en St. Croix (fig. 7) y un número de estructuras industriales en Marie-Galante, una isla francesa cerca de Guadalupe (e.g., Armstrong 1990; Delle 1998; Handler y Lange 1978; Higman 1988, 1998).

La Arqueología Histórica de escenarios urbanos, con lo que quiero significar ciudades y pueblos y especialmente puertos, es altamente variable dentro del Caribe. Cuba, por ejemplo, está haciendo los mayores esfuerzos en La Vieja Habana, la ciudad colonial designada Patrimonio de la Humanidad, donde la Arqueología Histórica va de la mano con la restauración de edificios (Dominguez 2000, Vasconcellos Portuondo 2001). Un estudio algo similar se lleva a cabo en el Viejo San Juan, Puerto Rico. El área comercial urbana del Lower Town (Pueblo Bajo) en la isla holandesa de St. Eustatius ha sido investigada. En contraste, se ha hecho muy poca arqueología urbana en las islas francesas y británicas, con la notable

excepción de las excavaciones subacuáticas realizadas en la ciudad sumergida de Port Royal, Jamaica.

La investigación en instalaciones militares, incluyendo astilleros navales y fuertes armados es así mismo variable (e.g., Nicholson 1994). Entre los sitios investigados han estado el Castillo San Felipe del Morro (fig. 8) y otras fortificaciones españolas en San Juan, Puerto Rico; la casa fortificada del gobernador Houël, la fortificación más antigua en Guadalupe, que está contenida dentro de los límites del posterior Fort Delgrès; Brimstone Hill en St. Kitts; y el complejo naval del puerto (Harbour) inglés en Antigua (figs. 9 y 10); Fort Amsterdam en la holandesa St. Maarten; y Boca de Jaruco, Cuba (Arrazcaeta Delgado *et al.* 2001). Sin embargo, hay muchas instalaciones militares dentro del Caribe que nunca han sido investigadas sistemáticamente por los arqueólogos históricos (fig. 11).

Apartándome de los tipos de sitios investigados, quiero ahora referirme a los componentes específicos de la población colonial que los arqueólogos históricos están investigando. Se destaca entre estos el segmento «afro-caribeño» de la sociedad. La investigación ha incluido la excavación de aldeas de esclavos en las plantaciones, y más recientemente las aldeas de «hombres libres» establecidas por esclavos emancipados, el análisis de la cultura material afro-caribeña de la cual la cerámica es el ejemplo principal, y el estudio osteológico de restos de esqueletos de los cementerios (e.g., Corruccini *et al.* 1982; Courtaud, Delpuech y Romon 1999; Courtaud y Romon 1999; Kelley y Armstrong 1991; Khudabux



Fig. 5. La Gran Casa (reconstruida) en la plantación Rose Hall, Jamaica



Fig. 6. Los molinos de viento dobles en la estancia Betty's Hope, Antigua, eran componentes del sector industrial de esta plantación. La estructura de madera encima del molino de la izquierda es una construcción moderna

PENSAMIENTO arqueológico



Fig. 7. Rasgos arquitectónicos daneses de la Gran Casa en la estancia Whim, St. Croix



Fig. 8. El almenaje en el Castillo de San Felipe del Morro tiene vista a la entrada al puerto de San Juan, Puerto Rico. La garita de centinela con cúpula es un rasgo arquitectónico recurrente en las fortificaciones españolas de todo el Caribe insular y continental

1999; Petersen, Watters y Nicholson 1999; Watters 1994). El primer volumen editado dedicado a la arqueología africana en el Caribe fue publicado hace tan solo tres años (Haviser 1999). Los cimarrones, otro segmento de la población africana en el Caribe, son de particular interés debido a su exitosa huida de la esclavitud, el establecimiento de comunidades viables, y la resistencia contra los esfuerzos destinados a someterlos y volverlos a esclavizar. Se conoce que existieron asentamientos cimarrones en muchas islas del Caribe pero persistieron en el interior de las islas más grandes de las Antillas Mayores, y consecuentemente la investigación arqueológica se ha concentrado en Cuba, Jamaica, y en menor grado en República Dominicana (e.g., Agorsah 1994, 2001; Arrom y García Arévalo 1986; La Rosa Corzo 1988, 1991, 1999).

El componente blanco de la sociedad colonial no ha recibido la misma atención por parte de los arqueólogos históricos. La investigación arqueológica está sesgada hacia los hacendados porque la mayoría del trabajo de campo se ha llevado a cabo en las grandes casas de las plantaciones. Poca atención se ha dado a otros componentes blancos de la sociedad, tales como capataces, sirvientes, mercaderes, soldados y marineros.

La investigación arqueológica del período de contacto en el Caribe es insatisfactoria (Wilson 1993). Este período no es coetáneo o contemporáneo a través de todo el Caribe. El poblamiento español de las Antillas Mayores y sus redadas de esclavos en las Bahamas diezmaron a los pueblos nativos americanos dentro de los primeros 50 a 75 años después del

contacto (Valcárcel Rojas 1997). Pero las Antillas Menores no fueron pobladas por los colonizadores británicos, franceses y holandeses hasta por lo menos 1750. Se conocen muy pocos sitios del período de contacto y aún menos han sido investigados. El trabajo recientemente publicado de Deagan y Cruixent acerca de La Isabela en la costa norte de República Dominicana, la primera colonia española (1493-98) en el Nuevo Mundo, aumentará dramáticamente nuestra comprensión de los sitios del período de contacto, por lo menos en el Caribe español (Deagan y Cruixent 2002a y 2002b).



Fig. 9. El astillero naval del English Harbour en Antigua estaba rodeado por fortificaciones militares sobre las colinas de los alrededores. Los edificios históricos reconstruidos en el fondeadero sostienen ahora una extensa industria de navegación deportiva.

Recursos para la arqueología histórica caribeña

Hay una amplia variedad de revistas y boletines, muchos de los cuales tienen una distribución limitada y pueden ser difíciles de obtener, en donde se encuentran artículos acerca de la Arqueología Histórica de las islas del Caribe. Se han publicado relativamente pocos libros acerca de este tema, y adquirirlos también puede ser difícil. Sin embargo, hay dos volúmenes editados recientemente que contienen bibliografías compiladas, ensambladas a partir de las referencias citadas en sus capítulos individuales; estas bibliografías son el mejor lugar para empezar una investigación del alcance de los recursos publicados. La bibliografía de *African Sites Archaeology in the Caribbean* por Haviser (1999) contiene abundante información acerca de la Arqueología Histórica y tópicos relacionados, con las poblaciones afro-caribeñas.

En *Island Lives: Historical Archaeologies of the Caribbean* por Farnsworth (2001), la bibliografía trata a la Arqueología Histórica de una manera más amplia e incorpora fuentes del Caribe holandés, español, francés y británico. El capítulo de Watters (2001), en particular, menciona muchas de las revistas que publican acerca de la arqueología histórica dentro de las islas caribeñas británicas. La única publicación caribeña que trata principalmente tópicos de Arqueología Histórica es una nueva revista de Cuba, Gabinete de Arqueología Boletín, publicado por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, que se inició en el 2001. Una fuente que es fácilmente accesible es la nueva bibliografía electrónica

producida en Martinica por L'association Ouacabou y disponible en: <http://www.ouacabou.org>. Contiene referencias sobre arqueología histórica (800 entradas) y prehistórica (4000 entradas) de las islas caribeñas. Una segunda bibliografía electrónica está disponible a través del Florida Museum of Natural History en: <http://www.flmnh.ufl.edu/anthro/caribarch/bullenbib>. La International Association for Caribbean Archaeology (IACA), la principal organización que promueve la arqueología en las islas del Caribe, mantiene un portal en la red a través de la Universidad de Cambridge en: <http://cumaa.archanth.cam.uk/IACA.www/iaca>.

Consideraciones teóricas y dirección futura

Para terminar mi artículo, me gustaría discutir brevemente dos asuntos teóricos de la arqueología histórica del Caribe y sugerir algunas direcciones futuras. Primero está el problema de la terminología. A lo largo de esta ponencia he usado términos tales como «isla francesa» o «isla de herencia británica» para tratar de caracterizar, de una manera muy general, el patrimonio cultural de una isla o grupo de islas en particular. Tales términos y los conceptos que encarnan son en realidad clasificaciones estáticas que no reflejan la realidad histórica dinámica de estas islas diversas. El caracterizar hoy en día una isla como de «herencia británica» implica no tomar en cuenta las particularidades históricas de las mismas. Por ejemplo, Tobago, la isla de «herencia británica», fue ocupada por holandeses, españoles, británicos, letones y franceses y la isla cambió de manos veintidós veces entre estos grupos durante la era colonial. Francia y



Fig. 10. Alojamiento de los Oficiales en Blockhouse Hill, una de las muchas fortificaciones que protegían el English Harbour. Un huracán derribó los arcos hace varios años



Fig. 11. Las islas remotas estaban protegidas por fortificaciones más pequeñas, tales como la torre Martello y la plataforma de cañón en River Fort, Barbuda

PENSAMIENTO arqueológico

Gran Bretaña se alternaban rutinariamente en la posesión de Sta. Lucía; esta cambió de manos por lo menos catorce veces en poco más de un siglo. España poseyó Jamaica por cerca de 150 años, hasta 1655, después de lo cual se volvió británica. Creo que una similar preocupación teórica puede expresarse en relación con las islas caribeñas francesas, españolas, holandesas, danesas y suecas —sí, incluso Suecia tuvo una colonia—, ya que poseyó St. Barthélemy por cerca de un siglo. El uso de «isla de herencia británica» y de todas las otras «islas de herencia» europea también ignora, o por lo menos complica, el punto de que todas estas son también islas de «herencia africana.»

La segunda perspectiva teórica concierne al concepto de Arqueología Histórica. La Arqueología Histórica, en la forma conocida por la mayoría de los practicantes norteamericanos como una disciplina de base antropológica y como un componente distintivo del campo de la arqueología, no tiene una contraparte equivalente en muchas islas del Caribe (Watters 2001). Incluso la terminología, como mencioné anteriormente, no es uniforme. Relativamente pocas personas en el Caribe se identificarían exclusivamente o aun principalmente como arqueólogos históricos. Mas aún, el entrenamiento en Arqueología difiere dramáticamente entre las instituciones norteamericanas y las europeas. En Gran Bretaña, existe una clara distinción entre Arqueología y Antropología (principalmente antropología social). De acuerdo con el modelo británico, la Antropología no es estudiada como una disciplina separada en ningún campus de la Universidad de las Indias Occidentales y la Arqueología, cuando ha sido enseñada, se ha colocado en el departamento de historia.

El potencial de la Arqueología Histórica en las islas del Caribe apenas ha sido tocado. Las investigaciones en Arqueología Histórica han aumentado en los últimos 25 años, pero los trabajos de arqueología prehistórica aún dominan la región. Sin embargo, preveo tres tendencias principales a desarrollarse en la Arqueología Histórica durante los próximos 25 años.

Primero está el incremento en el número de personas de las islas caribeñas que recibirán entrenamiento profesional en arqueología, incluyendo Arqueología Histórica. Las islas de herencia española están a la cabeza del resto del Caribe en este aspecto. El corolario es que los proyectos conjuntos entre

arqueólogos residentes y extranjeros serán más comunes en el futuro.

Segundo, la investigación en arqueología histórica caribeña se volverá más comparativa y menos particularista, o específica de una isla. Esto incluirá una variedad de estudios comparativos de plantaciones, por ejemplo, se pueden hacer comparaciones entre las plantaciones de azúcar de islas británicas y francesas. Las plantaciones más antiguas que procesaban añil pueden ser comparadas con las plantaciones más jóvenes que procesaban azúcar. Las plantaciones españolas más tempranas de Jamaica pueden ser comparadas con sus plantaciones británicas posteriores. A pesar de que he usado las plantaciones como ejemplo, también son igualmente factibles los estudios comparativos de instalaciones militares o sitios históricos urbanos. De la misma manera, yo extendería esta perspectiva comparativa mejorada a estudios de cultura material también.

Tercero, creo que la Arqueología Histórica del Caribe explorará las conexiones externas. A la fecha, la mayoría de la investigación en esta rama de la Arqueología ha involucrado una sola isla y casi exclusivamente se ha preocupado de asuntos «intra-caribeños». Sin embargo, históricamente, las islas del Caribe han estado estrechamente ligadas al mundo «exterior», y el estudio de las conexiones externas será una línea de investigación fructífera. Permítanme citar dos ejemplos. Entre las Indias Occidentales británicas y las colonias británicas norteamericanas hubo estrechos lazos a lo largo de la era colonial (Carrington 1988; O'Shaughnessy 2000). Existió así mismo un volumen de comercio muy significativo entre la isla holandesa de Curaçao y las colonias españolas de tierra firme en la costa norte de Sudamérica (Klooster 1998). Estos lazos externos están documentados históricamente y deberían manifestarse arqueológicamente, pero hasta la fecha, nadie ha investigado las posibilidades en ningún grado de profundidad.

Al terminar aquí quiero volver a la idea de las diferentes percepciones acerca de la Arqueología Histórica y, por supuesto, de la historia en general. He enfatizado el punto de que la frase «arqueologías históricas» ilustra de mejor manera la situación en el Caribe. También argumentaría que la frase «historias» del Caribe, y no historia del Caribe, refleja mejor la

diversidad cultural de la región. Aún más, yo sostendría que tales diferencias persisten hasta el día de hoy.

Termino este artículo con un relato acerca de las diferentes percepciones de la historia. La mayoría de mi investigación arqueológica se ha llevado a cabo en las Indias Occidentales británicas, donde frecuentemente escuché comentarios elogiosos hechos acerca de Sir Francis Drake, a quien se percibe como un «héroe» en las islas británicas. Más tarde en mi carrera, tuve la oportunidad de trabajar en Cuba,

donde me encontré con que «El Draque» recibía críticas no tan favorables en el Caribe español. Al aplicar este mismo criterio de «diversidad» a las acciones de Henry Morgan en Panamá La Vieja, tengo la fuerte sospecha de que los panameños y la gente de las Indias Occidentales británicas percibirán las acciones de Morgan de maneras diferentes, y probablemente mantengan no sólo diferentes puntos de vista sino que tendrán percepciones diametralmente opuestas.

BIBLIOGRAFÍA

Agorsah, E. Kofi. (ed.) (1994): *Maroon heritage: archaeological, ethnographic, and historical perspectives*, Canoe Press, Kingston.

_____ (2001): The secrets of Maroon heroism, as pioneer freedom fighters of the African Diaspora, en *Freedom in black history and culture*, Editado por Kofi Agorsah, pp. 1-17. Arrow Point Press, Middletown, CA.

Armstrong, Douglas V. (1990): *The old village and the great house: an archaeological and historical examination of Drax Hall plantation, St. Ann's Bay, Jamaica*, University of Illinois Press, Urbana.

Arrazcaeta Delgado, R. A. López Pérez, A. Quevedo Herrero, I. Rodríguez Gil y G. Falcón Mendoza (2001): Arqueología de una grada de construcción naval en Boca de Jaruco, en *Gabinete de Arqueología*, *Boletín* 1:4-13.

Arrom, J. J. y M. A. García Arévalo (1986): Cimarron. *Serie Monográfica* 18, Fundación García Arévalo, Santo Domingo.

Carrington, Selwyn H. H. (1988): The British West Indies during the American revolution, Koninklijk Instituut voor Taal-, Land-, en Volkerkunde [KITLV] *Caribbean Studies* 8.

Corruccini, R. J. S. Handler, R. J. Mutaw y F. W. Lange (1982): Osteology of a slave burial population from Barbados, West Indies, *American Journal of Physical Anthropology* 59:443-459.

Courtaud, P. A. Delpuech y T. Romon (1999): Archaeological investigations at colonial cemeteries on Guadeloupe: African slave sites or not?, en *African sites archaeology in the Caribbean*, Editado por Jay. B. Havisier, pp. 277-290, Markus Wiener, Princeton.

Courtaud, P. y T. Romon (1999): Le moule: Anse Sainte-Marguerite, *Bilan scientifique de la région Guadeloupe (1998)*: 25-27.

Cummins, A. (1993): *Report on the status of Caribbean museums and recommendations for upgrading museums to ICOM standards*.

CARICOM/ UNDP/ UNESCO Regional Museum Development Project RLA/88/028. Barbados Museum and Historical Society, Bridgetown.

_____ (1994): The «Caribbeanization» of the West Indies: The museum's role in the development of national identity, en *Museums and the making of «ourselves»: The role of objects in national identity*, Editado por Flora E. S. Kaplan, pp 192-220, Leicester University Press, London.

_____ (1996): Making histories of African Caribbeans, en *Making histories in museums*, Editado por Gaynor Cavanaugh, pp. 92-104, Leicester University Press, London.

Deagan, K. y J. M. Cruxent (2002a): *Archaeology at La Isabela: America's first european town*, Yale University Press, New Haven.

_____ (2002b): *Columbus's outpost among the Tainos*, Yale University Press, New Haven.

Delle, J. A. (1998): *An archaeology of social space: analyzing coffee plantations in Jamaica's Blue Mountains*, Plenum Press, New York.

Domínguez, L. (2000): Habana Vieja: ciudad arqueológica del Caribe, en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* 1(2):88-94.

Farnsworth, P. (ed.) (2001): *Island lives: historical archaeologies of the Caribbean*, University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Ferguson, J. (1999): *The story of the Caribbean people*, Ian Randle Publishers, Kingston.

Handler, J. S. y F. W. Lange (1978): *Plantation slavery in Barbados: an archaeological and historical investigation*, Harvard University Press, Cambridge.

Havisier, J. B. (ed.) (1999): *African sites archaeology in the Caribbean*, Markus Wiener Publishers, Princeton.

Higman, B. W. (1988): *Jamaica surveyed: plantation maps and plans of the eighteenth and nineteenth centuries*, Institute of Jamaica Publications, Kingston.

_____ (1998): *Montpelier, Jamaica: A plantation community in slavery and freedom, 1739-1912*, The Press University of the West Indies, Kingston.

Kelley, Kenneth G. y D. V. Armstrong (1991): Archaeological investigations of a 19th century free laborer house, Seville estate, St. Ann's, Jamaica, en *Proceedings of the Thirteenth International Congress for Caribbean Archaeology*, Editado por N. Ayubi y J. B. Haviser, pp. 429-435, Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Curaçao.

Khudabux, M. R. (1999): Effects of life conditions on the health of a negro slave community in Suriname, en *African sites archaeology in the Caribbean*, Editado por Jay. B. Haviser, pp. 291-312, Markus Wiener, Princeton.

Klooster, W. (1998): Illicit riches: Dutch trade in the Caribbean, 1648-1795. Koninklijk Instituut voor Taal-, Land-, en Volkerkunde [KITLV] *Caribbean Studies* 18.

La Rosa Corzo, G. (1988): *Los cimarrones de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

_____ (1991): *Los palenques del oriente de Cuba: resistencia y acoso*, Editorial Academia, La Habana.

_____ (1999): La huella africana en el ajuar del cimarrón: una contribución arqueológica, en *El Caribe Arqueológico* 3:109-115.

Nettleford, R. (1990): Heritage, tourism and the myth of paradise, en *Caribbean Review* 16(3):8-9.

Nicholson, Desmond V. (1994): *Antigua and Barbuda forts*, Museum of Antigua and Barbuda, St. John's.

O'Shaughnessy, A. J. (2001): *An empire divided: the American revolution and the British Caribbean*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

Petersen, J. B., D. R. Watters y D. V. Nicholson (1999): Continuity and syncretism in Afro-Caribbean ceramics from the Northern Lesser Antilles, en *African sites archaeology in the Caribbean*, Editado por Jay, B. Haviser, pp. 157-195, Markus Wiener, Princeton.

Price, R. (1985): An absence of ruins?: seeking Caribbean historical consciousness, en *Caribbean Review* 14(3):24-29, 45.

Valcárcel Rojas, R. (1997): Introducción a la arqueología de contacto indohispánico en la provincia de Holguín, Cuba, en *El Caribe Arqueológico* 2:64-77.

Vasconcellos Portuondo, D. (2001): Institucionalización de la arqueología en la Habana Vieja, en *Gabinete de Arqueología Boletín* 1:22-28.

Watters, D. (1994): Mortuary patterns at the Harney site slave cemetery, Montserrat, in Caribbean perspective, en *Historical Archaeology* 28(3):56-73.

_____ (2001): Historical archaeology in the British Caribbean, en *Island lives: historical archaeologies of the Caribbean*, Editado por Paul Farnsworth, pp. 82-99, University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Watts, D. (1987): *The West Indies: patterns of development, culture and environmental change since 1492*, Cambridge University Press, Cambridge.

Wilson, S. M. (1993): Structure and history: combining archaeology and ethnohistory in the contact period Caribbean, en *Ethnohistory and archaeology: approaches to postcontact change in the Americas*, Editado por J. D. Rogers y S. M. Wilson, pp. 19-30, Plenum Press, New York.

No. 6, AÑO 6, 2007

Una mirada a las pinturas murales y sus diseños

Por: Sandra Páez Rosabal, Yanira Arteaga Romero

Resumen

Reflexiones sobre la diversidad de los diseños en la Pintura Mural. Breve reseña sobre el surgimiento y desarrollo de la Pintura Mural en Cuba. El Arabesco; sus semejanzas entre pinturas murales de inmuebles diferentes en un contexto relativamente cercano.

Abstract

This paper covers reflections on the diversity of design in mural painting. It is a report on the birth and development of this form of art in Cuba. The arabesque and similarities among mural paintings in different buildings in a relatively nearby context is included as well.

La pintura mural, como primera manifestación de la pintura universal, ha recorrido un largo camino desde que fue creada por el hombre en la prehistoria hasta la actualidad; a veces utilizada en gran medida, otras delegada casi al olvido. Fue concebida como un medio de expresión y comunicación, embelleciendo y engalanando todo los espacios en los que ha sido elaborada.

Objeto de amplias investigaciones en numerosos países, el nuestro no ha quedado exento de tan significativo arte, así como de su examen y estudio. Varios han sido los artículos publicados en el país sobre este tema: investigadores, restauradores, escritores, artistas extranjeros y nacionales, dentro de los que podemos citar a Víctor Patricio Landaluce, Guy Pérez Cisneros, Adelaida de Juan, Jorge Rigol, entre otros, nos brindan una visión de la estética en la arquitectura colonial. Algunos de sus trabajos incluyen citas de viajeros; los más referidos son las cartas de Fredrika Bremer durante sus visitas a la isla en el siglo XIX, otros como el reverendo Abbiel Abbot quien opinó en una de sus cartas en 1828:

Era divertido observar en los suburbios lo que ya había notado en Matanzas y en los pueblecitos: la afición que muestra el español por la pintura ornamental. En las fachadas de las tiendas y de las casas y en las paredes repelladas que bordean el camino vense pintados por todas partes pájaros animales, culebras, hombres y mujeres en sus distintas ocupaciones o diversiones, y algunas otras cosas e imágenes que, aunque no están estrictamente prohibidas en las tablas de la ley, no se parecen a nada que esté en el cielo, o bajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra.¹

Los viajeros nos muestran en sus escritos una tierra llena de colorido, con ingeniosos carteles propagandísticos en establecimientos de comercio y una inmensa riqueza de decorados, tanto en exteriores como en interiores de los inmuebles que van, desde los más simples, hechos por aficionados, hasta otros muy bien elaborados gracias a manos profesionales conocedoras del oficio.

Otros artículos incluyen no solo historia, sino que amplían el tema y aportan con sus experiencias, conocimientos sobre el trabajo de restauración e investigación, métodos, técnicas, análisis, etc (foto1). Podemos citar el trabajo de maestros reconocidos como Ángel Bello Romero, Elisa Serrano, Alberto A. Tagle, entre otros, sin dejar de

¹ Jorge Rigol. *Apuntes sobre la pintura y el grabado en Cuba desde sus orígenes a 1927*, pág. 45.



foto 1. Profesora Elisa Serrano durante el proceso de consolidación en uno de los medallones de la fachada de San Ignacio no. 364, La Habana Vieja

mencionar al pintor y escultor Mateo Torriente, primero en dedicarse a la investigación y reproducción de las pinturas murales, quien nos legó sus fabulosas reproducciones en acuarelas.

Ellos comenzaron el trabajo de rescate e investigación de las pinturas murales, abriendo las puertas a este adormecido capítulo en nuestra historia y algunos aún continúan fieles a su profesión, aportando su valiosa experiencia a aquellos que por igual nos apasionamos por la salvaguarda de este vasto patrimonio mural que nos pertenece.

Actualmente, en la rehabilitación de los inmuebles han sido expuestas innumerables pinturas murales, producto de la labor de restauradores provenientes de la Escuela Taller de La Habana Gaspar Melchor de Jovellanos (foto2), la Empresa Nacional de Monumentos, el CENCREM y el Gabinete de Arqueología. La sección de Pintura Mural que radica en el gabinete arqueológico realiza un minucioso estudio, ampliando y actualizando los primeros trabajos sobre la investigación de los inmuebles con presencia de decoraciones murales, priorizando los de intramuros. Este trabajo conlleva un detallado registro fotográfico de todos los motivos pictóricos develados en los viejos paramentos. Las fotos recopiladas facilitan la labor de comparación y selección de los disímiles diseños (cintas, guirnaldas, flores, figuras humanas, animales etc.) que serán objeto de trabajos y próximas publicaciones (foto 3).



foto 2. Estudiante de la Escuela Taller de la Habana realizando limpieza mecánica en las pinturas murales de la casa de San Ignacio no. 358, La Habana Vieja

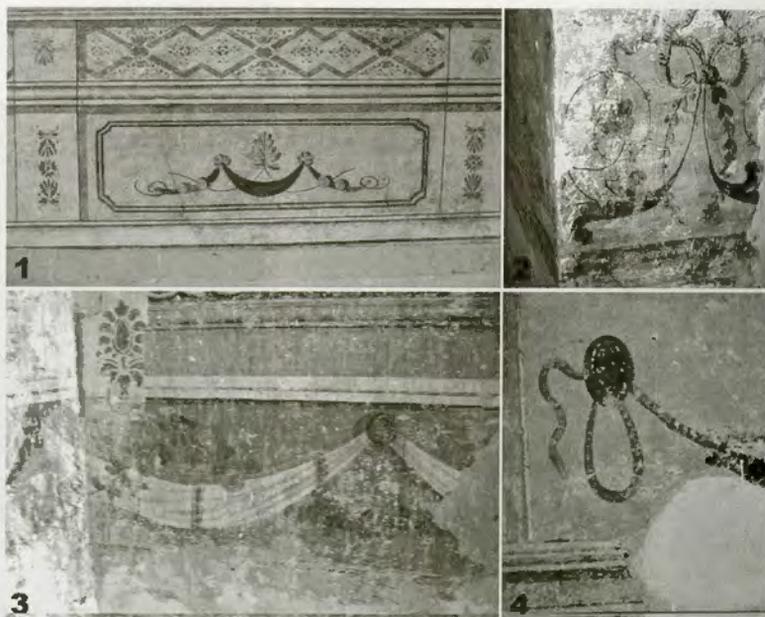


foto 3. 1- Pintura mural perteneciente al colegio San Salvador, en Teniente rey no. 257. La decoración muestra la combinación del uso de plantillas y como motivo central en un recuadro aparece una hoja de acanto adornada por una cinta de color negro que pende de dos botones. 2- Detalle de una decoración mural proveniente de la casa sito en Mercaderes no. 119. Este lazo ondeante de color azul ribeteado en negro es empleado en esta pintura como adorno y enlace de arabescos. 3- Detalle de una pintura mural expuesta en la casa de Empedrado no. 151 donde se cruzan sobre un fondo verde una guirnalda de flores y una cinta plegada recogida por botones esféricos. 4-Fragmento de una decoración sito Obrapia no. 109-111. Muestra una delgada cinta de color azul anudada en un botón con forma ovalada

Precedentes

El nivel o modo de vida ha sido un aspecto influyente en las relaciones sociales del hombre durante las distintas etapas de la historia. Las normas, tradiciones, creencias, conocimientos, la estética y el buen gusto han imperado y evaluado al hombre en su aceptación en la sociedad. Es conocida la importancia que se daba a la ornamentación y al gusto por lo estético, donde se calculaba el nivel económico según la especulación y ostentación que se mostraba, aunque el gusto imperante en cada época no era solo privilegio de los poderosos, también la clase media o los de bajos ingresos lograban disfrutar en menor cuantía las formas y estilos del momento.

La apreciación visual de nuestros decorados murales nos permite reflexionar sobre las costumbres y gustos imperantes de quienes nos antecedieron. Si observamos detalladamente cada pintura mural, lograremos apreciar los variados motivos con sus similitudes y diferencias, así como

lo más recurrente en la ornamentación de la época, empleados además en la decoración de madera, metales, textiles, cerámicas, joyas y elementos arquitectónicos.

Como ya ha sido reflejado en muchos trabajos realizados, Cuba constituyó un vínculo entre el mundo europeo y el resto de América, por lo que la mayoría de las pinturas murales más viejas están influenciadas por las creaciones griegas y romanas (foto 4) que artistas europeos, principalmente italianos, plasmaron en sus ejecuciones a su paso por la Isla, debido en parte, al descubrimiento de las ruinas de las ciudades de Herculano (1719) y Pompeya (1748), pero también la cultura hispano musulmana jugó un papel fundamental; al ser Cuba colonia de España heredó parte de su cultura, aportándonos la influencia mudéjar que conserva la Isla (foto 5).

Tras la conquista de la Península Ibérica por el islam a partir del año 711, el arte islámico dejó profundas raíces en la tradición hispana a través del mu-

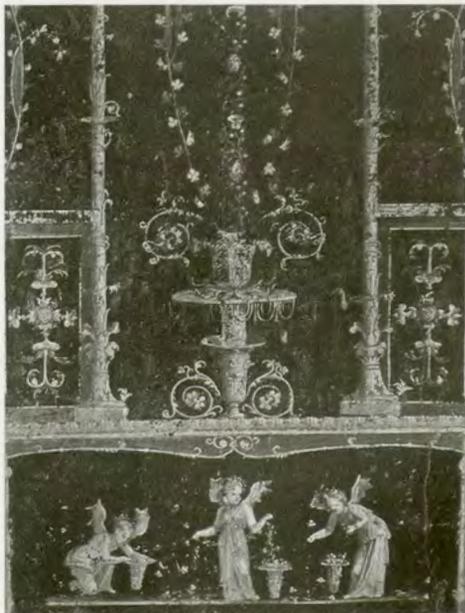


foto 4. (Imagen tomada de la enciclopedia de Historia del Arte, volumen 2). Fragmento del fresco del llamado cuarto estilo que decora el triclinium (comedor) de la casa de los Vetii, en Pompeya, realizado hacia 65 - 70. Sobre un fondo negro, destacan fantásticos motivos florales y arquitectónicos simétricos y tres amorcillos del friso inferior, que recogen flores para adomar jarros



foto 5. Pintura mural realizada a plantilla en una de las habitaciones de la casa de Empedrado no. 151, La Habana Vieja. Fragmento de arabescos donde se observa el empleo de dos tonalidades y la forma que adquiere la hoja de acanto al ser representada con esta técnica

dejarismo, que se fusionó con el arte clásico de la antigüedad, retomada por las manifestaciones artísticas que en esa época influían sobre Europa:

*Y fue el pueblo hispano de lengua árabe el que, porque permaneció aquí un milenio, dejó más profundas huellas artísticas; de ahí la necesidad de reconocer que el estilo hispano-musulmán es español. Y que gracias a este arte que logra fundirse muchas veces con los estilos románico y gótico, estos adquirieron un peculiar sello hispano.*²

El arabesco

A través de la historia el tema naturalista ha tenido un papel significativo en todas las manifestaciones artísticas, cada estilo y época utilizó la decoración vegetal en sus representaciones, en ocasiones con alguna significación

simbólica, y en otras solo por el simple hecho de la belleza que posee, la suavidad de sus contornos y su forma.

Estas creaciones conservaban lo más posible la forma y el color, pero con frecuencia se estilizaban y el dibujo se complementaba con tracerías, cintas y roleos. A este particular dibujo se le denominó arabesco, definición procedente del árabe y que la cultura islámica utilizó convirtiéndolo en un sello muy particular de sus representaciones artísticas y que tomamos como ejemplo debido a su empleo en la decoración de nuestros inmuebles arquitectónicos (foto 6).

Este diseño se emplea comúnmente en techos, frisos, zócalos y cenefas de escaleras principales (foto 7), habitaciones y salones, aportándole buen gusto y elegancia. Se caracteriza por la representación de dibujos de apariencia naturalista con curvas sinuosas y roleos, en un principio, de líneas delgadas continuas, acompañadas por llamativos motivos florales (foto 8) y posteriormente, a causa de la industrialización, se presentan realizados a plantilla, utilizando uno o dos colores (foto 9). Todas estas decoraciones representaban variedades de flores y hojas, aunque la hoja del acanto fue la más empleada por la belleza de su contorno. En muchas ocasiones encontramos zarcillos de acanto acompañados por otros motivos vegetales, pero en realidad el acanto no echa zarcillos, por lo que estos forman parte de una iniciativa libre (foto 10).

Los arabescos y la variedad de sus diseños no se limitan solamente a la pintura y a la arquitectura, su uso se extiende también a la cerámica, los textiles, la madera, la herrería, el vidrio y la orfebrería (foto 11).

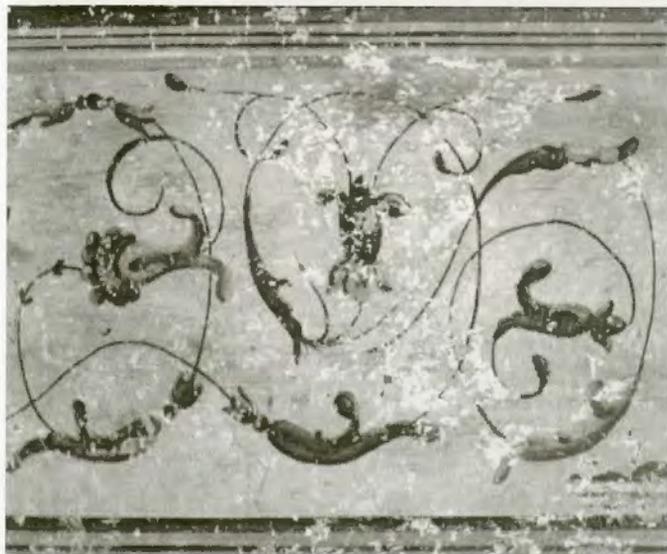


foto 6. Arabesco elaborado de manera delicada y elegante con cáliz y hojas de acanto estilizadas. Tacón no. 4, entresuelo



foto 7. Obrapia no. 158 esquina a mercaderes, La Habana Vieja. Pintura mural que decora la escalera principal. Arabesco formado por líneas de color rojo y hojas de acanto combinadas con otros motivos florales

² Basilio Pavón Maldonado. *El arte Hispano-Musulmán en su decoración floral*, pág. 14.

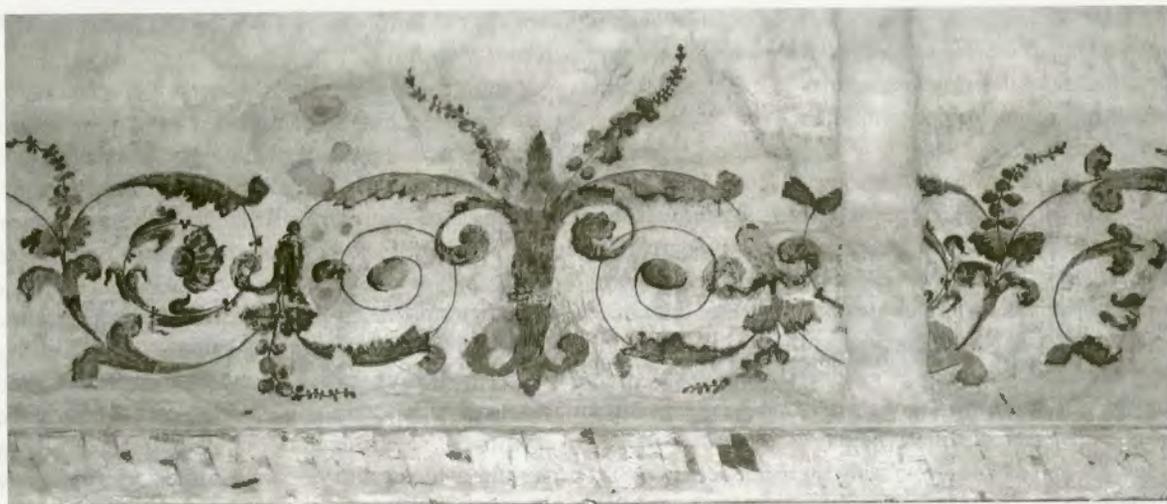


foto 8. Decoración mural sobre vano de puerta en uno de los locales del primer nivel de la casa Prat Puig en Teniente Rey no. 159 esquina a Aguiar, La Habana Vieja. Los arabescos representados con roles de color rojo exhiben en sus terminaciones motivos florales, las hojas de acanto se muestran con varias tonalidades, mientras que el resto de los diseños vegetales conservan los colores de la naturaleza



foto 9. Detalle de una pintura mural en la casa de Jústiz no. 21. Arabescos realizados a plantilla formados por motivos florales de color azul sobre un fondo blanco

foto 10. Detalle de arabesco que representa hojas y zarcillos de acanto, perteneciente a una de las habitaciones del Gabinete de Conservación y Restauración de la Oficina del Historiador, sito en Oficio no. 15-19



foto 11. 1- Museo de la Orfebrería, calle obispo no. 113-115. Planchuela, Bronce y Plata, La Habana. 2da mitad del siglo XIX. Marca trazada a mano «El Espejo», platería sita en Muralla 91, después Amargura 40, propiedad del cubano Juan bautista Prentice. Bordean la pieza arabescos de hojas de acanto con otros motivos florales. 2-Representación de arabescos con hojas y zarcillos de acanto en una fachada sito en la calle Monte esquina a Cárdenas

Analogías

En la investigación que se ha venido realizando de los inmuebles habaneros, hemos encontrado semejanzas en las pinturas murales. Estas similitudes decorativas pueden haber sido el seguimiento de un patrón y la repetición de determinados diseños de algún artesano en particular o ejecutadas por gremios conformados por maestros extranjeros o criollos, ayudantes, aprendices y oficiales que se formaron en la Isla producto del crecimiento económico-cultural y del incremento de las construcciones civiles.

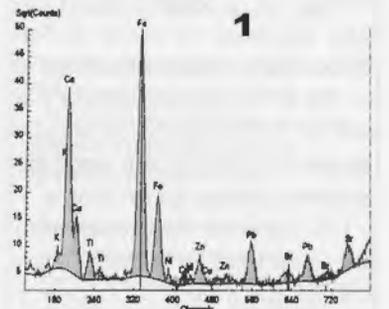
El oficio del pintor decorador era considerado un trabajo manual de poca relevancia, y en las tasaciones de las investigaciones históricas realizadas no suelen aparecer testimonios sobre la autoría, momento de ejecución, ni compra de materiales destinados a este trabajo; por esa razón la datación aproximada de una pintura mural se basa, en parte, en los datos que nos aportan estas investigaciones sobre la fecha de construcción de un inmueble y las transformaciones a las que ha estado expuesto.

Como ejemplo de lo antes mencionado, podemos observar gran semejanza en las técnicas pictóricas y de ejecución empleadas en dos pinturas murales, ubicadas en un contexto relativamente cercano. Se ubican en las casas de Arango y Parreño sito en la calle Amargura no. 65 y Prat Puig sito en la calle Teniente Rey no. 159. La indagación de las dos fuentes de investigación histórica nos revela que están relacionadas cronológica y estéticamente por el neoclásico, que influyó en nuestra cultura a comienzos del siglo XIX.

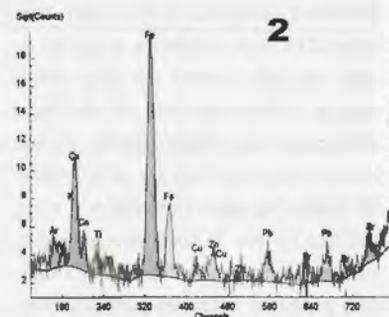
En el caso de la casa de Arango y Parreño, los datos refieren que en 1777 el inmueble aún no contaba con una segunda planta, la cual ya aparece añadida para el año 1796, nivel en el que se ubica la pintura mural. En la casa Prat Puig, según la investigación histórica, se describen transformaciones acontecidas en 1824 que tuvieron lugar en varias partes del inmueble donde, en una de ellas, se ubica la decoración mural. Son períodos relativamente cercanos, en los que bien pudieron ser ejecutadas por un mismo pintor o gremio.

La técnica pictórica utilizada en las obras aparenta ser el fresco, posiblemente con terminación al seco a la cal. Esto podemos apreciarlo en el grado de conservación del color, a pesar de las inclemencias del tiempo. Podemos observar también, en ambas pinturas, huellas de pinceladas, tal como ocurre en este tipo de técnica, aunque no presentan a simple vista marcas de *giornate* o *pontate*.

El análisis químico que se les realizó a ambos inmuebles, con el objetivo de la identificación de pigmentos inorgánicos, mediante el método de ensayo de Fluorescencia de Rayos X por Reflexión Total, arrojó la presencia de cal en todas las muestras de pigmento estudiadas (foto12).



Ca, Sr, Cal
Ti, Fe, Ni, Cu, Zn, Pb Tierra verde



Ca, Sr, Cal
Ti, Fe, Cu, Zn, Pb Tierra verde

foto 12. Análisis por Fluorescencias de rayos X por Reflexión Total (pigmento verde)
1- Amargura no. 65; 2- Teniente Rey no. 159

Si observamos detalladamente las dos obras, podemos apreciar como el azul del cielo va degradándose hasta quedar en su parte inferior una tonalidad casi blanca, que bien pudiera ser el enlucido; así mismo, el color entre una mezcla de verdes y sienas, y la forma de ejecución de los trazos de la vegetación son muy similares, como también el color negro en las aves representadas de forma muy sencilla. Otros ejemplos son las cercas de madera con tonalidades muy parecidas y las enredaderas que cierran al paisaje en su parte superior (fotos 13 y 14).

De igual modo podemos encontrar similitudes en cenefas que conforman la decoración característica de la pintura mural cubana. Las casas del conde de San Esteban de Cañongo situada en el no. 358 de la calle San Ignacio y la casa de la Orfebrería en la calle Obispo no. 113-115 son otros exponentes, aunque no los únicos.

Los derrames de puertas brindan llamativas imitaciones marmóreas de motivos lineales y florales con ejes divisorios. Ambas casas presentan en común un diseño peculiar, se trata de dos delfines estilizados de colas terminadas con motivos vegetales, que pasan dentro de dos aros, ambos delfines encima de una base adornada con collares llevan en sus bocas unas ramitas de dos frutos. El delfín ha sido venerado y muy utilizado en la ornamentación, observándose en monedas clásicas, pinturas murales pompeyanas, arquitectura, muebles, título de nobleza; es común verlo adornando fuentes y fontanas. Al parecer pudo haber sido un diseño particular de algún pintor o gremio,

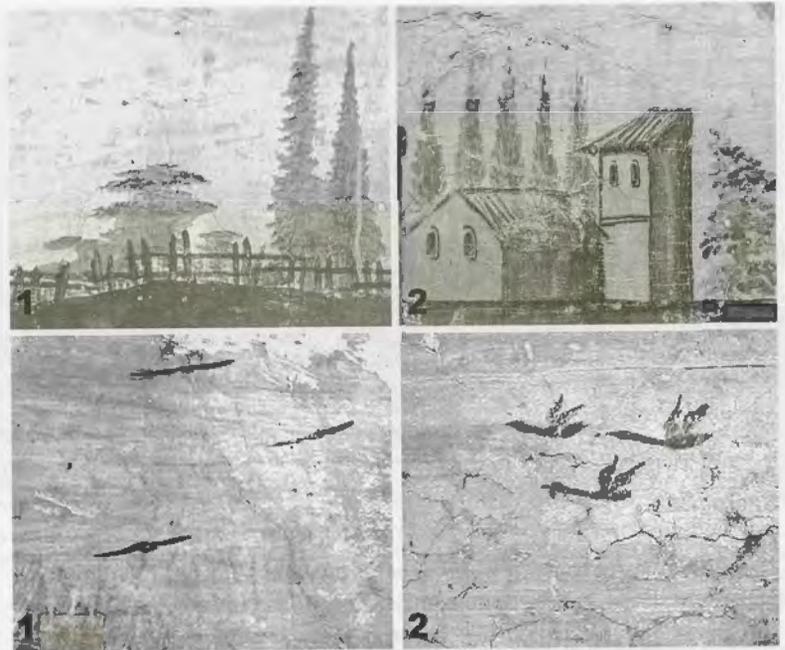


foto 13. Detalles: 1- Amargura no. 65; 2- Teniente Rey no. 159

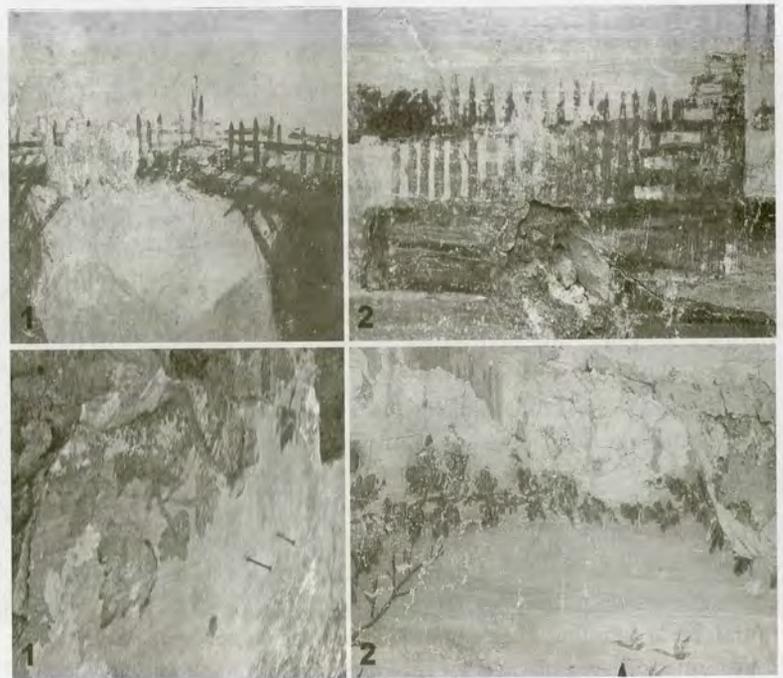


foto 14. Detalles: 1- Amargura no. 65; 2- Teniente Rey no. 159

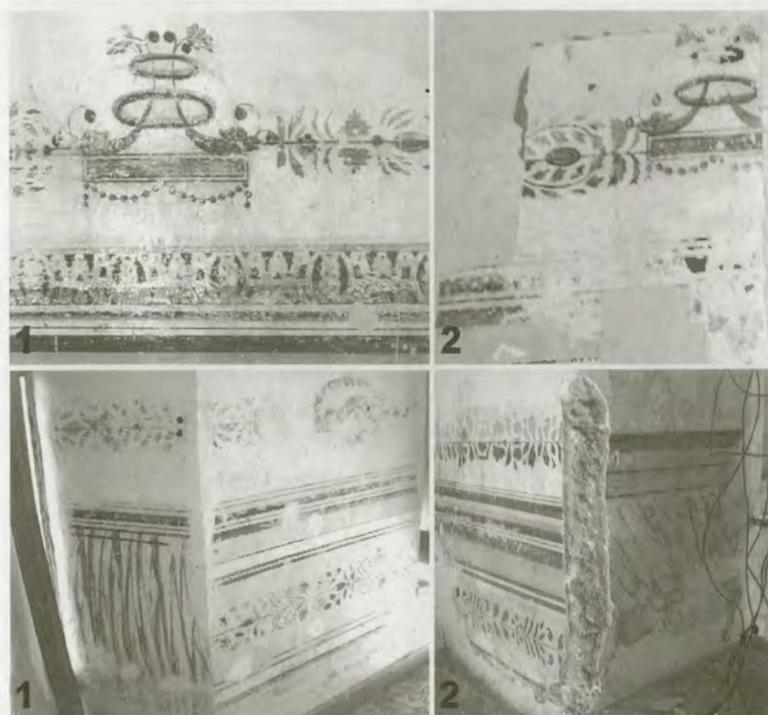


foto 15. Detalles: 1- Obispo no. 113-115; 2- San Ignacio no. 358

no podemos asegurarlo debido a que una de las pinturas que podría ser investigada (San Esteban de Cañongo) no existe actualmente, pero las imágenes muestran en sí la gran semejanza de ambos motivos (foto 15).

Las riquezas decorativas que artistas de todas las épocas han dejado plasmadas en cada representación, y que a pesar del inevitable transcurso del tiempo, siguen enriqueciendo casas, plazas, calles, salones, lugares recónditos y olvidados, han sido rescatadas, en el mayor de los casos, por conservadores y restauradores, y en ocasiones mantenidas al resguardo de propietarios que las conservan por generaciones o aquellas que por sus propias características han resistido la inclemente acción del tiempo y del hombre.

Agradecimientos

A los trabajadores del Museo de la Orfebrería de la Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana.

BIBLIOGRAFÍA

Historia del Arte (1997): *Antigüedad Clásica*, Volumen 2, Océano, Grupo Editorial España Océano-Instituto Gallach.

Méndez, J. (2005): *Estudio y Propuesta de Intervención de una Pintura Mural*, Tesis de Grado, Instituto Superior de Arte, Centro Nacional de Conservación Restauración y Museología, La Habana.

Meyer, F.S. (1948): *Manual de Ornamentación*, Ed. Gustavo Gili. S.A., Barcelona.

Pavón Maldonado, B. (1981): *El arte Hispano-Musulmán en su decoración floral*, Instituto Hispano - Árabe de Cultura, Ministerio de Cultura, España.

Rigol, J. (1982): *Apuntes sobre la pintura y el grabado en Cuba (de los orígenes a 1927)*, Editorial Letras Cubanas, Cuba.

Seminario Taller Regional (1986): *Restauración de la Pintura Mural*. Auspiciado por el ICCROM y el proyecto regional del patrimonio cultural y desarrollo, La Habana, Cuba.

Serrano, E. (2005): «Apuntes y reflexiones sobre la pintura mural colonial en la villa de San Cristóbal de la Habana», en *Boletín del Gabinete de Arqueología*, No. 4: 173-180, Ediciones Boloña, Publicaciones de la Oficina del Historiador, Ciudad de la Habana.

Rodolfo Payarés: ensayo biográfico para la arqueología de Cuba

Por: Iosvany Hernández Mora y Roger Arrazcaeta Delgado

Resumen

Este artículo es una aproximación biográfica a la vida y desempeño profesional de Rodolfo Payarés, uno de los pioneros de la investigación arqueológica en contextos de la época colonial en Cuba. Se abordan los factores que caracterizaron su práctica arqueológica y su producción bibliográfica, de la que incluimos una cronología, y la relación de las actividades disciplinares en las que participó.

Abstract

This paper is an approximation to the biography and professional performance of Rodolfo Payarés, one of the pioneers of archaeological research in colonial contexts in Cuba. Some of the factors which determined his archaeological practice and the books he wrote are dealt with. A chronology of the bibliography written by this author and a list of his actions within different disciplines are also included.

...son los individuos los que hacen la ciencia, pero, sin embargo, existen fuerzas exteriores que influyen en el científico y guían una buena parte de su obra. La biografía es la lente literaria a través de la que podemos contemplar este proceso.

Thomas Hankins 1979

Poco después de que fuera creado el Departamento de Antropología por la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba en 1961,¹ comenzaron las actividades científicas en lo que se conocía entonces en el país como Arqueología Colonial, hoy Arqueología Histórica.

Los tres primeros años de existencia del Departamento fueron intensos para sus fundadores, entre los que se encontraba Rodolfo Felipe Payarés Suárez, quien había ingresado oficialmente el 1ro de abril de 1962 como auxiliar de investigación.² La estrategia de trabajo de aquel exiguo grupo, conformado inicialmente por dos investigadores, cinco auxiliares de investigación y cuatro empleados, se dirigió a la superación científica —a niveles de especialización—, a la prospección y a la excavación de yacimientos arqueológicos en todo el territorio nacional, con el propósito de acumular el conocimiento suficiente que permitiera desarrollar la Antropología y la Arqueología en Cuba (Tabío 1968: 15-16).

Al finalizar el año 1963 Payarés había participado en más de nueve misiones y prácticas de investigación en arqueología aborigen e histórica, donde por primera vez, en algunas de ellas se aplicaron excavaciones con rigor científico, por niveles arbitrarios. En la memoria anual de la CNACC de 1963, se expresa que estas se realizaron en los montículos de El Carnero, Las Obas y Jutío, zona entre los ríos Cauto y Buey, y en el sitio El Porvenir en el oriente del país.

¹El departamento fue creado a fines de este año en el Museo Cubano de Ciencias Naturales y posteriormente, cuando se incorporó a la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias (CNACC en adelante), fue integrado como un departamento del Instituto de Biología hasta finales de 1963, que se decidió su separación del mismo. Este operó como departamento de dicha comisión hasta que en julio de 1964 quedó inaugurado oficialmente por la Resolución No. 96 (interior) con dos grandes campos de estudio, el de la Antropología Física y la Arqueología (Col. Aut, 1964: 65-66 y Guás Liansó 1968: 14).

²En marzo de 1962 fue desmovilizado del Ejército del Centro a petición de la CNACC para incorporarse al personal del Departamento. Museo provincial Ignacio Agramonte (MPIAC en adelante), Fondo Documental Rodolfo Payarés, Documentos Personales, petición de desmovilización.

Más allá de esta estrategia, la dinámica investigativa en gran parte fue posible, en estos años iniciales, por la incorporación al Departamento de personal con fundamentadas nociones de Arqueología. Una de aquellas adquisiciones fue sin dudas Rodolfo Payarés, quien a partir de 1956 había realizado sistemáticamente exploraciones e investigaciones arqueológicas y espeleológicas en su natal Camagüey.

Sus preocupaciones arqueológicas comenzaron a tomar cuerpo con la creación del grupo de aficionados a las ciencias Yrabey, del cual fue fundador junto a Rolando Escardó y José Manuel Guarch Delmonte, entre otros (Terrero 2002: 8). Sin embargo, su inclinación hacia la disciplina, a partir de lo que algunos consideran una extraña motivación humana, brotó mucho antes, al menos de manera tentativa.

En 1942, mientras trabajaba dando pico y pala en las obras de construcción de una base aérea, en el lugar donde hoy se encuentra el Aeropuerto Internacional Ignacio Agramonte de la ciudad de Camagüey, encontró cartuchos de armas de fuego, partes metálicas de fundas de sables y machetes, todos presumibles restos de operaciones militares de las guerras de independencia de 1868 y 1895, lo cual marcó para siempre su vocación hacia el estudio del pasado, y lo convirtió en un enamorado de la arqueología y la historia de las armas (Renaldo Payarés Suárez, com. pers., 2004). En este trabajo duró poco tiempo, ya en 1943 dadas sus posibilidades y habilidades³ había comenzado a laborar en los Ferrocarriles Consolidados de Cuba en su ciudad natal, primero como peón de vías en el Departamento de Vías y Obras, y posteriormente como mecánico tornero en la sección 1 de los Talleres de Garrido. De manera autodidacta en esos años estudió⁴ cuanto texto especializado sobre arqueología y espeleología le fue posible, adquiriendo una representación clara de los métodos y la finalidad de la Arqueología, y su lugar en el esquema general de las ciencias.

En 1957, un año después que fuera destruida por la dictadura de Batista la Sociedad Espeleológica en La Habana, Payarés fue admitido como miembro de la Sociedad Científica de Espeleología con sede en la Universidad Central de Santa Clara, Las Villas, a razón de que el mencionado grupo Yrabey era representante de esta institución en Camagüey. Hasta ese mismo año conformaba su curriculum científico de actividades arqueológicas y espeleológicas, la localización y exploración de Cueva Grande o de Los Negros Cimarrones, llamada ulteriormente Cueva de Pichardo, en la Sierra de Cubitas, y el descubrimiento de la Gran Caverna de Cubitas, donde se encontraron valiosos depósitos con restos óseos de nueve *Megalocnus rodens* y varias pictografías. En esa época este hallazgo paleontológico fue calificado por Pérez de Acevedo como *...excepcional triunfo científico para estos esforzados espeleólogos camagüeyanos*.⁵ Asimismo, para la fecha, junto con el arqueólogo José Manuel



En la Gran Caverna de Cubitas a principios de 1957. Archivo del Autor. Foto donada por Renaldo Payarés

3 En 1937 comenzó a trabajar como aprendiz en distintos talleres particulares de mecánica, como en el de su tío Fernando Payarés Pareta donde estuvo hasta 1939, por lo que se puede suponer que para la fecha había desarrollado un significativo conocimiento sobre esta profesión (Payarés Suárez Renaldo 2000: s/p).

4 Sus primeros estudios los realizó en la escuela pública número 9 Joaquín de Agüero, sita en la Avenida de los Mártires del reparto La Vigía, donde terminó la educación primaria (8vo grado) en 1936 a los 14 años de edad, incorporándose inmediatamente a trabajar para ayudar al padre en el sustento de la familia (Payarés Suárez Renaldo 2000: s/p).

5 La noticia de estos hallazgos se puede encontrar en el periódico El País del 23 de abril de 1958, no. 3, con el título «Arqueología Cubana, hallan en Camagüey restos fósiles de 9 enormes *Megalocnus rodens*», p. 4.

Guarch efectuó excavaciones en el sitio El Caney del Castillo, Santa Cruz del Sur, cuyos resultados fueron publicados en uno de los primeros monográficos de la Academia de Ciencias de Cuba⁶ en 1964.

Su origen social humilde, de ascendencia trabajadora, tanto por línea materna como paterna,⁷ lo ubicó en los estremecidos años de la década del cincuenta en una generación de jóvenes procedentes del proletariado, que como vínculo común con las clases medias, compartían con fuerza parecida la incidencia del desempleo, la inseguridad social, la penetración imperialista, la traición a los intereses nacionales por los partidos burgueses y las ausencias de libertades y derechos ciudadanos (Ibarra 1995: 197). En estos años las atrocidades cometidas contra los trabajadores en Camagüey sirvió para esclarecer, aún más, las tendencias políticas de estos jóvenes y los procesos éticos de compromiso social (Fontes y Pérez 2003: 66), consiguiendo agudizar las contradicciones habidas en el seno de la sociedad, y por tanto los enfrentamientos a esta situación de crisis.

En acciones clandestinas contra el régimen imperante participó Payarés, de manera que a mediados de 1957, producto de sus actividades revolucionarias conspirativas, fue preso junto al ciudadano Dionisio Eladio Luaces y llevado al cuartel Agramonte del regimiento no. 2 del servicio de inteligencia militar regimental,⁸ y luego a la cárcel de Camagüey. En un proceso instruido por el delito de estragos, causa no. 273, fue acusado por la fabricación de una serie de bombas que habían estallado en la ciudad,⁹ entre las que se contaban las que explotaron en los servicios sanitarios del hotel New York, en la esquina de las calles Avellaneda y Francisquito en la ciudad agramontina.

Después de ser absuelto en el juicio oral por el Tribunal de Urgencias de Camagüey, a instancias de los informes policiales que no ofrecieron evidencias incriminatorias,¹⁰ Payarés participa en la huelga del 9 de abril de 1958 a nombre del Movimiento 26 de Julio, organizando a sus compañeros de trabajo de la sección 3 de los talleres ferroviarios. Durante este año fue objeto de continuas persecuciones por parte del SIMR. Por toda su actividad revolucionaria y a causa del peligro de ser arrestado en la clandestinidad, hubo de alzarse en armas¹¹ a las órdenes del

entonces teniente rebelde Alfredo Rodríguez Velásquez, conocido por Fellín, en la columna no.11 Cándido González, la cual dominaba la zona de la finca El Dagamal, en la Sierra de Najasa, donde operaba al mando del comandante Víctor Mora (Payarés Suárez 2000: s/p).

Con el triunfo de la revolución en 1959, se reintegró a su trabajo en los talleres ferroviarios e ingresó en las Milicias Nacionales Revolucionarias,¹² graduándose en el primer curso de Capacitación Cívica del Ministerio de las Fuerzas



Fichado por el Servicio de Inteligencia Militar Regimental de Camagüey a mediados de 1957. Archivo del autor. Foto donada por Renaldo Payarés

6 ACC en adelante.

7 Hijo mayor del matrimonio de Miguel Ángel Payarés Paretá, trabajador de los Ferrocarriles Consolidados de Cuba y natural de Camagüey, y de María Cristina Suárez Contino, natural del poblado Minas, de ocupación ama de casa. Sus abuelos paternos fueron José Payarés Navarro, natural de Valencia, España -como otros, vino a Cuba en busca de una mejor vida- y Escolástica Paretá Estrada, natural de Camagüey. Los maternos Manuel Suárez Sánchez, natural de La Coruña, Galicia, España -inmigrante también por razones económicas- y María Contino Rivero, natural de Camagüey. Sus hermanos menores fueron tres: José Raúl, Renaldo Aniceto y Doris Rina del Amparo (Renaldo Payarés com. pers., 2004).

8 SIMR en adelante.

9 En el registro que hizo la Policía Nacional al domicilio de Rodolfo Payarés le ocuparon en el patio una pieza de hierro de las conocidas como mordaza, un tubo de un pie de largo y dos pulgadas de ancho, y otro de media pulgada de ancho por siete de largo, ambos tapados en sus extremos, así como una mecha de doce pulgadas de largo y doce tornillos de distintos tamaños. Ver periódico *El Camagüeyano*, viernes 31 de mayo de 1957, p. 3.

10 En el juicio, celebrado el día 5 de agosto de 1957, no se aceptaron como evidencias incriminatorias los objetos hallados por la Policía Nacional en el patio de su casa, pues Payarés alegó eran efectos de su trabajo como mecánico en los talleres MPIAC, Fondo Documental Rodolfo Payarés, Documentos Personales, Información posterior del Memorandum PA-102. Departamento Legal-Camagüey, 8 de agosto de 1957.

11 El 15 de diciembre de 1958 miembros del SIMR se personaron en los talleres ferroviarios con la intención de detener a Payarés junto al mecánico Orlando Domínguez Almanza, pero no les fue posible puesto que el primero había abandonado el servicio sobre las ocho y treinta de la mañana. MPIAC. Fondo Documental Rodolfo Payarés, Documentos Personales, Carta de R. Grimany, Superintendente de Tracción y Talleres al señor jefe de Departamento de Personal.

12 MNR en adelante.

Armadas Revolucionarias.¹³ Esta preparación y su experiencia permitió que se destacara como orientador político, dando charlas semanales al personal del sindicato ferroviario La Unión de Talleres. Cuando fueron formados los primeros batallones de milicias, Payarés ejerció como jefe de la 3ra. compañía del 2do batallón de combate Juan Abrahantes y fue enviado a la Sierra Maestra para subir tres veces el Pico Turquino como requisito previo para ingresar en la Escuela Nacional de Responsables de Milicias¹⁴ de Matanzas.

Rodolfo Payarés combatió en Girón como segundo al mando del 1er. pelotón de la 5ta. compañía de la unidad ENRM en el ataque y reconquista de Playa Larga y otras operaciones, graduándose posteriormente de 2do. teniente de MNR; a su regreso a Camagüey fue jefe de la 414 compañía del 413 batallón de la 42 división, en operaciones en la Sierra de Cubitas y como instructor de la 5ta. compañía del batallón 430 de la Escuela de Infantería René Ramos Latour en el acueducto de Camagüey y jefe de servicios de esta escuela (Payarés Suárez 2000: s/p).

Los ideales y sistema axiológico de Payarés, formados y desarrollados desde temprana edad por su ámbito social inmediato,¹⁵ le permitieron tomar partido a favor de las diferentes acciones para el logro y mantenimiento de la independencia nacional. Según memoria familiar,¹⁶ con su carácter jovial y perseverante, desde muy joven estuvo involucrado directamente en organizaciones que acusan su gradual coherencia entre pensamiento y acción, a partir de las actividades que realizó en el empeño por transformar la realidad en que vivió.

Desde los 16 años, guiado por su simpatía personal hacia la justa lucha que libraba el hermano pueblo español contra el fascismo, se asoció a la Hermandad de Jóvenes Cubanos, de la Asociación de Jóvenes del Pueblo y de la casa de la cultura de Camagüey entre 1937 y 1939.¹⁷ En años posteriores militó en la



En Camagüey con el júbilo del triunfo revolucionario en 1959. Archivo del autor. Foto donada por Rinaldo Payarés

¹³ FAR en adelante.

¹⁴ ENRM en adelante.

¹⁵ Según Rinaldo Payarés (2004), Rodolfo estuvo siempre muy apegado a su tío Ángel, hermano de la mamá, fallecido el 10 de agosto de 1955, quien era conocido por sus antecedentes revolucionarios y «opiniones comunistas» por las que había arrojado expulsiones, en más de una ocasión, de sus trabajos, como lo fue de la Planta Eléctrica después de la huelga del 10 de marzo de 1935.

¹⁶ Con la frase memoria familiar, admitiendo que la memoria es una reconstrucción continuamente actualizada del pasado (Candau, 2001: 9), nos referimos al acto de memoria de algunos miembros de la familia manifestada en narrativas significativas de varios espacios temporales (documentos, imágenes) de un proceso de reconocimiento a partir de las representaciones que fueron verbalizadas -biográficamente- y corroboradas.

¹⁷ Por esa época también estudió dos años de teneduría de libros e inglés en la Academia Nocturna de la Sociedad de la Colonia Española (Rinaldo Payarés, com. pers., 2004).

vanguardia de la Juventud Auténtica, que luego se nombró Sección Juvenil del Partido Revolucionario Cubano Auténtico y en 1940 se hizo miembro de la Joven Cuba, organizando y llevando a cabo acciones contra los desalojos campesinos y la geografía imperialista. En 1948 ya formaba parte del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) y en 1949 de la Acción Revolucionaria Guiteras. Desde 1952 hasta 1958 participó en la lucha contra la dictadura de Batista, militando en la Triple A, hasta incorporarse como miembro activo del Movimiento 26 de Julio que operaba en la provincia.

En los primeros años de la revolución (1961) fue designado responsable de la comisión provincial de Etnología y Folklore del Consejo Nacional de Cultura en Camagüey, para planificar y adelantar las labores de formación del futuro Instituto Nacional de Etnología y Folklore. Estas actividades, desarrolladas aún en comisión de servicios de las FAR, se materializaron en la recolección de todo tipo de material etnográfico, o al menos el que fuera pertinente para los objetivos trazados, sintetizados en el siguiente párrafo del informe que rindió en noviembre de 1961 al pleno del Primer Congreso de Cultura de la provincia:

Crear Museos Provinciales, Municipales, en centros de trabajo e industrias, en Granjas del Pueblo, cooperativas y escuelas, todo con el enfoque local de su ubicación, para ello se coleccionarán desde un antiguo instrumento de trabajo, objeto de uso doméstico, hasta las estructuras de un bohío o rancho de vara en tierra, en fin cada objeto con los datos de su procedencia y antiguo uso. Se localizarán las colecciones privadas y se agenciarán las donaciones para enriquecer dichos museos, que perpetuarán en definitiva la historia de la vida económica, social y cultural del pasado y del presente, pudiendo fácilmente apreciarse y establecerse la diferencia entre ambas etapas, rindiendo así positiva función social y educativa.¹⁸

En este informe consideró además su preocupación por la protección de los yacimientos arqueológicos de las destrucciones –intencionadas o no– que amenazaban el acervo cultural de la nación y la posibilidad

del ...mejor conocimiento de nuestro pasado nativo que será rescatado en su oportunidad mediante metodológicos trabajos de excavación.¹⁹ Payarés se refería específicamente a los caneyes del sur de Camagüey, en peligro de desaparecer por el avance agropecuario, y a las pictografías «pinturas indias» de la Cueva de Pichardo en el Pico Tuabaquey, Sierra de Cubitas; preocupaciones que le acompañaron desde entonces y que luego enriquecería en la década del setenta con la perspectiva de vislumbrar a las espeluncas como monumentos naturales, puesto que en ellas:

...la naturaleza ha conservado por siglos y milenios las bellezas cristalográficas de sus formaciones secundarias, las evidencias de la transformación de nuestro archipiélago durante el cuaternario, las rarezas de nuestra fauna cavícola, las huellas de las variaciones de nuestros antiguos niveles freáticos, algunos extensos y bellos lagos y ríos subterráneos, de una amplia gama de fósiles, así como la huella de nuestros aborígenes, materializadas en sus manifestaciones artísticas en formas de pictografías y petroglifos y en los restos de su cultura material o ajuar utilitario en el subsuelo.²⁰

Por tanto, debe considerarse que en el momento de su incorporación al Departamento de Antropología (1962), Payarés no solo poseía un largo historial como revolucionario con una consecuente radicalización de pensamiento si se considera su itinerario partidista, sino también una sólida vocación hacia la Arqueología y Espeleología, matizada por las concepciones pragmáticas de estas ciencias para la primera mitad del siglo xx; estas cuestiones nunca lo abandonaron y determinaron su posición acerca del sentido de su praxis como arqueólogo.

Como técnico de investigación, los primeros trabajos que dirigió en sitios urbanos de la época colonial consistieron en rescates arqueológicos y observaciones estratigráficas en el Castillo de la Real Fuerza (junio 1963) y en la Plaza de Armas (julio 1963), en La Habana Vieja; en esos estudios participaron también Eladio Elso, Higinio Meoque y Roberto Figueroa. Con ello se daba respuesta a la solicitud de asesoramiento y cooperación que había hecho el

¹⁸ Periódico *Adelante*, viernes 24 de noviembre de 1961, p. 2.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Rodolfo Payarés: Las cuevas como monumentos, Ponencia presentada al Symposium XXXV Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba. Enero 1975. MPIAC, Fondo Documental Rodolfo Payarés, manuscritos originales.

entonces Consejo Nacional de Cultura a la CNACC, para realizar las obras de restauración que incluían además al convento de San Francisco de Asís, también enclavado en el Centro Histórico de la capital (Col. Aut. 1964: 67-68). De manera que la necesidad de realizar investigaciones arqueológicas, como recurso pertinente en las labores de conservación y restauración de monumentos históricos, permitió ampliar el abanico de posibilidades investigativas del Departamento de Antropología, donde en mayo de 1964 se creó la Sección de Arqueología Colonial, cuyo responsable fue Rodolfo Payarés casi de forma ininterrumpida hasta 1971.²¹

Las posibilidades de admisión de esta tendencia (práctica) como resultado de una necesidad social legítima en el trabajo con yacimientos arqueológicos en zonas urbanas (patrimonio construido) tuvo matices que descubren un claro fundamento historicista boasiano en el que se movía la conceptualización arqueológica de la época, considerando la influencia que ejerció el particularismo histórico norteamericano en el desarrollo de la arqueología de Cuba a partir de las primeras décadas del siglo xx (Rangel Rivero 2003: 27).

Las ideas que fundamentaron tal postura, en aparente contrapunteo con las nociones que desde el materialismo dialéctico e histórico se abría paso con la creación del Departamento²², propiciaron el deslinde de la llamada arqueología del período colonial o arqueología colonial (no científica) de la otra arqueología (científica).

En 1968 Ernesto E. Tabío Palma, entonces director del Departamento de Antropología, enunció que como tarea fundamental hasta la fecha se había trabajado en echar las bases teóricas de las futuras investigaciones sobre el criterio de que la Arqueología es una disciplina investigativa de la historia, definiéndola como ciencia a la luz del materialismo dialéctico e histórico *...insistiendo en la importancia primaria que tienen las condiciones económicas, las fuerzas sociales de producción y las aplicaciones de la técnica*

como factores de las transformaciones en las primeras etapas de la sociedad (Tabío 1968: 15-16).

Sin embargo estos planteamientos ontológicos, fundamentales para la identificación de un posicionamiento teórico en Arqueología (Gandara 1993: 9-10) tenían en aquellos momentos una notable incoherencia con el ámbito epistemológico metodológico de los procesos investigativos, porque lo subyacente al ropaje materialista dialéctico e histórico son las concepciones positivistas de la ciencia en su aspecto clasificatorio, visible en las discontinuidades entre el modo retórico de criterios (lo que se dice) y las maneras de abordar las realidades para su estudio (lo que se práctica) en la disciplina con un fin previamente determinado por la manera de conceptualizar el objeto, en alguna medida determinante y que presupone el manejo implícito de principios teóricos. Estas situaciones de dualidad o eclecticismo son típicas de procesos transitorios o de adopción de teorías por grupos de especialistas (Kuhn 1996: 144), y aún para la arqueología se precisan en la mezcla –conciente o no– de componentes que pueden ser útiles al investigador como *...postulados, principios, supuestos y procedimientos de diversas fuentes...* con el propósito de realizar trabajos más eficaces (Gandara 1993: 11).

Payarés experimentó estas discordancias y compartió los mismos postulados que propiciaron la segregación de un tipo de arqueología que estudiaba sitios en los que: *...se puede conocer la historia escrita de los mismos y por ende el fechado no es necesario a no ser que haya en el sitio una superposición muy evidente. O sea que la mayoría de los sitios arqueológicos están enmarcados dentro de un tiempo histórico ya conocido y sólo se quiere ver que es lo que hay que sacar de allí.*²³ De la que se dedicaba *...a reconstruir metódicamente lo que el hombre realizó en una época en que no existía documento escrito alguno* (Tabío 1968: 16).

Este consenso tácito se basaba en una falsa disconformidad epistémica entre estas dos «arqueologías»,²⁴ a partir de la existencia o no de la

21 La citada Resolución No. 96 (interior) del 23 de julio de 1964 nombra a Payarés miembro del consejo de dirección, cargo desde el cual dirigió la Sección de Arqueología Colonial. MPIAC, Fondo Documental Rodolfo Payarés, Papelería.

22 El materialismo dialéctico e histórico fue una de las asignaturas impartidas en el curso básico de superación colectiva en el departamento en 1964, cuya profesora fue Estrella Rey. MPIAC, Fondo Documental Rodolfo Payarés, Proyecto de Curso Básico de Arqueología.

23 Archivo del autor. Rodolfo Payarés Suárez: «Notas de Clases sobre Arqueología Colonial», 1969. Documento donado por Renaldo Payarés.

24 No existen razones lógicas que delimiten lo que se conoce hoy como Arqueología Histórica (en América) Arqueología Post-Medieval (en Europa) y Prehistoria o Arqueología Aborigen (en Cuba). Es por ello que cuando se habla de Arqueología Urbana, Arqueología Industrial o de Plantaciones, se refiere a una misma disciplina científica, con los mismos métodos para abordar y conocer (explicar o interpretar) las realidades socio-culturales del pasado a través de los restos materiales, sean artefactuales o no, que crearon grupos humanos, en contextos deposicionales tanto horizontales como verticales.

escritura en las concebidas «etapas evolutivas de las sociedades» a la manera morganiana. Por lo que la conceptualización de la diferencia que lleva a la definición (identitaria) subdisciplinar, se fundaba en un aspecto escogido como distintivo del objeto en sí, de marcada tradición empirista y no a través, como debía de esperarse, del esclarecimiento de la relación que se establece entre el sujeto y el objeto característico de abordaje y de manera intersubjetiva para la construcción del conocimiento en la disciplina, más cercana y consecuente a los planteamientos del materialismo dialéctico e histórico (Kohan 2004: 34-35).

Las primeras atenciones arqueológicas explícitas al período colonial datan de finales de la década del treinta, cuando un grupo de medidas legales respondieron a la salvaguarda del patrimonio nacional como imperativo social del momento. Para entonces los trabajos se dirigieron fundamentalmente al estudio y rescate de inmuebles o ruinas significativas por su relación con la identidad cultural de la nación, caracterizándose lo monumental en la mayoría de los casos con un criterio de lo bello que estaba directamente relacionado a las posibilidades productivas del poder económico, político y eclesiástico en la Isla.²⁵

Estas representaciones de alguna manera formaron parte de las nociones que como inevitable herencia teórica, actuaron inconcientemente en el discernimiento del objeto de investigación para la arqueología colonial en la década del sesenta. Así se planteó la investigación de ruinas de haciendas cafetaleras, ingenios azucareros, fortalezas, casas señoriales y palacetes como monumentos histórico-arqueológicos del país, con el fin marcado de realizar el estudio del pasado y el rescate de algunos objetos muebles productos de las excavaciones, valorados como aportes museológicos.

En el último párrafo del informe que escribió en 1967 sobre los trabajos realizados en el majestuoso

palacete no. 13409 de la avenida 57 en Marianao, Ciudad de La Habana, inmueble conocido como Marianao Social, Payarés sintetiza el objetivo de la Sección de Arqueología Colonial que dirigía:

...impulsar el estudio de las épocas pasadas, desde el descubrimiento hasta la instauración de la república mediatizada a partir de los restos de la vida material. La observación de estos materiales en un proceso acumulativo nos permitirá el mejor conocimiento del desarrollo socio-económico de nuestra patria en diferentes épocas y de las diferentes clases sociales, a la vez que se rescatan una serie de materiales arqueo-históricos que permitirán el enriquecimiento de nuestro acervo cultural para disfrute de las generaciones futuras.²⁶

Durante su continua formación como arqueólogo, en la que se incluyen los cursos básico (1964), medio (1967) y superior (1970) del Departamento de Antropología, Payarés heredó una manera de hacer arqueología que advierte un manejo, fundamentado esencialmente en el enfoque Histórico-Cultural²⁷ como modelo explicativo (descriptivo) y praxiológico. Este esquema enmarcó su práctica investigativa a partir de la importancia que tenía la presentación de la historia (nacional) desde una perspectiva socio-clasista que estableciera con evidencias materiales, los antecedentes del avasallamiento neocolonialista que se había combatido y eliminado con el triunfo de la revolución, proceso en el cual él había participado activamente.²⁸ Por lo que se trataba –según comprendía Payarés para la arqueología del período colonial– de una historia conocida de relación desigual entre opresores y oprimidos, que había comenzado con la conquista y colonización de los grupos aborígenes en 1511, donde el rol de la ciencia arqueológica se podía puntualizar en esclarecer mediante el estudio artefactual las manifestaciones

25 No obstante hay que apuntar que en estos años formativos de la disciplina, el estudio del llamado «período de contacto y transculturación indio-hispánico» inauguró una línea de investigación que abordó el fenómeno colonial y sus perfiles como problemática sociológica compleja. Hoy se puede entender este tema como tradicional en la disciplina, al cual también Payarés aportó en una monografía de 1967 poco conocida y aún inédita, intitulada *El período de transculturación indio-hispánica en la Historia de Cuba*.

26 Es evidente la concepción inductiva para la construcción de conocimiento en la disciplina, manifestada explícitamente no solo en este escrito, sino también en otros como es el «Proyecto de Creación de la Sección de Arqueología del Departamento de Monumentos de la Dirección Nacional de Museos y Monumentos», en 1975. Pero este particular no lo trataremos aquí. MPIAC, Fondo Documental Rodolfo Payarés, Arqueología Colonial, Informe sobre los trabajos realizados en la antigua casa de Marianao Social.

27 El enfoque Histórico-Cultural forma parte de la más larga tradición investigativa en Arqueología, tanto en América como en el mundo (Orser 2000: 21).

28 Se admite que la ciencia es una forma de conciencia social, en la que el partidismo se refleja de forma extraordinaria (Plasencia 1975: 100 y 101).

de tales acontecimientos.²⁹ En sus notas para clases de arqueología colonial, en noviembre de 1969, puntualizaba al respecto:

El verdadero fin de la Arqueología Colonial debe ser en base al estudio de los restos de la vida material del hombre que vivió en esta época.

En estos momentos se toma en consideración este trabajo ya que refleja plenamente las circunstancias de la vida del hombre de esta época, tomando como base los restos de la vida material encontrados en las excavaciones realizadas en estos lugares.³⁰

Desde inicios de 1971, en que abandonó el Departamento de Antropología de la ACC, hasta que fue nombrado director del Museo Nacional de Armas en 1977, Payarés se desempeñó como vicedirector del Instituto de Arqueología, y delegado del presidente de la ACC en el Archivo Nacional a partir de abril de 1971. En 1972, durante los meses de octubre-noviembre, estuvo en la dirección de la Sección de Ciencias Sociales de la ACC, en 1974 fue nombrado jefe del Departamento de Monumentos, Dirección Nacional de Museos y Monumentos del Consejo Nacional de Cultura, donde creó en diciembre de 1976 una sección de arqueología por un proyecto que comprendía un plan de trabajo perspectivo para La Habana Vieja y otros *...sitios que se consideren importantes desde el punto de vista monumental e historiográfico...*³¹ como fueron las ruinas del ingenio La Alejandría, en Güines, provincia La Habana, las zonas más antiguas de Guanabacoa en Ciudad de La Habana (Loma del Indio y sitio de la primera iglesia) y Pueblo Viejo, en Nuevitas, Camagüey, entendiéndose este último emplazamiento de estudio como la confirmación arqueológica en el sitio de la fundación de Santa María de Puerto Príncipe en 1513, cuestión que manifiesta su sentido de pertenencia a la ciudad que lo vio nacer.



Levantando un perfil estratigráfico durante las excavaciones en la Casa de la Obrapia. Campañas, 1967- 1970. Foto cortesía de la Dra. Lourdes S. Domínguez

Este aspecto se refuerza si se conoce que de las investigaciones previstas en este ambicioso plan, a pesar de las limitaciones de transporte y de fuerza de trabajo,³² los estudios en Pueblo Viejo se realizaron en diciembre de 1976, mientras que los de Guanabacoa y del ingenio La Alejandría quedaron pendientes. En 1978 no se habían iniciado y no estaban previstos, mientras que el proceso de laboratorio (lavado y marcado) del material obtenido en las excavaciones de Pueblo Viejo estaba en plan,³³ aunque no se realizaron pues las labores en el Museo de Armas le absorbieron toda su atención.

A la dirección del museo le imprimió entusiasmo y dedicación, dada su afinidad por las armas. Esta institución albergaba una excelente colección de armas históricas, un arsenal de cuatrocientas piezas de todo tipo y diversas épocas, que se exhibía en once salas en la planta baja del Castillo de la Real

29 Un análisis más pormenorizado de esta problemática se puede encontrar en: losvany Hernández Mora. «Arqueología en Pueblo Viejo de Nuevitas: problemáticas actuales y perspectivas», CD resumen del evento Antropología 2006.

30 Idem. nota 23.

31 Archivo del autor. Rodolfo Payarés Suárez: «Proyecto de creación de la sección de arqueología: objetivos, necesidades inmediatas y plan de trabajo, septiembre de 1975. Documento donado por Renaldo Payarés.

32 A finales de 1975 en carta a Marta Arjona, entonces directora nacional de museos y monumento, Payarés solicitaba un plan para la intervención del convento de Santa Clara en La Habana Vieja, la incorporación de un auxiliar de excavación y el apoyo de Rafael Valdespino, lo que completaba un equipo de cuatro compañeros en la sección. Archivo del autor. Rodolfo Payarés Suárez: Carta del 17 de diciembre de 1975. Documento donado por Renaldo Payarés.

33 Archivo del autor Rodolfo Payarés Suárez: Plan de trabajo de 1978, sección de Arqueología. Documento donado por Renaldo Payarés.

Fuerza,³⁴ mientras dos millares aproximadamente permanecieron en almacén. Por la cercanía del mar y su fatal incidencia en la preservación de los exponentes, organizó un taller para la conservación y restauración de las piezas. Sin embargo, su preocupación y ocupación constante hicieron del museo un recinto cada vez más didáctico en correspondencia a su verdadera razón social, cuestión que cumplió con éxito junto al personal profesional que lo acompañó en esta función.

Con la jubilación laboral (1987) regresó definitivamente a su ciudad natal, a la que amaba entrañablemente. En octubre de 1992 se le concedió la distinción «Hijo Ilustre de la Ciudad de Camagüey», en el marco del Encuentro de Escritores Camagüeyanos, por acuerdo de la Asamblea del Poder Popular, con motivo de su cumpleaños y la dedicación que mantuvo a los estudios de Arqueología y Espeleología.



Durante la excavación de una letrina en la Casa de la Obrapia. Campeñas, 1967- 1970. Foto cortesía de la Dra. Lourdes S. Domínguez

El 18 de julio de 1993, a la edad de 70 años, falleció en su querido Camagüey Rodolfo Payarés Suárez, quien había nacido el 22 de octubre de 1922 en la casa número 72 (antiguo) de la calle Julio Sanguily, entre Joaquín de Agüero y Manuel Benavides, reparto La Vigía. En homenaje a su consagración a la causa de la revolución, sus restos fueron inhumados en el Panteón de los Caídos por la Defensa de la Patria, de la necrópolis camagüeyana.

Bibliografía de Rodolfo Payarés

- Informe al Plenum del Primer Congreso de Cultura de Camagüey, de la Comisión Provincial de Etnología y Folklore, Periódico *Adelante*, 24 de noviembre de 1961.
- Excavaciones en los alrededores del embarcadero de Santa María, costa sur de Camagüey. Informe mecanuscrito depositado en el entonces Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC), Inédito, 1964.
- Excavaciones en el Caney del Castillo, en coautoría con José M. Guarch, ACC, 1964.
- El ejército, las guerras y las conquistas incas, Tesis de la asignatura Arqueología del Perú, Curso Medio de Arqueología del Departamento de Antropología, ACC, Inédito, 1967.
- El periodo de transculturación indo-hispánica en la Historia de Cuba, Tesis de la asignatura Arqueología de Cuba. Curso Medio de Arqueología del Departamento de Antropología, ACC, Inédito, 1967.
- Aprovechamiento, cultivos y usos de la flora en México precortesiano, Tesis de la asignatura Arqueología de México ofrecida por el profesor Alberto Rus L. Huillier, Curso Medio de Arqueología del Departamento de Antropología, ACC, Inédito, 1967.
- Manual de Arqueología. *Serie Antropológica* No-2, (ACC), en colaboración con José M. Guarch y Ana L. Díaz, 1968.
- La Casa de Filomeno en Nueva Paz. *Serie Granja 17 de Mayo*, No-6. ACC, 1968.
- Sobre los Cafetales Coloniales de la Sierra del Rosario, en colaboración con Ernesto E. Tabío, *Serie Pinar del Río* No. 17, (ACC), 1968.
- Las Botijuelas Tempranas, Medias y Tardías, en Periódico *Granma*, La Habana, 23 de abril de 1969.

³⁴ El montaje proponía una evolución de la historia del armamento desde la antigüedad, y de las comunidades aborígenes hasta finales del siglo XIX, tanto desde el punto de vista técnico como de su relación con las luchas de clases y el desarrollo de la sociedad, apoyándose en textos, gráficos, fotos y grabados ilustrativos, que usados en su conjunto con los exponentes le daban al museo un carácter instructivo-didáctico (Payarés Suárez Renaldo 2000: s/p).

- Excavaciones Arqueológicas en la Casa de la Obra Pía, Tesis del Curso Superior de Arqueología del Dpto. de Antropología, ACC, Inédito, 1970.

- Las Botijuelas de la Cueva de los Negros, informe sobre materiales arqueológicos coloniales colectados en Cabo Corrientes, Península de Guanahacabibes, Pinar del Río, Inédito, 1971.

- Las Cuevas como Monumentos. Ponencia para el *Symposium XXXV* Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba. Enero 1975, en Periódico *Adelante*, Camagüey, agosto 31 de 1975, y en Resúmenes del *Symposium XXXV* Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba, Isla de Pinos 1975. Además de una síntesis en el libro 40 Años explorando a Cuba de Antonio Núñez Jiménez, Editora de la Academia de Ciencias, La Habana, 1980.

- Informe de los trabajos de rescate y excavaciones arqueológicas realizadas en el Morrillo, Matanzas. Ponencia al II Encuentro Nacional de la Cultura Aborigen, Banes, Oriente, 1975.

- Excavaciones en la Casa de la Obra Pía, La Habana. Métodos aplicados: objetivos y resultados. Ponencia a la III Jornada de la Cultura Aborigen, Holguín, Oriente, 1976.

- Informe de los trabajos de salvataje en el Morrillo. Cuba Arqueológica. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1980.

- Informe preliminar de los trabajos arqueológicos efectuados en el Convento de Santa Clara, Habana Vieja. Ponencia a la V Jornada de Arqueología de Cuba, Baracoa, provincia Guantánamo, 1983.

Del expediente científico

febrero de 1962 - Dirigió excavaciones arqueológicas en los sitios conocidos por El Way y el Conchal de Sagua, en el puerto de Santa María, costa sur de Camagüey.

1962 - Recibe curso de Antropología Física, dictado por el Dr. René Herrera Fritot en el Departamento de Antropología de la ACC.

mayo 1962 - Dirige exploraciones arqueológicas para verificar informes sobre sitios y piezas arqueológicas en la zona de Güines, provincia de La Habana.

1962 - Participa en exploraciones y excavaciones de los sitios arqueológicos La Leonor, La Victoria y Loma de las Tres hermanas, en Tabor, Esmeralda, provincia de Camagüey.

enero 1963 - Participa en viaje de exploración científica en la zona de Mayajigua, provincia de Las Villas.

febrero 1963 - Exploración, verificación y traslado hacia La Habana del petroglifo conocido como de Maffo, municipio de Contramaestre, Santiago de Cuba, hoy expuesto en el Museo de Arqueología de la OHCH, calle Tacón no.12, La Habana Vieja.

marzo 1963 - Participa en las excavaciones de los sitios: El Carnero, Las Obas y Jutío en Manzanillo, provincia Granma.

mayo 1963 - Participa en la exploración y excavación en La Laguna del Tesoro, Ciénaga de Zapata, provincia de Matanzas.

junio 1963 - Participa en las excavaciones de los sitios Aguas Gordas, Río Seco y El Porvenir, Banes, provincia de Holguín.

junio 1963 - Dirige trabajos arqueológicos en el Castillo de La Fuerza, La Habana Vieja.

julio 1963 - Dirige trabajos arqueológicos en la Plaza de Armas, La Habana Vieja.

marzo 1964 - Participa en las excavaciones realizadas en los sitios Limones, Pueblo Viejo y San Lucas en Punta de Maisí, provincia de Guantánamo.

abril 1964 - Participa en excavaciones en Arroyo del Palo, Seboruco y Levisa, Mayarí, provincia de Holguín.

junio 1964 - Prospecta y excava el sitio Pueblo Viejo o El Chorrillo en Nuevitas, provincia de Camagüey.

1964 - Participa en círculos de estudios científicos para la superación colectiva en el Departamento de Antropología, basado en la lectura, comentarios y discusión de materiales.

1964 - Participa en el curso Problemas antropológicos de mesoamérica impartido por el profesor y arqueólogo Alberto Ruz L'Huillier en la Escuela de Historia e Instituto Pedagógico Enrique José Varona, Universidad de La Habana.

noviembre 1964 - Responsable de la expedición de investigación antropológica en Guantánamo. En esta participaron el Dr. Guinsburg, de la Academia de Ciencias de la URSS, el Dr. M. Pospisil, de la Academia de Ciencias de Checoslovaquia y el Dr. Manuel Rivero de La Calle, de la Universidad de La Habana.

enero 1965 - Dirige excavaciones en Mejías, Mayarí.

enero 1965 - Dirige excavaciones en el sitio La Loma del Cementerio, Barajagua, Mayarí.

mayo 1965 - Responsable de las exploraciones y localizaciones de sitios arqueológicos en la península de Guanahacabibes, Pinar del Río.

junio 1965 - Dirige excavaciones en el Potrero de las Vacas, Jibacoa, provincia de La Habana, como curso brindado a estudiantes universitarios.

enero 1966 - Participa en las excavaciones de El Morrillo, en Matanzas.

marzo 1966 - Participa en la exploración de Cueva Jíbara, Baire, como parte del equipo del Departamento de Espeleología del Instituto de Geografía de la ACC.

julio 1966 - Dirige excavaciones en la Cueva de Ambrosio, península de Hicacos, provincia de Matanzas.

enero 1967 - Participa en investigaciones del cuaternario en sitios arqueológicos de Punta de Maisí, Baracoa, provincia de Guantánamo.

junio 1967 - Dirige excavaciones arqueológicas en la Casa de Filomeno, Nueva Paz, provincia de La Habana.

noviembre 1967 - Dirige excavaciones en las ruinas del ingenio Santa Rosa, Esmeralda, provincia de Camagüey.

noviembre 1967 - Dirige la exploración y recogida de materiales arqueológicos en el antiguo poblado de La Guanaja, costa norte de la provincia de Camagüey.

1967 y 1970 - Dirige dos etapas de excavaciones arqueológicas en la Casa de la Obra Pía o Palacio del marqués de Cárdenas, La Habana Vieja.

agosto 1967 - Exploración y colecta de cerámica colonial en la Cueva de los negros, Cabo Corrientes, Guanacahabibes, Pinar del Río.

diciembre 1967 - Graduado del curso medio de Arqueología del Departamento de Antropología de la ACC.

mayo 1968 - Dirige las excavaciones del cafetal El Liberal en Sierra del Rosario, Pinar del Río.

1968 - Dirige las excavaciones en el ingenio La Demajagua, Monumento Nacional, Manzanillo, provincia Granma.

1968 - Dirige las excavaciones de las ruinas de los cafetales Beria y La Unión, en Sierra del Rosario, Pinar del Río.

junio 1968 - Graduado del curso de Arquitectura Barroca impartido por el arquitecto José Linares en el Museo Napoleónico. Ciudad de La Habana.

enero 1969 - Dirige excavaciones en las ruinas del ingenio Taoro, Cangrejas, provincia de La Habana.

1969 - Asesora las excavaciones y clasifica los materiales arqueológicos del Palacio de los Capitanes Generales, La Habana Vieja.

1969 - 1970 - Dirige la segunda etapa de las excavaciones del ingenio Taoro (cementerio de esclavos), Cangrejas, provincia de La Habana.

enero 1970 - Exploración para la preservación de los caneyes al sur de la provincia de Camagüey.

mayo 1970 - Participa en las exploraciones del Valle Yumurí, provincia de Matanzas.

septiembre 1970 - Dirige exploración de ruinas coloniales del antiguo ingenio Santa Isabel del Castillo en Nuevitas, Camagüey.

agosto 1970 - Graduado del Curso Superior de Arqueología con la tesis: Excavaciones arqueológicas en la Casa de la Obra Pía.

diciembre 1971 - Delegado al IV Congreso de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños celebrado en La Habana. Ponencia sobre la conservación de documentos. Integró junto al Dr. Julio Le Riverand, la Comisión de Estilo y Redacción de la Academia de Ciencias de Cuba para el IV Congreso de la ANAP.

enero 1972 - Miembro ejecutivo de la Comisión de Activistas de Historia, celebrado en Santa Clara, provincia de Las Villas.

1974 - Delegado a la 1ra. Jornada Nacional de la Cultura Aborigen, Banes, Oriente.

marzo 1975 - Dirige excavaciones de salvamento en el sitio El Morrillo, Matanzas.

agosto 1975 - Delegado al *Symposium XXXV* Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba, Nueva Gerona, Isla de La Juventud.

1975 - Delegado a la segunda Jornada Nacional de la Cultura Aborigen, Holguín.

1976 - Delegado a la Tercera Jornada Nacional de la Cultura Aborigen, Holguín.

diciembre 1976 - Dirige excavaciones en Pueblo Viejo o El Chorrillo, Nuevitas, Camagüey.

1977 - 1978 - Dirige excavaciones en el ingenio Triunvirato, Cidra, Matanzas.

1978 - 1979 - Dirige excavaciones arqueológicas en el Castillo del Morro, La Habana.

mayo 1979 - Designado miembro del Comité Cubano del International Council of Museum (ICOM), UNESCO, París, Francia.

1979 - Delegado al primer Encuentro de Investigadores de Museos, La Habana.

enero 1980 - Delegado al XL Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba, Nueva Gerona, Isla de La Juventud.

julio 1980 - Misión técnica civil en Nicaragua (45 días).

noviembre 1980 - Misión técnica civil en Nicaragua (45 días).

febrero 1983 - Dirige las excavaciones en el convento de Santa Clara, La Habana Vieja.

octubre 1983 - Jurado de la comisión de Historia en el III Encuentro Nacional de Investigadores del Patrimonio Cultural, Academia de Ciencias de Cuba.

1986 - Dirige las excavaciones arqueológicas en el ingenio Mi Rosa, Quivicán, provincia de La Habana.

julio 1986 - Se acogió a la jubilación.

1986 - 1993 - Realizó trabajos arqueológicos de localización y exhumación de los restos del importante músico cubano Esteban Salas en iglesias de Santiago de Cuba. Con su fallecimiento en 1993, quedó inconclusa la búsqueda de los restos del primer gobernador de Cuba don Diego Velásquez en la Ciudad Héroe y la continuidad de las investigaciones en Pueblo Viejo, Valle del Chorruto, Nuevitas, Camagüey.

Condecoraciones y distinciones

Medalla de Combatiente de la Lucha Clandestina.

Medalla de Combatiente de la Guerra de Liberación.

Medalla Victoria de Girón.

Medalla XXX Aniversario de las FAR.

Medalla Fundador Escuela de Responsables de Milicias, Matanzas.

Hijo Ilustre de Camagüey.

Agradecimientos

A Renaldo Payarés Suárez y familia (hermano menor del arqueólogo, recientemente fallecido), quien accedió afablemente a las entrevistas y donó a uno de los autores, Iosvany Hernández, documentos que aún poseía.

A los doctores Lourdes S. Domínguez y Gabino La Rosa por la información brindada.

A los trabajadores del museo provincial Ignacio Agramonte, especialmente a Raquel Terrero Gutiérrez por su amabilidad al permitir acceder al Fondo Documental Rodolfo Payarés.

BIBLIOGRAFÍA

Col. Aut. (1964): Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, Memoria Anual Correspondiente al Año 1963, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

Fontes Carbajo, A. y M. Pérez Castro (2003): *Volcán fuerza seis. Lucha clandestina en Camagüey (1952-1957)*, Editorial Ácana, Camagüey.

Gándara, M. (1993): «El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social», en *Boletín de Antropología Americana*, (27): 5-20, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, D. F.

Guás LLansó, A. (1968): «Cien años de Antropología Física en Cuba (1868-1968)», en *Serie Cien Años de Lucha*, No. 4, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

Ibarra Cuesta, J. (1995): *Cuba 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

Kohan, N. (2004): *El Capital. Historia y método-una introducción*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

Kuhn, Thomas S. (1996): *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F.

Orser, Charles E. (2000): *Introducción a la Arqueología Histórica*, Editorial Tridente, Buenos Aires.

Payarés Suárez, R. (1963): Informe sobre los trabajos del Castillo de La Fuerza y la Plaza de Armas, Inédito.

Payarés Suárez, R. (2000): Síntesis biográfica de Rodolfo Payarés Suárez, Camagüey: Encuentro de Historia Regional y Local, Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey, Camagüey, Inédito.

Plasencia, A. (Comp.) (1975): *Lecturas escogidas de metodología*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

Rangel Rivero, A. (2003): «El Museo Antropológico Montané y el desarrollo de la arqueología en Cuba entre 1900 y 1960», en *Catauro* (8): 19-35, Fundación Fernando Ortiz, La Habana.

Tablo, E. (1968): «La prehistoria», en *Serie Cien Años de Lucha*, No. 2, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

Terrero Gutiérrez, R. (2002): Estudio del Fondo Documental Rodolfo Payarés, Diplomado en Estudios Regionales, Centro Nicolás Guillén, Camagüey, Inédito.

Fuente Documental y Etnográfica

Fondo Documental Rodolfo Payarés. Museo Provincial Ignacio Agramonte de Camagüey.

Renaldo Payarés habla de su hermano. Entrevista a profundidad semi-estructurada, 2004, Archivo del autor.

La cerámica de aplicación arquitectónica de la época colonial en La Habana

Por: Roger Arrazcaeta Delgado y Antonio Quevedo Herrero

Resumen

Esta investigación es una consideración preliminar sobre la relevante presencia de la cerámica de aplicación arquitectónica (azulejería cerámica) en contextos arqueológicos y arquitectónicos de la época colonial en la ciudad de La Habana. Se trata de uno de los artículos de consumo ampliamente extendido hacia América en la época moderna, a través de las redes capitalistas de comercio y monopolización de mercados. Damos un resumido panorama de las tipologías de azulejos que hemos identificado, así como de su rango cronológico.

Abstract

This paper is a preliminary approach on the relevant presence of ceramics being used in architecture (glazed tiling) within archaeological and architectural contexts during the colonial period in Havana. Ceramic tiles were an item widely extended in America in modern times through the capitalist networks of trade and monopolization of markets. A brief outlook on the typology of tiles identified and their chronology is given.

Introducción

Las investigaciones en los sitios arqueológicos de la época colonial de la ciudad de La Habana, tanto en contextos enterrados como en edificios en pie, reportan una gran variedad de cerámica de aplicación arquitectónica, especialmente nos referimos a la azulejería. Su estudio, después de haber analizado miles de ejemplares en más de una decena de años, nos permite clasificarla como de procedencia fundamentalmente española, con un dilatado rango cronológico que va desde el siglo *xvi* al *xx*. El estudio de esta alfarería en Cuba, constituye un campo desatendido tradicionalmente por arqueólogos, historiadores del arte, historiadores y arquitectos, por lo que la bibliografía nacional al respecto es escasísima (Taboada 1987 y 1994; Castell 1998; Arrazcaeta y Quevedo 2003) y solo aborda el asunto de modo muy somero. Cabe mencionar, no obstante, otras aportaciones sobre los azulejos en la arquitectura habanera colonial, como el importante libro del profesor Pérez Guillén (2004) y la contribución del arquitecto uruguayo Artucio Urioste (1997).

Para profundizar en el conocimiento de la azulejería colonial, la arqueología tiene un rol preponderante con relación a otras ciencias, por cuanto se trata de un patrimonio que desapareció junto a su soporte originario: la arquitectura, y que en buena medida subyace actualmente como basura y escombros de construcción en las estratigrafías arqueológicas conservadas bajo los centros urbanos o en el área circundante a estos.

Azulejo es el término usado en español para identificar a la losa de barro cocida, casi siempre cuadrada o rectangular, embadurnada con un vidriado estannífero sobre una de sus caras. Otra peculiaridad, es que sobre su vidriado de color blanco, aunque puede ser amarillo, azul, verde o de cualquier otro tono, suele estar una ornamentación geométrica, fitomorfa, zoomorfa o de otro tipo, plasmada con pigmentos minerales azules o policromos. Las técnicas empleadas para llevar a efecto el proceso de decoración fueron la de pincel a mano alzada, el estarcido y la trepa o plantilla; en ocasiones se usó en combinación con estas el trazado de líneas con una regla, el compás y el relieve moldurado en la arcilla, esta última caracteriza a las azulejerías españolas de cuerda seca y de cuenca o arista del siglo *xvi*.

Los azulejos de los siglos *xvi* y *xvii* son constatados hasta el momento en residuarios arqueológicos de La Habana Vieja y la ciudad de Santiago de Cuba. Del final del *xvii* y del *xviii* tenemos en el Gabinete de Arqueología un excelente plafón devocional de una casa de la calle Inquisidor no. 358 y otros exhumados en un prístino pavimento del coro alto de la Basílica Menor de San Francisco de Asís, ambos en La Habana Vieja. Por otra parte, destaca un conjunto de estilo Delft ubicado en la parroquial de Bayamo; estos con la singularidad de estar pintados en azul cobalto y decorados con notables escenas basadas en pasajes bíblicos. Hasta el momento no conocemos en la arquitectura cubana en pie otros ejemplos que podamos asignar a los primeros siglos coloniales, y de acuerdo a nuestra experiencia, consideramos que los contextos excavados hasta el día de hoy no son suficientes para elucidar este asunto definitivamente. Sin embargo, lo que sí es un hecho es la presencia de un significativo y cuantioso patrimonio azulejero del siglo *xix*, primordialmente en las ciudades de La Habana y Matanzas, y en menor medida en otras que aún conservan edificios decimonónicos o anteriores.

En la arquitectura cubana del *xix* los azulejos se desplegaron en hiladas de cuatro a seis para conformar zócalos o frisos, u otras ordenaciones en espacios como el zaguán, la escalera, la cocina, patios y traspatios, galerías, y es casi seguro que también en las estancias dedicadas al lugar del común o letrina; menos habitual es hallarlos en contrahuellas de escaleras, fachadas y muros de interiores de inmuebles, aunque algunos ejemplos de esto pueden apreciarse en casas de Centro Habana, La Habana Vieja y el Cerro, en la ciudad de La Habana, y en la ciudad de Matanzas. En Cuba, su empleo en la etapa colonial como revestimiento de cúpulas de iglesias y otros espacios religiosos, casi no llegó a nuestros días; suponemos, empero, debió ser frecuente, si tomamos en cuenta su reiterada utilización en templos y conventos de España e Hispanoamérica, y el descubrimiento arqueológico de los mismos en contextos estratigráficos en recintos religiosos habaneros. Una muestra de este uso se encontró en el coro alto de la Basílica Menor de San Francisco de Asís, construida entre los años 1719 y 1738; aquí las excavaciones arqueológicas nos permitieron exhumar un pavimento con restos de azulejería policroma del final del siglo *xvii* o primer cuarto del *xviii*. También zócalos con

azulejos valencianos del siglo *xix* perduran en el zaguán del convento Santa Teresa de Jesús, pretérita sede de la orden de las Carmelitas Descalzas. En el vestíbulo del desaparecido hospital San Francisco de Paula, una fotografía de 1930 muestra el zócalo de azulejos del siglo *xix* que tenía esa institución. Los edificios mencionados se encuentran en La Habana Vieja.

La cerámica de aplicación arquitectónica de la época colonial de Cuba es el resultado de la importación capitalista, así como de tradiciones domésticas y de la moda imperante en aquellos tiempos en Europa y América. La azulejería transferida a Cuba entre los siglos *xvi* y *xviii*, en cuantías menores que en el *xix*, desapareció en los edificios coloniales por causa de procesos de especulación inmobiliaria, destrucción, abandono, transformación y modernización arquitectónica. Solo las excavaciones arqueológicas en La Habana Vieja, y unas pocas en Santiago de Cuba y Trinidad, permiten confirmar la existencia de azulejos de procedencia española (sevillanos y catalanes), inglesa y mexicana en los tres primeros siglos hispanos de la historia de Cuba. Sin embargo, del siglo *xix* se hallan en los sitios arqueológicos urbanos y en las construcciones coloniales sobrevivientes de las ciudades de La Habana y Matanzas, grandes cantidades de azulejos fabricados en Valencia y Onda, considerado el mayor patrimonio de azulejos españoles en ultramar.

Los azulejos del siglo *xvi*, tipos arista y pisano

La gran ciudad mercantil de Sevilla fue el único puerto autorizado por la Casa Hamburgo a comercializar con el Nuevo Mundo durante los siglos *xvi* y *xvii*, con lo cual tuvo una influencia determinante en el origen de las mercaderías llegadas desde Europa a América. Para monopolizar este tráfico oficial fue creada la Casa de Contratación de Indias en 1503.

Los alfareros sevillanos, con sus principales talleres en Triana, encontraron a través del tráfico trasatlántico un contexto favorable para situar sus artículos cerámicos más estandarizados en América, mercadeando piezas de forma y azulejos, entre otros productos. Fruto de este negocio llegaron en el siglo *xvi* diversos tipos de azulejos como los de cuerda seca, arista y pisano. Se han hallado muestras del tipo arista o cuenca en sitios arqueológicos de La Habana Vieja y Santiago de Cuba, y es necesario decir que esta

peculiar artesanía cerámica constituyó en su tiempo la producción más genuina de la azulejería sevillana, donde se elaboraban aproximadamente desde el año 1500 (Pleguezuelo 2000: 45). Otros centros con tradición alfarera como Valencia, Toledo y Muel (Zaragoza) los fabricaron en los siglos xv y xvi (Doménech Martínez 1988: 19). Diversos ejemplares son conocidos en sitios del Caribe, como el convento de San Francisco y La Vega Vieja en República Dominicana; en Caparra, Puerto Rico; Nueva Cádiz, Venezuela (Goggin 1968: 144) y en Panamá la Vieja (Rovira 2002). Es indiscutible que esta cerámica de aplicación arquitectónica presenta una relevante influencia mudéjar en lo técnico y ornamental, empero, el repertorio decorativo del renacimiento italiano amplió sus códigos artísticos convirtiéndolos en una moda preponderante, la cual fusionó la ornamentación geométrica mudéjar con el muestrario descubierto en la Domus Aurea de Roma y las formas del gótico isabelino.

Los ejemplos de azulejos de arista de La Habana Vieja exponen una decoración a relieve de estilo renacentista italiano, con motivos geométricos y vegetales, cuyos diseños se imprimían con una matriz o molde dejando rebordes que mantenían los vidriados en perfecta separación (Deagan 1987: 119). El color usual de la decoración era el azul, verde, melado y morado sobre fondo blanco de estaño. En la colección del Gabinete de Arqueología de La Habana, tenemos dos fragmentos de cuarto ornato que permiten identificar parcialmente un adorno de hoja verde de parra con sus frutos morados y líneas curvadas unidas entre sí, estas a su vez enmarcan a la hoja, aunque su pequeño tamaño impide interpretar su forma completa. El grosor es de 2,3 cm. Uno de ellos (fig. 1 a) fue encontrado en las excavaciones arqueológicas del Palacio de los Capitanes Generales, actual Museo de la Ciudad de La Habana en calle Tacón no. 1. Posiblemente perteneció a algún arrimadero o zócalo de la desaparecida Parroquial Mayor, erigida hacia 1550 ó 1551 en el mismo espacio que a fines del siglo xviii ocupó el referido Palacio (Weiss 1996: 56 y 57). El otro (fig. 1 b) proviene del actual convento de San Francisco de Asís en La Habana Vieja y es de un contexto con artefactos del siglo xvi, posiblemente del primer monasterio de la orden franciscana de este lugar. Otro pequeño trozo de procedencia desconocida de La Habana Vieja, exhibe un modelo vegetal pintado en óxidos metálicos azul, morado, verde y melado

sobre fondo blanco hueso (fig. 1 c), tiene un espesor de 2,7 cm, una magnitud poco común respecto a otras tipologías de azulejos de la época moderna.

El azulejo de arista más sobresaliente en la colección del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, es también de un sitio no identificado dentro de La Habana Vieja y es el más completo de todos. Tiene formato rectangular (27,8 x 12,5 x 2,5 cm) y sobre una de sus caras muestra un dibujo de rombo que cubre toda la superficie en sentido longitudinal; al interior del rombo posee un botón central sobrepuesto a acantos cruciformes estilizados; acantos cuarteados en las esquinas como enlaces para otras piezas similares (fig. 2). La falta de vidriado en los lados menores de este azulejo, parece indicar su elaboración para la decoración de techos, especialmente en el espacio entre viguerías, semejante a como se hacía en Andalucía y otros lugares (Ainaud de Lasarte 1952: 31). Como paradigma referencial, existe un conjunto de azulejos tipo arista, con motivos mudéjares y renacentistas, recobrados por el profesor Francisco Prat Puig (1986: 6-142) en el solar que ocupaba el Cabildo de Santiago de Cuba, donde también se encontraron otras evidencias del siglo xvi.

La otra tipología de azulejo renacentista es el denominado pisano: azulejo liso o plano en técnica de óxidos sobre esmaltes, decorado siguiendo los cánones italianos. Esta novedad fue introducida en Sevilla en las postrimerías del siglo xv o inicios del xvi, posiblemente por el azulejero italiano Francisco Niculoso, el Pisano, en nuestra opinión la figura más prominente de los azulejeros en Sevilla. Después de la muerte de Niculoso (1528), los azulejos planos a la italiana (pisanos) se dejaron de producir por lo menos durante un tercio de siglo, así es que hasta el tercer cuarto del siglo xvi no tuvo lugar su adopción definitiva y generalizada por los azulejeros sevillanos (Sancho Corbacho 1948: 8). Las ciudades de Sevilla, Talavera de la Reina, Valencia y Barcelona los estuvieron manufacturando durante todo un siglo 1550 y 1650.

Las piezas de pisano localizadas en La Habana Vieja hasta el momento no están enteras; entre ellas hay un azulejo de formato rectangular o cinteta (verduguillo) que debió tener, según información comparativa, 6,5 cm de longitud, 3,5 cm de ancho y 2 cm de grosor. El resto son cuadrados y de dibujo completo, también con base en otros especímenes españoles

suponemos para ellos unas dimensiones entre 14 x 14 x 1,5 cm ó 13,5 x 13,5 x 1,5 cm (Pérez Guillén 2004: 251). Presentan combinaciones de elementos fitomorfos y geométricos plasmados a pincel sobre estarcido, en azul, amarillo limón, verde y naranja, y perfilados en azul o morado sobre fondo blanco estannífero. De los ejemplares cuadrados, tres tienen idéntica decoración, fundada en un patrón de doble tarja manierista (fig. 3 a, b), el motivo conocido como clavo, ciertamente tomado del repertorio geométrico de los artesonados mudéjares. Ejemplares de este tipo están fechados en 1589 para la iglesia del convento de Santa María de Jesús en Sevilla, y el arqueólogo John M. Goggin registró restos de azulejos análogos (1968: 112, lámina 1 d) en las excavaciones del convento de San Francisco en Santo Domingo, República Dominicana. También en otro azulejo de este grupo se aprecia un diseño de hojarasca barroca con perfilado morado de manganeso (fig. 3 c), característico de la primera mitad del siglo xvii; el grosor de las piezas varía entre 1,5 a 1,9 cm. Los subsuelos urbanos donde se encontraron estos vestigios pertenecen a la demolida Parroquial Mayor (fig. 3 a), Palacio de los condes de Santovenia (fig. 3 b) y a la vetusta casa de Pablo Pedroso, esta última construida entre 1624 y 1631.

Azulejos del siglo xvii a la primera mitad del xviii

En la primera mitad del siglo xvii continúan fabricándose los azulejos tipo aristas y pisanos, a la manera italiana, aunque de menor calidad. En este período también se percibe el declive de la industria azulejera española, especialmente sevillana. La Habana, por su parte, recibe los embates del descalabro económico de la metrópoli, pero aun así crece urbanamente y en 1607 fue promovida a capital. En el año 1691 contaba con seis conventos entre medianos y grandes, un oratorio y seis iglesias, obras que por cierto pudieran haber encerrado interesante azulejería.

De esta etapa la obra de mayor nivel pictórica en azulejos, posiblemente de finales del siglo xvii o inicios del xviii, es un panel devocional que se conservó en mal estado en lo alto de un muro en la planta baja de Inquisidor 358, La Habana Vieja. Después de hacer su rescate arqueológico, recibió atención conservativa y se ha restaurado por los especialistas del Museo de Arqueología de la OHCH, pasando a sus colecciones. La pintura representa a San Francisco de Paula en primer plano y en su fondo una iglesia; el personaje

viste hábito con capucha puesta y lleva como atributos un bastón y la palabra «Charitas» (Caridad), encerrada en un círculo (figs. 4 y 5). Este plafón se compone de veinte azulejos de 13,5 x 13,5 cm cada uno, en los que el pintor decoró cada parte de la figura total. La conformación es de cinco por cuatro y todas las piezas están pintadas con la técnica de pincel sobre estarcido. Los azulejos de cenefa que ciñen al santo tienen un diseño compartimentado a la mitad, una porción interior es parte de la figura religiosa y la otra expone motivos vegetales barrocos que dan la terminación o ribete al cuadro. Azulejos de cenefa con características y diseño semejante acompañan un plafón devocional en el monasterio de Pedralbes, Barcelona (Ainaud de Lasarte 1952: 146 y 147), y se les asignó la misma cronología que a esta pieza. Estableciendo paralelos con otras piezas de la azulejería devocional, proponemos su fabricación como catalana. No obstante, el investigador Pérez Guillén (2004: 287-288) clasifica a este panel como un excepcional producto valenciano, de gran calidad frente a la ingenuidad popular de los productos catalanes coetáneos y lo considera como del primer cuarto del siglo xviii.

Un ejemplar raro y único entre los azulejos de esta época, posee un formato cuadrado y dibujo completo de color azul oscuro, su diseño está plasmado manualmente con pincel, sin estarcido. Procede de las excavaciones del Palacio de los Capitanes Generales (sitio de la desaparecida Parroquial Mayor) y lo adscribimos al siglo xvii, de acuerdo a sus características y estilo decorativo. Su tamaño (7,9 x 7,9 x 2,2 cm) nos revela que se trata de una olambrilla, pieza usada desde el medioevo para pavimentos formando composiciones con baldosas o ladrillos de cerámica roja, u otros componentes azulejeros. Este tipo de formato tiene una larga trayectoria histórica y todavía en la primera mitad del siglo xx se continuaba empleando en soladuras. La figura fitomorfa representada (fig. 6) está pintada en una sola tonalidad de azul y por su estilo parece ser reflejo de la impronta dejada por la porcelana china Ming en la alfarería europea, que imitaba el color, la decoración naturalista y el espíritu de estos productos o chinerías desde principios del siglo xvii. Por las exclusivas pinceladas, el color azul cobalto y la temática abordada, este azulejo guarda gran parecido con los tipos de mayólicas (vajillas) conocidas como *Ichucknee Azul sobre Blanco* y *Talavera Azul sobre Blanco*, ambas del siglo xvii.

El puerto de Barcelona no tuvo comercio directo con Cuba hasta la segunda mitad del siglo XVIII, en que fue autorizado por la corona española para comerciar con América, pero los primeros azulejos catalanes llegaron a la Isla mucho antes, pues hemos hallado numerosos piezas que podemos datar entre finales del siglo XVII y primeras décadas del XVIII, correspondientes al llamado primer barroco. Estos se conservan en las colecciones del Gabinete de Arqueología y son de un tipo de azulejo liso con diseño policromo en módulo de 13,5 cm en cuadro, establecido por el Gremio de Azulejeros de Cataluña en 1635 y también acatado por Valencia hasta que esta cambió al formato de 22 a 22,5 cm, entre 1720 y 1740 (Ibidem 1996: 67-87). El motivo principal de este azulejo es la clavellina, del cual aparecen diferentes variantes ornamentales en Cataluña y en Valencia, principalmente en edificios religiosos donde se consideran del último cuarto del XVII y primer cuarto del XVIII.

Piezas incompletas de cuarto ornato con el motivo clavellina, se exhumaron de un pavimento en el coro alto de la Basílica Menor del convento de San Francisco de Asís en La Habana Vieja, durante las excavaciones arqueológicas de 1994. Este solado se encontraba tapado por rellenos de nivelación y otros pavimentos posteriores, y es muy posible que fuera el más antiguo de ese espacio, pudiendo ser del periodo de 1719-1738, época de construcción del segundo convento en el mismo sitio. Otros tientos de azulejos con igual decoración se hallaron en una capa de rellenos del siglo XX en la iglesia de la Tercera Orden de los franciscanos, en el ya mencionado convento de San Francisco de Asís (Boris L. Martín, com. pers. 2003). El mejor lote de este tipo decorativo, mucho mejor conservado y completo, lo encontramos en el 2003 en los estratos repositados en una letrina colonial en la calle Merced esquina San Pedro, La Habana Vieja.

Los azulejos aludidos tienen en común un mismo diseño de clavellina dispuesta diagonalmente, rosetas partidas y cuarteadas para el enlace, tallos y hojas en azul y pétalos en color amarillo y naranja; sus tamaños están entre 13,3 a 13,5 cm de lado y 1,2 a 1,4 cm de grosor (fig. 7). Un modelo clavellina afín, es descrito por Pérez Guillén (1996: 42) como de posible factura catalana por encontrarse en Valencia solo en localidades próximas a Cataluña. Otras variantes similares en diseño, en distinto color, son dibujadas por Salvador Miquel (1984: lámina VI) como existentes

en Barcelona. Por su parte el especialista uruguayo Alejandro Artucio Urioste (*Ibidem*: 51-55), reseña su existencia en un banco del Museo Histórico de Buenos Aires y le llama «Clavell del Segle XVIII», además comenta el inicio de este diseño en el siglo XVII tardío.

Un azulejo de forma rectangular y motivo decorativo diferente a los anteriores, mide entre 13,2 a 13,8 cm de longitud, ancho 6,7 a 6,9 cm y 1,2 a 1,5 de grosor; pero casi idéntico a estos en los colores, pinceladas y maneras de emplearlos se encontró en la referida letrina de la calle Merced, esquina a San Pedro. Está asociado a la misma unidad estratigráfica que los azulejos clavellinas, lo cual indica su vertimiento en el relleno en igual época, y pudieran proceder del mismo lugar primario. Son doce piezas completas tipo cenefa o cinteta y llevan como diseño una hoja estilizada con capullos y frutos, mostrándonos un barroquismo ligero (fig. 8). Este ornamento aparece en Barcelona formando la cenefa que adorna una imagen devocional en un frontal del monasterio de Pedralbes (Ainaud de Lasarte 1952: 146-147), sin embargo no encontramos referencia de él en Valencia ni en otras partes. Asumimos una procedencia y datación similar a la de los azulejos clavellinas.

Probablemente los azulejos más representativos del estilo barroco en la Habana Intramural son los conocidos como cornucopia. Entre estos hay cuatro completos de cuarto ornato, con diseño de molduras contracurvadas convergentes, hojas diagonales y palmeta esquinial (fig. 9). Miden 13,5 x 13,5 x 1,3 cm cada uno y provienen del convento de Santa Clara de Asís, edificio construido en 1643. Otras dos piezas incompletas de este mismo tipo son de un contexto estratigráfico de la capilla de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, ambos en La Habana Vieja. Pérez Guillén (2004: 268) los identifica como catalanes del año 1700, y Salvador Miquel (1984: lámina VI) dibuja un modelo similar, distinto en los colores, como encontrado en Cataluña, clasificándolos de finales del XVII e inicio del XVIII. El mismo tipo también aparece en Buenos Aires y es descrito por Artucio Urioste como azulejo catalán de finales del siglo XVII, hasta los años 1725 ó 1730.

Otros azulejos del siglo XVIII

El llamado «siglo de las luces» inaugura para España y sus colonias de ultramar el reinado de los

borbones franceses. Una época marcada por sucesivos cambios favorables a la sociedad colonial de Cuba; sobre todo en la segunda mitad del XVIII ocurren acontecimientos benefactores a su comercio internacional y a la economía de la Isla. De esta centuria se han hallado en La Habana algunos ejemplos de azulejería que muestran una vez más el uso estable y continuado en el tiempo de este elemento arquitectónico, algunos ya fueron descritos en el acápite anterior y otros serán abordados ahora. No obstante, debemos señalar que un notable grupo de azulejos de estilo Delft del siglo XVIII, estudiado por uno de los autores de este artículo en la parroquial de Bayamo (Arrazcaeta 2005), será motivo de un próximo artículo en este boletín.

Delft ejerció una vigorosa influencia en la cerámica europea del siglo XVIII imponiendo su propio estilo. Tres fragmentos de azulejos de La Habana denotan este acierto en su diseño. Estos, aunque muy incompletos, tienen un espesor de 1,5 cm y probablemente son de 13,5 x 13,5 cm, con dibujos populares policromos al estilo Delft (fig. 10); provienen de la morada del marqués de Casa Calderón, sito en Oficios 312 esquina Santa Clara en La Habana Vieja y fueron encontrados en un antiguo pozo de agua, dentro de sedimentos con basurales de la segunda mitad del siglo XVII y del XVIII que lo rellenaban. Los diseños pintados en cada uno son de tema único y siempre aparecen rodeados por un círculo, en este caso de tono amarillo limón, siguiendo un patrón establecido en Italia desde principios del siglo XVI y retomado con gran éxito comercial por Holanda en el XVII. Estos azulejos del barroco tuvieron un amplio espectro de aplicación en la estructura arquitectónica, sobre todo en enchapes de interiores. De acuerdo a sus características decorativas y a referencias bibliográficas, pueden clasificarse como posiblemente de Triana, Sevilla, de mediados del siglo XVIII. Otro azulejo multicolor de la misma serie y cronología (13,5 x 13,5 x 1,7 cm), con su círculo conformado por tres líneas en azul y un ave acuática nadando en un estanque como tema central (fig. 11), también es del mismo contexto arqueológico y difiere de los otros en el tono más suave de sus colores y su pasta crema. La adjudicación a Sevilla parece ser segura.

Un magnífico grupo de cinco azulejos completos (fig. 12) similares a los descritos en la Casa Calderón, con imágenes populares y cinegéticas, se exponen en

el Gabinete de Arqueología. Fueron transferidos de las colecciones del Museo de la Ciudad y según consta pertenecían al convento de San Francisco de Asís. Éstos también pueden ser atribuidos a Triana, Sevilla, con idéntica datación a los anteriores. Un tiesto del mismo tipo, pero decorado en azul, (fig. 13) lo halló el arqueólogo Leandro Romero y su equipo en 1985, en los trabajos arqueológicos de la antigua casa del capitán Gaspar Rivero Vasconcelos, Obrapia esquina San Ignacio, La Habana Vieja. Inmueble erigido en el segundo cuarto del siglo XVII.

En la azulejería del siglo XVIII, uno de los modelos más versátiles por su facultad para formar una inagotable gama de combinaciones es el conocido como cartabón, vela, mitadad, medio pañuelo, entre otras denominaciones (Artucio Urioste 2003: 1-24). Su sencillo diseño de una línea diagonal dividiendo la superficie en dos mitades triangulares, surge desde finales del siglo XV en España, donde adquirió una mayor popularidad posteriormente. Estos están presentes en Portugal, Italia, Francia, Argentina, México, Estados Unidos y Cuba, llegando a fabricarse en México en el siglo XXI (Ibidem: 3). Algunos restos en azul y blanco (fig. 13), y en verde y blanco, de formato entre 13,3 a 13,5 cm de lado por 1,3 a 1,4 cm de grosor, se hallaron como basura en sedimentos térreos y escombros depositados en el siglo XX en la capilla de la Tercera Orden del convento de San Francisco de Asís, construida en 1743.

Otras dos piezas del mismo modelo se recuperaron en un zócalo de azulejos de una escalera del siglo XVIII en la casa de don Pablo Pedroso, en Baratillo 111, La Habana Vieja. Una está pintada en morado y la otra en verde (fig. 14), poseen un color de pasta rojizo tostado distinto a los antes mencionados, son además diferentes en sus medidas respecto a los encontrados en la capilla de la Tercera Orden (13,8 cm de lado x 1,8 cm de grosor), quizás por una disímil cronología, o porque fueron hechas en otros alfares. Es difícil determinar su país de fabricación. Por ejemplo, tanto Valencia como Barcelona mantuvieron la producción de estos azulejos entre los siglos XVI y XVIII, y hemos podido comprobar en Puebla de los Ángeles, México, gran emporio alfarero de confección de mayólicas y azulejos, su frecuente presencia en la arquitectura colonial.

Un patrón decorativo reiterado durante varios siglos en los azulejos catalanes, es el llamado «rosa de los vientos». En la capilla de la Tercera Orden de

los franciscanos, se halló un azulejo (13,2 x 13,2 x 1,3 cm) casi completo con este tema (fig. 15). Un modelo idéntico está publicado por Miquel (1984: lámina VI) para Barcelona y lo sitúa en las postrimerías del siglo xvii a inicios del xviii. Artucio Urioste lo señala como presente en el Río de la Plata. Por su parte el doctor Pérez Guillén (1996: 122-123), referencia una variante parecida en Valencia, del período de 1700 a 1730, además plantea su escasez en esa ciudad y apoya una posible fabricación catalana.

De los conocidos «azulejos de oficios» catalanes, se tiene en el Gabinete de Arqueología un interesante tiesto de La Habana Vieja (13,4 x 13,4 x 1,2 cm), serie de la «palmeta» (fig. 16). Este fragmento tiene dibujado hojas en dos tonos de verde perfiladas en morado, que aparecen a cada lado del motivo principal, el cual es en este ejemplar una imagen humana enmarcada con una banda amarilla ribeteada interiormente por una fina línea en manganeso, peculiaridad común en los azulejos de este tipo hechos en Barcelona durante el siglo xviii. Los personajes o escenas independientes de estos azulejos, copian o se inspiran en las aleluyas catalanas publicadas en la época (Giral Quintana 2000: 128), sumándose otras con músicos, paisajes, barcos, bestiarios, cazadores, etc. El estudioso Pérez Guillén (2004: 273) da para este azulejo una cronología de finales del siglo xvii a inicios del xviii.

Los azulejos de tema independiente estilo Delft, nombre que toman por haber sido este centro alfarero holandés su principal promotor desde el siglo xvii, se encuentran en La Habana casi siempre en su variedad azul, observándose dos modalidades con relación al motivo central: desde el clásico diseño con escena principal rodeada por un doble círculo y esquinas decoradas con motivos menudos para formar composiciones con los azulejos adyacentes, hasta el más sencillo, sin doble círculo, con el dibujo trazado sobre el fondo estanoplumbífero blanco. Un conjunto de fragmentos con distintos modelos del tipo clásico fue exhumado por el investigador Carlos A. Hernández y un *team* de técnicos del Gabinete de Arqueología en una letrina del siglo xviii de la mansión habanera de los marqueses de Arcos, en calle Mercaderes no. 16. Los diseños plasmados, muy probables del segundo y tercer cuarto del siglo xviii, incluyen escenas con arquitectura (fig. 17), paisajes costeros con barcos y pescadores, y al parecer temas bíblicos, pero el grado de fragmentación de estos nos

impidió reconstruir un dibujo completo. Otro fragmento de azulejo Delft, probablemente de igual datación, recientemente encontrado en el sitio arqueológico de la Muralla de Mar (2006), sito en la calles Tacón, Mercaderes y Empedrado en La Habana Vieja, está decorado en morado y lleva un paisaje con personaje central.

De la versión más sencilla sin círculo, tenemos tres piezas incompletas de las excavaciones arqueológicas del convento de San Francisco de Asís (figs. 18 y 19), esbozadas en estilo chinesco, cuya inspiración se encuentra en la porcelana china azul de los siglos xvi y xvii. Los ejemplares descritos fueron manufacturados posiblemente en Gran Bretaña y no en Holanda, pues a diferencia de estos últimos, portan el característico arremolinado en las hojas de las plantas y la forma abstracta o poco naturalista de representarlas (Hume 1970: 285-294), y pueden datar del período entre 1740-1770. Para Pérez Guillén (2004: 277) el azulejo de la figura 18 es de finales del siglo xvii, primer cuarto del xviii.

Otra variedad de azulejos que pudieron tener mayor representatividad en la arquitectura cubana del xviii fueron los producidos en la Nueva España, particularmente los de Puebla de los Ángeles. De esta ciudad poseemos piezas incompletas, semejantes en diseño y en las pinceladas gruesas a tinta llena, al tipo de mayólica Puebla Azul sobre Blanco. Los fragmentos que poseemos en el Gabinete de Arqueología tienen medidas de 13,5 x 13,5 cm y 1,9 cm de grosor; desde nuestro punto de vista son azulejos de la primera mitad del siglo xviii. Uno procede de rellenos extraídos en un solar yermo detrás del hotel Parque Central, La Habana Vieja (fig. 20); otro, con decoración barroca más abstracta (fig. 21) se recogió en los estratos antrópicos de la casa de Mercaderes nos. 156-160, actual Museo Simón Bolívar, finca urbana ubicada en La Habana Vieja y con evidencias de ocupación citadina desde el siglo xvi. Un tercer ejemplar con igual modelo, se encontró en las excavaciones arqueológicas del convento de San Francisco.

En los azulejos de series de cuarto ornato con datación en la segunda mitad del siglo xviii a principios del xix, amerita mencionar una serie de prototipos catalanes exhumados también en La Habana Vieja. Entre estos, en los rellenos de tierra de un pozo artesiano estudiado por nosotros en los terrenos aledaños a la casa de los marqueses de Arcos, aparecieron fragmentos de la familia decorativa «rosa de los vientos», una constante

recurrencia en la azulejería catalana (fig. 21), clasificada por Miquel (1984: lámina VIII) como del siglo XVIII; asimismo Pérez Guillén (2004: 270) la considera como de mediados del siglo XVIII. De la casa de Pablo Pedroso en Baratillo 111, poseemos un hermoso ejemplar (13,3 x 13,3 x 1,3 cm) de la serie de «la escalera» (fig. 22); el modelo tuvo una amplia difusión en Cataluña a fines del siglo XVIII y principios del XIX, y se exportó a países como Argentina y Uruguay (Artucio Urioste 1996: 45 y 54). Otro tipo con figura fitomorfa, formato 13,5 x 13,2 x 1,3 cm (fig. 23) fue recolectado en rellenos de tierra del siglo XIX extraídos de un aljibe en la calle Obrapía no. 163. Este azulejo se reporta como del siglo XVIII por Miquel en Barcelona (1984: lámina VII).

El tan conocido diseño «La Butifarra» (fig. 24), en alusión a los elementos curvos similares a las morcillas, de los azulejos catalanes del final del siglo XVIII y principios del XIX, se pudo encontrar en una casa de La Habana Vieja en la calle O'Reilly 311, propiedad desde 1754 de la familia Ayala; estaba como chapado en una cocina de la planta alta, donde se recolocaron unas 637 piezas, al parecer en el siglo XIX, pero muy pocos llegaron a la actualidad. En este mismo sitio también encontramos otro azulejo del último tercio del siglo XVIII o principios del XIX, con un tema decorativo nombrado por los coleccionistas como la «Tulipa» (fig. 25); Pérez Guillén data este azulejo en el 1825, pero consideramos altamente comprometedor la precisión de esta fecha. Un último azulejo (13,5 x 13,5 x 1,2 cm), también catalán de esta época, proviene de una letrina en O'Reilly 311 y lleva una variante muy sencilla de estrella de doce puntas centrada (fig. 26); este diseño está registrado por Salvador Miquel en Barcelona para el siglo XVIII (1984: lámina VIII), aunque Pérez Guillén (2004: 272) lo ubica en 1825.

Un interesante azulejo completo (13,3 x 13,3 x 1,2 cm) exhumado junto a los antes referenciados de la letrina de la calle Merced esquina San Pedro, manufacturado en Barcelona con casi seguridad, exhibe un diseño que el doctor Pérez Guillén llama «rameado», y consiste en un tallo con hojas en dos tonos de verde, flores y frutos hechos con sencillez y estilización (fig. 27). Pérez Guillén (1996: 176-196) clasifica distintos rameados para los azulejos valencianos de mayor formato, datados en la segunda mitad del siglo XVIII; descrito aquí, dada su tipología, parece ser de la segunda mitad del siglo XVIII a primer cuarto del XIX.

Este investigador (2004: 271) considera a este modelo encontrado en La Habana como del año 1700. En junio de 2007, hallamos otros restos de azulejos de este tipo en rellenos de nivelación del siglo XIX, en un espacio abierto en la calle Lamparilla y San Ignacio.

Azulejos valencianos del siglo XVIII

En la segunda mitad del siglo XVIII comienzan a llegar los primeros artículos de la azulejería valenciana a Cuba, al menos así lo demuestran los identificados con certeza (Ibidem 2000: 123), y no es hasta el siglo XIX en que se importan masivamente a la Isla. Entre los del siglo XVIII, el doctor Pérez Guillén (2004: 53) clasificó en el Gabinete de Arqueología un plafón rococó compuesto por azulejos de cuarto de 21,5 cm de lado, con el diseño de bandas diagonales mixtilíneas y grandes flores esquinales (fig. 28), fechándolo en torno a 1745-1760. Según este autor (1996: 109), un modelo valenciano muy parecido, colección J. Herráez, fue fabricado por Manuel Ferrán en los hornos de la calle de las Barcas. Otro azulejo de serie, también rococó, del mismo Gabinete, muestra bandas diagonales con ramillete floral (fig. 29). Pérez Guillén, 2004: 54, lo data entre 1770-1780.

Como ejemplo de una obra de encargo valenciana tenemos un centro de pavimento de la antigua casa del siglo XVII de Jácome Justiniano, contigua a la Casa-Museo de la Obrapía, sito en calle del mismo nombre, no. 158, esquina Mercaderes, donde se encuentra expuesto actualmente. La pieza está conformada por dieciséis azulejos de 20,5 y 21 cm con una imagen portuaria de un lugar indefinido (fig. 30), según Pérez Guillén (2000: 123) se trata de una representación ingenua del puerto de La Habana y puede datar de 1780 (Ibidem 2004: 288-290).

Por último, hay que mencionar un grupo muy sobresaliente de azulejos encargados por el convento de Belén de La Habana al fabricante de azulejos Marcos A. Disdier en su factoría de la calle Mosén Femares en 1795; *...era un pavimento de 1377 azulejos y un arrimadillo a juego, academicista, para los que se había contado como modelo con los grutescos de las Logias Vaticanas de Rafael...* (Ibidem 2000: 123). Fue considerado por la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia antes de ser enviados a Cuba, como los azulejos de superior perfección a cuanto de este género se ha fabricado en estos tiempos (Ibidem 2004: 290). Hasta el día de hoy no

conocemos cual fue el destino final de ese excepcional conjunto azulejero.

El siglo XIX

En este siglo se aprecia una gran proporción de azulejos sobrevivientes en la arquitectura habanera, lo que puede tener relación con la mayor importación de todo tipo de artículos a Cuba, sobre todo después del decreto de libre comercio en 1818, el paso de la economía de factoría a la de plantación, la existencia de una gran urbe capitalina con una creciente población y un acelerado auge constructivo, y por último, una amplia producción de los centros alfareros españoles, especialmente Valencia y Onda, como resultado de diferentes factores socio económicos y algunas mejoras técnicas en la azulejería, que incluye, entre otras, una cierta mecanización a mediados del XIX.

Quizás uno de los trabajos azulejeros más llamativos por componer temas completos son los de encargo, en ese ramo cabe mencionar dos piezas únicas depositadas por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana en la Casa de la Obrapia; son paneles pintados en colores policromos con vistas de la Plaza Vieja o Mercado Principal de La Habana (fig. 31) y La Alameda de Paula (fig. 32). El primero está formado por azulejos de 10 x 10 cm en las esquinas, cintetas de 20 x 10 cm en los bordes y cuadrados de 20 o 19,5 cm en el tema principal; el segundo panel tiene igual composición. Estas piezas de manufactura valenciana (Ibidem 2000: 123 y 124) deben estar fechadas entre los años 1825 y 1830 del XIX y se dibujaron en base al grabado hecho por Hipólito Garnerey en 1824 sobre estos mismo lugares, Guillén (2004: 291-293) cree que ambos paneles son del año 1825.

Otra pieza importante aunque incompleta y deteriorada, es un panel devocional con la imagen de san Francisco de Asís (fig. 33), la cual Pérez Guillén considera como indudablemente de las fábricas de la ciudad de Valencia, facturada en 1855, dada determinadas características técnicas y plásticas concordantes con pinturas cerámicas de mediados del siglo XIX de esa ciudad. Está compuesta por doce azulejos de 20,5 cm, aunque han desaparecido dos. Este panel está actualmente en el zócalo de azulejos del patio en una casa colonial de la calle Empedrado 406, La Habana Vieja, pero estamos casi seguro que no está en su localización original.

Los azulejos de serie lexiscentes en cientos de casas en la ciudad de La Habana, presentan una amplia gama de modelos del tamaño de 20 a 20,5 cm de lado, aunque hemos verificado que estas medidas se mueven en un margen moderado entre 19 a 20,8 cm, existiendo en un mismo inmueble distintas variantes de diseños. Poseen formatos y series decorativas que corresponden a las fábricas de Valencia y Onda, pudiéndose aglutinar según Estall i Poles (2000) dentro de los estilos neoclásico y ecléctico. Este catálogo vivo de azulejos, concentrado fundamentalmente en las ciudades de La Habana y Matanzas, constituye un ejemplo ubicado en su soporte arquitectónico originario y único en el mundo, dado su variedad y cantidad. Para su identificación hemos optado por seguir la propuesta clasificatoria de Vicent Joan Estall i Poles (2000), formulada para la gran colección de azulejos de serie, valencianos y de Onda, del Museo del Azulejo en Onda.

Particularmente, la colección del Gabinete de Arqueología tiene disímiles modelos de estilo neoclásico de la denominada serie fitomorfa, grupo acantos angulares (fig. 34), con un plafón de cuarto ornato que pertenece al período de 1850-1860 (Pérez Guillén 2004: 93), o quizás un poco antes. Otro panel de esta serie, formado por cuatro azulejos del grupo listeles quebrados (fig. 35), puede datar también de la misma década y ambos fueron elaborados en Valencia. Una última muestra representa al grupo acantos diagonales en reserva (fig. 36), Pérez Guillén (2004: 71-72) lo define como del año 1857 y probablemente de las fábricas de Novella, Garcés y Compañía, de Valencia y Onda (Estall i Poles 2000: 11-367). Otras piezas del mismo estilo presentes en el Gabinete son de la serie textil, e integran el grupo cintas cenitales con dos versiones; una Pérez Guillén (2004: 94) la data en 1851 y fue elaborada por la fábrica del Muro de la Corona de Rafael González Valls (fig. 37), y la otra entre los años 1840-1850 (fig. 38). No obstante, Estall i Poles (2000: 148) refiere una versión de esta última como de 1820-1830. Un interesante modelo, también de esta serie, en el Museo del Gabinete de Arqueología muestra líneas paralelas diagonales convergente (fig. 39), al cual Pérez Guillén (2004: 119) asigna una cronología de 1860-70.

Un diseño del mismo grupo de cintas cenitales de Valencia u Onda, con un tema muy popular y diferentes variantes cromáticas y decorativas (Estall

i Poles 2000: 148-150), se reporta en la arquitectura de Barcelona (Miquel 1984: lámina XIV), Uruguay y Argentina (Artucio Urioste 1996: 59 y 65). El Gabinete tiene una composición de cuatro piezas de estas (fig. 40) con cronología de 1840-55 (Pérez Guillén 2004: 96), en cambio Estall i Poles (2000: 149) para el mismo diseño, pero en azul y morado asigna el período de 1830-50. Frisos con el mismo modelo y color que el de la colección del Gabinete, se encuentran en el zaguán del convento de Santa Teresa de Jesús y en O'Reilly 311, La Habana Vieja. Otros interesantes paneles de cuarto ornato en nuestra colección, de la serie textil, llevan los modelos cintas verdes de bordes amarillos perfilados (fig. 41), y bandas policromas (fig. 42), ambos posiblemente de 1850-1860.

Un raro azulejo rescatado como vestigio del chapado que tuvo la cocina de la vivienda del marqués de Casa Calderón, calle Oficios 312, esquina a Santa Clara, La Habana Vieja, tiene como diseño principal una estrella octogonal de triple trazo en bicromía de azul y morado, además de otros motivos (fig. 43). Su formato de 15 cm de lado no concuerda con los azulejos catalanes ni valencianos, tampoco con los de Sevilla, Talavera de la Reina y Puebla de los Ángeles, mucho menos con otros europeos conocidos. Solo encontramos referencia a un ejemplar con el mismo tema decorativo en Bahía, Brasil, donde algunas versiones del tipo aparecen en esa ciudad y en Río de Janeiro (Knoff 1986: XVI). Knoff cree que este azulejo es holandés por el poco grosor, la buena cocción y la finísima granulación revelada por la utilización de un barro bien decantado. Sin embargo, el ejemplar de La Habana tiene aspecto burdo y descuidado, algo infrecuente en los azulejos holandeses. Pérez Guillén (2004: 273) lo clasifica como probablemente catalán, y del año 1850. Nosotros encontramos recientemente el mismo modelo, pero de 13 cm de lado, todavía sobreviviendo en un zócalo de una casa del siglo XIX de la calle Obispo no. 513, La Habana Vieja, y a juzgar por sus dimensiones y asociación con otros tipos de azulejos de igual formato en ese inmueble, podría considerarse como catalán o inspirado en ellos, o quizás viceversa. En definitiva su atribución a Cataluña no es definitiva, ni tampoco la exacta cronología que le fija Guillén.

Uno de los mejores conjuntos de azulejos valencianos neoclásico conservados en Cuba, se encuentra en un inmueble del mismo estilo en el Paseo del Prado

no. 252, y posiblemente son de 1838 como indica una reja con esta fecha colocada en la casa para señalar su construcción. En el zaguán se hallan recuadros de azulejos con imágenes de dioses grecolatinos como Apolo, Neptuno, Marte, Aurora y Venus (fig. 44), mientras en el patio, también a nivel de zócalo, hay paneles rectangulares con medallones centrales portando bustos de personajes históricos o mitológicos de igual raigambre (fig. 45). También se puede apreciar un interesante panel con azulejos de cenefa y de cuarto ornato central, decorado con un recargado diseño textil y fitomorfo (fig. 46).

Un grupo no tan numeroso en la colección del Gabinete de Arqueología es el de estilo ecléctico, el cual sí tiene gran representatividad en inmuebles habaneros ubicados en los municipios de La Habana Vieja, Centro Habana y Cerro, donde se encuentran las series: floreros-coronas, jarrones, copas, ramos, mosaicos, rayados, teselas, neorenacimiento, neoárabe, neobarroco y neogótico. Dos plafones con ejemplos eclécticos pueden ser vistos en el Gabinete de Arqueología (figs. 47 y 48).

Hasta hace poco tiempo creíamos que no habían llegado aquí los conocidos azulejos franceses de 11 x 11 cm, tipo Desvres, sobre los cuales existe un detallado catálogo del arquitecto uruguayo Alejandro Artucio Urioste, quien registra su presencia en Uruguay, Argentina y Brasil. Revisando recientemente materiales de sitios habaneros, encontramos fragmentos de estos entre los restos arqueológicos de las áreas adyacentes al Castillo de La Punta, y un ejemplar completo (fig. 49) apareció durante una excavación de rescate en el antiguo colegio del Santo Ángel, Teniente Rey 60, en la Plaza Vieja de La Habana. Dos de las piezas halladas llevan la marca de la fábrica St. Paul, población de la localidad de Beauvais, al norte de Francia, donde se producían estos azulejos entre 1807-1842 (Artucio Urioste 1998: 5-110).

No podemos culminar este esbozo de los azulejos coloniales de La Habana, sin mencionar un singular conjunto de paneles elaborado por las fábricas de Onda, en especial por La Campana o La Esperanza (Pérez Guillén 2004: 305-337). Se trata de la llamada Pintura Cerámica, integrada por una amplia variedad de imágenes con floreros y paisajes costumbristas pintados con gran colorido y cuidado. Algunos de estos paneles excepcionales se encuentran en los muros de la última crujía de la aludida morada en Prado 352 (figs.

50 y 51). Otras piezas de encargo, con medallones centrales y floreros, fueron también colocadas en la escalera de la gran mansión nobiliaria de Aguiar 609, propiedad del segundo conde de la Reunión. Singulares agrupaciones de estos azulejos están en una casa en Tejadillo 13 (figs. 52 y 53), La Habana Vieja. Asimismo, en el zaguán y sala principal de la casa decimonónica de Angelina Inastrillo, sito en calle Reina no. 360, y unos pocos en un domicilio de la calle Monte 983, Centro Habana. Todos los ejemplos de La Habana pueden estimarse de la última década del siglo XIX (Ibídem 2004).

Agradecimientos

Deseamos extender nuestro agradecimiento a: Fidel A. Navarrete por su trabajo fotográfico y tratamiento digital de imágenes; Sandra Páez Rosabal, realizó excelentes dibujos reconstructivos de azulejos; los arqueólogos y restauradores del Gabinete de Arqueología y su Museo; los miembros del Equipo de Arqueología de la Empresa de Restauración de Monumentos. La investigación histórica desarrollada por Rosalía Oliva en Prado 542, y las exploraciones e inventarios sobre azulejos llevadas a cabo por Rebeca O. Linsuaín y Yamilé Luguera, apoyándonos en este estudio.



figura 1 a, b y c



figura 2



figura 3 a, b y c

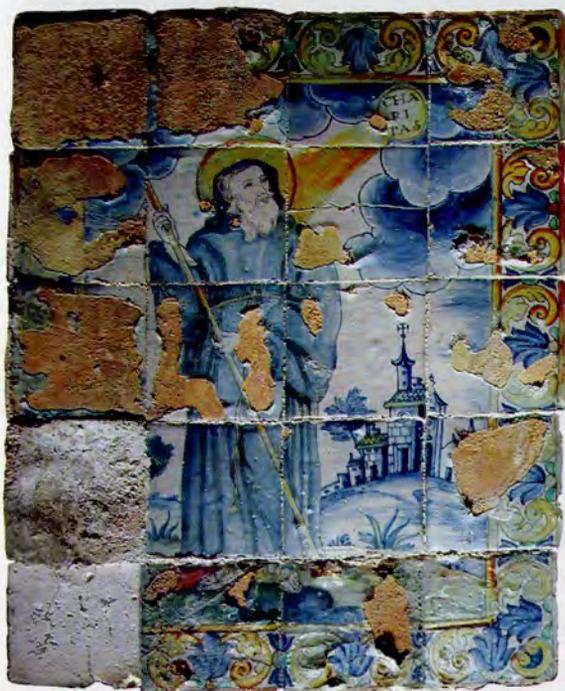


figura 4



figura 5



figura 6



figura 7



figura 8



figura 9



figura 10

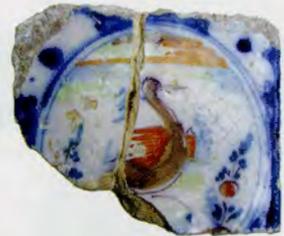


figura 11

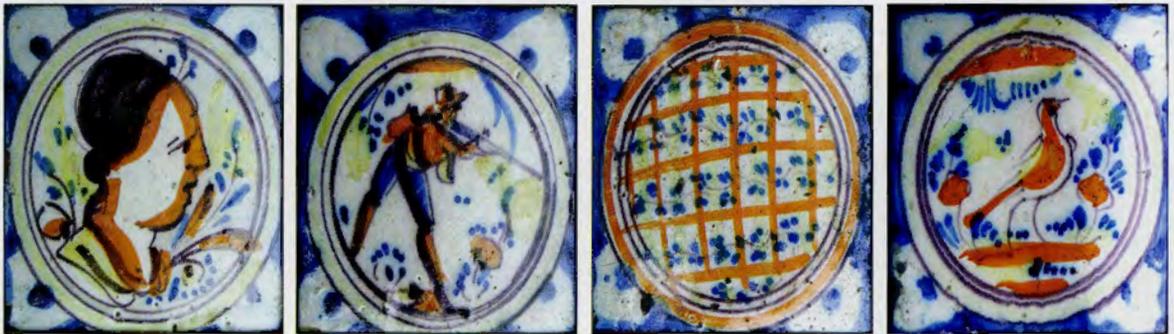


figura 12

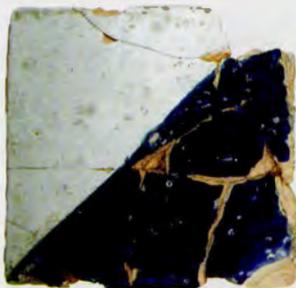


figura 13



figura 14



figura 15



figura 16



figura 17



figura 18



figura 19

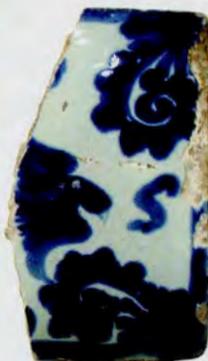


figura 20



figura 21



figura 22



figura 23





figura 24



figura 25



Figura 26



figura 27



figura 28



figura 29



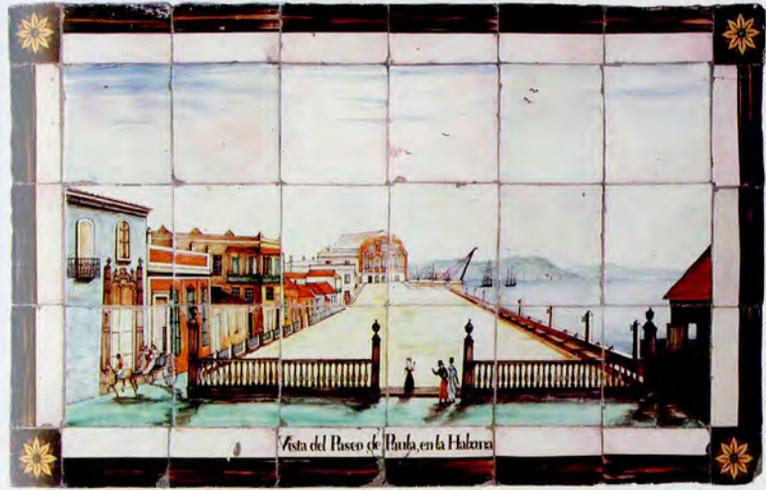
figura 30





Vista de la Plaza vieja ó Mercado Principal de la Habana.

figura 31



Vista del Paseo de Paula en la Habana

figura 32



S. Francisco de Asis

figura 33



figura 34



figura 35



figura 36



figura 37



figura 38



figura 39

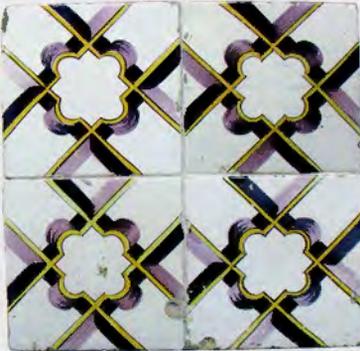


figura 40



figura 41



figura 42



figura 43



figura 44





figura 45



figura 46

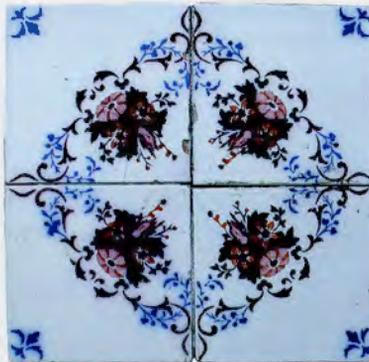


figura 47



figura 48



figura 49



figura 50



figura 51



figura 52



figura 53

BIBLIOGRAFÍA

- Arturio Urioste, A. (1996):** *El azulejo en la arquitectura del Río de la Plata, siglos XVIII y XIX*, Intendencia Municipal de Montevideo, Uruguay.
- _____ (1997): «Noves notes sobre rajola catalana a América», en *Butlletí Informatiu de Ceràmica*, núm. 61 gener-juny, Associació catalana de ceràmica decorada i terrissa.
- _____ (1998): *Catálogo de azulejos estanníferos franceses del siglo XIX utilizados en Uruguay, Argentina y Brasil*, Publicación del Museo del Azulejo, Intendencia Municipal de Montevideo, Uruguay.
- _____ (2000): «Azulejería española en el Uruguay de los siglos XVIII, XIX y XX», en *La Ruta de la Cerámica*, Asociación para la promoción del diseño cerámico, Castellón, España.
- _____ (2003): *Ruta de un azulejo del medioevo español al México del siglo XXI*, en *Cuadernos del Museo del Azulejo / 1*, Publicación del Museo del Azulejo, Asociación de Amigos del Museo del Azulejo, Montevideo, Uruguay.
- Castell Hernández, M del R. (1998):** Azulejos Catalanes en La Habana Vieja, en IV Congreso Internacional de Rehabilitación del Patrimonio Arquitectónico y Edificación (Cuba 98), Libro de Actas, CICOP, Casa de los Capitanes Generales, 5 - San Cristóbal de La Laguna, Tenerife, Islas Canarias, España.
- Cox, E. W. (1945):** *The Book of Pottery and Porcelain*, Crown Publishers, ts. I y II, New York.
- Cervantes, A.E. (1939):** *Loza Blanca y Azulejo de Puebla*, t. I, Ciudad México.
- Deagan, K. (1987):** *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and Caribbean 1500- 1800*, Smithsonian Institution Press, Washington D.C., London.
- Estall i Poles, J. V. (1997):** *La Industria Cerámica en Onda. Las Fábricas, 1778-1997*, Monografías del Museo del Azulejo de Onda / 1, A juntament d' Onda, Valencia.
- Giral Quintana, M. D. (2000):** « Los azulejos catalanes policromos de los siglos XVI, XVIII y XIX », en *La Ruta de la Cerámica*, Asociación para la promoción del diseño cerámico, Castellón, España.
- Goggin, John M. (1968):** *Spanish Majolica in the New World. Types of Sixteenth to Eighteenth Centuries*, Department of Yale University Publications in Anthropology, no. 72, New Haven Yale University Press, EE.UU.
- Knoff, V. (1986):** *Azulejos da Bahia*, Fundación Cultural del Estado de Bahía, Brasil.
- Lister, F. y R. Lister (1976):** *A descriptive dictionary for 500 years of spanish-tradition ceramics (13th through 18th centuries)*, Special Publication Series, 1, The Society for Historical Archaeology, EE. UU.
- Pérez Guillén, V. I. (1996):** *Cerámica arquitectónica Valenciana. Los azulejos de serie (siglos XVI-XVIII)*, Consell Valencia de Cultura, ts. I y II, España.
- _____ (2000): «La azulejería valenciana de los siglos XVII, XVIII y XIX», en *La Ruta de la Cerámica*, Asociación para la promoción del diseño cerámico, Castellón, España.
- _____ (2004): *Las Azulejeras de La Habana. Cerámica arquitectónica española en América*, PUV, Valencia.
- Pérez Guillén, V. I. (2000):** «Las exportaciones de azulejos valencianos a ultramar (siglos XVII y XIX)», en *La Ruta de la Cerámica*, Asociación para la promoción del diseño cerámico, Castellón, España.
- Pleguezuelo, A. (2000):** «Azulejos de Sevilla», en *La Ruta de la Cerámica*, Asociación para la promoción del diseño cerámico, Castellón, España.
- _____ (2000): «Azulejos Flamencos y Holandeses», en *La Ruta de la Cerámica*, asociación para la promoción del diseño cerámico, Castellón, España.
- Prat Puig, F. (1980):** *Significado de un Conjunto Cerámico Hispano del siglo XVI de Santiago de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- Rackham, B. (1926):** *Early Netherlands Maiolica (With special reference to the tiles at the Wyne in Hampshire)*, Geoffrey Bles Suffolk St., Pall Mall, London.
- Rovira, B. (2002):** «Paredes no tan desnudas... La muestra de azulejos sevillanos del sitio de Panamá La Vieja», en *Arqueología de Panamá La Vieja*, Panamá.
- Sancho Corbacho, A. (1948):** *La Cerámica Andaluza, Azulejos Sevillanos del siglo XVI*, Laboratorio de Arte, Universidad de Sevilla.
- Segura Martí, M. J. (1990):** *catálogo de paneles cerámicos devocionales de l'alcoià - el comtat (alicante)*, Colección Patrimonio, Instituto de Cultura Juan Gil- Albert, Diputación de Alicante.
- Sendra Bañuls, F. (1995):** *plafons ceràmics i imatges devocionals a la marina alta (alicant)*, Colección Patrimonio, Instituto de Cultura Juan Gil- Albert, Diputación de Alicante.
- Weiss, J. E. (1985):** *La arquitectura colonial cubana*, Editorial Pueblo y Educación, ts. I y II, La Habana.

No. 7, AÑO 7, 2008

Las aves en la arqueología histórica de La Habana Vieja

Por: Osvaldo Jiménez Vázquez y Roger Arrazcaeta Delgado

Resumen

Se presenta el estudio de cincuenta especies de aves de trece sitios arqueológicos de La Habana Vieja, con cronologías del siglo XVI al XIX. En las aves domésticas introducidas como la gallina (*Gallus gallus*), el guanajo (*Meleagris gallopavo*) y el pato (*Cairina moschata*), recayó la mayor utilización como recurso alimenticio; las especies cubanas fueron una fuente circunstancial, aunque su representatividad es significativa durante todo el período estudiado. Además, se incluyen sugestivos comentarios sobre la taxonomía e historia natural de algunas especies, y las conclusiones se basan en la combinación de criterios arqueológicos e históricos.

Abstract

This paper covers a study on fifty bird species found in thirteen archaeological sites dated from the 16c. to the 19c. Introduced poultry such as fowl (*Gallus gallus*), turkey (*Meleagris gallopavo*) and the Muscovy duck (*Cairina moschata*) were the ones most widely used for the diet. Cuban species were only circumstantially used, although they were significantly representative within the period studied. Suggestive comments on the taxonomy and natural history of some species are included. Conclusions are based on a combination of archaeological and historical criteria.

Introducción

Los restos de aves son evidencias comunes en los sitios históricos de La Habana Vieja, un reflejo de su aprovechamiento como recurso alimenticio a todo lo largo del período colonial de Cuba. La información arqueológica esgrimida en este trabajo permite abordar aspectos vedados o muy poco explicitados en las fuentes documentales. Por ejemplo es posible conocer los modos de consumo y preferencias en la dieta de los habitantes ciudadanos antiguos, las especies más consumidas o, a partir de las aves cubanas identificadas, los cambios ambientales que ha sufrido el entorno y también en las conductas alimentarias de la población. La muestra analizada en los trece sitios habaneros, nos permitió determinar que la mayor carga alimentaria recayó sobre las especies de aves domésticas introducidas desde Europa y América continental, como la gallina (*Gallus gallus*), la más consumida, el guanajo (*Meleagris gallopavo*) y el pato doméstico (*Cairina moschata*), y que las especies cubanas fueron solo un complemento eventual. En el caso del pato doméstico y el guanajo, se reporta el dato más temprano sobre su introducción en Cuba, al descubrirse sus restos en un contexto de la segunda mitad del siglo XVI en el sitio A-32. El análisis de los usos de las aves indica, que aunque mayormente se explotaron como alimento, ciertas especies debieron preferirse como mascotas, y determinadas aves cubanas exóticas fueron comercializadas a precios altos.

Materiales y Métodos

Las medidas de huesos de aves domésticas se tomaron siguiendo a Von Den Driesch (1976). Por excepción, los huesos del género *Meleagris* se han medido según Steadman (1980). Los datos merísticos de *Meleagris gallopavo* y *M. ocellata* mostrados en la tabla 4 corresponden a materiales de localidades de Guatemala, Estados Unidos y Méjico, fechadas desde el Pleistoceno medio al Holoceno reciente (Steadman, 1980) y de sitios arqueológicos de La Habana Vieja, desde la segunda mitad del siglo XVI a finales del XIX, procedentes de A-32, A-34, A-36, A-39 y A-25 (Maestranza de Artillería, Damas 862, Habana 624, Mercaderes 208 e iglesia Ortodoxa Rusa). Las abreviaturas utilizadas en la tabla 4 son: Lt. Longitud total; Ap.

Ancho proximal; Ad. Ancho distal; Pp. Profundidad proximal; Pd. Profundidad distal; Bag. Borde del acromion al borde de la faceta glenoidea; Amc. Ancho menor del cuello; Pfg. Profundidad de la faceta glenoidea; LmI. Longitud del metacarpal I; Pc. Profundidad de la cabeza; Amd. Ancho medio de la diafisis; Pmd. Profundidad media de la diafisis; Lcc. Longitud sin la cresta cnemial; Ac. Ancho de la cabeza. Los huesos medidos corresponden, generalmente, a individuos adultos, cuando excepcionalmente se trata de juveniles se hace su señalamiento. Las medidas se tomaron en milímetros, y con un calibre Vernier con un error de 0,05 mm. La sistemática empleada se basa en *The Check-list of North American Birds* (A.O.U.), Seventh Edition, 2007.

DISCUSIÓN

Sitios del siglo XVI

En La Habana Vieja se han excavado varios sitios con contextos multicomponentes, algunos incluyen estratigrafías del siglo XVI, como el convento de San Francisco de Asís, casa de los condes de Santovenia, casa Aguilera, casa Simón Bolívar, etc. Sin embargo para esta investigación solo está disponible la

información de dos sitios, A-32 y A-39 (tabla 1), el primero con un amplio espectro de estratos de la segunda mitad del siglo XVI. El sitio A-32, sin dudas el más importante de esta época excavado en La Habana Vieja, está localizado en el interior de un inmueble en la calle Mercaderes No. 162 esquina a Lamparilla (Arrazcaeta, Jiménez y Rivera, 2006:208). En tanto, el sitio A-39 está en un área abierta en San Ignacio No. 64 esquina a Lamparilla, a escasos metros del yacimiento anterior. Ambos eran canteras antiguas excavadas para obtener materiales de construcción, y que con posterioridad fueron rellenas con basuras domésticas y escombros de construcción (Arrazcaeta, comunicación personal, 2005 y 2006). En esta misma área se han exhumado, por el Gabinete de Arqueología, otros huesos de canteras abiertos en época posterior, demostrando el uso del sitio para estos fines entre la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVIII. Este emplazamiento, entre los años 1550 y 1600, estaba en el límite meridional de la pequeña población de San Cristóbal de La Habana, como se puede apreciar en un plano anónimo del Archivo General de Indias (M.I.P. Santo Domingo 4), datado en el año 1586 por Romero (1995: 14).

Respecto a las aves cubanas de A-32 y A-39, suman treinta y una especies, la mayor parte colectadas en

Tabla 1. Aves en sitios del siglo XVI (1550-1600)

Especie	Sitio
Anatidae: Yaguasa (<i>Dendrocygna arborea</i>); Pato Lavanco (<i>Anas americana</i>); Pato de la Florida (<i>Anas cf discors</i>); Pato Doméstico (<i>Cairina moschata</i>); Pato (<i>Anatidae</i> indet.). Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i> , raza A), Gallina (<i>Gallus gallus</i> , raza B). Meleagrididae: Guanajo (<i>Meleagris gallopavo</i>); Guajolote de Monte (<i>Meleagris ocellata</i>). Phalacrocoracidae: Corúa (<i>Phalacrocorax</i> sp.). Ardeidae: Guanabá de Florida (<i>Nycticorax nycticorax</i>). Threskiornithidae: Coco (<i>Eudocimus</i> sp.); Seviya (<i>Platalea ajaja</i>). Ciconiidae: Cayama (<i>Mycteria americana</i>). Phoenicopteridae: Flamenco (<i>Phoenicopterus ruber</i>). Accipitridae: Gavilancito (<i>Accipiter striatus</i>). Rallidae: Gallareta Pico Blanco (<i>Fulica americana</i>). Aramidae: Guareao (<i>Aramus guarauna</i>). Gruidae: Grulla (<i>Grus canadensis</i>). Charadriforme indet. Columbidae: Paloma (<i>Patagioenas</i> sp.); Paloma (<i>Zenaida</i> sp.); Camao (<i>Geotrygon caniceps</i>). Psittacidae: Catey (<i>Aratinga euops</i>); Cotorra (<i>Amazona leucocephala</i>). Cuculidae: Arrierito (<i>Coccyzus minor</i>). Trogonidae: Tocoloro (<i>Priotelus temnurus</i>). Picidae: Carpintero (<i>Colaptes</i> sp.). Corvidae: Cao Montero (<i>Corvus nasicus</i>). Turdidae: Zorzal Real (<i>Turdus plumbeus</i>). Passeriforme indet.	A-32
Phasianidae: Gallina (<i>G. gallus</i> , raza A). Gruidae: Grulla (<i>Grus canadensis</i>). Columbidae: Torcaza Cabeciblanca (<i>Patagioenas leucocephala</i>); Torcaza Boba (<i>P. inornata</i>); Camao (<i>Geotrygon caniceps</i>)	A-39, trinchera VII, hueso I, ue-12

el A-32. Sobresalen las formas acuáticas y de bosques como patos, cocos, gallinuelas y palomas, provenientes casi seguro de la rica biodiversidad inherente a los ecosistemas costeros estuarinos existentes en las inmediaciones de San Cristóbal de La Habana. Con todo, consideramos que las aves cubanas jugaron un papel circunstancial como alimento, constituyendo más bien un complemento a la dieta, resultado de la costumbre medieval de salir de cacerías, además de que por tradición, la caza desempeñaba un papel poco significativo en la dieta normal de los ibéricos (Martínez Llópiz 1981: 132; Towsend 1814).

En núcleos poblacionales circunscaribeños del siglo xvi, estudiados en excavaciones arqueológicas sistemáticas, como las colonias hispanas de La Florida (San Agustín y Santa Elena), también se desarrolló una estrategia que contemplaba el uso de los recursos de los estuarios, en tanto en Puerto Real, al sur de La Española, las evidencias muestran que las aves en general fueron poco consumidas (Reitz y MacEwan, 1995).

De acuerdo a la información arqueológica y documental disponible, en la segunda mitad del siglo xvi los residentes de La Habana poseían una mayor estabilidad en sus estrategias de subsistencia, basadas sobre todo en los recursos de origen ibérico (puerco, res, gallina, entre otros), contrario a los asentamientos hispanos de tierras interiores que eran más dependientes de los recursos locales (Van Buren, 2002: 32). Para entonces el florecimiento de la ganadería vacuna y porcina les garantizaba el sostenimiento alimentario, consumiendo además la provisión de origen vegetal, díganse verduras, viandas (yuca, boniato) granos (maíz, arroz) y harinas (trigo, yuca). Asimismo, utilizaron otros recursos cárnicos importantes que les proporcionaba el medio estuarino y pelágico como los quelonios (*Chelonia*, *Caretta*, *Trachemys*), los peces (*Lutjanidae*, *Sphyraenidae*, *Elasmobranchios* y otros), moluscos (*Strombus gigas*, *Turbinella angulata*, *Cittarium pica*, *Isognomum alatus*, *Crassostrea rhizophorae*, nerítidos, etc.).

Las aves domésticas introducidas del continente americano y de Europa (*Cairina moschata*, *Meleagris gallopavo*, *Gallus gallus*) constituyeron un recurso importante y fácil de obtener, dado que se podían criar en corrales en espacios pequeños y con pocas atenciones, principalmente la gallina, especie que soportó la mayor presión de uso. En el sitio A-32, en particular, los restos de gallinas fueron abundantes, siendo significativo que en la muestra predominan



Figura 1. Fémures y tibiotarsos de tres razas de gallina (*Gallus gallus*), A, B-raza grande; C, D-raza pequeña, segunda mitad del siglo xvi; E, F-raza pequeña (Gallito americano o Quiquirí), siglo xx

las hembras adultas, determinadas a partir de la presencia de depósitos de calcio conservados en el espacio medular de los huesos apendiculares (Campbell y Lack, 1985:544), y por la ausencia de espolón en los tarsos. Los ejemplares machos fueron escasos y algunos eran de gran talla. Tomando en cuenta la morfometría de los huesos largos de gallina, es posible que la muestra recuperada incluya dos razas, una mayor [raza A] y una pequeña [raza B] (Fig. 1), esta última de patas cortas y robustas. De acuerdo con los Protocolos Notariales de La Habana, fechados entre 1586 y 1588 (Rojas, 1957), las gallinas eran aves criadas en las casas y se solicitaban frecuentemente sitios para su crianza.

Sitios del siglo xvii y primera mitad del xviii

Se analizaron los materiales de los siguientes sitios (tabla 2):

-Solar yermo de San Ignacio No. 64 esquina a Lamparilla, en este se excavaron dos contextos, uno que abarca entre los años 1600-1650 (A-39, trinchera I, hueco III) y otro 1650-1700 (A-39, trinchera I, hueco I).

-Mercaderes 162 esquina a Lamparilla (A-32, u.e. 88) correspondiente a 1650-1750.

-Muralla de Mar (A-36), capa de basuras (u.e. 54) contigua a los cimientos del lienzo de la muralla, sito

Tabla 2. Aves en sitios del siglo xvii y primera mitad del xviii

Especie	Sitio
Anatidae: Pato Doméstico (<i>Cairina moschata</i>). Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i>). Meleagrididae: Guanajo (<i>Meleagris gallopavo</i>). Gruidae: Grulla (<i>Grus canadensis</i>). Ciconiidae: Cayama (<i>Mycteria americana</i>). Columbidae: Torcaza (<i>Patagioenas</i> sp.); Camao (<i>Geotrygon caniceps</i>)	A-34
Anatidae: Pato Doméstico (<i>Cairina moschata</i>). Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i>). Meleagrididae: Guanajo (<i>Meleagris gallopavo</i>). Psittacidae: Guacamayo (<i>Ara tricolor</i>); Cotorra (<i>Amazona leucocephala</i>). Scolopacidae: Becasina (<i>Gallinago gallinago</i>). Threskiornithidae: Coco (<i>Eudocimus</i> sp.)	A-36, ue-54
Anatidae: Pato (Gen./sp. indet. 1); Pato (Gen./sp. indet. 2). Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i>). Meleagrididae: Guanajo (<i>Meleagris gallopavo</i>). Cathartidae: Aura Tiñosa (<i>Cathartes aura</i>). Columbidae: Paloma (<i>Zenaida</i> sp.). Threskiornithidae: Coco (<i>Eudocimus</i> sp.)	A-39, trinchera I, hueco I; trinchera I, hueco III
Columbidae: Camao (<i>Geotrygon caniceps</i>)	A-32, ue-88

en Empedrado esquina a Tacón, corresponde a la primera mitad del siglo xviii.

-Castillo de la Real Fuerza (A-34), contexto (u.e. 53) excavado en un colector o depósito de aguas sucias y basuras, primer a tercer cuarto del siglo xviii.

En estos residuarios los restos de aves son escasos, lo cual puede deberse a factores complejos, como el modo en que se usó el espacio en el pasado, las disponibilidades de áreas en el vertimiento de basuras, etc., hasta lo limitado de algunas de las excavaciones arqueológicas, y no por una disminución en el consumo de estas especies. Hay datos históricos muy interesantes aportados por el viajero italiano Gemelli Careri, quien visitó La Habana en 1698 (Pérez y Berthe, 1971: 78, 81 y 84); sobre las cacerías este apunta:

El lunes (20 de enero) estuve cazando y mate gran numero de las aves que suelen llamar cotorreras. Las hay que tienen las plumas verdes y negras, otras azules; otras aun con plumas verdes y negras, el vientre rojo y la mitad de la cabeza blanca: son muy apetitosas. Al regreso mate dos guacamayos, que aunque no saben hablar, merecen conservarse por la belleza de su plumaje.

Respecto al Guacamayo (*Ara tricolor*, Foto 2), actualmente extinto en Cuba, es importante destacar que hemos colectado un resto óseo en el sitio A-36 (u.e. 54), en un contexto de la primera mitad del siglo xviii. Esta especie fue común en Cuba hasta la primera mitad del siglo xix (Gundlach, 1876:126),

incluso en las cercanías de La Habana, como se lee en la cita anterior. Otros *Psitácidos*, como los exóticos loros comunes, loros y periquitos de Guinea, se traían a Cuba desde América continental y África y fueron objeto de comercio en el siglo xix (Pichardo, 1854: 220).

Asimismo, Careri narra la afición por la cría en cautiverio de ciertas aves:

El viernes (31 de enero), estuve en la casa de Don Manuel Velasco, general electo de la próxima flota. Pertenecía a la orden de San Juan y a las principales casas de Sevilla; pero su comportamiento generoso y sus atractivos modales le hacían brillar mas que la nobleza de su cuna. Coleccionaba las especies más raras de pájaros del País y me dijo que había pagado hasta cien pesos fuertes por un sinsonte.

También ofrece inusitada información de la venta de aves exóticas en La Habana:

El jueves (6 de marzo) entro un patache de la Florida, con frutas de esa región y numerosos pájaros cardenales que he visto comprar hasta en diez pesos duros cada uno por los tripulantes de los galeones, y los mas baratos por seis. Cuando todo hubo terminado, se dijo que se habían gastado mas de dieciocho mil pesos fuertes en esa clase de pájaros.

Los aludidos cardenales (*Cardinalis cardinalis*) eran transportados por indios calusas del sur de La Florida, quienes comerciaban regularmente con La Habana desde 1688 y eran súbditos del cacique Carlos, convertido al cristianismo desde años atrás. Por entonces estos aborígenes habitaban esencialmente



Guacamayo (*Ara tricolor*), ejemplar disecado, siglo XIX, colección histórica Juan C. Gundlach, Instituto de Ecología y Sistemática; foto Julio Larramendi

los cayos del este de la península floridana, a donde habían sido relegados por las guerras con los indios creek y yamasee (Worth, 2004).

Sitios de la segunda mitad del siglo XVIII y del XIX

La mayor cifra de sitios estudiados corresponde a este lapso temporal (Tabla 3). Hemos optado por reunir en un solo comentario los de ambos siglos, debido a que algunos contextos se encuentran en el límite entre las dos épocas. El listado incluye los siguientes sitios:

-Casa de los marqueses de Prado Ameno, O' Reilly 253 entre Cuba y Aguiar (A-5, u.e. 38), letrina cuyos materiales están fechados entre fines del siglo XVIII y hasta 1835.

-Casa Damas No. 862 (letrina, siglo XIX e inicios del siglo XX; Hidalgo *et. al.*, 2003).

-Casa Habana No. 624 (letrina con materiales de la última década del siglo XVIII y hasta el año 1850).

-HS (hotel Saratoga, Prado esquina a Muralla, basurero, segunda mitad del siglo XVIII a inicios del XIX).

Tabla 3. Aves en sitios de la segunda mitad del siglo XVIII y el XIX, La Habana Vieja

Especie	Sitio
Anatidae: Pato (<i>Anas</i> sp.). Odontophoridae: Codorníz (<i>Colinus virginianus</i>). Podicipedidae: Zaramagullón Chico (<i>Tachybaptus dominicus</i>). Columbidae: Torcaza Cabeciblanca (<i>Patagioenas leucocephala</i>); Torcaza (<i>Patagioenas</i> sp.); Paloma Rabiche (<i>Zenaida macroura</i>)	A-5
Anatidae: Pato (<i>Anas</i> sp.); Pato Doméstico (<i>Cairina moschata</i>). Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i>); Gallina (<i>G. gallus</i> , raza enana); Gallina Guinea (<i>Numida meleagris</i>). Meleagrididae: Guanajo (<i>Meleagris gallopavo</i>); Galliforme indeterminado . Podicipedidae: Zaramagullón Grande (<i>Podilymbus podiceps</i>). Rallidae: Gallinueta (<i>Rallus</i> spp.); Gallinueta (<i>Pardirallus maculatus</i>); Gallinueta Azul (<i>Porphyrio martinica</i>); Gallareta Pico Rojo (<i>Gallinula chloropus</i>); Gallareta Pico Blanco (<i>Fulica americana</i>). Columbidae: Paloma Doméstica (<i>Columba livia</i>). Cuculidae: Judío (<i>Crotophaga ani</i>). Strigidae: Lechuza (<i>Tyto alba</i>)	Casa Damas 862
Anatidae: Pato Doméstico (<i>Cairina moschata</i>). Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i>). Meleagrididae: Guanajo (<i>Meleagris gallopavo</i>)	A-39, trinchera 2, ue-1
Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i>)	Hotel Saratoga (HS)
Phasianidae: Gallina (<i>Gallus gallus</i>). Meleagrididae: Guanajo (<i>Meleagris gallopavo</i>). Ardeidae: Garza (<i>Egretta</i> sp.). Columbidae: Paloma Doméstica (<i>Columba livia</i>)	Casa Habana No. 624

-Solar yermo de San Ignacio No. 64 esquina a Lamparilla (A-39, Trinchera 2, u.e.1), corresponde a rellenos secundarios que sobreyacen a una letrina.

En estos sitios no se observan diferencias sustanciales con respecto a los de épocas anteriores, salvo en las características particulares de cada yacimiento. Los restos de aves cubanas siguen siendo abundantes numérica y taxonómicamente, y las domésticas introducidas fueron el recurso más explotado. Además se registra la codorniz (*Colinus virginianus*), la gallina de Guinea (*Numida meleagris*) y la paloma doméstica (*Columba livia*).

Respecto a las aves cubanas de contextos del siglo XIX, la información arqueológica e histórica confirma que también una buena parte de ellas, como las gallinuelas, palomas, patos, etc., están registradas en las estratigrafías de los tiempos fundacionales de la villa habanera. Deducimos que hubo una tradición de consumo de estos grupos de aves desde tiempos bien tempranos, tradición que venía de los aborígenes precolombinos, en cuyos residuarios de basuras se han registrado también restos de estos grupos ornítricos (Jiménez, 2001). Consideramos que los territorios de caza de aves estuvieron, en los siglos XVI, XVII y XVIII, más próximos a la ciudad ya que los ecosistemas que rodeaban a La Habana aún no habían sido intensamente afectados por la acción antrópica. En el siglo XIX estas zonas se debieron extender a áreas más alejadas, aunque se continuaba cazando en el entorno estuarino inmediato como lo registra Gundlach (1876:140).

Comentarios sobre algunas especies estudiadas

Aura tiñosa (familia Cathartidae)

Un hallazgo relevante en los sitios del siglo XVII, consistió en dos fémures, derecho e izquierdo, de un mismo ejemplar de aura tiñosa (*Cathartes aura*) adulta, muy bien conservados. Estos restos proceden de un contexto de la primera mitad del siglo XVII en A-39 (trinchera I, hueco III). Esta especie tiene actualmente una distribución geográfica muy amplia, desde el sur y este de los Estados Unidos hasta la parte central de Argentina (Garrido y Kirkconnell, 2000: 48), sin embargo existen dudas acerca de su presencia en las Grandes

Antillas al arribo de los europeos. Según la opinión vertida en Santana *et al.*, (1986: 236) esta especie era común en Jamaica en 1680 y en La Española es mencionada en 1770. En Puerto Rico fue introducida en el siglo XIX (Santiago, 1998:161). Respecto a Cuba, Garrido y Montaña (1975: 38) exponen lo siguiente:

Algunos autores opinan que en 1492 no existían en las Antillas y que se establecieron en Jamaica a fines del siglo XVII; y de allí pasaron a Cuba y más tarde a Bahamas y Florida...los colonizadores solo hacen referencia a estas aves en el continente. No obstante, Arredondo y Varona (Poeyana No. 131, 1974) reportan restos fósiles de Cathartes aura del Pleistoceno [Cueva del Túnel, La Salud, provincia La Habana].¹

Sin embargo, Suárez (2000) consideró que los escasos espécimen reportados en Cuba como *Cathartes aura* (Arredondo, 1984: 9) son recientes y que los verdaderamente antiguos, de edad Pleistoceno Temprano, deben referirse hasta el presente a *Cathartes sp.*, ya que no coinciden, hasta donde he podido examinar, con *C. aura*.

Sintetizando la información de las anteriores citas, se observa que no existen pruebas concluyentes sobre la presencia en Cuba del aura tiñosa común (*Cathartes aura*) en la época prehistórica, y para los tiempos históricos las informaciones del Caribe y en específico de Cuba, anteriores al siglo XIX, son inseguras. Por tanto las evidencias confiables de su presencia más temprana en la Isla son el presente registro, realizado en un contexto arqueológico habanero del primer cuarto del siglo XVII, y la mención de estas aves en el distrito de Santiago de Cuba (Camaguey y Oriente) por el gobernador de este territorio, Navia Castrillón, en 1617 (Marrero, 1975:230).

Palomas (familia Columbidae)

Los restos de palomas en los sitios de La Habana Vieja mencionados, pertenecen a siete especies (Tablas 1, 2 y 3), siendo el grupo de aves mejor representado (Foto 3).

Su identificación ha sido ardua, ya que esta familia contiene actualmente cinco géneros y once especies en Cuba. En los sitios referidos pueden aparecer restos de otras colúmbidas como la paloma viajera (*Ectopistes migratorius*) y la doméstica (*Columba livia*). Algunos

¹ Agregado de los autores



Bodegón, óleo sobre tela, Miguel Melero, 1892, Colección Oficina del Historiador, C. Habana

ejemplares de la primera especie, extinguida en el año 1914, arribaban accidentalmente en el siglo XIX al archipiélago cubano desde Norteamérica. Al respecto Juan C. Gundlach (1876: 140) hace la siguiente observación:

Únicamente conozco dos casos de su encuentro en esta Isla. El primer ejemplar, que era una hembra, fue muerta á orillas de la bahía de la Habana (en Triscornia); el otro, un macho, fue llevado al mercado de dicha ciudad.

Posteriormente Joseph Boyer y Parget (Hermano Juan Bautista), examinó otros dos individuos «macho y hembra», depositados en la colección del Museo de Historia Natural cubano y capturados en Guantánamo en 1893 (Garrido, 1986: 33). Sin embargo, entre los restos identificados no hemos encontrado ninguno de esta paloma (*Ectopistes migratorius*); la obtención de un ejemplar por Gundlach en un mercado de la Ciudad de La Habana indica la posibilidad de que otros individuos fueran cazados y consumidos, al menos de manera ocasional. La otra especie (*Columba livia*), cuya

fecha de introducción en Cuba se desconoce fue reportada por Gundlach en la segunda mitad del siglo XIX (1865:168) y sus restos identificados por nosotros en dos sitios, Casa Habana No. 624 y casa Damas No. 862, el primero fechado entre los años 1780 y 1850 y el segundo en el siglo XIX y hasta principios del siglo XX. Los análisis morfológicos y merísticos combinados nos llevaron a considerar que se trata de esta última especie; por ejemplo el tarsometatarso presenta la faceta metatarsal menos alta que en *Patagyoenas*, característica propia del género *Columba*. Las medidas del húmero ofrecidas por Hargrave y Emslie (1980: 258) están dentro de los extremos aceptados para *Columba livia*, aunque los extremos inferiores exceden la media, posiblemente una prueba de la presencia de dos razas, hecho muy común en animales domesticados.

La especie de paloma más común entre toda la muestra resultó el camao (*Geotrygon caniceps*), muy frecuente, particularmente, en el sitio A-32, de la segunda mitad del siglo XVI. Estos hallazgos nos sugieren que su distribución geográfica fue de mayor amplitud en el pasado histórico. En el presente su hábitat se reduce al centro de la provincia de Pinar del Río, los humedales de la península de Zapata, centro norte de Camagüey y algunas áreas meridionales de la región oriental (Garrido y Kirkconnell, 2000).

Galliformes (familias Phasianidae, Meleagrididae, Odontophoridae)

Este grupo de aves introducidas es variado taxonómicamente; de este la gallina (*Gallus gallus*) es la especie más común en los sitios de La Habana Vieja, desde el siglo XVI hasta el XIX, y fue sin dudas la primera ave doméstica introducida por el hombre europeo en Cuba.

Posteriormente, en la primera mitad del siglo XVI, se trajo de Norteamérica (México o La Florida) el guanajo (*Meleagris gallopavo*) (Foto 4).

La referencia más antigua que hemos hallado sobre su presencia en Cuba se encuentra en un documento del año 1532, donde se escribió:

seys guanaxos que Rodrigo Romero, vecino de Baracoa, dio a Gonzalo de Guzmán, Gobernador de Cuba [Santiago]; y más adelante a «tres pavos de la Tierra Firme, que le tomó a García Barrada, vecino de Santiago [de Cuba] (Zayas, 1931: 44).



Hembras adultas de Guanajo (*Meleagris gallopavo*), Centro Histórico de La Habana Vieja

Respecto a la ciudad de La Habana, los primeros datos aparecen en los Protocolos Notariales (Rojas, 1947: 208) en los cuales se alude a:

una estancia propiedad de Juan Aceituno que se encuentra en el termino de esta villa, en la parte que dicen Guaçabacoa y entre cuyas pertenencias se encuentran dos guanaxas y un guanaxo

Las excavaciones arqueológicas en el sitio A-32 también aportan información sobre *Meleagris gallopavo* en La Habana de la segunda mitad del siglo XVI. Aquí se hallaron restos de seis ejemplares de guanajos (Tabla 4), dos juveniles y un adulto referibles por sus medidas a *Meleagris gallopavo*, y tres adultos identificados como *M. ocellata*. La aplicación de los caracteres morfológicos y merísticos ofrecidos por Steadman (1980) para estos taxones, nos permitió distinguir estas dos especies. En *M. ocellata* las medidas son en general inferiores a las de *M. gallopavo*. Al analizar las veinticinco medidas tomadas a los especímenes men-

Tabla 4. Medidas (mm) de *Meleagris gallopavo* y *M. ocellata*, Habana Vieja y *M. gallopavo* y *M. ocellata*, Guatemala, Méjico y Estados Unidos (Steadman, 1980)

Medida	<i>M. ocellata</i> La Habana Vieja	<i>M. gallopavo</i> La Habana Vieja	<i>M. gallopavo</i>	<i>M. ocellata</i>
Escápula				
Ap	16,9	17,9; 18,0	18,9; 29,3	16,7; 22,8
Bag	19,0	19,2; 20,5	20,8; 33,0	19,0; 26,0
Amc	9,0	8,9	9,0; 16,0	7,9; 12,2
Pfg	8,5	8,0; 8,0; 10,2	7,9; 13,4	7,6; 10,7
Húmero				
Lt	100,5; 101,5	110,0*; 130,8; 134,5	111,2; 166	104,2; 130,5
Ap	24,5; 26,9	29,0; 34,5; 34,7 35,2; 35,9	28,2; 44,0	26,1; 34,9
Ad	21,5; 25,0*	23,0*; 25,8; 26,0; 27,6	22,9; 35,5	19,8; 28,9
Úlna				
Lt	98,0	125,5	107,7; 158,0	104,1; 136,0
Ap	14,0	13,5*; 17,0	13,3; 21,7	12,8; 18,0
Pd	10,1	14,0	11,3; 18,8	11,1; 15,3
Radio				
Lt	88,6	---	99,2; 145,0	92,8; 117,0
Ap	6,9	9,9	7,2; 12,3	7,1; 10,1
Pd	7,8	10,9	7,8; 12,9	7,7; 10,6
Carpometacarpo				
Lt	53,0	58,0	59,5; 89,5	49,3; 72,1
Pp	15,0	17,0	16,7; 26,1	16,6; 21,3
Lml	8,5	8,9	8,3; 14,5	8,0; 11,8
Fémur				
Lt	86,0; 95,1	121,5	101,4; 150,0	94,9; 116,9
Ap	19,0; 22,0	22,8; 28,0	23,9; 37,1	20,9; 27,8
Pc	6,9; 7,5	7,9	8,2; 13,5	7,6; 10,2
Amd	7,8; 8,2	12,2; 12,5; 13,0	9,5; 15,2	8,7; 11,7
Ad	16,5; 20,2	26,0; 28,0	20,0; 32,0	19,3; 25,2
Pmd	8,5	11,2; 11,8; 11,9	8,1; 13,4	7,4; 10,2
Tibiotarso				
Lcc	147,5	---	164,0; 253,0	150,5; 193,0
Ac	16,9	---	17,1; 27,0	16,5; 21,8
Ad	14,2; 15,5	18,2; 20,5*; 21,1*	15,1; 24,8	14,2; 19,2
Tarsometatarso				
Lt	---	111; 112,0*; 122,7; 137,6	115,2; 192,5	111,9; 146,0
Ap	---	18,0; 19,1; 21,9 23,9*; 23,9; 24,0*	17,2; 27,3	16,0; 20,8
Ad	---	19,2; 19,5* 20,4; 22,6*; 23,8	15,8; 27,8	14,5; 22,9

*Juvenil

cionados, vemos que diecisiete están por debajo de la gama de variación de *M. gallopavo* y de las restantes, dos son similares y seis ligeramente superiores. El propio Steadman (1980: 131) reconoce lo difícil que resulta distinguir por los huesos las especies del género *Meleagris*, debido al gran dimorfismo sexual que presentan. Agrega este autor que los caracteres morfológicos pueden ayudar a resolver este problema taxonómico, como ha ocurrido en nuestro caso. El pavo de monte o guajolote ocelado (*Meleagris ocellata*) no fue nunca domesticado por el hombre como su congénico *M. gallopavo*, siendo más bien pieza de cacería, su distribución actual incluye: Yucatán, Guatemala, Belice y Honduras.

La gallina de Guinea (*Numida meleagris*) y la codorniz (*Colinus virginianus*, ver Jiménez y Torres, 2004) son las especies de aves introducidas más escasas en los sitios arqueológicos estudiados, la primera fue hallada en un solo sitio (casa Damas 862) y la segunda en dos (A-5 y A-32), se debe señalar que el contexto ubicado en A-32 no fue posible fecharlo porque este fue colectado no estratigráficamente, además el hueso luce una apariencia bastante reciente.

Numida meleagris (Tabla 5) está representada por un tarso y tres cráneos que corresponden a ejemplares machos adultos, pues tienen el típico yelmo óseo. El momento de introducción de la gallina de Guinea en el Caribe lo sitúa James Bond (1985: 65) en fecha tan temprana como el año 1508, aunque sin citar la fuente de donde tomó el dato. Para Cuba se han estimado diferentes épocas como el siglo XVI (Garrido y Montaña, 1975:120) y el siglo XX (Mujica et al., 2002: 51). Quizás la data más fiable la confiere Nicolás Joseph de Ribera (1975: 96) quien residía en Cuba, y describe en 1757 numerosos aves, incluyendo a la gallina de Guinea:

De aves domesticas, hai pavos reales y comunes, patos, gallinas, pichones. De las de caza y grandes, las que llaman gallinas de Guinea, muy sabrosa.

También es valioso considerar otros datos suministrados por Esteban Pichardo Tapia (1854: 219-220), que aunque no se relacionan con los eventos de introducción de *Numida meleagris galeata*, permiten apreciar la adaptación alcanzada por esta especie al medio insular en la segunda mitad del siglo XIX:

Hay otras (aves) exóticas, muchas de las cuales procrean y figuran en tanto número que deberian incluirse allí con igual ó mayor razon que los patos, codornices y otros emigrados. Tales son la Gallina y el Gallo, el Guanajo, la Gallina de

Tabla 5. Medidas (mm) de *Numida meleagris*

Pieza	GB	SBO	LP
Cráneo	28,3; 29,8 (3)	11,3; 11,9 (3)	36,2; 36,5 (3)
Pieza	GL	Bd	SC
Tarso	61,2 (1)	10,7 (1)	5,8 (1)

Guinea (¿tres variedades?). La Guinea ó Pintada, venida de África se ha propagado tanto, que ya en algunos parajes las hay silvestres, pues aunque domésticas, son propensas á alzarse en bandadas, proporcionando al cazador una carne exquisita.

Dos conjuntos de huesos de galliformes presentaron mayores dificultades para su identificación; el primero (Tabla 6), según el criterio del ornitólogo Storrs L. Olson (Smithsonian Institution, Washington), corresponde a una raza enana de *Gallus gallus* (Foto 1), conocidas en la literatura como elipométricas o bantamizadas (Agenjo, 1964: 67 y 275). En Cuba estas razas son denominadas comúnmente como gallitos quiquiriquíes, quiquiritos o americanos como lo señala Pichardo (1862: 113) y Ortiz (1985: 421), quienes coinciden en que procedían de América del Norte.

El segundo conjunto (Tabla 7) concierne a un galliforme de huesos relativamente largos y de poco grosor, quizás no muy apto para el vuelo dada la longitud del húmero y otros huesos alares; su talla debió ser muy inferior a la del faisán (*Phasianus colchicus*), pero no tan reducida como en la codorniz (*Colinus virginianus*). No fue posible determinar su género y especie.

Las aves en la cocina colonial cubana

Es casi desconocido el papel que jugaron las aves en la tradición culinaria de Cuba entre los siglos XVI al XVIII. Referente a San Cristóbal de La Habana conocemos un documento fechado en el año 1598, que describe la adaptación de los hispanos a los recursos del entorno citadino y señala en algo el uso de las aves:

Las comidas se aliñan aquí de un modo tan extraño que repugnan al principio, pero habitúanse luego tanto a ellas los europeos que olvidan las de su país y les dan preferencia. Una reunión de carnes frescas y saladas, divididas en pequeños trozos que hacen cocer con diversas raíces que estimulan por medio del pequeño pimienta caustico (aji-ji ji) y dan color con

Tabla 6. Medidas (mm) de *Gallus gallus* (raza enana), siglo XIX

Pieza	GL	Bp	Sc	Bd*
Húmero	44,1; 48,2 (3)	13,9; 15,5 (3)	5,2; 5,8 (3)	11,7; 12,3 (3)
Úlna	40,0; 44,9 (3)	7,2; 7,7 (3)	3,1; 3,4 (3)	7,8; 8,0 (3)
Fémur	47,3; 48,0 (2)	11,2; 11,5 (2)	5,3; 5,4 (2)	11,3; 11,4 (2)
Tibiotarso	59,0; 71,0 (2)	---	---	---
Carpometacarpo	23,0 (1)	9,2 (1)	---	5,9 (1)

Tabla 7. Medidas (mm) de galliforme indeterminado

Pieza	GL	Bp	Sc	Bd*
Húmero	45; 53,0 (2)	12,2; 13,4 (2)	4,8; 5,1 (2)	10,0; 10,8 (2)
Úlna	45,3; 51,0 (2)	6,6; 6,8 (2)	3,0; 3,2 (2)	6,8; 7,4 (2)
Fémur	59,2 (1)	11,2 (1)	10,9 (1)	4,9 (1)
Tibiotarso	64,0; 64,8 (2)	---	---	---
Tarsometatarso	48,2 (2)	8,9 (2)	4,5 (2)	8,9 (2)

una semilla (vija), que vegeta espontáneamente hasta en los corrales de las casas; es el plato principal, por no decir el único, de que se sirven estos primitivos habitantes. El maíz preparado de muchas maneras, es también otro de los alimentos predilectos del país. El pan de casabe es insípido y desagradable al sabor, pero la costumbre, ó mejor dicho, la necesidad, nos familiariza y muy breve lo encontramos excelente y nutritivo. Esta granjería se hace en los cortijos circunvecinos de una raíz venenosa que los indígenas llaman yuca (yuca). En unos parages lo hacen mejor que en otros, ya por que no le estraen tanto la parte jugosa de la planta, ó ya porque saben también templar los hornos que el fuego trabaja por igual y quedan las tortas doradas y quebradizas como los bizcochos de Castilla. La caza es abundante; pero yo no encuentro aquellas aves de picos de plata y oro con plumajes de esmalte que nos pintaban en Castilla. El guacamayo, el tocoró (será el tocororo), la locuaz cotorra, y el flamenco, son los únicos que han llamado mi atención (de la Torre, 1857:21 a 23).

Cien años después del testimonio antes citado tenemos una descripción que hace el viajero italiano Giovanni Gemelli Careri de su visita a La Habana (Pérez y Berthe, 1971:78). Narra como cazó Guacamayos y

cotorras. En la segunda mitad del siglo XVIII (1757) tenemos información de las aves cazadas para el consumo (Ribera, 1975: 96). Aunque no es posible precisar si los animales mencionados fueron observados en La Habana, consideramos que los datos son interesantes:

De las de caza y grandes, las que llaman gallinas de Guinea, muy sabrosas, los cocos y los guaríados. Las cayamas, los flamencos, las guananas, y las grullas, las palomas (de muchísimas especies) las perdices,¹ los patos, de tres clases, los yaguasas y otras diferentes. Hermosean sus selvas, los pericos, ó papagayos, en abundancia extrema, los cateyes, las guacamayas, cuyos pichones son muy sabrosos.

En el siglo XIX vieron la luz varias obras importantes, *El manual del cocinero cubano* (1856); *El cocinero de los enfermos, convalecientes y desganados* (1862); *Novísimo manual del cocinero, pastelero, repostero, dulcero y licorista* (1894) y *Manual de la cocinera cubana* (sin fecha conocida). El texto de 1856 es el único que incluye una vasta relación de aves y platos (Tabla 8), los cuales consistían generalmente en guisados, carnes fritas, huevos y pichones de diversas especies. Los restantes textos dedican solo algunas líneas a los platos basados en los productos obtenidos de la gallina, haciendo ínfima alusión a las comidas elaboradas con carnes de aves cubanas. Otra fuente inapreciable y poco conocida es un artículo publicado en inglés por el ornitólogo norteamericano Charles B. Cory en 1892, donde narra su visita a la ciudad de La Habana en febrero del

¹ En Cuba no hay perdices autóctonas pues todos los galliformes existentes en el país, establecidos o domésticos, son introducidos, en este caso se refiere a la paloma perdiz endémica (*Stamoenas cyanocephala*).

propio año, compartiendo experiencias con el naturalista alemán radicado en Cuba Juan Cristóbal Gundlach y cuyo texto transcribimos parcialmente para que se aprecien las modalidades de ventas y la lista de aves (Tabla 8, Foto 5):

Cada mañana visitábamos los mercados donde ocasionalmente los cazadores nativos traían aves para venderlas. En La Habana existen dos buenos mercados y quienquiera que desee obtener aves para utilizarlas como muestras debe visitarlos temprano en la mañana, ya que los mercados abren a las dos o tres de la mañana y la mayor parte de las mejores cosas se venden tan pronto los cazadores las traen. Algunas veces logramos encontrar una amplia variedad de aves, otras sólo hallamos algunas palomas y un par de codornices. Los carpinteros, halcones, coco blanco, este último con el pico y las patas cortadas, frecuentemente podían apreciarse colgados junto a otros grupos de palomas y sabaneros. Las palomas y codornices por lo general se venden vivas, y se envían a los mercados en jaulas. La paloma perdiz (*Starnoenas cyanocephala*) se considera como la mejor y se venden inmediatamente a 2 pesos en

papel moneda (aproximadamente igual a 0.90 centavos de un dólar de plata) la pareja.

Sobre esta última especie de paloma, La Sagra (1839: 129) consigna lo siguiente:



Huesos largos de aves autóctonas consumidas durante el período colonial en La Habana Vieja; de izquierda a derecha, fémur de Cotorra (*Amazona leucocephala*), tarso de Coco Blanco (*Eudocimus albus*), húmero de Pato Lavanco (*Anas americana*), húmero de Pato Doméstico (*Cairina moschata*), tarso de Flamenco (*Phoenicopterus ruber*), tibia de Grulla (*Grus canadensis*)

Tabla 8. Aves en recetas culinarias y en mercados de la Ciudad de La Habana

Mercados de Ciudad de La Habana (Gundlach, 1876, 1893; Cory, 1892)

Pato Huyuyo (*Aix sponsa*); **Pato Gris** (*Anas strepera*); **Pato Moñudo** (*Bucephala albeola*); **Pato Serrucho** (*Mergus serrator*); **Pato de Cresta** (*Lophodytes cucullatus*); **Pato Agostero** (*Nomonyx dominicus*); **Yaguasa** (*Dendrocygna arborea*); **Coco Blanco** (*Eudocimus albus*); **Coco Prieto** (*Plegadis falcinellus*); **Garcilote** (*Ardea herodias*); **Gallinuela de Agua Dulce** (*Rallus elegans*); **Gallareta de Pico Rojo** (*Gallinula chloropus*); **Gallinuela de Virginia** (*Rallus limicola*); **Gallinuela Escribano** (*Pardirallus maculatus*); **Gallinuelita** (*Porzana flaviventer*); **Gallinuelita Prieta** (*Laterallus jamaicensis*); **Gallito de Río** (*Jacana spinosa*); **Paloma Viajera** (*Ectopistes migratorius*); **Paloma Rabiche** (*Zenaida macroura*); **Paloma Perdiz** (*Starnoenas cyanocephala*); **Tojosa** (*Columbina passerina*); **Torcaza Cabeciblanca** (*Patagioenas leucocephala*); **Gavilán Colilargo** (*Accipiter gundlachi*); **Zarapico Pico Cimitarra Chico** (*Numenius phaeopus*); **Judío** (*Crotophaga ani*); **Sabanero** (*Sturnella magna*); **Zorzal Real** (*Turdus plumbea rubripes*); **Carpintero Jabado** (*Melanerpes superciliaris*); **Lechuza** (*Tyto alba furcata*); **Gallina de Guinea** (*Numida meleagris*); **Codorniz** (*Colinus virginianus*)

Manual del Cocinero cubano (1856)

Gallina (*Gallus gallus*); **Gallina de Guinea** (*Numida meleagris*); **Pavo** (*Meleagris gallopavo*); **Codorniz** (*Colinus virginianus*); **Tojosa** (*Columbina passerina*); **Paloma Rabiche** (*Zenaida macroura*); **Paloma Sanjuanera** (*Zenaida aurita*); **Torcaza** (*Patagioenas* spp); **Boyero** (*Geotrygon montana*); **Paloma Perdiz** (*Starnoenas cyanocephala*); **Guareao** (*Aramus guarauna*); **Coco** (*Eudocimus/Plegadis*); **Grulla** (*Grus canadensis*); **Arriero** (*Saurothera merlini*); **Judío** (*Crotophaga ani*); **Pitirre** (*Tyrannus* sp.); **Tomeguín** (*Tiaris* sp.); **Sabanero** (*Sturnella magna*); **Carpintero** (*Picidae* indeterminado); **Pato Doméstico** (*Cairina moschata*); **Pato de la Florida** (*Anas discors*); **Yaguasa** (*Dendrocygna* spp); **Becasina** (*Gallinago gallinago*); **Zorzales** (*Turdus/Dumetella*)

Los habitantes del campo consiguen cogerlas con redes, y las traen vivas en jaulas al mercado de la capital. Las familias ricas las ceban en sus casas, y aumentan con ellas los platos delicados de la mesa habanera, tan variada como abundantemente servida de cuanto puede alhagar el paladar y la vista.

Este autor también menciona el guareao (*Aramus guarauna*) como ave vendida en el mercado de La Habana.

Consideración final

Como se aprecia, el estudio del aporte de las aves en la dieta y la cocina de la Cuba colonial, en específico de la capital habanera, solo comienza a dar sus primeros resultados. Es evidente que el camino a seguir será arduo e inusitado, pero consideramos que combinando los datos de fuentes arqueológicas y de la documentación histórica podremos reconstruir un cuadro aproximado sobre las conductas alimenticias de los habaneros pretéritos, valores energéticos de

los alimentos consumidos, tipos y variedades de alimentos, tanto de las especies de animales y plantas como de sus derivados; cambios y novedades en los hábitos de consumo, comercio internacional y nacional de especies, entre otros.

Agradecimientos

William Suárez, taxonomía de aves (Museo Nacional de Historia Natural, La Habana); Orlando H. Garrido, ornitología general (Sociedad Cubana de Zoología); Storrs L. Olson, taxonomía de aves (División de Aves, Smithsonian Institution, Washington, D. C.); Seriocha Amaro, revisión; Nayla García, fotografía (Instituto de Ecología y Sistemática, La Habana); Raúl Mesa, traducción al inglés, Rubén Cabrera; y Julio Arenas, por el aporte de restos óseos para este estudio (Gabinete de Arqueología, OHCH) y Leandro Grillo (Taller de Restauración de Pintura de Caballete, OHCH).

BIBLIOGRAFÍA

Agenjo Cecilia, C. (1964): *Enciclopedia de avicultura*, 2ª edición, Espasa-Calpe, Madrid.

Anónimo (1856): *Manual del cocinero cubano*, Imprenta de Spencer y Co., O' Reilly 110, Habana.

_____ (1862): *El cocinero de los enfermos, convalecientes y desganados*, Imprenta y librería La Cubana. Calle O'Reilly num. 52, Habana.

Anónimo (s/f): *Manual de la cocinera cubana: nuevo tratado de la cocina cubana*, Imprenta y Librería La publicidad, O' Reilly 87.

Arrascaeta Delgado, R., O. Jiménez Vázquez y J. Rivera (2006): Descubrimiento de un hueso de basura del siglo XVI, Gabinete de Arqueología No. 5: 210, Inédito.

Bond, J. (1985): *Birds of the West Indies*, Collins, 8 Grafton Street, London W1.

Campbell, B. and E. Lack (1985): *A dictionary of birds*, T & A. D. Poyser.

Cory, C. B. (1892): In Cuba with Dr. Gundlach, en *Auk* 9 (3): 271-273.

Driecht, A. von den (1976): A guide to the measurements of animal bones from archaeological sites, en *Peabody Museum Bulletin*, No. 1, Cambridge, Mass, Peabody Museum. U.S.A.

Hargrave, L. L. y S. D. Emslie (1980): Passenger Pigeon bones from archaeological sites in New Mexico, en *Contribution in Science*, No.330: 257-260, Natural History Museum of Los Angeles County.

Hidalgo, Y., J. Lozano, S. Vázquez y J. Arenas (2003): Informe arqueológico de la casa cita en Damas No. 862, Equipo de Arqueología. Empresa de Monumentos, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, inédito.

Garrido, O. H. (1986): *Las Palomas*, Editorial Científico-Técnica, Ciudad de La Habana.

Garrido, O. H. y F. García Montaña (1975): *Catálogo de las aves de Cuba*, Editorial Academia de Ciencias, Ciudad de La Habana.

Garrido, O. H. y A. Kirkconnell (2000): *Field Guide to the birds of Cuba*, Comstock Publishing Associates a Division of Cornell University Press, Ithaca, New York.

Gundlach, J. C. (1876): *Contribución a la ornitología cubana*, Habana, Imp. «La Antilla» de N. Cacho-Negrete, calle de Cuba número 51.

_____ (1865): Revista y Catálogo de las aves cubanas, en *Repertorio Físico-Natural de la Isla de Cuba*, tomo I, 165-403, abril 1865-junio de 1868, Habana.

_____ (1893): *Ornitología cubana*, Imprenta La Moderna, Compostela 69, Habana.

- Jiménez Vázquez, O. (2001):** Registros ornitológicos en residuarios de dieta de los aborígenes precerámicos cubanos, en *El Pitirre* 14(3): 120-126.
- Jiménez Vázquez, O. y J. M. Torres Pico (2004):** "Registro de vertebrados autóctonos en la casa del marqués de Prado Armeno (siglos XVIII-XIX)", en *Gabinete de Arqueología* No. 3: 166-167.
- Marrero, L. (1975):** *Cuba: economía y Sociedad*, tomo III, editorial Playor S.A., Madrid.
- Martínez Llopiz, M. (1981):** *Historia de la gastronomía española*, Madrid, Editora Nacional.
- Mujica, L., O. Torres y H. J. González (2002):** «Los reyes del pastizal», en *Aves de Cuba* (H. J. González Alonso, ed., UPC Print, Vaasa, Finlandia).
- Noviatur, J. F. (1894):** *Novísimo manual del cocinero, pastelero, repostero, dulcero y licorista*, Imprenta El Pueblo, Salud 23, La Habana.
- Ortiz, F. (1985):** *Nuevo catauro de cubanismos*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana.
- Pérez de la Riva, J. y J. P. Berthe (1971):** "La Habana de fines del siglo XVI vista por un italiano", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 62, No. 2:63-85, mayo-agosto.
- Pichardo Tapia, E. (1862):** *Diccionario provincial casi-razonado de voces cubanas*, 3ra edición, Imprenta La Antillana, calle de Cuba num 284.
- _____ (1854): *Geografía de la Isla de Cuba*, tomo II, Real Junta de Fomento, Establecimiento Tipográfico de D. M. Soler, calle de la Muralla número 82, La Habana.
- Reitz, E. J. y C. M. Scarry (1985):** "Reconstructing historic subsistence with an example from sixteenth-century Spanish Florida", en *Special publication series*, No. 3, Society for Historical Archaeology, Ann Arbor, Michigan.
- Reitz, E. and B. McEwan (1995):** "Animals, Environment, and the Spanish diet at Puerto Real", 287-334, en *Puerto Real*, edited by K. Deagan, Univ. Press of Florida. U.S.A.
- Ribera, N. J. (1975):** Descripción de la Isla de Cuba, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- Rojas, M. T. de. (1947):** *Índice y extractos del Archivo de Protocolos de La Habana*, t. 1, Imprenta Úcar, García y Cía., La Habana.
- Romero Estévez, L. S. (1995):** *La Habana arqueológica y otros ensayos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- Sagra, de la, R. y A. O'rbigny (1839):** Aves, tomo III, en *Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba*, Librería de Arthus Bertrand, Paris, Establecimiento Tipográfico de Don Francisco de P. Mellado, calle del Sardo num. 11.
- Santana, E., G. A. Potter, and S. A. Temple (1986):** Status and seasonal patterns of abundance of turkey vultures in Puerto Rico, en *Journal of Field Ornithology*, 57 (3): 235-238.
- Santiago Valentín, E. (1998):** "Confirmación de la introducción a Puerto Rico del aura tñosa, *Cathartes aura* (Aves: Cathartidae)", en *Caribbean Journal of Science*, Vol. 34, no. 1-2: 160-162.
- Steadman, D. W. (1980):** A Review of the osteology and paleontology of turkeys (Aves: Meleagridinae), en *Contribution in Science*, No.330: 131-207, Natural History Museum of Los Angeles County.
- Suárez, W. (2000):** Contribución al conocimiento del estatus genérico del condor extinto (Ciconiiformes: Vulturidae) del Cuaternario cubano, en *Omitología Neotropical* 11: 109-122.
- Torre, de la, J. M. (1857):** *Lo que Fuimos y lo que Somos o La Habana Antigua y Moderna*, Imprenta de Spencer y compañía.-O-Reilly, 110, La Habana.
- Townsend, J. (1814):** *A journey through Spain in the years 1786 and 1787 with particular attention to the agricultura, manufactures, commerce, population, taxes, and revenues of that county*. Bath.
- Van Buren, M. (2002):** "La arqueología histórica en el área andina: discusiones teóricas acerca de las excavaciones en Potosí", en *Arqueología histórica Argentina, Actas del 1º Congreso Nacional de Arqueología Histórica*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, Argentina.
- Worth, J. E. (2004):** A history of Southeastern Indians in Cuba, 1513-1823, Paper presented at 61st Annual Meeting of The Southeastern Archaeological Conference, St. Louis, Missouri, october 21-23.
- Zayas y Alfonso, A. (1931):** *Lexicografía Antillana*, tomo II, Tipos.-Molina y Cía., Ricla 55 y 57, La Habana.

No. 8, AÑO 8, 2010

Evidencias de aborígenes de La Florida en La Habana: siglos XVII y XVIII

Por: Osvaldo Jiménez Vázquez y Roger Arrazcaeta Delgado

RESUMEN

Desde los años sesenta del siglo XX se vienen realizando hallazgos de artefactos de conchas de moluscos marinos del género *Busycon* en sitios arqueológicos de La Habana Vieja. La distribución geográfica de este género, la tipología de los artefactos y la cronología de los contextos donde se descubrieron sugieren que eran elementos foráneos en nuestra ciudad en época colonial. Este artículo reúne la información de once nuevos sitios, con lo cual aumenta la cifra total de los reportados en La Habana hasta dieciocho, y el número de piezas llega a veinticinco, correspondientes a las especies *Busycon perversum*, la más común, *Busycon carica* y *Busycon spiratum*. Asimismo, se postula la hipótesis de que los artefactos corresponden tipológicamente a vasijas o cucharones fabricados por la cultura calusa del suroeste de La Florida, o por grupos sometidos a estos.

ABSTRACT

Since the 1960's of the 20th century, artifacts made out of seashells from the *Busycon* genus have been found in archaeological sites in Havana's historic center. The geographical distribution of this genus, the typology of artifacts and the chronology of contexts where they were found suggest they had been imported in colonial times. This paper gathers information on eleven new sites, thus increasing the figure to eighteen and the number of pieces to twenty-four corresponding to the species *Busycon perversum* (the most frequent), *Busycon carica* and *Busycon spiratum*. Likewise, it is put forward that typologically, the artifacts match vessels or ladles made by the Calusas from Southwest Florida or groups under their rule.

Introducción

La Villa de San Cristóbal de La Habana, en su segundo y definitivo emplazamiento septentrional, fue un punto de gran importancia para las Américas, sobre todo después del establecimiento en firme del sistema de flotas y armadas en 1561 (Marrero, 1974: 148). Aquí convergía gente de diversos orígenes, constituyendo la sociedad habanera desde el propio siglo XVI un muestrario de etnias, coincidiendo en la procreación los blancos, los africanos y los indios (Le Riverend, 1960: 56). Esta situación social se mantuvo a lo largo de todo el período colonial. En referencia a los aborígenes, en La Habana estuvieron representadas diversas naciones, entre ellas los "naturales" de Cuba, de Campeche y La Florida. De estos últimos, entre los inicios del siglo XVI y hasta el año 1823, llegaron a La Habana aborígenes de los pueblos calusa, timucua, creek, jove, miami, tancha, muspa, rioseco (o Jeaga), yamasee e indios de Georgia (Worth, 2004: 1, 5, 6, 8 y 9). Una interesante evidencia material de la estancia de aborígenes de La Florida en nuestra ciudad es la constituida por el hallazgo de vasijas elaboradas en conchas de tres especies de moluscos del género *Busycon* (Röding, 1758), las cuales han aparecido desde los años sesenta del pasado siglo y hasta 2008 en dieciocho sitios arqueológicos del área urbana de La Habana Vieja. Sobre su presencia en estos contextos históricos se han considerado dos hipótesis, las cuales trataremos de dilucidar con el auxilio de la información arqueológica e histórica.

Discusión

¿Cómo llegaron a La Habana los recipientes de *Busycon*?

Se han postulado dos hipótesis:

1. Leandro Romero (1995: 141), quien primero prestó atención a este asunto, estimó que estos materiales, y ciertos fragmentos de cerámicas, eran evidencias de las relaciones existentes entre los aborígenes de La Florida y la villa de La Habana desde la segunda mitad del siglo XVI, y consideró, además, que las vasijas habían sido utilizadas como achicadores durante las travesías entre La Florida y La Habana a bordo de canoas (comunicación personal a Roger Arrazcaeta, 1990).

2. Por su parte, Pérez *et al.* (2007: 6) consideran, en referencia particular a los moluscos, que posiblemente formaban parte de la cultura material de los aborígenes cubanos, tomando en cuenta que la tecnología de elaboración de estas vasijas era análoga a la utilizada por algunas culturas precolombinas de Cuba.

De estas dos hipótesis, consideramos que la primera presenta argumentos científicos de mayor valor. A continuación exponemos nuestros criterios:

Taxonomía y análisis tipológico

Los moluscos sobre cuyas conchas se elaboraron los artefactos corresponden al género *Busycon*, siendo *Busycon perversum* (Linné, 1758) la especie más utilizada (91 % de los casos); esta forma es nativa del sudeste de Norteamérica, encontrándose desde New Jersey hasta México y nunca se ha registrado en el Caribe, aunque existe un reporte (Smith, 1937) que es erróneo. Por excepción, dos piezas fueron trabajadas en *Busycon spiratum* (Lamarck, 1816) y *Busycon carica* (Gmelin, 1791), la primera distribuida desde Carolina del Norte hasta Texas y la otra, desde la costa sur de Cabo Cod hasta Cabo Cañaveral, Florida.

Las veinticuatro conchas estudiadas muestran evidencias de modificación para su uso como recipientes. En general, la tecnología empleada consistió en la extracción de la columela y la eliminación de parte del labio interno (figura 2).

Además, algunas piezas muestran otras modificaciones intencionales. En siete casos (Casa de la Obra Pía, Maestranza de Artillería, Iglesia de Paula, Casa Prat Puig, Oficios 212, Muralla de Mar, Teatro Martí), cierta área del labio externo fue rebajada probablemente con el objetivo de no dañar la boca al ingerir líquidos. En dos ejemplares (Muralla de Mar y Habana 620) se observa un agujero abierto por percusión en la última vuelta por la cara ventral, quizás con el fin de extraer el molusco para consumirlo.

Otras dos piezas (Hotel Saratoga, Casa Prat Puig), muestran agujeros en la cara dorsal; en la primera pieza la perforación es grande y circular (± 56 mm), mostrando en los bordes claras huellas de rebajado; en el otro caso el agujero es rectangular (longitud 25 mm; ancho 8 mm) y fue abierto por percusión, los bordes muestran las huellas del impacto (figura 3).

La ubicación dorsal de estos agujeros parece coincidir con una práctica conocida entre los indios calusas



Fig. 1. Recipientes, *Busycon spiratum*, Casa Cuna, a la derecha; *Busycon carica*, Casa de la Obrapia, a la izquierda, Habana Vieja.

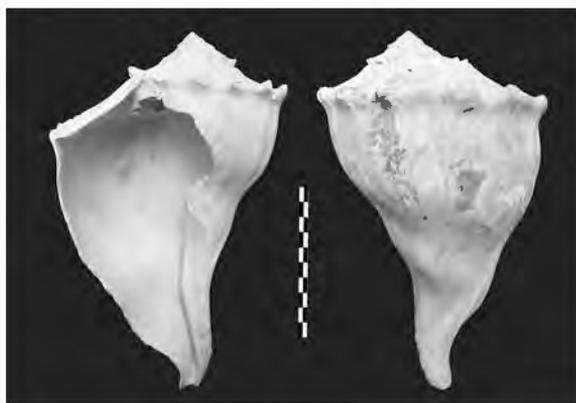


Fig. 2. Recipiente, *Busycon perversum*, vista ventral y dorsal, Convento de Santa Teresa, Habana Vieja.

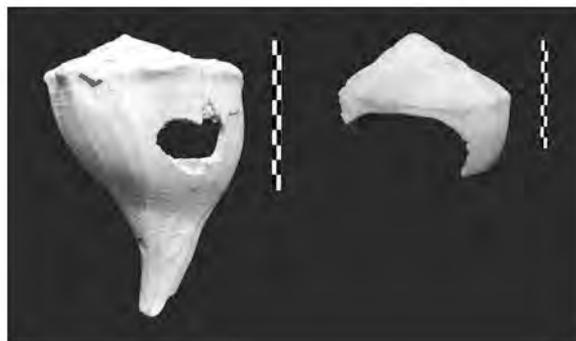


Fig. 3. Recipientes *Busycon perversum*, con agujeros dorsales; en Hotel Saratoga, a la derecha, y Casa Prat Puig, a la izquierda.

ARQUEOLOGÍA

del sureste de La Florida, quienes perforaban las vasijas para inutilizarlas pues mataban así el espíritu que habitaba en ella, lo que se hacía cuando moría su dueño (Blanchard y Marquardt, 1989: 13).

En siete piezas (Hotel Saratoga, Convento de Santa Teresa, Casa Cuna, Mercaderes 162, Maestranza de Artillería y solar en San Ignacio 64) se observa el pulimento de toda la superficie externa de las conchas. Tres de estas piezas (figura 4; Convento de Santa Teresa, Casa Cuna y Maestranza de Artillería) muestran un pulimento y rebajado excepcional que ha hecho desaparecer todas las irregularidades, incluso los tubérculos.

Estos recipientes parecen ser copas ceremoniales empleadas en el consumo de la "bebida negra" (cassee-na o casina para los españoles), una bebida a manera de té cafeinado que se obtenía hirviendo las hojas del Yaupon Holly (*Ilex vomitoria*), planta aquifoliácea muy común en el sudeste de los Estados Unidos.¹ Los recipientes de concha para el consumo ritual de la bebida negra fueron usados por diferentes tribus norteamericanas desde cerca del año 1000 AD hasta al menos los años 1500 AD. En La Florida, la ceremonia de la bebida negra fue practicada, entre otros, por los ais (Andrews y Andrews, 1945) y calusa. Un testimonio de su uso entre los calusa lo encontramos en el libro *Llanto sagrado de la América Meridional*, escrito por el misionero agustino fray Francisco Romero en 1693. Este monje cuenta que de paso por La Habana tuvo en

sus manos una misiva enviada por el jefe calusa Carlos al obispo Compostela, en la cual le reiteraba su disposición, y la de sus vasallos, a convertirse al catolicismo:

"...parecía no aseguraba del todo sus ofertas si no hacía alguna demostración de las que tienen en sus rústicas políticas fuerza y vínculo, y buscando entre ellas la que más le aseguraba, pensó era la más competente enviar la copa en que bebía la casina (yerba que por sana, la usa de continuo toda La Florida) era alhaja, que aunque basta y sin curiosidad, esmaltada de ámbar, la veneraban sus vasallos con respeto de vaso sagrado."

La copa mencionada en el texto era presumiblemente un recipiente de concha de *Busycon*, el cual había sido pulimentado cuidadosamente hasta adquirir la apariencia de estar "esmaltado de ámbar".

Los recipientes ceremoniales encontrados fuera de la Florida presentan grabados muy elaborados, como se aprecia en un ejemplar procedente del montículo Spiro, Oklahoma (figura 5).

En el montículo Spiro y en Moundville, Alabama, se han obtenido, además, varios recipientes que conservaban anillos de residuos oscuros en su interior, sugiriendo que estos fueron usados para los rituales en que se ofrecía la bebida negra. En los ejemplares de recipientes ceremoniales de la Maestranza de Artillería y la Casa Cuna, también se observan estos anillos de residuos.

Con la excepción de los probables recipientes ceremoniales antes mencionados, los restantes constituyen

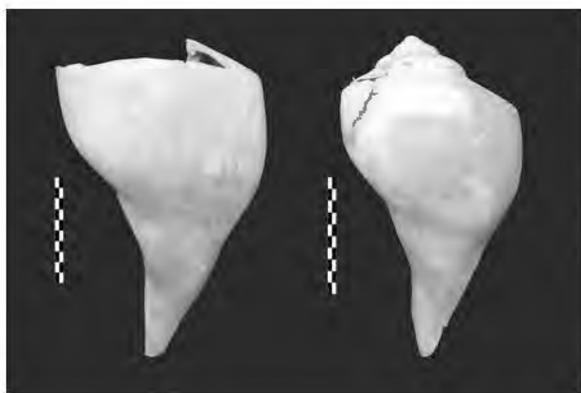


Fig. 4. Recipientes ceremoniales, *Busycon perversum*; Casa Cuna a la derecha, Maestranza de Artillería a la izquierda, Habana Vieja.



Fig. 5. Recipiente ceremonial con grabado en el dorso, *Busycon perversum*; montículo Spiro, Oklahoma, Estados Unidos; a su lado un bivalvo que contiene hojas de Yaupon Holly (*Ilex vomitoria*).

¹ http://wikipedia.org/wiki/Black_drink#Cassina_use_by_the_ais.

vasijas de uso común, muy similares tipológicamente a los "cucharones/vasijas" estudiados por Marquardt (1992: 216), los cuales corresponden a los pueblos indios del suroeste de La Florida, quienes explotaron intensamente como materia prima las gruesas conchas de los grandes moluscos gasterópodos *Busycon* y *Pleuroploca* (Kiener, 1840).

Varias imágenes de los artefactos de La Habana Vieja fueron enviadas a John Dietler (Departamento de Antropología, Universidad de California), quien se especializa en el estudio de la industria de la concha de los aborígenes del sur de La Florida. Este considera que todos los artefactos son recipientes tipo cucharones, y coinciden con las tipologías 1 y 2A de vasijas descritas por Luer (2002: 145), por lo cual es muy probable que estas tuvieran su origen en la región arqueológica Caloosahatchee o fueran elaboradas por algún pueblo afín a los calusas. Las vasijas estudiadas por este autor proceden de la excavación de un montículo sepulcral de arena nombrado "Aqui Esta", localizado al norte de Fort Myers, Florida, y fechado entre los años 1000 y 1200 AD. Este contiene restos humanos, vasijas de cerámica y unas cuarenta conchas de *Busycon* perforadas en su mayoría por la cara opuesta a la apertura natural debido, presumiblemente, a que fueron "muertas" ceremonialmente antes de ser enterradas. Precisamente en este último tipo de contexto arqueológico es donde son más frecuentes, en los Estados Unidos, los hallazgos de estos recipientes. Los estudios de Luer indican que durante este período de tiempo existieron en el suroeste de La Florida dos o tres formas diferentes de vasijas de concha.

Respecto a las vasijas con la superficie externa altamente pulida, este especialista plantea que sólo conoce un ejemplar de La Florida, el cual fue encontrado por Frank H. Cushing en Cayo Marco en 1896 (figura 6). Sin embargo, fuera de esta región son más frecuentes. Por último, John Dietler considera que el hallazgo de una vasija elaborada en una concha de *Busycon spiratum* es raro ya que esta especie exhibe una concha fina y de pequeño tamaño (77-102 mm), que no se presta para usarse como vasija, y nunca ha visto en La Florida un ejemplar hecho con esta especie.

Además del criterio tipológico, otras evidencias dan valor a la hipótesis que defendemos. Una de ellas es la concentración de los sitios en que han aparecido estos artefactos, en La Habana Vieja, excepto uno próximo al Complejo Agroindustrial Manuel Martínez Prieto, mu-



Fig. 6. Recipiente muy pulido, *Busycon perversum*; recolectado por Frank H. Cushing en un montículo en Cayo Marco, Florida, en 1896.

nicipio Boyeros, Ciudad de La Habana, en el cual se encontró un fragmento de *Busycon perversum* sin evidencias de modificación antrópica (Crespo y Jiménez, 2004: 71). Este resto fue relacionado con testimonios aborígenes precolombinos recolectados en la misma área, sin embargo, tal asociación no es confiable, pues el lugar del hallazgo estaba muy alterado y las evidencias se encontraban mezcladas con abundantes restos de cerámicas históricas de los siglos XVIII y XIX (Crespo et al., 1994: 45).

Un último criterio se basa en la cronología de los contextos que ha sido posible fechar, enmarcada entre finales del siglo XVII y primera mitad del XVIII.

Argumentos históricos

Las relaciones de La Habana con La Florida, en tiempos históricos, se iniciaron en el año 1513 con la llegada a la península del conquistador español Juan Ponce de León (Romero, 1995: 141).

A partir de esta fecha se produjo un trasiego eventual de indios floridanos hacia Cuba, el cual incluyó indios del sur (Worth, 2003). En el año 1569, Pedro Menéndez de Avilés creó en La Habana lo que pudiéramos llamar el primer colegio jesuita interindiano, destinado a educar a niños y jóvenes indios de la vecina Florida (Marrero, 1974: 392). Sin embargo, los indios del sur de la Florida y los cayos adyacentes, en particular los calusa, permanecieron recelosos y resistentes ante los españoles por más de ciento setenta y cinco años. A fines del siglo XVII, los pescadores

ARQUEOLOGÍA

habaneros, en particular los tortugueros, habían establecido buenas relaciones con los indios matacumbes que ocupaban la cayería que se prolonga a partir de la extremidad meridional de La Florida, desde Cayo Largo hasta Cayo Hueso, llamados entonces en su totalidad Cayos de los Mártires (figura 7).

Muchos de estos indios aprendieron español y en la década de los setenta del siglo XVII venían a La Habana a trocar algunos de sus productos, particularmente ámbar. A través de los "indios de los cayos" hubo contacto con los calusa e infor mada la Corona pidió, hacia 1680, al obispo García de Palacios que buscara en Cuba eclesiásticos dispuestos a organizar misiones entre estos núcleos de "infeles". García de Palacios sugirió



Fig. 7. Mapa de La Florida a fines del siglo XVII (Marrero, 1976: 101); observe la distribución de las diferentes tribus floridanas.

que se encomendase la misión a los jesuitas. Compostela, que sucedió a García de Palacios, recibió una segunda Real Cédula en la cual se insistía en la necesidad de convertir a los calusa, utilizando para ello los recursos humanos de la diócesis cubana, si bien la Corona estaba dispuesta a encargarse del costo económico [AGI, Santo Domingo, 151 (A. A.); Marrero, 1976: 102]. Gracias a los contactos de los pescadores habaneros con los indios matacumbes, relacionados con los calusa, y a la intercesión de varios obispos, en particular fray Evelino Hurtado de Compostela, esta situación fue cambiando (Marrero, 1975: 163). El obispo envió un mensaje mediante un pescador habanero para negociar con Carlos, el cacique calusa, quien a pesar de las advertencias hechas por sus consejeros los que pensaban que los españoles realmente planificaban esclavizarlo en Cuba, respondió con el envío de un número indeterminado de familias de indios de los cayos para que vivieran en La Habana y así probar las verdaderas intenciones de los españoles. Los indios fueron asentados por las autoridades cubanas en el acantilado conocido como La Cabaña, al otro lado del puerto, donde vivieron por un período de un año y medio (Marrero, 1976: 103). Casi un año después, el cacique Carlos viajó a La Habana. El sábado 3 de diciembre del año 1689, día del apóstol de las Indias, san Francisco Javier, arriba este a La Habana, acompañado de:

"dos hermanos, dos hijos, el capitán de sus armas que llaman El Grande y hasta 20 indios que ellos se intitulan nobles y caballeros, pidiendo el santo bautismo y ofreciendo la reducción de todos sus vasallos... después de haber asistido un mes en esta ciudad, hoy, que es el día 2 de enero de 1690, se vuelve en el mismo barco en que lo trajeron, dando muestra de estar muy agradecido y muy gustoso en haber hecho este viaje" (Marrero, 1976: 103).

Sin embargo, a pesar de las buenas voluntades del obispo Compostela y del cacique Carlos, no se encontraron religiosos dispuestos a partir voluntariamente a evangelizar el territorio de los calusa. Posteriormente, en noviembre de 1697, Carlos aceptó que un reducido grupo de cinco misioneros franciscanos llevaran la fe católica al territorio peninsular bajo su dominio; estos se trasladaron a la costa oeste de la Florida en una embarcación pilotada por un navegante habanero nombrado Francisco Romero. Esta misión tuvo una breve existencia pues los misioneros fueron apresados por los nativos y abandonados en los cayos, donde los res-

cató la misma embarcación que los había llevado (Marrero, 1976: 101-106; Hann, 1991: 85-91; MacMahon y Marquardt, 2004). El viajero italiano Giovanni F. Gemelli Careri, quien por entonces estaba en La Habana, fue testigo del regreso de los misioneros franciscanos, dejando reflejado en su libro de memorias *Giro del Mondo* que:

"el viernes 21 de febrero llegó otro barco del cayo de Matacumbé, pequeña isla del canal de La Florida, con cinco franciscanos que el cacique Carlos había solicitado en el mes de noviembre pasado como misioneros, los que devolvió completamente desnudos por hacer sacar por la noche una procesión frente a la pagoda de los idólatras, por un celo poco oportuno. Los nativos huyeron de inmediato, pero regresaron armados y maltrataron a los religiosos, echándolos del país; de modo que éstos se vieron obligados a retirarse semidesnudos a Matacumbé, un cayo habitado por indios católicos" (Pérez y Berthe, 1971: 83 y 84).

Este personaje también menciona en dos ocasiones el comercio de los calusas con los habitantes de La Habana:

"El sábado 11 de enero llegó un barco de la Florida en veinticuatro horas, que dejó en tierra algunos indios de un cayo, súbditos de un cacique llamado Carlos. Tanto los hombres como las mujeres sólo tenían cubiertas las partes de su cuerpo que el pudor les enseñaba a cubrir; llevaban los cabellos largos y trenzados por detrás; eran idólatras e inclinados tanto a la ociosidad como a toda clase de vicios abominables; se les permitía comerciar, a fin de conducirlos a la verdadera religión, puesto que su príncipe o cacique había accedido a recibir catorce misioneros franciscanos. Sus mercancías más apreciadas consisten en pescados, conchas de tortugas y unos pajaritos que se llaman cardenales".²

"El martes 4 de marzo entró un patache de la Florida, con frutas de esa región y numerosos pájaros cardenales que he visto comprar hasta en diez pesos duros cada uno por los tripulantes de los galeones, y los más baratos por seis. Cuando todo hubo terminado, se dijo que se habían gastado más de dieciocho mil pesos fuertes en esa clase de pajaros".³

A fines del siglo XVII y primeros años del XVIII, ocurrieron una serie de acontecimientos que dieron otro matiz a las relaciones entre las autoridades y habitantes de La Habana y los indios del sudeste de Florida. Los

ingleses atacaron y destruyeron una cadena de misiones franciscanas, al sur de los actuales estados de Georgia y Alabama, las cuales marcaban la frontera entre los dominios de España e Inglaterra (Larrúa, 2004: 206). Junto a los británicos venían como aliados los indios de la tribu yamasee, provenientes de Georgia, los cuales habían sido armados con mosquetes con llave de chispa. Los yamasee penetraron en las regiones central y sur de la península floridana, capturando y vendiendo como esclavos en la ciudad de Charleston, Carolina del Sur, a cientos de indios de las tribus locales. La mayor parte de la reducida población de aborígenes del sur de la Florida se vio obligada a emigrar a los cayos del estrecho peninsular. En 1704, las autoridades de La Habana concedieron permiso para la inmigración permanente de un reducido grupo de indios provenientes de Cayo Hueso, que se asentarían en el mismo sitio donde otros lo habían hecho años atrás, es decir, en el acantilado de La Cabaña, en la margen oriental del puerto (Güemes y Horcasitas, 1743, en Worth, 2004). En 1711, los indios de los cayos sufrieron un feroz ataque de los yamasee que ocasionó muchos muertos, no obstante, la mayoría de ellos fue apresada. Algunos indios sobrevivientes lograron llegar a La Habana a bordo de un barco español y solicitaron de las autoridades que trajesen a sus familiares a la ciudad para cristianizarlos y así salvar sus almas. El obispo fray Jerónimo de Nostris y de Valdés aportó finanzas propias para tal empresa y solicitó además la contribución económica de la población de La Habana.⁴ Finalmente, en la primavera de 1711, dos naves españolas capitaneadas por don Luis Perdomo navegaron a La Florida y trataron infructuosamente de contactar con el cacique Carlos, quien se encontraba en operaciones bélicas contra los yamasee. Allí conocieron que unos 2 000 indios calusas y de otras tribus esperaban ser trasladados a La Habana, no obstante, solo les fue posible embarcar unos 270. La lista de refugiados incluía a jefes como Felipe, cacique calusa bautizado así en honor del rey de España. Llegaron también nobles y personas sin rango, 50 indios calusa y 220 de otros poblados, y otros caciques de las tribus jove, miami, tancha, muspa y rioseco o

² *Cardinalis cardinalis*, pequeña ave passeriforme que habita en La Florida.

³ Pezuela (1868: 242) ofrece una cifra mucho más elevada -180 000 pesos*. Consideramos que esto es un error, cometido al agregar un cero de más al número original. Portell Vilá (1938: 24) y Marrero (1975: 164), repiten este error.

⁴ Swanson, G. (s/f): 1761: "End of the native people" en <http://www.floridakeyhistory.com/pdf/nativend.pdf>

jeaga (Hahn, 1991: 45-47). Todas estas personas fueron ubicadas en la Loma de La Cabaña (Worth, 2003: 4). A los emigrados no les fue bien en La Habana, de la cantidad original, más de 200 murieron en un intervalo de sólo tres meses debido a la proliferación de enfermedades como tifus y viruela. Con posterioridad, los pocos sobrevivientes que quedaron fueron redistribuidos entre varios residentes locales deseosos de asumirlos, no sólo en La Habana sino también en otras regiones de Cuba, y un grupo de entre 16 y 18 retornó a su patria, en La Florida (Worth, 2003). De acuerdo con la información histórica y arqueológica que hemos expuesto, es muy probable que la mayor parte de los artefactos de *Busycon* que estudiamos hayan llegado a La Habana a partir del primer éxodo forzado del año 1704. La amplia distribución de los artefactos en diferentes contextos de la ciudad pudiera indicar la presencia de sus propietarios entre las familias ciudadinas, quizás realizando labores domésticas.

Aunque una gran cifra de indios había fallecido, se sabe que entre 1720-1724 existía una comunidad con más de 200 personas fuera de la ciudad. En la villa de Nuestra Señora de la Asunción de Guanabacoa sobrevivía posiblemente un muy reducido grupo hacia 1731. De esta época se ha documentado la presencia de una mujer calusa en Guanabacoa, cuyo nombre era Leonor Sayas, bautizada así probablemente en honor de la progenitora o la hermana de don Cristóbal de Sayas Bazán, sacristán de la parroquia de esta villa ultramarina, y quien fuera designado por el obispo Jerónimo de Nostris y de Valdés para aprender el idioma de estos inmigrantes y actuar como protector de los "Indios de los cayos de la costa de Florida" (Díaz, 1729; Soto, 1731, en Worth, 2004: 7). Otros grupos de estos "indios Cayos", como también se les denominaba, arribaron durante las décadas siguientes, incluido un grupo de 60 ó 70 que escapaba de un ataque creek a Cayo Hueso, acontecido en mayo de 1760. Estos sobrevivientes fueron asentados, como de costumbre, en la altura de La Cabaña (Worth, 2003), corriendo la misma suerte de otros grupos de indios que llegaron antes, es decir, murieron en poco tiempo a causa de las enfermedades infecciosas comunes en la época.

Indios floridanos en otros lugares de Cuba

Documentos a los que hicimos referencia con anterioridad indican que los aborígenes floridanos del sur este fueron reubicados también en otras localidades fuera de La Habana, tal es el caso de zonas despobladas de la costa sur de Cuba como la Bahía de Jagua, cerca de la actual Ciudad de Cienfuegos. Incluso, se propuso asentarlos en la región de Managua [Managuana en documentos antiguos], al sur de La Habana (León, 1732).⁵ Documentos posteriores ofrecen información sobre incursiones de indios de la Florida a la costa norte de Cuba, en las proximidades de San Juan de los Remedios y Sierra Morena, esta última una pequeña población asentada en los límites entre las actuales provincias de Villa Clara y Matanzas. Estos documentos están incluidos en la correspondencia enviada por el capitán general Diego José Navarro, durante su gobierno (1777-1782), al Consejo de Indias (García y Melis, 1978).⁶ En estos se dice que: "*los indios habitantes de los cayos de Bahamas...⁷ cuando se veían acosados de los de La Florida se pasaban en sus cayucos a vivir... en las proximidades de Remedios y Sierra Morena*".

Nada hemos logrado saber acerca de la identidad de estos "indios de La Florida" y por qué razón atacaban a los que vivían en la costa norte de Cuba, tan distante de esta península. Respecto a los indios que habitaban los cayos localizados al norte de San Juan de los Remedios, hemos encontrado información en las Actas Capitulares de esta ciudad, recopilada por Martínez Escobar (1944: 43-44) y Martínez Fortún (1949: 43-75; 1949: 2). En estas se dice que: "*en 1703, los indios que habitaban los cayos del Canal de Bahama próximos a Cuba, dedicados a la pesca, visitaban continuamente a Remedios para vender pescado y tortugas, adquiriendo, en cambio, otros artículos. Eran considerados como amigos, pues, gratuitamente, prestaban servicios inapreciables a los remedianos, dándoles aviso oportuno de la presencia de velas sospechosas en el mar, lo que permitía la preparación inmediata para la resistencia o para la fuga. En el cabildo de 3 de febrero de 1718 se da orden de que se les dejara pescar libremente, autorizándoles a vender por sí lo que trajesen. Y, finalmente, en el 3 de enero de 1721 se les fijó como precio en venta de la tortuga el de dos reales por cada siete libras*".

⁵ León, M. de (1732): Letter proposing Managua [Managuana] near Havana as a residence for the Keys Indians, July 8, 1732. Archivo General de Indias, Santo Domingo 860, folios 84r-89v (tomado de Worth, 2004).

⁶ AGI, sección XI-Cuba, 1777-1780, legajo 1 293.

⁷ Estos cayos de Bahamas son algunos de los que hoy se incluyen en la mitad occidental del archipiélago Sabana-Camagüey, entre Matanzas y Caibarién.

Llama nuestra atención que la primera referencia en las Actas Capitulares a estos indios de los cayos próximos a Remedios coincide en fecha con el inicio del éxodo forzado de los indios del sur de la Florida hacia el archipiélago próximo a esta península, y luego a La Habana. Es posible que algunos grupos de indios de los cayos floridanos hubieran huido en sus embarcaciones hacia las islas del extremo occidental del archipiélago Sabana-Camagüey. Para ellos, la travesía de la Florida a Cuba no debió ser difícil pues eran hábiles navegantes, al decir de Chuck Blanchard (1989: 12), un arqueólogo floridano estudioso de los calusa: "*se movían en un mundo donde el conocimiento de los vientos, las mareas y las corrientes fue para ellos una segunda naturaleza*". Además, desde fechas históricas bien tempranas existían relaciones entre los aborígenes de La Florida y de Cuba. Hernando de Escalante Fontaneda, un español que vivió entre los calusa por diecisiete años, fue testigo en 1560 de la presencia de indios naturales de Cuba en el dominio calusa, sobre esto dice:

"En la provincia de Carlos, antiguamente aportaron muchos indios de Cuba, en busca deste río; y el padre del rey Carlos, que se llamaba Senquene, los tomó y hizo un pueblo de ellos, que hasta hoy día esta la generación, y por las mismas causas que ellos, partieron otros de sus tierras, que venían a buscar el río Jordán" (Escalante Fontaneda, 1841).

Por otra parte, el idioma no era una dificultad para entenderse con los habitantes de Remedios, pues muchos de los calusas que habitaban los cayos de la Florida a fines del siglo XVII, habían aprendido el castellano.

Resumiendo, es posible que los indios que habitaban los cayos cercanos a Remedios en la primera mitad del siglo XVIII, fueran de origen calusa o de tribus afines y que los indios de La Florida que los atacaban durante la década de los setenta y ochenta de ese siglo pertenecieran a la tribu creek, la cual tomó el mando en los enfrentamientos con los calusa luego de las guerras Yamasee de 1715 (Worth, 2003). Existen evidencias documentales de que la guerra entre ambas tribus se prolongó hasta fines del siglo XVIII (Worth, 2003: 9).

Conclusiones

Como se ha explicado en este artículo, sostenemos la hipótesis de que los hallazgos de artefactos elaborados con las conchas de *Busycon* en sitios arqueológicos

de La Habana Vieja son la prueba arqueológica de la diáspora hacia Cuba, a partir de inicios del siglo XVIII, de aborígenes del sur de La Florida. La documentación de la época, estudiada por Worth (2003, 2004), indica un amplio movimiento migratorio desde tierra firme y cayos adyacentes a La Florida, protagonizado principalmente por los aborígenes calusas y motivado por los conflictos armados entre estos y los aborígenes yamasee, en los primeros tiempos, y los creek a partir de 1715. Este éxodo forzado, había estado precedido por una época de acercamiento entre los indios del sur de La Florida y las autoridades de La Habana a fines del siglo XVII, favorecido por los buenos oficios de los obispos García de Palacios y Compostela (Hahn, 1991).

Los contextos que hemos podido fechar (Iglesia de Paula, Mercaderes 162, Casa Prat Puig y Casa Cuna, etcétera), con el auxilio de la estratificación arqueológica y la cerámica histórica, corresponden al final del siglo XVII y primera mitad del XVIII.

Aunque el 91% de los artefactos son recipientes de uso ordinario, tres de ellos (Convento de Santa Teresa, Casa Cuna y Maestranza de Artillería; ver figura 4) debieron serlo para fines religiosos relacionados con la ceremonia de la bebida negra, practicada extendidamente entre los calusas y los ais de La Florida. El extraordinario pulimento, el rebajado de sus bordes y las marcas de residuos de la bebida negra son un indicativo confiable para aseverarlo.

Agradecimientos

J. F. Milera (†), Departamento de Colecciones, Instituto de Ecología y Sistemática, CITMA; doctora Lourdes Domínguez, Luis A. Francés, Alejandro Nolasco, Rubén Cabrera, Luigi Hernández, Eduardo Martell (Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana); Alexander Pérez Almira, Joao Hidalgo (Grupo de Arqueología, Empresa de Monumentos, Oficina del Historiador); Abel Hernández Muñoz (Museo de Historia Natural, Sancti Spiritus); doctor John E. Worth (Director asistente, Randell Research Center, Florida Museum of Natural History, Florida), John Dietler (Departamento de Antropología, Universidad de California).

Tabla 1. Datos generales de las conchas de *Busycon*, La Habana Vieja

Sitio	Contexto	Cronología	N	Fuente	Longitud total (mm)
1. Casa de la Obrapia, esquina a Mercaderes	Caballeriza 1, 100235, secc. AX 0.25 - 0.50 m	Siglo XVI-XVIII	1	Domínguez, 1948:5; L. Domínguez, com. pers., 2007	<i>Busycon carica</i> (adulto), 171
2. Palacio de los Capitanes Generales	Código 100197, caja 419	?	2	Romero, 1995: 141	<i>Busycon perversum</i> (juvenil), 193
3. Garita de la Maestranza de Artillería	Rellenos secundarios, GBC207, GBC202	Siglos del XVII-XIX	2	Romero, 1984: 135 Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto sin espira), 275 <i>Busycon perversum</i> fragmento (adulto)
4. Hotel Saratoga, Prado y Dragones	Basurero	Finales siglo XVIII, inicios XIX	2	Torres et. al., 2001: 76	<i>Busycon perversum</i>
5. Teatro Martí, Dragones y Zulueta	Basurero	Finales siglo XVIII, inicios XIX	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> fragmento (adulto)
6. Muralla de Mar, Empedrado y Tacón	Basurero A-36 (UE-54)	1725-1800	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 219
7. Hostal del Comendador, Obrapia 55 esquina a Baratillo	Relleno letrinoso secundario (UE-52)	Finales siglo XVII, primera mitad XVIII	1	Roura, 2002: 9	<i>Busycon perversum</i> (adulto sin espira), 190
8. Casa Cuna, Oficios 212 esquina a Muralla	Letrina (UE-37c)	Finales siglo XVII, a primer cuarto XVIII ⁸	4	Pérez et. al., 2007	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 262 (adulto), 209 (adulto), 274 <i>Busycon spiratum</i> (adulto), 65
9. Convento de Santa Teresa, Compostela 508 esquina a Teniente Rey	Basurero ⁹	Segunda mitad del siglo XVII, primera década del XIX	3	Joao Hidalgo, com. pers., 2007	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 267 <i>Busycon perversum</i> (adulto)
10. San Pedro 12	?	Siglo XIX	1	Pérez et. al., 2005	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 231
11. Zanja Real, tramo próximo a la Puerta del Arsenal	Rellenos secundarios junto a la Muralla	?	1	Alexander Pérez, com. pers., 2007	<i>Busycon perversum</i>
12. Casa, Habana 620	Canal hidráulico	?	1	Pérez et. al., 2007	<i>Busycon perversum</i> (juvenil), 128

⁸ De acuerdo con las evidencias recuperadas en la UE-37c, a su posición estratigráfica y relación con la UE-37b suprayacente, los autores de este trabajo la redefinimos cronológicamente.

⁹ Comunicación personal de Joao Hidalgo.

Continuación tabla 1. Datos generales de las conchas de *Busycon*, La Habana Vieja

Sitio	Contexto	Cronología	N	Fuente	Longitud total (mm)
13. Mercaderes 162 esquina a Lamparilla	Rellenos secundarios, A-32, UE-72 y UE-11	Finales del siglo xvii a inicios del xviii	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), <i>Busycon</i> sp.
14. Casa Prat Puig, Teniente Rey 159 esquina a Cuba	A-18-14-UI	1701-1750	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 171
15. Casa San Ignacio 314 esquina a Amargura	?	?	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i>
16. Solar, San Ignacio 64 esquina a Lamparilla	Rellenos secundarios vertidos después de 1750, A-39, cantera 1, trinchera 8, UE26	Siglo xviii?	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto)
17. Iglesia de Paula, Avenida del Puerto	Rellenos secundarios, A-14, UE 84	Siglo xvii tardío	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 222
18. O'Reilly 214, esquina a San Ignacio	Rellenos secundarios,	Siglo xviii	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto)

BIBLIOGRAFÍA

ANDREWS, C. M. y E. W. ANDREWS (1945): "Jonathan Dickinson's Journal or, God's Protecting Providence", being the *Narrative of a Journey from Port Royal in Jamaica to Philadelphia between August 23, 1696 to April 1, 1697*. Yale University Press.

BLANCHARD, C. (1989): "The Calusa and Their Watercraft", en *Calusa News* 3, Florida Museum of Natural History.

COLECTIVO DE AUTORES (2005): *San Pedro 12 y 14: Estudio histórico-arqueológico de un sitio urbano*, Empresa de Restauración de Monumentos, Agrupación de Trabajos Especializados, Equipo de Arqueología, Oficina del Historiador, Multimedia.

CRESPO DÍAZ, R., M. RIVERO DE LA CALLE, J. F. MILERA (1994): "Primer reporte de *Crassostrea virginica*, Gmelin, 1791 (Mollusca: Bivalvia: Ostreidae) en un sitio arqueológico aborigen de Cuba", en *Boletín Casimba*, no. 6, año 5, serie 1.

CRESPO DÍAZ, R., O. JIMÉNEZ VÁZQUEZ (2004): "Arqueología precolombina del municipio Boyeros", en *Gabinete de Arqueología*, no. 3, año 3.

DÍAZ, J. H. (1729): Baptismal record for Maria Antonia, daughter of Leonor de Sayas, May 13, 1729, Archivo Parroquial, Church of Nuestra Señora de la Asunción (Guanabacoa), Registro de Bautismos, Book 3P, folio 29, no. 159.

DOMÍNGUEZ, L. (1984): "La casa de la Obrapia o Calvo de la Puerta en la Habana Vieja", en *Arqueología colonial: dos estudios*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

ESCALANTE FONTANEDA, H. (1841): *Memoire sur la Floride ses côtes et ses habitants...* (Colección Ternaux-compans), Paris.

GARCÍA DEL PINO, C. A. y A. MELIS CAPPA (1978): *Catálogo parcial de los fondos de la sección XI -Cuba- del Archivo General de Indias*, Editorial Orbe, La Habana.

GUÈMES Y HORCASITAS, J. F. DE (1743): Letter regarding the Keys Indians, July 26, 1743, Archivo General de Indias, Santo Domingo 860, folios 136r-143v.

HANN, J. H. (1991): *Missions to the Calusa*, Gainesville, University of Florida Press.

ARQUEOLOGÍA

- LARRÚA, S. (2004):** *Cinco siglos de evangelización franciscana en Cuba* (t. I, 1492-1886), Custodia Franciscana del Caribe, Carolina, Puerto Rico.
- LEÓN, M. DE (1732):** Letter proposing Managuna [Managuana] near Havana as a residence for the Keys Indians, July 8, 1732, Archivo General de Indias, Santo Domingo 860, folios 84r-89v.
- LE RIVEREND, J. J. (1960):** *La Habana (biografía de una provincia)*, Imprenta El Siglo xx, Muñiz y Cia, Brasil 153-157, La Habana.
- LUER, G. M. (2002):** "The Aquí Esta Mound: Ceramic and Shell Vessels of the Early Mississippian-Influenced Englewood Phase", en *The Archaeology of Upper Charlotte Harbor*, Florida, edited by G. M. Luer. FASP Publication no. 15, Florida Anthropological Society, Tallahassee.
- MACMAHON, D. A., W. H. MARQUARDT (2004):** *The Calusa and Their Legacy: South Florida People and Their Environments*, University Press of Florida.
- MARRERO, L. (1974):** *Cuba: Economía y sociedad*, t. II, Editorial Playor, S. A., Madrid.
- _____ (1975): *Cuba: Economía y sociedad*, t. IV, Editorial Playor, S. A., Madrid.
- _____ (1976): *Cuba: Economía y sociedad*, t. V, Editorial Playor, S. A., Madrid.
- MARQUARDT, W. H. (1992):** "Shell artifacts from de Caloosahatchee area", cap. 5, en *Culture and Environment in the Domain of the Calusa*, monograph 1, Institute of Archaeology and Paleoenvironmental Studies, University of Florida, Gainesville.
- MARTÍNEZ ESCOBAR, J. (1944):** *Historia de Remedios*, Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología, vol. XV, Jesús Montero, editor, Obispo 521, La Habana.
- MARTÍNEZ FORTÚN y FOYO, J. A. (1949):** *Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*, t. I (1492-1849), Imprenta Pérez Sierra y Comp., Compostela no. 102-104.
- _____ : *Apuntes históricos de Caibarién* (apéndice), La Habana.
- PÉREZ ALMIRA, A. M., J. M. TORRES PICO, R. MUÑOZ REITOR, Y. OCTURNEL CAMPOS, M. MENÉNDEZ CEPERO, J. L. PAGÉS ALBA (2007):** *Estudio histórico-arqueológico de Oficios* 212, Empresa de Restauración de Monumentos, Agrupación de Trabajos Especializados, Equipo de Arqueología, Oficina del Historiador, Multimedia.
- PÉREZ DE LA RIVA, J., J. P. BERTHE (1971):** "La Habana de fines del siglo xvii vista por un italiano, Gemelli Careri", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 62, no. 2, mayo-agosto.
- PEZUELA, J. (1868):** *Historia de la Isla de Cuba*, t. II, Imprenta de Bailly-Baillière, Madrid.
- PORTELL VILÁ, H. (1938):** *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, t. I (1512-1853), Jesús Montero, editor, Obispo 521, La Habana.
- ROMERO, FRAY FRANCISCO (1693):** *Llanto Sagrado de La América Meridional*, Milán.
- ROMERO ESTÉBANEZ, L. S. (1984):** "La maestranza de artillería de La Habana. Sitio histórico arqueológico", *Memorias del 2do Simposio de la Cultura*, Ciudad de La Habana.
- _____ (1995): *La Habana arqueológica y otros ensayos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- ROURA, L. (2002):** "Enterramientos humanos en la casa de Obrapia no. 55", en *Gabinete de Arqueología* no. 2, año 2.
- SMITH, M. (1937):** *East Coast Marine Shells*, Edwards Brothers Inc., Michigan.
- SOTO, F. A. DE (1731):** "Baptismal record for Maria Casilda, daughter of Leonor de Sayas, April 15, 1731", Archivo Parroquial, Church of Nuestra Señora de la Asunción (Guanabacoa), Registro de Bautismos, book 3P, folio 55, no. 111.
- TORRES PICO, J. M., R. CRESPO DÍAZ y R. VERGARA RODRÍGUEZ (2001):** "Restos de animales en un yacimiento histórico habanero", en *Gabinete de Arqueología*, no.1, año 1.
- WORTH, J. E. (2003):** "The evacuation of South Florida, 1704-1760", paper presented at 60th annual Southeastern Archaeological Conference, Charlotte, North Carolina, November 13.
- _____ (2004): "A history of Southeastern Indians in Cuba, 1513-1823", paper presented at 61st Annual Meeting of The Southeastern Archaeological Conference, St. Louis, Missouri, October 21-23.

La Arqueología Histórica en el estudio de la resistencia esclava¹

Por: Gabino La Rosa Corzo

RESUMEN

La implementación de los postulados de la Arqueología Histórica en el estudio de contextos de resistencia esclava en Cuba, como los refugios de cimarrones y palenques, brinda la posibilidad de reconstruir la cultura material de estos. Así es posible diferenciar variantes y particularidades dentro de grandes conjuntos culturales, descubrir su interrelación no visible documentalmente y diferenciar grupos étnicos dentro de una misma comunidad o asentamiento, a partir de tuestos y piedras. De esta manera, la arqueología complementa la información aportada por las fuentes históricas escritas, sesgadas en muchos aspectos, completando, con ello, la visión histórica de aquella sociedad esclavista.

ABSTRACT

The implementation of principles of Historical Archaeology within the framework of studies involved with the contexts of slave resistance in Cuba, namely runaway slave settlements and shelters, helps rebuilding their material culture. Based on sherds and stones it is possible to make distinctions and identify special features within large cultural groups and discover the interrelation among links, which goes unnoticed in the documentation and determine differences among ethnical communes inside the same community or settlement. In this way, archaeology complements the information slanted in many ways, found in written historic sources, thus completing the approach of the former slave society.

Los estudios arqueológicos de sociedades con escritura tienen una larga tradición en el Viejo Mundo, y se enmarcan dentro de las llamadas Arqueología Clásica, Arqueología Bíblica y Arqueología Posmedieval, entre otras.

Sin embargo, el término Arqueología Histórica no se usa en Europa, e inclusive, algunos autores discrepan de su uso, o por lo menos, dudan de la existencia de un campo del saber que se ha desarrollado de forma particular en el Nuevo Mundo para dar respuesta a las interrogantes nacidas de la necesidad de conocer las sociedades que surgieron al calor de la colonización europea. Estas discrepancias han sido recogidas en numerosos trabajos, en particular en un volumen editado por Pedro Pablo Funari, Martin Hall y Sian Jone, titulado: *Historical Archaeology, Back from the Edge*, publicado durante 1999 en Londres.

Este término se aplica de manera particular al estudio de los asentamientos humanos que nacieron del contacto y mezcla de las culturas autóctonas con las de otros continentes; a procesos y fenómenos acerca de los cuales la documentación escrita es pobre, fragmentada o inexistente.

Pero esta no es la única razón. Se trata de que la aplicación de los principios de la ciencia arqueológica a estos fenómenos, con independencia de la existencia de fuentes documentales más o menos ricas, pone al descubierto mecanismos internos de los procesos de transculturación, etnicidad e identidad, muy poco visibles, por decirlo de algún modo, dentro de la documentación histórica.

Como campo del saber, encuentra sus primeros ensayos durante los años treinta de la pasada centuria en Estados Unidos y otras partes de América, como por ejemplo Cuba, pero no fue hasta el año 1967, con la creación de la Society for Historical Archeology, que cobró cuerpo a escala continental como campo específico del quehacer arqueológico.

En el caso de Cuba, aunque desde 1962 existieron instituciones que contaron con financiamiento estatal para dedicarse a las investigaciones arqueológicas, estas priorizaron el estudio de sociedades ágrafas, por lo que este campo fue desarrollado fundamentalmente gracias al interés

¹ Conferencia impartida por el doctor Gabino La Rosa Corzo en el II Seminario Internacional de Arqueología, celebrado en La Habana en octubre de 2007.

| ARQUEOLOGÍA |

particular de determinados profesionales, hasta el nacimiento del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

Así, al combinar la información histórica y la contenida en los restos y desechos materiales de aquellos procesos históricos, se emprendió la búsqueda de respuestas a la historia de la gestación del Nuevo Mundo.

Desde sus primeros balbuceos se inclinó hacia el estudio de los espacios del poder colonial. De esta manera, los campamentos militares y fortificaciones, iglesias, palacios y haciendas, y en menor medida las comunidades indias, condujeron a la descripción de objetos y útiles vinculados al proceso de colonización, vistos, en lo fundamental, desde los centros de poder y las espaciosas y cómodas viviendas de las élites gobernantes. En esta visión debió tener peso el carácter museal de la Arqueología de aquellos años.

Con el surgimiento de sociedades e instituciones que asumieron el papel directriz y orientador de las investigaciones en este terreno, en la segunda mitad de esa centuria, el nuevo campo del saber se fortaleció, precisó objetivos y métodos particulares, y justificó su existencia como un campo específico de la Arqueología como disciplina científica.

Las dos últimas décadas han sido testigos de importantes variaciones en este terreno. Desde los espacios de las élites, se ha ido ampliando el interés, los objetivos y las interrogantes hacia los espacios de clases y sectores populares. Hoy día, a pesar de la no existencia de principios metodológicos uniformes en la disciplina a escala internacional, los enfoques sociales dentro de la Arqueología Histórica han venido ganando terreno.

Dado que la disciplina denominada Arqueología fundamenta su estudio en el análisis de las evidencias de la cultura material, no sólo amplía y complementa, sino que también penetra en aspectos que son interés de las ciencias sociales contemporáneas y que van más allá de la reconstrucción histórica de los acontecimientos.

Se trata no sólo de que la Arqueología Histórica es el recurso más provisorio para establecer la relación entre los datos materiales, aportados por las evidencias, y los datos documentales. La Arqueología Histórica, al fundamentar su análisis y reconstrucción, tanto en el tiempo como en el espacio histórico, a partir de los remanentes de la cultura material, es capaz de diferenciar variantes y particularidades dentro de grandes nódulos culturales, poner al descubierto la interrelación no visible documentalmente de vínculos y nexos,

y diferenciar grupos étnicos dentro de una misma comunidad o asentamiento desde tuestos y piedras.

Una revisión de lo que acontece en esta disciplina en los últimos años resulta reveladora. Sin abandonar la consecución de objetivos en las grandes ciudades, y de la contribución de la llamada Arqueología urbana al rescate patrimonial y al fomento de las economías nacionales, el interés se ha ido extendiendo hacia las zonas rurales y hacia cuestiones esenciales de la historia americana, como por ejemplo la esclavitud. Y dentro de esta última, la atención ha ido girando desde las viviendas de los hacendados hacia los espacios de los esclavos, en lo fundamental las enfermerías, barracones y cementerios.

Entre las numerosas contribuciones al estudio de los espacios de los esclavos tenemos los trabajos de Leland Ferguson (1992) y James Delle (1994). Este desplazamiento se hace patente en tres importantes compilaciones de temas de Arqueología Histórica, me refiero a los textos de Jay Havisser, 1999; Theresa Singleton, 1999 y Paul Farnsworth, 2001, dedicados en gran medida a esos espacios.

Sin embargo, y especialmente en el Caribe, aún resultan pobres los esfuerzos destinados al estudio de los espacios de la resistencia esclava, a pesar de que en ellos tiene la Arqueología Histórica uno de sus retos más trascendentales como ciencia.

Desde el punto de vista histórico se ha reconocido que el proceso de las gestas independentistas y su ideario constituyen el principal rasgo social que tipifica las sociedades americanas. Sin embargo, está aún por reconocerse que la resistencia a la esclavitud y el ideario abolicionista, fenómenos estrechamente vinculados a los anteriores, son sus rasgos distintivos fundamentales o, por lo menos, forman parte importante de los anteriores.

En estos terrenos son los recursos de la Arqueología Histórica los que permiten efectuar una crítica más efectiva a las fuentes documentales generadas desde los centros del poder colonial. Y dado que estas fuentes constituyen, hasta el presente, el soporte informativo fundamental para el conocimiento de esa parte de la historia americana, resulta difícil encontrar resultados donde el esclavo, y sobre todo estos en su condición de cimarrones, sean contemplados y estudiados desde una perspectiva antropológica.

La Arqueología Histórica facilita un acercamiento más abarcador y de mayores ribetes al cimarrón: a su

modo de vida, costumbres, tácticas defensivas y, sobre todo, el proceso de transculturación en el que se encontraba inmerso.

Las evidencias materiales obtenidas mediante trabajos controlados permiten establecer no sólo marcos cronológicos de ocupación de los lugares utilizados como refugios o asentamiento. Aunque existen similitudes, en sentido general, entre los lotes de evidencias arqueológicas de los contextos coloniales urbanos y de viviendas y otras construcciones rurales, puede afirmarse que las evidencias arqueológicas y la deposición y distribución espaciales que caracterizan los sitios o refugios de cimarrones, gozan de particularidades y ribetes distintivos y constituyen un novedoso campo de experimento y validación de los postulados fundamentales de la Arqueología Histórica.

Las características específicas de los sitios que sirvieron de escondite a los cimarrones, dentro de las que se cuentan la inaccesibilidad y el camuflaje, lo que incide en el apoyo logístico y en un mayor grado de dificultades para el trabajo arqueológico; las relaciones táctico-espaciales de los conjuntos de sitios entre sí, ya que, por ejemplo, dentro de un conjunto de sitios localizados en una misma zona agreste cada sitio pudo tener una función particular dentro de las tácticas defensivas y subsistenciales.

Según mi experiencia, existen campamentos o sitios destinados a vigías; otros, a actividades primarias de carnicería y, otros, a paraderos o lugares de tránsito entre las haciendas del llano y los sitios más adentrados, siempre ocupados por un mayor número de personas con estancias más prolongadas. Así, las particularidades de la deposición y asociación de las evidencias materiales, en correspondencia con la función del sitio dentro de las tácticas defensivas de estos grupos que vivían en acoso, requieren de un tratamiento singular dentro de la Arqueología Histórica, amén de un conocimiento muy profundo de la vida cotidiana del cimarrón.

La resistencia a la esclavitud por parte de los africanos y sus descendientes nacidos en cautiverio, constituye parte consustancial de la historia y de la formación de las sociedades americanas.

Sin embargo, no sólo se encuentran presentes las particularidades concomitantes a la función del sitio en particular; existen otros postulados que de manera compleja inciden en este tipo de estudio.

Una de estas cuestiones es la constante permuta de refugios o escondites que hacían los cimarrones. Re-

curso con el que lograban burlar el cerco de sus perseguidores. El repliegue táctico era en este caso parte consustancial de la sobrevivencia, lo que a su vez incidió en la deposición, distribución espacial y tipo de evidencias materiales que en estos sitios se localizan. Las bandas cimarronas, amparadas en las ciénagas, desarrollaron tácticas de supervivencia mucho más violentas; mientras que los apalencados, afincados en asentamientos en lugares apartados de las altas montañas crearon y recrearon otras formas de sobrevivencia y de resistencia a la esclavitud.

Estas diferencias cualitativas en el modo de resistencia de los grupos de esclavos prófugos en correspondencia con el medio geográfico y con sus recursos grupales, confieren a la resistencia esclava, como fenómeno social inherente a las sociedades americanas que basaron su desarrollo en la economía de plantaciones esclavistas, matices y complejidades que sólo la Arqueología Histórica y el estudio de los restos de la cultura material de estas diferentes formas de agrupamiento humano pueden develar.

Pero hay mucho más: en los países de América donde la resistencia esclava y las comunidades que ella generó sólo son parte de su historia, por haber desaparecido como entidades y no haber quedado descendientes como los que aún pugnan por el reconocimiento de su legitimidad, como, por ejemplo, en Brasil, Colombia, Jamaica y Surinam, se carece de respuestas adecuadas sobre las condiciones de subsistencia, de los componentes de la cultura material y de la vida cotidiana.

El estudio histórico o arqueológico que se hace acerca de las plantaciones y haciendas esclavistas son una parte del problema, si se quiere la más sórdida y crítica del sistema, pero la parte más edificante, la parte más consonante con la historia de los pueblos y con el espíritu americano, mira hacia los quilombos o palenques, que como aldeas ocultas y secretas levantadas por comunidades de africanos y sus descendientes nacidos en América caracterizan, en esencia, el espacio de los marginales en buena parte de las sociedades caribeñas.

Casos excepcionales resultan los de Brasil, Colombia, Jamaica y Surinam, lugares en los que todavía es posible dialogar con los descendientes de aquellas comunidades marginadas o poner sobre el tapete los derechos de sus descendientes, como divulgara un trabajo publicado en *The New York Times* el 23 de enero del año 2001, sobre la comunidad del Mangal do Barro Vermelho, en Brasil (Rohter, 2001); terreno en el cual se

ARQUEOLOGÍA

han destacado los trabajos antropológicos de Bárbara Kopytoff sobre Jamaica (1975) y Richard Price sobre Surinam (1975) y Del Castillo sobre Colombia (1982), dentro de un reducido grupo de historiadores y antropólogos que han ofrecido una visión de las estructuras sociales, el parentesco, el linaje, la residencia y el imaginario colectivo, así como los remanentes africanos en las lenguas de aquellos poblados y sus pobladores.

Sin embargo, por constituir estudios basados en *fuentes vivas* no brindan la posibilidad de su generalización en muchos otros territorios del Caribe, donde aquellas comunidades y sus descendientes desaparecieron en el proceso de integración de las sociedades americanas, tal es el caso de Cuba.

Empero, las características administrativas de la corona española en América determinaron la existencia de una abundante documentación en la que, durante las últimas décadas, numerosos historiadores y antropólogos han hurgado en busca de respuestas a estas cuestiones.

En el caso de la mayor de las Antillas, donde la economía de plantación esclavista alcanza su mayor desarrollo entre 1790 y 1860 y que fue uno de los últimos bastiones de la esclavitud y el colonialismo en el continente, atesora en sus archivos miles de documentos que permiten penetrar en el proceso histórico por el que atravesó la esclavitud del africano y sus descendientes en la Isla, así como estudiar las diferentes vías por las cuales este expresó su inconformidad, ya fuera de forma abierta o directa mediante la conspiración o la rebelión, o en forma de resistencia, con el apalencamiento, cimarronaje individual o en grupos, e inclusive de manera pasiva: como lo fueron el aborto, el suicidio, la rotura de equipos y la resistencia al trabajo, entre otras.

Pero sucede que esta documentación es muy ilustrativa acerca de las formas y frecuencias de las fugas, de las zonas geográficas que sirvieron de refugio o asentamiento, número de habitantes que podía tener, tipos de cultivos, número y tipo de viviendas; pero contiene poca información acerca de la vida cotidiana de estas comunidades, del grado de asimilación de la cultura impuesta, de las técnicas para subsistir adquiridas en cautiverio o heredadas de sus ancestros.

Por ello, es la Arqueología, o sea, el estudio de los espacios ocupados y de la basura o desechos materiales de estos grupos humanos, lo que nos posibilita acceder a los detalles de su vida cotidiana y conocer su cultura material, y así, poder develar las raíces africa-

nas y el proceso de transculturación que en ella debió producirse como reflejo de las variaciones ocurridas en la vida, conducta, conocimientos y hábitos de los grupos esclavizados como consecuencia de su introducción en los territorios americanos.

Por esto, numerosos antropólogos han buscado en la Arqueología una vía de acceso a la comprensión de la cultura material del palenque, pues, como sucede con toda documentación histórica, los documentos sobre los marginales emanaron del centro; en cambio, la cultura material de estos se recreó en sus orígenes y respondió a la visión, misión y recursos propios.

Como una consecuencia inmediata de este proceso en los estudios antropológicos y arqueológicos americanos, desde mediados del pasado siglo la Arqueología en Cuba ha desplegado importantes trabajos de terreno en la búsqueda de evidencias materiales a través de las cuales se pueda emprender la reconstrucción etnohistórica de las aldeas fundadas por los esclavos prófugos.

Sobre la base de la amplia documentación histórica existente en la Isla, fue posible establecer, inicialmente con carácter de hipótesis, la presencia de diferencias regionales en las formas de manifestarse la resistencia esclava. El trabajo de campo y el estudio de las evidencias materiales permitió poner al descubierto que, efectivamente, en las zonas montañosas de la región oriental de la Isla, por ejemplo, predominó como forma principal de resistencia esclava el apalencamiento o erección de aldeas ocultas, a pesar de que la cifra de población esclava en esa zona era inferior a la concentrada en la región occidental, territorio en el que se encontraban las cifras mayores de esclavos y contaba con algunas cordilleras montañosas y zonas de ciénagas.

Dada la alta concentración de plantaciones esclavistas en las llanuras que rodean estas cordilleras de relativa poca altura, a los esclavos prófugos sólo les quedaba como espacio marginal o vía de escape las zonas pantanosas del sur del territorio y estas elevaciones, pero el espacio físico disponible era reducido, por lo que aquí la erección de aldeas estables en las que se cultivara y se restableciera la vida en comunidad era de mucho riesgo; de ahí que lo que predomina son los escondites o refugios temporales en cuevas y abrigos rocosos.

Estas diferencias en las formas que adoptó la resistencia esclava determinaron variaciones en los sistemas de acoso y exterminio. Mientras en la región oriental se organizaban grandes expediciones durante dos o tres meses al año con tropas de hasta ciento cincuenta efec-

Fig. 2. Fragmento de una olla de hierro colado con tres patas de apoyo, conocida en Cuba por *trebede*. Procede del sitio Cueva de los Matojos. (Foto del autor.)



Fig. 1. Hormas de barro para fabricar azuleos. También aparece una damajuana y un bote. (Foto del autor.)



En cambio, el consumo elevado de azúcar como recurso energético fue un hábito adquirido por el esclavo en la plantación azucarera, lo que implica la abundancia de los restos de hormas de barro de las que se usaban para la fabricación de este producto en los ingenios. La substracción del azúcar de un ingenio resultaba fácil para el esclavo si se hacía durante el proceso productivo, o sea, junto con el molde que la contenía durante el proceso de purga; después que el pan de azúcar era exfiltrado, se guardaba bajo llave. Las quejas de los administradores de los ingenios atestiguan esto. Es curioso comprobar como en los escondites cercanos a las plantaciones azucareras estos tesoros resultan muy abundantes y prácticamente inexistentes en los más alejados.

El uso del tabaco está retornado por la documentación histórica en el caso de los poblados (palenques), en los que en ocasiones se registra la presencia de este cultivo y también en lo referente a los refugios temporales testimonian lo mismo la abundancia de pipas de fumar y cachimbos de elaboración rústica. De muchos es conocido que los africanos introducidos durante los siglos XVIII y XIX ya tratan el hábito del consumo del tabaco en pipas. Matthew C. Emerson (1999: 47-82) ha realizado un magnífico estudio acerca de la presencia africana en las decoraciones de las pipas rústicas de fumar de los esclavos en plantaciones de Estados Unidos. En el caso de Cuba, se ha podido estudiar una amplia colección procedente no sólo de

individuos. Se conoce que los esclavos prófugos, en ocasiones, ascendían a los refugios con grilletes, los cuales eran rotos y abandonados en los escondites cercanos a las plantaciones; se puede afirmar que como recursos alimenticios consumieron aves, reptiles y mamíferos que eran obtenidos mediante la caza y la captura en las zonas boscosas, pero también aves de corral, cerdos, vacas y caballos, los cuales eran

Se ha podido comprobar, mediante el trabajo de campo, que en las zonas orientales parece frecuente la erección de aldeas en las laderas de las grandes montañas como recurso táctico defensivo, o sea, los poblados cimarrones en Cuba no fueron levantados ni en las cimas ni en las partes bajas o cuencas de arroyos. Lo primero los hubiera hecho visibles desde largas distancias y lo segundo habría sido un error táctico defensivo de primer orden. Por esto, se seleccionaban las laderas y para hacer el espacio habitable se construían taludes artificiales en los que erigían sus ranchos y viviendas. En cambio, en el occidente, los conjuntos de pequeños refugios, casi siempre en abrigos rocosos y cuevas, se encuentran vinculados entre sí, ofreciendo cada uno de ellos una función específica dentro de las tácticas defensivas, pues existen escondites cercanos a las plantaciones que sirvieron de vigías mientras que los restantes, de forma escalonada, ofrecían abrigo cada vez más a un número mayor de individuos.

En las zonas de las regiones central y occidental la persecución de apenas seis integrantes, que rastrearían de manera permanente un territorio asignado. Se ha podido comprobar, mediante el trabajo de campo, que en las zonas orientales parece frecuente la erección de aldeas en las laderas de las grandes montañas como recurso táctico defensivo, o sea, los poblados cimarrones en Cuba no fueron levantados ni en las cimas ni en las partes bajas o cuencas de arroyos. Lo primero los hubiera hecho visibles desde largas distancias y lo segundo habría sido un error táctico defensivo de primer orden. Por esto, se seleccionaban las laderas y para hacer el espacio habitable se construían taludes artificiales en los que erigían sus ranchos y viviendas. En cambio, en el occidente, los conjuntos de pequeños refugios, casi siempre en abrigos rocosos y cuevas, se encuentran vinculados entre sí, ofreciendo cada uno de ellos una función específica dentro de las tácticas defensivas, pues existen escondites cercanos a las plantaciones que sirvieron de vigías mientras que los restantes, de forma escalonada, ofrecían abrigo cada vez más a un número mayor de individuos.

ARQUEOLOGÍA

plantaciones sino también de palenques y refugios de cimarrones (La Rosa, 1999).

Los cimarrones y apalencados utilizaron todos los recursos materiales que podían obtener en las plantaciones, por esto es común la presencia de restos de contenedores de líquidos, tales como las botijas y las damajuanas y vasijas para la preparación de alimentos como las ollas de hierro colado (trébedes) y ollas de barro; pero altamente significativo ha resultado la comprobación de que los cimarrones refugiados en las alturas Habana-Matanzas fabricaron útiles de barro, entre los que se encuentran las cachimbas para fumar y las ollas para cocer alimentos, algunos de los cuales fueron decorados con motivos que recuerdan los diseños africanos.

En fin, la Arqueología brinda la posibilidad de reconstruir la cultura material de los refugios de los cimarrones y los palenques como espacio de la marginalidad para con ello completar la visión histórica de aquella sociedad, pues la historia social del Caribe se revelará en su plenitud en la misma medida en que incluya dentro de su objeto el espacio de los marginales, por cuanto en él subsistió una cultura con signos y funciones propios que revelan las transformaciones más profundas que se producían en las sociedades de la América de las pasadas centurias y a las cuales no es ajena la América actual.

BIBLIOGRAFÍA

DEL CASTILLO, N. (1982): *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

DELLE, J. A. (1994): "The settlement pattern of sugar plantations on St. Eustatius, Netherlands Antilles". In *Spatial Patterning in Historical Archaeology: Selected Studies of Settlement*, edited by D. Linebaugh and G. Robinson. Occasional paper in *Archaeology* n. 2. Williamsburg, Va. William and Mary Center for Archaeological Research.

EMERSON, M. (1999): "African inspirations in a New World Art and Artifact: Decorated Tobacco Pipes from the Chesapeake", in *I, Too, Am America*, Archaeological Studies of African-American Life, Edited by Theresa A. Singleton, University Press of Virginia, London.

FARNSWORTH, P. (ed.) (2001): *Island Lives. Historical Archaeologies of the Caribbean*, University of Alabama Press, London.

FERGUSON, L. (1992): *Uncommon Ground. Archaeology and Early African America, 1650-1800*, Smithsonian Institution Press, Washington.

FUNARI, P. P., M. HALL y S. JONES: (1999): *Historical Archaeology from the Edge*, Routledge, London.

HAVISER, J. B. (ed.) (1999): *African Sites Archaeology in the Caribbean*, Markus Wiener Publishers, Princeton.

KOPYTOFF, B. (1975): *The Maroon of Jamaica an Ethnohistorical Study of Incomplete Politics 1655-1905*, un Published P. H. D. Disertation, University of Pennsylvania.

LA ROSA, G. (1999): "La huella africana en el ajuar del cimarrón". Una contribución arqueológica, en *El Caribe arqueológico*, Santiago de Cuba, n. 3.

_____ (2005): "La subsistencia del cimarrón: estudio arqueológico", en *Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, boletín no. 4, año 4.

PRICE, R. (1975): *Saramaks Social Structure, Analysis of a Maroon Society in Surinam*, University of Puerto Rico, Río Piedras.

ROHTER, L. (2001): "Former Slave Havens in Brazil Gaining Rights", *The New York Times International*, Tuesday, January 23.

SINGLETON T. (ed.) (1999): *I, Too, am America. Archaeological Studies of African American Life*, University Press of Virginia, London.

Arqueología Histórica en Puerto Cabello, Venezuela

Por: Lisette Roura Álvarez

RESUMEN

Durante los años 2006 y 2007, un equipo de especialistas pertenecientes a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana intervino con un proyecto interdisciplinario en el Centro Histórico de la ciudad de Puerto Cabello, estado Carabobo, Venezuela, con el objetivo de confeccionar el plan de rehabilitación de la zona histórica, en el cual estuvo presente la arqueología como especialidad necesaria dentro del proceso de reconstrucción del patrimonio porteño. Este artículo se centra en los resultados del trabajo efectuado en los tres objetivos arqueológicos intervenidos, los cuales contribuyeron a esclarecer interrogantes y a concientizar a los investigadores locales acerca de la política de restauración y sensibilización del patrimonio edificado.

ABSTRACT

A team of specialists from the Office of the Historian of Havana City took part in an interdisciplinary project developed for the historic center of Puerto Cabello City, State of Carabobo, Venezuela during 2006 and 2007. The goal was to design a plan for the rehabilitation of the historic center, which would include archaeology as a needful discipline within the process to reclaim heritage in that city. This article concentrates on the results of the work carried out in three archaeological sites, which helped answering questions and made local researchers aware of the policy of restoration and raised their awareness of the heritage built.

Puerto Cabello abandona su anonimía, se clava al pecho el Fuerte de San Felipe (...) y definitivamente comienza la ciudad.¹

La ciudad de Puerto Cabello posee todo lo interesante y apetecible que un arqueólogo, dedicado a la vertiente histórica, pueda desear. A fuerza de sudor, los conquistadores vascos logran en este sitio vencer al pantano y al mangle, y logran aprovechar el excelente puerto virgen. Un breve análisis de los progresos urbanísticos de la ciudad nos revela su rápida evolución en solamente sesenta o setenta años, los cuales están comprendidos dentro del siglo XVIII. Este núcleo arquitectónico refleja una época en la historia del país, constituida por tipologías en las que pueden reconocerse influencias tanto hispanas como caribeñas. Esto lo hace merecedor de características únicas dentro del panorama regional, de innegables valores patrimoniales.

Breve reseña histórica

San Juan Bautista de Puerto Cabello: cacao, contrabando, mangle y pantano. Es posible que en el bojeo realizado por Alonso de Ojeda a la costa norte de Venezuela, en 1501, se haya explorado la majestuosa bahía porteña, llamándola entonces Puerto Flechado; o quizás corresponda con el Puerto Muerto del cosmógrafo Diego Rivero (1529), cuestiones que aún no han sido esclarecidas y no deben darse como concluyentes.² Sin duda, corresponde a don Juan de Pimentel, en el año de 1578, la primera referencia cartográfica con el nombre actual de la población, cuando en el dibujo anexo a su Relación... sobre la provincia de Caracas hace mención a "Pueblo de Cabello", en lo que constituye el primer mapa del litoral central de Venezuela.

Ubicado en la costa norte, en el llamado Golfo Triste y mirando hacia el Mar Caribe, fue considerado desde la época de la conquista el mejor puerto de todo el territorio: "es el mejor puerto de toda tierra firme, en que

¹ Armas Chitty, J. A. de (1974): *Historia de Puerto Cabello*. Ediciones del Banco del Caribe, Caracas.

² Ídem, pp. 16-17.



Fig. 1

caven mas de 3 000 Navios, tiene de distancia cerca de 4 leguas".³ Sin embargo: "A Puerto Cabello nadie llega porque le teme al tremendo por insalubre, aparte de que hay tierras extensas donde nadie puede fijar su casa sin exponerse al peligro inmediato."⁴ No obstante, se reporta un ataque por parte del corsario holandés Jacobo en noviembre de 1642, que incendia dos buques que se estaban carenando en la rada, destruyen casas y toman prisioneros al capitán Pérez de Hurtado, a tres marineros y tres soldados que hacen resistencia a los invasores.⁵ La Corona necesitaba un puerto por donde expedir el cacao que se producía en el norte del país y sitúa en

Puerto Cabello una guarnición de soldados que garantizaran el éxito de estas operaciones, ya que las aguas del Caribe estaban plagadas por entonces de corsarios y piratas que amenazaban con apropiarse de las mercancías que se enviaban a la Metrópoli. Las habitaciones de estos soldados fueron las primeras construcciones de la zona, pero el contrabando ilícito con los holandeses fructificó de tal manera entre los militares que el gobierno español no pudo controlar a los traficantes y la zona llegó a constituir a principios del siglo XVIII el refugio de la peor gente del interior y de los que lograban escapar de la mano de la justicia.

No es hasta 1720 cuando Pedro José de Olavarriaga realiza la exploración de la franja costera venezolana con el objetivo de hallar un puerto que sirviera de base para el embarque de la producción de alrededor de un millón de árboles de cacao. Su informe sirvió para la creación, ocho años más tarde, de la Compañía Guipuzcoana, y en 1730 arriba a Puerto Cabello como Director General de empresa, al frente de los primeros barcos. Ante la necesidad de comenzar rápidamente las operaciones comerciales, se inicia la construcción del almacén de la compañía, que serviría además como alojamiento de los vascos radicados en la zona, lo que constituyó oficialmente la primera construcción sólida de lo que posteriormente se convertiría en ciudad. Esta fue levantada en las inmediaciones del canal de entrada a la bahía, en la rivera opuesta a los terrenos donde se desarrollara posteriormente el centro urbano y en las cercanías de donde se empezara a construir, en 1733, la fortaleza de San Felipe, la obra de defensa más sólida de la región y la que provocó un mayor asentamiento poblacional como resultado de la seguridad que inspiraba en los habitantes del área.

Tres años más tarde había aumentado considerablemente la población en la incipiente villa, pero aún así la única construcción confortable de que podían disponer los "operarios y demás dependientes" era el almacén de la compañía "no siendo este a propósito ny suficiente para la Comodidad de tanta gente", por lo tanto "se sigue la forzosa necesidad de construir algunas casas para una

³ "Ynfome sobre la costa de Caracas, Yslas de Tucaca, Puerto Cavello y Borburata y del modo que podrá impedir en parte o en todo, el trato y el comercio con los Holandeses" (1729), en Pinto C., José y Carrillo, José G. (1973): *Proceso de formación de Puerto Cabello* (documentos). Ediciones del Banco del Caribe C. A., Caracas, p. 42.

⁴ Armas Chitty, J. A. de (1974): Ob. cit., pp. 70-71.

⁵ AGI. Santo Domingo, 215. Cartas del gobernador de Venezuela escritas al gobernador de Curazao desde isla de Bonaire cuando desalojó al enemigo de aquella isla...

ARQUEOLOGÍA

*Capilla, cuarteles para operarios y dependientes, almacenes de Pólvara y Erramientas, Fraguas; & y generalmente todo lo demás”.*⁶

En 1735, la Compañía Guipuzcoana se había fortalecido y había construido una sede para la empresa mucho más cómoda en la banda de tierra donde se planificaba la ciudad, la que constituye hoy en día la construcción más antigua del Centro Histórico y uno de los objetivos del proyecto arqueológico.

Poco a poco los pantanos adyacentes al acceso portuario fueron rellenados y la villa comenzó su desarrollo definitivo hacia el oeste. Al trazar una pequeña muralla con puente levadizo en los límites de la península, esta comenzó a conocerse como Puente Dentro, donde vivían los vecinos más acaudalados de la región, y Puente Afuera o El Arrabal, la zona donde se congregaba la población flotante, artesanos, negros libres y todo tipo de maleantes.

En 1743, el inglés Charles Knowles ataca el poblado y se encuentra con un excelente sistema defensivo que no permite que este sea tomado. Ya en 1772 la zona contaba con 420 casas y en 1786 se censaban en toda la ciudad 4 000 personas, de las cuales el 62 % eran de color, libres, 27 % blancas, 10 % esclavos y 1 % indios libres. De ese total, más de 400 habitantes se dedicaban

al comercio y la navegación, incluyendo calafates, marineros y carpinteros de rivera.⁷

Finalmente, en 1811 y tras veintiocho años de reclamo por parte de los vecinos de la zona, el 5 de agosto se le otorga el título de ciudad a la ya amplia zona poblada, concediéndole el nombre de San Juan Bautista de Puerto Cabello.

Proyecto arqueológico

Durante los años 2006 y 2007, como parte del Proyecto de Intercambio y Apoyo Técnico para el Rescate y Fortalecimiento del Patrimonio Histórico de Puerto Cabello, comienzan las investigaciones vinculadas con la arqueología en esa localidad. Tras realizar minuciosas investigaciones históricas y una revisión de los trabajos arqueológicos previos en la ciudad, se efectúa un levantamiento de los sitios con potencial para ser estudiados: sistema de fortificaciones, antiguo acueducto y múltiples viviendas, pero se decide intervenir los sitios que deben restaurarse inmediatamente, dependiendo de las prioridades en los proyectos de rehabilitación por ejecutar a corto plazo. Este análisis llevó a la necesidad de adentrarse en las interioridades de dos inmuebles ubicados en la zona de desarrollo



Fig. 2. Plano de la ciudad confeccionado por Juan de Gayangos Lascari en 1744.

⁶ Disposiciones: para el establecimiento de los operarios y demás dependientes como para la saca de los materiales del Fuerte de Sn. Felipe (1733), en Pinto C., José y Carrillo, José G. (1973): Ob. cit., p. 49.

⁷ Revista *Punta Brava*, no. 12, mayo de 1967, en Spencer, Klarissa (2006): "Un puerto, dos ciudades y una historia: evolución histórico-urbana de la ciudad de Puerto Cabello" (inédito).

primigenio de la villa: La Casa Guipuzcoana -la vivienda más antigua conservada - y una modesta casa que se convertiría en el Consultorio Médico Barrio Adentro I, de la cual se afirmaba constituía uno de los inmuebles más antiguos de la ciudad por su apariencia y posición dentro del núcleo urbano. El tercer sitio escogido distaba varios kilómetros del Centro Histórico, donde se asentó desde 1548 la ciudad Nuestra Señora de la Asunción de Borburata, primer establecimiento poblacional de la costa norte central del país y génesis de lo que posteriormente sería la ciudad de Valencia, capital actual del estado Carabobo.

Casa Guipuzcoana

La Casa Guipuzcoana está enclavada en la entrada de la bahía y fue construida en 1734 para albergar a los miembros de la Compañía y a la vez servir de almacén a esta. Todavía hoy es considerada como la construcción civil más bella y emblemática del Centro Histórico, fungiendo como biblioteca pública y sede de la Oficina del Cronista de la Ciudad.

Los diferentes usos a lo largo de su existencia en función de la comunidad han provocado grandes transformaciones en su conformación espacial, ocultando en parte su aspecto original y sustituyendo estructuras antiguas por modernas. Es una construcción realizada en piedra, ladrillos y madera, de tres pisos y techumbre de tejas con múltiples aguas de caída, construida al más puro estilo constructivo español, con patio central y columnas, y elementos que denotan la tradición norteña de la península ibérica.

En 1792, la Compañía Guipuzcoana se retira de la región y realiza un inventario de todos sus bienes, dejándonos constancia gráfica del aspecto primigenio de esta construcción. Al analizar los dibujos encontrados se evidencia la adición y también la falta de elementos arquitectónicos originales, los cuales debían ser investigados para cotejar el proyecto de restauración. En total, fueron identificados seis muros divisorios desaparecidos y once vanos tapiados o transformados, y la adición de una escalera realizada por Grazziano Gasparini en la única intervención "restauradora" efectuada al inmueble durante la década de los setenta del siglo xx. No obstante, estos datos debían ser comprobados y decidimos llevar a cabo una prospección arqueológica parietal que cubriera la mayor parte del inmueble. Este estudio complementaría el proyecto de restauración de la edificación y proporcionaría una



Fig. 3. Casa Guipuzcoana

solución a los problemas de ventilación y proliferación de agentes biológicos que atentaban contra la conservación de paredes y fondos bibliográficos, que afectaba de igual manera la salud del personal que allí labora y los que acuden a consultar la bibliografía existente.

De un total de once vanos antiguos identificados como transformados, se trabajó en cinco de ellos. Se pudo definir que en la última restauración practicada al inmueble se le aplicó un revestimiento a las paredes compuesto por cemento y arena, de una dureza extraordinaria, pudiendo identificarse en algunos casos pequeños fragmentos de cuarzo en él.

Todo parece indicar que el friso original de la edificación, que debió haber tenido un alto contenido de cal, fue eliminado para aplicar el que en estos momentos puede observarse en todas sus paredes. Se comprobó que todos los vanos tenían una medida standard de 1.50 m de ancho, que algunos de ellos fueron efectivamente tapiados, pero la ausencia de puertas representadas en el inventario de 1792 nos hace pensar en la posibilidad de que este plano tenga errores.

A través del estudio parietal de este inmueble se pudo comprobar:

- Las grandes transformaciones a que se ha visto sometido a través del tiempo.

- La poca confiabilidad de los datos que puede aportarnos el plano fechado en 1792, y que constituye hasta la fecha el más antiguo que se conserva de la vivienda.



Fig. 4. Detalle de uno de los vanos originales tapiados, encontrado durante las investigaciones arqueológicas parietales.

- La presencia de vanos y elementos originales de la edificación que aún se encuentran bajo las capas de friso.

Por lo tanto, se recomienda, dado el creciente deterioro del edificio, las condiciones a que se enfrentan los trabajadores y visitantes, y la evidencia de las transformaciones sucedidas, se acometa con urgencia su restauración, para de esta manera lograr mantener en estado óptimo el inmueble más antiguo y emblemático de la ciudad.

Casa de la calle Anzoátegui 1-19

Esta edificación, futuro Consultorio Médico Barrio Adentro I, está ubicada en la calle Anzoátegui no. 1-19 en el entorno de la plaza Salom, ubicada en el Centro Histórico de la ciudad. Una de las hipótesis a corroborar a través de las excavaciones arqueológicas es el asentamiento de esta casa en uno de los sitios de más antigüedad dentro del panorama urbano histórico ciudadano. La observación de los elementos constructivos presentes en esta casa nos indicaba su probable antigüedad, como por ejemplo los muros limítrofes levantados con piedras coralininas –técnica tradicional de las construcciones coloniales de la región–, la utilización de rollizos en la conformación estructural del techo y la típica distribución espacial de las habitaciones en las viviendas porteñas: alargadas, patio y traspatio laterales, y zaguán enfrentado al patio. Sin embargo, con el paso del tiempo y al ampliarse la ciudad, los límites entre los terrenos firmes y los pantanosos se han perdido, y la ubicación en uno y otro darían una cronología aproximada de construcción al inmueble.

Las investigaciones se llevaron a cabo teniendo en cuenta dos objetivos fundamentales: la evolución espacial y la antigüedad de la vivienda. El estudio parietal corroboró las transformaciones en que se vio envuelto el edificio durante su existencia, pues se hallaron vanos tapiados, óculos dentro de lo que hoy correspon-



Fig. 5. Muro límite de la casa, levantado con piedras coralininas.

den a tabiques divisorios y muros añadidos, lo que logró una reconstrucción hipotética espacial de la edificación y la evolución del mismo.

El procedimiento escogido para el desarrollo de los trabajos excavatorios tuvo en cuenta la exhumación de las diferentes unidades a través de la identificación de la estratigrafía arqueológica, respetando los niveles –primarios o secundarios– en su orden inverso de deposición antrópica. Para el comienzo de los trabajos se delimitó un área de 2,50 m x 2,50 m, y se tomó como nivel ± 0.00 el piso de losas hidráulicas que poseía la cocina actual del inmueble. Se hallaron un total de catorce unidades estratigráficas, todas identificadas como contextos secundarios y contentivos de restos de dieta –*Bos taurus*, *Sus scrofa*, *Crasostrea rizophorae* y *Gallus gallus*–, Loza Fina Inglesa, Stoneware, vidrio y fragmentos de metal en muy mal estado de conservación.

Los artefactos extraídos, a pesar de corresponder con estratos de carácter secundario, aportan datos interesantes de la vida del porteño de mediados del siglo XIX. La aparición de múltiples fragmentos de Loza Fina Inglesa denota la abundante importación de esta cerámica hacia el siglo XIX, cronología en la cual se enmarcan todos los artefactos extraídos.

El hallazgo del relleno de piedras utilizado para ganar los terrenos pantanosos cercamos a la población –U.E. 14– nos está indicando que esta casa está asentada directamente sobre estos, y por tanto su construcción corresponde con el último cuarto del siglo XVIII y el primero del XIX, época en que ya aparecen en los planos la calle Anzoátegui, justamente donde la vivienda en estudio se ubica. Por lo tanto, la intervención res-

tauradora pudo ejecutarse en correspondencia con los resultados de las investigaciones, llevando a cabo un proyecto donde fueron tomados en cuenta los vanos y óculos tapiados, siendo reutilizados algunos de estos nuevamente como accesos o como elementos decorativos.

Borburata La Vieja

El 24 de febrero de 1548 se daba por fundada la ciudad Nuestra Señora de la Concepción de Borburata, ubicada a un kilómetro de la costa y en medio de un fértil valle de clima suave y cómodo acceso a fuentes de agua; y aunque no fue realmente poblada hasta un año después, continuó siendo el primer asentamiento hispano de la región. La fundación de la ciudad en estos parajes tenía como objetivo servir de base a los pueblos del interior, en su mayoría indígenas, para lograr una mejor comunicación entre ellos y por ende buscar el mejoramiento del comercio en la zona. A pesar de que la ciudad Santa Ana de Coro era la que encabezaba la colonización de todo el territorio, la expansión de esta hacia el oriente y el centro imponía la necesidad de situar bases costeras que fungieran como apoyo a esas acciones.

El listado de los fundadores –todos hombres– de la ciudad de Borburata, lo integraban cuarenta y un nombres, pero el asedio sin tregua de corsarios y piratas, las pésimas condiciones que presentaba el terreno para la cría de ganado vacuno y las constantes plagas, hicieron que la población comenzara a abandonar el sitio veinte años después de su fundación, y dejaran atrás un caserío donde predominaban las construcciones de madera y quizás las más importantes, como la cárcel e iglesia, estuvieran levantadas de embarrado (bahareque). La partida de los intrépidos habitantes que intentaron establecerse en el sitio y su progresiva despoblación motivó la fundación de lo que hoy es el pueblo intramontano de Borburata y de la ciudad de Valencia, actual capital del estado Carabobo.

Toda la franja costera, entre el mar y la montaña, se caracteriza por tener suelos arenosos, por lo que en este intento de ciudad predominó esta característica. Su ubicación, aún hoy, es bien discutida, la única referencia gráfica nos la lega Juan Amador Courten, quien en su magnífico plano de 1735 incluye un croquis de las "Ruinas de la Ciudad de Borburata", en el cual se puede distinguir un pequeño cuadrado amurallado de 100 m de ancho y 100 m de largo. Sin embargo, esta representación fue realizada doscientos años después de su despoblamiento, fecha en que ya no quedaban ruinas, por lo que probablemente esta muralla fuera idealizada por Courten en su dibujo y la verdadera no fuera otra cosa que una empalizada que permitiera a los moradores defenderse de los malhechores que intentaran apoderarse de la localidad. Ante esta duda y dado todas las incógnitas que se generaron a lo largo de la historia de la zona, se confeccionó un proyecto de intervención para ejecutar en varias fases, entre las que se encontraban una primera dedicada a implementar técnicas geofísicas como métodos de localización de posibles estructuras enterradas, ya que el área de investigación abarcaba un terreno bastante extenso. No obstante, ante la imposibilidad de efectuar las técnicas solicitadas, solamente pudimos realizar un pozo de prueba de 4 x 4 m en los terrenos que coin-

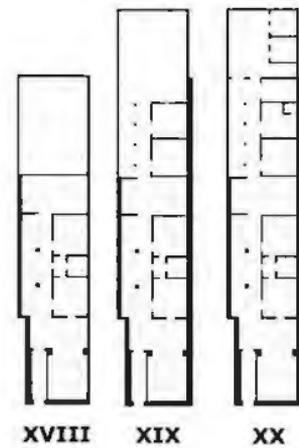


Fig. 6. Evolución espacial del inmueble.

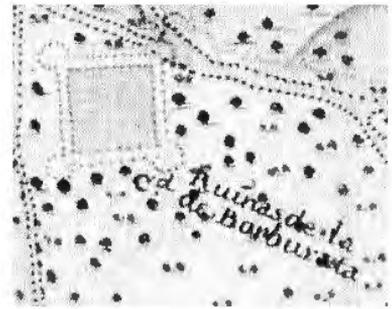


Fig. 7. Ubicación y dimensiones de Borburata la Vieja, según Juan Amador Courten, 1735.

cidían con el punto de localización de la ciudad según los documentos históricos, con el objetivo de observar el comportamiento de la estratigrafía y ver los cambios en los niveles de la arena.

Se identificaron un total de ocho unidades estratigráficas, correspondiendo la última de ellas con el nivel freático a los 2,00 m de profundidad. El terreno que conforma el área intervenida constituye una pequeña llanura que limita hacia el norte



Fig. 8. Área prospectada.

con el Mar Caribe, hacia el sur con el Cerro de Santa Lucía, hacia el este con el río Borburata y hacia el oeste con la bahía de Puerto Cabello. Por lo tanto, en temporada lluviosa, las aguas que descienden desde el cerro y las que desbordan el río cubren gran parte de estas tierras, depositando gran cantidad de materia orgánica ajena dentro de la propia estratificación de la zona. Estas inundaciones dejan huellas inconfundibles que pueden ser "leídas" en el registro arqueológico, correspondientes, en este caso, con las unidades estratigráficas 4 y 6, y es común encontrar dentro de ellas hojas secas, fragmentos de ramas de árboles y otros elementos orgánicos vegetales, arrastrados por la fuerza de las aguas en las mencionadas inundaciones. La presencia de arena en la zona hace que la vegetación que allí crezca sea, por lo general, rastrera y de arbustos con poca talla, y todo parece indicar, gracias a la observación de la deposición, que esta situación no ha cambiado en los casi quinientos años que nos separan de la fundación de la población original de Borburata. Todas las unidades identificadas fueron completamente estériles en cuanto a elementos de origen antrópico, y, de acuerdo con los cambios edafológicos ocurridos a lo largo de los años, los vestigios que pueden haber sobrevivido –huellas de postes con parte de ellos dentro, fragmentos de muros y algunos tios perteneciente al menaje utilitario– deben localizarse por debajo del nivel freático. No obstante, los datos hasta ahora encontrados no son lo suficientemente explícitos como para llegar a una conclusión sobre esto y deberán

hacerse estudios históricos y de prospección más profundos que nos ofrezcan más datos sobre la ubicación y conformación de este asentamiento.

Reflexiones finales

Tras haber intervenido por tiempo muy limitado en algunos sitios vinculados con el desarrollo urbano de la ciudad de Puerto Cabello y ante la inminente depauperación de varias de las construcciones ubicadas en su Centro Histórico, se impone una investigación a fondo de esta joya histórica, la cual ha sido objeto de investigaciones arqueológicas por primera vez tras nuestro trabajo de varios meses. A pesar de la conformación de un plan arqueológico extenso para definir incógnitas hasta hoy no esclarecidas –como por ejemplo la presencia o ausencia de aljibes en las construcciones del Centro Histórico, el estudio integral de los materiales y técnicas constructivas utilizadas en ellas, etcétera– no contamos con los medios y apoyo necesarios para ejecutar estas acciones. Los esfuerzos desplegados por parte del cronista de la ciudad y la consulta de fuentes históricas se hacen insuficientes ante las enormes lagunas en el pasado de esta población, sitio clave en el desarrollo del comercio venezolano durante la época colonial y también en la actualidad. Esto se debe, en parte, a la lejanía de esta urbe de la capital, donde se encuentra el grueso de investigadores vinculados a la Arqueología Histórica, y la fuerte tendencia hacia la Arqueología Aborigen, especialidad hacia la que se vuelcan la mayoría de los arqueólogos y antropólogos graduados. Tanto es así que, por solo citar un ejemplo, la fortaleza de San Felipe, fortificación erigida en parte sobre pilares de madera –método veneciano–, y donde se firmó la paz de Venezuela tras el sitio a la ciudad, último bastión de las fuerzas coloniales en el país, está seriamente dañada, sin que se tengan planes de restauración que detengan su progresiva y alarmante destrucción.

Los resultados de estos mínimos trabajos arqueológicos han corroborado la importancia que debe ejercer esta ciencia en el desarrollo de las investigaciones que deberán acometerse en esta ciudad, las cuales pueden esclarecer muchas de las interrogantes aún planteadas y concientizar a sus moradores, a las autoridades y a las instituciones científicas, de la necesidad de preservar este importante pedazo del patrimonio histórico de la nación.

Agradecimientos

A la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y a Roger Arrazcaeta Delgado, director del Gabinete de Arqueología, por facilitarme ser parte del equipo que intervino en el Proyecto de Intercambio y Apoyo Técnico para el Rescate y Fortalecimiento del Patrimonio Histórico de Puerto Cabello. A todos mis compañeros de la Oficina del Historiador, que participaron en este proyecto, al cronista de la ciudad de

Puerto Cabello, Asdrúbal González, por su ayuda y entusiasmo; a la Alcaldía de Puerto Cabello; al Comandante Edgar Aguache e infantes de Marina de la Base Naval Agustín Armario por la ayuda brindada en los trabajos efectuados en Borburata La Vieja. A mis colegas Alessandro López y Beatriz Rodríguez por facilitarme desde Cuba la documentación histórica necesaria, a los colegas del Instituto de Planificación Física, y a todos nuestros amigos de Corpouerto.



Arqueología Subacuática en Cuba. Reseña histórica

Por: Alessandro López Pérez y Mónica Pavía Pérez

RESUMEN

Nuestro trabajo pretende reflejar las investigaciones arqueológicas en el medio marino realizados alrededor de las costas de Cuba, principalmente a partir de 1959. Se destacan los pioneros de estas investigaciones en nuestro país, instituciones que participaron en ellas, compañías extranjeras que trataron de realizar rescates submarinos en la plataforma insular. Sin embargo, el gran sentido de este escrito es resaltar las investigaciones científicas en este campo efectuadas por la empresa Carisub, pionera y órgano rector que desarrolló exploraciones, investigaciones históricas, prospecciones geofísicas, excavaciones y conservación del material cultural extraído, así como el análisis y estudio de estos por más de dos décadas. Se mencionan los principales casos trabajados a lo largo de nuestro país, y una pequeña síntesis de las características de cada pecio investigado.

ABSTRACT

This paper endeavors to show underwater archaeological researches undertaken in Cuban coastal areas, mostly after 1959. Stress is made on the early researchers and the organizations which participated and companies which made an effort in underwater archaeological reclaim operations in the Cuban shelf. However, the heart of this article stresses on the role played by Carisub, a company in charge of underwater archaeological research and pioneer and the ruling body in this field, which developed exploration, historic research and geophysical surveying as well as the excavation and preservation of the artifacts found for more than two decades. The main cases of research in Cuba and a synthesis of each wreck case are covered as well.

Desde los albores de la civilización, el género humano siempre ha experimentado la indomable seducción del mar o como dijera Álvaro Cunqueiro en sus *Fábulas y leyendas de la mar*: "El mar es mucho más complejo, en su realidad y en su fantasía, que todo lo que podamos imaginar desde tierra". El mar ha sido y es aún el sendero donde están esculpidas las rutas transcendentales que durante centurias permitieron el encuentro y descubrimiento mutuo entre civilizaciones.

Con la invención de la escafandra autónoma, hace más de medio siglo, por el conocido explorador francés Jacques-Yves Cousteau y su colega, el ingeniero Émile Gagnan, se abrió para el mundo una nueva era en la exploración de los fondos marinos. A partir de entonces, y como resultado directo de esta invención, comenzó a desarrollarse dentro de la ciencia arqueológica una nueva línea, la Arqueología Marina o Subacuática, la cual ha progresado formidablemente en breve tiempo.

Fueron los arqueólogos norteamericanos Peter Throckmorton y George F. Bass, "padres de la Arqueología Subacuática", quienes aplicaron sus conocimientos científicos en la rama arqueológica a los contextos litorales y subacuáticos, desarrollando así un conjunto de métodos y procedimientos histórico-antropológicos y técnicas de excavación en pecios históricos y sitios arqueológicos sumergidos in situ. De esta forma, los arqueólogos terrestres, interesados en revelar las incógnitas que yacían ocultas bajo la frontera azul, no vacilaron en entrenarse hábilmente para estudiar las historias sumergidas del hombre del pasado.

La génesis de los trabajos submarinos en Cuba se remontan a su pasado aborígen, pero su evolución se complementa en los rescates y trabajos subacuáticos que se llevaron a cabo en el período colonial. Por noticias referenciadas en documentos, la primera labor de buceo se realizó en Puerto Carena, en el primer cuarto del siglo XVI, donde se le taponeó una vía de agua a un barco de Hernández de Córdova, primer explorador de las costas de México. Posteriormente, varias compañías de asentistas en San Cristóbal de La Habana se dedicaron a rescates de naufragios, labor que remuneraban en moneda fuerte a los que realizaban esta tarea.

Nuestras aguas jugaron un papel importante dentro de las rutas comerciales de la carrera de Indias, que duró casi tres centurias, debido a la posición geográfico-estratégica que tuvo desde inicios del siglo XVI, cuando comenzó su protagonismo histórico. El complejo mareaje de la



Fig. 1. Primer "rescate" de un pecio después del triunfo de la Revolución. Punta Seboruco, Matanzas, 1959. Operación realizada por el comandante Camilo Cienfuegos. (Foto: Archivos del cap. Alessandro López Pérez, arqueólogo marino.)

navegación antigua con sus crujientes naves de difícil maniobra, la escasa información cartográfica de un litoral con tan disímiles accidentes geográficos, las variables condiciones hidro-meteorológicas características de la región y la prolífera actividad de piratas y corsarios en el área del Caribe, fueron sin duda las principales causas de tanto infortunio naval durante cientos de años.

Es por tal motivo que en la década de los años sesenta del pasado siglo surge la Arqueología Submarina en nuestro país, con la creación del Depar-

tamento de Investigaciones Subacuáticas del Instituto de Oceanología, perteneciente a la Academia de Ciencias de Cuba (ACC). Sus investigadores, aunque con insuficientes recursos, realizaron exploraciones y algunas excavaciones arqueológicas. En este período inicial se efectuaron actividades, las cuales incluyeron las siguientes zonas: Península de Guanahacabibes, Pinar del Río; Guardalavaca, Holguín y la zona frontal de la bahía de La Habana, Ciudad de La Habana.

Los principales trabajos se centraron en la zona frontal de la bahía de La Habana, especialmente en el cruce-ro de guerra español Sánchez Barcaiztegui,¹ el cual constituye uno de los sitios sumergidos de más incalculable valor patrimonial para la cultura cubana (Hernández, C. A., 2000). Aunque las excavaciones fueron ejecutadas manualmente, se dieron los primeros pasos en las labores arqueológicas y se elaboraron inicialmente croquis y posteriormente previos levantamientos topográficos de los sitios estudiados. Es de destacar que por primera vez se realizaba la conservación de piezas extraídas del fondo del mar y aunque la tendencia fue más bien de coleccionismo, no se puede negar que fueron los comienzos de esta disciplina en Cuba. Esta actividad la dirigieron Michael Montañés Caballero, Roger Montañés Caballero, y el buzo Juan Álvarez Forteza.

En los años setenta del siglo xx, esta tarea la desarrolló el Banco Nacional de Cuba (BNC) sin resultados positivos. Sin embargo, en la misma década (1977-1979) fue impulsada por el Comité Estatal de Finanzas (CEF) y es a partir de entonces que se dan los pasos iniciales para una avanzada aplicación tecnológica no utilizada anteriormente en excavaciones subacuáticas además de preparar un barco para estos fines, la motonave Guaicán, primero de su tipo en Cuba, construido en los astilleros de Manzanillo. Los precursores en esta disciplina "investigativa" fueron, entre otros: Juan Nilo Otero (jefe del Departamento de Valores No Circulantes), César García del Pino (investigador histórico), Juan Iduate Andux (investigador histórico) Roberto López Juan (técnico, buzo) y Alessandro López Pérez (capitán de barco y buzo arqueólogo).

Aunque la perspectiva de estos trabajos iniciales no centró su única atención en la búsqueda y recopilación

¹ Este pecio tardío (cercano cronológicamente a nuestro tiempo) se ubica en el canal de entrada de la bahía de La Habana, a unos 200 metros del faro del Morro. El crucero español Sánchez Barcaiztegui zozobró en la madrugada del 18 de septiembre de 1895 debido a una violenta colisión con el vapor Mortera y como resultado de una confusa maniobra. Este pecio yace a una profundidad de 22-24 metros, justo en el centro del canal de entrada al puerto y ha sido la escuela de todos los arqueólogos submarinos de nuestro país.

ARQUEOLOGÍA

de elementos históricos, sí propició que se formaran los predecesores de esta disciplina en el país. A su vez, el Instituto Nacional de Turismo poseía un Departamento de Investigaciones Subacuáticas, donde se realizaron algunos intentos arqueológicos, similares al anterior y cuyos pilares fueron principalmente Juan Álvarez Forteza y Roger Montañés.

Hacia 1980 se fundió parte del Comité Estatal de Finanzas (CEF) con el Departamento de Investigaciones del Turismo para crear la empresa Carisub, S. A. Esta entidad perteneció en un primer tiempo al Consejo de Estado, después pasó su soporte económico a la Corporación CIMEX, S. A., radicada en Cuba. La empresa Carisub, S. A. empezó por crear la infraestructura necesaria para establecer las sólidas bases de lo que posteriormente sería el trabajo científico mantenido por más de dos décadas.

El maestro César García del Pino (especialista en Historia Naval) y su colega Juan Iduate Andux, en orden de prioridad organizaron los archivos históricos que procedían de las instituciones: Archivo General de Indias (Sevilla, España); Archivos Históricos de Londres, Inglaterra; Archivo Nacional de Cuba.²

También se organizó por estos especialistas todo lo concerniente a la historia naval en Cuba, que directa o indirectamente sirvió para complementar el trabajo arqueológico en contextos litorales y subacuáticos desarrollado con posterioridad (colección de derroteros, mapas antiguos, estudios de la toponimia de las costas cubanas, por solo citar algunos ejemplos).

Una vez organizados estos expedientes históricos con fundamentos científicos, se pasó a la formación del primer laboratorio de conservación y preservación, donde se aplicaron tratamientos diferenciados a todas las evidencias arqueológicas extraídas en los trabajos de excavación, intentando no incurrir en los errores que se cometieron por falta de experiencia en las instituciones anteriormente mencionadas. Se implementaron y desarrollaron técnicas para diferentes tipos de materiales (bronces y latones, metales ferrosos, plata, oro, plomo, peltre, madera, cerámica roja vidriada y no vidriada, lozas, porcelanas y semiporcelanas, vidrios y piedra). Hasta el momento se han recuperado más de 50 000 artefactos (Morriña, F.; M. Almeida y

otros; 1999), destacándose entre éstas una amplísima colección de objetos de cerámica inglesa de finales del siglo XVIII y principios del XIX, posiblemente la más amplia que se halla podido reunir en el mundo.

Posteriormente se estableció y preparó un Departamento de Buceo con excelentes condiciones, contando con la mejor tecnología utilizada hasta el momento para trabajar en aguas someras (inferiores a los 50 metros). Con este conjunto de técnicas se exploraron importantes zonas como el Real Fondeadero de La Habana (frente al castillo San Salvador de la Punta) en profundidades que oscilaban entre los 30 y 60 metros. Se prepararon barcos con tecnología de avanzada para desarrollar esta actividad. Una vez confeccionada la plataforma necesaria para efectuar los estudios arqueológicos, se comenzaron las exploraciones, prospecciones y excavaciones *-in situ-* de los sitios seleccionados de mutuo acuerdo con historiadores, buzos, capitanes de barco y arqueólogos.

El primer trabajo que realizó la empresa Carisub, S.A. fue la excavación sistemática del crucero Sánchez Barcaíztegui, y esa excavación arrojó la mayor colección que hasta ese momento existía en Cuba sobre el desarrollo de la sociedad en la última mitad del siglo XIX. Además, estas evidencias materiales se conservaron y estudiaron con un sentido totalmente arqueológico.



Fig. 2. Pecio Sánchez Barcaíztegui, 1895: Frontal del Morro, La Habana, escuela de la arqueología submarina en Cuba. (Foto: Nelson García.)

² En la década de los setenta el profesor García del Pino estuvo en el Archivo de Indias, Sevilla, y en otros, recopilando información sobre temas relacionados con naufragios acaecidos en nuestras aguas.

Teniendo ya los barcos equipados y especialmente preparados para desarrollar la misión arqueológica deparada por el futuro, el equipo se dedicó a realizar la mayor exploración de la cual se tenga noticia hasta la actualidad en la zona marítima de la Península de Guanahacabibes y el grupo insular de los Canarreos. Esto dio como resultado el descubrimiento de innumerables sitios de gran valor histórico y patrimonial, como por ejemplo: el sitio Sambo, donde por vez primera se realizaron los levantamientos topográficos de un sinnúmero de naufragios que existen en ese lugar; otro ejemplo lo constituye un barco holandés de 1698, el cual fue topografiado y estudiado en el sitio Punta Holandés, en Guanahacabibes y otros más.

No es hasta 1985 que se emprendió la tarea de encontrar una Almiranta de Tierra Firme llamada Nuestra Señora de las Mercedes y es donde por primera vez, para esta búsqueda, se aplicaron en Cuba métodos de detección y prospección geofísica en los bajos de arrecifes de la Ensenada de Sibarimar, Guanabo (López, A., C. García y Pavía, M. En prensa).

Entre los procedimientos utilizados cabe mencionar los siguientes: Inspección visual, magnetometría protónica y cuántica (de gran escala y localizada), detección microlocalizada de metales, así como métodos sísmicos para investigar el perfil del subsuelo marino



Fig. 3. Pecio Inés de Soto (155...): Estudiando bombardeada *-in situ*. (Foto: Nelson García.)

y ver de esta forma los espesores de sedimentos arenosos que podían cubrir a la Almiranta. Se cartografiaron en un mapa la distribución espacial de todas las anomalías existentes en un área bastante extensa. Posteriormente, la minuciosa revisión de este mapa dio como resultado que a finales de los años ochenta localizamos los restos perdidos de la Almiranta en esos bajos de arrecifes.

Después de realizar una excavación extensiva en toda el área seleccionada (cuadrícula de investigación), se pudo extraer una gran colección de objetos de la última década del siglo XVII, como monedas, pernos, porcelana china del período K'ang Hsi (1662-1722), pebeteros, discos de plata y otros utensilios de uso personal, que fueron objeto de estudio. La artillería, y esto fue sorprendente, era escasa al igual que las estructuras del maderamen de la nave y esto coincide plenamente con el expediente histórico que se poseía, pero esto fue el inicio del trabajo sistemático con consistentes bases científicas que a partir de este momento comenzamos a utilizar.

A la vez que se estaba excavando este sitio, se desarrolló un proyecto en el Archipiélago de los Colorados denominado Exploración Sistemática de los Arrecifes de los Colorados.³ Se escogió esta zona porque era travesía obligatoria de la flota de Tierra Firme y de Nueva España en su viaje indirecto hacia La Habana. Para desarrollar este proyecto se realizó una gran investigación histórica, cruzándose información etnológica con las comunidades locales, con gran tradición en el arte pesquero, de la región septentrional en la provincia Pinar del Río, además de estudiar la designación toponímica (evolución de los nombres geográficos del litoral) sobre los grupos insulares (cayos, cayuelos e islotes, quebrados, canales y/o canalizos), accidentes geográficos, etcétera, que nos podían aportar valiosa información. Algunos ejemplos son: Cabezo de los Lingotes, La Galera, Banco de Sancho Pardo, Banco de Pizarro y Fuxa.

Se escogió la zona de trabajo arqueológico comprendida frente al grupo orográfico de los Órganos, por constituir un punto de arribada de las flotas españolas. Las características atípicas de este sistema montañoso del resto de las montañas, visibles a más de cinco

3 Arrecife de barrera de Los Colorados: Representa el segundo de Cuba por su longitud y se extiende desde Punta Gobernadora hacia el oeste, casi de modo ininterrumpido, a lo largo de más de 200 km, hasta terminar en el extremo oeste del Banco de Sancho Pardo, a pocas millas del Cabo de San Antonio. Esta barrera coralina sólo está interrumpida de manera importante por 13 pasas o canales de mediana profundidad, que permiten el acceso de embarcaciones de mediano calado a la costa norte de Pinar del Río (Mirabal, A., 1998).

ARQUEOLOGÍA

millas náuticas de la línea de costa, lo hacen, precisamente, el más importante de Pinar del Río.

Una vez obtenida toda esta información se encontraron varios pecios de gran importancia histórico-cultural y arqueológica:

I. *Cayo Paraiso* (Goleta Arrow): naufragio de gran relevancia por la abundante tipología de loza fina inglesa que se halló (*Creamware*, *Pearlware* y otras). Ayudó a conocer con mayor exhaustividad la diversidad de formas y tipos de utensilios de lozas que se transportaban a las Américas hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, tanto desde Gran Bretaña como por otras vías indirectas: España, Estados Unidos y Jamaica, cuestión esta que está avalada por diversos documentos de archivos consultados (Roger Arrazcaeta, comunicación personal, 2004).

II. *Fuxa* (¿Nuestra Señora del Rosario?): siniestro histórico-cultural de finales del siglo XVI, descubierto en un quebrado de la costa septentrional pinareña. En este pecio se encontró parte de la estructura en perfecto estado de conservación y se realizó un estudio de todas las piezas del galeón. Y por primera vez en el mundo se desarmó en piezas una nao de la Carrera de Indias, manifestándose la utilización de métodos en arquitectura naval hasta ese momento no vistos. Se le realizó un estudio anatómico al maderamen para identificar su especie, arrojando esta investigación que la nao poseía aportes de maderas cubanas.

III. *Inés de Soto* (pecio también conocido con este nombre): importante zona de desastre del siglo XVI,

donde por vez primera se encuentra un armamento de época temprana para esa centuria como versos, cerbatanas, falconetes, etcétera. Por primera vez se hace un intento de estudiar las pretéritas condiciones fisiográficas del arrecife coralino asociado a los foráneos materiales arqueológicos con un enfoque bioarqueológico y estudio del paleofondo (López, A., 1993). También se extrajeron más de treinta mil monedas de las primeras cecas y acuñaciones de América nunca vistas hasta la fecha del descubrimiento del pecio.

IV. *La Galera*: pecio temprano del siglo XVI, descubierto también en la costa septentrional de Pinar del Río, donde se observaron, para esa fecha, métodos de fundición y armamentos muy antiguos.

V. *San Cayetano*: navío perteneciente a la flota de Tierra Firme. A pesar de que aún se ignora la identificación de este pecio, a juzgar por los registros arqueológicos (en particular la numismática), el naufragio ocurrió en fecha posterior a 1681 (Ortega, O., 2000). Se realizaron por vez primera excavaciones con nuevos procedimientos metodológicos, partiendo de un enfoque paleogeomorfológico, para estudiar el paleorelieve y analizar evolutivamente los eventos hidro-dinámicos relacionados con los elementos foráneos que se distribuyen espacialmente, tanto horizontal como verticalmente. Esta faena submarina sirvió además para minimizar los impactos negativos en el arrecife de coral *in situ*. Finalmente quedó aseverado que la Geografía, la Geomorfología Litoral y Submarina y la Estratigrafía del Cuaternario son ciencias auxiliares de vital importancia para ser aplicadas en los estudios geoarqueológicos (A. López y Díaz, I., 2003. Investigación inédita).

En los depósitos del antiguo Carisub, S. A. se pueden apreciar en buen estado de conservación las piezas procedentes de los naufragios anteriormente mencionados, al igual que en el Museo de la Real Fuerza.

Entre los años 1994-1995 se realizaron estudios sobre las técnicas tradicionales, que aún perduran, utilizadas por los carpinteros de ribera en la construcción naval, en particular los actuales núcleos poblacionales de Puerto Esperanza (costa norte de Pinar del Río) y Jacksonville (costa suroeste de Isla de la Juventud). Para tal pesquisa se partió de estudios de restos de estructuras navales excavadas por Carisub, S. A., así como de búsqueda, recopilación y análisis bibliográfico-documental; finalmente se elaboró una serie de consideraciones que contribuyeron a los estudios etnográficos y de historia de la tecnología (López, A., 2004). En



Fig. 4. Pecio de Fuxa o ¿Nuestra Señora del Rosario? (1590): Vista de las estructuras del maderamen (plan de popa a proa). (Foto: Nelson García.)

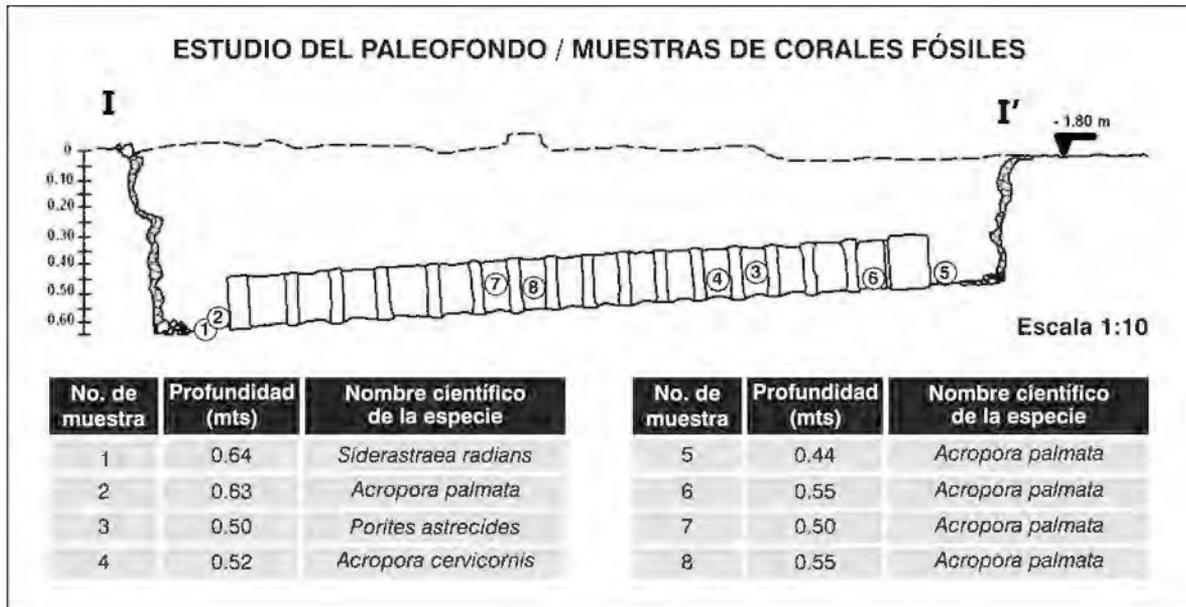


Fig. 5. Estudio de las paleoformas de relieve marino (corales fósiles) asociadas a los artefactos que yacen entre planos de estratificación (A. López, 1994. Monografía inédita).

esos años también se realizó un bojeo a Cuba de exploración arqueológica, empezando en la zona de Varadero, exactamente en Punta Icacos, y terminando en la Marina Hemingway, sede de Carisub. Los resultados obtenidos sumaron decenas de pecios a nuestro patrimonio arqueológico sumergido, con cronologías desde el siglo XVI al XIX, y en él se hallan, hasta el momento, los más antiguos de América.

En el año 2001 se aplicó por vez primera un Sistema de Información Geográfica (SIG) de formato vectorial a los estudios de Arqueología en contextos litorales y subacuáticos. Esta pesquisa se realizó con el objetivo de crear una base digital que sirviera de soporte para incorporar informaciones temáticas. El área de estudio fue la vertiente costero-marina norte-sur de la provincia Pinar del Río. La Cartografía Temática Digital de materiales aero-cartográficos (mapas topográficos, cartas náuticas y algunas fotos aéreas), desde la llanura costera hasta el borde de la plataforma insular septentrional pinareña, resultó de gran importancia para la implementación de un Sistema de Gestión de Bases de Datos (SGBD) a partir del SIG. De esta forma quedó confeccionado parcialmente el primer censo de sitios arqueológicos subacuáticos, pecios históricos y evi-

dencias arqueológicas georreferenciadas por GPS en su mayoría (70%) (Díaz, I. y C. Alonso, 2001).

La empresa Carisub, S. A., en sus más de veinte años de existencia, ha explorado y salvado más de cien naufragios provenientes de nuestros fondos marinos en la plataforma insular. Ha realizado estudios arqueológicos tanto en contextos subacuáticos como litorales, además de pesquisas en la red molecular y anatómica para la identificación de la madera (pecio de Fuxa). Ha descubierto el armamento de artillería naval más antiguo de América, del cual se tenga noticia, ubicado en la costa septentrional de la provincia Holguín. Esta empresa participó en varios proyectos de exploración y excavación de pecios en otros países, y también estuvo presente en innumerables congresos internacionales de la Sociedad de Arqueología histórica. Trabajó en amplios proyectos con la National Geographic, Sociedad Cousteau, etcétera.

Esta entidad se convirtió en la institución pionera de carácter científico de la actividad subacuática en Cuba y a su vez en el órgano que regía las labores de prospección, rescate e investigación de pecios históricos en la plataforma insular del Archipiélago Cubano. Desde el año 2000 hasta nuestros días, Carisub, S. A.

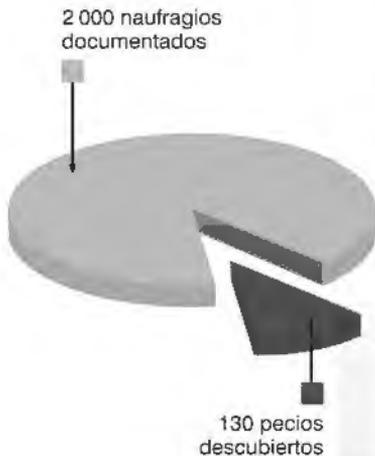


Fig. 6. Más de 2 000 naufragios documentados y 130 sitios arqueológicos subacuáticos. Búsquedas y hallazgos efectuados por diversas instituciones⁴ del país desde la década de 1960 al presente.

fue absorbida por Sermar, S. A., empresa perteneciente al Grupo Empresarial de las FAR y dedicada a la ejecución de obras hidrotécnicas, que a su vez tiene un Departamento de Arqueología encargado de llevar a cabo la actividad. El Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH) posee una sección naval, encargado de proyectar, realizar y controlar las investigaciones científicas (teóricas y aplicadas) de estudios arqueológicos sobre la Historia Naval de Cuba, relacionada directa o indirectamente con la Ciudad de San Cristóbal de La Habana y su puerto. También realiza investigaciones arqueológicas en contextos litorales y subacuáticos en el Archipiélago Cubano, que tengan dentro de su contenido la relación sitio arqueológico-La Habana. Imparte ciclos de conferencias sobre temas náuticos, ejecuta curso de arqueología subacuática y publica libros sobre eventos navales durante la época colonial; y además se estudian sitios arqueológicos prehistóricos (culturas aborígenes) actualmente sumergidos en zonas costeras. Esta sección ha apoyado trabajos arqueológicos internacionales en la República de Mozambique, donde se han excavado varios pecios y por primera vez se estudia la arquitectura naval de una nao redonda portuguesa de principios

del siglo xvii. También se ha trabajado en un pecio, en la República Bolivariana de Venezuela y se ha asesorado a la República de Ecuador. También resulta de vital importancia para el desempeño de nuestra actividad, como herramientas de trabajo, las ciencias auxiliares afines: la Historia, Topografía, Geodesia y Cartografía, Geografía, Sistemas de Información Geográficas, Toponimia, Etnoarqueología, Antropología, Estratigrafía, Oceanografía Física, Meteorología-Climatología, Geomorfología Litoral y Submarina.

Pioneros de la actividad arqueológica subacuática en Cuba:

1. Camilo Cienfuegos: Comandante de la Revolución Cubana.
2. Antonio Núñez Jiménez: Doctor en Ciencias Geográficas y Filosóficas.
3. César García del Pino: Máster en Ciencias Arqueológicas e historiador.
4. Juan Iduate Andux: Investigador histórico.
5. Juan Álvarez Forteza: Buzo profesional

★ ★ ★ CMAS

⁴ Departamento de Investigaciones Submarinas del Instituto de Oceanología (Academia de Ciencias de Cuba), Comité Estatal de Finanzas (CEF), Departamento de Investigaciones Subacuáticas del Instituto Nacional de Turismo, Departamento de Arqueología e Historia de Carisub, S. A. y Gabinete de Arqueología (Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana).

6. Michael Montañés Caballero: Buzo profesional. ★★ ★ CMAS
7. Roger Montañés: Arqueólogo subacuático y buzo profesional. ★★ ★ CMAS
8. Alberto Korda: Fotógrafo profesional.
9. Antonio Munné Romeo: Buzo profesional. ★★ ★ CMAS
10. Roberto López Juan: Buzo y tecnólogo.
11. Manuel González: Buzo profesional y tecnólogo. ★★ ★ CMAS
12. Nelson García Portilla: Fotógrafo, camarógrafo y buzo profesional. ★★ ★ CMAS
13. Carlos Fonseca: Fotógrafo, camarógrafo y buzo profesional. ★★ ★ CMAS
14. Juan Carlos Maza: Patrón de barco y buzo profesional.
15. Vicente de La Guardia: Navegante y buzo profesional. ★★ ★ CMAS
16. Alessandro López Pérez: Capitán de barco, arqueólogo y buzo profesional. ★★ ★ CMAS

Investigadores cubanos que colaboraron de forma directa e indirecta en el conocimiento de la actividad histórico-arqueológica (subacuática) desarrollada en nuestro país:

1. Eusebio Leal Spengler: Doctor en Ciencias Históricas y máster en Arqueología. Director de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH).
2. Antonio Núñez Jiménez: Doctor en Filosofía y Letras y en Ciencias Geográficas.
3. Lourdes S. Domínguez: Doctora en Ciencias Históricas, especialista en Arqueología.
4. Raquel Carrera Rivery: Doctora en Ciencias Biológicas.
5. Roger Arrazcaeta Delgado: Arqueólogo y Director del Gabinete de Arqueología.
6. Gabino La Rosa Corso: Doctor en Ciencias Históricas, especialista en Arqueología.
7. Pedro Pablo Godo: Doctor en Ciencias Históricas, especialista en Arqueología.
8. Fernando Ortega Sastriques: Doctor en Ciencias.
9. Gerardo Izquierdo Díaz: Subdirector Científico del ICAN.
10. Manuel Rivero de la Calle: Doctor en Ciencias.
11. Manuel García de Castro Ruíz: Doctor en Ciencias Geográficas y profesor titular.
12. Juan Navarro: Doctor en Ciencias Geográficas.
13. Nancy Revilla: Doctora en Ciencias Geográficas.

14. Nereyda Martínez: Doctora en Ciencias Biológicas.
15. Efraín Arrazcaeta Alejandro: Historiador del municipio de Batabanó y Director del Museo Municipal de la localidad.
16. Antonio Quevedo: Director del Museo de Arqueología (OHCH).

Instituciones nacionales que han realizado rescates subacuáticos en Cuba:

1. Instituto de Oceanología (Departamento de Investigaciones Subacuáticas).
Sitios: Guardalavaca, Península de Guanahacabibes y el pecio del Sánchez Barcaíztegui.
2. Banco Nacional de Cuba (Grupo de Rescate Subacuático).
Sitios: Cayo Verde, frontal de La Habana, pecio del Patricio Lumumba.
3. Comité Estatal de Finanzas (Grupo de Rescate de Valores No Circulantes).
Sitios: Exploración en el archipiélago Sabana-Camagüey, Jardines de la Reina, ensenada de Bacuranao, ensenada de Sibarimar.
4. INTUR (Departamento de Investigaciones Subacuáticas).
Sitios: Sambo, sur de Isla de Pinos, etcétera.
5. Carisub, S. A. (Corporación CIMEX).
Sitios: Más de cien pecios históricos investigados.
6. Grupo Batabanó (perteneciente al museo de la localidad).
Sitios: Muelle Real del Surgidero de Batabanó y zona marítima limítrofe a éste.
7. Geocuba (Geomar-Asociaciones Extranjeras):
Sitios: Ver acápite IV.
8. SERMAR, S. A. (MINFAR).
Sitios: Frontal de la bahía de La Habana, asociación extranjera Ramal Ventures, Ltd y actualmente trabaja en sociedad con la compañía del Instituto Europeo de Arqueología Submarina, dirigido por Frank Godoy, en el Cabo San Antonio.
9. Gabinete de Arqueología-Geomar.
Sitios: Frontal de La Habana, pecio San Antonio.
10. Antillana de Salvamento (MITRANS).
Sitios: Encargada de los rescates de naufragios modernos en aguas cubanas y del Caribe.
11. Sección Naval, Gabinete de Arqueología.
Sitios: Franja costera de Playas del Este, Contexto Abo-

ARQUEOLOGÍA

rigen Sumergido de Punta Macao (Guanabo), Ciudad de La Habana, Guanahacabibes (sectores litorales y subacuáticos), Frontal de la Habana desde el Río Almendares a Rincón de Guanabo (C. Habana), Grada de construcción naval de Boca de Jaruco y sectores adyacentes al Río de Jaruco, tanto sumergidos como litorales. (Provincia Habana).

Entre 1980-2003 Carisub, S. A. ha explorado más de cien naufragios alrededor de la plataforma insular cubana, y ha excavado y estudiado los siguientes pecios:

1. Sánchez Barcaíztegui, bahía de La Habana.
2. Sambo, Archipiélago de los Canarreos.
3. San Antonio, bahía de La Habana.
4. Punta del Holandés, península de Guanahacabibes.
5. Real Fondeadero de La Habana, frontal de la bahía de La Habana.
6. Sitio de los 5 cañones, oeste frontal de la bahía de La Habana.
7. Nuestra Señora de Las Mercedes, Ensenada de Sibarimar, Guanabo.
8. Los Muñequitos (Goleta Arrow), Cayo Paraíso, Pinar del Río.
9. Fuxa o ¿Nuestra Señora del Rosario?, Pinar del Río.
10. Inés de Soto, Pinar del Río.
11. Lingote I y II, Pinar del Río.
12. San Cayetano, Pinar del Río. (fig. 7)
13. Los Astrolabios, Pinar del Río.
14. La Galera, Pinar del Río.
15. Zorrita (La Tabla), Pinar del Río.
16. El Pinto, Pinar del Río.
17. Sancho Pardo, Pinar del Río.
18. Las Calabazas, Pinar del Río.
19. Bajo Nicolao, archipiélago Sabana-Camagüey.
20. Cayo Verde, archipiélago Sabana-Camagüey.
21. Más de veinte sitios arqueológicos subacuáticos en la península de Guanahacabibes.
22. Guardalavaca (Malaqueta), Holguín. Donde encontramos el armamento más antiguo que se haya encontrado en Cuba.

Documentales realizados en Carisub, S. A.

1. *El desastre del Barcaíztegui* (1980-1981), de René David.
2. *La isla del tesoro azul* (1984-1985), de Fernando Pérez y Roger Montañés.

3. *¡Hola mar!* (1987-1988). Instituto Cubano de Radio y Televisión y Carisub, S. A.
4. *El naufragio de la Almiranta* (1990), de Jorge Soliño.
5. *La flota de Cervera* (1991), de Jorge Soliño.
6. *Hombres trabajando* (1991), de Jorge Soliño.
7. *Historias sumergidas* (12 capítulos) (1991), de Rogelio París.
8. *Cuba: The Lost Treasure* (1992-1993), National Geographic Society (NGS), EUA.
9. *La Isla del Tesoro* (2001-2002), de María Monique, Francia.

Científicos extranjeros que en un momento determinado asesoraron al conocimiento de la actividad histórico-arqueológica (subacuática) desarrollada en nuestro país:

1. Susan Hendrickson: Paleontóloga y buzo profesional, Estados Unidos. Instituto Europeo de Arqueología Submarina, Francia.
2. Peter Throckmorton (fallecido): Arqueólogo marítimo. Nova Oceanographic Center, Florida, Estados Unidos.
3. George F. Bass: Arqueólogo marítimo y profesor emérito. Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.
4. Donny L. Hamilton: Presidente del Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.
5. Robert Grenier: Arqueólogo subacuático y director del Departamento de Arqueología Submarina del Gobierno de Canadá.
6. Roger C. Smith: Arqueólogo subacuático. Archaeological Research Section, Bureau of Archaeological Research, Division of Historical Resources, The Capitol, Florida, Estados Unidos.
7. Donald H. Keith: Doctor en Filosofía y arqueólogo. Ships of Discovery, Corpus Christi Museum, Texas, Estados Unidos.
8. J. Barto Arnold III, M. A.: Presidente de la Society for Historical Archaeology, Estados Unidos.
9. Jerome L. Hall: Profesor adjunto del Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.
10. Denise C. Lakey: Investigador de archivos históricos. Ships of Exploration and Discovery Research, Texas, Estados Unidos.
11. Pilar Luna Errenguerena: Subdirectora de Arqueología Subacuática del Instituto Nacional de Historia y Antropología (INHA), Distrito Federal, México.

12. Eugene Lyon: Doctor en Filosofía. Center for Historic Research at Flagler College, St. Augustine Foundation, Florida, Estados Unidos.

13. J. Richard Steffy: Profesor de Antropología. Texas A&M University, Ship Reconstructor of the Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.

14. Franck Goddio: Director del Instituto Europeo de Arqueología Submarina, Francia.

Instituciones y compañías extranjeras dedicadas a los "rescates arqueológicos" que operaron en Cuba entre 1997-2002:⁵

1. Canpack Diver, Inc. (North Vancouver, Canadá): Exploró el noreste de Punta Hicacos y excavó en la Ensenada de Sibarimar (Guanabo) el pecio Nuestra Señora de las Mercedes, ya había sido excavado por Carisub, S. A.

2. Visagold, Ltd. (Canadá) y Geomar (Cuba): Exploró en el archipiélago Sabana-Camagüey y en un sector del archipiélago de los Colorados. Excavó en el pecio Palemón, ya explorado por Carisub, S. A.

3. Africub, Ltd. (Sudáfrica) y Geomar (Cuba): Exploró en los Jardines o Jardinillos de la Reina y excavó en la desembocadura del río Guanabo, ya explorado por Carisub, S. A.

4. Ramal Ventures, Ltd. (Italia) y Sermar (Cuba): Exploró en el archipiélago de los Colorados, Península de Guanahacabibes y frontal de La Habana, ya explorado por Carisub, S. A.

5. Exploramar (Canadá) y Geomar (Cuba): Proyecto de la oceanógrafa Paulina Zelintski, quien exploró en aguas profundas el frontal de la bahía de La Habana y la franja marina de la península de Guanahacabibes.

6. Instituto Europeo de Arqueología Submarina (París, Francia) y Carisub, S. A. (Cuba): El arqueólogo Franck Goddio explora la franja marina de la península de Guanahacabibes en busca del barco de Juan de Ávalos (1524). En estos momentos trabaja asociado a SERMAR con el mismo propósito.

Cazadores de tesoros (*Treasure hunters*) que visitaron Cuba en las tres últimas décadas del siglo pasa-

do con vistas a desarrollar trabajos de rescate, a los cuales el gobierno cubano no les dio la autorización:

1. Norman Scott: Finales de la década de los años setenta.

2. Arthur Hartman: Finales de la década de los años setenta y principio de los noventa.

3. Robert Marx: Principio de la década de los años ochenta.

4. Robert Weaver: Mediados de la década de los años ochenta.

5. Robert Stenuit: Principio de los años noventa.

La biodiversidad marina, tan colmada de color y vida, de la plataforma insular del Archipiélago Cubano, encubre en sus entrañas gran parte de una historia que floreció con la aurora del llamado Encuentro Cultural entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Es así como abrigados por cientos de años de mutaciones vivientes y cambios hidro-dinámicos del lecho marino, yacen ocultos aún restos de naufragios y en ellos un sustancioso caudal del testimonio cultural de las embarcaciones de la Carrera de Indias. Por ende, la principal tarea arqueológica que se ha llevado a cabo en Cuba es la salvaguarda, para las venideras generaciones, de nuestro legado cultural y natural subacuático. El ejemplo de la conservación *–in situ–* ejercida en nuestro país por más de una década lo confirma Robert Grenier (2001), arqueólogo subacuático para Parcs Canada: *"Los pecios pueden quedarse miles de años bajo el agua conservando su interés y su riqueza arqueológica. Si hay destrucción natural, se produce generalmente mucho antes del final del primer siglo de inmersión. El hundimiento y enterramiento relativamente rápidos de una buena parte de los cascos de madera y de su contenido pueden contribuir a preservarlos y a protegerlos de los efectos destructores de los elementos a largo plazo."*

La reserva empírica de nuestra experiencia es el cúmulo de una sabiduría obtenida de hombres que, sin conocimientos arqueológicos, tuvieron la aptitud de poder interpretar las costumbres y aspectos culturales que en un remoto pasado los antecedieron. Estos sabios son los que han ayudado a rescatar nuestro

⁵ A estas compañías se les cerró el contrato por nuevos acuerdos gubernamentales, quedando sólo el Instituto Europeo de Arqueología, dirigido por F. Goddio, que opera con la empresa SERMAR S. A.

ARQUEOLOGÍA

patrimonio sumergido. Ellos son: carpinteros de ribera, pescadores profesionales, deportivos y submarinos, buzos aficionados y profesionales, cangrejeros, tropas guardafronteras, Marina de Guerra Revolucionaria y todo aquel que se dispone a enfrentar el mar. A estos se fueron sumando con el tiempo los hombres de ciencia, los cuales le dieron un sello de distinción a nuestro trabajo al aplicar sus conocimientos y metodología, a las

que se sumaron la valiosa información aportada por las comunidades costeras a través de la Etnoarqueología, la tradición oral, estudios toponímicos (Litonimia), Geografía y Cartografía Histórica, etcétera.

Bienaventurado sea aquel que posea la sabiduría cedida por aquellos hombres de mar.

BIBLIOGRAFÍA

ARNOLD, J. B. y R. WEDDLE (1978): "The Nautical Archeology of Padre Island. The Spanish Shipwrecks of 1554", en *Studies in Archeology*, Texas Antiquities Committee Publication no. 7, United Kingdom Edition, Academic Press, Inc.

ARRAZCAETA, R. y A. LÓPEZ (1998): "400 años de historia sumergida. Un galeón perdido en las aguas de Cuba", en revista *Mar y Pesca*, no. 308, mayo, Ediciones Pontón Caribe, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

ARRAZCAETA, R., A. LÓPEZ, A. QUEVEDO, I. RODRÍGUEZ y G. FALCÓN (2001): "Arqueología de una grada de construcción naval en Boca de Jaruco", en *Gabinete de Arqueología*, no. 1, año 1, Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Cuba.

BASS, G. F. (1972): "A History of Seafaring Based on Underwater Archaeology" (G. F. Bass, Ed.), Thames and Hudson, London, England.

COLECTIVO DE AUTORES (2002): "Naufragios documentados y pecios descubiertos por zonas en Cuba", en Expediente arqueológico no. 1-67, monografía inédita, departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

CUNQUEÍRO, A. (1983): *Fábulas y leyendas de la mar*, Tusquets, Barcelona, España.

DÍAZ, I. y C. ALONSO. (2001): "La cartografía temática digital al servicio de la Arqueología Subacuática", monografía, departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

GRENIER, R. (2001): "Las ventajas de la preservación *in situ*", en *Revista Fuentes UNESCO*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Centro UNESCO de Cataluña, Barcelona, España.

HERNÁNDEZ, C. A. (2000): "El desastre del Sánchez Barcaiz-tegui.", en *Opus Habana*, vol. IV, no. 2, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH), Cuba, y archivos del autor.

LÓPEZ, A. (1993): "Levantamiento, detección y excavación en el pecio Inés de Soto. Estudio del paleofondo" (monografía inédita),

departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

_____ (2004): "La sustitución de las maderas ibéricas por las autóctonas cubanas en la construcción naval", en *Gabinete de Arqueología*, no. 3, año 3, Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Cuba.

LÓPEZ A. y DÍAZ, I. (2005): "Estudio del paleoambiente hidrodinámico del pecio histórico San Cayetano" (monografía inédita).

LÓPEZ, A., C. GARCÍA y M. PAVÍA (2005): "1698: El naufragio de la Almiranta Nuestra Señora de las Mercedes", en *Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

LÓPEZ, A. y M. PAVÍA (2004): *Malhechores de la mar. Corsarios, filibusteros, piratas, negreros, raqueros y contrabandistas del siglo XVI, XVII, XVIII y XIX y su relación con La Habana. Antología cronológica*, Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH), Cuba (en prensa).

_____ (2004): "Naufragios relacionados con La Habana colonial. Operaciones de buceo, rescate y salvamento. Antología cronológica", en *Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH), Cuba.

MIRABAL, A. (1998): "El arrecife coralino" en *Naufragio en Inés de Soto: Un hallazgo de cuatro siglos*, Carisub, S. A., Corporación CIMEX, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

MORRIÑA, F., F. ESCOBAR y M. ALMEIDA (1999): "La preservación del Patrimonio Cultural Sumergido" (inédito), departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

ORTEGA, O. (2000): "Informe histórico sobre los posibles casos relacionados con el naufragio de San Cayetano" (inédito), Departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

SMITH, R. C. (1989): *Vanguard of Empire: 15th-and 16th-Century Iberian Ship Technology in the Age of Discovery*, tesis de doctorado, University of Virginia, Estados Unidos.

No. 9, AÑO 9, 2012

Interacción hispano-aborigen en Las Antillas. La perspectiva arqueológica

Por: Roberto Valcárcel Rojas

RESUMEN

La interacción hispano-indígena marca toda la etapa inicial de la existencia colonial antillana. Por múltiples motivos se trata de un proceso poco conocido y difícil de considerar solo desde datos históricos, por lo que su análisis arqueológico ha sido y es imprescindible. Este texto ofrece un recuento de los trabajos de investigación arqueológica sobre el tema en las Antillas Mayores (Jamaica, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Haití). Refiere su valor en el registro del cambio entre las comunidades locales y en la visualización de situaciones de integración del indígena. Señala su dependencia metodológica de la Arqueología de contextos precoloniales, y el positivo impacto de la implementación de enfoques relacionados con las diferencias de poder, estrategias de resistencia y el papel del género, así como del desarrollo de perspectivas multidisciplinarias con un fuerte componente arqueométrico.

ABSTRACT

Interaction between the Spanish and the aboriginals featured the initial stage of colonization in the Antilles. For several reasons, this was a process that has remained largely unknown and it is hard to analyze it, based only on historical data. Thus, its archaeological analysis has been and is considered essential. This paper takes a look back at archaeological researches on this topic in the Greater Antilles (Jamaica, Cuba, Puerto Rico, Dominican Republic and Haiti) and refers researches values to the record of changes among local communities and the appreciation of actual situations of the aboriginals' integration. The dependency on pre-colonial archaeological contexts and the positive impact of the implementation of approaches linked to power differences, strategies of resistance and the role of genders, and also the development of multidisciplinary approaches as one of the main items within archaeometry are included as well.

El arribo europeo a Las Antillas cambió el ritmo de varios milenios de historia. Estableció un antes y un después que el pensamiento histórico contemporáneo no logra reconciliar, quizás¹ porque este presente se ha construido bajo la perspectiva de los que abrieron y controlaron ese segundo momento. La etapa de entrada y los primeros siglos coloniales constituyen una circunstancia de nexos cuya comprensión podría ayudarnos a recuperar la integridad de ese proceso. Lamentablemente, este particular periodo permanece prácticamente ignorado al reconocerse solo desde el actor europeo, siempre en una perspectiva de élite y con protagonistas de élite. El indio es un detalle menor; sin embargo, es él quien sostiene el proceso de asentamiento hispano y las diversas formas de economía, y aporta conocimientos y experiencias sobre el ambiente y sus recursos, imprescindibles para la adaptación europea y el control de los nuevos espacios. Aunque las enfermedades, la guerra, y la explotación laboral desarticulaban el universo social y demográfico indígena, su presencia se proyecta en espacios y modos diversos, especialmente a través de una sociedad mestiza donde todos están y todos son cambiados.

Estos acontecimientos no se pueden seguir solo desde una base documental. Es imprescindible la Arqueología y un esquema integrador para conseguir una visión más cercana. Solo así es posible percibir las posiciones de los que nunca escribieron: indígenas, negros y europeos analfabetos, y llegar tanto a áreas urbanas como a las aldeas nativas, o a los espacios domésticos, donde la interacción entre diversos grupos étnicos se reflejaba de un modo más real (Deagan, 1996: 136, 150).

Conceptualmente ha existido cierta tendencia a enmarcar la relación entre europeos e indígenas en el llamado período del contacto o época del contacto indohispánico, iniciado con el arribo colombino en 1492 y cuyos límites finales se ajustan a la etapa del colapso político y demográfico nativo (Wilson, 1990: 2; Ewen, 1998: 17). Algunos autores fijan esta fecha para el Caribe insular en torno a la conclusión de la segunda década del siglo

¹ Por supuesto, este no es el único factor, aunque si uno de los más importantes. Es obvio que la limitada supervivencia indígena, su modo de integrarse al mundo colonial, la valoración de su presencia en los entes nacionales del área, y las mismas características del trabajo arqueológico y su difusión y manejo entre los historiadores, también son elementos de peso.

xvi (Deagan, 1988: 188, 189; Ewen, 1998: 17), aunque para Cuba y La Española también se la ha ubicado a mediados de ese siglo (García Arévalo, 1991: 363; Rives, Domínguez y Pérez, 1991: 28). Puede discutirse el momento crítico del desastre indígena pero resulta claro que aunque su sociedad fue destruida, el individuo, y en ocasiones el grupo, sobrevivió más allá de estas fechas en áreas rurales y urbanas, y en diversos niveles de relación con los europeos (Pichardo, 1945; Guitar, 2002). Al menos esto parece especialmente pertinente para La Española y Cuba, e implica toda una situación de interacción posterior al periodo de contacto cuya investigación es imprescindible. Metodológicamente obliga a valorar de modo crítico, como ha hecho Silliman (2005) para el caso de los Estados Unidos, la tendencia a circunscribir todos los contextos con evidencias de interacción, muchas veces sin una idea clara sobre su temporalidad, a una situación o momento de contacto, imponiendo con ello presunciones sobre un proceso que se asume como inicial, poco prolongado e inevitablemente detenido por la destrucción del indio. Esta percepción dificulta considerar la integralidad histórica de la interacción hispano-indígena y su proyección e impacto en los desarrollos socioculturales e identitarios de las distintas islas.

El análisis de la interacción hispano-indígena en cualquiera de sus momentos es parte del estudio arqueológico del periodo colonial en el Caribe, destacándose como un tema muy particular en tanto se despliega en contextos arqueológicos diversos donde pueden coexistir o no coexistir, e incluso mezclarse, situaciones de ausencia documental y perfil cultural típicamente precolombino, con procesos bien historiadados y de carácter urbano. Aunque se percibe como una línea o temática de la Arqueología Histórica (Ewen, 2001; La Rosa Corzo, 2000), su abordaje excede el margen de la Arqueología Precolombina, Prehistórica o Precolonial o de la Arqueología Poscolombina, Histórica o Colonial, imponiendo estrategias donde ambas deben integrarse (Deagan, 2004: 599).

Este texto ofrece un recuento de los trabajos de investigación arqueológica sobre la interacción hispano-aborigen en las islas del Caribe y valora sus peculiaridades, evolución y principales resultados. No aporta un panorama exhaustivo sino una visión de aspectos y momentos importantes. Se centra en el caso de las Antillas Mayores (Jamaica, Cuba, Puerto Rico y

La Española, integrada por República Dominicana y Haití), en tanto Las Bahamas y las Antillas Menores resultan islas donde el estudio del tema prácticamente no se ha desarrollado, dada la escasez de espacios arqueológicos que lo reflejan (Deagan, 1988: 200; Watters, 2001: 92; Delpuech, 2001: 31).

El contexto histórico de la interacción

La perspectiva etnohistórica muestra, a la llegada europea, un Caribe dividido entre sociedades diferenciadas y antagónicas: “indios” pacíficos y civilizables en las Antillas Mayores y Las Bahamas, y “caribes” guerreros y caníbales en las Antillas Menores. Un tercer poblador, sin agricultura y muy primitivo, se refiere para el extremo oeste de Cuba y zonas de La Española, aunque para algunos investigadores (Keegan, 1992; González Herrera, 2007) el dato arqueológico no sostiene esta presencia. A los primeros se les ha llamado taínos, denominación arbitraria y confusa, que no parece ser un marcador étnico indígena o europeo (Hulme, 1993: 204). Taínos y caribes no son conglomerados homogéneos ni tan diametralmente opuestos, y hay mucho de manipulación política para justificar la esclavización de los últimos en razón de su beligerancia y “salvajismo” (Sued Badillo, 1995: 69). En ambos casos son sociedades sedentarias preestatales, con lenguas diferenciadas aunque de base aruaca, y con una economía basada en la agricultura, fuertemente complementada por acciones de apropiación en ambientes marinos y terrestres.

A partir de 1493 se inició el establecimiento poblacional europeo y la explotación económica de La Española. En Cuba, Jamaica y Puerto Rico esto comenzó a implementarse a fines de la primera década del siglo xvi, periodo en torno al cual se inicia la transformación de Las Bahamas y las Antillas Menores en fuentes de mano de obra esclava. Este comportamiento, el impacto de la conquista y las enfermedades, generaron un cambio demográfico dramático. En las Antillas Mayores, que a la llegada europea parecen haber tenido una alta densidad poblacional, se consignan para los años cuarenta del siglo xvi —según información documental— unos 500 habitantes en La Española, alrededor de 2 000 en Cuba, unos 100 en Puerto Rico, y una cifra baja e imprecisa en Jamaica (Mira Caballos, 1997: 38, 42, 46-47). Por el recorrido de Ponce de León en su via-

je a La Florida, sabemos del casi total despoblamiento de Las Bahamas hacia 1513 (Keegan, 1992: 223).

El proceso de interacción vivió el ritmo de la evolución del proceso colonial. Se comenzaba con una etapa de colaboración que colapsaba y terminaba en enfrentamiento armado al iniciarse la imposición de los sistemas de control político y económico hispanos. Para dominar y explotar las islas se establecían villas situadas en puntos de interés económico y militar, desde los cuales se mantenía el contacto con los otros espacios colonizados o con las nuevas zonas de conquista. En las Antillas Mayores, el manejo de la mano de obra se estructuró a partir de la encomienda, sistema basado en la entrega a los españoles de indios que trabajaban a su servicio durante cierto periodo de tiempo, aunque bajo el mando de sus caciques o jefes. Se suponía que debían recibir, a cambio, tutelaje civilizatorio y adoctrinamiento cristiano. Implementada oficialmente en La Española en 1503 y posteriormente en otras islas, resultó un mecanismo de exterminio al articularse en formas de explotación laboral intensiva, desarraigando las poblaciones y desintegrando los ciclos de vida y las estructuras familiares y comunales.

Indígenas y europeos se relacionaron en ciudades y campos, en los espacios domésticos y laborales, intercambiando conocimientos y tecnologías. Esto se dio en un contexto que reconocía ciertos derechos a las élites locales, las cuales también maniobraron para mantener sus prerrogativas, y las usaba para imponer el nuevo ordenamiento político, laboral y religioso. Desde temprano se fomentó la unión entre españoles y mujeres indígenas. Al principio, esto ocurrió en aldeas indias y de manera preferente con miembros de sus estratos dirigentes, generalizándose posteriormente para dar lugar a todo un estrato mestizo, el cual se integraría en lo fundamental a las clases humildes del mundo colonial.

Las Leyes Nuevas de 1542 iniciaron el proceso de eliminación de la encomienda y la liberación del indio, reconociendo el final de su protagonismo laboral debido a la disminución demográfica. En Cuba, donde el elemento indígena era mayor y aun resultaba importante en la fase final de la economía del oro, la encomienda se mantuvo hasta 1553. Tras la liberación, en esta isla se crearon pueblos donde fueron concentrados gran parte de los sobrevivientes; algunos mantuvieron población india o que se autoreconocía como tal hasta el siglo XIX. Los pueblos, y posiblemente aldeas en es-

pacios aislados, fueron importantes áreas de identidad indígena que también circularía a través de los indios y mestizos insertados en el resto de la vida colonial.

Recuento del trabajo arqueológico

El estudio arqueológico de la interacción hispano-indígena en las Antillas Mayores se inició en el marco de la investigación de las sociedades precolombinas. En sus comienzos se expresó en la identificación de lugares donde quedaron huellas del contacto entre ambas culturas, sin ir más allá de conectar espacios indígenas con acontecimientos documentados históricamente. En este esquema, aun muy usado, el inventario de material indígena y europeo aportó elementos que suponían formas de contacto y la interacción en gran medida se asumió —más que explicarse— desde lo referido por el documento. Un ejemplo temprano de este enfoque lo ofreció Irving Rouse, quien en 1941, durante sus trabajos en Maniabón, Cuba, usó el hallazgo de objetos europeos y de objetos indígenas que copiaban elementos europeos, como marcador cronológico para establecer la antigüedad relativa de determinados estratos o partes de un sitio indígena. Relacionaba los sitios según sus caracteres de ubicación y conformación sociopolítica, con acontecimientos históricos informados para la zona. Intentaba reconstruir así la posición de supuestos cacicazgos y planteaba el vínculo de ciertos lugares arqueológicos con hechos de la conquista (Rouse, 1942: 155, 157).

Se trataba de un abordaje primario, donde el objeto europeo, o influenciado por estos, recibía una atención mínima y en el cual generalmente no se discutían las implicaciones socioculturales de su presencia en los restos de las aldeas indígenas. Solo en el caso de El Yayal (fig. 1), un sitio con fuerte copia de formas europeas y uso de materiales con este origen, se valoró una situación de aculturación (Rouse, 1942: 119).

Pese a su alejamiento del problema, el texto de Rouse estimuló la visualización de las evidencias arqueológicas asociadas al vínculo hispano-indígena, así como intentos por darle una explicación social. En esta línea Oswaldo Morales Patiño y Roberto Pérez de Acevedo implementaron en 1945 el uso arqueológico del término transculturación, definido por Fernando Ortiz (1983: 90) para sustituir y a la vez unificar los conceptos de aculturación (adquisición de una



Fig. 1. Sitio arqueológico El Yayal, Holguín, Cuba. A. Vasija indígena que copia formas europeas. B. Objetos europeos

nueva cultura), deculturación (pérdida de cultura) y neoculturación (surgimiento de una nueva cultura); transculturación sería el proceso de desarrollo de expresiones culturales nuevas a partir de una situación de interrelación cultural donde se cambian influencias, perdiéndose y adquiriéndose elementos.

Estos autores emplearon el término para caracterizar el sentido de la etapa durante la cual ambas sociedades contactaron e intercambiaron elementos culturales. La llamaron periodo de transculturación indohispánica (Morales Patiño y Pérez de Acevedo, 1954: 6, 7, 18) y la situaron en la primera mitad del siglo xvi. Trabajaron la clasificación de las evidencias asociadas al fenómeno, ya esbozada por Rouse (1942: 152), e incorporaron la consideración de elementos no arqueológicos de origen indígena captados por los europeos en ese periodo.

El uso arqueológico del concepto nació con la limitante de que el mismo Ortiz, aunque admitía la existencia de un legado indígena en la cultura cubana, negaba para estos la posibilidad de transculturación dado lo rápido y radical de su destrucción (Ortiz,

1983: 88). Morales Patiño y Pérez de Acevedo (1945: 6) hablaron de una rápida transculturación, pero negaron la supervivencia del aborigen y su integración o mestizaje. Su perspectiva se estableció desde un inventario elemental de objetos asociados a la interacción y con una pobre valoración de los contextos arqueológicos. Se trata de una conceptualización superficial donde el uso del término es esencialmente intuitivo y basado solo en los aspectos de estructuración del nexo cultural y de visualización de su intensidad, ignorando y también negando, el perfil creativo y generador (etnogenésico) de la definición ortiziana. De cualquier manera es un intento importante en la búsqueda de esquemas de explicación teórica, aprovechando los recursos del pensamiento sociológico cubano, donde se visualizan de manera pionera las posibilidades del concepto en el análisis de la interacción hispano-indígena. Además, como refiere Gabino La Rosa (2000: 127), es el primer ejemplo en la Isla de la implementación del estudio arqueológico no a un sitio o tipo de evidencia particular, sino a un proceso histórico complejo.

En 1978, Lourdes Domínguez sistematizó las ideas existentes sobre la percepción arqueológica de la interacción, especialmente las de García Castañeda (1949), y propuso una metodología clasificatoria específica (Domínguez, 1978: 37):

- Sitios de contacto, si el material europeo tenía una presencia superficial, no era muy abundante ni estaba modificado. Indica una relación corta o indirecta.

- Sitios de transculturación, si además de abundantes evidencias europeas, con huellas de reutilización o modificación, aparecían objetos indígenas que indicaran copia de caracteres europeos. Supone una relación larga y un intercambio cultural intenso.

Este enfoque es parte de un momento de incremento del trabajo arqueológico en la Isla, tanto en sitios indígenas como en espacios urbanos tempranos (Castellanos y Pino, 1978; Domínguez, 1980, 1984). Expresa una situación de mejoramiento de las capacidades de estudio arqueológico y de análisis de evidencias europeas, relacionada con una etapa de fortalecimiento institucional y teórico de la Arqueología cubana, ahora desde perspectivas marxistas. Se vincula también, al menos en un sentido metodológico, a la repercusión en el Caribe de estudios de cultura material europea implementados en los Estados Unidos, especialmente investigaciones de cerámica como las de John Goggin (1960, 1968) y Charles Fairbanks (1972).

Para esa época en la República Dominicana se publicaron los estudios de Manuel García Arévalo (1978), que mantuvo el patrón catalogador del texto de Morales Patiño y Pérez de Acevedo y similar uso del término transculturación. Arévalo intentó establecer el uso de esas piezas y el sentido de la presencia de material hispano en espacios indígenas. Distinguió elementos aparentemente obtenidos por intercambio e incorporados al mundo nativo (entierros en algunos casos), siguiendo concepciones estéticas y simbólicas que atribuían a estos un valor especial. Estudios puntuales, como los de Bernardo Vega, enfatizaron en este asunto para el caso de ciertos ídolos, ornamentos (Vega, 1987 a), y piezas de metal (Vega, 1987). Los investigadores dominicanos también se detienen en el tema de las cerámicas y su capacidad de expresar formas de interacción en espacios urbanos, asociadas al aprovechamiento del trabajo y la tecnología local. Valoraron tanto casos de mezcla de rasgos europeos y aborígenes, piezas del pueblo español de Concepción de la Vega (Ortega y Fondeur, 1978), como cerá-

micas utilitarias criollas o transculturales, originadas a partir de cambios en los recipientes aborígenes por el efecto de nuevas prácticas dietarias y por determinantes ideológicas y de manejo, que anulan los patrones estéticos nativos (García Arévalo, 1978 a).

Durante esos años y a lo largo de la década de los ochenta, se registró un fortalecimiento notable de la Arqueología dominicana y la integración de algunos de sus principales especialistas a la llamada Arqueología Social Latinoamericana y con ella, al pronunciamiento a favor de una disciplina que analizara los comportamientos sociales y permitiera sostener el reconocimiento de la identidad nacional (Veloz Maggiolo, 1999). Los logros básicos del momento se expresaron en estudios de registros precolombinos; hay pocas investigaciones de sitios indígenas con material hispano, teniendo una proyección limitada y poco explicativa la investigación de contextos europeos. En lo que a estos refiere, se reporta la investigación de ingenios azucareros en Azua y Sanate (Ewen, 2001: 16), y de centros poblacionales como La Isabela (Luna Calderón, 1992), Concepción de la Vega (Ortega y Fondeur, 1978) y Santo Domingo (Ortega, 1982).

En La Isabela (fig. 2) se localizaron numerosas estructuras constructivas y un cementerio. Fernando Luna Calderón (1992) ubicó y estudió, entre 1984 y 1985, un entierro indígena dispuesto en posición europea y entierros europeos acompañados de elementos nativos. Consideraron en este caso la inhumación de europeos por indios y una situación de aculturación en lo referido al indígena. A partir de 1987, los trabajos de campo en el sitio son dirigidos por José M. Cruxent, de la Universidad de Coro, Venezuela, incorporándose al proyecto, en 1989, la Universidad de la Florida (Deagan y Cruxent, 2002: 88 y 93).

A diferencia de Cuba, gran parte de la contribución dominicana estuvo en la manera de integrar los nuevos resultados del análisis de sitios indígenas a la comprensión global del proceso de interacción, más que en estudiar la interacción en el interior de las comunidades locales. Al tenerse una imagen muy completa de la sociedad que recibió a los europeos, se hizo posible evaluar mejor aspectos como su influencia en la selección europea de espacios, el impacto de las diferencias étnicas y de los nexos políticos de los cacicazgos en la recepción y relación con el español, y el manejo europeo de los sistemas de alianza indígena para consolidar sus posiciones (Guerrero y Veloz, 1988;

| ARQUEOLOGÍA |

Guerrero, 1999; Veloz, 2002). Desde estas investigaciones se avanza en el reconocimiento de mecanismos de integración hispano-indígena, claves en la definición de una identidad criolla (Veloz Maggiolo, 2002).

En cuanto a Cuba, se produjeron avances que expresaban, quizás, el más importante intento de los investigadores antillanos por concretar métodos dirigidos a la percepción de los aspectos de la interacción y a la superación de los enfoques particulares basados en los estudios de objetos. Se enfatizó en una evaluación más detallada e integral del cambio en la sociedad local y de las expresiones de su inserción en el mundo colonial como grupo e individuos. Se alerta (Rives, Domínguez y Pérez, 1991: 28), ante una presencia indígena tardía, sobre la necesidad de un ajuste de las estrategias de investigación a fin de poder distinguir este aspecto en contextos de gran complejidad,

dado su carácter mezclado y multiétnico. Se precisa, además, la importancia de superar el manejo aislado de la evidencia y reconocer “asociaciones significativas”, contrastables documentalmente (Rives, Domínguez y Pérez, 1991: 28-29).

A tono con esta posición, se mejoró el registro estratigráfico y espacial de las variaciones en los sitios indígenas, analizándose en detalle su asociación con objetos europeos. Se distinguieron casos de disminución en el uso de artefactos utilitarios y modificación de estos (Rives *et al.*, 1987; Tomé y Rives, 1987); reordenamientos económicos por cambios en la alimentación —disminución del consumo de especies locales y consumo de especies europeas— (Castellanos y Pino, 1978: 18-19; Valcárcel Rojas, 1997: 69-70); especialización en la elaboración de productos como el casabe (Rives *et al.*, 1987), y variaciones en los patrones ce-



Fig. 2. Ruinas de construcciones en la ciudad de La Isabela, República Dominicana. Foto cortesía de Jorge Ulloa Hung

rámicos por copia de formas europeas (Domínguez, 1984: 68; Valcárcel Rojas, 1997: 70). El funcionamiento integrador de estos datos, revisando patrones de distribución de sitios y materiales, ha ayudado a valorar mejor la diversidad de la interacción, al proponer modelos de interpretación de comportamientos arqueológicos regionales sobre la base de elementos del sistema de explotación económica español y a su forma de uso de los espacios. En este sentido se identificaron (Valcárcel Rojas, 1997) sitios que pudieron ser estancias, atendiendo a evidencias de interacción intensa en locaciones próximas a las villas y pueblos españoles, y contextos con menos materiales que pudieran expresar incursiones o establecimientos poco importantes en espacios lejanos y aislados, dentro de intercambios aparentemente rápidos y poco intensos.

En los años ochenta y noventa se produjo también la consolidación de la presencia académica norteamericana en La Española, siguiendo una tradición de estudios caribeños relacionada con el trabajo de Goggin y Fairbanks. A partir de una intensa labor de campo, donde se involucraron investigadores de Haití y República Dominicana, y básicamente bajo la dirección de Kathleen Deagan, la Universidad de La Florida desarrolló investigaciones en sitios claves: en Puerto Real (Deagan, 1995) y Bas Saline (Deagan, 2004), en Haití, y La Isabela (Deagan y Cruxent, 2002) y Concepción de La Vega (Kulstad, 2008), en República Dominicana. Se trata en su mayoría de estudios de larga duración y gran magnitud, con amplias excavaciones, recuperación masiva de evidencias, completa documentación de los trabajos y materiales, y perspectiva interdisciplinaria, que incluyen análisis arqueozoológicos y paleoetnobotánicos. A través de ellos se introducen los enfoques posprocesuales, fuertemente expresados en una perspectiva de género y clase, y en una evaluación multiescala con reconocimiento estadístico y espacial de patrones y procesos, que superan de modo radical la tradicional búsqueda del cambio.

Comprender la emergencia, desarrollo y transformación de la sociedad colonial durante el siglo XVI, fue un aspecto básico de estos trabajos. Se enfatizó en valorar la interacción hispano-indígena durante las primeras décadas de ese siglo, en explorar las respuestas nativas ante el arribo europeo, y las respuestas africanas y europeas ante las demandas de ajuste colonial en el mundo americano (Deagan y Cruxent, 1993: 68). Resultó un esfuerzo revolucionario y un

nuevo momento en la investigación del tema en el Caribe, aportando visiones cuidadosamente fundamentadas a partir de locaciones que ilustran tanto el efecto inmediato del contacto en una aldea tal vez vinculada a la llegada de Colón (sitio En Bas Saline), los reajustes desde perspectivas jerárquicas y el fuerte protagonismo productivo femenino para enfrentar necesidades de la comunidad (Deagan, 2004), como etapas diversas de la interacción en el marco de pueblos hispanos. En este caso, Puerto Real, vigente hasta 1578, mostró la adaptación europea y la entrada en su mundo de elementos indígenas, a través del desempeño femenino en espacios domésticos hispanos. Mostró también la relación con el africano y el incipiente desplazamiento del indio; situación diferente a La Isabela, abandonada en 1497 y marcada, en la perspectiva de Deagan y Cruxent (1993: 83), por el apego a modelos europeos, sin pretensiones importantes de adopción de elementos americanos. Este largo recorrido temporal y contextual, ofrece una imagen inédita de los procesos de interacción social y étnica asociados al surgimiento de la sociedad criolla y a la conformación de una identidad iberoamericana (Deagan, 1996: 147, 151).

Pese a su gran importancia, estos trabajos no consiguieron el impacto local que merecían; en parte porque la promoción de muchos de sus resultados coincidió con el declive de las arqueologías dominicana y cubana, a partir de los años noventa. Empero sí tuvieron resonancia en los círculos arqueológicos norteamericanos y europeos, aportando referencias claves en términos conceptuales y metodológicos para la investigación desarrollada o apoyada por estos en el Caribe. Así ha resultado en lo que respecta a Jamaica debido al análisis del fuerte de Sevilla la Nueva (fundado en 1510), uno de los pocos lugares de esa Isla donde han podido estudiarse detalles de la interacción hispano-indígena, pese a la existencia de varios asentamientos nativos con objetos europeos (Deagan, 1988: 205).

El material de Sevilla la Nueva muestra cerámica tipo *colono ware* (alfarería local no europea) junto a cerámicas europeas e indígenas. Para Woodward (2006: 169), las cerámicas indígenas fueron usadas aparentemente en la preparación de comida para los españoles, relacionándose la presencia de burenes con la adopción de tradiciones subsistenciales nativas. Entiende la presencia de un único estilo de *colono ware*, como indicio de una acción de ordenamiento europeo

de los alfareros indígenas; lo denomina *Nueva Sevilla ware* (Woodward, 2006: 169) y la describe como una alfarería sincrética, que mantiene tecnologías indígenas y en ocasiones su forma de decoración, aunque en muchos casos copia formas europeas.

El estudio de la fauna indica el consumo predominante de animales domésticos europeos, especialmente cerdo, y su utilización seguía formas de preparación típicas de estratos hispanos de clase alta. Por la ausencia de pescado se supone que este era el alimento común de españoles de bajo estatus e indígenas. El carácter aislado de esta colonia posiblemente determinó una adaptación más completa de individuos de clase alta al ambiente local, incluyendo la relación con mujeres indígenas (Woodward, 2006: 172-173).

El tema de las cerámicas locales con influencias europeas o producidas bajo su control, se reitera en Puerto Rico. En esta isla se han reportado escasos sitios indígenas con evidencias europeas (Anderson Córdova, 2005: 350-351; Deagan, 1988: 205), y la interacción se ha valorado poco en pueblos españoles del siglo xvi, como Caparra o la ciudad de San Juan (Deagan, 1988: 216-217). En Ballajá, San Juan, se localizaron vasijas que pudieran representar la integración de tradiciones europeas e indígenas, aunque algunos especialistas las consideran cerámicas criollas quizás con rasgos neogroides (Roura, Arrazcaeta y Hernández, 2006: 20).

Estas cerámicas son un aspecto recurrente en el registro del vínculo entre españoles e indígenas y se asumen dentro del llamado *colono ware*, alfarería de producción local hecha a mano y de origen no europeo (indígena o africano), usada para fines domésticos en el Nuevo Mundo. Deagan (1987: 103-104) incluye en ellas la “cerámica indohispana” de Concepción de la Vega (Ortega y Fondeur, 1978), la “cerámica transcultural” reportada en Cuba (Domínguez, 1978) y cerámicas de Puerto Real llamadas “Christophe Plain”, generadas aparentemente por la interacción hispano-africana (Smith, 1995). Estas cerámicas expresan diferentes situaciones de interacción, aunque responden sobre todo a manejos de integración de las tradiciones indígenas y en ocasiones africanas, a los esquemas de producción y consumo de la economía colonial, siempre desde una posición subordinada y marginal.

Para Cuba se ha indicado la necesidad de distinguir las cerámicas indígenas que copian formas hispanas de aquellas encontradas en contextos diversos del siglo xvi al xix. Estas últimas parecen evoluciones desde

formas nativas, sin elementos europeos, por lo cual se propone llamarlas “cerámicas de tradición aborígen” (Roura, Arrazcaeta y Hernández, 2006: 20). García Arévalo también percibe estas distinciones en República Dominicana y las asume como expresión de distintos momentos y niveles del proceso de interacción: primero captación de formas nuevas, ideológicamente significativas, y después ajuste a las necesidades de la convivencia en espacios de preponderancia hispana (García Arévalo, 1991). Discute el asunto a partir del modelo usado por George Foster (1960) para valorar la interacción en México, muy influyente en toda la perspectiva norteamericana sobre el tema en el Caribe. Este conceptualiza la existencia de una sociedad donante de rasgos y otra receptora, y de momentos particulares de entrada de tales rasgos, los cuales se distinguen por el nivel de control que sobre el proceso ejerce el grupo donante.

La identificación de las cerámicas de tradición aborígen en Cuba, las más frecuentes y sostenidas en el tiempo en sitios urbanos, establece la continuidad cultural indígena en el mundo colonial, así como espacios y mecanismos de inserción del indio que refieren su permanencia como ente social. Esto es muy importante pues es un material típico de villas y pueblos. Tal situación da un nuevo perfil al análisis de la interacción en una isla donde ese proceso se ha visto y se ve, generalmente, en contextos indígenas y con efectos sobre este actor social y no sobre el europeo. Se apoya, además, en la creciente visualización arqueológica de presencia indígena en ciudades como La Habana, donde esta se documenta del siglo xvi al xviii, en la agricultura y la alfarería (Roura y Hernández, 2007: 153).

La Habana ejemplifica el creciente desarrollo de la Arqueología Histórica en Cuba y una tendencia de apertura conceptual y rigor práctico, muy alentadora en lo referido a sus posibilidades de mejorar el estudio de la interacción en contextos urbanos. La información obtenida en esta ciudad da nuevos elementos en torno al tema de la supervivencia indígena, ya admitida por muchos en términos conceptuales (Domínguez y Rives, 1995) y cada vez más evidente en otros espacios antillanos. En este sentido son relevantes los resultados de los análisis de ADN que indican la fuerza del componente indígena en la población actual de Puerto Rico (Martínez Cruzado, 2002).

La aplicación de recursos del análisis arqueométrico marca estudios recientes y grandes expectativas.



Fig. 3. Esqueleto con ornamento que usa tubos de latón europeo (agujetas). Sitio El Chorro de Maíta, Banes, Cuba. Detalle del ornamento en la pierna. Izquierda, radiografía. Derecha, foto del objeto

Se destaca el desarrollo de investigaciones bioquímicas en la identificación de residuos de alimentos en la cerámica indígena y europea, a fin de establecer patrones subsistenciales desarrollados en La Isabela (Vander Veen, 2007). También análisis en curso, de isótopos de carbón, oxígeno y estroncio, deben ayudar a conocer mejor el origen poblacional y detalles de la alimentación de individuos inhumados en el cementerio de esta ciudad (Devitt, 2009). Una investigación desde la perspectiva arqueometalúrgica, usando microscopía electrónica y estudios radiográficos y de FRX (Martín Torres *et al.*, 2007; Valcárcel Rojas *et al.*, 2007; Cooper *et al.*, 2008), ha identificado latón europeo (fig. 3) y objetos indígenas de origen colombiano (guanines) en El Chorro de Maíta, Cuba. Esto cambia radicalmente la interpretación de ese sitio —donde la interacción se había visto como poco significativa— y

ofrece información sobre procesos de entrada de prácticas europeas en el mundo funerario indígena.

El Chorro de Maíta es un sitio habitacional indígena con un cementerio, del cual se han extraído restos de más de 120 individuos (Valcárcel Rojas y Rodríguez Arce, 2005). En 17 esqueletos aparecieron tubos metálicos, inicialmente considerados de carácter nativo (Guarch Delmonte, 1988: 176), aunque se ha comprobado que son *agujetas* de latón usadas en la ropa europea del siglo xvi, muchas veces empleadas como material de intercambio (Valcárcel Rojas *et al.*, 2007: 126). Su ubicación en ciertos individuos, muchos de ellos enterrados en posición extendida (fig. 4) y en ocasiones sin deformación craneana, algo inusual entre indígenas aruacos, indica que tales situaciones son producto de la influencia española (Valcárcel Rojas *et al.*, 2007: 127). Estos aspectos atribuyen un carácter poscolombino a gran parte de las inhumaciones, por lo que al no ser el cementerio un patrón funerario común entre estas comunidades de Cuba —solo se ha encontrado el de El Chorro de Maíta—, debe considerarse también la posibilidad de que este, como espacio funerario, se encuentre determinado básicamente por ideas hispanas. Las posiciones extendidas, propias del ritual cristiano, y el abandono de prácticas identitarias como la deformación craneana, parecen ser evidencia del proceso de conversión religiosa promovido por los colonizadores.

La concentración en unos pocos esqueletos, varios de ellos femeninos, de objetos de gran valor para la sociedad local, como cuentas de piedras, corales, resinas, perlas y guanines, sugiere la existencia de estratos elitarios relacionados con el control de esos bienes (Valcárcel Rojas y Rodríguez Arce, 2005). El reporte de latón, en los casos más significativos, establece la vigencia de estas posiciones en el momento de la interacción con los europeos y un potencial protagonismo de tales individuos, y quizás de algunas mujeres, en la situación de vínculo. El empleo de latón para fabricar uno de los adornos indígenas hallados evidencia el papel activo de la población local en la selección y uso de elementos foráneos, en tanto este metal se percibía como un material sagrado (Oliver, 2000: 198; Valcárcel Rojas *et al.*, 2007: 120). Tal detalle, y el hecho de que algunos entierros poscolombinos mantengan posiciones indígenas, sugieren distintas situaciones y momentos de interacción caracterizados por diversos niveles de preponderancia de una u otra cultura. En este sentido



Fig. 4. Entierro de indígena en posición extendida. Sitio El Chorro de Maíta, Banes, Cuba

refieren la complejidad de las situaciones de interacción y su carácter altamente dinámico, no resultando el cambio ni tan inmediato ni tan masivo, ni el indígena un receptor pasivo de influencias externas.

Es difícil explicar la presencia de material colombiano en el sitio, pues este pudo llegar a través de redes precolombinas de intercambio o a partir de su uso por los españoles como un elemento de trueque (Oliver, 2000: 202; Valcárcel Rojas *et al.*, 2007: 129). No puede excluirse tampoco su nexa con población indígena esclava de origen colombiano, en tanto Cuba fue base de expediciones para cazar esclavos en Florida, Centro América y Colombia, mientras La Española y Puerto Rico se orientaban hacia el Caribe Oriental, Islas barloventanas y Tierra Firme (Sued Badillo, 2001: 189).

Entre los años 2006 y 2008 los especialistas cubanos que investigan el sitio, y arqueólogos de la Universidad de Alabama, Estados Unidos, realizaron nuevas prospecciones y excavaciones en las zonas no funerarias (Persons *et al.*, 2007; Valcárcel Rojas *et al.*, 2007 a). Estas definen la amplitud de la presencia del material europeo y ofrecen, desde la colección de cerámica obtenida (incluye, entre otros materiales, mayólica Santo Domingo Azul sobre Blanco y cerámica ordinaria México Pintado de Rojo), referencias cronológicas en torno al uso del lugar en la segunda mitad del siglo xvi.

En estos momentos, en colaboración con investigadores de la Universidad de Leiden, Holanda, se estudia el origen poblacional de los individuos enterrados en este cementerio, a partir de análisis de isótopos de estroncio; también se valoran aspectos dentales y la deformación craneana, además de detalles tafonómicos. Potencialmente, el lugar podría ofrecer datos valiosos sobre procesos de mezcla étnica y el desarrollo del mestizaje.

Consideraciones finales

El estudio arqueológico de la interacción hispano-indígena resulta un área secundaria, y en muchos sentidos una derivación de la investigación del mundo precolombino en las Antillas Mayores. Tanto en Cuba como en la República Dominicana, países donde más se ha desarrollado, son muy pocos los sitios indígenas excavados con la intención expresa de valorar esta situación, resultando común que esta Arqueología se estructure a partir del análisis de materiales conseguidos de modo casual al investigar contextos nativos. En lo referido a espacios urbanos o pueblos españoles, el proceso es similar, pues además de ser contextos poco trabajados y donde el elemento indígena por lo general es poco visible, se da preeminencia a compo-

nentes en los cuales se refleja principalmente lo europeo, africano o criollo.

Esto se debe a la preponderancia de visiones que niegan la contribución indígena a la conformación etnocultural de la región. Al no apoyar su estudio, seccionan el proceso histórico, privilegiando un enfoque colonial de las diversas realidades e historias nacionales.

En tales circunstancias el esfuerzo arqueológico local ha crecido desde esquemas endebles, con limitadas posibilidades de enfrentar las dificultades metodológicas inherentes al estudio de contextos complejos, como los relacionados con la interacción. A esto se une el adicional lastre de la ausencia de profesionalización y apoyo económico, y la falta de referencias prácticas y conceptuales —positivas o negativas— que en el caso de la investigación precolombina ofreció la Arqueología norteamericana, y cuyos avances en el campo de la interacción son importantes, tanto en su país como en el Caribe.

Pese a esto ha sido posible documentar el cambio cultural y la modificación de los esquemas productivos y laborales locales, ante los requerimientos generados por la relación con los españoles, e insistir en la supervivencia e integración del indígena. Falta mucho por ver, especialmente el lado español de la interacción y el impacto ambiental de esta. Se hace imprescindible también generalizar la valoración de las diferencias de poder, estrategias de resistencia, el papel del género, adaptación al ambiente, diversidad racial y alianza de clases, aspectos considerados de manera renovadora en algunos estudios promovidos por investigadores norteamericanos.

Aunque las arqueologías cubana y dominicana adoptaron tempranamente el concepto de transculturación, en la mayoría de los casos no han logrado superar su uso como herramienta de valoración y catalogación de situaciones de intercambio, aun cuando conceptualmente (Rives, Domínguez y Pérez, 1991; Domínguez y Rives, 1995) asumen su capacidad de expresar los procesos de integración y generación de componentes culturales nuevos (como el mestizo y el criollo). Esto se relaciona con la preeminencia de patrones interpretativos provenientes de la Arqueología Precolombina, diseñados para distinguir culturas pero no los mecanismos ni los resultados de la interacción, con dificultades metodológicas para implementar la valoración de estos en sitios indígenas, y con el

pobre desarrollo hasta la década de los noventa de la Arqueología Histórica o de contextos urbanos.

La investigación norteamericana, que en sitios como Puerto Real ha captado los procesos de mestizaje y la formulación de componentes culturales nuevos, ha comenzado a reconocer la utilidad del concepto ortiziano (Cusick, 1991; Deagan, 1998) y lo propone, junto al de etnogénesis —el nacimiento de nuevas identidades culturales (Voss, 2008: 1)—, como una alternativa al de aculturación y a la perspectiva de cambio unilineal que le es inherente (Deagan, 1998: 30). A nuestro entender, etnogénesis no solo es un concepto alineable al de Ortiz, sino que resulta un aspecto contenido en la transculturación.

Pese a sus limitaciones, el estudio arqueológico de la interacción hispano indígena, desarrollado por investigadores locales, conserva una tradición de independencia y la potencial capacidad —evidenciada desde sus inicios— de unir con una visión propia los mejores elementos del pensamiento sociológico, histórico y arqueológico regional. Esta peculiaridad y el impulso reciente desde expresiones modernas de las arqueologías histórica y precolonial, que incorporan toda la experiencia del trabajo en contextos precolombinos, y los recursos técnicos y metodológicos aportados por la colaboración académica con instituciones internacionales, parecen ser las premisas de una inaplazable consolidación.

Agradecimientos

Gracias al interés de Juanita Saens Samper y Lucy Gómez Vergara se preparó la versión inicial de este texto que fue presentada durante el seminario “Historia de la investigación antropológica e histórica del Caribe colombiano”, organizado por el Banco de la República de Colombia en la ciudad de Cartagena. Los comentarios de Lisette Roura y el intercambio con Roger Arrazcaeta y Osvaldo Jiménez, han sido de gran utilidad en la preparación del artículo. El acceso a mucha de la información usada en el texto fue facilitado por el trabajo de investigación doctoral que el autor desarrolla en la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON CÓRDOVA, K. (2005):** "The aftermath of conquest. The Indians of Puerto Rico during the early sixteenth century", en *Ancient Borinquen. Archaeology and ethnohistory of native Puerto Rico*. Editado por P. Siegel. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- CASTELLANOS, N. y M. PINO (1978):** *Excavación arqueológica en El Porvenir, Banes*, Editorial Oriente. Santiago de Cuba.
- COOPER, J., M. MARTINÓN TORRES y R. VALCÁRCEL ROJAS (2008):** "American gold and European brass: metal objects and indigenous values in the cemetery of El Chorro de Maita, Cuba", en *Crossing the borders. New Methods and Techniques in the Study of Material Culture in the Caribbean*. Editado por C. L. Hofman, M. L. P. Hoogland y A. Van Gijn, University of Alabama Press, Alabama.
- CUSICK, J. (1991):** "Culture change and pottery change in a Taíno village", en *Proceedings of the thirteenth International Congress for Caribbean Archaeology*. Editado por E. N. Ayubi y J. B. Havisser. Reports of the Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, no. 9, Curaçao.
- DEAGAN, K. (1987):** *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800. 1: Ceramics, Glassware, and Beads*, Smithsonian Institution Press, Washington D. C.
- _____ (1988): "The Archaeology of the Spanish Contact Period in the Caribbean", en *Journal of World Prehistory* 2(2):187-233.
- _____ (1996): "Colonial transformation: euro-american cultural genesis in the early Spanish-American colonies", en *Journal of Anthropological Research* 52 (2):135-160.
- _____ (1998): "Transculturation and Spanish American Ethnogenesis: The Archaeological Legacy of the Quincentenary", en *Studies in Culture Contact: Interaction, Culture Change, and Interaction*. Editado por J. G. Cusik, Southern Illinois University, Carbondale.
- _____ (2004): "Reconsidering Taíno Social Dynamics after Spanish Conquest: Gender and Class in Culture Contact Studies", en *American Antiquity* 69(4):597-626.
- DEAGAN, K. (EDITOR) (1995):** *The Archaeology of a sixteenth-century Spanish town in Hispaniola. Puerto Real*, University Press of Florida, Gainesville.
- DEAGAN, K. y J. M. CRUXENT (2002):** *Columbus's outpost among the Taínos. Spain and America at La Isabela, 1493-1498*, Yale University Press, New Haven.
- _____ (1993): "From contact to criollos: The Archaeology of Spanish colonization in Hispaniola", en *The meeting of two Worlds. Europe and the Americas 1492-1650*. Editado por W. Bray. Proceedings of the British Academy, vol. 81, Oxford University Press.
- DELPUECH, A. (2001):** "Historical Archaeology in the French West Indies. Recent research in Guadeloupe", en *Island Lives. Historical Archaeologies of the Caribbean*. Editado por P. Farnsworth, The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- DEVITT, T. (2009):** "Teeth of Columbus's crew flesh out tale of new world discovery", en *News*, Universidad Wisconsin-Madisonhttp. Disponible en www.news.wisc.edu [fecha del acceso: 10, 4, 2009].
- DOMÍNGUEZ, L. (1978):** "La transculturación en Cuba. Siglos xvi-xvii", en *Cuba arqueológica* 1, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- _____ (1980): "Cerámica transcultural en el sitio colonial Casa de la Obrapía", en *Cuba Arqueológica II*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- _____ (1984): *Arqueología colonial cubana. Dos estudios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- DOMÍNGUEZ, L. y A. RIVES (1995):** "Supervivencia o transculturación en el siglo xvi antillano", en *Proceedings of the XV International Congress for Caribbean Archaeology*. Editado por R. Alegría y M. Rodríguez. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. San Juan.
- EWEN, C. R. (2001):** "Historical Archaeology in the colonial spanish Caribbean", en *Island Lives. Historical archaeologies of the Caribbean*. Editado por P. Farnsworth. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- _____ (1998): "Anhaica: Discovery of Hernando de Soto's 1539-1540. Winter camp", en *First Encounters. Spanish Explorations in the Caribbean and the United States, 1492-1570*. Editado por J. T. a. S. M. Milanich. University of Florida Press, Gainesville.
- FAIRBANKS, C. (1972):** "The cultural significance of Spanish ceramics", en *Ceramics in America*. Editado por I. Quimby, University of Virginia Press, Charlottesville.
- FOSTER, G. M. (1960):** "Culture and conquest: America's Spanish Heritage". Viking Fund publications in *Anthropology* 27. Wenner-Green, Foundation for Anthropological Research, New York.
- GARCÍA ARÉVALO, M. A. (1991):** "Influencias hispánicas en la alfarería taína", en *Proceedings of the thirteenth International Congress for Caribbean Archaeology*. Editado por E. N. Ayubi y J. B. Havisser. Reports of the Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, no. 9, Curaçao.
- _____ (1978): "La Arqueología indohispana en Santo Domingo", en *Unidad y variedades. Ensayos en homenaje a José M. Cruxent*, Centro de Estudios Avanzados, Caracas.
- _____ (1978 a): "Influencias de la dieta Indo-Hispanica en la Cerámica Taína", en *Proceedings of the Seventh International Con-*

gress for the Study of Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles, Centre des Études Caraïbe, Université de Montréal.

GARCÍA CASTAÑEDA, J. A. (1949): "La transculturación indo-española en Holguín", en *Revista de Arqueología y Etnología*, 8-9:195-205, La Habana.

GOGGIN, J. M. (1960): "The Spanish olive jar. An Introductory study", en *Papers in Caribbean Anthropology*. Editado por S. W. Mintz, I. Rouse, editor general. Department of Anthropology, Yale University, New Haven.

_____ (1968): "Spanish Majolica in the New World. Types of the sixteenth to eighteenth centuries", Yale University Publications in *Anthropology*, no. 72, Yale University, New Haven.

GONZÁLEZ HERRERA, U. (2007): "Guanahatabeyes, ciboneyes y cronistas. Apuntes en torno a una definición desde las crónicas del siglo xv" (Inédito), Centro de Antropología, La Habana.

GUERRERO, J. (1999): "El contacto temprano indo-hispánico en Santo Domingo: una lectura histórica y arqueológica", en *El Caribe Arqueológico*, 3:102-108, Santiago de Cuba.

GUERRERO, J. y M. VELOZ (1988): *Los inicios de la colonización en América. La Arqueología como Historia*, Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís.

GUIAR, L. (2002): "Documentando el mito de la extinción de la cultura taína", en *KACIKE: Revista de historia y antropología de los indígenas del Caribe* [revista electrónica].

GUARCH DELMONTE, J. M. (1988): "Sitio arqueológico El Chorro de Maíta", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, 17:162-183.

HULME, P. (1993): "Making sense of the native Caribbean", en *New West Indian Guide*, 67 (3-4):189-220.

KULSTAD, P. M. (2008): "Concepcion de La Vega 1495-1564: A preliminary look at lifeways in the Americas' first boom town". Tesis de maestría (Inédita). University of Florida.

KEEGAN, W. F. (1992): *The people who discovered Columbus. The prehistory of the Bahamas*, University Press of Florida, Gainesville.

LA ROSA CORZO, G. (2000): "Perspectivas de la Arqueología Histórica en Cuba en los umbrales del siglo XXI", en *Revista bimestre cubana*, 87 (17), La Habana.

LUNA CALDERÓN, F. (1992): "La Isabela. Primer cementerio indohispano en el Nuevo Mundo" (Inédito). Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.

MARTÍNEZ CRUZADO, J. C. (2002): "El uso del ADN mitocondrial para descubrir las migraciones precolombinas al Caribe: Resultados para Puerto Rico y expectativas para la República Dominicana", en *Revista de la Historia y Antropología de los indígenas del Caribe* [revista electrónica]. Edición especial, Lynne Guitar,

redactora. Disponible en: <http://www.kacike.org/GuitarEspanol.pdf>. [Fecha del acceso: 12, 2, 2008].

MARTINÓN TORRES, M., R. VALCÁRCEL ROJAS, J. COOPER y T. REHREN (2007): "Metals, Microanalysis and Meaning: a study of metal objects excavated from the indigenous cemetery of El Chorro de Maíta, Cuba", en *Journal of Archaeological Science*, 34(2):194-204.

MIRA CABALLOS, E. (1997): *El indio antillano: repartimiento, encomienda y esclavitud (1492-1542)*. Muñoz Moya Editor, Sevilla.

MORALES PATIÑO, O. y R. PÉREZ DE ACEVEDO (1945): "El período de transculturación indo-hispánica", en *Contribuciones del Grupo Guama*. Contribuciones. *Antropología*, nos. 4, 5 y 6, La Habana.

OLIVER, J. (2000): "Gold symbolism among Caribbean chiefsdom. Of feathers, cibas, and guanín power among Taíno elites", en *Pre-Columbian gold. Technology, style and iconography*. Editado por C. McEwan. British Museum Press, London.

ORTEGA, E. (1982): *Arqueología colonial de Santo Domingo*, Fundación Ortega Álvarez, Santo Domingo.

ORTEGA, E. y C. FONDEUR (1978): *Estudio de la cerámica del período indohispano de la antigua Concepción de la Vega*, Fundación Ortega Álvarez, Santo Domingo.

ORTIZ, FERNANDO (1983): *Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

PERSONS, A., R. VALCÁRCEL ROJAS, J. KNIGHT, L. PÉREZ IGLESIAS y J. WORTH (2007): "Archaeological investigations at El Chorro de Maíta. Holguín province, Cuba". 2007 season (Inédito). Departamento de Antropología, Universidad de Alabama, Tuscaloosa.

PICHARDO, F. (1945): *Los indios de Cuba en sus tiempos históricos*, Imprenta el Siglo XX, La Habana.

RIVES, A., L. DOMÍNGUEZ y M. PÉREZ (1991): "Los documentos históricos sobre las encomiendas y las experiencias indias de Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico", en *Estudios arqueológicos 1989*, Editorial Academia, La Habana.

RIVES, A., L. DOMÍNGUEZ, J. TOMÉ, M. PÉREZ, J. POSE e Y. ZALDÍVAR (1987): *Carta informativa no. 84*, Departamento de Arqueología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

ROURA ÁLVAREZ, L., R. ARRAZCAETA DELGADO y C. A. HERNÁNDEZ OLIVA (2006): "La cerámica de tradición aborígen: ejemplos habaneros", en *Gabinete de Arqueología*, 5: 16-27, Ediciones Boloña, La Habana.

ROURA ÁLVAREZ, L. e I. HERNÁNDEZ MORA (2008): "Aborígenes en San Cristóbal de La Habana", en *El Caribe Arqueológico*, 10: 151-158, TARAXACUM-Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

ROUSE, I. (1942): "Archaeology of the Maniabón Hills, Cuba", Yale University Publications in *Anthropology* 26, Yale University Press, New Haven.

SILLIMAN, S. W. (2005): "Culture contact or colonialism? Challenges in the Archaeology of native North America", en *American Antiquity*, 70 (1): 55 - 74.

SMITH, G. (1995): "Indians and Africans at Puerto Real: The ceramic evidence", en *The Archaeology of a sixteenth-century spanish town in Hispaniola. Puerto Real*. Editado por K. Deagan. University Press of Florida, Gainesville.

SUED BADILLO, J. (1995): "New approaches to the question of ethnicity in the early colonial Caribbean", en *Wolves from the sea: readings in the anthropology of the native Caribbean*. Editado por N. Whitehead, KITLV Press, Leiden.

_____ (2001): *El Dorado borincano. La economía de la conquista, 1510-1550*, Ediciones Puerto, San Juan.

TOMÉ, J. y A. RIVES (1987): *Carta informativa no. 83*, Departamento de Arqueología, Academia de Ciencias de Cuba.

VALCÁRCEL ROJAS, R. (1997): "Introducción a la arqueología del contacto indo-hispánico en la provincia de Holguín, Cuba", en *El Caribe Arqueológico*, 2: 64-77, Santiago de Cuba.

VALCÁRCEL ROJAS, R., M. MARTINÓN TORRES, J. COOPER y T. REHREN (2007): "Oro, guanines y latón. Metales en contextos aborígenes de Cuba", en *El Caribe Arqueológico* 10: 116-131.

VALCÁRCEL ROJAS, R. y C. RODRÍGUEZ ARCE (2005): "El Chorro de Maíta: Social Inequality and Mortuary Space", en *Dialogues in Cuban Archaeology*. Editado por L. A. Curet, S. L. Dawdy and G. La Rosa, The University of Alabama Press, Tuscaloosa.

VALCÁRCEL ROJAS, R., PERSONS, A. KNIGHT, J. y L. PÉREZ (2007): "Trabajos arqueológicos en El Chorro de Maíta, 2007" (inédito). Departamento Centro Oriental de Arqueología, Centro de Investigaciones y Servicios Ambientales y Tecnológicos (CISAT),

Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente de Cuba (CITMA), Holguín.

VANDER VEEN, J. M. (2007): "A new look at old food: Reconstructing subsistence patterns at La Isabela, Dominican Republic", en *Proceedings of the Twenty-first Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*. Editado por B. Reid, H. Petitjean Roget y A. Curet. University of the West Indies, St. Augustine.

VEGA, B. (1987 a): "Un cinturón y una careta de madera de Santo Domingo, del período de transculturación taíno-español", en *Santos, shamanes y zemíes*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo.

_____ (1987 b): "Los metales y los aborígenes de La Española", en *Santos, shamanes y zemíes*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo.

VELOZ MAGGIOLO, M. (1999): "Arqueología, historia e identidad", en *El Caribe Arqueológico*, 3: 20-27, Santiago de Cuba.

_____ (2002): "La Isabela: núcleo de la sociedad criolla", en *El Caribe Arqueológico*, 6: 2-8, Santiago de Cuba.

VOSS, B. L. (2008): *The Archaeology of Ethnogenesis. Race and Sexuality in Colonial San Francisco*, University of California Press, Berkeley.

WATTERS, D. (2001): "Historical Archaeology in the British Caribbean", en *Island Lives. Historical archaeologies of the Caribbean*. Editado por P. Farnsworth. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.

WILSON, S. (1990): *Hispaniola. Caribbean chiefdoms in the Age of Columbus*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa.

WOODWARD, R. (2006): "Taíno ceramics from post-contact Jamaica", en *The earliest inhabitants. The dynamics of the Jamaican taíno*. Editado por L. Atkinson. University of the West Indies Press, St. Augustine.

Lourdes Domínguez y la institución de la Arqueología Histórica cubana

Por: Odlanyer Hernández de Lara

RESUMEN

Se aborda la trayectoria de la destacada arqueóloga cubana Lourdes Domínguez, teniendo en cuenta su formación, lo que la llevó a trabajar en los espacios más destacados de esta ciencia en el país. Se recorren someramente sus labores arqueológicas más significativas, con énfasis en sus trabajos pioneros en la sistematización de la Arqueología Histórica en La Habana Vieja, así como su destacada labor educativa tanto en el territorio nacional como en distintos escenarios internacionales.

ABSTRACT

The career of the renown Cuban archaeologist Lourdes Domínguez is dealt with in this paper, with due regard to her education and training which let Dominguez work in the most remarkable areas of this science in Cuba. Her most significant archaeological works are covered quickly but stress is made on her early works on the systematization of historic archaeology in Havana's historic center. Dominguez's well-known work as a teacher at home and abroad is also covered.

Como origen de la Arqueología Histórica en Cuba se ha tomado la década del treinta del siglo xx, con la creación de la entonces Comisión Nacional de Arqueología, que jugó un papel protagónico en el rescate y protección del patrimonio histórico. En la década del cincuenta comenzó a tomar forma esta rama de la arqueología, culminando una etapa iniciada con las investigaciones de Fernando Boytel Jambú en el cafetal La Isabelica (1961).

En los primeros años de la década de los sesenta, se funda el Departamento de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC), que dio un importante impulso a las investigaciones arqueológicas en el país al contar con el apoyo del Gobierno Revolucionario. En esta etapa se insertaron investigadores de la talla de Rodolfo Payarés (1922-1993), y que en muchos casos se formarían académicamente sobre la marcha.

Precisamente, la cuestión de la formación fue una de las prioridades de las nuevas instituciones, y así se impartieron los cursos básicos, medio y superior de Arqueología que darían cabida a gran cantidad de interesados en la materia. En esta iniciativa se vincula Lourdes Sarah Domínguez González, quien se había graduado de la Escuela Normal para Maestros de La Habana en 1956 y cuatro años después formaba parte de un grupo de investigadores que fundaría el Consejo Nacional de Cultura, cuando ya había comenzado los estudios universitarios en la recién creada Escuela de Historia de la Universidad de La Habana.

Sus inicios estuvieron truncados por varios obstáculos. Ante todo, su interés por cursar la carrera universitaria en Arqueología era solo una ilusión. Luego, la negativa de ayuda económica por parte de quien regía la actividad arqueológica en el país para seguir estudiando la carrera de Historia mientras laborara en el Departamento de Antropología; además de afirmar tajantemente que la Arqueología no era para mujeres. Sin embargo, Lourdes Domínguez se aferró, desde entonces y para siempre, a la ciencia arqueológica.

Pasó el tiempo y como historiadora, desde 1968, Lourdes logró desempeñar su trabajo como investigadora del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, donde consiguió culminar los cursos medio y superior de Arqueología y comenzó a vincularse con las principales figuras de esta ciencia en el país. En ese año participó en

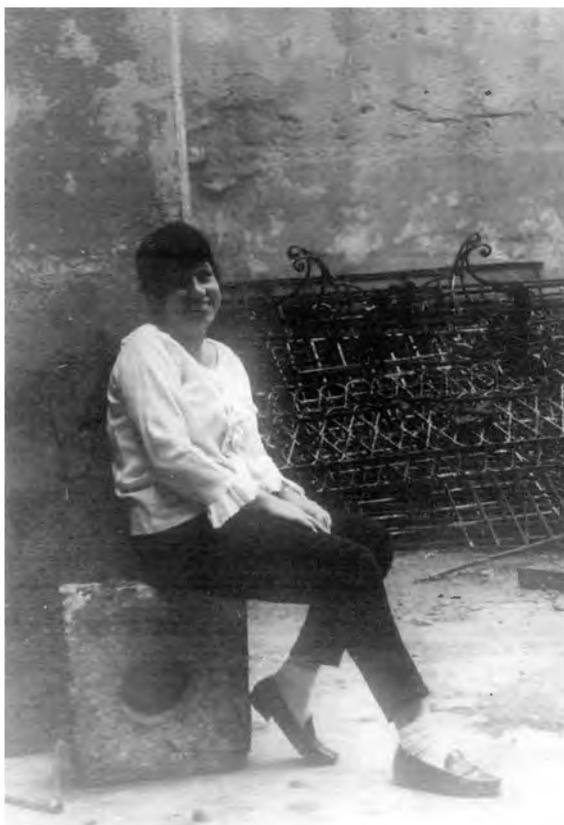


Fig. 1. La arqueóloga Lourdes Domínguez durante las excavaciones de la casa de la Obra Pía

las excavaciones en la Casa de la Obrapía, La Habana Vieja, bajo la dirección de Rodolfo Payarés, con quién compartiría dos años después este cargo en lo que fue su primer proyecto de excavación arqueológica, que marcaría su tendencia hacia los estudios de la Arqueología Histórica.

Ese mismo año, 1970, también dirigió las excavaciones en el caney Las Lleguas, al sur de Camagüey, en las jornadas de salvamento dirigidas por José Manuel Guarch (1931-2001) y en el cementerio de esclavos del ingenio Taoro en La Habana, a lo que siguieron gran cantidad de proyectos de excavación en distintos puntos del país, estudios de colecciones, inventarios de monumentos como el realizado por toda la Isla y la participación en congresos.

En 1973 se graduó de Licenciada en Historia por la Universidad de La Habana, mientras llevaba a cabo las labores de excavación en la letrina del antiguo Palacio Aldama, en La Habana Vieja y, cuatro años des-



Fig. 2. Letrina excavada en la casa de la Obra Pía, bajo la dirección de R. Payarés y L. Domínguez

pues, volvió a graduarse en la misma institución, esta vez con el título de Licenciada en Historia del Arte. Esta formación conduciría sus posteriores investigaciones hacia el estudio del arte aborigen cubano.

En esta etapa realizó trabajos arqueológicos en varias plantaciones cafetaleras de la Sierra del Rosario, Pinar del Río, así como en el sitio Pueblo Viejo, Nuevitas, primer asentamiento de la villa de Puerto Príncipe, Camagüey. Una de las principales labores de investigación realizada fue la excavación en el Yayal, Holguín, que estudió este sitio de contacto europeo que luego formaría parte de una obra fundamental para la Arqueología cubana.

La década de los setenta fue muy fructífera en la producción académica de Lourdes Domínguez, tanto por los logros en materia de formación como por su desempeño en el trabajo de campo, lo que le ganó un lugar privilegiado en los ochenta y ya desde entonces se le consideró como uno de los principales exponentes de la Arqueología Histórica en el país.

Sus investigaciones sobre la cerámica colonial redundaron en importantes aportes metodológicos para la disciplina, donde se destacó su contribución a la denominada cerámica de transculturación, término acuñado por ella al seguir la concepción de Fernando Ortiz (1881-1969).

La década siguiente no estaría exenta de su sistemática superación profesional. Recibió varios cursos de posgrado con importantes personalidades de la arqueología tanto nacional como internacional, entre ellos Francisco Prat Puig (1906-1997), José Manuel Guarch, Ernesto Tabío (1911-1984) y Betty Meggers.

| PERSONALIDADES |

Pero también impartió varios cursos en la Academia de Ciencia de Cuba, contribución que inició desde finales de los setenta, destacándose en la enseñanza de la Arqueología Histórica. Su destreza e ingenio —más su formación docente—, la ayudaría a desarrollar una labor pedagógica ininterrumpida que varias generaciones han tenido el placer de experimentar.

Su dedicación y esmero la hacen protagonista de una década dorada que se extiende hasta la actualidad. Esto la llevó a dirigir, en 1982, la primera expedición arqueológica conjunta cubano-soviética, que llevó a cabo excavaciones en un cementerio neolítico en Siberia. A la par, desde 1980, participó en la creación del *Atlas arqueológico de Cuba*, para lo cual realizó una encomiable labor de investigación en la región centro-sur del país; estos estudios los recogería en *Arqueología del centro-sur de Cuba* (1991), tema que fuera objeto de su tesis de doctorado en 1987.

En esta etapa, además de efectuar excavaciones en el Convento de Santa Clara y una misión internacionalista en Nicaragua como resultado de una solicitud de asesoramiento, publicó una obra de singular importancia para la arqueología cubana: *Arqueología colonial cubana: dos estudios* (1984). En sus páginas reunió dos trabajos que venía realizando desde años anteriores sobre la clasificación de la cerámica histórica a partir de las excavaciones en la casa de la Obra Pía y, por otra parte, lo concerniente a la transculturación indohispánica en el sitio el Yayal. Esta publicación, la primera de su tipo en el país, propuso el único intento de ordenamiento de la cerámica realizado en Cuba, aunque el desarrollo de la obra se vio limitado por la extensión editorial establecida.

Para esta fecha, Lourdes Domínguez ya figuraba como destacada personalidad de la Arqueología Histórica en el país, y era referencia para el caso de Cuba, junto a Leandro Romero (1945-2006), en la obra *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800* (1987) de la destacada investigadora estadounidense Kathleen Deagan.

El año 1987 sería trascendental en el desarrollo profesional de Lourdes Domínguez, pues La Universidad de La Habana le otorgó por línea directa el título de Especialista en Ciencias Arqueológicas con el grado de Maestría, que también recibieron otros destacados investigadores del país. Al mismo tiempo, le concedieron la categoría de Investigador Titular de la Academia de Ciencias de Cuba, mientras pasó a dirigir el

Departamento de Arqueología. Y para cerrar un año exitoso le otorgaron la Medalla Rafael María de Mendive por su obra docente y realizó la disertación para recibir el Doctorado en Historia.

Entre 1988 y 1989 colaboró en la dirección del laboratorio de cerámica colonial en las excavaciones realizadas en el Cuartel Ballajá, Puerto Rico, que impulsara el Instituto de Cultura Puertorriqueña, comenzando una etapa de fructífero intercambio con esta isla caribeña. Es así como a partir de 1985 participó como profesor invitado del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, lo que se repitió continuamente —hasta la actualidad—, ya fuera de asesor o tutor de tesis como impartiendo conferencias y cursos.

En 1994 pasó a ocupar el cargo de jefe de Laboratorio de Arqueología del Centro Nacional de Conservación y Restauración de Monumento (CENCREM), donde llevó a cabo el estudio del material cerámico recuperado en la sede de la institución, el Convento de Santa Clara; excavaciones en las que había parti-



Fig. 3. La doctora Lourdes Domínguez durante una reciente conferencia en el Gabinete de Arqueología

cipado. En los años siguientes estudiaría también los materiales rescatados de varios pecios en la costa norte de Pinar del Río.

A partir del año 1997 comenzaría una nueva etapa en la vida de Lourdes Domínguez, esta vez como asesora de la institución que lidera los estudios de Arqueología Histórica en el país: el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana, tarea que desempeña hasta la actualidad.

Con una vasta obra científica, se ha destacado sobremedida en el quehacer docente y ha aportado a las nuevas generaciones de arqueólogos e historiadores sus experiencias, obtenidas en más de cuarenta años, no solo investigando en archivos y publicando los resultados obtenidos, sino también con un importante protagonismo en los trabajos de campo, descubriendo parte de la historia de Cuba y el resto de América Latina. Su labor se ha extendido a países como la antigua Unión Soviética, Puerto Rico, Nicaragua y, sobre todo, en Brasil, donde en los últimos siete años ha desarrollado una extensa labor apoyada por FА-BESP en la Universidad de Campinas, donde trabaja

directamente con el profesor Pedro Pablo Funari en el Núcleo de Estudios Estratégicos.

Es digno de destacar el apoyo que incondicionalmente ha prestado a sus discípulos y a todos los que, de una forma u otra, se le han acercado para buscar ayuda en su conocimiento; tal vez recordando sus primeros obstáculos en el largo camino que ha transitado dentro de la arqueología cubana.

Su desempeño, distinguido con la orden Carlos J. Finlay por la obra científica de valor relevante en 1995, se ha apoyado en investigaciones de importantes celebridades de la arqueología cubana, como lo han sido: Ramón Dacal Moure (1928-2003), José Manuel Guarch, Ernesto Tabío, Manuel Rivero de la Calle (1926-2001), Estrella Rey Betancourt (1921-2008) y otros.

La destacada actividad profesional que ha caracterizado su vida la llevaron a formar parte de prestigiosas organizaciones tanto nacionales como internacionales, entre las que se encuentran las siguientes: Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Unión Nacional de Historiadores de Cuba, Asociación de Historiadores



Fig. 4. Portada del libro de la doctora Lourdes Domínguez, publicado por la Editorial Ciencias Sociales en 1984

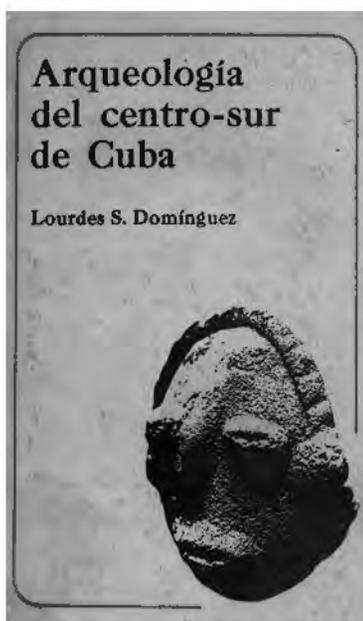


Fig. 5: Portada del libro *Arqueología del centro-sur de Cuba*, publicado por la Academia de Ciencias en 1991. Refiere los resultados de las investigaciones arqueológicas de la doctora Lourdes Domínguez en importantes sitios aborígenes del sur de las provincias centrales del país

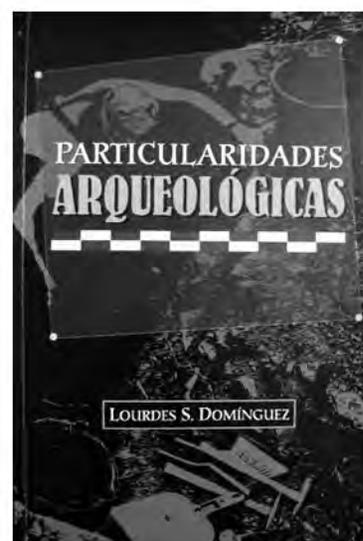


Fig. 6. Portada del último libro de Lourdes Domínguez, publicado por Ediciones Boloña en 2009

| PERSONALIDADES |

de América Latina y el Caribe, Sociedad de Arqueólogos de Brasil (SAB), Society for American Archaeology (SAA), Society for Historical Archaeology (SHA) y la Asociación Internacional de Arqueólogos del Caribe (IACA), entre otras.

Lourdes Sarah Domínguez González, que naciera en La Habana de 1936, continúa una impresionante carrera, llena de alegrías, pero también de dificultades que ha sabido superar en el difícil camino de la vida profesional, sin que el hecho de ser mujer la detuviera en ningún momento desde el mismo instante en que se propuso incursionar en la ciencia arqueológica.

Algunas de las publicaciones de Lourdes Domínguez

Libros y folletos

- *Arqueología colonial cubana: dos estudios*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1984.
- *Herramientas de vidrio en el sitio arqueológico tardío en la provincia de Sancti Spiritus*, reporte de investigación, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, 1987.
- Prólogo a *Caverna, costa y meseta, interpretaciones de la Arqueología indocubana*, de Felipe Pichardo Moya, Serie Arqueología, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1990.
- *Arqueología del centro-sur de Cuba*, Editorial Academia, La Habana, Cuba, 1991.
- *Imágenes y conocimiento: CEMIES*, Academia de Ciencias de Cuba, 1991.
- "Los aborígenes de Cuba", en *Historia de Cuba*, La Colonia, t. 1, Editora Política, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, Cuba, 1995.
- *Historia aborigen de Cuba (por datos arqueológicos)* (coautora) en CD-ROM TAÍNO, Centro de Antropología y CEDISAC, CITMA, 1996.
- "Los materiales cerámicos", en *Naufragio de Inés de Soto, un hallazgo de cuatro siglos*, Editorial Carisub, S. A., Corporación CIMEX S. A, La Habana, Cuba, 1998.
- *Los collares en la santería cubana*, Editorial José Martí, La Habana, 1999.
- "A mulher aborigine nas antilhas no inicio do seculo XVI", capítulo 1, *Identidades, Discurso e Poder*, Estudos de Arqueologia contemporânea, Org. Pedro Pablo Funari, et al., FABESP-AUNNA BLUME, 2005.
- *Compilación de documentos sobre la arqueología social en Latinoamérica*, 2007, 1ra. edición.

- *Particularidades arqueológicas*, Ediciones Boloña, La Habana, Cuba, 2009.

Artículos

- "Presencia de mayólica del siglo XVI en el sitio 'El Chorrillo', Punta de Guincho, Nuevitas, Camagüey", ponencia, III Jornada Nacional de la Cultura Aborigen, Holguín, Cuba, noviembre, 1976.
- "Reflexiones sobre el arte de los aborígenes cubanos", en *Revolución y Cultura*, no. 76, Ministerio de Cultura, La Habana, Cuba, diciembre, 1978.
- "Antigüedad del hombre preagroalfarero temprano en Cuba", en *Cuba Arqueológica*, no. 1, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, Cuba, 1978.
- "La transculturación en Cuba (s. XVI-XVII)", en *Cuba Arqueológica*, no. 1, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, Cuba, 1978.
- "Cerámica transcultural en el sitio colonial Casa de la Obra Pía", en *Cuba Arqueológica*, no. 2, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, Cuba, 1980.
- "Presencia de porcelana oriental en algunos sitios coloniales de La Habana" en *Cuba Arqueológica*, no. 2, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, Cuba, 1980.
- "Mayólica mexicana colonial en Cuba", en *Revolución y Cultura*, no. 95, La Habana, Cuba, 1980.
- "Arqueología del sitio colonial Casa de la Obra Pía o de Calvo de la Puerta, La Habana Vieja", en *Santiago*, no. 41, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba, 1981.
- "Cerámica mayólica y arqueología colonial de Cuba en el siglo XVI y el XVII", en *Plástica y pintura del pueblo en la cultura*, Novosibirsk, Siberia Occidental, Unión Soviética, 1983.
- "El Yayal", en *Cesaraugusta. Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesa*, Zaragoza, nos. 57-58, España, 1983.
- "Fuentes arqueológicas en el estudio de la esclavitud en Cuba", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, no. 10, Editorial Academia, La Habana, Cuba, 1986.
- "Algunos aspectos del arte de los grupos aborígenes agricultores ceramistas de Cuba", en *Arqueología de Cuba*, Academia de Ciencias de la Unión Soviética, Editorial Nauka, Academia de Ciencias de la URSS, Novosibirsk, 1986.
- "Reconstrucción histórica de los sitios agroalfareros del centro-sur de Cuba", en *Anales del Caribe*, Centro de Estudios del Caribe, no. 7-8, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1987.

- “El estudio del contacto entre los aborígenes y europeos en Cuba” (en colaboración con Alexis Rives) en *La Revista*, no. 7, San Juan de Puerto Rico, 1988.
- “El arte agroalfarero de Cuba”, en *Revolución y Cultura*, no. 4, La Habana, Cuba, 1988.
- “La importancia de la excavación arqueológica en la restauración de monumentos”, *Documentos del Centro Nacional de Restauración, Conservación y Museología*, no. 1, Ministerio de Cultura, La Habana, Cuba, 1988.
- “El arte agroalfarero de Cuba” (en colaboración con Ramón Dacal Moure), en *Revolución y Cultura*, no. 4, La Habana, Cuba, 1988.
- “Revalorización del encuentro nuevas perspectivas en la conquista y colonización 1450-1550. Aproximaciones al estudio del contacto entre aborígenes y europeos en Cuba”, en *Caribe*, no. 7, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan, Puerto Rico, 1988.
- “Aproximación al estudio del contacto entre aborígenes y europeos en Cuba”, en *La Rábida*, no. 5, Huelva, España, 1989.
- “La técnica de la talla en la confección de los artefactos neoindios de Cuba”, en *Caribe*, no. 8, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan, Puerto Rico, 1989.
- “El enfoque del concepto de la transculturación indohispánica entre los especialistas cubanos”, en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, no. 22, año 8, Editorial Academia, La Habana, Cuba, 1990.
- “La cerámica del sitio arqueológico El Yayal, Cuba”, en *Historia*, no. 10, Holguín, Cuba, 1990.
- “Los documentos históricos sobre las encomiendas y las experiencias indias en Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico”, en *Estudios Arqueológicos*, Editorial Academia, La Habana, Cuba, 1991.
- “Presencia de la mayólica novohispánica en el Convento de Santa Clara de Asís, La Habana Vieja” (folleto), en *Documentos del Centro Nacional de Restauración, Conservación y Museología*, no. 1, La Habana, Cuba, 1991.
- “Cerámica mexicana colonial en sitios arqueológicos cubanos”, en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, Editorial Academia, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, 1991.
- “Las ruinas de los cafetales de la Sierra del Rosario, Pinar del Río, Cuba”, en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, Editorial Academia, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, Cuba, 1991.
- “Procesos étnicos y transculturación a inicios del siglo xvi en Cuba”, en *Anales del Caribe*, Casa de las Américas, no. 12, La Habana, Cuba, 1992.
- “Emplazamientos de grupos agroalfareros en el centro de Cuba”, *Proceedings, 26 Th Meeting of the Association of Marine Laboratories of the Caribbean*, San Salvador, Las Bahamas, 1994.
- “El siglo xvi en la Arqueología Histórica Caribeña”, en *Debates Americanos*, nos. 7-8, Editorial Imagen Contemporánea, La Habana, Cuba, 1999.
- “Habana Vieja, ciudad arqueológica del Caribe”, en *Museo del Hombre Dominicano*, no. 29, vol. 28, Manatí, Santo Domingo, República Dominicana, 2001.
- “La mujer aborígen al inicio del siglo xvi en el Caribe”, en *Gabinete de Arqueología*, no. 1, año 1, Oficina del Historiador, La Habana, Cuba, 2001.
- “Guanabacoa: una experiencia india en nuestra colonización”, en *Boletín del Gabinete de Arqueología*, no. 3, año 3, Oficina del Historiador, La Habana, Cuba, 2004.
- “Historical Archaeology in Cuba”, part. 1-4, en *History of Cuban Archaeology*, Dialogues in Cuban Archaeology, edit. L. Curet *et al.*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2005.

Agradecimientos

A la doctora Lourdes Domínguez, por la revisión del texto y sus comentarios, también por su constante apoyo y amistad.

No. 10, AÑO 10, 2014

La Arqueología de la Esclavitud en Brasil

Por: Lúcio Menezes Ferreira

RESUMEN

Presentaré en esta conferencia un esbozo sobre la Arqueología de la Esclavitud en Brasil. Para comenzar, mostraré el recorrido histórico y geográfico de esta rama de la Arqueología, disciplina que emergió en Estados Unidos y se expandió por el Caribe y América del Sur. La descripción será general y panorámica, mas suficientemente larga como para que veamos los temas e interpretaciones de la Arqueología de la Esclavitud en América y, particularmente, en Brasil. La segunda parte de la conferencia tampoco será minuciosa y exhaustiva. Solamente mencionaré algunos de los objetivos de la línea de investigación de la Arqueología de la Esclavitud en la Región Meridional de Rio Grande do Sul, que estoy desarrollando, desde marzo de 2010, en la Universidad Federal de Pelotas (UFPEL), Rio Grande do Sul, Brasil.

ABSTRACT

This paper covers an approach on the Archaeology of Slavery in Brazil. The historical and geographical development of this form of archaeology would be covered first. It was born in the US and eventually spread over the Caribbean and South America. The topic would be dealt with through a comprehensive and general and panoramic description. Just a few of the goals of the line of researches of the Archaeology of Slavery in Rio Grande do Sul, located to the south, would be mentioned. I have been developing this line since March 2010 at the Universidad Federal de Pelotas (UFPEL), Rio Grande do Sul, Brasil.

La Arqueología de la Esclavitud se institucionalizó, a partir de los años sesenta, en Estados Unidos. Arqueólogos históricos identificaron, por casualidad, en las ruinas de las trece colonias y en las *plantations*, cultura material esclava. Se dedicaron, inicialmente, a un ejercicio necesario delante de aquellos artefactos desconocidos: la tipología (Singleton y Bograd, 1995). Se suponía que los esclavos no habían confeccionado una abundante y expresiva cultura material (Fairbanks, 1984). Presuposición refutada a medida que crecieron de manera exponencial, en las últimas décadas, las investigaciones de Arqueología de la Esclavitud (Kelly y Thomas, 2010: 351).

De hecho, en los últimos veinte años, como recientemente argumentaron Leone, LaRoche y Babiartz (2005), la Arqueología de la Esclavitud se amplió vertiginosamente, multiplicando sus objetivos de estudio, sus formas de constituirlos, tratarlos y pensarlos. Dos impulsos simultáneos explican este crecimiento: el primero, la noción de que los movimientos civiles, durante los años sesenta, recurrieron a las tradiciones de resistencia esclava (Leone, 1995); el segundo, el reconocimiento, a fines de los años setenta, de que la Arqueología, en Estados Unidos, debería volverse hacia las minorías y clases subalternas (Schuyler, 1979).

En Estados Unidos, uno de los principales tópicos de la Arqueología de la Esclavitud es la diáspora africana. El concepto de diáspora africana abarca la historia multicultural del Atlántico, o sea, el análisis y la cartografía de la red triangular del tráfico de esclavos que enlazó las culturas de los pueblos de África, Europa y América (Simpson, 2008; Nwokeji y Eltis, 2002). Se imbrica, en este punto, a los estudios de sociólogos e historiadores, los cuales muestran la formación de una conciencia transnacional y transcultural (Gilroy, 2001), en que grupos multiculturales, integrados por los esclavos africanos, marineros e indígenas, luchaban contra los dispositivos de poder de las sociedades modernas (Linebaugh y Rediker, 1990, 2008).

Esta dimensión multicultural de la diáspora africana involucra variados temas: la búsqueda arqueológica de los naufragios de los navíos negreros (Webster, 2008); el tratamiento crítico de las discusiones sobre "raza" y racismo (Epperson, 2004); la definición de los diversos estilos

culturales configurados por los esclavos y las especificidades de sus culturas materiales (Young *et al.*, 1995; Lee, 2008); investigaciones sobre la dieta alimentaria y estudios bioarqueológicos de cementerios de esclavos (Yentsch, 2008; Blakey, 2001).

Otro tema de investigación lo constituye las relaciones de poder entre señores y esclavos, conforme ellas se materializan en la dieta alimentaria (Scott, 2001) y en la simbología de los artefactos (Thomas, 1998). Se hace hincapié en las dinámicas de las negociaciones identitarias entre señores y esclavos (Yentsch, 1994), subrayándose cómo los esclavos trataban de mejorar sus condiciones de vida y escapar a la vigilancia y opresión que los cercaba (Hudson, 1994). Se resaltan así las múltiples maniobras de resistencia esclava, sobresaliendo, sobre todo a partir de los años noventa, las investigaciones sobre los cimarrones (Ejstrud, 2008).

El Caribe también es cubierto por las investigaciones de Arqueología de la Esclavitud; hay trabajos específicos sobre los procesos de producción e intercambio regional de cerámicas entre los esclavos (Ahlman *et al.*, 2008; Hauser *et al.*, 2008). Otro tema importante es el análisis de la dialéctica entre la hegemonía de los señores y la contra-hegemonía esclava. En esta línea, Theresa Singleton estudió los cafetales de Cuba, enfatizando la resistencia de los esclavos ante las estrategias de control y sometimiento planeadas por los señores (Singleton, 2001). El arqueólogo cubano Gabino La Rosa Corzo también investigó –y sigue investigando– los cafetales de Cuba; examinó las dinámicas de organización espacial y social de los cafetales, rastreando lo que podemos llamar topografía de la resistencia: espacios de marginalidad y núcleos de asentamiento de esclavos huidos (Corzo, 2003, 2005).

En la Sudamérica, aunque el sistema esclavista haya imperado largamente, son todavía pocos los trabajos en Arqueología de la Esclavitud (Castano, 2000; Weik, 2008). Dos países se distinguen con sus investigaciones: Argentina y Brasil. En Argentina, Daniel Schávelzon, desde fines de los años noventa, inquirió las huellas de la presencia de los afroamericanos en Buenos Aires (Schávelzon, 1999, 2002, 2003). En Brasil, la temática preferencial es el estudio de la resistencia esclava. Se demuestra, por ejemplo, que las pipas fabricadas por los esclavos eran marcadores distintivos étnicos y representaban, en sus simbolismos geométricos y antropomorfos, formas sutiles de resistencia y afirmación cultural (Agostini, 1998).

Los campamentos de cimarrones son los sitios donde se hicieron hasta hoy, en Brasil, el mayor número de investigaciones. Las primeras excavaciones se realizaron en Minas Gerais, provincia del sudeste de Brasil, a fines de los años setenta. Fueron hechas por Carlos Magno Guimarães y Anna Lúcia Lanna (Guimarães y Lanna, 1980; Guimarães, 1990). A inicios de los años noventa, la Arqueología que estudia los cimarrones, en Brasil logró notoriedad internacional gracias a las investigaciones conducidas por Charles Orser Jr, Pedro Paulo Funari y Scott Allen en el “Quilombo dos Palmares” (Cimarrone de Palmares), ubicado en la Serra da Barriga, Alagoas, nordeste de Brasil. En las últimas décadas, los autores presentaron interpretaciones sobre la pluralidad étnica y multicultural de “Palmares” y reflexiones acerca de los significados del sitio en lo que se refiere a la Arqueología pública (Orser, 1992, 1993, 1994; Funari, 1991, 1995, 1996; Orser y Funari, 2001; Funari y Carvalho, 2005 a, 2005 b; 2008; Funari *et al.*, 2008; Allen, 1998, 2000, 2001, 2006).

Las investigaciones brasileñas en Arqueología de la Esclavitud produjeron, recientemente, otros avances. Scott J. Allen mantiene una línea de investigación en la Universidade Federal de Pernambuco, en el nordeste de Brasil. Prosigue con sus estudios sobre el “Quilombo de Palmares” y, además, rastrea los cimarrones de las regiones de Alagoas y Pernambuco (Allen, 2008). Cimarrones de otras zonas de Brasil, como en Rio de Janeiro (Agostini, 2002), Mato Grosso (Rosa, 2008) y Rio Grande do Sul (Carle, 2005), fueron también investigados.

Finalmente, Luís Cláudio Pereira Simansky y Marcos André Torres de Souza encaminan la Arqueología de la Esclavitud hacia otras latitudes. Simansky hizo su doctorado en Arqueología de la Esclavitud en la Universidad de Florida (Symanski, 2006) y, actualmente, como profesor de la Universidad Federal de Paraná, en el Sudeste de Brasil, incluye la Arqueología de la diáspora africana como uno de sus intereses de investigación. Souza, por su parte, coordina una línea de investigación en Arqueología de la Esclavitud en la Universidad Católica de Goiás, en el centro-oeste de Brasil, y ahora está haciendo su doctorado en la Syracuse University, Estados Unidos. Recientemente, Simansky y Souza escribieron sobre la preservación del registro arqueológico de los esclavos (Symanski y Souza, 2007). También realizaron estudios en Arqueología industrial en ingenios de Mato Grosso y Goiás,

| ARQUEOLOGÍA |

revelando la cultura material esclava, modelos de esclavitud y las prácticas religiosas de matriz africana (Symanski, 2007; Souza, 2007).

La Arqueología de la Esclavitud se institucionaliza gradualmente en Brasil. Disponemos ya, incluso, de estudios arqueológicos comparativos entre la esclavitud de Brasil y Cuba, realizados, en los últimos años, por Pedro Paulo Funari y Lourdes Domínguez (2005, 2006 a, 2006 b, 2006 c). Pero todavía hay mucho que hacer. Las líneas de investigación en el país son escasas. No existe aún un cuerpo sólido de trabajos arqueológicos sobre la esclavitud en las diferentes regiones de Brasil, para que así hagamos más comparaciones nacionales e internacionales. La tarea es inmensa, pues Brasil es un país con muchas diferencias regionales y distintos contextos culturales. Además, mantuvo oficialmente la institución de la esclavitud por cuatro siglos, hasta 1888, mientras algunas provincias, como Ceará, en el nordeste de Brasil, la abolieron un poco antes, en 1884. Por tanto, hay distintas periodizaciones y una plétora de contextos económicos, sociales y culturales que enmarcan la institución de la esclavitud en Brasil.

En Rio Grande do Sul, provincia donde trabajo, la única línea de estudio en Arqueología de la Esclavitud es la que coordino. Mi objetivo es desarrollar investigaciones que cumplan dos tareas relacionadas: primero, compulsar los archivos de las ciudades de Pelotas, Rio Grande y Porto Alegre. La meta es construir bancos de datos de las haciendas de tasajo y ganadería de la región meridional de Rio Grande do Sul y, especialmente, de Pelotas, los cuales contemplarán informaciones diversas: perfiles de los propietarios, origen y demografía de los esclavos, producción económica anual, productos exportados e importados, dieta alimentaria, modos de producción, procedencia y tipología de la cultura material, ocupaciones y oficios de los esclavos. En segundo lugar, realizar, con el auxilio de un Sistema de Información Geográfica (GIS–Geographical Information System), prospecciones en las haciendas de tasajo y ganadería de la región, para construir un mapa con sus estructuras topográficas e interpretar su inserción en el paisaje.

La lectura de la documentación y de las prospección posibilitarán la interpretación de la rutina de trabajo y de lo cotidiano en las prácticas culturales de los grupos esclavos (Silliman, 2001). Tal abordaje implica cotejar datos arqueológicos, históricos e iconográficos

para comprender la complejidad de las relaciones que los esclavos establecían en sus espacios de trabajo y vivienda, con los señores y otros grupos sociales (Singleton, 1992; Samford, 1996; Young *et al.*, 2001).

Las prospecciones definirán, también, las áreas que serán excavadas. Y las excavaciones orientarán análisis comparativos sobre los modelos de esclavitud empleados en las haciendas de tasajo y ganadería; además posibilitarán la visualización arqueológica de las estrategias de control y resistencia inscriptas en el espacio, de las modalidades en el uso de la cultura material, de los hábitos alimentarios y actividades sociales de los esclavos. Del mismo modo prácticas culturales diversas, posiblemente serán identificadas. Una de ellas consiste en el entierro de objetos rituales en las estructuras de las casas de los señores. Estos tipos de vestigios, que ya fueron encontrados en Estados Unidos (Leone y Fry, 2001; Jones, 2000) y Brasil (Symanski y Souza, 2007; Symanski, 2007), demuestran la complejidad de los fenómenos de la diáspora africana. Pues, mientras estas prácticas sean oriundas de África, sus componentes materiales, significados religiosos y estilos culturales fueron transformados en América.

Para finalizar, me gustaría subrayar que la línea de investigación en Arqueología de la Esclavitud de Rio Grande do Sul no es solamente un interés mío y del equipo que trabaja conmigo. Puede decirse que también es una demanda de las comunidades de la región. Un ejemplo lo constituye una comunidad rural de Pinheiro Machado, ligada al Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST). En reunión con nuestro equipo, esta comunidad manifestó el deseo de restaurar la Sede Alegrias, una hacienda de ganadería de la segunda mitad del siglo XIX, y concretizar, en colaboración con nosotros, investigaciones en Arqueología de la Esclavitud. El trabajo conjunto con las comunidades afroamericanas y el fortalecimiento de los movimientos civiles fueron vitales para la institucionalización de la Arqueología de la Esclavitud (Singleton, 1995, 1999; MacDavid, 2002, 2004). Nuestra línea de investigación, reconociendo que la praxis arqueológica se contextualiza en las tramas de la Historia y de la sociedad, (Shanks, 1994), se articulará, siempre que sea posible, con los movimientos civiles y hacia una Arqueología pública.

Pues, como bien lo sabemos, la Arqueología es inevitablemente una acción colegiada.

BIBLIOGRAFÍA

- AGOSTINI, C. (1998).** "Resistência cultural e reconstrução de identidades: Um olhar sobre a cultura material de escravos do século XIX", *Revista de História Regional*, Rio de Janeiro (3): 2, 113-137.
- _____ (2002). "Entre senzalas e quilombos: 'comunidades do mato' em Vassouras do Oitocentos, em Zarankin, A y Senatore, M. X. (comp.). *Arqueologia da Sociedade Moderna na América do Sul: cultura material, discursos e práticas*, Ediciones del Tridente, Buenos Aires, pp. 19-30.
- AHLMAN, T. M.; G. F. SCHROEDL; R. J. SPEAKMAN; A. H. MCKEOWN; M. D. GLASCOK (2008).** "Ceramic production and exchange among Enslaved Africans on St. Kitts, West Indies", *Journal of Caribbean Archaeology* (2): 109-122.
- ALLEN, S. J. (1998):** "A 'Cultural Mosaic' at Palmares?" Grappling with the historical Archaeology of a Seventeenth-Century Brazilian quilombo, em Funari, P. P. A. (comp.). *Cultura material y Arqueología Histórica*, Campinas, UNICAMP/IFCH, pp.141-178.
- _____ (2000). "Construindo a identidade Palmarina. Direções preliminares na Arqueologia histórica de Palmares", *Revista de História da Arte e Arqueologia* (3): 169-175.
- _____ (2001): *Zumbi nunca vai morrer: History, the Practice of Archaeology and Race Politics in Brazil*, UMI Company, Ann Arbor, Michigan.
- _____ (2006): "As vozes do passado e do presente: Arqueologia, política cultural e o público na Serra da Barriga", *Clio* (20): 81-101.
- _____ (2008): "Arqueologia na Região Serrana Quilombola: Alagoas, 2008-2009", *Vestígios* (2): 99-101.
- BLAKEY, M. L. (2001):** "Bioarchaeology of the African Diaspora in the Americas: Its Origins and Scope", *Annual Review of Anthropology* (30): 387-422.
- CARLE, CLÁUDIO BAPTISTA (2005):** "A organização dos assentamentos de ocupação tradicional de africanos e descendentes no Rio Grande do Sul, nos séculos XVIII e XIX", Porto Alegre (tesis de doctorado).
- CASTANO, A. M. M. (2000):** "Patrimônio afroamericano en Brasil: Arqueología de los Quilombos", *Arqueoweb* (2): 2. En: www.ucm.arqueoweb.
- EJSTRUD, B. (2008):** "Maroons and Landscapes", *Journal of Caribbean Archaeology* (8): 1-14.
- EPPELSON, T. W. (2004):** "Critical race theory and the Archaeology of the African diaspora", *Historical Archaeology* (38):1, 101-108.
- FAIRBANKS, C. H. (1984):** "The plantation archaeology of Southeastern Coast", *Historical Archaeology* (18): 1, 1-14.
- FUNARI, P. P. A. (1991):** "A Arqueologia e a cultura africanas nas Américas", *Estudos Ibero-Americanos* (17): 61-71.
- _____ (1995): "The Archaeology of Palmares and its contributions to the understanding of the History of African-American Culture", *Historical Archaeology in Latin American* (7): 1-41.
- _____ (1996): Novas perspectivas abertas pela Arqueologia da Serra da Barriga, em L. M. Schwarcz; L. V. S. Reis (eds.). *Negras imagens*, Edusp São Paulo.
- FUNARI, P. P. A y A. V. CARVALHO (2005 a):** *Palmares: ontem e hoje*, Jorge Zahar Editor, Rio de Janeiro.
- _____ (2005 b): "O patrimônio em uma perspectiva crítica: o caso do Quilombo dos Palmares", *Diálogos* (9): 1, 33-48.
- _____ (2008): "Political organization and resistance on the other side of Atlantic: Palmares, a Maroon experience in South America, em Ruíz-Martínez, A. (ed.). *Desencuentros culturales: Una mirada desde la cultura material de las Américas*, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, pp. 83-89.
- FUNARI, P. P. A. y LOURDES DOMÍNGUEZ (2005):** "La Arqueología de Brasil y Cuba: en tiempos de esclavitud", *Historia y Cultura* (3): 79-100.
- _____ (2006 a): "Esclavitud en Brasil y Cuba: el aporte de la Arqueología", *História e luta de classes* (2): 3, 107-116.
- _____ (2006 b): Esclavitud y Arqueología de la resistencia en Cuba y Brasil, *Nethistoria* (14): 209-233.
- _____ (2006 c): "El método arqueológico en el estudio de la esclavitud en Cuba y Brasil, *Gabinete de Arqueología*, Ediciones Boloña, La Habana (5): 52-65.
- FUNARI, P. P. A.; N. V. OVILEIRA y E. TAMANINI (2008):** "Arqueología pública no Brasil e as novas fronteiras", *Praxis Archaeologica* (3): 131-138.
- GILROY, P. (2001).** *O Atlântico negro: Modernidade e dupla consciência*, Editora 34, São Paulo.
- GUIMARÃES, C. M. (1990):** "O Quilombo do Ambrózio: lendas, documentos e Arqueologia", *Estudos Ibero-Americanos* (16): 1-2, 161-174.
- GUIMARÃES, C. M y A. L. LANNA (1980):** "Arqueologia de Quilombos em Minas Gerais", *Pesquisas: Série Antropológica* (31): 147-64.
- HAUSER, M. W.; C. DESCANTES y M. D. GLASCOK (2008):** "Locating enslaved craft production: Chemical analysis Eighteenth-Century Jamaican pottery", *Journal of Caribbean Archaeology* (2): 123-148.

| ARQUEOLOGÍA |

HUDSON, L. E. JR. (ED.) (1994): *Working towards freedom: Slave Society and domestic economy in the American South*, University of Rochester Press, Rochester, EE. UU.

JONES, L. (2000): "Crystals and conjuring at the Charles Carrol House, Annapolis, Maryland", *African-American Archaeology* (27): 07-14.

KELLY, R. L. y D. H. THOMAS (2010): *Archaeology*, Wadsworth, Belmont, EE. UU.

LA ROSA CORZO, GABINO (2003). *Runaway slave settlements in Cuba: resistance and repression*, Chapel Hill, University of Carolina Press, EE. UU.

_____ (2005): "Os Espaços da resistência escrava em Cuba", en Funari, P. P. A.; C. E. Orser, Jr.; S. N. O. Schiavetto (eds.). *Identidades, discursos e poder: Estudos da Arqueologia contemporânea*, Annablume/Fapesp, São Paulo.

LEE, L. (2008): "Consumerism, social relations, and slavery at late antebellum poplar forest (1828-1862)", *Annual Meeting of the Council for the Northeast Historical Archaeology in St. Mary's City, MD*.

LEONE, M. (1995): "A Historical Archaeology of Capitalism", *American Anthropologist* (97): 2, 251-268.

LEONE, M. K; C. J. LAROCHE y J. J. BABIAZ (2005): "The Archaeology of Black Americans in recent times", *Annual Review of Anthropology* (34): 575-598.

LEONE, M. y GLADYS-MARIE FRY (2001): "Spirit management among Americans of African descent", en: Orser, C. Jr. (ed.). *Race and Archaeology Identity*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 143-157.

LINEBAUGH, P. y REDIKER, M. (1990): "The many-headed hydra: Sailors, slaves, and the Atlantic working class in Eighteenth Century", *Journal of Historical Sociology* (3): 191-214.

_____ (2008): *A Hidra de Muitas Cabeças: Marinheiros, escravos, plebeus e a história oculta do Atlântico revolucionário*, Companhia das Letras, São Paulo.

MACDAVID, C. (2002): "Archaeologies that hurt; descendants that matter: a pragmatic approach to collaboration in the public interpretation of African-American Archaeology", *World Archaeology* (34): 2, 303-314.

_____ (2004): "From traditional Archaeology to public Archaeology to Community Archaeology", en Shackel, P. A. y Chambers, E. J. (eds.), *Places in Mind: Public Archaeology as Applied Anthropology*, Routledge, London, pp. 35-56.

NWOKEJI, G. U. y D. ELTIS (2002): "The roots of African Diaspora: Methodological considerations in the analysis of names in the liberated African registers of Sierra Leone and Havana", *History in Africa* (29): 365-379.

ORSER, C., JR. (1990): "Archaeological approaches to New World plantation slavery", en Schiffer, M. B. (ed.), *Archaeological method and theory*, University of Arizona Press, Tucson, vol. II, pp. 111-154.

_____ (1992): *In Search of Zumbi: Preliminary Archaeological Research at the Serra da Barriga, State of Alagoas, Brazil*, Illinois State University, Illinois.

_____ (1993): *In Search of Zumbi: The 1992 Season*, Illinois State University, Illinois.

_____ (1994): "Toward a global Historical Archaeology: an example from Brazil", *Historical Archaeology* (28): 5-22.

ORSER, C., JR. y P. P. A. FUNARI (2001): "Archaeology and slave resistance and rebellion", *World Archaeology*, Routledge and Kegan Paul, London (33): 1, 61-72.

ROSA, J. H. (2008): "Entre alagados e penhascos: O ouro da liberdade nas resistências quilombolas do século XVIII na Capitania de Mato Grosso, região mineradora de Guaporeana". Museu de Arqueologia e Etnologia da USP São Paulo (tesis de maestría).

SAMFORD, P. (1996): "The Archeology of African-American Slavery and material culture", *The William and Mary Quarterly* (53): 1, 87-114.

SCHÁVELZON, D. (1999): "La presencia arqueológica de los africanos", en: *Arqueología de Buenos Aires*, Editora Emecé, Buenos Aires, pp. 173-181.

_____ (2002): "Arqueología de la población afro-argentina: inicio, estado actual y posibilidades, en *Actas del 1º Congreso Nacional de Arqueología Histórica*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, pp. 77-85.

_____ (2003): *Buenos Aires Negra. Arqueología Histórica de una ciudad silenciada*, Editora Emecé, Buenos Aires.

SCHUYLER, R. L. (1979): *Archaeological perspectives on ethnicity in America*, Farmingdale, New York.

SHANKS, M. (1994): "Archaeology: Theories, themes and experience", en Mackenzie, I. M. (ed.), *Archaeological Theory: Progress or Posture?* Aldershot, Avebury, pp. 19-39.

SCOTT, E. M. (2001): "Food and social relations at Nina Plantation", *American Anthropologist* (103): 3, 671-691.

SILLIMAN, S. W. (2001): "Theoretical perspectives on labor and colonialism: Reconsidering the California Missions", *Journal of Anthropological Archaeology* (20): 379-407.

SIMPSON, A. (2008): "Some reflections on relics of the Trans-Atlantic slave trade in the historic town of Badagry, Nigeria. The African Diaspora Archaeology Network" en www.diaspora.uiuc.edu.

SINGLETON, T. (1992): "Using written records in the archaeological study of slavery, an example from the Butler Island Plantation", en Little, B. (ed.), *The Text-Aided Archaeology*, CRC Press, London, pp. 55-66.

_____ (1995): "The Archaeology of slavery in North America", *Annual Review of Anthropology* (24): 119-140.

_____ (1999): Singleton, T. A. (ed.). *I, Too, Am American: Archaeological studies of African American life*, University Press of Virginia, Charlottesville.

_____ (2001): "Slavery and spatial dialectics on Cuban coffee plantations", *World Archaeology* (33): 1, 98-114.

SINGLETON, T. y M. D. BOGRAD (1995): *The Archaeology of Africa Diaspora in the Americas*, Society for Historical Archaeology, Tucson, Arizona.

SOUZA, M. A. T. DE (2007): "Uma outra escravidão: a paisagem social no engenho de São Joaquim, Goiás", *Vestígios* (1): 1, 59-92.

SYMANSKI, L. C. P. (2006): "Slaves and Masters in Western Brazil: Material culture, identity and power", University of Florida (tesis).

_____ (2007): O domínio da tática: práticas religiosas de origem africana nos engenhos da Chapada dos Guimarães, *Vestígios, Brasil* (1): 2, 9-36.

SYMANSKI, L. C. P. y M. A. T. DE. SOUZA (2007): "O registro arqueológico dos grupos escravos: Questões de visibilidade e

preservação", *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional* (33): 215-242.

THOMAS, B. W. (1998): "Power and community: The Archaeology of slavery at the Hermitage Plantation", *American Antiquity* (63): 4, 531-551.

WEBSTER, J. (2008): "Historical Archaeology and the slave ship", *International Journal of Historical Archaeology* (12): 1-5.

WEIK, T. (2008): "Mexico's Cimarron heritage and archaeological record", *The African Diaspora Archaeology Network*, en www.diaspora.uiuc.edu.

YENTSCH, A. E. (1994): *A Chesapeake family and their slaves: A study in Historical Archaeology*, Cambridge U. P., Cambridge.

_____ (2008): "Excavating the South's African American Food History", *The African Diaspora Archaeology Network*, en: www.diaspora.uiuc.edu.

YOUNG, A. L.; S. C. ANDREWS y P. J. CARR (1995): "Ceramics and slave lifeways at locust grove plantation", en McBride, K. A., McBride, W. S.; D. Pollack (eds.), *Historical Archaeology in Kentucky*, Kentucky Heritage Council, Frankfort, Kentucky, pp. 253-264.

YOUNG, A. L; M. TUMA y C. JENKINS (2001): "The role of hunting to cope with risk at Saragossa Plantation, Natchez, Mississippi", *American Anthropologist* (103): 3, 692-704.

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA ES UNA PUBLICACIÓN DE CARÁCTER ANUAL, CONCEBIDA PARA DIFUNDIR RESULTADOS INVESTIGATIVOS EN LA ESPECIALIDAD DE ARQUEOLOGÍA, ASÍ COMO DE OTRAS TEMÁTICAS AFINES QUE OFREZCAN INFORMACIÓN RELEVANTE PARA LA DISCIPLINA.

LA REVISTA ESTÁ CONFORMADA POR CINCO SECCIONES: ARQUEOLOGÍA, HISTORIA, PERSONALIDADES, RETROSPECTIVA Y NUESTRA COLECCIÓN. EN ESTE SENTIDO SON BIENVENIDAS CONTRIBUCIONES QUE ABORDEN ESTOS ÁMBITOS.

SERECIBIRÁN ARTÍCULOS INÉDITOS EN ESPAÑOL E INGLÉS, AUNQUE SOLO SERÁN PUBLICADOS EN ESPAÑOL. CUANDO SEA NECESARIO, LA REVISTA SE RESPONSABILIZA DE LAS TRADUCCIONES.

LA EXTENSIÓN MÁXIMA DE LOS TEXTOS SERÁ DE VEINTE CUARTILLAS Y SE EVALUARÁN MEDIANTE UN PROCESO DE ARBITRAJE CIEGO. UNA VEZ PUBLICADOS, LA REVISTA CONSERVARÁ EL DERECHO DE PUBLICACIÓN DURANTE EL PERÍODO DE UN AÑO.

LOS AUTORES DEBEN ENTREGAR LOS DATOS CURRICULARES SIGUIENTES:

NOMBRE Y APELLIDOS, PROFESIÓN, ESPECIALIDAD, FILIACIÓN INSTITUCIONAL Y CORREO ELECTRÓNICO.

FORMATO DEL TEXTO:

LOS ARTÍCULOS DEBEN ENTREGARSE EN FORMATO DIGITAL, EN HOJA TIPO CARTA, FUENTE TIMES NEW ROMAN, TAMAÑO 12, PÁRRAFO ESPACIADO A 1,5 Y MÁRGENES DE 1 PULGADA A CADA LADO DE LA HOJA. SE SOLICITA A LOS AUTORES AJUSTARSE A LA NORMA APA (6TH ED. EN INGLÉS, 3RA ED. EN ESPAÑOL. CONSULTAR MANUAL EN [HTTP://BIBLIOINSTRUCCION.BLOGSPOT.COM](http://BIBLIOINSTRUCCION.BLOGSPOT.COM) O EN [HTTP://WWW.NORMASAPA.NET](http://WWW.NORMASAPA.NET)).

LOS ARTÍCULOS DEBEN CONTAR CON:

-TÍTULO. (DEBE ENTREGARSE EN ESPAÑOL E INGLÉS).

-NOMBRE Y APELLIDOS DE LOS AUTORES. (NO DEBEN EXCEDER EL NÚMERO DE CUATRO AUTORES).

-RESUMEN. (NO MÁS DE CIENTO CINCUENTA PALABRAS. DEBE ENTREGARSE EN ESPAÑOL E INGLÉS).

-PALABRAS CLAVE. (TRES PALABRAS. DEBEN ENTREGARSE EN ESPAÑOL E INGLÉS).

-LA ESTRUCTURA DEL TEXTO ESTARÁ CONFORMADA POR INTRODUCCIÓN, DESARROLLO DEL TEMA Y CONCLUSIONES.

LAS IMÁGENES DEBEN ENTREGARSE INDEPENDIENTES DEL TEXTO, EN FORMATO DIGITAL JPEG O TIFF, A 300 DPI COMO MÍNIMO Y CON EL NÚMERO DE ORDEN CORRESPONDIENTE. LOS PIES EXPLICATIVOS DE ESTAS, EN EL ORDEN RESPECTIVO, SE INCLUIRÁN AL FINAL DE LA BIBLIOGRAFÍA. DEBE INDICARSE EL LUGAR EN EL TEXTO DONDE DEBEN SER COLOCADAS Y SEÑALAR LAS QUE DEBAN TENER MAYOR TAMAÑO.

LAS NOTAS DE CONTENIDO A PIE DE PÁGINA, CITAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS DEBERÁN AJUSTARSE AL ESTILO DE LA NORMA APA.

LOS ARTÍCULOS PODRÁN SER REMITIDOS A:

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA, MERCADERES NO. 15, ENTRE O'REILLY Y EMPEDRADO, LA HABANA VIEJA, CP. 10100, LA HABANA, CUBA.

CORREO ELECTRÓNICO:

MAHE@PATRIMONIO.OHC.CU

CONSEJO CIENTÍFICO Y EDITORIAL



El Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de La Habana tiene como principal labor la investigación y divulgación del patrimonio arqueológico de la ciudad. Conjuntamente con el Museo de Arqueología, ambos son depositarios de importantes colecciones arqueológicas recuperadas fundamentalmente en las excavaciones del Centro Histórico La Habana Vieja y exhibidas, de manera permanente o transitoria, en espacios expositivos. También presenta el museo salas dedicadas a las diversas culturas aborígenes de Cuba, Perú, Mesoamérica y Ecuador. Pueden solicitarse visitas guiadas, así como recorridos por sitios arqueológicos expuestos o durante el transcurso de los trabajos de campo.

La institución brinda ciclos de conferencias, proyecciones de materiales audiovisuales, cursos y entrenamientos. Se ofrece un servicio de biblioteca especializada en temas de Arqueología cubana e internacional, Historia, Conservación y Restauración de bienes culturales, Pintura Mural, entre otras disciplinas relacionadas con el patrimonio histórico y arqueológico.

Horario de biblioteca: lunes a jueves de 8:00 a.m. a 5:00 p.m. / viernes de 8:00 a 4:00 p.m.

Horario de visitas al museo: martes a sábado de 9:30 a.m. a 5:00 p.m. / domingos de 9:30 a.m. a 1:00 p.m.

Gabinete de Arqueología: Mercaderes no. 15 e/ O'Reilly y Empedrado, La Habana Vieja,

Museo de Arqueología: Tacón no. 4, 6, 8 y 12 e/ O'Reilly y Empedrado, La Habana Vieja,

La Habana, Cuba, C.P. 10100

Telf.: 7801-7503 / 7801-7469 E-mail: mahe@patrimonio.ohc.cu



GABINETE DE
ARQUEOLOGIA
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD DE LA HABANA



DIRECCION DE
PATRIMONIO
CULTURAL



